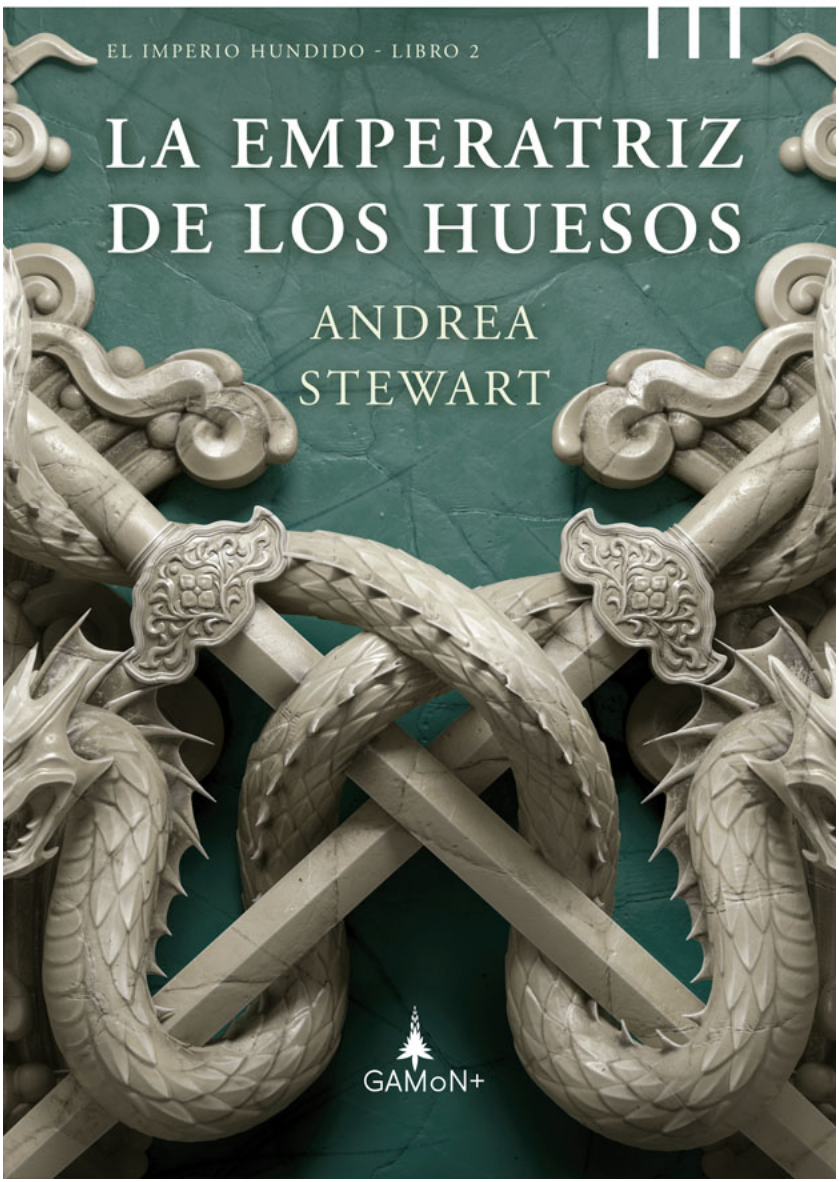
EL EMPERADOR HA MUERTO. ¿LARGA VIDA A LA EMPERATRIZ?

EL IMPERIO HUNDIDO - LIBRO 2

III

LA EMPERATRIZ DE LOS HUESOS

ANDREA STEWART



GAMoN+

LA EMPERATRIZ DE LOS HUESOS

Andrea Stewart

Traducción: Cristina Martín Sanz

“Un viaje lleno de acción, traición y giros inesperados en la trama. Nada sucede como se esperaba, y es fantástico”.

—Grimdark Magazine

“Stewart mantiene la energía a través de las diferentes tramas, con muchas batallas épicas para mantener a los lectores en tensión hasta la última página”.

—Publishers Weekly

“Los giros retorcidos de las negociaciones políticas, la desesperación de cada personaje por hacer lo correcto y el *worldbuilding* cuidadosamente escrito se unen en esta atractiva novela fantástica y cargada de suspense”.

—Booklist

Título original: *The Bone Shard Emperor*
Edición original: Orbit Books

Mapas: Charis Loke

© 2021 by Andrea Stewart Inc.

© 2022 Cristina Martín Sanz por la traducción

© 2023 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2023 Gamon Fantasy
www.gamonfantasy.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-18711-85-5

Índice de contenidos

Portadilla

Citas elogiosas

Legales

La empreratriz de los huesos

Mapa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48

Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Agradecimientos
Nuestros autores y libros en Gamon
Andrea Stewart
Sinopsis
Gamon

Para John, que siempre se asegura
de que yo tenga tiempo para escribir.

Dicen que nadie es perfecto, pero,
evidentemente, eso es mentira.

EL IMPERIO DEL FÉNIX DE LA DINASTÍA SUKAI
CABEZA DE CIERVO
COLA DEL MONO
RIYA
LA RED DE HIRDNA
ANAU
HUALIN OR
UNTA
NEPHILANU
IMPERIAL
KHALUTE
GAELUNG
EL MAR INFINITO
MAILA

Capítulo 1

Lin

Isla Imperial

Pensaba que podría arreglar las cosas en el Imperio solo con disponer de los medios necesarios. Pero arreglar las cosas significaba arrancar las malas hierbas a un jardín que se había vuelto salvaje, y por cada mala hierba que arrancaba brotaban dos nuevas en su lugar. Era muy característico de mi padre no dejarme una tarea fácil. Me agarré a las tejas de cerámica del tejado sin hacer caso del leve quejido de Thrana, que aguardaba debajo. En el palacio del emperador había escasa intimidad. Los pasillos estaban transitados por sirvientes y guardias, incluso por la noche siempre había alguien despierto. Mi padre se paseaba por los pasillos de su propio palacio a todas horas con total impunidad; nadie se atrevía a cuestionárselo, ni siquiera yo. Seguramente a ello contribuyó el hecho de que tenía más constructos que sirvientes y que los sirvientes que tenía lo miraban con terror. Yo deseaba ser una emperatriz distinta. Aun así, no había contado con tener que moverme de manera furtiva por mi propio palacio.

Sequé con la manga la humedad de una teja mojada de agua de lluvia y me icé hasta el aguilón del tejado. Tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde la última vez que me subí allí, y aunque en realidad solo hacía unos pocos meses, mis músculos acusaban la falta de actividad. Antes hubo cuestiones administrativas de las que tuve que ocuparme: contratar sirvientes, guardias y obreros; reparar y hacer limpieza en los edificios incluidos en el recinto del palacio; reinstaurar algunas de las actividades de mi padre y abolir otras.

Y siempre había gente observándome, preguntándose qué iba a hacer, intentando tomarme la medida.

Por debajo de mí, Jovis, mi capitán de la Guardia Imperial, vigilaba en el pasillo al que daba mi habitación acompañado de su mascota Mefi. Había insistido

en asumir personalmente dicha tarea, y aunque sí que dormía en algún momento, tan solo se entregaba al sueño una vez que había sido relevado por otro guardia. El hecho de tener a una persona constantemente frente a mi puerta hacía que me rechinaran los dientes. Jovis siempre quería saber dónde estaba yo y qué hacía. Y yo no podía reprochárselo, dado que le había hecho responsable de mi seguridad. No podía ordenarle a él y a sus guardias que me dejasen en paz sin tener un motivo suficiente. Mi padre era famoso por ser una persona de mal carácter, reservado y excéntrico; ¿cómo iba yo a impartir semejante orden sin causar esa misma impresión?

Un emperador se debía a su pueblo.

Me senté durante unos momentos en la punta del tejado y aspiré el aire húmedo y el aroma del mar. El sudor me pegaba el pelo a la nuca. Algunas de las habitaciones que había descubierto tras la muerte de mi padre estaban cerradas con llave sin ninguna razón lógica. Una estaba llena de cuadros, en la otra había baratijas, regalos de otras islas. Ordené a los sirvientes que limpiaran todos aquellos objetos y que los organizaran para poder exhibirlos en los edificios recién renovados.

Había otras habitaciones cuya entrada no me atrevía a permitírsela a nadie. Aún desconocía todos los secretos que aguardaban detrás de aquellas puertas y qué significaban las cosas que había encontrado. Además, las miradas inquisitivas me hacían ser precavida. Tenía secretos propios.

Yo no era hija de mi padre, era un ser creado, cultivado en las cuevas que había bajo el palacio. Si alguien descubriera mi secreto, ello significaría mi muerte. Ya se estaba fraguando suficiente insatisfacción con la dinastía Sukai como para añadir más leña al fuego. Los habitantes del Imperio del Fénix no tolerarían la presencia de un impostor.

Abajo, en el patio, había dos guardias patrullando. Ninguno de los dos miró hacia el tejado. Y aunque hubieran mirado, yo habría sido tan solo una silueta oscura recortada contra un cielo nublado y la lluvia que les caía en los ojos les habría dificultado ver nada más. Bajé por el otro lado para llegar a una ventana que todavía estaba abierta. Hacía una noche templada a pesar de las nubes y de la lluvia, y era frecuente que los postigos de las ventanas se dejaran abiertos, a no ser que nos encontráramos en medio de una auténtica tempestad. Solo vi unas cuantas lámparas encendidas cuando me descolgué desde el borde de las tejas y busqué el alféizar con los pies.

Me producía un extraño consuelo volver a moverme furtivamente por los pasillos del palacio llevando ocultas en el bolsillo de mi fajín mi herramienta de grabar y unas cuantas llaves. Me resultaba familiar, era algo que ya conocía.

No pude evitar asomarme por la esquina para ver la puerta de mi habitación. Jovis seguía estando allí, y Mefi a su lado. Le estaba mostrando un mazo de fichas lacadas; Mefi alargó una mano de zarpas unidas por una membrana y tocó una.

—Esta.

Jovis lanzó un suspiro.

—No, no, no. Si pones un pez encima de una serpiente marina, perderás ese turno.

Mefi ladeó la cabeza y se sentó sobre sus cuartos traseros.

—Da de comer el pez a la serpiente marina. Haz a la serpiente amiga tuya.

—No es así como funciona.

—Conmigo funcionó.

—¿Tú eres una serpiente marina?

Mefi chasqueó los dientes.

—Tu juego no tiene lógica.

—Dijiste que te aburrías y que querías aprender —señaló Jovis al tiempo que empezaba a guardarse otra vez las fichas en el bolsillo.

Mefi pegó las orejas al cráneo.

—Espera. Espeeera.

Me aparté y escuché por si oía pisadas. Jugar a las cartas mientras se vigilaba la habitación de la emperatriz no era muy profesional, por más que Jovis hubiera insistido en que tenía que protegerme. Supuse que yo misma me había buscado aquello al contratar a un antiguo miembro del Ioph Carn y notorio contrabandista para que desempeñara el cargo de capitán de la Guardia Imperial. Pero Jovis había salvado a muchísimos niños del Festival del Diezmo y se había ganado muy buena reputación entre la gente.

Y la buena reputación entre la gente era algo que yo poseía en cantidad escasa.

Me dirigí hacia el almacén de esquirlas, y cada vez que veía a algún guardia o sirviente me escondía en un pasillo lateral o detrás de una columna. A toda prisa abrí la cerradura de la puerta y me colé en el interior. Me moví sirviéndome de mi memoria: tomé la lámpara que había junto al dintel de la puerta, la encendí y me dirigí al fondo de la habitación. Allí había otra puerta, tallada con el dibujo de un enebro de copas redondeadas.

Otra cerradura, otra llave.

Bajé a la oscuridad de los túneles de la antigua mina, que discurrían bajo el palacio. Mi lámpara iba destacando los bordes afilados de las paredes en forma de pronunciados relieves. Los constructos que había apostado allí mi padre para vigilar los túneles habían muerto, desactivados por mi mano una vez que obtuve la fuerza necesaria para ello. Otra cosa eran los constructos que todavía se hallaban dispersos por el Imperio; todos llevaban dentro la orden de obedecer a Shiyen. Y dado que Shiyen ya no estaba, la estructura de sus órdenes se había desbaratado. Algunos habían enloquecido, otros se habían escondido. Únicamente había dos constructos que consideraba míos: Hao, un pequeño amiguito cuyas órdenes yo había reescrito para que me obedeciera, y Bing Tai. Hao había muerto defendiéndome de mi padre. Tan solo quedaba Bing Tai.

En el punto donde los túneles se bifurcaban, giré a la izquierda y abrí la puerta que cerraba el paso. A menudo me había preguntado qué hacía mi padre cuando desaparecía tras aquellas puertas cerradas con llave, y seguía sin saberlo con exactitud.

El túnel desembocó en una caverna, y encendí las lámparas distribuidas alrededor. Parte de la caverna estaba ocupada por un estanque, y junto a este se había montado un puesto de trabajo. Había estantes con libros, una mesa metálica y cestos llenos de herramientas que no reconocí. Y el arcón que contenía la máquina de la memoria de mi padre. Allí era donde había encontrado a Thrana, sumergida en el estanque y conectada a dicha máquina. Tal como hacía siempre al

entrar en aquella caverna, miré dentro del agua. Mi lámpara se reflejó en la superficie oscura; tuve que fijarme más para ver lo que había debajo. Dentro del estanque se encontraba todavía la réplica de mi padre, con los ojos cerrados. Tras la primera oleada de alivio, llegó la familiar punzada de dolor. Se parecía mucho a Bayan, o supuse que Bayan se parecía mucho a él.

Pero Bayan había muerto ayudándome a derrotar a mi padre, y cuando por fin me tomé un momento para llorar su pérdida, me di cuenta de que no había forma de hacerlo volver. La prueba era yo. Mientras que mi padre había cultivado una réplica suya sumergiendo en el estanque un dedo amputado de su pie, a mí me cultivó a partir de piezas tomadas de personas que había ido recogiendo por todo el Imperio. Intentó inocularme los recuerdos de Nisong, su esposa fallecida. Eso solo había funcionado de manera parcial: yo tenía algunos de sus recuerdos, pero no era ella.

Yo era Lin. Y era la emperatriz.

Aunque pudiera utilizar la máquina de la memoria para restaurar una parte de Bayan en su réplica, no sería él.

De repente me giré, segura de haber oído algo. ¿Unos pasos? ¿El roce de una bota contra la piedra? Las lámparas que había encendido a mi espalda iluminaban tan solo piedra y agua; lo único que oía eran los latidos de mi corazón retumbándome en los oídos. En ese instante de pánico cegador, sentí que me lo arrebataban todo: mis años de duro trabajo, las noches que había pasado leyendo libros de magia de las esquirlas, el valor que había tenido que reunir para desafiar a mi padre; todo ello desaparecido en el instante en que alguien me descubriera. Me estaba volviendo paranoica, oía cosas donde no había nada. ¿Cómo podía haberme seguido alguien hasta allí abajo sin las llaves? Todas las puertas quedaban cerradas de nuevo en cuanto caía el pestillo.

Esparcidos por la mesa metálica había varios de los libros y documentos que había ido recopilando mi padre. Me sentía reacia a llevármelos a mis habitaciones, donde los sirvientes podían verlos. Aquellas eran las malas hierbas que estaba intentando arrancar: los pocos sin esquirlas, el hundimiento de la isla Cabeza de Ciervo, los constructos sin líder y los alanga. Aquí abajo había respuestas, ojalá pudiera encontrarlas. Porque lo difícil era encontrarlas. Las anotaciones de mi predecesor estaban dispersas y la letra con que habían sido escritas no era clara. Pese a las tres puertas cerradas con llave, mi padre escribía como si tuviera miedo de que otra persona pudiera encontrar aquellos libros. Nada era sencillo. A menudo hacía referencia a notas que había tomado anteriormente, o a otros libros, pero sin mencionar dónde encontrar dichas notas ni cómo se titulaban los libros. Yo estaba intentando hacer un rompecabezas que no tenía dibujo.

Acerqué la silla y empecé a pasar las páginas sintiendo un dolor de cabeza que iba aumentando en intensidad detrás de los ojos. Una parte de mí pensaba que si leía lo suficiente, si lo leía bastantes veces, descubriría los secretos de mi padre.

Hasta el momento, lo único que había podido comprender era que ya había otras islas que se habían hundido mucho tiempo atrás. El hecho de saber que ya se había hundido más de una, y que hasta la fecha solo habíamos visto caer Cabeza de Ciervo, hizo que me sudaran las palmas de las manos. Seguía sin saber qué había causado el hundimiento de Cabeza de Ciervo ni cuándo cabría esperar que se

hundiera otra isla. Y los alanga… Otra cosa que mi padre habría dicho a su heredero. ¿Quiénes eran? Y si regresaran, ¿qué podría hacer yo para luchar contra ellos?

Mi mirada se desvió hacia la máquina de la memoria.

Cuando la desconecté de Thrana, todavía quedaba líquido dentro de los tubos. En algunos había sangre de ella y otros contenían un fluido lechoso. La sangre la recogí en una redoma que había tomado de las cocinas, y el fluido lo metí en otra. Mi padre, en sus anotaciones, mencionaba que inoculaba los recuerdos en sus constructos y en mí. Por lo visto, no había quedado satisfecho con sus primeros intentos, era reacio a desmantelar los constructos que pudieran llevar dentro recuerdos de su esposa muerta, pero lo disgustaba ver lo poco que parecían haber entendido de Nisong.

Yo no sabía con certeza qué había hecho mi padre con aquellos constructos, pero el asunto más apremiante era dónde estaban guardados los recuerdos.

Había puesto un tapón a las dos redomas y las había colocado en la mesa junto con los libros. Había llegado a destapar la que contenía el fluido lechoso y a olfatearlo. Pero siempre volvía a taparla y repasaba las anotaciones de Shiyen buscando una prueba más concreta de que aquel fluido contenía los recuerdos. ¿Tan desesperada empezaba a estar como para contemplar la posibilidad de beberlo sin saberlo con seguridad? Que yo supiera, podía ser algún líquido lubricante para la máquina, venenoso y no apto para el consumo.

Sin embargo, una parte de aquel líquido había salido de Thrana. No sabía muy bien cuál era la relación, dónde la había encontrado mi padre y qué clase de criatura era. Se parecía a Mefi, y a este, Jovis lo había encontrado nadando en el mar tras el hundimiento de Cabeza de Ciervo.

Thrana no tenía nada tóxico.

Ah, estaba poniendo excusas porque una parte de mí quería beberlo sin más. Quería saber. No podía saber con seguridad qué recuerdos podrían estar contenidos en aquel líquido, pero tenía una idea. Shiyen ya estaba viejo y enfermo. Seguramente estaba esforzándose por recopilar sus recuerdos e inocularlos en su réplica antes de morir.

Yo buscaba respuestas, y era posible que algunas de ellas estuvieran dentro de aquella redoma. El Imperio del Fénix se sostenía en el filo de la navaja. ¿Qué estaba yo dispuesta a hacer para salvar a mi pueblo? Numeen me había dicho que el pueblo necesitaba tener un emperador que se preocupase. Y yo me preocupaba. Me preocupaba mucho.

Agarré la redoma, le quité el tapón y me la acerqué a los labios antes de que pudiera cambiar de opinión otra vez.

El líquido estaba frío, aunque eso no enmascaraba el sabor. Sabía a cobre, estaba dulce y tenía un extraño regusto que me llenó la boca y se me quedó adherido en la parte de atrás de la garganta. Me pasé la lengua por los dientes preguntándome si no debería haberlo probado antes de tragármelo. A lo mejor era veneno, efectivamente. Y de pronto me inundó un recuerdo.

Me encontraba aquí, todavía en esta caverna, aunque su aspecto era distinto. Había tres lámparas más encendidas en la zona de trabajo y Thrana aún estaba dentro del agua. Mis manos ajustaban los tubos que penetraban en la máquina de

la memoria. Tenía manchas de color marrón en el dorso de las manos y se me marcaban los tendones en la piel. Hice demasiada fuerza, con lo que mi mano resbaló y se golpeó contra un lado del arcón. Y algo se soltó.

—¡Por las pelotas de Dione! —Sentí una oleada de frustración.

Siempre una cosa detrás de otra. Si ponía algo en su sitio, había algo que se salía de su sitio. Lo único que me daba ilusión de vivir eran aquellos experimentos. Sentí un dolor en el pecho al acordarme de Nisong, de sus ojos oscuros, de su mano en la mía. Ya no estaba. Palpé el fondo del arcón y empujé el compartimento oculto para alinearlo de nuevo.

Mi mirada, de forma involuntaria, se desvió hacia el otro extremo de la caverna.

Y en ese momento volví a estar otra vez dentro de mi cuerpo, preguntándome si era aquello lo que se sentía al ser mi padre. Extrañamente sorprendida de que él albergara unos sentimientos tan fuertes. Yo siempre lo había considerado una persona distante y fría.

Mi padre había amado de verdad a Nisong. No supe muy bien por qué eso me sorprendía. Tal vez fuera porque, por mucho que me esforcé, no conseguí que me amase a mí.

En el recuerdo, en el interior del arcón se había aflojado un compartimento oculto. A modo de experimento, di un golpe en el lado del arcón con la mano abierta. No se aflojó nada, pero puse la mano donde recordaba que la había puesto mi padre para recolocar la madera.

Allí había algo. Un rectángulo de pequeño tamaño en el que la madera se notaba ligeramente levantada. Dentro había una diminuta llave de plata.

No supe si reír o llorar. Mi padre siempre guardaba un montón de secretos, secretos dentro de otros secretos. Su mente era un laberinto cuya salida ni siquiera él era capaz de encontrar. ¿Y si fuera cierto que me había criado como hija suya? ¿Y si había dejado a un lado su absurdo intento de continuar viviendo dentro de otro cuerpo, de devolver la vida a su esposa muerta?

La llave estaba fría cuando la tomé, los diminutos dientes que tenía en su extremo estaban afilados. Ya había abierto todas las puertas que logré encontrar en el palacio; aquella llave debía de corresponder a otro lugar.

Miré de nuevo hacia el otro extremo de la caverna. Mi padre había mirado hacia allí cuando volvió a colocar el cajón en su sitio. Pensaba que allí no había nada, pero a lo mejor no me había fijado bien.

Levanté la lámpara. Había unas estalagmitas que me bloqueaban el paso, y tuve que pasar entre ellas igual que un ciervo sorteando las cañas de bambú. Por fin llegué a una zona despejada que había junto a la pared: el lugar hacia el que había mirado mi padre. Al recorrerlo con la vista, se me cayó el alma a los pies. Allí no había nada, tan solo piedra y el centelleo de los cristales en las paredes. Ya había ido allí otras veces, no sé por qué esperaba encontrar algo distinto.

Secretos dentro de otros secretos.

No, allí *había* algo. Mi padre había mirado hacia aquel punto y yo había experimentado dicho recuerdo suyo. Había un motivo para ello, lo presentía. Me arrodillé, dejé la lámpara y me puse a palpar el suelo.

Mis dedos encontraron una minúscula grieta llena de tierra.

Dejé la llave a un lado, me saqué la herramienta de grabar del bolsillo del fajín y la utilicé para limpiar la tierra de la grieta. Alguien había extraído una cuña de piedra con cincel y luego había vuelto a meterla. Allí había algo, no me había equivocado.

La herramienta de grabar se dobló cuando la usé para extraer la cuña de piedra. Me dolieron las uñas cuando las introduje por debajo y tiré hasta que se soltó. Salió un poco de polvo que flotó en la luz de la lámpara. Al mirar en el interior de la cavidad, descubrí una trampilla y una cerradura.

¿Qué había guardado allí mi padre, que necesitaba varias puertas cerradas con llave? La llave se deslizó con suavidad en la cerradura y giró con un leve chasquido. Las bisagras de la trampilla estaban bien engrasadas, porque se abrió sin hacer ruido. Cuando acerqué la lámpara a la boca del agujero, lo único que vi fue una escalera vertical que descendía hacia la oscuridad.

Allí abajo podía haber cualquier cosa. Me puse en cuclillas, me tendí boca abajo y metí la cabeza y la lámpara por el hueco de la trampilla. Se hacía difícil ver muy lejos en el interior de aquel espacio llevando solo una lámpara, y encima estando boca abajo. La escalera vertical era larga, el fondo se hallaba más profundo de lo que había calculado al principio. Sin embargo, logré distinguir unos estantes colocados en una pared sumida en las sombras.

En fin, ya había llegado hasta allí, ¿no? Además, no pensaba volver y pedir a Jovis que me acompañase a la guarida de mi padre. Yo había derrotado a mi padre, así que bien podía meterme solita en un agujero oscuro. Me levanté de nuevo, me guardé otra vez la herramienta de grabar en el bolsillo del fajín, tomé el asa de la lámpara con los dientes y apoyé los pies en la escalera.

El aire de aquella cueva inferior estaba todavía más frío que el de la caverna donde se encontraba el estanque. Desprendía un suave olor a lluvia recién caída, aunque no pude detectar ningún exceso de humedad. Supuso un alivio volver a tocar suelo y quitarme la lámpara de la boca, que ya había empezado a dolerme.

Me sacudí la tensión de los hombros. A lo mejor allí abajo había más libros, más anotaciones, más piezas del rompecabezas. Giré a mi alrededor alumbrando con la lámpara.

Y me topé con dos ojos monstruosos.

Capítulo 2

Jovis

Isla Imperial

Era mejor como contrabandista que como capitán de la Guardia. Si hubiera sido más listo, habría conservado aquel trabajo y habría rechazado este. Pero aquí estaba, decidido a salvar a tantos pobres diablos como me fuera posible dentro del Imperio.

Con suerte, a lo mejor de paso conservaba la cabeza.

Mefi me palmeó la guerrera.

—Saca las cartas. —Calló unos momentos y agregó de mala gana—: Por favor.

Giré la cabeza mínimamente hacia el punto en el que había visto a Lin asomarse por el recodo. Ya no estaba. Era hábil, eso tenía que reconocérselo. No habría esperado algo así de la hija del emperador. Pero oí un suave roce arriba, en las tejas, y supe que había subido al tejado. Podían haber sido varias cosas, entre ellas mi imaginación, pero los años que había pasado siendo fugitivo me habían afinado el instinto. Y no tenía por qué esperar que la emperatriz me respondiera cuando yo le preguntaba a todas horas dónde había estado.

Los pocos sin esquirlas llevaban razón: Lin guardaba secretos. Y me habían encargado a mí la tarea de desvelarlos. Seguir a una joven en la oscuridad… Supuse que así era como iba a salvar el Imperio. No era precisamente algo digno de plasmarse otra una canción popular.

—Chist —le respondí a Mefi antes de que pudiera insistirme—. Lin ya no se encuentra en su habitación.

Mi mascota se quedó quieta y con las orejas erguidas.

—Quédate aquí —le ordené—. Voy a buscarla.

Pero solo conseguí llegar hasta el recodo antes de que apareciera a mi lado una cabeza coronada por unos cuernos. Alcé las manos en un mudo gesto de

frustración.

—Dijiste que estaríamos juntos —susurró Mefi. Por suerte, a esas alturas ya tenía dominado el arte de hablar en susurros.

Era cierto que yo le *había* dicho eso. Me había separado de él una sola vez, para llevar a cabo una misión para los pocos sin esquirlas, y la cosa terminó de forma desastrosa para mí y, tal como me pareció en aquel momento, también para él. Yo estuve a punto de morir y él se sumió en lo que yo creí que era una enfermedad, pero en realidad resultó ser una especie de hibernación. Jamás en toda mi vida me había sentido tan preocupado, sin saber si Mefi iba a vivir o morir. ¿Y si sucedía de nuevo?

—Está bien —contesté—, pero guarda silencio y no te separes de mí.

A pesar de que tenía unas extremidades desgarbadas y larguiruchas, aún se movía con la gracilidad de una serpiente por las rocas. Avanzó por los pasillos todavía más en silencio que yo.

Vislumbré brevemente a Lin escondiéndose detrás de una columna para eludir a un sirviente. Esperé en las sombras, con la cola de Mefi enroscada alrededor de mi pierna. Cuando Lin volvió a moverse, me moví yo. No era la primera vez que seguía a alguien: para averiguar dónde había escondido cosas, para hacer chantaje y para presenciar reuniones secretas sin ser visto.

Tal vez ser contrabandista y espiar no eran oficios tan diferentes, después de todo.

Lin se detuvo frente a una puerta de pequeño tamaño, miró a un lado y al otro, abrió la cerradura y entró.

—¡Mefi…! —susurré.

Había empezado a moverse ya antes de que yo lo llamara por su nombre, y se había lanzado a la carrera con el ímpetu de un río. Corrí para alcanzarlo procurando no hacer ruido al pisar, con el corazón retumbando.

Mefi había logrado sostener la puerta con una zarpa justo antes de que se cerrase. Yo había aprendido a interpretar su estado de ánimo por las expresiones de su cara, a diferencia de las mías propias, e interpreté que se sentía orgulloso de sí mismo. Le hice un gesto de asentimiento. Sí, me habría sentido muy incómodo si no lo hubiera traído conmigo. Sí, había sido una buena decisión de su parte. Sí, yo lo necesitaba más de lo que creía.

Mefi me respondió con un breve gesto afirmativo y a continuación abrió ligeramente la puerta.

Vi a Lin yéndose hacia el fondo de la habitación sosteniendo una lámpara en alto, vi que abría una puerta adornada con un enebro de copas redondeadas en relieve. En cuanto cruzó dicha puerta, yo abrí la mía de par en par y Mefi saltó hacia delante.

No tuve tiempo de examinar la habitación, y al cerrarse la puerta tras de mí la luz desapareció. Allí no había ventanas, no había sitios a los que pudieran asomarse unos ojos inquisitivos. Encontré a Mefi por el tacto.

Fuimos detrás de Lin internándonos en la oscuridad. El resplandor de su lámpara nos alumbraba el camino.

¿Qué lugar era aquel? Las paredes eran de piedra y fueron tornándose más rugosas, el suelo se inclinaba formando una pendiente y nos hacía descender.

Tardé unos momentos en darme cuenta de que ya no estábamos en el palacio. Nos habíamos adentrado en la montaña con la que lindaba el palacio. ¿Sería una antigua mina? Había oído decir que en la isla Imperial hubo una mina de rocasabia, pero que años atrás se había cerrado sin explicación alguna. A juzgar por la veta de color blanco que veía discurrir por el techo, no había sido por falta de roca.

Así pues, ¿qué estaba haciendo Lin allí abajo? El anterior emperador poseía una reserva propia de rocasabia, Lin no necesitaba extraer reservas nuevas. Se encontraba allí por otro motivo. ¿Estaría ocultando algo? ¿Tendría a alguien prisionero? Aquello parecía una mazmorra: oscuro, angosto, opresivo. Mefi avanzaba pegado a mí, y su presencia me resultó más reconfortante de lo que había previsto.

Al frente apareció una bifurcación, el resplandor de la lámpara de Lin surgía del lado izquierdo. Avancé con cautela, preguntándome a qué profundidad nos encontraríamos. En medio de aquel silencio, hasta mi respiración parecía levantar eco en las paredes. De pronto, el túnel llegó a un callejón sin salida en el que había una nueva puerta. Mi aprensión se intensificó. No estaba muy seguro de entender a la emperatriz. No era tan tonto como para creerme la declaración oficial: que Shiyen había muerto a causa de una larga enfermedad, pacíficamente, en su cama. Cuando llegué al palacio, no había ningún constructo en las murallas. Hasta las puertas principales se hallaban desatendidas. Me tropecé con Lin en el pasillo, con las ropas desgarradas y manchadas de sangre, flanqueada por Thrana y su constructo Bing Tai.

No había sido una transferencia de poder apacible. Y acto seguido, Lin, en vez de ejecutarme o encarcelarme, me regaló el puesto de capitán de la Guardia Imperial. Me explicó que su intención era hacer bien las cosas, acabar con el Festival del Diezmo y con el gobierno de mano de hierro de su padre.

A Gio, el líder de los pocos sin esquirlas, no le importaba quién fuese el emperador, tan solo le importaba que existía uno. Yo pensaba que tal vez se equivocase, que tener un buen emperador, uno que se preocupase por los habitantes del Imperio, quizá no fuera tan malo. Pero ahora, siguiendo a Lin en la oscuridad, no pude evitar hacer conjeturas de qué secretos podía estar guardando ella, de qué terribles cosas podía descubrir yo.

Cuando Lin cruzó la tercera puerta, que yo esperé que fuese la última, Mefi se adelantó rápidamente.

—Gracias —le susurré a oscuras al tiempo que abría una rendija y ponía una piedra para que la hoja no se cerrase. Quizá necesitara salir deprisa y sin hacer ruido.

—Estamos juntos —me susurró él con vehemencia.

—Tienes razón —le dije.

Casi me pareció sentir cómo le vibraba el cuerpo a causa de la emoción. Al igual que la mayoría de los adolescentes, Mefi disfrutaba mucho teniendo razón. Obviamente, yo estaba equivocado; hasta que llegó él para corregirme.

Detrás de aquella puerta se abría otro túnel, uno descendente. Al fondo vi el resplandor de una luz. Saqué mi bastón de la funda que llevaba atada a la espalda, respiré hondo y bajé.

La caverna en la que desembocó el túnel era enorme, tenía tres veces el tamaño de la entrada del palacio. Una parte estaba ocupada por un estanque, y por el techo corría una ancha veta de rocasabia. Lin había encendido las lámparas, y su luz mantenía a raya las amplias zonas en sombra. Ella se encontraba de pie en el centro, junto a lo que parecía un puesto de trabajo. Había estanterías, libros, cestos, sillas y una mesa metálica cubierta diversos objetos.

Hice un gesto de preocupación. ¿En qué podía estar trabajando una persona en el interior de una cueva secreta situada bajo el palacio, a no ser que fuera algo siniestro? Había unas cuantas estalagmitas, pero ningún lugar donde esconderse, de modo que yo no podía ir más allá de la entrada sin que Lin se percatara de mi presencia. Así que me quedé donde estaba, observando aquel puesto de trabajo e intentando encontrarle algún propósito útil.

—Mefi —susurré—, ¿podrías…?

En ese momento, Lin tomó una redoma que había en la mesa y bebió de ella. Todo su cuerpo se puso rígido, todavía con la redoma sujeta en la mano derecha.

¿Veneno? No le encontraba la lógica a lo que estaba viendo. Me puse en tensión y me pregunté si debería hacer algo para ayudar. Pero se suponía que estaba espiando a la emperatriz para los pocos sin esquirlas, no ayudándola. Mi trabajo no consistía en ayudar a Lin. A ver, técnicamente sí; pero no era la misión para la que me habían enviado allí.

¿Pero qué clase de persona era yo? No sabía qué clase de persona era Lin, aún no, ¿y si se moría? ¿De verdad era capaz de quedarme allí sentado, sin hacer nada?

Lin movió la mano y dejó la redoma en la mesa. Yo dejé escapar un suspiro.

Mefi, a mi lado, estaba olfateando el aire y agitando los bigotes.

—Noto un olor familiar —susurró a modo de explicación cuando me lo quedé mirando.

—Tú nunca has estado aquí —repliqué.

Aplanó las orejas.

—Eso ya lo sé.

Cuando volví a mirar a Lin, reparé en algo que le brillaba entre los dedos. Una llave. Otra maldita llave.

Estaba acuclillada junto a un arcón, pero se incorporó y se dirigió hacia el fondo de la caverna. No alcancé a ver lo que estuvo haciendo allí, detrás de un grupo de estalagmitas, aunque sí que oí ruidos como de raspar y después unos suaves gruñidos al tiempo que levantaba algo.

Acto seguido, se puso en cuclillas y desapareció.

Le hice una seña a Mefi y ambos nos adentramos en la caverna. Yo me quedé junto a la pared contraria a donde estaba el estanque con la esperanza de que, si Lin reaparecía de repente, pudiera esconderme en las sombras arrimado a la roca. Suponía un riesgo, pero en mis tiempos había corrido bastantes riesgos parecidos. En su mayoría, funcionaron a mi favor. En su mayoría.

Detrás del grupo de estalagmitas había una trampilla abierta y una losa de piedra. De la trampilla salía luz. Mefi olfateó el aire y se le erizó todo el pelo del lomo.

—No me gusta —dijo en voz baja—. Huele mal.

Resistí el impulso de golpear el suelo de la caverna con mi bastón, aunque

notaba que empezaban a sudarme las palmas de las manos. No iba a saber lo que había allí abajo a menos que mirase.

De pronto, se oyó un rugido grave y ronco que llenó la caverna.

Esta vez se me erizó el pelo a *mí*. Mefi echó a correr hacia allí antes de que yo pudiera impedírselo y metió la cabeza por el agujero.

—Monstruo —me dijo con voz ahogada. Abrió la boca como si estuviera intentando formar una idea más coherente, pero volvió a cerrarla.

—No te acerques. —Era la voz de Lin, temblorosa.

Yo tenía dos opciones: esperar a ver si Lin sobrevivía a aquello o… Ah, por lo visto, mis pies ya habían tomado la decisión por mí. La escalera vertical estaba bien sujeta, lo cual agradecí, porque cuando bajé lo suficiente para ver la caverna siguiente, mis extremidades empezaron a temblar.

La emperatriz se hallaba entre yo y lo que Mefi, muy acertadamente, había identificado como un monstruo. La mitad del espacio lo ocupaba un constructo que tenía unos ojos dorados y centelleantes tan grandes como mis puños. Sus fauces abiertas dejaban a la vista múltiples hileras de dientes blancos y afilados. Sus musculosas patas terminaban en unas zarpas capaces de liquidarme de un solo manotazo. Jamás había visto uno tan enorme. ¿Qué estaría haciendo allí abajo, detrás de cuatro puertas cerradas con llave?

Vislumbré estanterías, algo que colgaba en las paredes, antes de volver a concentrarme, inevitablemente, en lo que ocurría frente a mí.

Lin sostenía en una mano la lámpara, y en la otra su herramienta de grabar, y permanecía inmóvil. ¿Se habría vuelto loca? Aquel ser iba a devorarla.

De repente, el constructo posó la mirada en mí.

Allí estaba yo, colgado en mitad de una escalera y con mi bastón agarrado en una mano sudorosa. Mi truco más potente requería establecer contacto con el suelo, que estaba… todavía bastante más abajo.

—Jovis —me susurró Mefi desde arriba—, ¡muévete!

Una prueba de mi estupidez fue que, en vez de subir de nuevo, continué bajando por la escala, resbalando tan rápido como me fue posible. Sentí el empuje del aire cuando la criatura se movió y lanzó una dentellada con sus fauces justo por encima de mí. Por lo visto, yo le parecía un bocado más apetitoso que Lin: era bastante más voluminoso y ella estaba más bien fibrosa.

Pero no tenía tiempo para especular sobre las cualidades culinarias de los humanos. Cubrí el resto del espacio de un salto, y el impacto de la caída hizo que me entrechocaran los dientes. Pero contaba con mi bastón aferrado en la mano y la vibración en mis huesos. El constructo arremetió de nuevo contra mí, y di un pisotón contra el suelo.

La cueva entera se sacudió y cayó polvo suelto del techo. El monstruo frenó en seco, pero no se desplomó, ni siquiera llegó a tambalearse.

Cuatro patas. Bien.

Lin, que ahora se encontraba detrás de él, se levantó sacudiéndose el polvo de la túnica; era obvio que no contaba con la misma estabilidad.

—¡Idiota, vas a conseguir que se nos caiga encima la cueva entera! —escupió.

No pude discutírselo. Me había entrado el pánico al ver a aquella criatura y se me había olvidado dónde estaba. Levanté el bastón con la esperanza de que la

velocidad y la fuerza me ayudaran a conservar la vida. No sabía muy bien cómo matar a una criatura como aquella, ni tampoco si podía matarla o no.

—Me has seguido —dijo Lin blandiendo su herramienta de grabar—. Has irrumpido en mis habitaciones cerradas con llave. ¿Cómo has conseguido incluso llegar aquí abajo?

En mi cabeza brotaron un millar de mentiras, y las fui arrancando de una en una. No era momento para explicaciones. Miré al monstruo deseando haber escogido otra arma, alguna que tuviera filo o punta. Dándole un golpe en la cabeza solo conseguiría enfadarlo.

—¿Podemos hablar de mi ejecución más tarde?

Hubo otro rugido, tan cavernoso que el agujero que ya se me estaba formando en el estómago se ensanchó un poco más. De nuevo arremetió contra mí, y esta vez yo estaba preparado. Levanté mi bastón y lo golpeé en el hocico tan fuerte como pude.

El monstruo soltó un gañido y sacudió la cabeza acusando el golpe, aunque ni siquiera llegó a sangrar. Me abalancé sobre él en el intento de aprovechar ese titubeo momentáneo.

Para tratarse de una criatura tan grande, era sorprendentemente rápida. Esquivó mi embestida y me enseñó los dientes. Acerté a ver a Lin acercándose.

—¡Id a la escalera! —le grité—. No sé durante cuánto tiempo lograré entretenerlo.

Ni siquiera estaba seguro de poder entretenerlo. ¿Por qué arriesgaba el cuello por Lin? Lo único que sabía era que no podía dejarla allí abajo para que se enfrentara a aquella criatura ella sola, fuera quien fuese. Me estaba ablandando. A lo mejor siempre había sido un blando.

El constructo, percibiendo que mi atención estaba centrada en otra parte, fijó sus ojos dorados en Lin. Sus iris relampaguearon a la luz de la lámpara y sus zarpas se clavaron en la roca.

Debería haber contemplado la posibilidad de echar a correr yo mismo hacia la escalera, pero en vez de eso grité:

—¡Eh, termina lo que has empezado!

Técnicamente, había empezado con Lin, pero dudé que fuera a detenerse para rectificar el error.

No me equivocaba.

Se volvió hacia mí y cargó igual que un ciervo en plena temporada de apareamiento. Supuse que debería sentirme agradecido de que no tuviera cuernos. Retrocedí a trompicones, pisando de manera desigual el suelo de piedra, y me tropecé con el extremo de mi bastón. ¿Importaba algo que yo muriera estando de pie o tirado en el suelo? Levanté el bastón y la criatura frenó a escasa distancia de mí, rugiendo. Así que su hocico era un punto doloroso. Hasta las bestias más temibles tenían puntos sensibles. Los ojos, también. Podía apuntar a ellos.

Necesitaba poner su gigantesca cabeza dentro de mi alcance.

De pronto, se oyó la voz de Mefi haciendo eco en la cueva:

—¿Puedo ayudar?

—Puedes ayudar quedándote ahí y estando preparado para cerrar la trampilla —respondí. Retrocedí un paso más y sentí la pared.

Genial. Había permitido que el monstruo me acorralara. Un error de aficionado para un contrabandista y capitán de la Guardia Imperial. Preferiría mil veces luchar contra una docena de hombres en la calle abierta antes que con este único monstruo en una cueva cerrada. Siempre hay que tener controladas las vías de escape. Siempre hay que dejar una salida. Pero si otra persona corría peligro, el cerebro se me hacía papilla igual que la pulpa de un melón al fondo de un tonel. Muchas veces me había dicho a mí mismo que no era un héroe.

Levanté el bastón a un lado y abrí los brazos para invitar al constructo a que me atacase. A lo mejor sí era un héroe. Y los héroes eran idiotas.

El constructo abrió las fauces goteando saliva al suelo. Y atacó.

Yo levanté el bastón…, pero demasiado despacio. Tuve la sensación de estar viéndome a mí mismo desde un lado, en aquel momento todo se aclaró, se destiló hasta transformarse en pánico.

Por lo general, en las canciones populares nadie cantaba la muerte macabra de los héroes. Por lo general, el héroe se desmayaba al final de una batalla, sangraba bellamente por una única herida y dejaba escapar una única lágrima. No iba a quedar suficiente materia de mí para poder hacer eso.

De repente, el constructo se quedó inmóvil.

Fui volviendo en mí, un pedazo tras otro: la mano con que sostenía el bastón, ya dolorida; la mandíbula apretada; el corazón golpeándome con violencia el pecho.

El constructo estaba inmóvil y yo no estaba muerto. ¿Mefi? ¿Se trataba de algún nuevo poder que me había concedido?

En eso, oí un suave roce detrás del constructo que estuvo a punto de matarme del susto. Salió Lin rodeando el corpachón del monstruo con unas cuantas esquirlas en una mano y la lámpara levantada en la otra.

—¿Te importaría decirme qué estás haciendo aquí abajo?

A pesar de su estatura, tenía algo de Shiyen en el modo en el que sostenía la cabeza, en la manera en la que parecía perforarme con la mirada. Yo no había conocido a su padre, aunque había visto retratos de él, y en ninguno aparecía sonriendo.

—Mi trabajo —respondí con sencillez.

—Yo no te he ordenado que me sigas —replicó Lin. Miró hacia un lado, a Mefi, que nos observaba desde la trampilla—. Y además lo has traído a él. Ahora tengo dos bocas que callar.

—Así que escondéis cosas.

—Por supuesto que sí —exclamó. Sus ojos centellearon casi con tanta fuerza como los del constructo—. Este lugar no me pertenece. Perteneció a mi padre, y él nunca me habló de su existencia. No conozco todos los secretos que guardaba. ¿Propones que abra todas las puertas que él mantenía cerradas con llave para que venga todo el mundo a inspeccionar? Imagínate a un pobre sirviente bajando aquí y convirtiéndose en víctima de este constructo.

Había algo en su arrogancia que me irritó. Hablaba igual que Gio.

—*Vos* misma habéis estado a punto de convertiros en su víctima. ¿Qué creéis que me sucedería a mí si murieseis? Todo el mundo pensaría que yo he tenido algo que ver, o, como mínimo, que no he hecho mi trabajo.

—No —replicó Lin—, la víctima ibas a ser tú. No yo. Los constructos son asunto mío, mi responsabilidad, no la tuya.

Mi boca siguió moviéndose, mi cerebro se esforzaba por seguirle el ritmo.

—Y mi responsabilidad es vuestra seguridad.

Lin introdujo una mano en el cuerpo del monstruo y volvió a sacarla, esta vez vacía. Me puse en tensión al ver que la criatura volvía a moverse y preparé mi bastón. ¿De modo que aquella iba a ser mi ejecución? Mefi se lanzó de cabeza escaleras abajo con un suave gemido.

Lin alzó una mano para frenarlo.

—Espera y mira.

Y Mefi, cosa extraña, obedeció.

El pellejo del constructo se hundió y se desprendió del cuerpo.

—Lo he roto —dijo Lin—. Soy la única que sabe cómo hacerlo.

Yo no acababa de relajarme, ni siquiera cuando el constructo se derrumbó ante mis ojos. Tenía el rostro caliente. ¿Así que Lin no me había necesitado en absoluto? Me había expuesto al peligro, ¿y para qué? Pero al recordar lo que había visto cuando me asomé por la trampilla, me dije que Lin no podría haberse acercado tanto al constructo si yo no lo hubiera distraído.

—Si sois tan competente que no necesitáis protección, ¿para qué me habéis contratado?

—Los dos sabemos por qué te he contratado. Tú me proporcionas legitimidad ante el pueblo. Pero no puede ser que te dediques a espiarme, a seguirme a todas partes, a exigir saber todo lo que hago.

Mefi descendió el resto de la escalera con normalidad y se enroscó a mis piernas, como si pudiera protegerme de la ira de la emperatriz.

—¿Eres mi capitán de la Guardia Imperial? ¿O eres un espía?

El calor que sentía en la cara desapareció. Lin no lo sabía, no podía saberlo. Yo no había dado ningún indicio. Me obligué a respirar. Sus preguntas pretendían aguijonearme, nada más.

—Entonces, ¿qué vais a hacer, mi señora? ¿Quitarme el título? ¿Ejecutarme? —Ya había reconocido que me necesitaba—. Me imagino que el pueblo, que me tiene en alta estima, no lo vería con buenos ojos.

Mefi me tocó la pierna en un intento de apaciguarme.

Lin se acercó a mí y, aunque tuvo que estirar el cuello, por un instante dio la impresión de que teníamos la misma altura.

—¿Estás amenazando a la líder del Imperio del Fénix? —El aire que nos separaba pareció vibrar—. ¿Qué es lo que quieres, Jovis? ¿Ser tú mismo emperador?

Me quedé tan descolocado por esa acusación que solo se me ocurrió decir:

—¿Por qué iba a querer yo eso? —Era lo último que quería. Ni siquiera había querido estar allí, en el palacio. Qué idea tan absurda. Si no me encontrase en una posición tan apurada, me habría echado a reír.

Lin parpadeó. La tensión que flotaba entre nosotros se evaporó a la vez que ella ponía un gesto ceñudo.

—¿Por qué no?

Había varias razones, y ni siquiera tendría que mentir. Abrí la boca para

empezar a enumerarlas, pero Lin volvió la mirada hacia la trampilla. Lanzó una exclamación ahogada, y yo me giré.

Había una criatura de pequeño tamaño, dotada de orejas de murciélago y alas de gaviota, que nos estaba observando.

Lin me agarró del brazo.

—Has dejado la puerta abierta. —Lo dijo como si yo hubiera hervido arroz en una cantidad excesiva de agua.

—Sí. —No sabía muy bien qué era lo que le producía tanto pánico.

—Ese constructo no es mío. Nunca he visto ninguno así en esta isla. Es un espía.

Acto seguido, se puso el asa de la lámpara entre los dientes, salió disparada hacia la escalera y empezó a subir los travesaños de dos en dos. No me extrañó que no hubiera dudado ni un momento al trepar al tejado: se movía con la rapidez de una ardilla.

Los constructos eran asunto de ella, no mío. Ella misma lo había dicho. Aun así, me puse el bastón en la espalda y eché a correr tras ella como un maldito loco. ¿Y si resultaba herida? ¿Y si se me culpaba de ello a mí? Eran mentiras que me decía a mí mismo porque no podía reconocer que Mefi llevaba razón: yo era una persona que ayudaba. Y, por lo visto, era una persona que ayudaba incluso cuando hacerlo era una total estupidez.

—Habéis dicho que sois la única que conoce la magia de las esquirlas —jadeé mientras trepaba por la escalera en pos de ella. Mefi subía detrás de mí, y los travesaños crujían bajo el peso de ambos.

—Sí —respondió Lin—. Pero tras la muerte de mi padre, todo se descarriló. —Salió por la trampilla y, para mi sorpresa, se volvió para tenderme una mano—. Es necesario que lo atrape. Esos constructos ya no están supeditados a mi padre, lo que quiere decir que pueden jurar lealtad a otros. No puedo creer que haya bajado aquí por equivocación. Ayúdame.

Cualquier vacilación que yo hubiera sentido se esfumó. ¿Alguna vez había tenido Lin la intención de ejecutarme? ¿O estaba tan loca como yo, y abrigaba la esperanza de que una sola persona fuera capaz de enmendar la situación? Le respondí con un breve gesto de asentimiento y ella echó a correr tras el constructo, que se perdió de vista por la entrada del túnel.

Lin era más rápida de lo que yo creía, aunque mis piernas largas y la fuerza que me confería Mefi me permitían compensar la diferencia.

—¿Has dejado abierta alguna otra puerta? —me preguntó mientras nos dirigíamos al túnel.

—Solo esa.

—Entonces, el constructo se ha colado por la entrada de espías de la guarida de Ilith. No lo atraparemos aquí abajo. Si nos damos prisa, podemos interceptarlo en el patio. Tiene alas, y una vez que remonte el vuelo nos resultará difícil.

Después de eso ya no hablamos más, y dejé que Lin tomara la delantera por aquellos túneles serpenteantes. La lámpara daba saltos en su mano y en más de una ocasión estuvo a punto de apagarse. Mefi corría a mi lado y en ningún momento me cuestionó adónde íbamos ni qué estábamos haciendo; tal vez me replicara con insolencia cuando jugábamos a las cartas, pero en los momentos importantes siempre me apoyaba.

Lin cruzó como una tromba la puerta del enebro de copas redondeadas y embistió la siguiente con el hombro, con tanta energía que pensé que debía de haberse hecho daño. Ni siquiera hizo una mueca, y se limitó a seguir corriendo.

De noche el vestíbulo de entrada tenía un aspecto amenazante, pues solo permanecían encendidas las dos lámparas situadas junto a las puertas principales. A Lin le llevó un poco más de tiempo abrir esas, y yo sumé mi fuerza a la suya, mi hombro pegado al suyo, las manos de ambos empujando la hoja.

Cuando las puertas se abrieron, a punto estuvimos de caer rodando escaleras abajo. A veces me olvidaba de compensar mi nueva fuerza, de contenerla cuando la ocasión lo requería. Pero Lin volaba sobre sus pies y bajaba los peldaños de dos en dos, y de tres en tres. Fue directa hacia el jardín.

El recinto del palacio estaba oscuro, las lámparas exteriores estaban todas apagadas. Caía una llovizna que me dejaba gotitas de agua en la cara y en las pestañas. Salvé el tramo de escaleras de un salto y fui tras ella.

—Una roca —me dijo con una voz extrañamente tranquila, cuando yo pensaba que debía de estar sin aliento—. La entrada de la guarida de Ilith se encuentra debajo de una roca grande que hay junto al cerezo.

No me sentía capaz de identificar un cerezo en aquella oscuridad, así que saqué mi bastón sin dejar de correr, con la esperanza de estar preparado.

El arco que daba paso al jardín conducía directamente a un seto que nos llegaba a la altura de la cintura, el cual Lin esquivó con facilidad. Yo lo salvé de un salto y oí a Mefi hacer lo mismo. El jardín se me antojó todavía más oscuro que el resto del patio, pero seguí el ruido de las pisadas de Lin casi trastabillando a cada paso por un sendero que no veía. El sendero desembocaba en un claro circular en cuyo centro había un árbol y una roca de gran tamaño.

De pronto, algo aleteó en el cielo de la noche.

—¡Mierda! —exclamó Lin

No supe muy bien por qué —después de cuatro puertas que estaban cerradas con llave, una caverna bajo el palacio y un constructo gigantesco—, aquello era lo que iba a lograr sorprenderme: una emperatriz maldiciendo como un contrabandista.

Lin dio un pisotón y el suelo se sacudió. Mefi apretó el hombro contra mi muslo. Todas las sospechas que albergaba yo desde que vi a Thrana, desde la primera conversación que tuve con Lin, en la que me pidió que fuera el capitán de su Guardia Imperial, volvieron a asaltarme.

Thrana era igual que Mefi.

Lin era igual que yo.

¿Y yo era igual que…?

Procuré no pensar demasiado en lo que era, en lo que significaba aquella magia. Pero desde que luché contra aquel constructo de cuatro brazos enfrente del palacio, no había dejado de cavilar. Había conseguido dominar el agua que me rodeaba, someterla a mi voluntad.

Las leyendas hablaban a menudo de que los alanga controlaban el agua.

Me aclaré la garganta.

—Opino que deberíamos…

Pero Lin ya se había marchado antes de que yo terminara la frase: había echado

a correr hacia un pabellón cercano y trepaba por el canalón como si aquello lo hubiera hecho un millar de veces. Y a lo mejor así era.

—¡Por las pelotas de Dione! —maldije, y a continuación fui tras ella.

Mientras trepaba a lo alto del edificio, acerté a ver la cara de desamparo que ponía Mefi.

—Espérame aquí, ¡volveré! —le prometí. No le sucedería nada dentro de los muros del palacio.

Para cuando llegué a lo alto del pabellón, Lin ya había saltado al tejado de otro edificio. Eché a correr tras ella y alcancé el tejado siguiente de un brinco. No habría podido dar semejante salto antes de mi asociación con Mefi. ¿Cuánto tiempo llevaría Lin haciendo aquello? Prácticamente volaba sobre los tejados. El constructo era una sombra oscura que aleteaba en el cielo.

Mientras corría, la lluvia se me adhería a la frente y formaba reguerillos.

—¡Abatidlo! —les grité a los guardias de las murallas. Dos de ellos me oyeron, se sobresaltaron y se volvieron para ver quién había hablado—. En el cielo —aclaré. Solo uno tuvo la presencia de ánimo necesaria para tomar su arco.

Demasiado lento. El constructo quedaría fuera de alcance antes de que el guardia pudiera colocar una flecha, y yo ni siquiera estaba seguro de que hubiera visto al constructo.

Llegamos a las murallas. Los guardias nos miraron fijamente sin saber qué pensar de nosotros. Lin escrutó los edificios de la ciudad con expresión grave. Yo supe lo que se disponía a hacer un momento antes de que lo hiciera.

—Mi señora, hay demasiada distancia. El constructo ha escapado. No…

Lin echó a correr; primero subió de un brinco a las almenas y luego dio un salto hacia al tejado. Consiguió alcanzarlo por los pelos. Se quedó con los dedos aferrados a las tejas y los pies colgando en el aire. Pero se izó con un movimiento fluido y siguió corriendo.

Yo conocía mis límites. Bueno, la mayoría de las veces. Me disculpé con los guardias encogiéndome de hombros y a continuación me descolgué por un lado de la muralla.

Las murallas se habían reparado desde mi llegada, con lo cual presentaban un aspecto muy mejorado, pero resultaban mucho más difíciles de escalar. A mitad del descenso me rendí y me dejé caer al suelo. El batacazo me hizo daño en las rodillas y me arrancó una mueca de dolor, pero sabía por experiencia que las lesiones se curarían deprisa y que el dolor iría cediendo.

Las calles de Ciudad Imperial se hallaban desiertas a aquellas horas de la noche, las tiendas estaban cerradas y los habitantes dormían. Ya había visitado aquella ciudad en varias ocasiones, en mi juventud, cuando estudiaba en la Academia de Navegantes. Ciudad Imperial se encontraba a un día de viaje de la academia en barco o en carro de bueyes, y era un sitio popular al que iban los alumnos a hacer una escapada y divertirse un poco. En aquella época, las calles eran distintas, pero aun así no tuve dificultad para encontrar el camino. Lo único que tuve que hace fue seguir el eco de las pisadas de Lin contra las tejas de los tejados, un leve chasquido que destacaba entre el repiqueteo de la lluvia en los canalones. El empedrado de la calle estaba resbaladizo, pero me arriesgué a mirar hacia arriba y logré distinguir a duras penas la sombra del constructo recortada contra el cielo.

Todavía teníamos posibilidades de atraparlo.

Lin acababa de ser coronada; me gustaría saber quién había subvertido a un constructo espía y lo había enviado a Imperial tan rápidamente. Si era posible llevar a los constructos hacia otras causas y otros amos, habría un verdadero ejército de ellos por todo el Imperio, esperando a caer en manos de quien no convenía.

Ese pensamiento me heló los huesos mucho más que la lluvia que me mojaba las mejillas.

Oí un gruñido procedente de arriba: Lin había dado un salto para atrapar al constructo y, tras fallar, había aterrizado con violencia en un tejado y casi se había caído por el alero.

—¡Tenéis que acercaros más! —le grité—. O intentar… arrojarle algo.

—¿Arrojarle qué? —gritó ella a su vez.

Me reprimí para no replicarle que tal vez debería haberlo pensado antes de lanzarse en persecución del constructo. Pero es que me estaba quedando sin resuello. Bajé por la calle principal de la ciudad viendo a mi paso reminiscencias de mi vida anterior. Una taberna en la que había estado una vez; me senté a solas en el rincón con un vaso de vino. Una tienda que vendía mapas preciosos, muy detallados, que ansié tener, pero no pude permitirme comprar. La esquina en la que me abordaron unos cuantos compañeros de la academia y me acusaron de que yo, un chico que era medio poyer, los estaba siguiendo. Conseguí salir de la situación, al cabo de un rato, a base de palabras.

Nunca pensé que volvería a Ciudad Imperial. Y para quedarme.

En la alcantarilla que tenía frente a mí vi una ostra suelta; la recogí sin detenerme y la sopesé. Estábamos cerca de los muelles. Percibía el olor del mar, sentía la brisa marina, oía el batir de las olas contra la orilla. Mis pies avanzaban más deprisa de lo que yo habría creído posible, mi respiración era rápida; pero más rápidos aún eran el viento y las alas.

Nuevamente oí un gruñido procedente de lo alto: Lin había vuelto a saltar para intentar atrapar al constructo. Cuando los dedos de ella le agarraron la cola, la criatura viró y se apartó, y Lin se quedó con unas cuantas plumas y otra caída sobre el tejado.

Al frente aparecieron los muelles, y más allá el mar. Ya solo quedaba una oportunidad.

Me concentré en el constructo, hice fuerza con los pies, tomé impulso y lancé la ostra hacia el constructo. Debería haber seguido corriendo, buscando alguna otra cosa que lanzarle, pero me quedé mirándolo y aguantando la respiración.

La ostra describió un amplio arco y el constructo sobrevoló los muelles y continuó hacia el mar. Escapó.

Capítulo 3

Lin

Isla Imperial

Aterricé en el tejado con el hombro y llevando las plumas todavía en la mano. La caída me dejó sin respiración y rodé por el tejado con un brazo extendido en el intento de agarrarme a algo, lo que fuese, que me frenara. Logré encajar los dedos en el canalón antes de caer por el borde, aunque estuve a punto de dar una voltereta sobre mi brazo.

Me quedé allí, sin aliento, viendo cómo Jovis arrojaba una ostra hacia el constructo y fallaba por un amplio margen. Menudo héroe del pueblo. El hombre sobre el que habían escrito una canción habría dado en el blanco, con la melena al viento y los hombros rectos.

Jovis se apoyó en las rodillas, sin resuello, como un anciano. Desde luego, las leyendas nunca decían nada del cansancio del héroe.

El constructo espía había escapado volando para ir a informar a su amo, quienquiera que fuera. Intenté desenredar el nudo que parecía ir creciendo por momentos en el interior de mi estómago. No estaba segura de qué habría visto en las cuevas. ¿Habría leído alguna de las anotaciones mientras yo luchaba contra el constructo oculto de mi padre? ¿Habría visto la réplica de Shiyen? Cualquiera de las dos cosas me perjudicaría: sacaría a la luz lo que era yo.

¿Lo habría visto Jovis?

Podía hablar mucho de que debíamos trabajar juntos o de que necesitaba su ayuda, pero mis entrañas se retorcían igual que un nido de serpientes. Mi gobierno les parecía frágil a quienes estaban fuera de él, pero la verdad era aún más delicada de lo que ellos creían.

Bajé por el lateral del edificio. Dentro, alguien, alertado por mis pisadas, se había despertado y había encendido una lámpara. Era necesario que regresáramos

al palacio antes de que nos vieran. Era posible que los guardias de la muralla ya se estuvieran haciendo preguntas para las que yo no tenía ninguna respuesta fácil. Había sentido un zumbido en los huesos y una fuerza que se me extendía por las extremidades, y me había entregado a ambas cosas sin cuestionarlas.

Sin cuestionarme la impresión que iba a causar en otras personas.

Yo era la emperatriz, y estaba brincando de tejado en tejado como si fuera Jovis llegado para salvar a un grupo de niños del Festival del Diezmo. Necesitaba dominarme, comportarme con discreción.

Las heridas que me hice en la pelea con mi padre habían sanado rápidamente, y en su momento no pensé mucho en ellas. Pero entonces las piezas estaban empezando a encajar unas con otras y a tener lógica, la misma lógica que ansiaba encontrar en las anotaciones de mi padre.

Me acerqué a Jovis y le toqué el hombro con la mano. Observé las franjas de luz que salían tras los postigos de las ventanas del edificio con la esperanza de que estos no se abrieran todavía.

—Volveremos por las callejuelas. Vamos. Deprisa.

Jovis se incorporó y se sacudió el hombro con gesto distraído, como si mi mano le hubiera dejado alguna marca en la ropa. Su respiración ya se había normalizado.

—He estado a punto de atraparlo —dijo.

Solté un bufido de burla sin querer.

—La próxima vez, déjame a mí lo de arrojar cosas. De todos los talentos que has manifestado, ese no parece que se encuentre entre ellos.

De pronto, alguien movió los postigos del edificio contiguo, y yo salí disparada calle arriba haciéndole una seña a Jovis para que me siguiera. Nos escondimos en un callejón. En la oscuridad había varios montones de basura, y, sin saber cómo, acabé pisando sustancias resbaladizas y desconocidas para mí.

—¿Esto es algo que hacéis a menudo? ¿Lo de recorrer furtivamente la ciudad y pisar basura? —La voz de Jovis sonó casi en mi oído y me sobresaltó—. Sois la emperatriz. No deberíais haber salido de los muros de palacio.

—Y tú no deberías haberme seguido —repliqué entre dientes—. En absoluto.

Ya me daba igual lo que hubiera visto el constructo espía, me importaba lo que hubiera visto *Jovis*. Me había puesto en una situación difícil. Sí, me había ayudado a perseguir al constructo espía; sí, había intentado tontamente salvarme la vida aun cuando ello lo ponía en peligro a él. Pero estaba rozando secretos que ni siquiera yo entendía del todo.

Durante un rato, Jovis no dijo nada, y yo esperé a que volviera a discutir conmigo, a que justificara sus acciones con su deber. Era una excusa; ¿de verdad estaba tan obsesionado con protegerme? Era un contrabandista, un hombre acostumbrado a desafiar las normas a fin de obtener lo que quería. Por muchos niños que hubiera salvado, yo no podía esperar que de repente se volviera honorable y cumplidor. La cuestión era: ¿qué era lo que buscaba? ¿Pretendía meramente satisfacer su curiosidad o tenía algún otro motivo?

En vez de discutir, exhaló un profundo suspiro.

—A propósito, os doy las gracias. Me habéis salvado la vida en esa cueva.

Y así, sin más, mi cólera desapareció, aunque intenté aferrarme a ella. Tenía derecho a estar furiosa. Pero el cansancio de la pelea y de la persecución estaba

empezando a asentarse en mis huesos.. Había muchas cosas de las que preocuparse.

—Mi padre no te habría salvado.

—Lo sé. —Casi no veía nada en la oscuridad, pero sentí el roce de su manga contra la mía cuando se puso a mi lado—. No he fisgoneado nada, si es eso lo que estáis pensando. Podéis fiaros de mí.

Me entraron ganas de reír. No podía fiarme de nadie.

—Naturalmente que no. Ni siquiera te conozco. ¿Y cuándo pensabas contarme que tus poderes proceden de Mefi?

Jovis dio un traspié.

—¿Os lo ha dicho él?

—Sé deducir cosas yo solita, y esa no me ha costado nada deducirla.

Por debajo del cansancio notaba un temblor en los huesos que estaba esperando a entrar en acción. Me había proporcionado fuerza y velocidad cuando más las necesitaba. Mefi y Thrana eran la misma clase de criatura. Eso era lo único que teníamos en común Jovis y yo, y no había experimentado ese poder antes de establecer mi vínculo con Thrana.

—¿Qué son? ¿Y qué somos nosotros?

—Iba a decíroslo.

No era cierto. Vislumbré los contornos de su rostro cuando lo levantó para mirar el cielo. Eso me bastó para saberlo, para leerlo en su expresión. Mi padre me había dicho: "Si sabes que una persona está mintiendo, no le des una contraorden, porque se empecinará en su postura. Sigue adelante con lo que tú sepas que es la verdad". Me fastidió que ese consejo todavía tuviera vigencia, pero mi padre no era tonto, sino cruel. Me aclaré la garganta.

—Así que los dos tenemos secretos. Yo no desvelaré el tuyo, no te preocupes. No me beneficiaría en nada. Y, si no me equivoco, a ti te beneficia guardar el mío.

Doblé una esquina al tiempo que me apartaba el pelo mojado de los ojos. Ambos estaríamos empapados para cuando regresáramos al palacio, empapados y oliendo a basura. Una parte de mí añoraba la época en la que las murallas estaban atendidas por constructos y yo podía entrar y salir sin preocuparme por la posibilidad de levantar cuchicheos ni chismorreos.

—¿Qué queréis decir? —me preguntó Jovis con cautela.

—Que no te conviene que se sepa que tu poder te lo proporciona Mefi. En cuanto la gente se entere, Mefi estará en peligro.

Me agarró del brazo. Sentí que el pánico me atenazaba la garganta. Estábamos solos en las calles. Jovis podría matarme allí mismo y huir sin miedo a que hubiera muchas consecuencias. Con la ayuda de Thrana, yo podría igualar mi fuerza a la suya, pero no estaba segura de poder hacer todo lo que hacía Jovis… todavía. Hasta aquel momento, todo lo que había hecho había sido accidental.

Sin embargo, su contacto fue delicado.

—Ahí hay un montón de basura. Estabais a punto de pisarla. —Me soltó el brazo como si de pronto se hubiera dado cuenta de a quién pertenecía—. Os pido perdón, excelencia.

Me estiré la túnica antes de continuar. El corazón todavía me aleteaba en el pecho.

—No puedo decir que seas negligente en cuanto a tus obligaciones.

—De modo que para eso me habéis contratado: para evitar que piséis basuras —dijo él con una chispa de diversión en el tono de voz.

—Todo el mundo me habla de asesinos y de gobernadores contrariados, y nadie me habla de los peligros que entrañan los montones de basura.

El alivio me hizo reír. Jovis no estaba intentando matarme, y no pensé que hubiera visto gran cosa antes de bajar detrás de mí por aquella escalera vertical. Algo me decía que me estaría tratando de forma distinta si hubiera visto a Shiyen dentro del estanque. Si hubiera comprendido lo que significaba aquello.

Aun así, seguía sin fiarme de él.

—Bueno, ¿y cuándo ibas a contarme lo de Mefi y Thrana?

La luna asomó por detrás de una nube y dibujó el perfil de su rostro cuando se pasó una mano por el pelo.

—Probablemente nunca —respondió—. No es un tema fácil del que hablar. Parecía una locura. —Se detuvo—. Mirad, ese camino es más corto —dijo señalando una callejuela—. No creo que haya nadie mirando.

A veces se me olvidaba que Jovis, aunque era de Anau, había estudiado en la Academia de Navegantes y que ya había estado en Imperial. Era muy poco lo que yo sabía de él, salvo lo que decían las canciones.

Hice caso de su sugerencia: iba a ser una caminata más corta y con menos basuras. Todavía había lámparas encendidas en un par de tiendas, sus propietarios se habían olvidado de apagarlas. Alumbraban los edificios con un brillo tenue, ligeramente más fuerte que el resplandor de la luna. Tras pasar por delante de una diminuta pastelería, Jovis volvió a hablar:

—Yo tampoco sé quién sois vos —me dijo—. Y me habéis contratado para legitimar vuestro gobierno ante el pueblo, lo cual quiere decir que al trabajar para vos os he dado tácitamente mi respaldo. Es mucha carga que poner sobre los hombros de un contrabandista. ¿Cómo puedo saber que no sois como él?

Supe a quién se refería: a mi padre.

—He suspendido el Festival del Diezmo. ¿Eso no es suficiente?

Claro que no era suficiente. Primero, había buscado demostrar mi valía ante mi padre; ahora buscaba probar mi valía ante todos los demás. El hecho de saber que seguía siendo insuficiente aguijoneaba mi orgullo. Pero me acordé de la grulla de papel, que descansaba sobre la mesa de mi estudio. Era obra de Thrana, la hija de Numeen, que había muerto por orden de mi padre. Fuera yo lo que fuese, había crecido bajo el cuidado de un hombre así. Jovis hacía bien en dudar de mí. Suspiré.

—Mi padre no se preocupaba por el pueblo. Yo, sí. —Vi con el rabillo del ojo que su semblante se suavizaba y supe qué decir a continuación—. Tuve un amigo fuera del palacio. Un herrero. Mi padre lo asesinó a él y a toda su familia. No me llevaba bien con mi padre.

No le dije que aun así anhelaba su amor y su aprobación. Mi relación con Shiyen había sido… complicada.

—Lo matasteis vos.

Lo dijo con naturalidad, como si fuéramos dos compañeros de clase borrachos que estuvieran regresando a casa después de una noche de juerga.

Jovis lo sabía. Me había visto tras la pelea contra mi padre. Pero de todas formas le seguí la corriente.

—Así es. Mi padre tenía un hijo adoptivo. Éramos amigos. Mi padre también lo asesinó a él y me amenazó con matarme a mí.

Era toda la verdad, aunque en una versión suavizada. Oficialmente, Bayan había regresado a la remota isla de la que provenía. Oficialmente, seguía vivo. Ojalá fuera así.

Jovis extendió una mano como para ofrecerme consuelo, pero luego se acordó de quién era yo y la retiró.

—Vuestro padre no era una buena persona.

Titubeé preguntándome cuánto más debía decir. Una parte de mí deseaba que Jovis hubiera tenido la temeridad de tocarme de nuevo. La última vez que me tocó alguien de una forma que no fuera mecánica fue cuando Bayan me tomó de la mano antes de enfrentarnos a mi padre. El resto me salió a borbotones:

—Era el único pariente que he conocido. Yo lo amaba, pero él no me amaba a mí. Al final, mi deseo de vivir se impuso a mi deseo de amarlo.

Sentí que todo el dolor antiguo revivía en mi interior, una herida que nunca terminaba de curarse. Me pregunté si viviría con dicho dolor durante el resto de mi vida.

—Lo siento. —Su rostro también lo decía, y por alguna razón eso multiplicó mi pena.

De todas las cartas que había recibido, pocas ofrecían condolencias por la muerte de mi padre. La mayoría intentaban obtener información, saber qué iba a cambiar en las estructuras del Diezmo o qué planes tenía yo para las islas. Para los gobernadores, yo no era una persona. Parpadeé para alejar las lágrimas, avergonzada de estar llorando. ¿Tan desesperada estaba por recibir un poco de amabilidad? ¿Tan patética era?

Si Jovis se había percatado, era solo con el rabillo del ojo. Aguardó y me dio tiempo para que recobrase la compostura.

—Habéis dicho que no me conocéis —dijo mientras caminábamos—. Y está claro que la canción popular no dice gran cosa. ¿Hay algo que deseéis saber de mí? Una pregunta por otra.

Contemplé su perfil: las extremidades larguiruchas, la nariz larga, el pelo que se le rizaba a la altura de los oídos. Me sacaba casi una cabeza entera, y aunque yo sabía el poder que tenía, no me daba miedo. Eran muchas las cosas que quería saber de él. ¿Era un espía? ¿Estaba planeando matarme o apoderarse de la corona? ¿Qué había visto en el interior de la caverna? No; esas preguntas agrandarían la brecha que nos separaba, cuando lo que yo necesitaba era cerrarla. Necesitaba que los habitantes del Imperio confiaran en mí. Necesitaba que Jovis confiara en mí.

Me tragué mi pena y le lancé una pregunta fácil:

—¿Por qué no te hiciste navegante? ¿Por qué te dedicaste al contrabando?

Se encogió de hombros.

—No encontré trabajo. Nadie quería contratar a un navegante medio poyer incapaz de obtener una recomendación de la Academia. Así que me fui a casa. Y más tarde me ofrecieron una oportunidad y la aproveché.

—¿No querías ser contrabandista?

Se dio golpecitos con un dedo en la barbilla y me respondió con una voz teñida por la sonrisa:

—¿Es otra pregunta?

—Sí, y esa también. —No pude evitar sonreír a mi vez—. Ahora responde la mía.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—No quería. Si alguna vez llegáis a conocer a mi madre, entenderéis por qué. Está fuertemente en contra de lo que ella considera actividades inmorales. Incluso ve mal que mi padre juegue a las cartas con dinero. Pero es que me pareció que era la única opción que me quedaba. —Su sonrisa se desvaneció—. Más adelante, rompí con el Ioph Carn. Tuve una esposa, que desapareció hace siete años. La única manera de seguirle la pista era teniendo un barco propio, y es muy difícil hacerse con uno sin tener dinero. Su rastro terminó llevándome al palacio, al constructo de vuestro padre con el que peleé en los escalones. Él la secuestró para uno de sus experimentos, y ahora está muerta. Supongo que ya lo sabía desde hacía mucho, pero una parte de mí quería asegurarse.

—Lo siento —dije. Esta vez me tocó a mí ofrecer condolencias. No sé por qué, pero resultó fuera de lugar. Me sentí extrañamente responsable.

Jovis irguió la postura.

—¿Volveréis a utilizar la magia de las esquirlas? —Su mirada pasó de mis ojos a mis mejillas y a mis labios.

Me puse en tensión. Había bajado la guardia cuando no debía. Allí solo había una respuesta correcta, y yo clamaba contra ella. ¿Cómo podía comprometerme a algo así sin saber lo que me deparaba el futuro? Tal vez mi padre la hubiera utilizado con fines perversos, pero eso no significaba que yo fuera a hacer lo mismo.

—La magia de las esquirlas te ha salvado la vida —repliqué—. ¿O preferirías haber luchado contra el constructo de mi padre empleando tu bastón?

Observé cómo se le movía la garganta al tragar saliva.

—Eso es cierto. Pero no es una respuesta.

Yo no le debía nada. Yo era su emperatriz. Pero mi padre tampoco se había tomado jamás la molestia de justificarse.

—No sé lo que va a suceder, y tampoco conozco todos los problemas que mi padre ha dejado atrás. Quisiera decir que no utilizaré la magia, pero tampoco puedo comprometerme en algo así.

Jovis apretó los dientes, pero finalmente inclinó la cabeza. Una lámpara que había cerca iluminó la llovizna alrededor de su cabeza y la rodeó de un halo de color dorado.

—Me parece justo. Pero no sé si eso bastará para todos los demás. Han sufrido mucho: hijos que se les han muerto a causa del Festival del Diezmo, seres queridos que han muerto víctimas de la enfermedad de las esquirlas. Querrán un desmantelamiento total.

—Haré todo lo que pueda. Es todo cuanto puedo prometer.

Jovis hizo un alto en medio de la calle y miró hacia el cielo.

—¿Qué ocurre? —Seguí su mirada—. ¿Ha vuelto el constructo?

—No —respondió—. Hay una cosa que debo deciros, porque también os atañe.

Había aprobado su examen, fuera cual fuese. Esperé.

—Cuando peleé con aquel constructo de cuatro brazos en los escalones del

palacio, sucedió una cosa. Una cosa nueva. O, bueno, hice algo nuevo —terminó con una mueca.

—¿Qué fue?

—Esa vibración que sentís en los huesos tiene más de un propósito. Es decir, puede usarse para algo más que simplemente hacer temblar el suelo.

Hacía una noche templada, en cambio mis botas estaban empapadas y olían a basura. Tenía el pelo pegado a la nuca, la lluvia me bajaba por la clavícula y se me colaba por debajo de la camisa. Estaba deseando secarme, meterme en la cama, acurrucarme con Thrana y dormir.

—¿Ibas a decírmelo o pensabas pasar la noche entera bajo la lluvia?

Jovis levantó las manos.

—Estoy siendo sincero con vos. Totalmente sincero. Mirad. —Adoptó una expresión de concentración.

Esperé.

—¿Qué es lo que debo mirar?

Entonces lo vi. La lluvia que caía a nuestro alrededor se quedó suspendida en el aire un momento y luego empezó a moverse otra vez: no cayó a la calle, sino que fue girando en círculo, formando bolitas.

Jovis alzó una mano y atrapó una de aquellas bolas con los dedos. Ni siquiera me miró a mí, tenía la atención fija en el agua.

—¿Os recuerda a algo? —me dijo con el semblante muy serio.

Me acordé de las pinturas de Arrimus defendiendo su isla contra Mefisolu. Me acordé de las leyendas de Dione, que era capaz de hundir una ciudad con un gesto de su mano.

Jovis dejó que el agua cayera a la calle. Las bolitas reventaron y me salpicaron los tobillos. Pero casi no lo sentí, porque estaba mirando a Jovis.

—Alanga —susurré.

Capítulo 4

Lin

Isla Imperial

La noche anterior, al regresar al palacio nos encontramos con que las figuras del mural tenían los ojos abiertos y nos miraban fijamente como si pudieran identificarnos. Aquello me provocó un nuevo escalofrío en la nuca. ¿Jovis era uno de los alanga? Y si lo era, ¿eso significaba que también lo era yo?

No sabía qué pensar. Por cómo hablaba mi padre, los alanga eran un pueblo que no se parecía a nosotros, que poseía una magia que los convertía en algo más que meros mortales. Habían gobernado las islas cientos de años atrás, y no siempre en paz. Cuando los alanga entraron en conflicto, no solo se hicieron daño unos a otros; a consecuencia de ello se hundieron ciudades enteras. Según las antiguas leyendas, los ancestros del emperador los expulsaron de nuestras costas. Mi padre hacía advertencias respecto de que podían regresar, afirmaba que él era el único que podía impedírselo. Yo siempre había creído que si regresaban los alanga, llegarían en barco desde algún lugar desconocido, y como físicamente parecían oriundos del Imperio, echarían raíces y se infiltrarían entre mi pueblo. Jamás pensé que pudieran *formar* parte de mi pueblo. Si Jovis y yo éramos alanga, ¿qué eran entonces Mefi y Thrana? En ninguna de las antiguas pinturas aparecían representadas criaturas como ellos. Si nuestros poderes mágicos procedían de nuestros compañeros, y si eso era lo que sucedía con los alanga, ¿por qué no aparecían sus compañeros en las pinturas, junto a ellos?

Me entraron ganas de volver a las cuevas que había debajo del palacio a examinar los libros y ver si lograba encontrar alguna pista en la caverna oculta. Pero tenía otras obligaciones que atender y demasiado poco tiempo a lo largo del día.

El medallón del fénix relucía junto a mis dedos, hice un esfuerzo para no

tomarlo ni dar golpecitos en la mesa con él. Costaba trabajo romper con los hábitos de un predecesor. El hombre que estaba sentado enfrente de mí se esforzaba por no mirarlo. Mis guardias lo habían investigado y habían examinado a fondo sus antecedentes. Era el cuarto hijo de un gobernador de escasa importancia, poseía una amplia formación y afirmaba haber leído mucho. Me había resultado bastante fácil contratar sirvientes y obreros, pero un administrador ya era harina de otro costal.

Había encontrado el medallón del fénix en uno de los cajones de Shiyen, encajado tan al fondo que tuve que tirar de él con fuerza para arrancarlo. Mi padre había dejado pasar demasiado tiempo sin visitar las otras islas, sin garantizarles su apoyo; yo no podía cometer los mismos errores. Y el constructo espía me había enseñado que había cosas que ocurrían entre los constructos y que también debía atender yo. No podía hacerlo todo desde Imperial, necesitaba ver por mí misma lo que estaba ocurriendo.

—Si pudieras ganarte el apoyo de una sola isla, ¿cuál escogerías?

El candidato era solo un poco mayor que yo y tenía los ojos pequeños y felinos, como los de un jaguar.

—Riya —respondió sin dudar—. Después de Cabeza de Ciervo, es la que cuenta con las minas de rocasabia más productivas. Necesitamos rocasabia para impulsar un comercio rápido y eficiente, y si controlamos ese recurso controlaremos a los ciudadanos.

La tetera humeaba, y en el silencio reinante se oía el repiqueteo de la lluvia contra el tejado. Decidí que mi candidato tenía más bien los ojillos de una comadreja. Le sostuve la mirada. Parecía fuerte y seguro de sí mismo… hasta que gruñó Bing Tai. En ese momento parpadeó y se puso pálido.

—Tranquilo, Bing Tai —dije, y me obedeció. Volví a centrar la atención en mi candidato, que todavía estaba intentando recobrar la compostura—. Gracias por tu tiempo. Cuando nos hayamos decidido, se lo haremos saber a todos los candidatos. Cierra la puerta cuando salgas.

El candidato desvió un momento la vista hacia el medallón, después se levantó, hizo una reverencia y se fue.

A mi espalda oí suspirar a Jovis.

—¿Y qué problema tenía este, excelencia?

Sin darme cuenta, mis dedos buscaron el medallón y empezaron a dar golpecitos con él en la mesa.

—Era demasiado ambicioso. Necesito alguien que se encargue del palacio durante mi ausencia, no alguien que dirija el Imperio por mí. Ese —señalé con una punta del medallón hacia la puerta— me apuñalaría por la espalda con este medallón en cuanto se le presentara la oportunidad.

—Una persona que carezca de carácter le resultaría fácil de intimidar a un gobernador que viniera de visita.

Me volví en el sillón y lo miré.

—¿De modo que piensas que debería elegir a alguien capaz de *intimidar* a otros?

Jovis apretó los labios y desvió la vista hacia la ventana, donde la luz iba menguando rápidamente. Iba cayendo la oscuridad de la estación de lluvias, que pintaba el salón en tonos apagados.

—Lo único que digo es que ha sido un día muy largo.

Eso no podía discutírselo. Ninguno de los dos había dormido mucho la noche anterior. Incluso después de secarme y tomar un té caliente, me resultó difícil conciliar el sueño.

—¿Tú crees que somos alanga?

Jovis dejó de mirar la ventana y miró la puerta para comprobar, de manera instintiva, que no hubiera nadie escuchando. Hacía bien en comprobarlo, sobre todo después del constructo espía al que habíamos perseguido.

—Sinceramente, no lo sé. Pero da que pensar. Si estamos vos y yo, ¿habrá otros?

—En tal caso, mantente atento por si aparecen otros como Mefi y Thrana —repuse.

—Y no debemos decírselo a nadie —concluyó.

Estudié su rostro preguntándome cómo había hecho para convertirse tan rápido en un confidente y si había sido cosa del destino. Jovis no podía estar enterado de lo de Thrana, no podía haber descubierto que ambos teníamos aquella característica en común. Pero tampoco había dudado en hacer uso de ella. Un secreto en común nos unía en más sentidos, no solo en el de Guardia Imperial y emperatriz. Él tenía razón: no debíamos decírselo a nadie. Tal vez él no sufriera consecuencias al revelar sus poderes, pero yo sabía que la gente me temía. Y si revelaba que podía hacer lo que hacía Jovis, alguien establecería la relación con nuestras mascotas y las pondría en peligro.

—Sí —dije despacio—. No se lo diremos a nadie, por lo menos hasta que conozcamos a alguno más.

Cambié de posición el cojín que tenía en la espalda en un intento de ponerme más cómoda. Tras los seis primeros candidatos, había abandonado el reposacabezas de emperador. Habíamos dejado a Mefi y Thrana jugando en el patio, bajo la lluvia, y si no tuviera ninguna preocupación en la vida, iría a acurrucarme con Thrana y Bing Tai delante de la chimenea y con un cuenco de sopa. Aún quedaban muchos libros que leer en la biblioteca, y otras tantas cosas que investigar.

Jovis, como si me hubiera leído el pensamiento, me dijo:

—Puedo decir a los candidatos que quedan que vuelvan mañana.

¿Cómo iba a enderezar las cosas si no me esforzaba el doble de lo que se había esforzado mi padre? Erguí la espalda y negué con la cabeza.

—No. Ya llevan bastante tiempo esperando. Haz pasar al siguiente.

Jovis obedeció.

Entró en el salón una mujer joven. Mostraba una actitud atenta y prudente en su modo de andar, como si fuera esquivando trozos de vasijas rotas. Aún tenía la capa mojada por la lluvia; debía de estar cansada de esperar en el pasillo y había salido a respirar un poco. Olía a tierra mojada.

Jovis volvió a ocupar su sitio detrás de mí, oí el roce de sus ropas.

—Excelencia —dijo la joven—, no estoy emparentada con ningún gobernador, pero he contestado correctamente a todas las preguntas preliminares. No poseo amplios estudios, pero puedo leer un libro, y he leído muchos.

Tomó asiento en la silla colocada frente a mí, y al hacerlo me recordó por enésima vez a mí misma sentada frente al hombre al que yo llamaba padre,

anhelando aceptación y afecto. Esforzándome desesperadamente por responder a sus preguntas, por ser la persona que él quería que fuera. Nunca logré satisfacer sus expectativas. Pero ahora la emperatriz era yo, y él estaba muerto.

Ese pensamiento no me proporcionó la alegría que yo esperaba.

Consulté la lista que tenía delante.

—¿Meraya? —La joven asintió con la cabeza, y continué—: El palacio imperial es en sí mismo una isla en miniatura, en la que hay una miríada de tareas que llevar a cabo todos los días.

Deposité el medallón del fénix a un lado, y ella ni siquiera lo miró. Yo seguí recitando mi ensayada lista.

Sus ojos se entrecerraron un instante antes de atacar.

Ni Jovis ni yo reaccionamos lo bastante rápido. La joven echó la mano primero hacia atrás y después hacia delante, y algo de color plateado cruzó veloz por el aire. Instintivamente me palpé el cuerpo, pero después lo comprendí: la joven no había arrojado su arma contra mí. A mi espalda oí un gemido de Jovis.

No me atreví a apartar los ojos de Meraya. Empujé mi sillón con el pie, me agaché, tomé el cojín del asiento y me lo puse delante del pecho. Una daga diminuta se *clavó* en él sin hacer ruido. Detrás de mí oí unos pasos lentos y tambaleantes. Jovis.

—¡Bing Tai! —grité.

Mi constructo saltó a defenderme.

Cuando Bing Tai aterrizó encima de la mesa, Meraya agarró la tetera de hierro y le propinó un golpe en la mandíbula que lo arrojó al suelo. Por todas partes se derramó té caliente. Me arriesgué a mirar a mi espalda y vi a Jovis despatarrado en el suelo, inconsciente. Meraya debía de haberlo envenenado. Había conseguido arrancarse la daga, la cual yacía en el suelo, a su lado, con la hoja ensangrentada. Solo entonces me percaté de cómo me retumbaba el corazón. La asesina y yo estábamos solas en el salón, no había nada entre una y otra salvo una mesa de madera.

Meraya extrajo de su manga un cuchillo largo y estrecho.

—Esto no va a ser lento —dijo—, pero no va a ser tan rápido como a ti te gustaría. —Y, muy lentamente, se subió a la mesa.

—¡Socorro!

Arranqué la daga envenenada que había quedado hundida en el cojín. Yo no sabía luchar, y estaba claro que aquella mujer había recibido entrenamiento. Tuve la sensación de estar moviéndome a través de una neblina, todo lo que me rodeaba estaba difuminado; los únicos objetos nítidos que había eran su rostro y su cuchillo. El miedo casi no me dejaba respirar. Necesitaba la ayuda de Thrana, pero seguía con Mefi en el patio.

—¿Por qué? —pregunté a mi atacante con la esperanza de ganar tiempo.

—Sé lo que cuentan las historias —respondió Meraya—. No me dejarás viva. Esto es lo que hay que hacer, estoy muy segura. Lo hago por mí. Y por Chari.

¿De qué estaba hablando? Arremetió contra mí. Yo levanté el cojín en un fútil intento de parar el ímpetu de su golpe.

Y de pronto algo empezó a *vibrar* dentro de mí. Dejé que me inundara sin pensar. Era más intenso que la noche anterior, como una criatura dormida que se

hubiera despertado y hubiera roto las ataduras que la tenían cautiva. Arrojé el cojín contra Meraya con tanta energía que se reventó y esparció una lluvia de plumas sobre la mesa.

Meraya atravesó la nube de plumas con los dientes apretados y el cuchillo todavía en alto. Yo tomé la daga envenenada, que no era más larga que la palma de mi mano y carecía de empuñadura. No podría parar golpes con ella. La lancé igual que si fuese un dardo. La tenue iluminación se reflejó en su hoja cuando Meraya la apartó con su cuchillo.

Nada. Yo no tenía nada salvo un zumbido en los huesos y dos manos vacías. De repente tomé conciencia de lo blanda que era mi carne, de lo delicada que era mi piel.

La puerta se abrió de golpe e irrumpieron en la sala tres guardias imperiales con las espadas desenvainadas.

Meraya levantó una mano. El té derramado se alzó del suelo en gotitas que se unieron unas a otras ante ella.

Los tres guardias vacilaron.

—Alanga —dijo uno sin aliento.

Meraya lanzó globos de té contra sus narices y sus bocas. Dos de los guardias tuvieron la presencia de ánimo necesaria para esquivarlos. La tercera, ahogada con el líquido, soltó la espada.

Antes de que Meraya pudiera rehacerse, los otros dos guardias se abalanzaron sobre ella. Tomó humedad del aire de fuera y probó a repetir la jugada, pero ya no tenía un control tan firme, y Jovis había estado entrenando con los guardias: fueron más rápidos de lo previsto y el agua se estrelló inofensivamente contra sus hombros. Meraya debía de haber perdido el control del té que lanzó contra la tercera guardia, porque ésta ya estaba levantándose.

Meraya lanzó una patada, y uno de los guardias cayó hacia atrás y chocó contra uno de los pilares de teca con un sonoro crujido. Los otros dos se juntaron. Con sus espadas tenían mayor alcance, y aunque Meraya era fuerte y rápida, y poseía buena puntería al lanzar, no parecía estar tan dotada para el combate cuerpo a cuerpo.

Una espada le abrió un tajo en el brazo izquierdo. Lanzó una exclamación ahogada, pero no soltó el cuchillo. Los dos guardias la presionaron hasta que estuvo con la espalda contra la pared.

—Mira… ¡su herida! —exclamó uno de ellos.

Por debajo de la camisa hecha jirones vi que la hemorragia se detenía y que la herida se cerraba. Se notó el entrenamiento de Jovis en el hecho de que ninguno de los guardias huyó.

—Pero sangra. Eso es lo único que importa —replicó el otro al tiempo que seguía avanzando.

El resto de la pelea fue rápido y brutal.

Se turnaron en atacar a Meraya. Ella los iba bloqueando como podía, los paraba con el brazo y dejaba el resto del cuerpo desprotegido. Se aprovecharon plenamente de su falta de experiencia. La túnica se le empapó de sangre y su respiración levantó eco en las columnas. Por cada herida que iba cerrándose, ellos le abrían otra nueva.

Sentí deseos de decirles que se detuvieran. Meraya era como yo. Pero no podía admitir aquello delante de los guardias.

De repente, la hoja de una espada se le hundió entre las costillas, en dirección al corazón, y otra le hizo un corte en la garganta.

Demasiado tarde, demasiado tarde.

Las heridas seguían intentando cerrarse. De modo que los soldados atacaron otra vez. Y otra más. Meraya, con la garganta inundada por la sangre, lanzó una exclamación ahogada.

Por fin, dejó de moverse y sus heridas permanecieron abiertas. Uno de los guardias, con el pelo mojado a causa del sudor, se apoyó en su espada y escupió sobre el destrozado cadáver.

—Alanga —dijo en un tono que sonó como una maldición.

El otro guardia me lanzó una mirada rápida y alzó una ceja. Si bien los guardias habían jurado protegerme, era mi deber impedir que los alanga regresaran.

Jovis.

Me volví. Su pecho todavía subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—¡Un médico! —grité.

En la puerta apareció una mujer vestida con ropas de paisano. A primera vista capté una cabellera gris acero, facciones adustas y una túnica almidonada de color marrón. No la reconocí, pero allí estaba, con una pluma sujeta en la mano como si fuera un arma.

—Ve a llamar a un médico.

Ella ni siquiera titubeó. Se volvió y obedeció sin hacer preguntas. Cuando fui con Jovis, vi que respiraba de manera superficial. Con sumo cuidado, aparté a un lado la guerrera rajada. La herida ya se estaba cerrando, los bordes se estaban uniendo rápidamente. Jovis agitó las manos y sus dedos buscaron los míos.

—Em… —articuló—. Ema…

En su voz había algo triste y esperanzado a la vez, como si hubiera encontrado algo que ansiaba desde hacía mucho tiempo, pero supiera que iba a perderlo de nuevo. Después, bajó las manos y su cabeza cayó hacia atrás.

—¿Jovis? ¡Jovis!

Su respiración se estabilizó, aunque no abrió los ojos. Abrigué la esperanza de que su cuerpo estuviera desactivando el veneno.

En la puerta apareció un médico.

Jovis se agitó y se despertó. Había manchas de sudor en la pechera de su túnica, pero tenía los ojos despejados. Si era resistente a los venenos, me pregunté si también lo sería yo. Esperé que no fuera algo que tuviera que poner a prueba en un futuro inmediato.

—Atiéndelo primero a él —ordené señalando a Jovis.

Pero Jovis lo apartó con un gesto de la mano. Un reguerillo de sangre le manchaba la guerrera, pero se apretó la herida ya medio curada con la mano y se incorporó.

—Estoy bien —dijo—. En realidad, ha sido un corte superficial.

El médico, aún en el umbral de la puerta, titubeó.

Con él había regresado la mujer de cabellera gris, y le habló rápidamente al oído:

—Tu emperatriz te ha dado una orden, ¿no es cierto?

Dio un brinco y corrió al lado de Jovis. No tenía por qué haberse molestado; aunque Jovis casi no se sostenía en pie, ya casi se le había cerrado la herida de la daga.

—Un vendaje bastará.

A continuación, el médico fue a atender a la guardia caída junto a la columna de teca. Extendió una mano para inspeccionar la respiración y el pulso y llevó a cabo una exploración rápida.

—Tiene el cuello roto —dijo—. Está muerta. Lo siento, excelencia.

Uno de los dos guardias que quedaban se tapó la boca mientras el otro rompía a llorar.

Yo busqué algo adecuado que decir.

—Esta noche, cremaremos el cuerpo con ramas de enebro —les dijo Jovis a sus guardias—. Honraremos su muerte.

—Por lo que parece, los rumores llevan razón: los alanga están regresando. La próxima vez estaremos mejor preparados. —No sabía muy bien cómo iba a hacer para cumplir aquella promesa, dado que yo también era alanga. Meraya había mencionado otro nombre, Chari. ¿Sería un amigo, un amante o un compañero como Mefi y Thrana?—. Llevad su cuerpo al patio, al jardín. Allí realizaremos los ritos funerarios.

La existencia de Thrana aún no era de conocimiento público. Quizá Meraya no supiera nada. O quizá no tuviera un animal de compañía. ¿Los alanga tenían compañeros o no? Eran muchas las preguntas que me hacía, y Meraya ya no podría contestar a ninguna de ellas.

El médico se inclinó sobre el cadáver de la guardia, pero, para mérito suyo, esta vez aguardó a que yo le diera permiso. Hice un gesto afirmativo.

—Adelante.

Bing Tai regresó plácidamente al extremo de la mesa y se sentó allí; el médico dio un amplio rodeo y salió. Los guardias recogieron el cuerpo de su compañera caída y se la llevaron hacia la puerta. Iba a tener que ordenar que alguien se ocupara también del cadáver de Meraya.

—Tú y tú, aquí dentro hay otro cadáver; ¿podemos retirarlo? —La mujer de cabellera gris, todavía con la pluma sujeta en la mano, impartió órdenes a unos sirvientes para que se llevaran el cuerpo de Meraya—. Estoy segura de que la emperatriz también deseará que se limpie el suelo.

Finalmente desapareció la vibración que me recorría los huesos, y me dejó con una sensación de agotamiento por varias razones. Primero el constructo espía, y ahora esto. Necesitaba salir y viajar por el Imperio, saber qué era lo que estaba sucediendo en él, qué más sorpresas podía haberme dejado mi padre.

—Excelencia —me llamó la mujer de cabellera gris. Posó la mirada sobre la asesina muerta y ni siquiera se inmutó—. Dadas las circunstancias, ¿deseáis que vuelva mañana? Había venido a solicitar el puesto de administradora.

Había reaccionado con rapidez en medio de una crisis sin ser siquiera mi empleada. Me toqué el pelo con la mano; tenía varios mechones sueltos, que flotaban en todas direcciones.

—¿Cómo te llamas? ¿Y qué preparación tienes?

—Ikanuy —respondió ella de inmediato—. Llevo casi toda mi vida viviendo en Imperial, aunque asistí a la Academia de Eruditos de Hualin Or. Tengo siete hijos y soy la jefa de mi familia, aunque el más pequeño ya se ha hecho adulto y mi casa se ha quedado vacía. Aún no soy vieja, y esperaba poder poner en práctica mi formación. —Lo dijo todo de corrido. Lo había ensayado. Había venido bien preparada: otro punto a su favor.

—¿No tienes esposo ni esposa? —le pregunté.

—Nunca lo he deseado.

Tomé el medallón de administradora de la mesa, fui hasta la puerta y se lo entregué.

—Bienvenida al palacio, Ikanuy de Imperial. Antes de que me vaya, tenemos mucho de que hablar.

Capítulo 5

Jovis

Isla Imperial

Ya se me había curado el brazo de la herida que me había causado la daga envenenada de la asesina, pero todavía me desperté a la mañana siguiente mareado y desorientado, aunque tenía a Mefi acurrucado junto a mí. Para el mediodía me desapareció la sensación de mareo, pero la desorientación persistía. O quizás el motivo de que me sintiera tan incómodo fuera la compañía y el entorno.

A unos pasos de mí, en el patio del palacio, se encontraba la emperatriz, sentada en un banco y redactando varias cartas. De tanto en tanto hacía una pausa y se apoyaba el extremo de la pluma en los labios, como pensando lo que iba a escribir. Las reparaciones del palacio imperial ya casi estaban terminadas, y lo intrincado de las pinturas y de la arquitectura lograba que yo, un antiguo delincuente medio poyer procedente de la minúscula isla de Anau, me sintiera inculto y zafio.

Los sirvientes ya habían empezado a hacer el equipaje para el viaje diplomático de la emperatriz, aunque esta todavía no tenía completa la lista de islas que iba a visitar ni había conseguido un barco. Me apoyé en mi bastón de acero, la contemplé y me sentí igual de útil que una vela de papel en una tempestad. Ella y los guardias se habían encargado de aquella asesina por su cuenta, mientras yo yacía en el suelo tirado como un trapo. Una alanga. Pero si aquella asesina era como nosotros, ¿dónde estaba su animal de compañía? ¿Había venido sin él?

Cuando me desperté, la asesina ya estaba muerta. Deseé haber tenido la oportunidad de interrogarla, de averiguar de dónde venía y qué buscaba. Por su aspecto físico, parecía ser del Imperio.

Oí lo que se cuchicheaba en los pasillos. Los guardias que la habían matado hablaban a todo el que quisiera escuchar del poder que tenía sobre el agua, de lo

rápido que se le curaban las heridas, de su fuerza. En el personal del palacio había un nuevo sentimiento de unidad y de propósito. El Imperio se había creado para expulsar a los alanga, para impedir que se hicieran fuertes en él.

El uso de venenos y dagas demostraba planificación, pasión, intensidad. Yo había enviado a unos cuantos guardias a la ciudad y a los muelles a interrogar a los ciudadanos. ¿Quién había visto llegar a aquella mujer? ¿De dónde venía? ¿Sabía alguien quién era? Ya había averiguado unas pocas cosas: el barco en el que llegó podía ser gobernado por una sola persona, dio el nombre de "Meraya" en la posada en la que se alojó, no se relacionó con nadie. En los muelles dijo que provenía de la isla de Anau, pero yo no la conocía de nada. Sí, hacía mucho tiempo que no visitaba Anau, pero estaba claro que aquella mujer no quería que averiguaran su paradero, de modo que tuve la seguridad de que había mentido.

¿De verdad estaba sola, o había venido con algún compañero? ¿Un compañero de cualquier clase? Con esta última pregunta tenía que ser cuidadoso, no quería delatarme.

No. Nadie había visto a nadie más con ella. Así que terminé teniendo más preguntas que respuestas.

Mi deber primordial como capitán de la Guardia Imperial era el de velar por la seguridad de Lin, pero incluso en esa tarea tan simple vivía un conflicto interior. Había ido allí preparado para derrocar un imperio, y en lugar del hombre viejo que esperaba, me encontré con una emperatriz recién coronada. La rebelión no traía instrucciones. ¿Debería haber intentado ayudar a aquella asesina? ¿Debería haber asesinado a esta nueva emperatriz antes de que pudiera nombrar a un heredero?

Ranami me había dicho que le enviara informes. Sin duda, matar a la emperatriz sería bastante mejor. Provocaría el caos y me pondría a mí en una situación vulnerable, pero eso a Gio le daría igual. Sin embargo, reflexionando sobre ello, llegué a la conclusión de que no era capaz de hacer algo así. Había infringido la ley muchas veces, me había defendido a mí mismo y a otros, pero nunca había asesinado a una persona a sangre fría.

Lin hizo una pausa en la tarea de escribir cartas y volvió la vista hacia las nubes que iban cubriendo el cielo. Bing Tai estaba sentado a su izquierda y Thrana a su derecha. Thrana había crecido desde que Lin ascendió al trono, aunque dicho crecimiento parecía haberse estabilizado. En esos momentos tenía el tamaño de un perro grande, los cuernos se le separaban de la cara y se bifurcaban en las puntas. Sospeché que Mefi siempre sería un poco más pequeño. Estaba tumbado a mis pies, panza arriba para captar el escaso sol, y agitaba los bigotes en sueños.

—Tengo que hacer algo más que poner fin al Festival del Diezmo —dijo Lin—. Pero es que todo el mundo quiere que cambie las cosas ya mismo, y no sé si eso será posible. Estas cosas llevan tiempo.

Me aclaré la garganta. No sabía con certeza por qué Lin quería hablar conmigo, pero desde luego no les hablaba a las nubes.

—Excelencia.

Volvió la cabeza y uno de sus ojos se clavó en los míos. Apoyó la mano en el hombro de Bing Tai.

—He ordenado a Ikanuy que reparta carteles. Voy a ofrecer una recompensa por los constructos que haya en las demás islas. Si no tienen amo, son peligrosos.

Mientras sigan con vida, irán robando lentamente la fuerza vital de mis ciudadanos. Aunque, por otra parte, tampoco he desmantelado todos los constructos que hay aquí. Necesito demostrar la firmeza de mis convicciones, pero es difícil. —Acarició el pelaje del constructo, y este dejó escapar un suave bufido—. Bing Tai no ha hecho nada malo. —Hablaba de él como si tuviera entidad propia, como si fuera un verdadero ser vivo—. Es todo cuanto tengo. Él y Thrana.

—Tenéis a vuestra administradora.

Una leve sonrisa se asomó a sus labios antes de que volviera a mirar hacia las nubes.

—Sí, supongo que sí.

—Habéis hecho bien al escoger a Ikanuy. El palacio imperial quedará en buenas manos durante vuestra ausencia. —Percibí el tono distante y formal que teñía mi voz, y arrugué la nariz. Ese era yo actualmente, supuse. Esbirro profesional. Espía notorio. Un embustero, solo que uno distinto del de costumbre.

—La verdad es que tiene temple —comentó Lin riendo.

De modo que aún se acordaba de la conversación que habíamos tenido, a pesar del caos que siguió. Sonreí sin querer.

—Llegó más dispuesta que yo a defenderos.

Lin levantó las piernas y, sin levantarse del banco, se giró para mirarme de frente.

—Así que, por lo que parece, ambos somos unos ineptos.

—Yo no me atrevería a hacer comentarios sobre vuestra ineptitud.

Lin me miró fijamente, y de nuevo me inundó una sensación de desorientación. Era la misma manera en la que me miraba Emahla, con los mismos ojos oscuros. No era justo que los ojos de Lin se pareciesen tanto a los de mi esposa muerta.

—Hazlo, por favor —me dijo—. Necesito que la gente sea sincera conmigo.

Debería haberlo dejado así, debería haberme conformado con aquel silencio, pero estaba lleno de errores, tanto grandes como pequeños.

—Lo importante no siempre es que uno sea capaz o demostrar la firmeza de sus convicciones. Sí, desmantelar a Bing Tai contribuirá a mostrar cuán firmes son vuestras convicciones. Pero la asesina creía que os proponíais matar a los alanga, como hicieron vuestros antepasados. Siempre habrá quien os odie —añadí—. No es necesario que escriban un ensayo bien argumentado al respecto. Tal vez odiaban a vuestro padre, o han perdido a algún ser querido por culpa de las esquirlas, o simplemente no les gusta vuestro rostro. Sois la emperatriz. Sois poderosa. La gente tiene una opinión acerca de vos. Y no todas las opiniones serán buenas. En un momento dado tendréis que hacer lo que consideréis acertado hacer.

Cuanto más me miraba, más me parecía que estaba diseccionándome capa por capa. Acarició las orejas de Bing Tai y le rascó el blanco hocico. De pronto, le introdujo los dedos en el pecho. Observé, con asombro y fascinación, que el constructo se quedaba inmóvil mientras la mano de Lin se hundía hasta la muñeca y a continuación extraía varias esquirlas. Las recolocó y volvió a meterlas en el cuerpo de Bing Tai.

—Ha sido un buen constructo. Me salvó la vida.

Transcurridos unos momentos, Bing Tai apoyó la cabeza en el regazo de Lin y exhaló un gemido. La piel empezó a hundírsele. Fue como ver derretirse la cera de

un sello al acercarla a una llama. Lin le sostuvo la cabeza entre las manos hasta que dejó de gemir, hasta que su cuerpo quedó reducido a carne y pelo sin forma sobre las losas del patio.

—Ya está —dijo Lin en voz baja—. Ya no hay ningún constructo bajo mi mando.

Su mirada se posó en mí.

—Esa asesina nos pilló por sorpresa. Tú eres más que capaz. Pero no volveré a rendir audiencia sin que antes se haya registrado a fondo al visitante por si porta armas —afirmó—. Si tantas personas van a odiarme sin que importe lo que intente hacer por ellas, no hay nadie de quien pueda fiarme. Los alanga me odiarán porque soy una Sukai. Y todos los demás me odiarán porque conozco la magia de las esquirlas. —O la otra magia, si llegaran a descubrirlo. No era necesario que expresara esa parte en voz alta.

Tal vez tuviera los mismos ojos que Emahla, pero yo jamás había visto tal expresión de tristeza en los ojos de mi mujer.

—Os diría que de mí sí que podéis fiaros, pero, dado que soy el capitán de vuestra Guardia Imperial, el deber me obliga a deciros que no os fieis.

Lo dije en tono liviano, y así se lo tomó ella: su gesto solemne se transformó en una sonrisa más luminosa que un día de la temporada seca. Pero yo sentí que se me hundía el corazón igual que se hundían los cadáveres dentro de las trampas para cangrejos. Era verdad que Lin no podía confiar en mí. Yo estaba enviando a los pocos sin esquirlas información de lo que hacía y de lo que pensaba hacer. Ya había redactado una carta en la que hablaba de la caverna que había bajo el palacio, de que había atisbado anotaciones, vasijas y libros extraños, de la asesina, de los planes que tenía Lin de visitar las islas. Cuando llegué allí, creía que iba a derrocar un imperio y a liberar a sus habitantes del Festival del Diezmo, pero todo eso ya lo había hecho ella. Mis convicciones habían quedado esparcidas a los cuatro vientos como si fueran semillas y no había suelo fértil en el que volver a plantarlas. ¿Debería seguir siendo fiel a los pocos sin esquirlas, cuyo líder tenía unos motivos que yo desconocía? ¿O debería atenerme al juramento que le había hecho a Lin?

Lin, al ver que yo no le devolvía la sonrisa, se puso seria. Se levantó, y Thrana imitó sus movimientos.

—Aún estamos en el recinto del palacio y hoy ya no hay más visitas. No es necesario que me sigas a todas partes. Di a tus guardias que vigilen las murallas y tú haz alguna otra cosa. Haz una visita a la ciudad. Has estado a punto de morir protegiéndome. Tómate un respiro.

Levanté una ceja.

—¿Es una orden, excelencia?

—Solo una firme sugerencia.

Y acto seguido se marchó haciendo ondear su túnica de seda en la brisa y dejando tras de sí un olor a jazmines.

Mefi lanzó un mínimo ronquido, y lo empujé levemente con el pie. Gruñó y suspiró, y cambió de postura. Pese a mis preocupaciones, no pude evitar la oleada de afecto que sentí hacia él.

—Si yo durmiera con tanta facilidad como tú, quizá fuera igual de feliz.

Mefi soltó un bostezo y se pasó la lengua por los labios. Parpadeó y se despertó. Yo reprimí el bostezo que me surgió como reacción al suyo. No pensaba usar mi tiempo libre echando una siesta. Procuraba no hacer demasiadas visitas a la ciudad. En ocasiones tenía la sensación de que me vigilaban, aunque no estaba seguro de que no fuera una paranoia mía.

—Voy a salir —le dije a Mefi—. Tú puedes quedarte aquí si te apetece.

Eso lo puso en acción. Cuando se incorporó, algo salió rodando de debajo de él, y se apresuró a taparlo con una pata.

—¿Qué es lo que tienes ahí?

Se encogió de hombros.

—Nada.

—Si no es nada, no tendrás problema alguno en levantar la pata.

Los ojos castaños de Mefi se abrieron como platos, irguió las orejas y, muy despacio, levantó la pata. Sí que era algo. De modo que ahora también estaba aprendiendo a mentir. Supuse que yo no le había dado muy buen ejemplo cuando era más pequeño. Se trataba de un trozo redondo de jade que llevaba grabado el dibujo de dos peces enlazados el uno con el otro. Me agaché para tomarlo y le limpié el polvo.

—Esto no es tuyo.

Mefi ladeó la cabeza.

—Me lo he encontrado. Me gustan los peces.

Le miré con gesto preocupado.

—Te lo has encontrado… ¿dónde?

Se rascó una oreja antes de contestar.

—En una habitación.

—¿Qué habitación?

Se mordisqueó el pelaje del hombro como si no me hubiera oído. Yo suspiré. Cuanto mayor se hacía, más obstinado se volvía.

—Ya te he dicho que no puedes ir tomando cosas que encuentras en las habitaciones de la gente. En realidad, no te las *encuentras*; alguien las ha dejado ahí por algún motivo. Y no son tuyas.

Me guardé la piedra en el bolsillo. Tendría que preguntar a los guardias y a los sirvientes si les faltaba alguna pertenencia. No era la primera vez. ¿Cómo se le enseña a una criatura como Mefi lo que son los límites personales?

Mefi pegó las orejas a la cabeza y sonrió. Un momento después, dio un brinco hacia mí, me empujó en el muslo con la cabeza y enroscó la cola en torno a mis piernas.

—Eh, eh, con cuidado. —Intenté apartarlo—. Con esos cuernos que tienes, pareces una cabra.

Él volvió a sonreír.

—No una cabra.

Y yo, por enésima vez, le pregunté.

—Entonces, ¿qué es lo que eres?

Movió los hombros en un gesto equivalente al de encogerlos.

—¿Nos vamos?

Examiné mi bolsa de los dineros, que había llenado esa mañana. Necesitaba

tenerla llena si quería satisfacer el apetito de Mefi. Por lo visto, todos los vendedores callejeros sabían cuándo íbamos a llegar, colocaban sus productos más sabrosos y más fragantes en primera fila en sus puestos, y cuando los pregonaban hablaban más con Mefi que conmigo.

Le rasqué las mejillas a Mefi. Supuse que recibir un sueldo fijo tenía sus ventajas.

Al llegar a las puertas, impartí las órdenes a los guardias: vigilar, mantenerse atentos a la presencia de desconocidos, saber dónde está la emperatriz pero sin pisarle los talones. Ese día no se esperaban más cargamentos ni trabajadores, de modo que las tareas que les encomendé resultaban bastante fáciles.

Cuando entramos en la ciudad, evité deliberadamente las miradas de los vendedores de los puestos de alimentos. Durante el día había mucho bullicio. Por mi derecha pasó un carnicero que llevaba un cubo lleno de peces destripados y el delantal todo manchado de huellas de dedos ensangrentados. A mi izquierda, el dueño de una taberna había desplegado un par de mesas al aire libre para aprovechar el buen tiempo que hacía, infrecuente en la estación de lluvias. Mefi trotaba a mi lado, esperando alguna señal de que yo fuera a detenerme.

—Ya te compraré algo en el camino de vuelta —le dije—. Ahora tengo que ir a un sitio.

Gruñó un poco, pero no dijo nada.

De repente sentí un picor en la nuca, como si alguien me la hubiera rozado con los dedos. Intenté mirar atrás furtivamente y me pareció ver a una persona que se escondía detrás de un edificio. Tal vez fuesen mis nervios, dado que acababa de sobrevivir a un intento de asesinato y de ahuyentar a un constructo espía, pero de todas formas aferré mi bastón con más fuerza y apoyé la mano en uno de los cuernos de Mefi.

—No te apartes de mí —le dije.

Me encontraba en una posición precaria. No podía permitirme que me sorprendieran enviando información a los pocos sin esquirlas. Los mensajes iban codificados y sellados con algo que parecía el sello imperial, solo que la cresta del fénix tenía una pluma de más. Pero si alguien investigara lo suficiente, empezaría a preguntarme por qué iba tanto a los muelles y por qué la emperatriz iba a querer pasar mensajes a un vendedor callejero. Lin había sido amable conmigo, pero yo había leído lo suficiente como para conocer la brutal historia de los emperadores. Como mínimo, perdería la cabeza, pero antes de eso podría perder unas cuantas cosas más.

Los puestos y las tiendas iban cambiando conforme me aproximaba a los muelles. Allí abajo el aire estaba cargado de un olor a salitre y a peces capturados. Había cajas llenas de calamares recién pescados que casi se derramaban sobre la calle, y barriles en los que nadaban sinuosas anguilas.

Volví sobre mis pasos y recorrí dos calles de forma innecesaria hasta que por fin me dirigí al puesto de la vendedora.

—Estate atento —le dije a Mefi.

Un banderín blanco ondeaba en un puesto en el que se vendía pan. El vapor, que se elevaba hacia las nubes y se unía a ellas, no dejaba ver la parte de atrás del puesto. Había varias ollas normes que hervían al fuego, y a su lado varios

montones de cestos de bambú. Una mujer estaba ayudándose de unas pinzas para colocar unos roscos de pan blanco y esponjoso en las bandejas que tenía preparadas al frente del puesto. Era delgada y tenía una melena larga y negra que llevaba recogida en una trenza.

—Capitán —me dijo cuando me acerqué. Parpadeó y sonrió.

Hice un alto y observé que le corría un fino reguero de sudor desde el nacimiento del pelo hasta las cejas. Y había algo demasiado rígido en su actitud.

Miré hacia la callejuela que había detrás de ella. No vi nada más que cajas y la pared, pero ya había cometido ese error anteriormente.

—Sal adonde pueda verte —dije.

Por detrás de una torre de cajas salió Philine, la mejor rastreadora del Ioph Carn, daga en mano. Avanzó un paso y tocó la espalda de la vendedora con la punta de su daga. La vendedora hizo una mueca de dolor. La tapa de una de las ollas repiqueteó a causa del vapor que rebosaba de ella.

—Desde luego, has ascendido en la vida desde la última vez que nos vimos, Jovis, capitán de la Guardia Imperial.

Capítulo 6

Nisong

Los confines noreste del Imperio

Las casas mojadas eran difíciles de quemar. Nisong descubrió que no se podían incendiar desde fuera; debía enviar a sus constructos al interior, donde todo estaba aún caliente y seco. No disfrutó con los gritos que lanzaban los aldeanos al ver cómo se quemaban sus casas, pero sí que le produjo satisfacción contemplar el calor de las llamas, el estallido de las brasas y el crujido de la madera de las vigas que iban rompiéndose.

Y el gobernador de la isla seguía sin aparecer.

Se había encerrado en su casa, y sus guardias con él. Aquel palacio no tenía murallas; la isla era pequeña, insignificante en comparación con Imperial. En realidad, más que un palacio era una casa grande. Pero las puertas y los postigos de las ventanas eran gruesos y no habían cedido ni siquiera ante los golpes de los constructos de guerra.

Detrás de ella estaba Caracola, de pie junto a un puesto de comida que había montado en la calle, con su lanza apoyada contra una mesa mientras picaba cebolletas.

—Puede que estemos en un asedio, pero aun así necesitamos comer —explicó cuando ella lo miró enarcando una ceja. Su cuchillo raspó la madera al empujar las cebolletas para incorporarlas al guiso que borboteaba en la olla.

Coral había recogido hierbas aromáticas, Hierba había encontrado la mesa y la olla, Hoja había encendido el fuego y Fronda había llevado un trozo de madera de deriva para tallarlo. Nisong se preguntó qué recuerdos rondarían por su mente, porque Fronda era un soñador.

Caracola le hizo una seña para que se acercara.

—Quedarte mirando la puerta no servirá para que se abra antes. —Levantó en

alto una escudilla—. Ven. Come.

Le resultó un tanto extraño tomar la escudilla de sus manos encallecidas, sostenerla sobre la olla, esperar a que Coral le sirviera un cazo de sopa. Habían hecho eso mismo infinidad de veces en Maila, mientras estaban presos de la niebla mental.

—Ay —se quejó Hoja abanicándose la boca con la mano—. ¡Pica mucho! ¿Es necesario que utilices pimiento en todos los guisos?

—¿Y es necesario que tú tengas un paladar tan delicado? —replicó Caracola.

Hoja se dio unos golpecitos en la barbilla con un dedo largo y delgado.

—Me parece que me gustabas más cuando estábamos en Maila.

Caracola soltó una carcajada burlona.

—No creo que te gustara nada de Maila.

Nisong sopló sobre su escudilla.

—A ninguno de nosotros le gustaba nada.

No tenían consciencia suficiente para que les agradase o les desagradase algo. Saboreó la sopa fuerte y caliente, y cuando la sintió deslizarse por su garganta se le llenaron los ojos de lágrimas. El crepitar del fuego que calentaba la olla era un minúsculo reflejo del gigantesco incendio que había provocado en la aldea. Si aquello no conmovía al gobernador, ya no sabía qué podía conmoverlo.

—Es posible que pasemos bastante tiempo aquí.

Fronda se sentó a su lado sin dejar de tallar la madera de deriva para darle la forma de un pájaro volando.

—Arena… Ah, perdón, Nisong. ¿Hemos probado a llamar a la puerta?

Nisong le dirigió una mirada irónica. Fronda se encogió de hombros. Ella dejó la escudilla y tomó su garrote, fue hasta la puerta, alzó la mano y llamó.

No hubo reacción alguna. Tal como esperaba.

Sintió la caricia del viento en la nuca, que llevaba una pizca de frío y humedad. Unos oscuros nubarrones formaban un telón de fondo contra el resplandor del fuego. No estaba dispuesta a rendirse, daba igual lo mucho que creyera el gobernador que podía hacerla esperar. Tenía más paciencia que la mayoría.

Había llevado tiempo trasladar a los constructos desde Maila hasta una isla deshabitada, robar más barcos y suministros, explorar islas cercanas habitadas y sumar más constructos a su causa. Esta última tarea había sido la más fácil; aquellas pobres criaturas se sentían perdidas, sin dirección, y se escondían de la gente que quería verlas muertas. Unas pocas palabras amables, una promesa de una causa más importante y fueron suyas. Tenían derecho a defenderse. Tenían derecho a castigar a quienes las veían tan solo como lobos que había que cazar.

La primera isla fue fácil. Llegaron en tromba y hallaron muy poca resistencia. En esta, los habitantes dieron un poco más de guerra. Nisong supuso que era de esperar; debieron de enterarse de lo que había sucedido en la primera isla y se dijeron que ellos no iban a entregarse tan fácilmente. Las pequeñas rivalidades entre islas siempre hacían que cada una se creyera mejor que las demás en uno u otro sentido.

Ordenó a sus constructos de guerra que acorralasen a los aldeanos, a los burócratas que recopilasen suministros y a los espías que explorasen islas más alejadas. Los demás constructos de Maila, los que también parecían personas,

prendieron fuego a las viviendas. Pero Hoja, Hierba, Fronda, Caracola y Coral salieron de la niebla antes que los demás y la ayudaron a gobernar el barco de velas azules.

Eran sus amigos.

Volvió a llamar a la puerta.

—Sabemos que estáis ahí dentro —voceó.

De pronto afloró un breve recuerdo: estaba escondida en un armario vacío y su hermana mayor la estaba buscando. Parpadeó y el recuerdo se esfumó; lo único que quedó fue el olor a madera vieja.

Hierba, siempre con su sentido tan práctico, tomó la antorcha de un constructo que pasaba.

—Preparad vuestras armas —les dijo a los otros tres—. Puede que estos muros sean de piedra, pero la madera arderá —agregó en un tono más fuerte de lo necesario.

De repente se abrieron unos postigos de la planta de arriba.

—¡Espera! —gritó un hombre—. ¿Qué es lo que queréis?

—Solo queremos al gobernador —respondió Nisong gritando también—. Los demás conservaréis la vida. Haced salir al gobernador.

—¡Jamás!

De modo que estaba hablando con el gobernador.

—Hemos arrasado esta aldea y superamos a tus guardias en número. No merece la pena resistirse. Puede morir uno solo o podéis morir todos.

No había ido a ocupar las islas. Cada una de ellas era únicamente una escala de camino a su destino último: Imperial. Pero sabía que no podía dejar con vida al gobernador de esta, pues reuniría a los supervivientes y haría presión contra su flanco. Si se mataba al líder, se dejaba incapacitados a todos los demás.

—¿Cuál de todos los antiguos alanga eres tú?

—Nisong —respondió con sencillez.

—¿Y has venido a buscar dinero? ¿Poder? ¿O tan solo quieres sembrar la destrucción?

Nisong negó con la cabeza y se mordió el labio. Notó que se le tensaba la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Aquello no iba de causar destrucción, sino de hacer justicia. La noticia se había propagado por todo el Imperio a la velocidad de la rocasabia. El emperador había muerto y su hija había heredado el trono. Cuando se enteró, durante un breve instante no supo qué hacer. El Imperio había seguido adelante a pesar de sus recuerdos, los había dejado a Shiyen y a ella atrás. ¿Había un lugar para ella en este mundo, o debería fundirse con el telón de fondo, como había hecho ya tantas veces?

Después, se enteró de la recompensa que ofrecía la nueva emperatriz por los constructos. Eso sí que lo entendió. La habían creado y luego abandonado, ahora querían verla muerta a ella y a su gente.

Se alegró de que este último sentimiento fuera mutuo.

—Ofreces una recompensa por nuestras cabezas. ¿Qué alternativa me queda? —Agradeció la andanada de rabia, el deseo de violencia.

—¿Una recompensa? Yo no tengo nada que ver con recompensas. Ni siquiera sé de qué me hablas. ¿Hasta dónde crees que vas a llegar aquí dentro, una vez que me

hayas matado? Vendrán los de Imperial. Vendrá la emperatriz. Hasta una pequeña fracción de la Guardia Imperial bastará para aplastaros.

—¿Tú crees que…?

Coral puso una mano en el brazo de Nisong.

—Escucha.

Desde las profundidades de la casa se oyó el ruido de unas pisadas. Abrió los ojos y lo comprendió solo un momento antes de que sucediera.

—Preparaos, van a…

La puerta se abrió de golpe y salió un tropel de guardias.

Por lo visto, ella no era la única que comprendía que matando al líder se incapacitaba a todos los demás. Les daba igual lo que ella les dijera, solo pretendían entretenerla el tiempo necesario para que todos ocuparan su lugar.

Caracola se colocó inmediatamente delante de ella, con la lanza en alto. Atacó al primer guardia, y también al segundo, para mantenerlos a raya.

Nisong levantó su garrote.

—¡A mí! —exclamó en dirección a la calle embarrada. ¿Cuánto tiempo tardarían sus otros constructos en llegar hasta ella?

De la casa salieron ocho guardias más. Arrollaron a Caracola como si fuese un arbolillo. Él paró otros dos golpes y luego cayó al suelo y fue pisoteado por los soldados.

Nisong respiró hondo, saboreando el humo en la parte posterior de su garganta. Dio un paso y tomó a un guardia desprevenido, le dio un golpe con el garrote en la cabeza. Escuchó el chasquido satisfactorio de su cráneo. La cálida sangre le salpicó los labios. El barro frío chapoteaba bajo sus pies.

Hoja y Coral se situaron a los lados de Nisong. Hierba levantó la antorcha que sostenía en la mano y la arrojó hacia el interior de la casa. Los muebles de la entrada estaban hechos de juncos entretejidos y se prendieron con facilidad.

“Muy lista Hierba”, pensó Nisong.

El fuego distrajo a los guardias. Hoja era de constitución menuda pero hábil manejando una espada. Sabía cómo hacer que los acontecimientos girasen a su favor. Cuando uno de los guardias volvió la cabeza hacia las llamas, él aprovechó para rebanarle el cuello. El guardia se derrumbó sangrando en el suelo. Quedaban seis guardias más.

Coral no podía luchar, pero los guardias no lo sabían. Tomó dos cuchillos de aspecto feroz y se plantó como si supiera utilizarlos, con gesto desafiante. Los seis guardias la rodearon buscando un punto débil.

—Vuestro gobernador está respirando humo —les dijo ella—. Si no lo socorréis, morirá.

Los guardias dudaron. Tan solo uno se decidió a atacar, y Nisong lo rechazó sin dificultad. De pronto oyó un rugido a su espalda.

A su alrededor aparecieron varios constructos de guerra que flanquearon a los seis guardias y los hicieron retroceder a base de lanzarles mordiscos a los brazos y a las piernas.

Caracola.

Nisong se abrió paso por entre los cuerpos cubiertos de pelaje de los constructos de guerra y corrió a su lado. Yacía cerca de la puerta del palacio, ensangrentado y

con las extremidades sucias de tierra. Por un instante sus miradas se encontraron. Nisong aguardó a que emitiese un gemido, se incorporase y se lamentase de que se le hubiera roto la lanza.

Y entonces se dio cuenta: Caracola no parpadeaba.

Sentía cómo se le filtraba el barro por el pantalón. Estaba arrodillada, agarrando la mano helada de Caracola. Él había sido el primero en contarle recuerdos de una vida anterior, aunque dijo que eran como si los hubiera soñado. Jengibre. Una hoguera. Un hombre, una mujer y un niño por los que sentía afecto. Ella también tenía recuerdos de otra vida, pero en esta, Caracola había sido un miembro de su familia. Él había tomado la delantera cada vez que desembarcaban en una isla nueva, con la espalda erguida y la lanza en ristre. Y había muerto de la misma forma. A su alrededor, los constructos de guerra hacían pedazos a los guardias. Los hombres y las mujeres chillaban, los constructos rugían y ella se preguntó si, al ser un objeto fabricado, tendría la capacidad de llorar.

Se tocó la cara y palpó humedad. De modo que *sí* podía llorar.

Coral fue la que primero se atrevió a interrumpirla:

—El fuego… ¿deberíamos apagarlo? El gobernador sigue dentro.

Nisong había planeado una muerte rápida para el gobernador. No había necesidad de hacerlo sufrir. Pero el sentimiento de profunda rabia que tenía en el fondo del estómago explotó. Se pasó la lengua por los labios y notó un sabor a cobre. Los dedos sin vida de Caracola resbalaron de su mano.

—No. Dejad que se queme.

Llegó Hoja, se arrodilló a su lado y cerró los ojos de Caracola con dedos temblorosos. A su alrededor se congregaron los constructos de guerra. Ya habían muerto todos los guardias, uno de ellos yacía en mitad de la calle, adonde había huido. Bien.

Hierba pasó junto a ella y regresó con dos constructos más para ayudarla a llevarse el cadáver de Caracola.

—Le haremos un funeral —dijo con voz ronca—. Esta noche. En la playa. Mandaré a alguien a buscar enebro.

Nisong apretó los puños.

—No debería haber muerto aquí.

—No, no debería. —Hierba le palmeó el hombro—. Pero de todas formas ha muerto. Lo lamento mucho. Todos lo lamentamos.

Hoja se incorporó.

—El gobernador llevaba razón: el Imperio vendrá cuando le llegue la noticia de lo que hemos hecho. No contamos con suficientes constructos para rechazarlo. —Puso las manos frente a sí, como si fueran una balanza—. No podemos atraer a más a nuestra causa sin ir a otra isla. Y si vamos a otra isla, tendremos que luchar, lo cual reducirá nuestro número.

Si se mataba al líder, se incapacitaba a todos los demás.

—Busca voluntarios —le dijo Nisong a Hierba—. Constructos que se parezcan físicamente a nosotros. Constructos que sepan pelear. Los enviaremos a que maten a la emperatriz. Los enviaremos a que reúnan a más constructos de las otras islas. A que siembren el caos.

Hierba asintió y se marchó.

Coral estaba frotándole la espalda a Nisong con la intención de calmarla. Lanzó un suspiro.

—Deberíamos quemar también los otros cadáveres. Varios de los aldeanos han resistido.

—Pero con Caracola, no —se opuso Fronda—. Él se merece una pira propia.

—Por supuesto que sí. —Coral parecía ofendida ante aquella idea—. Pero son cadáveres. No podemos dejarlos aquí para que se pudran.

Esas palabras provocaron una reacción en Nisong. El olor del humo se atenuó y fue reemplazado por el aroma del sándalo. Ya no se encontraba frente a la casa del gobernador, sino en las oscuras entrañas de un palacio, y tenía las manos manchadas de sangre. Sintió un aliento cálido que le hizo cosquillas junto al oído:

—¿Otra vez trabajando hasta tarde?

—Shiyen —dijo con una sonrisa en los labios—. Si no trabajara hasta tarde, no se haría nada. Hay demasiados problemas que resolver y un solo Shiyen.

Él apoyó una mano en la curva de su vientre.

—Dentro de poco habrá otro Sukai.

—Y pasarán años hasta que esa niña tenga edad suficiente para aprender.

—¿Niña?

—Es una mera suposición.

Shiyen le dio un beso en el punto donde se unían el cuello y el hombro, y ella sintió un escalofrío.

—Ven a la cama —le dijo.

—¿Es una orden, excelencia? —Lo dijo en tono de broma, y como recompensa recibió una sonora carcajada.

—Una mera petición. Llevas casi toda la noche aquí.

Miró de nuevo el constructo que tenía ante sí, las esquirlas de hueso colocadas sobre una sábana a su lado. Las había distribuido por grupos de órdenes y lentamente había ido tallando cada palabra para cerciorarse de que todo fuera exacto.

—Si es verdad que los alanga van a volver, como tú dices, vamos a necesitar algo más que un viejo artefacto.

—Es más que eso.

—Ya lo sé. Pero no podemos fiarnos de él. No debemos. Los constructos pueden ser una solución temporal.

Shiyen bajó la cabeza de nuevo para hacerle otra caricia, y todas las órdenes que ella había memorizado se disolvieron en una creciente oleada de pasión.

—¿Puede aguardar una noche? —preguntó Shiyen con voz ronca.

Se limpió las manos con el trapo y se volvió. Los oscuros ojos de Shiyen parecían todavía más oscuros a la luz de la lámpara.

—Quizá solo una.

Unas pocas gotas de lluvia cayeron sobre el rostro de Nisong arrastradas por el viento. Se encontraba nuevamente frente a la casa del gobernador y el aroma a sándalo había desaparecido. Tardó unos momentos en reorientarse. Aquellos recuerdos parecían muy reales, muy inmediatos. Aun cuando sabía que Shiyen había envejecido y estaba muerto.

¿Tanto tiempo había pasado recogiendo mangos en una isla remota que había

perdido toda la capacidad de pensar? Su conquista no tenía por qué terminar allí. Ella era Nisong. En otra época había sido la consorte del emperador. Y había sido la primera persona procedente de fuera de la familia del emperador en aprender la magia de las esquirlas.

Aún tenía la mano de Coral en la espalda. Se la sacudió.

—No. No quemaremos los cadáveres.

—¿No? —Coral levantó una ceja.

Nisong se puso de pie y permitió que se llevaran el cuerpo de Caracola en dirección a la playa.

—Hemos dejado unas cuantas casas sin quemar. Alinead los cadáveres en el suelo de dichas casas. Y que varios constructos reúnan a los aldeanos que hayan sobrevivido.

Capítulo 7

Lin

Isla Imperial

Me quedé mirando por la ventana hasta que Jovis y Mefi salieron de los muros de palacio. No había tenido oportunidad de explorar la cueva secreta antes de perseguir al constructo espía por toda la ciudad. Jovis parecía contento de tener un día libre, y yo necesitaba estar libre por un día de su mirada inquisitiva.

Thrana se rozó contra mi pierna y agitó los hombros. Había vuelto a crecerle el pelo y ahora era tupido y lustroso en la zona del lomo, un poco más oscuro que el de Mefi, con algunas franjas negras. Se le habían curado las heridas producidas por los tubos de la máquina de la memoria. Las señales físicas de su confinamiento habían desaparecido.

—Lo siento —le dije—. Tenemos que volver a bajar a esa cueva. —Y eché a andar hacia la puerta.

Ella titubeó.

—No bueno —dijo.

A pesar de que tenía un tamaño más grande, no poseía un vocabulario tan amplio como Mefi, ni una comprensión tan buena de la gramática. Por mí iría a donde fuera, pero odiaba la cueva en la que había estado confinada. Mientras que Mefi poseía un espíritu libre y se hacía amigo de todo el mundo, Thrana se mostraba tímida en presencia de otros, sobre todo de los hombres. Me había dado cuenta de que cuando un hombre alzaba las manos frente a ella, por el motivo que fuese, se encogía y retrocedía.

Mi padre también había pegado a Bayan.

Le había dicho a Jovis que yo le había salvado la vida, pero él también me la había salvado a mí, por más que me negara a reconocerlo. Sin su maniobra de distracción, yo no habría podido acercarme lo suficiente para desactivar el

monstruoso constructo de mi padre. Necesitaba llevar conmigo a Thrana por si me tropezaba con alguna otra cosa. No sabía cuánto tiempo había estado aquella criatura en la caverna, hambrienta y esperando.

Los dos guardias imperiales apostados junto a mi habitación adoptaron la posición de firmes en cuanto abrí la puerta. Y cuando eché a andar en dirección a la escalera vinieron detrás de mí en fila india. Jamás imaginé que iba a echar de menos la época en la que estaba siempre sola y había muy pocos sirvientes rondando por los pasillos. Ahora, el recinto del palacio bullía de actividad, casi tanto como la ciudad misma. Siempre había alguien exigiendo mi atención o mi tiempo, haciendo preguntas o necesitando una indicación mía. Un administrador ayudaría a atender por lo menos esas obligaciones.

Los ojos de los alanga continuaban abiertos. Hice un alto en el vestíbulo de entrada para mirarlos, para escrutar sus rostros, haciendo caso omiso de lo que pudieran pensar los guardias que me acompañaban. La pintura estaba desvaída, por lo tanto, todas las caras tenían un contorno similar. Los ojos miraban fijamente hacia el puerto de la isla, como si estuvieran esperando a que llegara alguien. Todos los sirvientes pasaban deprisa por delante de aquel mural, evitaban la mirada de los alanga como si con ello pudieran escapar de su ira.

Ojalá supiera qué clase de magia hacía aquello. Ojalá supiera lo que significaba.

En la planta de abajo, los sirvientes, cargados con ropa sucia y cestos llenos de provisiones traídas de la ciudad, nos iban abriendo paso. A través de la delgada puerta de la cocina me llegó el trajín de dentro, así como el olor a ajo, cebolletas y jengibre. Al fondo del palacio se encontraba la habitación donde se almacenaban las esquirlas, pegada a la montaña en la que se enclavaba el palacio.

—Podéis esperarme aquí —les dije a los guardias.

Ellos intercambiaron una mirada y el de la derecha se pasó la lengua por los labios.

—Se supone que debemos acompañaros para protegeros.

Señalé con un gesto a Thrana.

—Ya tengo protección —les dije—. Además, aquí hay solo una entrada y una salida. —No era verdad, pero ellos no lo sabían—. Manteneos vigilantes y no me ocurrirá nada.

Sin esperar respuesta, abrí la cerradura de la puerta y me interné en la oscuridad seguida de cerca por mi mascota.

Thrana se echó a temblar cuando fuimos hasta el fondo de la habitación, y se le erizó todo el pelaje del lomo. Aun así, avanzó poniendo un pie delante de otro. Yo me detuve, me arrodillé, le rodeé los hombros con mis brazos y hundí la cara en su pescuezo. Desprendía un olor terroso y dulce, como la tierra recién removida.

—Ya sé que ahí abajo te hicieron sufrir, pero ahora estoy yo. No permitiré que nada te haga sufrir, te lo prometo. Confía en mí.

El temblor cesó.

—Sí.

Cuando me incorporé, ella me siguió sin proferir una sola queja y cruzó conmigo las puertas talladas con el relieve del enebro de copas redondeadas.

La caverna estaba tal como yo la había dejado, con la trampilla todavía abierta. Tuve que rellenar las lámparas y encenderlas de nuevo, e hizo falta un poco de

persuasión para que Thrana rebasara la entrada. Pero no me costó trabajo ser paciente con ella, aun cuando en realidad nunca había tenido paciencia. A lo mejor era porque Thrana tenía una fe ciega en mí, o porque cada vez que la miraba me acordaba de la hija de Numeen, de la que había tomado el nombre. Era fuerte, pero también frágil, y me necesitaba.

—¿Dónde vivías antes de que mi padre te trajera aquí? —le pregunté cuando pasó con sumo cuidado por delante de la máquina de la memoria.

—No sé —contestó bajando la cabeza y la cola—. No me acuerdo. Estaba oscuro, y luego vino él. Quería que no me moviera. Quería que *colaborase*.

Le puse una mano en la cabeza para tranquilizarla y la rasqué detrás de las orejas y los cuernos, algo que le gustaba. Ella inclinó la cabeza contra mi pierna. Por lo visto, no sabía de dónde venía, y Mefi tampoco. A lo mejor, enterrada entre los crípticos apuntes de mi padre, había alguna mención del lugar en que había encontrado a Thrana. Por lo menos sería una manera de empezar a armar el rompecabezas de si Jovis y yo éramos alanga. Y si lo éramos, por qué y de qué forma se crearon los alanga. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no antes? ¿De verdad mi padre estaba haciendo algo para impedir el regreso de los alanga? Y si ese era el caso, ¿qué hacía?

Cuando descendí por la trampilla, mi lámpara alumbró una escena de total desorden. Thrana era demasiado voluminosa para seguirme por la escalera vertical como había hecho Mefi, pero se quedó en el borde, lista para saltar si yo necesitaba ayuda. Las estanterías que había visto yo en una de las paredes estaban llenas de objetos de arcilla hechos pedazos. Tomé uno y lo olfateé. Tenía un olor dulce y cobrizo, como el fluido de la máquina de la memoria. A lo mejor los había destrozado mi padre, o el monstruo al despertarse para enfrentarse a mí, o Jovis cuando sacudió la caverna con su poder mágico. Frustrada, volví a dejar el pedazo de arcilla en el estante. Ya nunca lo sabría. Aquellos recipientes rotos no llevaban etiquetas, nada que indicara lo que habían contenido. ¿De verdad habría empezado yo a beber recuerdos sin tener ni idea de lo que había allí dentro?

Pero, claro, ya lo había hecho una vez.

Levanté la lámpara para ver mejor, por algo mi padre había ocultado el lugar. Tal vez por los recipientes que contenían recuerdos, pero sospeché que había más secretos. Escudriñé las paredes, oscuras y húmedas

Y encontré una espada.

Colgaba enfrente de los estantes, metida en una funda y suspendida mediante una cadena de un gancho metálico que había en la pared de la cueva. Parecía estar fuera de lugar; ¿una espada entre las cosas de mi padre? Él era un estudioso de la magia de las esquirlas y de la historia, un viejo de mirada astuta y carácter agrio. No me lo imaginaba esgrimiendo una espada, ni siquiera cuando era más joven. Lo único que esgrimía era un bastón para andar.

En la obra de teatro titulada *El resurgir del fénix*, el primer Sukai usó una espada mágica para derrotar a los alanga. Los actores siempre interpretaban las escenas con mucho melodrama. Ylan Sukai alzó su espada y todos los alanga fueron vencidos. Así de fácil. Demasiado fácil, había pensado yo siempre.

Ahora, en la caverna que había debajo de la caverna lindera a los túneles, bajo el palacio, con una única lámpara que me alumbrara el camino, no estaba tan

segura. Si Jovis estaba en lo cierto, y éramos alanga, ¿qué significaba eso para mí? Me acerqué con cautela. Tal vez no debería acercarme en absoluto, pero ¿qué iba a hacerme aquella espada? ¿Saltar de la pared y atacarme? Pero, claro, ¿qué sabía yo de aquella magia que derrotaba a los alanga? La obra de teatro no explicaba gran cosa, su intención era glorificar el reinado de los Sukai y enfatizar el peligro que suponían los alanga, no servir de manual de instrucciones para saber cómo matarlos.

Oí a Thrana paseando nerviosa por la caverna.

Al mirarla de cerca pude apreciar el desgaste de la funda de cuero, los arañazos, la cuerda ajada que envolvía la empuñadura. La funda presentaba un relieve en forma de llamas, y cerca del pomo se distinguía la figura de un ave fénix. No era más que una espada vieja. Yo no tenía nada que temer. Alargué una mano, sin atreverme casi a respirar y sintiendo los latidos del corazón en los oídos.

El cuero estaba frío al tacto. No llovió fuego del cielo, ni me invadió un dolor súbito, ni siquiera sentí un hormigueo. Me entraron ganas de reír. Por supuesto que una espada no funcionaba así. Aquella obra de teatro era ridícula, una ficción inventada por un escritor muerto mucho tiempo atrás. Tal vez fuese algo heredado, un objeto perteneciente al pasado de la familia Sukai.

Fui pasando los dedos por la funda hasta llegar a la empuñadura. Nada cambió. Envalentonada, levanté la espada y la descolgué de la pared. Era más ligera de lo que esperaba. No sabía con certeza qué era lo que esperaba, dado que nunca había tenido una espada en las manos. Pero sí que había empuñado cuchillos, y desde luego tenían peso. Esto era… diferente. Saqué la hoja de la funda.

La hoja era de color blanco. No solo por el brillo del acero, sino porque poseía el blanco de las delicadas tazas de porcelana que tanto apreciaba mi padre. Se volvía casi traslúcida allí donde el borde era más afilado. ¿Quién habría fabricado aquella espada, y de qué material estaba hecha? A lo mejor *El resurgir del fénix* era una obra verídica, a lo mejor para matar alangas lo único que había que hacer era levantar aquella espada hacia el cielo. A pesar todo lo que había leído, aquel era un terreno desconocido para mí. Envainé de nuevo la espada antes de que sintiera la tentación de tocarla o, peor aún, de esgrimirla como si fuera una guerrera antigua. Tenía trabajo que hacer.

Me eché la cadena al hombro y volví a subir por la escalera vertical. Pensaba hacer escalas en Riya, Nephilanu, Hualin Or y Gaelung, y había bastante distancia entre todas esas islas. Ya tendría tiempo para leer, para investigar, en el barco. No podría continuar bajando a la cueva de mi padre, pero sí podía llevarme una parte de la cueva conmigo. Cuando salí de la trampilla, Thrana se pegó a mis piernas con la frente fruncida y los ojos en blanco.

—¿Hora de irnos?

Los libros que había en el puesto de trabajo de mi padre me llamaban la atención. Me parecía que aquel mundo silencioso tenía más que ver conmigo que el mundo de arriba, ajetreado y ruidoso.

—He oído algo en el túnel —dijo Thrana—. Mientras tú estabas en la cueva.

Eso captó mi atención.

—¿Qué es lo que has oído?

Movió los hombros.

—No estoy segura. Muy leve. Muy lejos.

Apreté los dientes. Jovis. ¿Es que no era capaz de darme ni un momento de paz? Pero no se equivocaba. Yo iba a tener que programar mi tiempo en las habitaciones cerradas con llave. No podía esperar que mi administradora recién contratada se encargara de todo, y no tardaríamos en empezar a recibir visitas. Entonces entendía por qué mi padre había despedido a la mayor parte de sus sirvientes y había dejado la tarea de gobernar a sus constructos. Era demasiado lo que había que hacer, y él era el único que podía trabajar en sus experimentos y en su magia de las esquirlas.

—Tendremos que volver —le dije a Thrana. Se apretó contra mi pierna, pero no protestó.

Thrana tenía razón: en los túneles se oía un ruido amortiguado, un retumbar distante. Ya casi habíamos llegado a la puerta del enebro cuando de pronto me acordé de que todavía llevaba la espada colgada del hombro. Pesaba tan poco que me había olvidado de ella. Debería haberla dejado en el puesto de trabajo junto con los libros, pero ya era demasiado tarde.

Cuando me encontraba más cerca, el retumbar se hizo más nítido: eran unos golpes incesantes en la puerta.

Roja de furia, atravesé a zancadas la habitación donde se guardaban las esquirlas y, todavía sosteniendo la lámpara en una mano, abrí la puerta de un tirón.

—¿Qué pasa?

No pude continuar en el mismo tono de irritación. No era Jovis. Efectivamente, se había tomado el resto del día libre. Era Ikanuy, flanqueada por los dos guardias que había dejado yo en la puerta. Enarcó una ceja y su mirada se desvió hacia la empuñadura de la espada que llevaba yo al hombro, pero ni retrocedió ni hizo ningún gesto de resentimiento. Era verdad que tenía temple.

—Excelencia —dijo inclinando la cabeza.

—Ah, perdona. —¿Los emperadores pedían perdón? El calor que me inundaba las mejillas se intensificó, aunque por motivos muy distintos—. Creía que… En fin, no tiene importancia.

—Excelencia, sois difícil de encontrar cuando se os necesita.

Empleaba un tono neutro para no ofenderme, con lo cual me sentí aún más avergonzada. La próxima vez que bajara al puesto de trabajo de mi padre, iba a tener que sujetar las puertas para que no se cerrasen y dejar a Thrana junto a la entrada del almacén de esquirlas. De ese modo, Ikanuy si me necesitara, podría ir a buscarme. Mi padre no estaba disponible para nadie; en mi caso tenía que cambiar eso, por mucho que me irritase.

—¿Es algún asunto urgente?

Ikanuy irguió la postura.

—Excelencia, los constructos de los confines noreste del Imperio se han organizado.

Sentí un pánico helado que me inundaba el pecho. ¿El constructo espía sería uno de ellos?

—¿De qué modo se han organizado?

—Dudo en utilizar el término “ejército”, pero se han apoderado de dos islas

pequeñas que hay al suroeste de Maila. Puede que ya se dispongan a conquistar otra.

Capítulo 8

Jovis

Isla Imperial

Philine no retiró la daga de la espalda de la vendedora. La gente que nos rodeaba no veía nada o fingía no ver.

Intenté tragar saliva para aliviar el pánico que me atenazaba la garganta. ¿Le habría dicho algo la vendedora? ¿Qué sabía Philine de mí y de mis lealtades? ¿Sabría algo que pudiera contar a la emperatriz?

Avancé un paso sin querer y oí que Mefi emitía un gruñido.

—No le hagas daño —le ordené.

—Tu mascota ha crecido mucho —comentó ella contemplando a Mefi. Ya había probado sus dientes en una ocasión, cuando Mefi era poco más que un cachorro. Volvió a centrarse en mí—. ¿Cómo has conseguido un puesto así?

Fingí indiferencia procurando no acordarme de la daga que tenía la vendedora apoyada en la espalda. Procurando no acordarme de la carta que llevaba yo en el bolsillo de la guerrera.

—Sí, bueno, si uno se esfuerza mucho y cree en sí mismo, todo es posible.

—Se me había olvidado que te considerabas muy gracioso. Jovis, el contrabandista de la emperatriz —dijo recalcando las palabras a la vez que paseaba la mirada por mi guerrera festoneada de crisantemos, mi medallón, mi fajín dorado.

—Mira, tengo el dinero de Kafra. —Tomé mi bolsa de los dineros, agradecido de haberla llenado esa mañana, y se la lancé por el aire. Ella la atrapó con su mano libre—. Eso bastará para saldar mi deuda. He terminado con Kafra y he terminado con el Ioph Carn.

Philine miró dentro de la bolsa y a continuación se la guardó, pero no apartó la daga de la espalda de la vendedora.

—Kafra decide cuándo ha terminado contigo, no al revés.

¿Iba Philine a perseguirme hasta los confines mismos de la tierra? Creía haber acabado con ella, creía que el Ioph Carn no se atrevería a atacarme en el corazón del poder de la emperatriz. Noté una vibración que empezaba a surgir de mis huesos, mis sentidos fueron aguzándose poco a poco hasta que tuve conciencia de toda el agua que había en aquella calle: en forma de vapor que ascendía en el aire, hirviendo en las ollas, retenida en las grietas del empedrado. La olla que estaba más cerca de Philine acababa de llenarse y el agua llegaba hasta el borde. Yo era el capitán de la Guardia Imperial y tenía a mi lado a Mefi. Ya no era un contrabandista rebelde.

—Puede que en este caso tenga que hacer una excepción.

Debió de percibir una chispa de peligro en mi tono de voz, porque movió la mano que tenía libre para tomar otra daga que llevaba atada al muslo.

Tal vez ella fuera rápida, pero yo lo era más. Di un pisotón contra el suelo, y la olla hirviendo que estaba a su lado se sacudió y el agua le salpicó los pies y el brazo izquierdo.

Eso bastó. Philine soltó una de las dagas gruñendo de dolor. Antes de que pudiera moverse, me puse detrás del puesto de la vendedora y le hice una zancadilla usando mi bastón. La vendedora retrocedió de un salto para que Philine no le cayera encima.

Varios transeúntes aminoraron el paso para mirar, pero les hice señas para que continuasen. Llevar uniforme tenía sus ventajas, y me obedecieron.

Apunté con el extremo de mi bastón a la cabeza de Philine.

—Si amenazas a alguien que yo conozca, si mandas a alguien a seguirme, te juro por todas las islas conocidas que acabaré contigo. —Me sorprendió descubrir que lo dije en serio. Nunca había matado a no ser que lo considerase necesario, pero había pasado una gran parte de mi vida huyendo del Ioph Carn, teniéndole miedo. Ya estaba harto—. He pagado lo que me pidió Kafra por el barco. En lo que a mí concierne, ya no hay nada más que nos ate.

Philine levantó las manos y, con delicadeza, apartó mi bastón.

—Te he oído y te entiendo. —Se incorporó con un gruñido—. Abrigaba la esperanza de no acordarme bien de tus habilidades. Una cosa es contarle a Kafra lo que ha sucedido y otra es experimentarlo. Ya sabes cómo es Kafra a veces; cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja, empieza a pensar en la manera de conseguirla.

Me acordaba. Me había encargado una tarea tras otra, y siempre acompañada de la razón por la que no la había llevado a cabo exactamente como quería él. Siempre una razón por la que no podía liberarme de mi deuda.

—Y esta vez, soy yo —dije en un tono sin inflexiones—. De nuevo.

—Francamente, sí. Has sido un contrabandista excelente, y ahora lo serías aún mejor. Serías un valioso colaborador para nosotros, y no solo por tus habilidades. Ahora trabajas para la emperatriz, eres uno de sus funcionarios de más alto rango.

Por el mar Infinito, ¿el Ioph Carn quería que espiara también para él? Intercambié una mirada con la vendedora, que se limitó a encogerse de hombros. No obtendría ninguna ayuda de ella.

—¿Qué podría querer yo del Ioph Carn a cambio? Como tú misma has dicho,

soy uno de los funcionarios de más alto rango del Imperio. ¿Por qué iba a querer involucrarme en una organización criminal?

—El Ioph Carn tiene mucho que ofrecer —continuó Philine. Si se había percatado de mi exasperación, desde luego eso no la disuadió—. Contamos con una amplia red de contrabando y podemos obtener mercancías que otros no pueden. Ni siquiera el Imperio.

—No estoy en el mercado de mercancías del mercado negro —dije irónicamente —. Además, si soy tan buen contrabandista, ¿por qué no iba a poder conseguirlas yo mismo?

Philine se encogió de hombros y se limpió el polvo de su jubón de cuero.

—En estos instantes pareces estar un tanto ocupado. Y de momento no buscas mercancías del mercado negro. Lo cual no implica que no las busques en el futuro.

¿Qué debía contestar yo? ¿Que ya había dejado aquella clase de vida? ¿Que entonces las cosas eran distintas? ¿Que ya no era la misma persona que ella había conocido? Todos eran grandiosos sentimientos que me avergonzaría expresar en voz alta.

—Estoy cansado —dije en vez de eso.

Philine enarcó una ceja.

—Estoy cansado de que me sigas, de ser perseguido, de luchar contra ti y tus esbirros. He estado en el Ioph Carn el tiempo suficiente para saber cómo desarmarlo. Si Kafra no desea que pase toda esa información a la emperatriz, que me deje en paz.

—¿Es una amenaza?

Señalé a la vendedora con la cabeza.

—Una amenaza a cambio de otra contra esta amiga mía.

—Debe de gustarte mucho el pan cocido al vapor.

—Lo que me gusta es mantener la paz en las calles de Ciudad Imperial —repliqué—. Y, sinceramente, ¿se puede saber qué es lo que te ocurre? No quiero ver morir a la gente sin motivo. ¿Tan difícil de entender es eso? Ahora, apártate de mi vista.

Mefi se situó a mi lado y le enseñó los dientes, como para recordarle que los tenía y que eran un poco más grandes que la última vez que la mordió con ellos.

—De acuerdo —respondió Philine retrocediendo—. Pero, Jovis, si alguna vez cambias de opinión, ya sabes cómo ponerte en contacto con nosotros.

Y se perdió de vista en las calles de la ciudad igual que la niebla disipada por el sol.

—Tienes muchos amigos extraños —me dijo la vendedora con la voz un poco trémula. Luego regresó a sus ollas y volvió a colocar las tapas que yo había movido de sitio.

Contemplé las calles. El peligro había pasado, nadie miraba en nuestra dirección. Saqué la carta que llevaba en la guerrera y se la entregué sin que me vieran, amparándome en el puesto de comida. Ella, sin mirarla siquiera, la metió debajo de un tarro de levadura.

—Yo no diría que Philine es lo que se dice una amiga. Es más bien una sombra no deseada.

La vendedora no hizo caso de mi comentario; sacó otro pergamino doblado de

debajo del tarro y me lo entregó.

—Yo también tengo una cosa para ti. —Dudó un momento y luego tomó dos panes de la bandeja—. Y esto también. Gracias.

Yo le había causado problemas, no debería darme las gracias. Pero el estómago me hacía ruidos, y le había entregado mi bolsa a Philine. De modo que tomé los panes y le di uno a Mefi. Fue igual que si lo hubiera echado en un sumidero, porque desapareció rapidísimamente.

Me guardé la carta en la guerrera con cierta aprensión. ¿Más instrucciones? ¿Qué querrían saber? Pero no podía leer la carta en plena calle.

—Lo siento —le dije a Mefi al tiempo que emprendíamos el regreso al palacio pasando de nuevo por los puestos de comida—, ya te conseguiré algo de las cocinas.

Él se apretó contra mi pierna; era su versión muda de que aceptaba mis excusas.

Comenzó a lloviznar justo cuando llegamos a las murallas del palacio. Lin había remodelado el salón de la Paz Eterna, que iba a convertirse en alojamiento de sus funcionarios, incluido yo. Ikanuy ya se había instalado en él, pero en su mayor parte aún estaba desierto. Fui a la habitación que me había sido asignada y cerré la puerta. Era más grande que ningún espacio al que yo estuviera acostumbrado, sobre todo mi barco, que seguía atracado en el puerto. Desde mi llegada había hecho un par de salidas a bordo de él, pero seguía lamentado que ya no fuera mi hogar. Esta habitación no solo me resultaba demasiado grande, también me resultaba demasiado silenciosa.

La carta plegada no iba sellada. La abrí, me senté a mi escritorio y empecé a descifrar el código. Vista por encima, parecía hablar del inicio de la estación de lluvias, de la producción de la pesca, de los amigos de la familia. Cualquier otra persona que la leyera pensaría que era una carta de uno de los parientes que tenía yo en Anau.

Extraje la información pertinente y fui tomando apuntes en otro papel. Al terminar, examiné atentamente el mensaje que llevaba oculto.

Los pocos sin esquirlas estaban interceptando envíos de anacardos al corazón del Imperio. Lo más seguro era que de ello estuvieran ocupándose Gio y Ranami. Una vez que quedase claro que Imperial y las islas que la rodeaban no iban a recibir el cargamento habitual de anacardos, los gobernadores empezarían a quejarse a la emperatriz. En plena estación de lluvias, había mucha tos de los pantanos; la única cura conocida era el aceite que se extraía de los anacardos. Si la emperatriz no podía garantizar el flujo de mercancías, los gobernadores dejarían de confiar en ella. Y como su posición ya era tan precaria, tal vez los pocos sin esquirlas pudieran presionar para provocar su abdicación.

Mi sensación de inquietud se acrecentó. Yo me vería inmerso en todo aquello, sería evidente que apoyaba a la emperatriz en medio del caos.

Pasé al resto de los apuntes que había tomado. No contenían una mera actualización de los planes de los pocos sin esquirlas. Gio conocía el palacio; sabía que había una miríada de puertas cerradas con llave; sabía que Lin, al igual que su predecesor, desaparecía tras ellas y tardaba horas en volver.

“Busca una espada de hoja blanca que esté en posesión de Lin —decía la carta —. Encuéntrala y róbala.”

Capítulo 9

Phalue

Isla de Nephilanu

Se hacía extraño ser el que estaba al otro lado de los barrotes. Phalue abrió la celda con llave y dejó la bandeja en el suelo, nada más entrar. Su padre la miró desde el jergón, con las manos entrelazadas; aguardó hasta que ella hubo cerrado de nuevo y luego tomó el cuenco de pasta. El resplandor de la lámpara iluminó las volutas de vapor. En alguna parte del sótano se oía agua gotear formando un charco. Aquel día estaba lloviendo, como de costumbre, y a pesar de los esfuerzos de todos, la humedad se filtraba al interior.

Phalue acercó una silla que había a un lado y esta raspó el suelo de piedra. Llevaba aproximadamente un mes dejando que otra persona le llevara la comida a su padre. Se había dicho a sí misma que estaba demasiado ocupada, y era verdad. Había documentos que ordenar, objetos que vender, fondos que redistribuir, cartas que enviar. Si hubieran hecho todo eso de la forma normal, la transición habría tenido lugar gradualmente y su padre la habría ido guiando a lo largo de todo el camino. Pero lo cierto era que los partidarios más leales al gobernador habían huido, y tuvo que encargar a Ranami la tarea de reunir todas las piezas sueltas del cargo. Y luego estaban los pocos sin esquirlas y Gio. Desde el golpe de Estado, no sabía muy bien cómo tratar con ellos. Gio quería verla muerta. Quería conquistar aquella isla para sí y para los pocos sin esquirlas, igual que habían hecho con Khalute. No formaba parte de su plan instalar a Phalue como gobernadora.

Su padre la miraba mientras comía. En el aire flotaba un olor a cebollas encurtidas y a salsa de pescado. Siempre había sido un hombre enjuto, pero ahora estaba más flaco y más pálido, y sus ropas humildes lo volvían imposible de distinguir de cualquier persona de la calle. Se acordó de cuando era pequeña y lo admiraba porque tenía los hombros anchos y su rostro se erguía sobre ella como

una montaña lejana. Ahora parecía encogido, más menudo.

—Sigo siendo tu padre —dijo cuando ya había comido la mitad—. ¿Qué es lo que te preocupa?

¿Tan obvio resultaba? Ranami siempre decía que llevaba sus sentimientos tan visibles como si estuviera empapada en ellos. Phalue dudó antes de hablar, pero daba lo mismo. Su padre estaba en una mazmorra, ¿a quién se lo iba a contar?

—Esta tarde voy a reunirme con los pocos sin esquirlas. He dividido mi atención en demasiados frentes. Si consigo que abandonen Nephilanu pacíficamente, una cosa menos de la que tendré que preocuparme. No tengo guardias suficientes para solucionar el problema de los constructos y rechazar a Gio. En cuanto envío de patrulla a un número excesivo de ellos, me quedo en una posición vulnerable en el palacio.

Estaba muy bien ofrecer una recompensa por los constructos, pero Phalue tenía la impresión de que solo servía para alentar a los ciudadanos a que salieran a dar caza a unos animales que no eran capaces de dominar. Desde que Lin ascendió al trono, en Nephilanu había habido más de un ataque y varios muertos.

Su padre dejó el cuenco.

—El hecho de que te reúnas con ellos les otorga legitimidad. Nephilanu es tuya, no de Gio.

Phalue suspiró.

—Técnicamente, pertenece al pueblo y yo soy solo su administradora. Una persona no puede ser propietaria de una isla.

Su padre arrugó la nariz, y Phalue no pudo evitar fijarse en que tomó el vaso de agua y no el de vino. Se lo quedó mirando un momento, como si estuviera buscando algún veneno.

—¿Tú crees eso de verdad?

—Estoy aprendiendo que no. ¿De qué sirve tener poder si no podemos utilizarlo para ayudar a la gente? Los agricultores, los huérfanos de las calles… no son distintos de ti o de mí.

Su padre bebió un sorbo de agua e hizo una mueca.

—Si tan empeñada estás en ayudar a la gente, ¿por qué no me ayudas a mí?

Justamente era ese el motivo por el que Phalue no había querido bajar a la mazmorra. Sabía que su padre le preguntaría eso. Cada vez que le llevaba comida, la presionaba para que lo dejase libre. Y lo cierto era que deseaba liberarlo, eso era lo peor de todo. No había sido mal padre, y ella todavía lo amaba a su manera. En cambio, como gobernador había sido un desastre.

De repente, se incorporó.

—Phalue —la llamó él.

Phalue lanzó un profundo suspiro, en el intento de calmar su ira, y después se volvió para mirarlo.

—No has cambiado. Cada vez que vengo a verte, me pides que te libere. ¿Y qué pasa con todas las personas a las que tú encerraste aquí? ¿Qué pasa con todas las personas a las que ejecutaste? ¿Alguna vez tomaste en cuenta sus súplicas? Yo te trato mucho mejor de lo que tú las trataste a ellas, y aun así piensas solo en ti mismo. Esas personas a las que mataste —agitó una mano en dirección a la ciudad — tenían familiares. Amigos.

La mirada de su padre se oscureció.

—Me robaron.

—Hay quien diría que tú les robaste a ellas, que no tenías derecho a apropiarte de las tierras que ellas trabajaban simplemente porque hubieras nacido en un palacio. Han sufrido bajo tu mandato, padre. ¿Qué dirían esas personas si yo te dejara libre? Dirían que no soy quien ellas creían que era. Dirían que soy igual que tú.

Algo cambió en el semblante de su padre, de repente su expresión se tornó inocente y dolida.

Phalue no aguardó a que respondiera. Dejó atrás el aire húmedo y mohoso del sótano y subió de dos en dos los escalones que llevaban a las cocinas jadeando como si hubiera estado buceando.

Ranami la aguardaba en lo alto de la escalera. Al verle la expresión de la cara, la rodeó con sus brazos. Phalue se relajó en el abrazo de su esposa, en el contacto de su mejilla contra el pecho, en los latidos de su corazón. Poco a poco, rodeada por los ruidos y los olores de la cocina, que le proporcionaban seguridad y familiaridad, se le fue desacelerando el pulso.

—No tienes por qué seguir bajando ahí —murmuró Ranami.

—Todavía es mi padre —replicó Phalue al tiempo que se apartaba—. Le debo la cortesía de por lo menos mirarlo a los ojos. Y no quiero ser como él, fingir que las personas a las que he encerrado no existen. Quiero afrontar lo que he hecho. —Frunció los labios—. ¿Tú crees que al reunirme con los pocos sin esquirlas les estoy otorgando legitimidad?

Ranami la tomó de la mano y salió con ella de las cocinas al frescor del pasillo, donde la mortecina luz de la mañana se colaba por entre las tablas de los postigos.

—Amor, no es necesario que hagas nada para otorgar legitimidad a los pocos sin esquirlas. Ya tienen presencia en el Imperio. Estaban establecidos en Khalute y ahora se han establecido aquí. Si estuvieran muy lejos, tal vez…, pero no lo están. Están aquí, en Nephilanu, y ya han intentado dos veces matarte.

—No podemos saber con seguridad que el segundo intento fuera de ellos. Ni que fuera un intento siquiera.

Cuando solo llevaba unos pocos días gobernando, estalló una reyerta en las calles mientras Phalue se encontraba en la ciudad. En medio del caos, alguien intentó clavarle un puñal en las costillas.

—Yo sé cómo trabajan. Fueron ellos. Ellos lo orquestaron todo. ¿Estás segura de querer hacerlo?

Phalue ya se había vestido para la ocasión, lo que en su caso significaba ponerse una cadena decorativa sobre los hombros y una capa un poco menos ajada que la que llevaba a diario. Aún llevaba su coraza de cuero y su espada al costado. Nadie iba a convencerla de que acudiera al encuentro de Gio sin llevar un arma. Se irguió y ofreció su brazo a Ranami.

—Mejor enfrentarme a ellos cara a cara que sentarme a esperar otro ataque.

Ranami, antes de tomar el brazo que le ofrecía Phalue, se cubrió el cabello con la capucha de la capa. Debajo de esta llevaba un vestido amarillo cúrcuma, un color que, en opinión de Phalue, hacía un bellísimo contraste con el tono moreno de su piel. Era más corto que los que solía usar en la estación seca, y se

complementaba con unas botas de caña alta para proteger los pies del barro.

Quedaban siete años así, pensó Phalue con consternación al salir al exterior. La lluvia repiqueteaba contra su capa. Ranami se situó a su lado.

—Antes de que nos demos cuenta, llegará de nuevo la estación seca y las dos anhelaremos que llueva algún día.

Así que sus pensamientos se le notaban en la cara tan patentes como sus sentimientos. Ranami era la que debería haberse dedicado a la política, no ella.

Cuando llegaron al arco de la entrada, Ranami la detuvo.

—Antes de que se me olvide: has recibido una misiva. —Extrajo de su bolsa un sobre de lona engrasada y se lo dio a Phalue.

Llevaba un sello de cera en el que había estampada la figura de un ave fénix. Era el sello de la emperatriz.

—¿Qué es lo que dice? —inquirió Phalue.

—Va dirigida a ti y todavía está sellada. El emisario no dijo qué contenía.

Phalue rompió el sello, extrajo la carta procurando que no se mojase y examinó el texto de forma superficial.

—La emperatriz solicita una visita. Pide discreción hasta que estén finalizados los detalles de su viaje.

Se imaginó el caos que se produciría si se propagara la noticia antes de que la emperatriz hiciera su declaración. Habría quienes la verían con escepticismo y quienes pensaran que sería una oportunidad para intentar un golpe de Estado o para ganarse su favor. Los gobernadores de otras islas se preguntarían si se encontrarían en el itinerario de la emperatriz, y harían lo imposible por que los incluyeran.

¿Cuánto tiempo hacía que un emperador no pisaba la isla de Nephilanu? Phalue ni se acordaba. Su padre había alardeado en más de una ocasión ante otros gobernadores de que Shiyen había visitado Nephilanu, pero eso fue incluso antes de que sucediera a su madre en el cargo de gobernador. Hubo una época en la que el emperador visitaba las islas con regularidad y conversaba con sus habitantes. En cambio, Shiyen prefería que de esa tarea se encargaran los constructos.

Corrían rumores acerca de esta nueva emperatriz. Sí, había suspendido el Festival del Diezmo, pero el pueblo estaba dividido en cuanto a los motivos que había tenido para ello. ¿Lo había hecho simplemente porque sabía que los pocos sin esquirlas habían convertido dicho festival en la causa por la que se habían juntado? ¿O porque de verdad estaba convencida de que había que suspenderlo?

Ranami le había contado que el contrabandista había asumido el cargo de capitán de la Guardia Imperial para espiar en favor de los pocos sin esquirlas, pero lo que ninguna de las dos sabía era por qué le había ofrecido dicho cargo la emperatriz.

—¿Y vas a aceptar su invitación?

Phalue volvió a meter la carta en el sobre y se la guardó en el bolsillo del cinturón.

—Ya hablaremos de eso en el camino de vuelta. Ha de ser una decisión tanto tuya como mía. Ranami, eres mi esposa. Tú eres la gobernadora tanto como lo soy yo. Y en algunos sentidos, más. Puedes abrir mis cartas, no me importará. Me fío completamente de ti.

La forma en la que la miró Ranami le hinchó el corazón hasta rebosar.

—Ya lo sé. —Se apresuró a colocarse al lado de Phalue—. Pero podría importarles a otros, y debemos mantener cierto grado de decoro.

Phalue rio y luego salió de nuevo a la lluvia indicando con un gesto su coraza y su espada.

—Si tuviera sentido del decoro, en primer lugar no me reuniría con el cabecilla de la rebelión llevando en el bolsillo una carta de la emperatriz. En segundo lugar, me vestiría con sedas y viajaría en palanquín. ¿Te lo imaginas? ¿Yo, en un palanquín? Le rompería la espalda al pobre Tythus. En tercer lugar, me habría casado contigo muchísimo antes.

Su esposa, al oírla decir eso, sonrió, y ni siquiera el cielo nublado consiguió restarle brillo a dicha sonrisa.

—Pues en ese caso no te vendría mal observar un cierto decoro.

Phalue soltó una carcajada.

—No habrá sido porque no lo haya intentado. ¿Cuántas veces te he pedido que te casaras conmigo? ¿Cien?

Habían contraído matrimonio poco después de que Phalue asumiera el cargo de gobernadora, y durante ese único día logró olvidarse de que los pocos sin esquirlas la querían muerta, de que su padre estaba encerrado en una celda, de que habría declaraciones que hacer y muchas heridas que sanar. Solo existió Ranami, resplandeciente con un vestido bordado con hilo de oro. Sus palabras, sus labios cuando se prometieron la una a la otra.

Pensaba que iba sentir miedo, pero en vez de eso se sintió igual que un barco que ya se ha hartado de navegar y regresa por fin al puerto que considera su hogar.

Abrieron de par en par las puertas del palacio para que todo el que quisiera entrar a felicitarlas recibiera algo de comer de las cocinas. Phalue deseó que ojalá pudieran casarse todos los días; pero, tal como le había señalado Ranami tantas veces, tenía obligaciones, y su intención era cumplirlas.

El lodo chapoteaba bajo sus pies mientras bajaban zigzagueando a la ciudad. Phalue había tardado mucho en ver cómo sufría el pueblo cuando su padre era el gobernador. Y había necesitado enamorarse de Ranami para entender de verdad que las políticas de su padre eran injustas y explotaban al pueblo al que gobernaba. Que él no tenía ni idea de lo que era vivir siendo agricultor o un huérfano de la calle.

Que tampoco tenía idea ella.

Cuando entrenaba con Tythus, rara vez cometía dos veces el mismo error. Esperaba hacer lo mismo ahora.

—Estás muy seria —le dijo Ranami cuando doblaron el último recodo.

—¿Qué? No.

—Sí. Tienes esa expresión lejana en los ojos, y tus cejas están así. —La imitó juntando mucho el entrecejo—. Y estás muy callada, y no apartas la mano del pomo de la espada.

Maldición, era verdad que llevaba la mano apoyada en el pomo de la espada. Separó los dedos y dejó que la capa volviera a tapar el arma.

—No estoy seria, estoy pensando. Es que… quiero ser mejor de lo que ha sido él.

No fue necesario que dijera a quién se refería.

—Ya lo eres, y con mucho.

—Aun así… Mi padre no es una mala persona. Ya sé que no hacía ningún caso a las gentes de la isla, que incluso fue cruel, pero ha sido un padre decente. Cuando quise aprender a luchar, me puso tutores. Nunca ha intentado obligarme a hacer cosas que yo no quisiera hacer. Sí, me sugería con vehemencia que las hiciera, pero creo que sabía que yo no era de las que llevan vestidos y entretienen a los dignatarios. Era bueno conmigo. Y yo se lo he pagado encerrándolo en el sótano. —Levantó una mano e hizo un amplio gesto de lado a lado—. ¿Existe una escala para analizar el bien? Y si existe, ¿en qué punto de ella se sitúan mis acciones? Me estoy esforzando para mejorar, pero no sé muy bien si lo parece o no.

Ranami le dio un beso en la mejilla.

—Eso no lo sabemos ninguno.

—Pues no me tranquiliza nada saberlo.

El lodo dio paso el empedrado. La estación de lluvias transformaba una ciudad. Los escaparates de todas las tiendas contaban con una marquesina; en todas las entradas había cepillos de cerdas que uno podía utilizar para limpiarse el barro de las botas o las zapatillas. En las calles que eran más estrechas se habían tendido cañas de bambú que iban del alféizar de una ventana al de enfrente y luego se habían cubierto con hojas de palmera. Ese arreglo hacía que las calles adquiriesen un ambiente oscuro, cerrado, como si uno estuviera atravesando un túnel.

No tardaron en llevar detrás un grupito de huérfanos de la calle. Phalue, siguiendo su costumbre, introdujo la mano en su bolsa y les arrojó unas monedas.

Ranami se puso a su lado. Si Ranami siempre sabía cuándo Phalue estaba seria, Phalue siempre sabía cuándo había algo que molestaba a Ranami.

—¿Qué ocurre? —le preguntó mientras recorrían la calle que llevaba a las ruinas de los alanga.

—Deberíamos hacer algo por los huérfanos —respondió Ranami—. Hay demasiados. No deberían verse obligados a mendigar ni a recoger monedas del suelo.

—¿Quieres adoptar? No podemos llevárnoslos a todos.

—Ese es otro tema —dijo Ranami.

Ya había presionado más veces a Phalue con aquel asunto, pero es que acababan de casarse. Había mucho que hacer, mucho de qué preocuparse, para tener que añadir además uno o dos niños. Phalue siempre había pensado que algún día adoptaría, pero ahora que ese día estaba más próximo, la idea le provocaba sudores. No era precisamente una persona maternal. Además, ¿qué ejemplo tenía? Su padre había sido amable pero no muy afectuoso, y su madre había sido únicamente una presencia intermitente en su vida.

—Son sobre todo vulnerables a los constructos desgobernados por la noche, cuando carecen de un sitio en el que refugiarse. Deberíamos crear un sistema para ellos. Tenemos el dinero necesario; tan solo debemos distribuirlo correctamente.

—Podemos añadir eso a la lista —dijo Phalue.

Después de eso, ambas guardaron silencio. No era una lista corta, y daba la impresión de alargarse con cada día que pasaba. Podrían pasar varias vidas enteras intentando reparar el daño que había causado su padre. Una vida tendría que

bastar, aunque a Phalue, cada vez que miraba la lista, le parecía tremendamente insuficiente.

Cuando llegaron a las afueras de la ciudad, la lluvia se transformó en una llovizna. El bosque bullía con el canto de los pájaros, el croar de las ranas y el constante gotear del agua que se filtraba desde las copas de los árboles. Estaban brotando del suelo flores y plantas que Phalue no había visto desde la estación seca, pues ahora percibían que iban a poder saciar su sed. Supuso que la estación de lluvias tenía su parte buena.

No opinó lo mismo cuando llegó a las ruinas de los alanga. Allí no había tejado alguno, tan solo columnas viejas y rotas y paredes que casi no conservaban restos de pintura.

—Hemos llegado un poco temprano —observó Ranami—. Es posible que tengamos que esperar.

"Bajo la lluvia", agregó mentalmente Phalue. Lo cierto era que la lluvia le gustaba cuando podía observarla desde un sitio cerrado, teniendo una taza de té en la mano y habiendo dejado a un lado su capa engrasada, como si fuera la muda de una serpiente. Se limpió una gota de agua de la punta de la nariz. El problema venía cuando había que soportarla.

Se oyeron unas débiles voces que levantaban eco en las paredes. Por lo visto, después de todo no iban a tener que esperar. Pero cuando se acercaron a las voces, Phalue se dio cuenta de que se habían tropezado con una reunión anterior que quizá se había prolongado más de la cuenta. Ranami la hizo frenar antes de que irrumpiera en ella.

Se llevó un dedo primero a los labios y después al oído.

Phalue dio gracias a su antiguo yo por haberse casado con una mujer que entendía las sutilezas mucho mejor que ella.

Una de las voces era la de Gio. La otra no la reconoció.

—Así que quieres que el Ioph Carn suspenda el mercado negro de anacardos que surte a Imperial y a las islas vecinas. ¿Y para qué? ¿Para que yo pueda ser más pobre?

—Ya eres un hombre rico —replicó Gio—. Y también querrás deponer a la gobernadora. Su padre te permitió quedarte con el sobrante de sus beneficios porque le importaba un bledo impedírtelo. Pero su hija va a ser distinta. Ella quiere cambiar las cosas, demostrar que es diferente. Considéralo una inversión para tu futuro. ¿Crees que ella va a continuar permitiendo que el Ioph Carn haga negocio sin que nadie se lo impida?

—No le va a quedar otro remedio.

—No seas arrogante —replicó Gio.

Un profundo suspiro.

—¿Cuál de los dos es el arrogante, amigo? Tú quieres derrocar un régimen, yo solo quiero aprovecharme de él. A propósito, ¿qué gano yo en esto? Y no me refiero solo a modo de inversión. Tú me has pedido que venga aquí, dime qué es lo que estás dispuesto a pagarme.

Hubo un breve silencio.

—Tengo entendido que siempre has deseado hacer una incursión en un monasterio. Las bayas y la corteza de un enebro de copas redondeadas supondrían

un estupendo añadido para tu colección. Si las usas juiciosamente, podrían ampliar tu poder.

—Lo que yo deseo es bien conocido de todos. No lo guardo en secreto —dijo el otro hombre en tono despreocupado—. Pero permíteme que te pregunte una cosa: ¿a qué viene eso?

Phalue contuvo la respiración. Gio estaba hablando con un miembro del Ioph Carn. Se alegró de que Ranami le hubiera impedido meterse en aquella reunión; no les convenía tener más complicaciones en su relación con los pocos sin esquirlas. Pero, claro, era posible que a Gio no le importara, no guardaba en secreto cuáles eran sus objetivos.

—Para hacer una incursión en un monasterio, no es necesario llevar a cabo un ataque frontal. Los muros son altos y siempre están preparados para defenderse. Harán uso de la corteza y las bayas del enebro de copas redondeadas, y tus hombres del Ioph Carn no tendrán ninguna posibilidad. Pero lo que no sabe la gente es que los monasterios siempre tienen una entrada trasera.

—Habla claro, amigo. ¿Qué es lo que estás ofreciendo exactamente?

—En la isla situada justo al este de Nephilanu hay un monasterio con un enebro de copas redondeadas. Sé la manera de entrar en él. Tú suspendes el mercado negro y yo te dibujo un mapa. Eso es lo que estoy ofreciendo.

—¿De dónde has sacado esa información?

—Protejo mis fuentes.

Durante unos momentos, nadie habló. Phalue resistió el impulso de rascarse un picor de la nariz, temerosa de que pudieran oír el roce de su capa.

—Bien. Yo suspenderé el mercado negro de anacardos en las inmediaciones de Imperial y tú me proporcionas ese mapa.

—Hecho.

Ranami agarró a Phalue del brazo y la instó a agacharse detrás de un muro semiderruido. Al poco, el hombre del Ioph Carn salió de la estancia en la que acababa de reunirse con Gio. Era un individuo bajo, joven, con una cabellera negra peinada hacia atrás. No se había molestado en llevar una capucha. Phalue no lo reconoció, aunque tampoco había contado con ello; el Ioph Carn era muy reservado.

—Espera un momento —susurró Ranami.

Phalue sintió el calor de su respiración en la mejilla y se estremeció. Aunque estaba deseando hablar de lo que acababan de oír, sabía que eso tendría que esperar hasta que terminase la reunión.

Agachadas entre la vegetación mojada, aguardaron a que dejaran de oírse las pisadas a la vez que oían el roce de unas botas contra la hierba: Gio paseando nervioso en la otra estancia. Cuando ya hubo pasado el tiempo suficiente, se incorporaron. Ranami tomó otra vez del brazo a Phalue y cruzaron la arcada medio derrumbada que conducía al lugar donde habían acordado encontrarse.

Gio estaba solo.

Sin saber por qué, eso sorprendió a Phalue. Había esperado que hubiera allí por lo menos otro integrante de los pocos sin esquirlas. Después de todo, ella había acudido acompañada de Ranami, lo cual significaba dos contra uno. Si atacase a Gio, poco podría hacer él para defenderse. Llevaba al cinto dos cuchillos de hoja

larga, pero no era ni de lejos tan alto como Phalue y además era bastante mayor. Ella lo dominaría con facilidad, y con más vigor. ¿Por qué no poner ya fin a aquel conflicto?

Ah, tenía que dejar de evaluar cada situación como si fuera un posible enfrentamiento físico. Aunque la otra parte hubiera intentado matarla. Aunque pudiera intentarlo de nuevo. Tenía que pensar más como Ranami. Si lograra matar ahora a Gio, de todos modos tendría que lidiar con el resto de los pocos sin esquirlas. Encontrarían otro líder y regresarían buscando venganza.

Mejor enfrentarse a lo conocido que a lo desconocido. ¿No era ese uno de los proverbios de Ningsu?

—Gracias por reunirte conmigo —dijo Gio poniéndose una mano en el corazón para expresar agradecimiento.

Ranami lo miró con cara de pocos amigos.

Phalue descubrió que no era capaz de reunir la misma ira que Ranami. Pero se saltó el saludo.

—No voy a fingir no saber lo que has planeado para mí —dijo—. Nunca ha estado en tus planes que yo me convirtiera en gobernadora. Preferirías que hubiera muerto.

Notó que Ranami la estaba mirando, vio de reojo que intentaba decirle algo. Seguro que estaba siendo demasiado imprudente. Pero es que no podía ser como los demás políticos, que decían una cosa cuando querían decir otra. Ya que no sabía disimular, al menos podía ser directa.

Gio abrió las manos.

—Te pediría disculpas, pero ese es el objetivo de los pocos sin esquirlas: crear un consejo de representantes que gobierne las islas. No un emperador. Ni tampoco gobernadores. Gobernantes elegidos por el pueblo, no por su nacimiento.

Así que, simplemente, ella les estorbaba.

—Entonces, ¿para qué me has hecho venir?

—Quiero proponer una tregua temporal. Tú estás intentando establecer tu gobierno, yo estoy intentando expandir la presencia de los pocos sin esquirlas. En este momento no necesitamos luchar el uno contra el otro. Podemos vivir en paz, con ciertas condiciones.

Claro. Condiciones.

—¿Y cuáles son? ¿Que nosotros te permitamos circular por toda Nephilanu?

—No, por supuesto que no. Nos quedaremos en nuestras cuevas y evitaremos tus ciudades. No interferiremos con tu gobierno. Como es natural, te pediré que no nos entregues a la emperatriz.

A Phalue, la misiva de emperatriz le pesaba en el bolsillo, una presencia en la que no dejaba de pensar.

—¿Y eso es todo?

—Una condición más: que suspendas los envíos de anacardos a Imperial y a las islas que la rodean. Te puedes permitir el lujo de aplazar los beneficios hasta que esté más avanzada la estación de lluvias, sé que tu padre acumuló una enorme reserva de ellos. Mi intención es presionar a la emperatriz para que abdique. Posee un control débil del Imperio, nadie sabe quién es. A menos que consiga ganar apoyos, este Imperio se romperá en pedazos, cada isla se las arreglará por sí sola.

Cuando esté más adentrada la estación de lluvias, todo el mundo clamará por tener aceite de anacardo, y si no lo obtienen, culparán de ello a la emperatriz.

”Los pocos sin esquirlas estamos muy cerca de lograr nuestro objetivo. Si podemos obligar a la emperatriz a que abdique, estaremos en una posición mejor para proponer la creación de un consejo. Estamos reuniendo un ejército en Khalute, y a los gobernadores que no quieran sumarse a nosotros se los puede obligar por la fuerza. Estamos demasiado conectados unos con otros para no contar con un poder centralizado a la hora de tomar decisiones. Puede que los gobernadores no lo comprendan, pero yo sí. Solo que no quiero que haya un emperador, quiero que nos gobernemos solos.

En aquel momento Phalue se sintió tonta por haber permanecido escondida durante la anterior reunión de Gio. Por supuesto que no le habría importado que irrumpieran en ella; estaba pidiendo lo mismo al Ioph Carn. Cruzó la mirada con Ranami y entrevió un gesto de cautela. ¿De qué estaría intentando advertirla? Observó a Gio, que estaba esperando una respuesta. Claro. ¿Hacia quién volvería Gio su atención una vez que la emperatriz ya no estuviera?

—Así que pretendes presionar a los gobernadores. Yo soy gobernadora. ¿Dónde me deja eso a mí?

—Como digo, propongo una tregua. Es posible que en este nuevo gobierno encontremos alguna tarea útil para ti, o que hagamos una excepción con Nephilanu.

A Phalue le gustaría saber si se le notaría en la cara el escepticismo que sentía. Y se preguntó si ello tendría alguna importancia. Allí había dos opciones, y Gio lo entendía perfectamente: podía aceptar la tregua temporal y continuar asentando su cargo, o podía entrar en conflicto con los pocos sin esquirlas en virtud de un gobierno que solo acababa de comenzar y que tenía una lista de tareas que no dejaba de crecer.

—Ranami —dijo Gio dirigiéndose a ella—, para esto estábamos trabajando cuando tú te sumaste a nuestra causa. Sé que tú también lo deseas.

—Eso fue antes de que intentaras asesinar a la mujer que amo. Dices que podemos tener paz con ciertas condiciones, pero no son verdaderas condiciones. Nos estás pidiendo que hagamos lo que tú quieres, y si no aceptamos, la matarás. Eso no es una tregua, es una amenaza.

—Aceptaré tu oferta —dijo Phalue antes de que Ranami pudiera añadir nada más—. Pero si veo cualquier indicio de que has incumplido tu parte del trato, sé dónde está tu escondrijo. Enviaré contra ti a toda mi guardia en pleno y escribiré una carta a la emperatriz en la que le contaré todo lo que sé.

Era una amenaza vacua. No tenía guardias suficientes, y Gio poseía un verdadero ejército en Khalute. La emperatriz se hallaba distraída con los constructos; ¿cuánto tiempo tardaría en enviar soldados a Nephilanu? El suficiente para que Gio huyera.

—Entendido.

Phalue dio media vuelta. De repente sintió deseos de verse fuera de aquellas ruinas, de aquellas enredaderas talladas en relieve, recuerdos de una civilización que había existido mucho tiempo atrás, aunque que ya se había extinguido. Nadie hablaba de ella salvo en cuchicheos, pero había una pregunta que también

aguijoneaba a Phalue en lo más recóndito de su cerebro: ¿iban a volver los alanga? Había ordenado destruir la fuente, y ahora se preguntaba si no debería haberla dejado intacta y encargar a alguien que la informase de si volvía a abrir los ojos o no. No sabía qué antigua magia vivía dentro de aquellas piedras, no podía saber con seguridad que la fuente no fuese un artilugio cuya función fuera convocar a los alanga.

Ranami tuvo que correr para alcanzarla.

—Este trato es para tontos —le dijo en voz baja cuando salían de las ruinas.

—Ya lo sé —respondió Phalue—, pero no tengo ninguna opción mejor.

—En fin —dijo Ranami una vez que hubieron avanzado un poco por el camino —, la emperatriz quiere hacernos una visita. Y Gio amenaza con un golpe de Estado.

—¡Bienvenida al matrimonio con una gobernadora! —dijo Phalue—. ¡Ahora entiendo que quisieras evitarlo!

Ranami la tomó del brazo y la acercó a sí. Había vuelto a llover con intensidad, aunque estaban resguardadas en el espacio que formaban las capuchas de ambas.

—¿Qué haces?

—Esto —contestó Ranami.

Se acercó a Phalue y la besó en los labios. Fue un beso suave al principio, después más urgente, acompañado de las manos, que se introdujeron por debajo de la capa de Phalue y se cerraron sobre sus senos. O por lo menos sobre la coraza de cuero que protegía sus senos. ¿Por qué se había puesto la coraza? En aquel momento parecía una decisión absurda.

—No me arrepiento —dijo muy cerca de sus labios cuando interrumpieron el beso—, ni por un momento.

—¿De qué? —Phalue había perdido el hilo de la conversación, y le costó un pequeño esfuerzo recuperarlo—. Ah. Bueno, yo tampoco. De entrada, ni siquiera pensé que me arrepentiría. Por eso te lo pedí tantas veces.

Ranami rio y le plantó un beso en la punta de la nariz, que estaba helada.

—Gracias. —A continuación se puso seria—. Dime, ¿deberíamos aceptar la solicitud de la emperatriz? ¿Quieres hacerlo?

Phalue le tomó la mano, maravillada de cómo se entrelazaban los dedos de una y de otra, lo bien que encajaban unos con otros.

—No soy hija de mi padre —dijo—. ¿Y si Lin Sukai tampoco es hija de su padre? Opino que por lo menos deberíamos ver qué quiere decirnos.

Mientras andaban, el verdor del bosque fue disminuyendo gradualmente para dar paso a las calles y los tejados.

—¿Y el cargamento de anacardos? —preguntó Ranami cuando penetraron en la sombra de una calle cubierta. En un puesto cercano chisporroteó el aceite cuando la vendedora echó en la sartén un pescado entero adobado con hierbas aromáticas.

—Lo suspenderemos, tal como hemos acordado. No sabemos cómo será esta nueva emperatriz, y puede que, en efecto, necesitemos hacerla abdicar lo antes posible. Todavía no sé muy bien qué es lo acertado, y…

De repente una forma colisionó con Phalue: una niña morena, inquieta y cubierta de suciedad. Phalue alcanzó a ver unos ojos grandes y negros antes de que la pequeña tropezara y después saliera huyendo. De manera instintiva, miró para

intentar averiguar de qué huía, pero solo vio el tránsito tranquilo y pausado de una calle cualquiera. Nadie levantó siquiera la vista.

—Se ha llevado tu bolsa —dijo Ranami. Phalue se tocó el cinturón y descubrió el lugar vacío donde antes estaba su bolsa.

Con la misiva de la emperatriz.

Capítulo 10

Lin

Isla Imperial

La lluvia caía con fuerza sobre la cubierta superior. Yo contemplaba a los sirvientes y a los guardias, que bajaban las escaleras chorreando agua de sus capas, pestañas y barbas. No hacía precisamente buen tiempo para nuestra partida. En la estación de lluvias las serpientes marinas se volvían más audaces, aunque hacía años que no había avistamientos bien fundamentados de ejemplares de gran tamaño. La mayoría de ellas eran del tamaño de un tiburón, importunaban a los pequeños barcos de pesca, les robaban la captura y dejaban a los marineros conmocionados y heridos con alguna mordedura. Ningún mefisolu llegó a amenazar una ciudad, pero aun los más pequeños podían representar un fastidio para una nave como la nuestra.

Una parte de mí deseaba ir rápidamente hasta las islas del noreste, para plantarme entre el creciente ejército de constructos y mi pueblo. Pero yo era la única que poseía la magia de las esquirlas, y eran demasiados para que los combatiera yo sola. Mi padre tenía un ejército más bien magro, pues se apoyaba principalmente en los constructos de guerra. De todas formas, íbamos a tener que empezar a reclutar, pero el entrenamiento de un ejército llevaba tiempo. Cada gobernador contaba con guardias propios; si yo lograra persuadir a los más influyentes de que enviaran los suyos, otros seguirían su ejemplo y yo podría frenar a los constructos antes de que fueran demasiado lejos.

Ikanuy estaba sentada frente a mí en el comedor del barco, con un montón de papeles esparcidos frente a ella, un ábaco a su derecha y una taza humeante entre las manos. Había acudido al puerto a resolver unos cuantos asuntos de última hora antes de que yo zarpase.

—Vuestro padre era bastante prolífico —comentó mientras estudiaba los

números que acababa de terminar de calcular—. Si eliminamos los constructos que tenemos en el palacio, según las notas de Mauga, quedan aproximadamente ocho mil constructos de Guerra, tres mil constructos de Comercio y cinco mil constructos de Burocracia sin registrar y distribuidos por todo el Imperio. No consigo encontrar un recuento del número de constructos espías.

¿Y el de experimentos fallidos? ¿Y el de los cadáveres que mi padre diseccionó y reconstruyó en forma de constructos? Ikanuy no encontraría la respuesta en las notas de Mauga.

—Eso es más de lo que yo esperaba —respondí.

Removió más papeles.

—Sí, bueno, algunos los heredó de su padre, o de la madre de su padre. Antes de que murieran, hubo tiempo para que hicieran esa transición en las órdenes, una tarea que quedó a cargo sobre todo de los constructos de burocracia. Hasta hace poco, los constructos han estado sufriendo reparaciones constantemente. No todos los *creó* él.

Tomé un trozo de pescado de uno de los platos y se lo di a Thrana, que estaba sentada a mi lado, en el extremo de la mesa. Lo aceptó amablemente.

—Lo que quiero decir es que son demasiados, con independencia de cómo se hayan adquirido. Nuestro ejército tiene unos cuantos miles, como mucho. Necesitamos reclutar y entrenar soldados, y deprisa. Ya sé que quizá no todos los constructos se unan, pero hasta los de burocracia y de comercio pueden luchar.

Bebió un sorbo de té e hizo una mueca al volver a dejar la taza.

—No es tan grave como parece. Algunos constructos se han deteriorado tras la muerte de vuestro padre. Otros han muerto a manos de soldados y aldeanos. Y algunos se han matado entre sí. Pero de todos esos no tengo cifras concretas.

Pasaron unos guardias por nuestro lado llevando varios arcones muy ornamentados a la bodega. Esquirlas de hueso que yo tenía intención de devolver a las islas como gesto de buena fe. Tomé mi taza de té.

—Pero sí que es grave.

—Incluso si solo se organiza una fracción de los constructos restantes, pueden usurpar mucho más territorio y aterrorizar a vuestros ciudadanos.

Lancé un suspiro que hizo volar el vapor de mi taza de té en todas direcciones.

—Lo cual desestabiliza todavía más mi gobierno.

Había ascendido a Yeshan, una de las comandantes de mi ejército, a general, un puesto anteriormente desempeñado por Tirang, el constructo de Guerra. Yeshan había asistido a la Academia de Eruditos de Hualin Or antes de incorporarse al ejército y era famosa por poseer una mente estratégica, aunque últimamente no había podido emplear dichas capacidades.

—Le he pedido a Yeshan que envíe una cuarta parte de nuestros efectivos a la frontera noreste del Imperio. Unos cuantos serán llamados de nuevo a Imperial para entrenar a las nuevas tropas, los demás formarán parte de patrullas que irán rotando por el resto del Imperio para reclutar y prestar asistencia allí donde se necesite. Los constructos que están juntándose en el noreste representan un problema, pero aún no sabemos si se organizarán en algún otro sitio ni dónde podrían atacar. Es necesario que nos mantengamos vigilantes.

—Una cuarta parte —repitió Ikanuy. Me miró por encima del borde de su taza

mientras bebía.

Yo mantuve una expresión neutra. Ya había tenido aquella conversación con Yeshan. Los informes que llegaban del noreste eran, como mínimo, poco fiables, pues variaban como las anécdotas de los pescadores viejos. En algunos, los constructos parecían ser unos pocos cientos de individuos descontentos; en otros, aparecían pintados como una horda cada vez más invasiva. Y las islas de aquella zona eran más pequeñas, menos pobladas, menos influyentes. Los constructos de mi padre se hallaban desperdigados por todo el Imperio. Si volcara la mayor parte de nuestro ejército en sofocar la amenaza del noreste y dejara vulnerable al resto del Imperio, tan solo se necesitaría un único ataque a una isla como Riya para que los gobernadores exigieran mi dimisión.

Una voz habló detrás de mí:

—Así que las islas del noreste representan un sacrificio aceptable, llegado el caso.

En mi visión periférica apareció Mefi corriendo por delante de su amo y olfateando el aire. Fue directo a la cocina. Jovis, con sus rizos empapados por la lluvia, tenía la mano cerrada en torno a su bastón de acero. Se sacudió el agua de los hombros, y unas gotitas cayeron sobre los papeles de la mesa antes de que Ikanuy pudiera apartarlos.

—Yo no he dicho tal cosa —repliqué con frialdad.

—Pero sí de manera implícita. Pase lo que pase, hasta ahora los constructos solo se han organizado en el noreste. De momento, el ejército es bastante pequeño. Si enviáis solo una cuarta parte de vuestros efectivos, posiblemente lo arrasaréis.

—¿Eres el capitán de mi Guardia Imperial o mi general? —pregunté.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—A veces, solo soy un ciudadano preocupado.

—Que no entiende que yo necesito tomar en cuenta todas las implicaciones de mis decisiones y la mejor manera de mantener unido este Imperio. —Sentí un calor en las mejillas, y no pensé que se debiera al vapor del té.

—Me dijisteis que fuese sincero con vos.

No me gustó nada que yo estuviera sentada y él de pie, y que yo tuviera que girar el cuello hacia atrás para mirarlo a los ojos. Tenía gotas de agua en los pómulos, en la nariz, en el borde del labio. Bajo mi mirada de furia cambió el peso de un pie al otro, y eso me produjo cierta satisfacción, aunque no apartó la vista. Bayan siempre tenía la actitud de un animal herido, preparado para atacar cuando se veía amenazado. Jovis no era igual; más bien se sentía lleno de cicatrices, de heridas que ya se habían curado, pero que aún eran evidentes en su comportamiento. Era cierto que yo le *había* pedido que fuera sincero, pero el hecho de que me lo arrojase a la cara delante de mi administradora me ponía furiosa.

Noté una vibración que me nacía en los huesos. Tuve que apretar los dientes para que no me temblara la pierna, para no dejar escapar un poco de aquella energía. Allí había demasiada gente.

—¿De modo que esta decisión la consideras poco acertada?

Jovis frunció el ceño y de pronto pareció acordarse de con quién estaba hablando. Inclinó la cabeza y apartó la vista a modo de retirada, y yo deseé haberle hablado con menos dureza. Sus largas pestañas negras aletearon contra sus

mejillas.

—Simplemente pienso que los habitantes de los confines del noreste se merecen algo más. —Una frase cortante, dicha con esa intención. Así que no era una retirada, en absoluto.

Ikanuy estaba moviendo cuentas de cristal en el ábaco, evitaba deliberadamente mirarnos a ambos.

—¿Se merecen más de mí como emperatriz?

Jovis abrió la boca para responder.

Y en ese momento apareció Mefi regresando de la cocina con algo metálico atrapado entre los dientes. Jovis se volvió hacia su compañero.

—Eh, ¿no habíamos hablado ya de esto? —Rodeó la mesa y se arrodilló al lado de Mefi para quitarle la sartén que llevaba en la boca—. No puedes tomar cosas que no son tuyas.

—Nadie ha dicho que esto sea de ellos.

—Tampoco ha dicho nadie que sea tuyo.

Thrana se lamió una pata y se la pasó por encima de las orejas como diciéndome: "¿No te alegras de que yo sea diferente?". Yo la rasqué detrás de los cuernos y, a modo de agradecimiento, le di la mitad de una tortita de cebolletas. Quizá fuera más tímida que Mefi, pero eso no siempre era malo.

Jovis devolvió la sartén a la cocina, pero en vez de quedarse en el camarote o de ir a ver qué hacían los guardias que nos acompañarían en la travesía, regresó a nuestra mesa y se situó justo detrás de mi hombro derecho. ¿Esperaba que apareciera otro asesino? ¿Aquí? Lo miré con gesto de enfado, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Entonces, ¿empezamos por Riya? —me preguntó.

Ikanuy dejó de mover cuentas en el ábaco y me miró a mí. Aún no le había explicado a ninguno de los dos cuál era mi razonamiento para visitar aquellas cuatro islas. Había estado demasiado enfrascada en hacer el equipaje, leer, intentar averiguar qué era aquella espada y qué hacía. Les debía una explicación, no debía guardármelo todo para mí.

—Sí. Es una de las islas más grandes del Imperio, y, ahora que hemos perdido Cabeza de Ciervo, es la que cuenta con la mina más grande de rocasabia. Si consigo su apoyo, el Imperio estará abastecido de rocasabia durante varios años y el comercio prosperará. Después iremos a Nephilanu.

Jovis hizo una mueca.

—Esa es una isla pequeña.

No sabía muy bien por qué a Jovis le desagradaba tanto Nephilanu, dado que él mismo provenía de una isla pequeña.

—Sí, y de poca importancia durante la estación seca. Pero es la que arroja la mayor producción de anacardos, y los necesitamos para sobrevivir a los brotes de tos de los pantanos. Acabamos de entrar en la estación de lluvias. Me han llegado informes de que ya han comenzado a darse casos de tos de los pantanos. Si mantenemos el suministro de anacardos, podremos reducir al mínimo la propagación de esa enfermedad.

—Y a continuación iremos a Hualin Or.

Se me encogió el estómago al pensar en ello. Era la isla originaria de Nisong, la

mujer que yo había pensado que era mi madre. Pero mi padre me había fabricado con piezas que había ido tomando de sus ciudadanos buscando una persona que tuviera una nariz o una barbilla como la de ella, y el resto de mí lo cultivó en el estanque de aquella cueva.

—Hualin Or posee una historia legendaria, o casi tan larga como la de Imperial, y es un centro de crecimiento cultural y artístico. El hecho de obtener su apoyo contribuiría mucho a legitimarnos a los ojos de los ciudadanos del Imperio.

—Y después, Gaelung —dijo Jovis. Tamborileó con los dedos en su bastón y olfateó el aire, como si pudiera oler la presencia de los constructos en el viento—. Noreste.

—Sí. Gaelung. Es un paraíso para la agricultura, y sus tierras son lo bastante grandes y variadas como para producir una gran parte de las cosechas del Imperio. Podemos perder Gaelung, pero entonces perderemos una parte de los alimentos que tanto nos gustan. ¿Las especias necesarias para la sopa de pescado que los que visitaban Cabeza de Ciervo tenían en tan alta estima? Todas se cultivan en Gaelung. Podemos vivir a base de arroz, cerdo y repollo, pero todos los habitantes del Imperio llevarían una vida más triste. Necesitamos a Gaelung. Entretanto, Yeshan reclutará soldados y los entrenará. Para cuando hayan concluido mis visitas, ya tendremos una idea mejor de dónde necesitamos ubicar nuestras tropas y cómo de grande es la amenaza.

Ikanuy hizo unas cuantas sumas más.

—Sospecho que, para cuando hayan concluido vuestras visitas, necesitaréis algo más que las pocas falanges que hayamos podido entrenar.

—Ya he mandado cartas a los gobernadores para recabar su ayuda. Si me envían una parte de sus efectivos, podremos incrementar rápidamente el número de los nuestros.

—¿Y ha respondido alguno? —quiso saber Ikanuy.

—Aún no —respondí. Ellos también iban a esperar a ver qué hacían las islas más influyentes—. Pero es lo mejor que podemos hacer por el momento.

Mi mirada se desvió hacia la puerta de la cubierta, por donde el aguacero no dejaba ver el sol. No había conseguido encontrar al constructo espía que se nos escapó a Jovis y a mí. No debería haber contado con encontrarlo. Aun así, había enviado a varios sirvientes en su busca.

Si tuviera conmigo a Hao, o a algún otro constructo espía…

Pero había prometido dejar todo aquello atrás. No iba a haber pequeños espías fuera de los muros del palacio que llevaran informes a un monstruo que habitaba en el subsuelo. Ningún otro emperador había gobernado sin magia. Y yo ya estaba partiendo de una posición de debilidad. ¿Y si mi padre ya hubiera completado una copia de sí mismo, la hubiera llenado de recuerdos suyos y la hubiera escondido en alguna parte por si se producía un desastre? Procuré no imaginar dónde podía conducir algo así. Dos facciones enfrentadas. Un Imperio dividido. Y siempre sufrirían las personas como Numeen y su familia.

Tenía que ocuparme de lo que tenía delante, y no de las infinitas posibilidades que abrían los experimentos de mi padre.

Ikanuy recogió todos los papeles y seguidamente sacó un fajo de mensajes doblados.

—Tengo informes que me han llegado de los emisarios que enviasteis al principio de vuestro reinado. —Miró un momento a Jovis—. ¿Continúo?

Le indiqué con un ademán que podía continuar. No iba a haber secretos, nada que no se pudiera descubrir a partir de conversaciones y rumores.

Los mensajes informaban sobre todo de sucesos locales, algunos de los cuales eran preocupantes, pero no alarmantes. Agresiones de constructos a ciudadanos. Ciudadanos que daban caza a constructos. Temblores en unas cuantas islas, aunque ninguno tan grande ni tan continuado como el de Cabeza de Ciervo. Ikanuy iba pasándome cada informe después de resumírmelo. Hasta que llegó a los dos últimos.

—El envío de anacardos de Nephilanu se está retrasando. Nuestro emisario no sabe con seguridad el motivo ni qué es lo que está ocurriendo exactamente. Sí que han sufrido hace poco un levantamiento.

Rebusqué en mi memoria. Cuando tuvo lugar el cambio de gobernadores, recibí una carta.

—Sí. El padre abdicó y la hija heredó.

Ikanuy me miró con expresión divertida.

—Esa es la versión oficial. La no oficial es que ha habido una revuelta. El antiguo gobernador esquilmaba al pueblo mientras él llevaba una vida de despilfarro. Tuvo una hija con una mujer plebeya, y parece ser que el pueblo ha depositado en ella todas sus esperanzas. Fue obligado a dimitir.

Sentí deseos de preguntar si había muerto, pero, si lo hubiera matado la hija, Ikanuy me lo habría dicho. A lo mejor lo habían desterrado, o simplemente lo habían relegado a unas habitaciones más pequeñas dentro del palacio. Me sacudí la incómoda idea de lo mucho que se parecía aquello a mi propia situación.

—En ese caso, tiene todavía más lógica que les hagamos una visita. Mientras estemos allí, podemos analizar la situación y asegurar que el cargamento de anacardos termine llegando a Imperial. ¿Cuál es el último mensaje?

Ikanuy desdobló la carta.

—Un emisario de la Red de Hirona. Ha visitado varias islas de allí y ha observado una pauta preocupante. —De nuevo desvió la mirada brevemente hacia Jovis antes de proseguir.

—¿Más agresiones de constructos?

—No. —Me entregó la carta—. Artefactos que hay en las islas. Artefactos de los alanga. Están despertándose.

Capítulo 11

Ranami

Isla de Nephilanu

Debería haberse dado cuenta de que la niña le estaba robando algo. Ella había llevado la vida de un huérfano de la calle, y uno nunca se chocaba con alguien por accidente. Pero, por lo visto, la vida en un palacio la había vuelto lenta de reflejos.

Phalue echó a correr detrás de la pequeña.

Ranami reaccionó de manera instintiva y se refugió en un callejón. Conocía aquellas calles tan bien como conocía todas las callosidades de las manos de Phalue. Los puestos de los vendedores las ralentizarían, pero justo por detrás de aquel edificio, doblando en la calle principal, había una ruta despejada. Bajó corriendo un tramo de escalones derruidos, se agachó para salvar un saliente demasiado bajo y levantó el pestillo de una verja para abrirla lo justo y pasar.

Alguien le gritó desde una ventana, porque se suponía que no podía entrar allí, pero no hizo caso. Para cuando intentaran enfrentarse a ella, ya se habría marchado. Sus pies estuvieron a punto de perder agarre al doblar la esquina, pues la calle estaba resbaladiza a causa de la lluvia. Se agarró a la pared y se ayudó del canalón para impulsarse hacia delante.

La calle se abría allá al frente, y al salir se topó de bruces con la niña huérfana. Esta frenó de golpe y miró rápidamente a un lado y al otro buscando una salida. Ranami aguardó con las rodillas flexionadas y los pies ligeros.

No tenía por qué haberse tomado tantas molestias. Detrás de la pequeña apareció de pronto Phalue, que había sido más rápida de lo que sugería su ancha constitución, y la agarró por los hombros.

Fue como contemplar a un pez que se da cuenta de que ha sido capturado. La niña agitaba los brazos y se movía adelante y atrás en el afán de soltarse. Pero la tenaza de Phalue era imposible de vencer, sus manos eran como garras. Unos

cuantos curiosos miraron en su dirección, pero rápidamente volvieron a sus quehaceres.

—Ahora quiero que me la devuelvas —dijo Phalue con la mano extendida para recuperar su bolsa.

La niña dio unos cuantos tirones más y finalmente se quedó quieta y jadeando. Phalue la instó haciendo un gesto con los dedos y ella sacó la bolsa. Pero, antes de que pudiera dejarla en la mano de Phalue, se desplomó.

Ranami corrió a ayudar, se arrodilló y recogió la bolsa del suelo.

—Me parece que se ha desmayado —dijo Phalue sosteniendo a la niña por las axilas.

Por un momento, Ranami creyó que la pequeña podría estar fingiendo para poder escapar, pero al examinarla más de cerca descubrió que Phalue estaba en lo cierto. La niña era menuda y estaba sucia, y llevaba el pelo enredado y descuidado, pero era algo mayor de lo que aparentaba en un principio. Por debajo de sus harapos era una criatura delgada y huesuda, se le notaban las costillas más allá de las clavículas. El brazo izquierdo le terminaba en la muñeca, le faltaba la mano.

—Debía de andar buscando dinero —dijo Ranami. Phalue guardaba el dinero en la misma bolsa que la misiva.

—Ha sido una tonta —respondió Phalue—. Yo siempre les doy dinero. Podría haber esperado.

—Quizá no era suficiente. Además, es pequeña. Los niños algo más grandes a menudo les roban a los pequeños. No tienen una vida fácil.

Phalue se echó a la pequeña sobre el hombro.

—¿Qué estás haciendo?

—No pienso dejarla aquí. Tranquila, no vamos a adoptarla, pero tiene mal aspecto y no me parece bien dejarla tirada en el suelo. Tú querías ayudar a los huérfanos de la calle. Pues podemos empezar con esta.

No era eso lo que Ranami había querido decir en realidad, pero tuvo la impresión de que Phalue ya lo sabía. Y no podía llevarle la contraria a su lógica. Ella tampoco quería dejar en la calle a una niña huérfana desmayada. Se había desmayado delante de ellas, y en ese momento ambas eran un poco responsables de su seguridad. Resultaba curioso ver cómo funcionaba la cosa.

Aun así, no pudo evitar el hormigueo de incomodidad que la invadió cuando emprendieron el regreso. ¿La niña buscaba solo dinero, o estaba enterada de la existencia de la misiva? Parecía una coincidencia, pero al mismo tiempo, Ranami se acordó de las cosas que hacía ella para llevarse algo a la boca cuando vivía en las calles. No habría traicionado a Halong, que era lo más parecido a una familia que tenía, porque la mayoría de los huérfanos de la calle aún tenían un cierto código moral, pero los que poseían más que ella siempre eran presas legítimas. Hasta que dejó de sentirse tan desesperada no se expandió su capacidad de confiar.

—No había mucho dinero en esa bolsa —comentó Ranami—. Ya debió de notar lo poco que pesaba cuando la tomó. ¿Por qué no tirarla sin más cuando apareciste tú?

El empedrado dio paso al barro, y ante ellas apareció el camino ascendente en zigzag. Por el suelo corría el agua formando riachuelos en el lodo.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Phalue.

Ranami expresó su inquietud en voz alta:

—¿Es posible que alguien haya enviado a esta niña a quitarnos la misiva?

Phalue encogió sus anchos hombros.

—Eso está un poco traído de los pelos.

—La gente habrá visto al emisario de la emperatriz yendo de camino al palacio. Que no hayamos visto más constructos espías no quiere decir que no haya espías de otro tipo. Estamos llevando a la niña al palacio. El desmayo podría ser una treta.

La expresión con que la miró Phalue fue mitad exasperación y mitad incredulidad.

—Esa es una treta complicada. Se ve a las claras que esta niña está medio muerta de hambre.

—Todos los huérfanos de la calle están medio muertos de hambre.

—Sí, y la explicación más probable es que esta niña tenía hambre, ha visto una oportunidad de hacerse con dinero para comprarse algo de comer y la ha aprovechado. No esperaba que nosotras la persiguiéramos con tanto ahínco. Y cuando yo la he agarrado ha forcejeado bastante. Con lo pequeña que es, eso ha debido de dejarla sin fuerzas. No me extraña que se haya desmayado.

Comenzaron a subir por el camino, Ranami sujetándose las faldas del vestido y la capa para salvar de un salto los ríos que había formado la lluvia. Sintió envidia de las largas piernas que poseía Phalue.

Cuando doblaron un recodo, Phalue se aclaró la voz:

—Ranami, cuando terminemos adoptando a un huérfano, ¿seguirás sintiendo esto mismo? Al fin y al cabo, el niño que adoptemos tendrá acceso al palacio.

¿Seguiría sintiendo aquello mismo? Cuando pensaba en adoptar a huérfanos de la calle, tan solo se acordaba del hambre que había pasado ella cuando era una huérfana, de lo cansada que estaba, de la necesidad que tenía de encontrar un sitio seco en el que dormir y una palabra amable. No se había esforzado mucho en imaginarse las cosas desde el otro lado: desempeñando ella el papel de benefactora y teniendo en su hogar a un niño al que no conocía bien. Un hogar que era un palacio, abarrotado de secretos y objetos valiosos.

—Es complicado —respondió.

—Confiaste en los agricultores de anacardos cuando robamos aquella caja para ellos.

—Sí, pero… —¿Cómo podía explicárselo?—. Halong confiaba en los agricultores y yo confiaba en Halong, de modo que para mí eso ya era mucho. Además, para ser sincera conmigo misma, estaba intentando demostrarte algo a ti. Estaba furiosa.

Phalue reflexionó sobre aquel asunto moviendo la mandíbula como si estuviera masticando las palabras.

—¿Quieres adoptar para ayudar a los huérfanos y no porque desees ampliar nuestra familia?

Esa pregunta golpeó a Ranami con la fuerza de una tempestad, a duras penas logró mantenerse en pie. Clavó las botas en el lodo. ¿Era cierto eso? Ella siempre había dado por supuesto que si lo suyo con Phalue funcionaba, con el tiempo adoptarían. Era razonable, sobre todo siendo Phalue la gobernadora, porque

necesitaría tener un heredero. Entonces intentó reflexionar sobre todo lo que significaba eso. Implicaría acoger a una criatura que no conociera, vivir con ella, enseñarle… amarla. ¿Sería capaz de hacerlo? Ella había nacido de una madre; debió de tener un padre, pero tan solo conservaba un vago recuerdo de la mujer que la había traído al mundo. La mayoría de sus recuerdos eran las calles, los demás huérfanos, el arañar y el robar, el hambre. A Halong lo llamó hermano, pero se conocieron cuando ambos eran adolescentes.

Phalue había hecho un alto en el camino y se había vuelto para mirarla.

—No estoy segura de saber lo que es una familia —admitió. Le costó trabajo oír su propia voz por encima del repiqueteo de la lluvia—. ¿Y tú?

Phalue retrocedió dos pasos para volver con ella.

—Mi padre ha sido un padre decente, y me ha querido a su manera. Mi madre también. Pero yo quiero algo mejor para un niño que sea nuestro. Y si mi padre ha podido ser un padre decente, tú puedes ser una madre mucho mejor. Tienes algunas aristas, no lo voy a negar, pero por debajo de eso posees el corazón más fuerte y más compasivo que he conocido jamás. Cualquier niño sería muy afortunado si recibiera una fracción del amor que yo sé que eres capaz de dar. Lo descubriremos las dos juntas.

Era una bondad que Ranami no estaba muy segura de merecer.

—¿Cómo te las arreglas para decir exactamente lo que hace que me sienta mejor?

Phalue sonrió y a continuación se volvió y siguió subiendo por el camino.

—Ya he pasado suficientes años diciendo lo que no debía. Tengo mucho que compensar.

Cuando Phalue se volvió, la niña miró fijamente a Ranami con unos ojos negros tan grandes que casi le ocupaban toda la cara. ¿Cuándo se había despertado? ¿Hasta dónde había oído? Ah, ya estaba haciéndolo otra vez.

—Ya está despierta —informó.

Phalue miró el bulto que llevaba al hombro.

—¿La niña? —Ranami afirmó con la cabeza—. ¿Puedes andar?

—Sí —respondió una vocecilla.

Phalue depositó a la huérfana de pie en el suelo. La pequeña se tambaleó un momento, aunque, más que por inestabilidad, dio la impresión de que fue porque estaba decidiendo si huir o no. Tanto Phalue como Ranami le cerraban el paso, y cuando finalmente plantó los pies en el suelo con firmeza quedó claro que había decidido no salir corriendo. El lodo le cubría los zapatos, pero Ranami estaba segura de haberle visto los dedos de los pies asomando de ellos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Phalue.

—¿Vas a cortarme la otra mano? —dijo la niña.

—¿Qué? —respondió Phalue desconcertada.

—La mano. ¿Me la vas a cortar? —Lo dijo despacio y elevando la voz, como si no estuviera segura de que Phalue la hubiese oído la primera vez.

—No —dijo Ranami—. ¿Por qué íbamos a hacer algo así? —Pero le pareció saberlo.

—Esta la he perdido por intentar robar —respondió la pequeña levantando el brazo izquierdo.

En un instante, Phalue llevó una mano a la espada y cuadró los hombros.

—¿Quién te ha hecho eso? Dime el nombre. ¿Ha sido por orden de mi padre?

La pequeña se encogió al sentir la cólera de Phalue, pues no sabía si iba dirigida contra ella.

—No ha ocurrido aquí —dijo—. Ha sido en otra isla. Se… Se hundió.

Cabeza de Ciervo. ¿La niña había llegado desde tan lejos? Ranami se preguntó si habría tenido padres que la quisieran o algún otro huérfano de la calle que fuera amigo suyo. Todos ellos desaparecieron en un momento, tragados por el mar. Todavía le costaba trabajo creer que hubiera desaparecido una isla entera. Y nadie conocía todavía el motivo exacto.

—Bueno, pero ahora ya ha pasado todo —dijo la pequeña agitando el brazo—. El que me ha hecho esto ha muerto, si es eso lo que te preocupa. O por lo menos creo que ha muerto. A lo mejor.

—¿Cómo te llamas? —interrumpió Ranami. Si permitía que prosiguiese aquella tortuosa conversación, no lo sabrían nunca.

—Ayesh —contestó la pequeña.

—No vamos a cortarte la otra mano —le dijo Ranami—. Aquí no hacemos esas cosas.

Ayesh miró detrás de ella.

—¿Vais a llevarme ahí? ¿Al palacio?

—Sí, ahí es donde vivimos —respondió Phalue.

La niña tenía el pelo pegado a la frente a causa de la lluvia. Se lo retiró de los ojos y las miró a ambas con gesto suspicaz.

—¿Para castigarme?

Ranami sabía bien lo que era ser así de suspicaz, y si aquella niña provenía de Cabeza de Ciervo, quizá no supiese quién era Phalue ni cómo era físicamente. Suspiró.

—No. Yo también he sido una huérfana de la calle. Sé lo que es eso. Aquí en Nephilanu ayudamos a las personas, no les cortamos la mano. ¿Por qué has robado la bolsa?

Ayesh miró alternativamente a la una y a la otra.

—Porque tenía hambre.

Entraron en acción los antiguos instintos. La pequeña estaba ocultando algo. Sí, tenía hambre, pero había otros motivos.

Phalue no poseía dichos instintos.

—Venga, al menos vamos a meter algo de comida caliente en ese estómago tuyo. —La niña dio dos pasos, pero las rodillas le flaquearon de nuevo. Phalue la atrapó antes de que se cayera y se la echó otra vez sobre el hombro—. Tranquila.

—Tengo que regresar a… —Ayesh dejó la frase sin terminar, porque volvió a desmayarse.

Ranami se levantó otra vez el borde del vestido y de la capa para salvar un charco y ponerse al lado de Phalue.

—¿Qué es exactamente lo que pensamos hacer con esta niña? Ha dicho que quiere regresar.

—Le daremos de comer y la bañaremos. Si nuestra intención es ayudar a los huérfanos, tal vez debiéramos comenzar preguntándoles qué necesitan. Es preciso

que repare el daño que han causado mi padre y las personas como él.

Debería haber comprendido que, una vez que orientase a Phalue hacia ese objetivo, ella se lo tomaría muy a pecho, como hacía con todo.

—Amor —le dijo con delicadeza—, jamás podrás reparar todo el daño.

—Pues por lo menos debo intentarlo.

No era solo el daño causado. Ranami había visto la expresión de Phalue cuando subió del sótano en el que estaba encerrado su padre. Aún se sentía obligada a ayudarlo, aún sentía esa lealtad hacia la familia. Y a lo mejor llevaba razón: su padre no había sido tan malo. Amaba a su hija. Pero el amor no siempre hacía que una persona fuera buena.

Al frente se erguían los muros del palacio. Uno de los guardias saludó con la mano desde la puerta. Ranami devolvió el saludo y luego se inclinó hacia su mujer:

—Y aunque pudieras reparar todo el daño, no por ello tienes que liberar a tu padre.

—¿Y qué me dices del perdón? —replicó Phalue—. ¿Qué me dices de pasar página?

—Tú no puedes enmendar lo que ha hecho tu padre, eso solo puede hacerlo él. Y en estos momentos, las gentes de Nephilanu necesitan justicia. Necesitan sentirse a salvo.

—Nadie puede sentirse a salvo después de lo de Cabeza de Ciervo —dijo Phalue en tono siniestro. Pasaron bajo la sombra del arco—. Pobre niña. Ya es bastante malo no tener ni padres ni familiares. Perder el sitio que considerabas tu hogar es otra manera de quedarse huérfano.

Ayesh se removió un poco.

—No fue Cabeza de Ciervo —dijo con voz débil—. No soy de allí. He llegado aquí esta mañana, dentro de un barco. No estaban muy contentos. Me arrojaron por la borda. Tuve que nadar.

A Ranami se le quedó la boca seca. ¿Aquella mañana? No le extrañó que la pequeña no supiera quién era Phalue.

—¿Provienes de otra isla? Pero estabas en Cabeza de Ciervo cuando se hundió.

—No. —Ayesh hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y mirar a Ranami a los ojos—. Soy de Unta.

—Unta no se ha hundido, ha sido Cabeza de Ciervo —insistió Phalue, pero sin mucha seguridad en la voz.

—Hubo un terremoto. Y después, otro. Y luego otro más que no terminaba nunca.

La vocecilla de Ayesh era débil pero clara. Los soldados de las murallas podrían haberla oído. Pero Ranami descubrió que no podía moverse, que no podía echar a correr hacia alguna estancia privada, porque estaba paralizada por el miedo.

—Unta ha desaparecido.

Capítulo 12

Jovis

Isla Imperial

Quemé la carta de los pocos sin esquirlas en cuanto terminé de leerla. Dejar que alguien la encontrase era la mejor manera de conseguir que me cortaran la cabeza. Ya me imaginaba lo que diría mi madre: "¡Has sido un descuidado al dejar cosas así por ahí! ¡Te *mereces* que te cortasen la cabeza!".

Me esforcé por ver algo en la oscuridad de la bodega del barco, pues la pequeña vela que llevaba en la mano tan solo alumbraba lo que tenía justo delante. No me atrevía a bajar allí con una lámpara balanceándose en mi mano. Bajo mis pies la cubierta no dejaba de moverse, aunque mantuve los pies firmes. El mar Infinito rara vez estaba en calma en la estación de lluvias. En la cubierta estaban quemando rocasabia para que las velas se mantuvieran hinchadas y orientadas en el rumbo correcto, y tanto Mefi como Thrana se habían refugiado abajo, donde no pudieran olerla. La rocasabia quemada los enfermaba.

Me sentí mal por ellos, porque era evidente que disfrutaban mucho corriendo de la proa a la popa y saltando hacia las olas, pero Lin lo había dejado bien claro: aquella travesía debía hacerse en el menor tiempo posible. Yo quise discutir la orden, porque cuanto más tiempo pasaba con Mefi más me desagradaba la rocasabia, pero ya había provocado demasiadas discusiones con la emperatriz.

Me imaginé otra vez a mi madre mirándome con un gesto reprobatorio, preguntándose si yo buscaba que me ejecutasen o es que simplemente era tonto.

Últimamente, me identificaba cada vez más con esa segunda opción.

Si la emperatriz era el mortero, los pocos sin esquirlas eran el mazo, y yo era el pobre grano que estaba siendo machacado entre uno y otro. Una espada de hoja blanca que está en posesión de la emperatriz, me habían escrito. Róbala. Sí, era una tarea bastante sencilla para un héroe del pueblo sobre el que se habían

compuesto canciones. Tal vez hubiera sobrevivido al envenenamiento de aquella asesina, pero sabía que seguía siendo mortal. Tal vez mis heridas se curasen, tal vez mi sangre pudiera purificarse sola, pero dudé que mi cabeza pudiera coserse de nuevo a mi cuello si llegaran a atraparme. Y no era algo que estuviera deseando averiguar.

Recorrí con la vista las cajas llenas de libros viejos, los cuatro arcones repletos de esquirlas, los diferentes embalajes de víveres y de otras cosas diversas. Cuando estaba en la caverna que había debajo del palacio, atrapado con el monstruo, me pareció ver una espada colgada en la pared. Podía estar equivocado, al fin y al cabo, en aquel momento tenía otras cosas de las que preocuparme. Pero mientras miraba cómo los sirvientes transportaban toda la carga a la bodega del barco, me fijé en que llevaban otro arcón al camarote de Lin. Un arcón que yo había visto en las cuevas ocultas bajo el palacio. Si Lin había traído aquello consigo, a lo mejor había sumado la espada.

No pude evitar acordarme de la obra de teatro *El resurgir del fénix*, en la que se afirmaba que una espada mágica había ayudado a derrotar a los alanga. Cuando yo era pequeño, las compañías teatrales tan solo pasaron una vez por Anau, pero me quedó grabado en la memoria el concepto de que existía un arma mágica. Recordé que también dejó impresionado a mi hermano Onyu, que, a sus siete años, empezó a ir por todas partes empuñando un palo de gran tamaño y afirmando que era la espada mágica. Mi padre le revolvió el cabello; mi madre frunció los labios y dijo que incluso los héroes que mataban alangas necesitaban fregar los platos.

Levanté la tapa de una caja que había cerca y pasé la mano por los lomos de los libros que contenía. Nada alarmante ni tampoco secreto: solo historia y leyendas antiguas, e incluso un ejemplar de *El resurgir del fénix*.

—¿Alguna vez te ocupas de tus propios asuntos?

Me giré de golpe y vi a Lin allí de pie, vestida con ropa de viaje y con la lámpara cerrada. Abrió la lámpara y el brillo de la luz me hizo parpadear y dibujó su rostro en sombras amenazantes. ¿Cómo podía resultar tan intimidatoria una mujer tan menuda?

—Seguro que no forma parte de tus obligaciones andar fisgoneando en la bodega del barco. ¿O lo haces también para protegerme a mí? No veo que aquí haya constructos monstruosos.

Oí unas pisadas arriba, en la cubierta, y se me formó una capa de sudor en la parte baja de la espalda. Tenía que decir algo rápidamente. Alcé las manos y esbocé una sonrisa llena de encanto.

—Me habéis atrapado, excelencia. Soy un espía, me han enviado para que informe acerca de vuestro interés por… —tomé *El resurgir del fénix* de la caja— obras de teatro muy antiguas. —Sopesé el libro—. ¿Hay alguna razón para que nadie haya actualizado esto? Parece un poco tonto decir que los alanga fueron derrotados con una espada. —Estaba acercándome demasiado a la verdad, pero a lo largo de mi vida había aprendido que lo absurdo podía ser una herramienta muy útil—. No podéis esperar que pase un día tras otro metido en mi camarote o haciendo guardia junto al vuestro. Y en cubierta a veces soy un estorbo. Se me ha ocurrido que podía buscar algo que leer.

Los hombros de Lin se relajaron y su expresión severa se ablandó. Lanzó un

suspiro como si yo fuera un niño desobediente que se hubiera empeñado en cuidar. Como reacción a eso, mi corazón se calmó y el sudor que me empapaba la espalda se secó.

—Podrías haber preguntado —me dijo.

Apagué la vela, porque la lámpara de ella ya proporcionaba suficiente luz.

—¿Molestar a la emperatriz para preguntarle si puede prestarme uno o dos libros? La bodega no está cerrada con llave, y las cajas tampoco. Si no quisierais que bajase aquí, sin duda habríais echado llave a las dos. ¿No es eso lo que hacen los emperadores? —A lo mejor estaba recalcando demasiado las similitudes que había entre ella y su padre. El miedo me había vuelto descuidado. Debería retractarme, suavizar mis palabras, pero es que no sabía muy bien qué decir.

Lin entrecerró los ojos y alargó una mano. Por un momento, pensé que iba a golpearme, pero sus dedos simplemente rozaron los míos al quitarme el libro de las manos. El estómago me dio un vuelco igual que una marsopa entre el oleaje. Había algo magnético en su presencia, incluso estando vestida con una túnica marrón y un pantalón y llevando el cabello recogido en un sencillo moño. Tragué saliva y tuve que hacer un esfuerzo para articular con una garganta que de repente estaba seca.

—¿O es que he cometido un grave error? —Tenía la sensación de estar cometiendo un error que nada tenía que ver con el libro ni con la bodega del barco.

Lin me sostuvo la mirada solo unos instantes y después desvió los ojos. ¿Era la lámpara, o me pareció que estaba ruborizada?

—Este libro no. He bajado aquí a por él. Elige otro, y vuelve a dejarlo en su sitio cuando termines.

Efectivamente, *había* sido injusto por mi parte fisgonear en todas las puertas que Lin tenía cerradas con llave. Había bajado a la bodega buscando una espada, había mentido acerca de mis intenciones y ella había reaccionado a todo aquello con severidad, sí, pero también con amabilidad. Confiaba plenamente en mí. O a mí se me daba muy bien mentir. O ambas cosas.

Rebusqué en la caja, extraje un libro sin mirar el título y me lo guardé en mi morral.

—Os lo agradezco, excelencia. Lo devolveré, os lo prometo.

Y seguidamente pasé por su lado dejándole el espacio más amplio que pude sin dar la sensación de querer evitarla. El aroma a jazmín de su cabello me siguió hasta la mitad de la bodega. La próxima vez debía poner a Mefi de vigilante. Necesitaba ser más cauteloso. Necesitaba… Necesitaba despejarme la cabeza.

Cuando salí de la bodega, el aire olía a agua de mar y a madera vieja; lo aspiré como si fuera la última bocanada que fuera a tomar antes de zambullirme. Sacudí los dedos. Cuando era más joven, hubo una época en la que no sabía lo que sentía. Pero ahora era mayor, y viudo, y ya llevaba bastante tiempo viviendo dentro de mi cuerpo para saberlo. Lin era… complicada. No era Emahla, ni siquiera se le parecía.

Al abrir la puerta de mi camarote, encontré a Mefi hecho un ovillo en mi cama, debajo de las mantas, con un libro entre las zarpas. Era el libro sobre los alanga que había encontrado yo en el escondrijo de los pocos sin esquirlas, hacía ya una

eternidad. Debería estar dentro de mi morral. Palpé mi morral de todas formas, aunque sabía que el libro no podía estar en dos sitios a la vez.

—¿Ese libro lo has tomado de mi morral?

Mefi pasó una página con la zarpa.

—No.

A preguntas tontas, respuestas tontas.

—Mefisolu —le dije en tono serio, y logré captar su atención—. No puedes ir por ahí tomando cosas solo porque te apetezca.

Muy bien dicho, viniendo de un contrabandista. De un espía. Incluso después del vínculo que se creó entre nosotros, yo pensaba que estaba asumiendo la tarea de cuidar de un animal. Un animal peculiar, que sabía hablar. Tenía la sensación de estar criando a un adolescente rebelde. Tener hijos propios siempre había sido una hipótesis lejana, un sueño romántico que nunca coincidía con los niños que conocía en la vida real: sucios, extraños y muy *ruidosos*.

Mefi salió de debajo de las mantas, se estiró y me dio un golpecito con la cabeza en la cadera.

—Estaba aburrido —me dijo.

Era la misma excusa que acababa de darle yo a Lin. ¿Era eso a lo que se refería mi madre cuando me maldijo con hijos que se comportarían igual que yo? Rasqué a Mefi en el tupido pelaje que tenía detrás de las orejas y me manché los dedos con el suave polvillo que lo cubría.

—Además, ¿para qué querías ese libro? No sabes leer.

Yo había empezado a enseñar a Mefi a leer, pero aquel libro estaba casi totalmente escrito en la lengua de los alanga, eso suponía yo.

Lo recogí de la cama, lo llevé hasta mi escritorio y volví a hojearlo. ¿Cuántas veces habría examinado ociosamente aquellas palabras intentando discernir un significado para el que carecía de contexto? Podría preguntar a Lin, ella poseía una biblioteca muy amplia, y a saber qué se había incluido en su educación.

No. Terrible idea. Ahora todos mis motivos resultaban sospechosos, incluso para mí mismo. Tal vez fuera el capitán de la Guardia Imperial, pero estábamos en el mar, donde había pocas amenazas; lo mejor era evitar a Lin hasta que se fuera pasando la incomodidad de aquel encuentro. Ya era bastante malo guardar un secreto. Ya era bastante malo que yo la hubiera convencido de que podía confiar en mí por el momento.

Mefi me puso una pata en la pierna para llamar mi atención.

—Es un diario. Escrito por alguien que se llamaba Dione.

El aire que contenían mis pulmones pareció congelarse.

—¿Qué?

—Entiendo algunas palabras —dijo Mefi.

—¿Cómo?

Me miró ladeando la cabeza.

—Las miro y les encuentro sentido.

Mi cerebro corría en círculos, igual que un perro que se persigue la cola. Necesitaba frenar un poco, tomarme unos instantes para ordenar mis pensamientos. Si Mefi era capaz de entender algo del idioma alanga, ello respaldaba aún más mi teoría de que Lin y yo éramos alanga. Si Mefi era capaz de

entender algo del idioma alanga, yo podría servirme de él para descifrar parte de aquel diario. El diario de Dione, el más importante de los alanga, el protagonista de tantas leyendas. Podría averiguar más cosas acerca de ellos y desgranar alguna verdad entre todas las ficciones que me había enseñado el Imperio cuando era pequeño.

Bajé el libro a mi regazo y tomé una hoja de papel en blanco. El barco se mecía mientras yo ponía al lado un tintero lleno.

—Dime qué palabras entiendes.

Fue una operación lenta. Yo había reconocido la palabra que significaba "alanga"; Mefi reconoció otras, aunque su interpretación de estas fue un tanto vaga. Hubo varias palabras que tuve que deducir por el contexto, las oraciones completas seguía sin comprenderlas.

Hice una pausa para pedirle a un sirviente que me bajara la cena a mi camarote, y que también trajera algo de comer para Mefi. Él devoró su cena con fruición y después observó mi trabajo.

—¿Qué es lo que dice? ¿Lo sabes ya?

Señalé una palabra.

—Aquí dice "alanga". Y también se nombra a los Sukai, hasta ahí sé. De manera que este libro habla del comienzo de dicha dinastía. Según lo que tú me has ido diciendo, esta palabra de aquí significa "matar" o "destruir". —Pasé unas cuantas páginas más—. Hombres, mujeres, niños. Cazar. Dormir. Todos.

Mefi bajó la cabeza como si esperase que se hundiera el techo.

—Sí. Una matanza. De todos.

—No puede ser que los alanga mataran a los Sukai. —Callé unos instantes.

Por supuesto. Aquello lo había escrito uno de los alanga, de modo que no se refería a eso, sino a la derrota de los alanga a manos de los Sukai. Hombres, mujeres y niños. No sabía por qué ni siquiera había tomado en cuenta el hecho de que los alanga tenían hijos. Pero era obvio que los tenían: aunque vivieran eternamente, de alguna parte tenían que haber venido. Durante mucho tiempo yo los había imaginado como seres sobrenaturales, una idea alimentada por las leyendas que los pintaban desatando la destrucción sobre los mortales, sin prestar atención a cuántos hubieran matado. Tenían familias.

—Los Sukai mataron a todos los alanga. Llevas razón. Una masacre.

Pasé el dedo por la página, arriba y abajo, pasé a la hoja siguiente intentando encontrar palabras que reconociera. Era la primera vez que pensaba en la derrota de los alanga como una masacre. Las obras de teatro y las canciones siempre la pintaban como una gloriosa victoria. Los plebeyos derrotaron a los alanga y se sintieron libres para vivir su vida sin temor a ser asesinados por su magia.

Al final, cambiaron el miedo a los alanga por el miedo a los Sukai.

—¿Qué más? —me preguntó Mefi olfateando las páginas.

—No estoy seguro. Lo estoy intentando.

Fui hasta el final del libro. A lo mejor traduciendo el final lograba hacerme una idea mejor del contenido. A lo mejor obtenía una impresión de lo que quizá le hubiera sucedido al autor.

Allí el texto resaltaba más, la pluma había hecho más presión contra el papel.

Mefi le echó un vistazo y se apartó.

—Esto no me gusta —dijo—. Huele furioso. Parece furioso.

Le rasqué el pelo de las orejas

—Estas palabras no pueden hacerte daño, te lo prometo. Las escribieron hace mucho tiempo y su autor ya se murió.

Aun así, mi respuesta me sonó hueca incluso a mí. Era cierto que había algo amenazante en la forma en la que aquel texto se extendía por el papel.

Sacudí la cabeza en un gesto de negación y acerqué la lámpara para traducir todas las palabras que pudiera. Eran pocas las que entendía, salvo las de las últimas frases. En estas conseguí traducir casi todo. Cuando terminé, dejé la pluma con los dedos temblorosos y la garganta atenazada por el pánico.

Alanga regresarán. Matar. Todos.

Capítulo 13

Lin

Algún punto del mar Infinito

Nunca había navegado. En los años transcurridos desde que mi padre me creó, ni siquiera me había acercado al puerto. Sin embargo, una parte de él me resultó familiar. Las maderas que se balanceaban bajo mis pies, la salpicadura de las olas, el viento azotándome el cabello. Eran recuerdos que mi padre había intentado inocularme y que ahora afloraban solos. Mi padre había incinerado el cadáver de mi madre, así que no pudo fabricarme a partir del cuerpo de ella tal como había hecho consigo mismo. Quizá por eso aquellos recuerdos estaban latentes bajo la superficie y nunca me habían consumido. Había llevado conmigo la redoma de recuerdos de mi padre, junto con sangre de Thrana y la máquina, aunque no había tenido el valor suficiente para beber ningún recuerdo más, aún no. La última visión me había dejado una sensación extraña que me duró varios días, como si al mirarme las manos viera que se transformaban en las manos de mi padre, como si la personalidad de él se impusiera a la mía.

Allá al frente se veían las montañas de Riya, y logré distinguir edificios que sobresalían entre la vegetación. Los vientos eran favorables; el cielo, afortunadamente, no amenazaba lluvia; y le había ordenado al capitán que por el momento no quemara más rocasabia. Estábamos haciendo un buen tiempo sin ella, y de esa forma Mefi y Thrana podían disfrutar un poco en cubierta. Ambos pasaron junto a mí como una exhalación y se lanzaron al mar. Thrana tampoco había navegado nunca, pero se aplicó a ello con el entusiasmo de un pajarillo que salta del nido. Al principio titubeó, pero después fue volviéndose cada vez más audaz.

Me aparté de la borda y vi a Jovis detrás de mí, cambiando el peso de un pie al otro como si no lograra decidir si debía continuar andando ahora que me había visto. Pero yo lo estaba mirando, así que finalmente llegó a la conclusión de que

replegarse parecería poco decoroso.

—Resulta agradable salir de Imperial, ¿verdad? —comentó al tiempo que se reunía conmigo en la proa y se apoyaba en la barandilla de madera.

El corazón me dio un pequeño vuelco antes de oprimirme el estómago. El hecho de encontrar a Jovis husmeando en la bodega había revivido recuerdos desagradables de cuando me siguió hasta las cuevas que había bajo el palacio. Era demasiado listo, tenía demasiada curiosidad, estaba demasiado deseoso de contravenir las reglas del decoro. Yo no sabía muy bien cómo actuar con él, hasta dónde podía ser yo misma, hasta dónde debía ser la emperatriz. Y luego estaba el poder mágico que ambos poseíamos.

Pero Jovis tenía razón. Yo había guardado en mi habitación, bajo llave, todas las cosas que quería esconder: la espada de hoja blanca, los libros de la magia de las esquirlas, la máquina de la memoria. Las bayas de enebro de copas redondeadas que había recogido antes de zarpar estaban en el bolsillo de mi fajín. Constituían el legado de mi padre, y lo llevaba conmigo.

Hice un esfuerzo para disipar aquellos recuerdos.

—Sí, muy agradable.

El palacio era mi hogar, había sido mi hogar durante toda mi vida. Pero gobernar un imperio implicaba conocerlo, e incluso las breves vislumbres que había tenido de Ciudad Imperial habían ampliado mis horizontes. Nos aproximábamos rápidamente a Riya, y yo estaba desesperada por pasear por sus calles, ver a sus habitantes, oler y probar su comida.

—Se supone que voy a gobernar a estas gentes, así que debo saber cómo son.

Jovis enarcó una ceja.

—¿Solo sabéis hablar de trabajo? ¿Tan aburrida sois, excelencia?

—Debería ordenar que te cortaran la cabeza por hablarme así —repliqué en tono desenfadado—. Un emperador nunca es aburrido.

Jovis contempló el puerto con los ojos entornados.

—Deberíais haberlo hecho antes de que escribieran canciones sobre mí. Ahora ya tengo al Imperio de mi parte.

—Una canción no es una armadura impenetrable. También se escriben canciones sobre personas que han muerto, por si no lo sabías.

—Pero no serán igual de pegadizas.

Miré otra vez el cielo nublado y el mar Infinito, y al fondo el verde intenso de la tierra. Aspiré el aroma a agua salada y sonreí.

—Está bien. Todos los viajes fuera de Imperial se hicieron cuando yo era demasiado pequeña para acordarme. Mi padre me tenía recluida tras los muros de palacio. Casi no he estado en la ciudad. Por supuesto que resulta agradable salir.

Detrás de nosotros se oyó un raspar de uñas contra la madera. Me volví y vi a Mefi y a Thrana subiendo a una red y regresando a la cubierta. Ambos estaban completamente empapados. Thrana tenía mejor aspecto que antes. No era solo que se la viera más contenta y más cómoda, además el pelaje se le había vuelto más tupido gracias a que comía alimentos frescos procedentes del mar. Tenía los ojos más brillantes. Hasta sus cuernos negros estaban menos secos, menos descamados y más lisos.

—Se os nota más cómoda en el mar que a la mayoría de los marineros novatos

—comentó Jovis sin apartar la mirada del mar y hablando con una media sonrisa —. Tal vez deberíais haber sido contrabandista.

—La verdad es que debería haber estudiado mis opciones antes de convertirme en emperatriz —repliqué yo sonriente. Miré mi túnica salpicada de agua de mar—. Tengo que vestirme antes de que lleguemos. Prepárate tú también, y que se preparen los demás guardias. —Mefi estaba intentando atrapar un calamar que Thrana tenía entre los dientes—. Y ocúpate de que estos dos por lo menos se sequen; no quiero que vayan goteando agua cuando pisen la alfombra del gobernador.

—Como ordenéis, excelencia.

Fue toda una odisea envolverme en la vestimenta de emperatriz, más de lo que esperaba. Justo frente al puerto el mar estaba más picado, y las tres doncellas que había traído conmigo tuvieron serias dificultades para atarme el fajín y sujetarme el tocado del Imperio del Fénix encima de la cabeza. Se balanceaban con cada golpe del oleaje, y una de ellas se sonrojó intensamente cuando perdió el equilibrio y se chocó contra una pared.

—No os preocupéis por los detalles —les dije—. Ya lo colocaréis todo en su sitio una vez que nos encontremos dentro del puerto. No voy a desembarcar de inmediato.

El fuerte oleaje parecía ser el reflejo de lo que ocurría en mi estómago. Sí, tal como le había dicho a Jovis, estaba emocionada. Al mismo tiempo, aquella iba a ser la primera vez que me reuniera con el gobernador de una isla. Últimamente no habían tenido contacto con ningún emperador, desde que mi padre era joven. Y ahora les estaba pidiendo que aceptaran mi autoridad absoluta.

El balanceo del barco se calmó y las tres doncellas se apresuraron a arreglarme el peinado y los ropajes. Con el vestido de seda, el kimono bordado y el tocado, me sentía pesada y de movimientos lentos. De ningún modo habría podido trepar por las murallas del palacio de aquella guisa.

—¿Y las esquirlas?

Las doncellas fueron al rincón del camarote y entre las tres levantaron un arcón de madera tallada. Contenía todas las esquirlas vivas que había obtenido mi padre en Riya. Fue el mejor regalo que se me ocurrió.

Cuando abrí la puerta, me encontré frente a frente con Jovis, que ya tenía la mano levantada para llamar. Al verlo tan de cerca, advertí la leve sombra de barba incipiente que le cubría el mentón y las pecas de color marrón claro de sus ojos. Traía consigo el aroma del mar, como si lo llevase prendido en el cabello.

—Perdón, excelencia, yo… —farfulló. Luego, dejó de hablar y se hizo a un lado —. Hemos atracado, y han enviado un emisario a darnos la bienvenida.

No supe por qué, pero el hecho de que Jovis se sintiera un tanto nervioso en mi presencia hacía que yo me sintiera menos nerviosa en la suya. Salí de mi camarote y pasé por su lado.

—¿Thrana y Mefi?

—Arriba, en cubierta, con el resto de vuestros guardias.

—Pues entonces, vayamos a conocer al gobernador de Riya.

No estaba, como yo había pensado, aguardando en el muelle. Podría haber considerado normal dicho protocolo, salvo por la clara ansiedad que mostraba la

representante que había enviado el gobernador. Se trataba de una mujer alta y delgada, vestida con ropas elegantes, y tenía una larga melena negra recogida en una trenza que le caía por la espalda. Hizo una primera reverencia y casi una segunda cuando descendí yo por la pasarela acompañada de Thrana.

—Excelencia —dijo, y se pasó la lengua por los labios—. Me envía el gobernador a daros la bienvenida y conduciros a su palacio.

Recorrí el muelle brevemente con la vista y no vi más acompañantes. Así que había venido sola.

—¿El gobernador de Riya no ha querido recibirme personalmente?

La mujer hizo otra reverencia.

—Perdonadme… Perdonadlo, excelencia. Hay una cuesta y él tiene las rodillas débiles.

Intercambié una mirada con Jovis. Él apretó los labios, elevó las cejas e hizo un mínimo encogimiento de hombros. De modo que yo no era la única que encontraba extraño todo aquello. Podía exigir al gobernador que acudiera a recibirme en persona, y aguardarlo a bordo de mi barco, pero no tenía mucho incentivo para darse ese paseo. Yo llevaba mi séquito de guardias, pero los constructos ya no estaban bajo mi control. Sabía cuál era el mensaje que me estaba transmitiendo con aquella recepción: estamos perfectamente bien sin ti, gracias.

Me sentí arder de cólera. Noté que me brotaba una vibración en los huesos, pero la reprimí. Tenía que dominarme. No había traído conmigo un palanquín, y era evidente que el gobernador no me había enviado uno. No podía saber que en el palacio imperial yo saltaba por los tejados. Mi vestimenta pesaba lo suficiente como para aplastar a un forzudo, pero podía caminar.

—Muy bien. Ve tú delante y te seguiremos.

Las tablas del embarcadero crujían bajo mi peso mientras avanzábamos. Los peces, unas formas oscuras y sinuosas, salían disparados al ver nuestra sombra. Nuestra guía nos condujo en silencio hacia las calles de la ciudad más grande de Riya.

Las calles eran más anchas que las de la Ciudad Imperial, y los adoquines del empedrado eran más ásperos y estaban menos desgastados por el paso del tiempo. Los transeúntes nos iban cediendo el paso y hacían reverencias al ver mi tocado. En dicho gesto había una actitud mecánica y cautelosa, pero no pude reprochárselo. No me conocían. Yo no había hecho nada por ellos excepto suspender el Festival del Diezmo, y eso había sido muy recientemente.

Thrana apretó el hombro contra mi rodilla, y bajé la mano para tocarle la cabeza. Detrás de mí, mis doncellas hicieron un alto para turnarse con dos de mis guardias en la tarea de cargar con el arcón de las esquirlas, que rozó el empedrado al ser depositado en el suelo.

Me rechinaron los dientes.

Era verdad, había una cuesta, pero hasta el más vago de los caballos podría haberla remontado con facilidad. Allá al frente, se erguían los tejados del palacio.

Y entonces comenzó a llover.

Yo evitaba lo más posible ponerme mis ropajes formales, y en el pasado no me habría molestado sufrir un poco de lluvia. Mis guardias y doncellas murmuraban entre sí intentando averiguar si alguien, quien fuera, había llevado un paraguas. Mi

corte era nueva y carecía de experiencia. Aquel era nuestro primer viaje diplomático, y tras siete años de estación seca, todos estaban todavía acostumbrándose a la lluvia. Nadie había llevado un paraguas.

Jovis me dirigió una sonrisa triste, como diciendo: "En fin, la cosa ya no puede empeorar más". Uno de los guardias intentó ofrecerme su guerrera, pero yo la aparté con un gesto de la mano. Parecería todavía más absurda si hiciera el fútil y desesperado intento de mitigar los daños.

—El gobernador nos perdonará que ensuciemos el palacio con tierra y agua de lluvia —dije recalcando las palabras.

Oí una risotada a mi espalda —¿otra vez Jovis?— y reanudé con más ímpetu la subida de la cuesta. Nuestra guía tuvo que apretar el paso para poder seguirme. No debería haber permitido que me dominara la furia, y tampoco era culpa de *ella* que recibiéramos semejante trato, pero lo único en lo que pensaba era en aquel hombre sentado en su palacio, aguardando mi llegada con una sonrisilla de satisfacción.

Cuando llegamos, las puertas ya estaban abiertas, y cuatro guardias del gobernador flanquearon nuestra entrada. El patio era pequeño, pero se hallaba bien equipado. Alcancé a ver un estanque de carpas a cuya superficie asomaban los peces. La lluvia escurría de mi tocado y mi complicado peinado, y me bajaba por la parte posterior del cuello provocándome escalofríos y pegándome la ropa a la espalda. Gracias al mar Infinito que no llevaba maquillaje.

Aun así, debí de ser todo un espectáculo cuando emprendí la subida por la escalera del palacio propiamente dicho con un semblante tan negro como los nubarrones.

Los guardias que nos flanqueaban corrieron a adelantarse para abrir las puertas a toda prisa. Yo no aflojé el paso lo más mínimo, atravesé el umbral a grandes zancadas y no me molesté en detenerme para limpiarme los pies. Mi kimono, empapado de agua, arrastraba por detrás de mí como si fuera un cadáver. De pronto, un relámpago iluminó el vestíbulo de entrada, seguido del retumbar del trueno. Los cielos actuaban de acuerdo con mi estado de ánimo.

El vestíbulo de entrada se hallaba desierto, y tampoco había nadie para recibirnos. Nuestra guía me hizo una doble reverencia.

—Voy a buscar al gobernador. Os pido perdón, excelencia. Últimamente hemos tenido una actividad frenética.

Sentí la presencia de Jovis, que se situó a mi lado y se inclinó para susurrarme al oído:

—Excelencia, vuestra cólera está justificada. Pero no… matéis a nadie.

Hasta que Jovis me dijo eso no me percaté de que estaba prácticamente temblando de energía y de que me vibraban los huesos. Supe que si golpease el suelo con el pie, si me concentrase, sacudiría aquel palacio hasta arrancarlo de sus cimientos.

Esa idea me tranquilizó.

Respiré hondo, y Thrana, que no me había dado cuenta de que estaba gruñendo, guardó silencio. El gobernador pretendía sacarme de quicio. ¿Qué intentaba demostrar? ¿Que yo no valía para el cargo? ¿Que era demasiado joven? ¿Que no tenía ni idea de cómo debía conducirse una emperatriz?

Entró por el lado contrario del salón seguido por la mujer que nos había hecho

de guía, que venía con la cabeza inclinada. Era un individuo de baja estatura, mayor que yo, pero más joven de lo que yo esperaba, y lucía la figura esbelta de alguien que no tiene las rodillas débiles. En efecto, su manera de andar no sugería dificultad alguna. Llevaba una barba bien cuidada y tenía los ojillos negros y brillantes de un armiño. El cabello lo tenía recogido en la nuca y vestía una guerrera azul bordada con carpas doradas.

—Excelencia, nos honráis con vuestra presencia —me dijo al tiempo que ejecutaba una reverencia breve y mecánica—. Soy Iloh, gobernador de Riya. —Miró a Jovis, que estaba detrás de mí—. Y tú eres Jovis, el héroe del pueblo. He oído hablar mucho de ti. —La reverencia que ofreció al capitán de mi Guardia Imperial fue más profunda que la que me había ofrecido mí.

Analicé su rostro, la manera en la que me miraba, la sonrisa casi imperceptible en la comisura de sus labios. Creía conocerme, o por lo menos conocer a los de mi calaña.

Pero no era así.

Yo no era ningún vástago del emperador, mimado y enclaustrado. Yo había alcanzado mi posición peleando con uñas y dientes, desafiando a mi padre y aprendiendo sus artes mágicas por mi cuenta. Yo era Lin, y era emperatriz.

—Riya tiene una interesante manera de recibir a sus invitados, sai —le dije en tono calmado—. En particular, a los más respetados.

Él abrió la boca para emitir alguna excusa arrogante, y yo alcé una mano para hacerlo callar. Me produjo un gran placer ver cómo volvía a cerrar la boca.

—Permitid que os pida disculpas. Seguramente, ha sido culpa de Imperial. Hemos estado demasiado tiempo ausentes de la vida de nuestros gobernadores, tanto que ya no se observan las cortesías de cada cultura. Me cercioraré de establecer un enviado permanente en Riya, cerca del palacio, que me mantenga más informada.

Iloh entrecerró los ojos y suavizó la expresión… torpemente, observé.

—Por supuesto. Riya acogerá a dicho enviado con mucho gusto.

Me guardé mi diversión para mis adentros. No iba a suceder tal cosa. Tener a un enviado cerca del palacio significaba que habría ojos y oídos en su corte a todas horas. Si se hacía cualquier crítica a la emperatriz o a Imperial, yo terminaría enterándome.

Ahora que ya nos habíamos irritado el uno al otro y que estábamos igualados, hice una seña a los guardias que portaban el arcón. No deseaba ser enemiga de aquel hombre, y tampoco quería tenerlo de enemigo a él. Mi intención era ganarme su apoyo. No quería ser como mi padre, que gobernaba mediante el miedo. Yo misma le temía, ¿y qué resultado había tenido eso para él? Murió y fue incinerado por mi mano, su alma ascendió. No era el destino que deseaba yo para mí.

—Vengo con un regalo —dije—. El Festival del Diezmo se ha acabado. Mi intención no era solo poner fin al diezmo, sino también devolver a los ciudadanos del Imperio lo que les pertenece por derecho. —Los guardias depositaron el arcón delante de Iloh y, a una señal suya, lo abrieron—. Las esquirlas de todos vuestros ciudadanos, etiquetadas y ordenadas. La época de los constructos ha tocado a su fin.

Iloh lanzó una exclamación ahogada, y advertí que su sonrisa fue genuina. Los constructos eran poder, y quienes poseían el poder normalmente deseaban conservarlo.

El gobernador hizo ademán de llevarse una mano a la cabeza, pero se contuvo. Sí, allí dentro también estaba su esquirla, ya me había cerciorado yo de que estuviera.

—Os lo agradezco, excelencia. Esto significará mucho para muchas personas. Pero la época de los constructos no ha tocado a su fin.

Resistí el impulso de sacudirme la lluvia de las mangas.

—Y esa es una de las razones por las que he venido aquí. Estoy segura de que os habréis enterado: algunos de los constructos se han organizado y están haciendo fuerza en los confines noreste del Imperio. Estamos reclutando más soldados, pero entrenarlos llevará tiempo. Necesito la ayuda de los gobernadores como vos para frenarlos en seco.

—¿Pretendéis que enviemos guardias nuestros? —Su tono era de incredulidad. Yo esperé, sabiendo que si dejaba correr el silencio acabaría explicándose—. Los constructos se han vuelto ingobernables, vos misma lo habéis admitido. ¿Y queréis que envíe a mis guardias a la frontera noreste? ¿Y si los necesito aquí?

—¿Me estáis diciendo que hasta ahora no habéis tenido esa clase de problemas con los constructos? —repliqué apretando los dientes—. Es por el bien del Imperio.

Iloh hizo un gesto negativo con la cabeza como si estuviera reprendiendo a un chiquillo.

—Ya hablaremos más tarde del bien del Imperio. Trae un kimono limpio para la emperatriz, la lluvia le ha ensuciado el suyo. —El sirviente que estaba a su derecha hizo una venia y se fue—. Por favor, permitid que os instalemos para vuestra estancia. Y me sentiría muy honrado si nos acompañarais a mi corte y a mí en la cena. Tengo otros invitados llegados de otras partes de Riya, y están deseosos de conoceros.

Cuando posé una mano en el lomo de Thrana, noté que tenía el pelaje erizado.

—Gracias, sai. Será un placer acompañaros.

Pero antes de que Iloh se volviera, alcancé a ver una media sonrisa en sus labios y supe que aún no había ganado aquella batalla.

Capítulo 14

Jovis

Isla de Riya

He encontrado a un (¿mortal/persona/ciudadano?) ahogado (o ahogándose) en las rocas de mi isla. (Dos frases que podrían describir a la persona, detalles acerca del pelo y de una camisa. Esta parte no interesó en absoluto a Mefi.) ¿Cómo iba a dejar que muriera? Me lo llevé a mi (¿morada/casa/cueva?), lo (¿curé?) y le di de comer. Cuando pudo hablar, me dijo que había venido a hablar conmigo, pero que se había visto atrapado en una pelea entre dos alanga y que había terminado naufragando. Se llama Ylan Sukai.

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

Iloh era un imbécil. No tardé mucho en llegar a esa conclusión por sus muchos gestos de sabelotodo y sus sonrisillas engreídas, que le habían dejado abundantes arrugas alrededor de los ojos y de la boca. Las arrugas de su rostro eran un mapa que conducía a un solo destino: la capital de los idiotas.

Sus sirvientes nos llevaron a nuestras habitaciones y Lin entró en la suya.

—Jovis, conmigo, por favor.

Obedecí y cerré la puerta al entrar. Lin, en cuanto oyó el chasquido, se volvió hacia mí.

—Debería haber esperado esto. —Estaba furiosa, pero esta vez su furia no iba dirigida contra mí ni tampoco contra el gobernador, sino contra sí misma—. Retiro a los constructos y ya no temen mi posición. Mi padre rara vez venía de visita, y

ahora se consideran islas individuales en vez de parte del Imperio. —Paseaba arriba y abajo con Thrana pegada a sus talones—. Me consideran joven y tonta. Creen que pueden hacerme perder los estribos y aprovecharse de mí.

Tanto Mefi como yo observábamos sus movimientos, y me pareció sensato no señalarle que era obvio que ya le habían hecho perder los estribos.

—Excelencia, en ocasiones la amabilidad se confunde con debilidad —le dije.

—Dime algo que no sepa —saltó. A continuación, se derrumbó en el sofá que había junto a la ventana y enterró la cara entre las manos—. Perdona, tú no te mereces que te hable así.

Excepto porque estaba enviando mensajes a los pocos sin esquirlas a espaldas de ella. Pero aparté a un lado ese pensamiento.

—Hago lo que puedo por ser de utilidad. —A más de un amo. Por lo visto, el sentimiento de culpa era una pesada carga que no se iba fácilmente.

—Quería preguntarte una cosa… A ti te quiere todo el mundo. ¿Has visto cómo te ha recibido el gobernador en comparación con el modo en que me ha recibido a mí?

—¿Y deseabais preguntarme…?

Lin se pellizcó la nariz.

—Estoy siendo muy maleducada. Por favor, ponte cómodo.

Me senté en la silla que había enfrente del sofá. Aún tenía mojados el pelo y la guerrera, y con el calor de mi cuerpo tenía la sensación de ser un pantano viviente.

—¿Cómo podría conseguir que me miren como te miran a ti?

Mefi levantó la cabeza hacia mí como si también sintiera curiosidad por saber qué iba a contestar. Yo le rasqué el pelaje de las orejas.

—No sé muy bien qué responder a eso, excelencia.

Lin hizo un pequeño gesto de frustración y miró por la ventana.

—Pues entonces, al menos enséñame cómo lo hiciste

—¿El qué?

—Lo del agua. Cuando estábamos en Ciudad Imperial. En el vestíbulo de entrada, cuando me puse furiosa, sentí nacer en mí esa energía y supe que, si quisiera, podría hacer que se sacudiese el suelo. Aquí no puedo ensayar eso, así que enséñame cómo hiciste que se moviera el agua.

Dudé unos instantes preguntándome qué opinaría Gio de aquello. Estaría ayudando a la emperatriz a hacerse más poderosa, no menos. Decidí mostrarme ambiguo:

—Es difícil de explicar. Cuando sintáis ese zumbido en los huesos, pensad en el agua. Cuando a mí me funciona, de repente tomo conciencia de toda el agua que me rodea, y en qué cantidad. Y entonces, simplemente levanto una mano y la muevo. Con la mente.

Lin se echó a reír, pero un instante después, al ver mi expresión de desconcierto, volvió a ponerse seria.

—Te creo, de verdad. Pero es que suena de lo más extraño. En efecto parecen ser poderes de los alanga, solo que no tan fuertes, y el viento no te he visto controlarlo. Espera… ¿eres capaz de controlar el viento?

—Imaginad ese poder y un buen barco velero. Si poseyera esa capacidad, tal vez hubiera rechazado el cargo de capitán de la Guardia Imperial y hubiera

seguido siendo contrabandista —repliqué en tono jovial.

Lin cerró los ojos, y sentí que algo se calmaba. Por lo visto, nunca me daba cuenta de lo mucho que me inquietaba Lin hasta que dejaba de mirarla. Tomó aire varias veces, profundamente, y supe que si le pusiera mi mano en la suya, notaría la vibración en sus huesos.

¿Por qué estaba pensando en tocarla? Tenía que dejar de hacer aquello, que ni siquiera sabía lo que era.

Muy despacio, Lin extendió una mano y abrió los dedos como los pétalos de una flor. De pronto, una gota de lluvia del exterior se detuvo y se quedó suspendida en el aire, y acto seguido, moviéndose lentamente pero con seguridad, se coló entre los postigos abiertos y quedó flotando por encima de la mano de Lin.

Lin abrió los ojos y la gota de agua cayó en su mano.

Yo casi no podía respirar. ¿Cómo lo había logrado al primer intento? La primera vez que yo percibí el agua que había a mi alrededor, no supe qué hacer con ella. Incluso cuando estuve al borde de la desesperación, intentando defender a Mefi del constructo de cuatro brazos, tan solo conseguí mover el agua torpemente. En cambio, Lin acababa de aislar una única gota de agua y la había sometido a su voluntad.

Me puse de pie sin darme cuenta.

Lin se levantó y me miró a los ojos.

—¿Así?

Y al sentir su mirada me vi lanzado atrás en el tiempo, a la época en la que buceaba en compañía de Emahla. Un día, cuando a mí ya me estallaban los pulmones, ella siguió nadando y sus pies se perdieron de vista por delante de mí y más allá del arrecife. Pero cuando emergió a mi lado, mucho después de que yo me hubiera rendido, no había mala intención en su risa.

—Eres un pez —le dije yo, todavía aspirando bocanadas de aire—. Difícilmente podría yo estar a tu altura.

—¿De modo que estás enamorado de un pez? —replicó ella acercándose a donde estaba yo.

—No me lo reproches. Mi amada es un pez precioso.

Y entonces me besó, y yo perdí el poco aliento que me quedaba. Ese efecto ejercían sus besos. Todas y cada una de las veces. Sentí un dolor en el pecho. Había aceptado que Emahla ya no estaba, pero acordarme de ella seguía causándome la misma cantidad de alegría que de dolor.

Lin aún estaba mirándome, esperando.

—Sí, exactamente así —respondí, todavía aturdido—. Pero, Emahla… —Oí el nombre salir de mis labios como si lo hubiera pronunciado otra persona. Sentí una opresión en el pecho y súbitamente tuve la sensación de estar cayendo, como si el suelo y la tierra hubieran desaparecido. Mierda. Mierda, mierda.

Lin hizo un gesto tan enérgico que se le formó una arruga visible entre las cejas.

—¿Quién es Emahla?

—He querido decir “excelencia” —contesté notando que me ardían las mejillas. Fenomenal, Jovis, has estado muy creíble.

—Pero has dicho “Emahla”.

No supe por qué no quería contárselo, de solo pensarlo se me encogían las

entrañas.

—Es una persona que conocí en otra época. Lo siento. Vuestros ojos… se parecen mucho a los de ella.

La arruga de su entrecejo desapareció, y la expresión con que me miró fue de tristeza. No como si sintiera lástima de mí, sino como si pudiera ver más allá de mi endeble respuesta y entendiera con toda exactitud lo que yo había querido decir. Como si supiera lo que se sentía al perder a la persona que había definido tu vida. Y entonces, de repente, sentí el deseo de contárselo, porque supe que lo entendería. Sentí el deseo de contárselo todo. Abrí la boca.

Se oyeron unos golpes en la puerta.

—¿Excelencia?

Lin dejó de mirarme.

—Adelante.

Me derrumbé de nuevo en la silla sin otro deseo que el de hundirme en ella y volverme invisible.

Entró un sirviente llevando una casaca sobre el brazo.

—Me han ordenado que os traiga esto. La nuestra es una isla humilde comparada con Imperial, de modo que me temo que no tenemos nada que sea acorde a vuestra categoría, excelencia.

Era mentira. Aquel sirviente no tenía habilidad para disimular. Me tendió la casaca. Era una prenda humilde, de color marrón y con el bordado medio suelto, como si la mano que dio las puntadas estuviera un tanto distraída. Parecía la casaca de un niño.

Lin se quitó el kimono, y la luz que entraba por la ventana se reflejó en sus delgados hombros.

—Lo comprendo —dijo—. Y, por favor, dile al sai que agradezco su oferta, pero que es obvio que esa prenda no me vale.

—Es todo cuanto podemos ofrecer…

Lin interrumpió con suavidad sus protestas imponiéndose a él:

—Me quedará bien la casaca que llevaba puesta el sai cuando me recibió.

El sirviente farfulló.

—Pero es una casaca de hombre.

—Y yo no tengo precisamente una figura muy femenina.

El sirviente hizo una reverencia y salió de la habitación pidiendo disculpas al mismo tiempo. No iba a hacer comentarios acerca de la figura de su excelencia, no era su intención. Y, por supuesto, la casaca del gobernador sí que serviría.

—¿Así es como pretendéis ganaros el apoyo de Riya? —le pregunté cuando se hubo cerrado la puerta.

Lin alzó las manos en el aire.

—No sé qué otra cosa hacer. ¿Debería permitir que el gobernador me intimide?

—No, claro que no. Pero quitarle literalmente la casaca que lleva puesta…

—Es algo insignificante, ya lo sé. Pero no me ganaré su respeto achicándome y aceptando su cortés maltrato.

Tuve que reconocer que no eran solo sus ojos. Aquella mujer tenía algo de la fiereza de Emahla, de su determinación. Era la emperatriz. Era necesario que me lo recordara a mí mismo una y otra vez, por más de un motivo.

—¿Comida? —dijo Thrana, sobresaltándome.

—Dentro de poco nos darán de cenar —le dijo Mefi.

—Ah —dijo Lin sonriendo—. Nuestros compañeros. Se me había olvidado pedir que les trajeran algo de comer. Lo pediré cuando me traigan la casaca. —Se quitó el tocado de la cabeza y lo depositó sobre la mesa. Todavía goteaba agua—. Aún disponemos de mucho tiempo antes de la cena. Ve a secarte y a ponerte cómodo, y asegúrate de que mis guardias estén alerta. Cuando sea la hora de cenar, pediré que también traigan algo de comer a nuestras pequeñas mascotas. —Y rascó con afecto a Thrana por debajo del mentón.

—Que ya no son tan pequeñas, debo decir.

Miré a los dos. Si continuaban creciendo, dentro de poco alcanzarían el tamaño de un poni. Era una idea. En vez de tener a Mefi enroscado a mi cuello como cuando era pequeño, quizá pudiera enroscarme yo alrededor del suyo. Pero en realidad era una tontería pensar eso; en los últimos días su crecimiento se había vuelto más lento.

Lin me despidió con un gesto de la mano y yo salí de nuevo al pasillo seguido de cerca por Mefi. Agarré a un sirviente por el codo para preguntarle qué habitación me habían asignado.

Era muchísimo más pequeña que la de Lin, pero era toda para mí, lo cual ya era más de lo que podían decir los demás guardias y las doncellas.

Me quité la guerrera, busqué un trozo de pergamino y me puse a redactar un rápido informe para los pocos sin esquirlas. Había buscado la espada que mencionaba Gio y aún no la había encontrado. Lin estaba encontrando resistencia a su gobierno en Riya. Los constructos representaban un problema, y no solo en los confines noreste. Pero a la hora de hablar de los poderes que empezaba a tener Lin, dudé. A ella le había dicho que nos convenía guardarlo en secreto entre nosotros, pero me resultaba muy fácil mentir. Había ido a Imperial a derrocar un imperio; ¿iba ahora a echarme atrás simplemente porque la emperatriz hacía que me acordase de mi esposa muerta?

Hice fuerza con la punta de la pluma contra el pergamino. No. Era más que eso. Ella también estaba derrocando al Imperio, solo que de una manera distinta. Ella estaba desmantelando a los constructos y devolviendo las esquirlas a los ciudadanos. ¿Sería justo por mi parte que yo destruyera su gobierno sin saber primero cómo iba a ser?

Ya sabía lo que iba a decir Gio: que el pueblo se merecía ser gobernado por sí mismo y no por un emperador. Y a lo mejor llevaba razón. Pero también sabía lo volátil que podía ser el pueblo, lo mucho que podía discutir y pelear por detalles insignificantes dejando sin atender los problemas más grandes.

Y el problema de los alanga era de los grandes. ¿Quiénes eran? ¿Eran todos como Lin y como yo? Si eran tan peligrosos como los describían los Sukai, este era el peor momento posible para disolver el gobierno de la emperatriz.

Maldición. Se suponía que aquello iba a resultar sencillo.

No mencioné los poderes que poseía Lin. Pero tampoco era tonto. En algún momento tendría que escoger, aunque no sabía cuándo llegaría dicho momento. Me recliné en la silla.

—¿Qué se supone que debo hacer, Mefi? ¿Qué hace uno cuando tiene que

tomar una decisión difícil?

No me contestó de inmediato, y hasta me pareció ver cómo se movían los engranajes de su cerebro. ¿Cuándo había tenido que tomar Mefi una decisión difícil, excepto qué pez perseguir?

—En primer lugar —respondió despacio—, asegúrate de no pasar hambre.

Solté una carcajada. No era un mal consejo, la verdad. Y tampoco me vendría mal comer algo.

—Vamos a la ciudad. Te compraré algo a ti. Y cuando volvamos aquí, habrá comida.

Según la carta que había enviado Gio, en Riya podría encontrar a un contacto de los pocos sin esquirlas, que vendía tallas hechas con carey. Antes de salir fui a hablar con los guardias y les asigné turnos en la tarea de vigilar la habitación de la emperatriz hasta la hora de cenar. Acto seguido, ya liberado momentáneamente de mis responsabilidades, puse mi guerrera a secarse en mi habitación y me dirigí a la ciudad.

La capital de Riya no era ostentosa en su riqueza, aunque esta resultaba obvia con solo fijarse un poco. Había faroles de piedra dispuestas a intervalos regulares, y, a pesar de la lluvia y del barro, las calles, cosa sorprendente, estaban libres de suciedad. Los edificios tenían tres alturas, en ocasiones cuatro, y estaban pintados de blanco y cubiertos con listones de madera. Había tantos toldos que, si avanzaba arrimado a las paredes, no me mojaba. Mefi, en cambio, trotaba por el centro de la calle y a cada poco hacía un alto para sacudirse la lluvia, una operación que no le servía precisamente para que los transeúntes se encariñasen con él. Cuando yo le eché una suave reprimenda, se encogió de hombros.

—La lluvia me gusta —me dijo.

Me detuve a comprar unas empanadillas tanto para él como para mí, se las pasé y me quedé contemplando cómo las atrapaba al vuelo. Cuando se las lancé todavía humeaban; la bolsa de papel en la que iban metidas, que rezumaba aceite, casi me quemó al tocarla. Dentro de mi morral iba la nota dirigida a los pocos sin esquirlas, junto al diario de Dione. Dione hablaba de un encuentro que tuvo con Ylan Sukai, el primer emperador. Aquello era algo que no mencionaba ninguna leyenda ni ningún relato. Y yo no sabía muy bien por qué.

La tienda del espía no se hallaba lejos del palacio, y la puerta estaba entreabierta. Me resguardé debajo del toldo y sentí que me goteaba agua fría sobre el cuello.

Quizá fuera solo el agua, y también el escalofrío que me bajó por la columna vertebral, pero tuve la extraña sensación de que me vigilaban. Me volví y solo vi gente que pasaba por la calle. Mefi me miró con expresión confusa.

—¿Todo bien? —susurró.

A modo de respuesta, le di una palmadita en la cabeza. Pero no estaba seguro de que no estuviera ocurriendo nada; la última vez que tuve aquella sensación fui atacado por uno de los constructos del emperador, que casi acabó con mi vida.

Incómodo y nervioso, me giré hacia la tienda. Atrajo mi mirada un surtido de objetos tallados en carey. En el rincón había un hombre trabajando en otra pieza más. Me miró con expresión inquisitiva, pero yo le hice un ademán con la mano y seguí fisgoneando la tienda. Pura paranoia. Aun así, las calles de Riya, que hasta

un momento antes me habían parecido seguras, las encontré peligrosas.

Tomé un peine y, junto con el dinero, le entregué al vendedor mi mensaje. Él tomó ambas cosas sin mirarme siquiera.

De nuevo tuve la sensación de que me vigilaban.

—Jovis —susurró Mefi.

Me volví rápidamente, y esta vez alcancé a ver un pie que desaparecía doblando la esquina.

Capítulo 15

Lin

Isla de Riya

Mis doncellas habían terminado de prepararme para la cena cuando irrumpió Jovis en mi habitación como una tromba seguido por Mefi, que venía tras él dando saltos.

—¿Habéis ordenado que me sigan?

Mis doncellas, percibiendo la cólera que lo impulsaba, parecido a un vendaval de tormenta, se apartaron de él y salieron.

—Y si así fuera, ¿sería una sorpresa? —repliqué—. Actúas como si tuvieras derecho a disfrutar de más intimidad.

—De modo que en esto consiste ser ciudadano vuestro —dijo él entornando los ojos—. Que me sigan por todas partes, que vigilen todos mis movimientos. Al igual que con vuestro padre.

Sin darme cuenta, ya me había puesto de pie y tenía a Thrana gruñendo a mi lado. Es que Jovis estaba de pie frente a mí, tan enfadado como yo..

—Por si se te ha olvidado, has irrumpido en mis habitaciones privadas. Al parecer, siempre acabas estando donde no debes. ¿Y ahora me acusas de haber ordenado que te sigan? ¿De verdad estás en situación de acusarme de algo?

—Como ya expliqué, mi deber consiste en protegeros —dijo Jovis—. ¿A quién echará todo el mundo la culpa si aparecéis muerta?

Su tono de voz parecía sincero, pero todos los buenos mentirosos se creen sus propias mentiras.

—¡Eres el capitán de la Guardia Imperial, se supone que debes obedecerme, no andar fisgando en mis cosas!

Mefi se limitaba a mirar a Thrana con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Pues en ese caso a lo mejor deberíais haber escogido a alguien de quien

pudierais *fiaros* —dijo Jovis—, en vez de un contrabandista medio poyer que desafió a vuestro padre.

¿Alguien de quien pudiera fiarme? No había nadie de quien fiarme. Nadie que me conociera, que se preocupara por mí, que comprendiera lo que había tenido que afrontar. Tan solo tenía a Thrana. Para mi vergüenza, sentí en los ojos el fuerte escozor de las lágrimas. Tragué el nudo que se me había hecho en la garganta y me dominé.

—¿Y crees que estas cosas te convierten en una persona poco confiable?

Por un instante, Jovis puso cara de no entender. Y al momento siguiente se esfumó toda su agresividad.

—No, excelencia, no he querido decir eso. Juré protegeros. Y también juré servir al pueblo. Si parezco excesivamente curioso, ese es el motivo. Nadie sabe en realidad cómo sois. Aún no.

Por supuesto. En su momento pareció un gran gesto hacer de eso el objetivo de su juramento. Ahora era yo la que se sentía como una tonta. Las siguientes palabras las escogí con sumo cuidado:

—No he ordenado que te sigan. Debería haberte seguido yo.

Jovis escudriñó mi rostro durante unos instantes y después suspiró.

—Os creo. Y supongo que, si lo hubierais hecho, no podría reprochároslo. Procuraré ser más abierto con vos, pero necesito que vos hagáis lo mismo conmigo.

—Lo intentaré.

No podía intentarlo. Me imaginé diciéndole a aquel hombre que en realidad no era la hija del emperador, que era una copia, una cosa que él había creado. No era un constructo, pero sí una persona fabricada en aquellas extrañas aguas que había bajo el palacio. Qué idea tan absurda. Era igual que la terrible tentación de introducir una mano en la boca de un tiburón recién pescado. Una confesión así me destruiría a mí y a todo lo que estaba intentando construir.

Thrana se calmó un poco, y Mefi aproximo a olfatearle la mejilla. Ella, todavía molesta, intentó lanzarle una dentellada.

De repente tomé conciencia de que estaba demasiado cerca de Jovis, de que notaba cómo su respiración me movía el pelo que me caía sobre la frente. No llevaba puesta la guerrera, y la túnica de debajo no tenía mangas, lo cual le dejaba al descubierto unos hombros delgados pero de músculos firmes. Disimuladamente, di un paso atrás y me arrodillé para acariciarle el pescuezo a Thrana y calmarla; había tenido una infancia más dura que Mefi y por lo tanto era mucho más irascible.

—He ido a la ciudad. Ha sido una visita muy aburrida —dijo Jovis intentando esbozar una sonrisa—. Sin casas de apuestas, sin cortesanas.

Me sonrojé al imaginarlo en compañía de cortesanas. ¿Enredaría los dedos en el cabello suelto de ellas? ¿Les susurraría naderías al oído? Aparté esos pensamientos a un lado.

—¿Por qué has pensado que yo había ordenado seguirte?

La sonrisa desapareció.

—Porque, de hecho, me ha seguido alguien, excelencia.

Casi lamenté que volviéramos al tratamiento formal, pero lo cierto era que no prefería que nos hablásemos a gritos.

—¿Habrá sido por orden de Iloh, entonces?

Jovis se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Tan solo lo entreví brevemente, y no era nada que me resultara reconocible. Pero no es la primera vez que me siguen, y conozco esa sensación. Tal vez…

De pronto se oyeron unos golpes suaves en la puerta. Un sirviente se asomó al interior de la habitación con la mirada baja.

—Excelencia, la cena se servirá dentro de poco. Para nosotros sería un honor que vos y vuestro capitán de la Guardia Imperial nos acompañarais en el comedor.

Salió y cerró la puerta.

—Podría haber sido Iloh —comenté—. De él, lo creería. Ni siquiera me conoce, pero está claro que ya le caigo mal —dije al tiempo que me levantaba. Thrana me tocó en la pierna con los cuernos—. Mantente atento.

De nuevo llamaron a la puerta, y apareció otro sirviente cargado con unas bandejas repletas de pescado y calamares recién recogidos.

—El gobernador espera que esto sea suficiente.

Por lo menos en aquello Iloh no había intentado insultarme. Otros insultos se los toleraría, pero si se le ocurría tratar mal a Thrana le despedazaría miembro por miembro.

—Sí, gracias.

Nuestras dos mascotas se abalanzaron sobre las bandejas en cuanto el sirviente las depositó en el suelo. Estarían ocupadas durante nuestra ausencia.

—A la guarida del león, ¿eh?

—Ve a buscar tu guerrera antes de ir al comedor. Se te olvida que yo he vivido en una guarida construida por los constructos de mi padre. Esta no puede ser peor.

Era peor.

Los otros invitados ya se hallaban sentados a la mesa cuando nos dirigimos al comedor, de manera que cuando entré, seguida de cerca por Jovis, todo el mundo se volvió a la vez para escudriñarme. Me alegré de haber pedido la casaca de Iloh; tal vez fuera de hombre, pero me quedaba bien. Había decidido prescindir del tocado, pero levanté bien alta la barbilla y fui directa hacia los dos cojines vacíos con la esperanza de proyectar dignidad y poder. Jovis tomó asiento a mi derecha y se removió en su cojín al ver que todo el mundo lo miraba, obviamente incómodo por el exceso de atención.

—Gracias por acompañarnos, excelencia. —Iloh estaba sentado enfrente de mí —. La casaca os sienta de maravilla.

—Gracias a vos por prestármela —contesté con la intención de mostrar amabilidad. Al fin y al cabo, necesitaba que aquel hombre fuese mi amigo.

—Permitid que os presente a los demás invitados.

Fue recorriendo la mesa dando los nombres y los cargos de las otras siete personas que iban a cenar. Hice todo lo posible por recordarlos. Estaba el supervisor de las minas de Riya, un artista ceramista, tres parientes cercanos de Iloh, una gobernadora de una isla vecina y un acaudalado terrateniente.

La mujer sentada a mi izquierda era Pulan, la gobernadora de la isla vecina. Hablaba muy suavemente y era de modales delicados; no me miraba a los ojos, pero sonreía al hablar. Trabé conversación con ella mientras se servía la comida, y

me enteré de que su isla contaba con una mina propia, sin bien más pequeña, de rocasabia.

El supervisor de la mina de rocasabia de Riya estaba sentado al lado de Jovis, y lo oí preguntarle, en tono bastante ruidoso, por sus poderes mágicos.

—Tengo entendido que les propinasteis una buena paliza a esos soldados imperiales —dijo—. Les disteis un buen motivo para que no se olvidaran de vos, ¿eh? Y ahora sois uno de ellos. Es desternillante, ¿a que sí?

—Soy el capitán de la Guardia Imperial —replicó Jovis en tono suave—. Para nada un soldado.

—¿Es verdad que provenís de una isla remota? Os conducís como un sai, aunque seáis medio poyer.

No era la afirmación halagadora que pretendía su interlocutor, pero Jovis le dirigió una sonrisa.

—Cierto, provengo de una isla remota, y además he sido contrabandista. ¿Os importaría decirle a mi madre que me conduzco como un sai? Os agradecería el gesto; se siente todo el tiempo decepcionada conmigo.

El supervisor lanzó una carcajada y dio una palmada en la mesa.

—Ah, de modo que la empírea es ella. Contáis con mis simpatías, capitán.

Ojalá me fuera tan fácil a mí congraciarme con los comensales.

En Riya, la comida se servía en grandes bandejas que se colocaban en el centro de la mesa para que las compartieran todos. Los sirvientes iban cambiando la posición de los platos para que todos los comensales pudieran tener su ración. Yo había investigado ese detalle por adelantado, así que al menos no me puse en evidencia trayendo conmigo a una doncella para que probara mi comida. Hice lo que hicieron todos los demás y me serví yo misma con los palillos. Verduras con mostaza salpicadas con una salsa salada y de color oscuro, pescado blanco hecho al vapor con cebolletas y granos de pimienta, empanadas de nabo fritas y acompañadas de salchicha picada. Tuve que reconocer que Iloh no había escatimado con aquella cena tanto como lo había hecho con todo lo demás con lo que supuestamente debía honrarme.

Frente a mí estaba sentada la hermana de Iloh, y me sonrió cuando dejé mi taza de té en la mesa.

—Hacía mucho tiempo que una emperatriz no nos honraba con su presencia —dijo—. La última vez fue cuando vuestro padre acababa de casarse, antes de que nacierais vos. Estamos agradecidos de que hayáis abolido el Festival del Diezmo, pero este cambio de régimen me da pie para preguntar para qué os necesitamos.

Iloh volvió a esbozar una media sonrisa, y supe que él la había incitado a decir eso. Su hermana no era la gobernadora y podía hablar más abiertamente, mientras que él afirmaba no opinar lo mismo que ella. Terminé apretando una mano contra el suelo para contener la vibración que me nacía en los huesos.

—Me necesitáis tal como me habéis necesitado siempre. El Imperio ha de estar unido frente a las amenazas, incluida la de los alanga. Dadme claramente vuestro apoyo y el Imperio continuará en pie.

—¿Y qué sucederá si no?

En la mesa se hizo el silencio. Yo apreté los dientes sintiendo cómo la vibración se transmitía desde mi mano hacia el suelo. Los platos se agitaron y más de una

persona miró el suelo temiendo un terremoto. Una mano me tocó la rodilla por debajo de la mesa. Jovis.

Estaba permitiéndome perder el control. Era posible que, antes de poder reprimirme, comenzara a levantar el agua contenida en las tazas de té. Nunca se me iba a olvidar la mirada de odio y desprecio que tenía aquel guardia en la cara cuando escupió sobre el cuerpo de la asesina. "Alanga." Respiré hondo, levanté una mano y los platos se quedaron quietos.

—O permanecemos unidos, o perecemos ante fuerzas externas.

—Perdonad a mi hermana —dijo Iloh con suavidad—, pero habéis empezado a desmantelar a los constructos. Vais a abolir el Festival del Diezmo. Vuestro ejército es pequeño. Si los alanga regresan, ¿cómo vamos a luchar contra ellos?

—Lucharé yo contra ellos —repliqué.

Iloh puso cara de diversión y levantó su taza para ocultar una sonrisa. Varios comensales más reprimieron risitas. Allí estaba yo, una jovencita vestida con la casaca de él y afirmando que iba a combatir ella sola a los alanga. Había ido buscando proyectar poder y elegancia, y en cambio parecía una chiquilla en medio de una rabieta que lanzaba amenazas que no iba a poder cumplir. Estaba perdiendo puntos a sus ojos, aunque tampoco había empezado teniendo muchos.

Si fracasara en aquello, si no consiguiera ganar a aquel gobernador para mi causa, mi gobierno, que ya era precario, corría el peligro de volverse insostenible. Y ese vacío de poder lo ocuparía otra persona, alguien intentaría tomar las riendas. A mí, no solo me expulsarían del palacio; además me perseguirían y me matarían. Era mucho el bien que podría hacer teniendo el poder… si es que lograba conservarlo.

Tomé la tetera para servirme otra taza mientras aguardaba a que a mi alrededor se reanudara la conversación. Necesitaba aprender a controlarme. Necesitaba encontrar la manera de amansar a aquella manada de fieras. Notaba la presencia de Jovis a mi lado, el calor de su hombro contra el mío cuando alargó la mano para tomar un pedazo de pato asado.

Jovis desarmaba a cualquiera, era afable, se reía de sí mismo. Yo no podía ser como él, pero poseía otras cualidades.

¿Cuáles eran mis puntos fuertes? Si me esforzaba, lograba interpretar cosas en el rostro de las personas. Había pasado demasiado tiempo hablando y muy poco escuchando. Fingí sentirme escarmentada y avergonzada, lo cual no me costó mucho dadas las circunstancias, y centré la atención en los rostros que tenía a mi alrededor.

Lo que descubrí me dejó sorprendida. Todos apreciaban a Iloh. No con adulación, sino de forma sincera. Se reían de sus chistes, se esforzaban por captar su atención, disfrutaban de ella cuando la obtenían. E Iloh, por su parte, era generoso con sus súbditos. ¿Me habría equivocado al juzgarlo? Y en ese caso, ¿por qué me trataba tan mal?

Y entonces me fijé en otra cosa más. Aunque otorgaba su favor a todos, su mirada se detenía mucho en Pulan, la gobernadora que estaba de visita. Ella no ignoraba aquellas miradas. Su expresión era esperanzada pero triste, como la de un cachorro que mira un plato de comida que sabe que nunca va a llegar a catar. Vi que tragaba y desviaba los ojos, al tiempo que entrelazaba los dedos con fuerza por

debajo de la mesa.

—¿Estáis casada, sai? —le pregunte inclinándome hacia ella.

Su mirada se posó un instante en Iloh antes de responder haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—No, excelencia.

Guardé silencio, a la espera.

Ella, al igual que harían la mayoría de las personas, se apresuró a llenar dicho silencio.

—Ya sé que resulta raro en una mujer de mi edad, que además es gobernadora. No tengo herederos.

—Podríais adoptar…

Sus mejillas se tiñeron de manchitas de color rosa y por primera vez me miró a los ojos.

—Si deseara hacer tal cosa. —Sus pestañas se agitaron cuando volvió a desviar el rostro—. Perdonadme. Es que me lo dicen con mucha frecuencia.

—No es vuestra primera opción —dije, con la esperanza de que continuara hablando.

Ella lanzó una carcajada un tanto irónica.

—No. Ojalá el gobernador dejara de invitarme a estas cosas. —Y seguidamente tomó su taza, como si quisiera poner fin a su intervención y no decirme nada más.

Sorprendí a Iloh mirándonos. Él tampoco estaba casado. En mi cabeza empezaron a encajar todas las piezas. Algo había entre ellos dos; solo que aún no sabía qué era exactamente.

Antes de mi llegada había investigado todo lo que pude. Sabía que el padre de Iloh había fallecido en un accidente de navegación y que su madre había muerto sin ser aún muy mayor. Iloh había asumido el cargo de gobernador antes de la muerte de su madre. No se había casado y tampoco había nombrado a un heredero. A su edad, no debería tardar en hacerlo. Bien sabía yo el caos que podía desatarse si muriese sin herederos. Entonces, ¿por qué no se había casado? ¿Pulan había tenido algo que ver en ello?

La cena finalizó sin que hubiera nuevos incidentes embarazosos, pero, claro, es que yo había decidido mantener la boca cerrada. Nos invitaron a dar un paseo por el recinto del palacio mientras los sirvientes iban de habitación en habitación llevando dulces y fruta recién cortada.

Cuando salimos al patio, toqué a Jovis en el codo. Había dejado de llover y el aire estaba tibio y húmedo. Las lámparas montadas en las columnas parpadeaban con la brisa.

—Necesito un poco de espacio —le dije.

Él me miró con gesto preocupado.

—¿Es sensato?

—Iloh no va a intentar asesinarme en su propia corte —repliqué.

—Pero no negáis que… podría intentar asesinaros —insistió enarcando una ceja.

—Bueno, es evidente que no le caigo muy bien. Pero necesito hablar con él. A solas.

Antes de que me fuera, Jovis se inclinó y me dijo:

—Su madre se puso enferma por las esquirlas, y eso fue lo que acabó con su vida. Es un dato que se le ha escapado al supervisor de la mina mientras conversábamos. Iloh no quiere que lo sepa nadie, la familia lo ocultó.

Me detuve un momento para reflexionar sobre aquello. Mi padre sabía a quién pertenecía cada una de las esquirlas, era muy meticuloso con sus anotaciones. No había necesidad de usar las esquirlas de los gobernadores, bastaba con conservarlas. A no ser que lo hiciera de forma intencionada. A modo de castigo. Sí, eso sería propio de él.

No me extrañó que Iloh me odiase.

—Tendré cuidado —le dije a Jovis.

Pasé junto al ceramista y el terrateniente, y encontré a Iloh al fondo del patio, junto a una columna. Se giró ligeramente, me vio y sonrió a medias.

—Yo no soy como mi padre —le dije antes de que pudiera decir nada que provocara mi cólera—. No tengo intención de gobernar igual que él.

—Eso lo decís vos. —Bebió un sorbo de su vaso e hizo una mueca, como si le supiera amargo—. Excelencia.

—He venido aquí de buena fe.

—También vuestro padre hablaba de protegernos de los alanga, ¿sabéis? —dijo Iloh—. Los objetos están despertando. ¿Es el mejor momento para dejar de utilizar los constructos, para desbaratar el orden del mundo?

No se creía lo que estaba diciendo.

—Nunca hay un buen momento. Pero era necesario hacerlo.

Iloh me miró de arriba abajo sopesándome con la mirada.

—¿Y vos erais la que se ocuparía de ello? Vos, los emperadores, todos tan cargados de majestuosidad. Decidme, excelencia, ¿de qué me sirve eso a mí?

Me arriesgué.

—¿Por qué no os habéis casado con Pulan?

Iloh retrocedió y estuvo a punto de derramar el vaso que sostenía en la mano.

—¿Cómo habéis…? ¿Os lo ha dicho ella?

—Pulan no me ha dicho nada. Lo he deducido de vuestros rostros.

Bebió otro sorbo, aunque le temblaban los dedos.

—No debería continuar invitándola a estas cosas.

—Deseabais verla.

Iloh apretó los labios.

—Tengo entendido que vuestro padre hacía lo mismo: adivinar la personalidad de la gente. No es precisamente algo agradable.

Cierto, aunque mi padre habría dejado que la persona sufriera esa incomodidad y luego habría utilizado la información contra ella.

—Os pido disculpas —dije—. Os he pillado desprevenido. Pero tal vez pueda ayudaros.

Iloh me miró de soslayo y luego soltó una carcajada.

—Me parece que nadie puede ayudarme, salvo los mismos dioses. Mi padre dejó deudas, y necesito contraer un matrimonio ventajoso. La isla de Pulan no vale lo suficiente.

—Tiene una mina de rocasabia —apunté.

—Muy pequeña —replicó.

—Yo poseo recursos. Puedo explotar la mina. Así podríais casaros con Pulan.

Iloh me miró con incredulidad.

—¿Y qué ganáis vos?

—Vuestro apoyo. Una parte más grande de rocasabia.

—No debería haber empezado por ahí. Hay otros problemas. —Bajó el vaso y cambió de postura—. Pulan quiere hijos.

Aquella frase cayó como una piedra en mi estómago.

—Y vos no podéis tenerlos.

Iloh dio vueltas a su bebida y me miró por encima del borde del vaso apretando los labios. Durante unos instantes no dijo nada y se limitó a sostenerme la mirada. Sentí que estaba analizándome. Finalmente, suspiró.

—Pensaba que los tendría cuando estuviera preparado, cuando quisiera tenerlos. Pero en mi juventud tuve infinidad de amoríos y ni una sola vez, ni una sola, fabriqué un retoño. Ni siquiera cuando dejé de preocuparme por impedirlo. —Enarcó las cejas—. Pensaba burlarme de vos cuando vinierais aquí, y ya veis, ahora sois vos la que dispone de material de sobra para burlarse de mí.

—He venido para construir alianzas —dije—. No para burlarme de vos. Pero tal vez deberíais dejar que Pulan decida si eso constituye una barrera.

—Ella…

De repente se oyó un alarido procedente de la segunda planta. El corazón me dio un vuelco: reconocería aquella voz en cualquier parte.

Thrana.

Capítulo 16

Phalue

Isla de Nephilanu

A Phalue le habría gustado decir que Ayesh ya estaba bien limpia. Pero lo único para lo que sirvió el primer baño fue para resaltar dolorosamente que la pequeña era toda piel y huesos. Tenía el pelo echado a perder por culpa de los piojos, aunque a ella no pareció importarle que se lo cortasen casi al cero. Comió vorazmente, después vomitó y probó de nuevo, más despacio. La segunda vez, consiguió retener la comida en el estómago.

Phalue tenía la intención de dejarla sola una vez que se hubiera lavado, hubiera comido y le hubiera respondido a unas cuantas preguntas, si tenía la oportunidad. Pero el médico que la vio dijo que, si la dejaban sola en el estado en que se encontraba, volvería antes de que pasara un día. O, peor aún, se moriría.

De modo que se quedó, primero una noche, después otra, y cuando por fin estuvo demasiado inquieta para permanecer en la cama, Ranami y Phalue la llevaron a la sala de estar y le preguntaron por Unta.

En los últimos días habían ido llegando informes de que unos cuantos refugiados se habían dirigido a Nephilanu. La mayoría se habían detenido en islas más próximas a Unta, aunque otros se habían alejado más, como si temieran que lo que había hundido a Unta se extendiese más allá de las fronteras de la isla y saltase al mar Infinito.

La pequeña caminaba deprisa y con nerviosismo al dirigirse a la sala de estar; nada más sentarse, encogió las piernas y miró en todos los rincones. Se acomodó en el sillón acolchado que había enfrente de ellas dos, aunque en más de una ocasión se giró para mirar la puerta de la sala, que estaba a su espalda. Ranami era quien había colocado allí el sillón, y ahora Phalue se preguntó si lo habría hecho a propósito. ¿Pretendía que Ayesh se sintiera incómoda?

—¿Puedo irme ya? —dijo al poco de sentarse.

Phalue tomó una bandeja de tartaletas de huevo y se la ofreció. La pequeña eligió una con gesto tímido y le dio un mordisquito en el borde, como si quisiera que le durase. Mientras masticaba, Phalue carraspeó para hablar:

—Hemos recibido informes que hablan de Unta, pero tú estabas allí. ¿Cómo ocurrió?

Ayesh, con los ojos muy abiertos, no se dio ninguna prisa en terminarse la tartaleta. Ranami suspiró. Phalue la miró como diciendo: "Ten paciencia". Al fin y al cabo, la pequeña había vivido una experiencia más traumática de lo que ambas eran capaces de imaginar.

—Al principio hubo terremotos pequeños —dijo Ayesh una vez que hubo terminado—. Algunos, la gente ni siquiera los notó. De vez en cuando hay terremotos. Pero luego llegó uno muy fuerte. Yo estaba junto a los muelles, intentando pescar peces e intercambiando hilo y anzuelos con otro niño. —Se mordió el labio—. Cuando llegó el terremoto, se me cayó todo al agua. Solo tengo una mano, ¿ves? Todo temblaba. Se derrumbaron un par de edificios. Cuando cesó, intenté recuperar mi hilo de pescar con un palo. Eso es lo que estaba haciendo cuando llegó otro temblor. Esta vez más fuerte. Y ya no paró. Todo empezó a resquebrajarse y desmoronarse. La gente chillaba.

—Pero conseguiste escapar de la isla —le dijo Phalue para alentarla a continuar.

—Estaba en los muelles —dijo Ayesh—. No me preocupé de volver ni de intentar encontrar a nadie. Me fui directa al barco que tenía más cerca y pensé en esconderme en él. La gente huía intentando escapar, pero yo no sabía navegar. Lo único en que pensaba era en sobrevivir.

Se miró los dedos, se limpió las migas y apretó los labios.

—Me parece que no se salvó ninguno de los niños que yo conocía.

Phalue siguió presionando, necesitaba información.

—¿Ha desaparecido la isla entera?

Ayesh se encogió de hombros.

—Yo estaba en la bodega del barco. Pero oí lo que decía la gente en la cubierta, y decían eso. Había muchos gritos, muchas exclamaciones, muchos llantos. Los llantos duraban mucho rato. Algunas veces, por la noche, oía a alguien bajar a la bodega buscando un sitio tranquilo donde poder desahogarse.

—¿Alguien dijo por qué se hundió la isla? —le preguntó Ranami.

Ayesh volvió a encogerse de hombros y volvió la vista hacia las vigas del techo.

—Creo que nadie lo sabía con seguridad.

En Unta había una mina de rocasabia, eso sí lo recordaba Phalue. Era la explicación que había dado el anterior emperador al hundimiento de Cabeza de Ciervo: un accidente en la mina. Pero había minas de rocasabia en muchas islas. ¿Significaba eso que todas corrían peligro? ¿El anterior emperador ocultaba algo, o había dicho la pura verdad, lo cual era muy raro, en aquella ocasión?

—¿Viste algo que pudiera decirte por qué se hundió la isla? —le preguntó Phalue.

Ayesh emitió una risa breve.

—Soy una huérfana de la calle, ¿crees que busco esas cosas? Estaba muy

ocupada intentando recuperar mi hilo de pescar del agua. Yo no busco explicaciones, lo que busco es sobrevivir. ¿Puedo irme ya?

Phalue cruzó la mirada con Ranami. La pequeña había contestado a lo que le habían preguntado. No era una espía, no estaba intentando forzar su permanencia allí. Una espía habría intentado quedarse, se habría buscado un hueco en la vida de palacio. Phalue afirmó con la cabeza.

Ayesh se levantó, pero hizo un alto y titubeó.

—¿Puedo recuperar mi ropa? —preguntó tocando la túnica limpia que llevaba puesta.

¿Su… ropa? Aquello no era ropa, eran andrajos.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ranami apoyó una mano en el brazo de Phalue.

—No puede volver a la ciudad así. Los otros huérfanos pensarán que tiene más que ellos y la convertirán en su objetivo.

Lo más seguro era que los criados hubieran tirado a la basura aquellos harapos mojados y malolientes nada más desprenderlos del cuerpo de Ayesh.

—Los criados te buscarán algo que resulte apropiado. Ranami, ¿te importa…?

Ranami se incorporó y condujo a la niña hacia la salida.

Ayesh se detuvo al llegar a la puerta.

—Gracias, sai —dijo. Y a continuación se fueron.

Phalue estiró las piernas y movió los hombros antes de ponerse de pie. Iba a tener que ocuparse del hundimiento de Unta, de las preguntas, de los refugiados que llegaran y de sus propios ciudadanos asustados. Por no mencionar a Gio y los pocos sin esquirlas. No se fiaba de aquella tregua provisional. Pero de momento tenía una sesión de entrenamiento con Tythus, y esas sesiones siempre la ayudaban a pensar.

Se ciñó la espada, se ajustó la coraza y se encaminó hacia el patio del palacio. Por suerte, hacía un día seco, o por lo menos tan seco como podía serlo en medio de una estación de lluvias. El empedrado todavía estaba mojado y había humedad en el aire, pero de momento no llovía, y eso era un cambio bien recibido.

Justo cuando salía al exterior, se oyó un grito procedente de las murallas. Miró con gesto ceñudo y vio que los guardias preparaban sus arcos. Tythus fue a su encuentro a grandes zancadas. Tenía una edad, una estatura y una constitución similares a las suyas, lo cual lo convertía en un compañero perfecto para entrenar, pero también era un amigo al que había llegado a apreciar casi demasiado tarde. Si Tythus no la hubiera liberado, los pocos sin esquirlas la habrían encontrado todavía encerrada en la celda donde la metió su padre y le habrían clavado un conveniente cuchillo ente las costillas.

—Constructos —le dijo cuando llegó a ella—. Hostigando a un carro de suministros.

—¿Cuántos son?

—Dos. El conductor tan solo los está manteniendo a raya. No pensaba que fuésemos a necesitar guardias para proteger los carros que vienen de la ciudad. Tendré que solucionarlo. Ya no hay seguridad fuera de los muros del palacio, no hasta que consigamos encargarnos de todos los constructos.

A Ranami no se la veía por ninguna parte; debía de estar ocupada con Ayesh.

Phalue tocó la empuñadura de su espada.

—Bien, pues vayamos a ayudar.

Tythus la miró con ironía.

—Se supone que mi cometido es entrenar contigo, no acompañarte a pelear con constructos de guerra. Ranami se sentirá molesta.

—Pues dile que te lo he ordenado yo.

Echó a andar hacia las puertas seguida por Tythus. Desde su encuentro con Gio, se sentía frustrada, reprimida. No contaba con efectivos suficientes para luchar contra él frontalmente, y no sabía cómo lidiar con la constante e indefinida amenaza de asesinato. A Ranami aquello la ponía nerviosa, y a ella también.

El carro se había detenido poco antes de llegar a las puertas del palacio. Dos constructos se interponían entre las murallas y él y atacaban a los bueyes. La conductora estaba dando voces y tenía en las manos un bastón con el que intentaba golpearlos y a duras penas lograba mantenerlos a raya.

—¡Si se acercan a las puertas, disparadles! —ordenó Tythus a los guardias—. Los reduciremos en tierra.

Se aproximaron a los dos constructos de guerra hombro con hombro y con el paso acompasado. Ambos constructos habían sido fabricados con trozos de lobos y de felinos gigantes; uno de ellos tenía una tupida cola de lobo y el otro una estilizada cola de leopardo. Los dos lucían dientes y zarpas que brillaban bajo la débil luz solar.

Los constructos estaban tan enfrascados en los bueyes y en la conductora que no repararon en Phalue y Tythus. Estos levantaron sus espadas al unísono y atacaron.

Los constructos se giraron en el último momento.

A Phalue no le habían parecido tan grandes cuando los vio desde las puertas, pero cada uno era casi tan voluminoso como los bueyes que tiraban del carro. Quizá no había sido tan buena idea. Al fin y al cabo, precisamente por eso tenía guardias. Pero, de pronto, el animal de pelaje dorado y con manchas que tenía frente a ella le lanzó un zarpazo, y ya no tuvo más tiempo para lamentaciones.

Dio un salto hacia atrás y la zarpa le abrió unos surcos en la bota que se hundieron hasta arañarle la piel. Entrenar con Tythus era muy distinto de enfrentarse a una fiera. Le lanzó un tajo con su espada y la criatura esquivó la hoja agachándose y pegando el vientre al suelo. Con el rabillo del ojo vio que a Tythus le estaba yendo mejor, pero es que él había participado en luchas de verdad, y ella no.

Apretó la mandíbula, esquivó otro zarpazo y atacó al constructo. Esta vez lo alcanzó en el hombro. Fue un tajo dado de refilón que tan solo pareció servir para enfurecer más a la criatura, pero ya era algo. Aquello podía ser igual que entrenar con Tythus. Los dos constructos eran más bajos y tenían más estabilidad y más extremos puntiagudos, pero se adaptaría a ellos.

Otros cuatro mandobles más y su espada se clavó en un costado de la criatura, rozó las costillas y llegó a los órganos vitales.

Tythus ya había despachado a su constructo y aguardaba de pie un lado, observándola. Alardeando. Casi no parecía estar fatigado.

Al contrario, ella sentía un intenso dolor en la pantorrilla que había sido

alcanzada por el zarpazo del constructo. Le hizo señas a la conductora del carro para que prosiguiera hacia el palacio.

—Ya está despejado el camino.

La conductora hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, sai. Sabía que los constructos estaban descontrolados, pero no que la situación fuera tan grave.

Volvió al carro y metió su bastón en la parte de atrás.

Phalue se acercó a Tythus y apoyó una mano en su hombro.

—Gio ha aceptado una tregua —le dijo—. Es necesario que empecemos ya a eliminar a los constructos, antes de que alguien más resulte herido. Llévate a todos los guardias salvo unos pocos y empieza a organizar patrullas en la ciudad y en las otras aldeas de la isla. Mantente atento a todos los rumores que hablen de ataques de constructos. Elimínalos lo más rápidamente posible. Vamos a concentrar en eso todos nuestros esfuerzos.

—Eso dejará al palacio desprotegido. ¿Te fías de la palabra de Gio?

Phalue hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No me fío, pero debo tener la esperanza de que la cumpla. —Habían estado impidiendo que llegaran los cargamentos de anacardos, pagaban a los agricultores, pero guardaban los anacardos en los almacenes en vez de mandarlos a Imperial. Si a Gio le quedaba algo de honor, haría un alto en sus planes de conquistar Nephilanu—. Tenía intención de preguntártelo antes de que nos distrajeran: ¿cómo está tu familia?

Tythus lanzó una carcajada.

—Igual, mayormente. Mi hijo menor enfermó de fiebre. Durante unos momentos mi esposa temió que fuera la tos de los pantanos, pero al cabo de unos días se recuperó.

Tythus siempre le preguntaba a ella, y no sabía gran cosa de él… y tampoco se había molestado en averiguarlo. Era una de las cosas que estaba intentando remediar: saber cuál era su lugar en el mundo y de qué manera afectaba eso a los demás.

Tythus miró más allá de ella.

—Por lo que parece, nos han pillado.

Debajo del arco se encontraba Ayesh, vestida con las ropas usadas de la hija de una criada y llevando en los brazos un fardo. Los miraba fijamente mientras el carro de suministros entraba en el patio. Detrás de ellas estaba Ranami con gesto irritado.

—Eres una gobernadora —voceó Ayesh—. ¿Sabes luchar?

Phalue le indicó con una seña que se aproximara. Si quería hacer preguntas, debía hacerlas de cerca.

Ranami se cruzó de brazos y miró a Phalue con gesto interrogante. Phalue se encogió de hombros; ¿qué había de malo en responderle a la pequeña antes de que regresara a las calles?

Esta vez, Ayesh no titubeó. Echó a correr hacia Phalue y casi se le cayó el fardo de los brazos. Alguien de las cocinas le había preparado unos panecillos y unas empanadillas de arroz; se notaba por el débil efluvio que emanaba del paquete. Había también una manta y una capa engrasada.

—¿Sabes luchar? —le preguntó Ayesh de nuevo.

—Aprendí cuando era joven —respondió Phalue—. Mi padre me dio ese capricho, y nunca he dejado de practicar.

—Todos los días —confirmó Tythus—, y me arrastra a mí a esa tortura.

—Te obliga a practicar con ella —dijo Ayesh en tono carente de emoción.

Tythus enarcó una ceja.

—No, no me obliga. El ejercicio me mantiene en forma. Phalue es una buena compañera de entrenamiento. Y una buena amiga.

Estas frases emocionaron a Phalue de un modo que no esperaba. Ayesh la miró fijamente, como si estuviera intentando dilucidar si Tythus estaba diciendo la verdad. A continuación, los dejó a un lado y echó a andar por el sendero en dirección a la ciudad.

—Una niña extraña —murmuró Tythus mirando cómo se alejaba.

Pero Ayesh, antes de llegar al primer recodo del camino en zigzag, se detuvo y se volvió.

—¿Puedes enseñarme a mí?

Phalue frunció el ceño.

—¿Enseñarte a ti?

—A luchar —dijo Ayesh subiendo de nuevo por el sendero—. Ya sé que soy pequeña, pero por eso la gente cree que puede meterse conmigo. Quiero saber defenderme sola. Lo necesito.

Había algo en el gesto de obstinación de aquella pequeña que le recordó a Phalue un episodio de su pasado. Se encontraba en el comedor, enfrente de su padre, mientras él yacía recostado con una mujer del brazo, desconocida para ella, y una copa de vino en la otra mano. En aquel entonces contaba doce años, pero ya era demasiado alta y tenía los hombros demasiado anchos; sus manos y sus pies parecían hojas enormes al final de ramas esbeltas. A su alrededor no cesaban las risas y el jolgorio. Dijo que quería aprender a luchar, pero tuvo que repetirlo a gritos para hacerse oír por encima del ruido. De nuevo lo pidió en el transcurso de una cena formal, y se lo negaron. Pero al observar a su padre, lo entendió: se volvía un poco más laxo cuando estaba borracho.

Su padre hizo un ademán con la mano y el ruido se atenuó un poco a su alrededor. Le dijo que ella era hija de un gobernador y que no tenía necesidad de aprender a luchar porque dispondría de guardias que la acompañasen a la ciudad cuando le apeteciera ver a su madre. Ya se lo había pedido anteriormente y la respuesta había sido negativa.

Phalue apretó los dientes. Visitar a su madre rodeada de guardias no era de ningún modo una propuesta que la relajase. Volvió a pedirlo.

Su padre la miró fijamente, y las conversaciones se acallaron todavía más. Nunca había sido tan consciente de lo sola que estaba. Su madre se había ido del palacio un año antes. Solo estaban su padre y ella, y siempre un montón de personas desconocidas. Necesitaba aquello.

De improviso, su padre rompió a reír, levantó su copa y se reclinó en su asiento. Muy bien. Le buscaría alguien que la enseñara.

Por suerte, su padre era de esos borrachos que se acordaban de lo que prometían.

Ayesh no se había movido del sitio, continuaba con el mismo gesto de obstinación y sosteniendo el fardo de ropa y comida en los brazos. Era pequeña, eso no se podía negar, y además le faltaba una mano, pero había maneras de compensarlo. Había razones para enseñarle, no para negárselo. Compensaría las desventajas que tenía y mejoraría sus posibilidades en la ciudad. ¿No era eso una cosa que podía hacer Phalue para ayudar? Además, ya pasaba un rato en el patio de entrenamiento.

Si le decía que no, ¿se movería siquiera la chiquilla? ¿O volvería a pedírselo, tal como había hecho ella? Tenía el presentimiento de conocer la respuesta.

—Te enseñaré —le dijo—. Ven aquí todas las mañanas, aproximadamente a esta hora. Todas las mañanas, acuérdate, esto requiere dedicación. Te daré clases.

El rostro de la pequeña se distendió en una ancha sonrisa, la primera que veía Phalue en ella.

—No faltaré.

Y comenzó a bajar por el sendero sin mirar atrás.

Phalue se volvió y vio que Ranami la estaba mirando fijamente. Ah, debería haberlo hablado primero con su esposa. Sobre todo, después de haber salido a pelear contra aquellos constructos. Sabía que a menudo actuaba impulsivamente, era una de las cosas en las que estaba trabajando. Tythus envainó su espada y ambos fueron a reunirse con Ranami en las puertas.

Tal vez Phalue llevara siempre pintado en la cara lo que sentía, pero Ranami, cuando estaba enfadada, no lo disimulaba mejor.

—¿Hemos terminado por hoy? —preguntó Tythus.

Phalue afirmó con la cabeza y él se retiró al interior del palacio. Deseó poder hacer ella lo mismo.

—Debería haberte consultado —le dijo a Ranami—. Pero no creí que Ayesh fuera a aceptar un no por respuesta.

Ranami cerró los ojos.

—Eres la gobernadora. No deberías andar luchando con constructos ni enseñando a huérfanos de la calle cómo usar una espada.

—Yo también he sido niña y he querido aprender a luchar.

—La tendremos en el palacio todos los días. En estos momentos no podemos permitirnos el lujo de traer gente nueva, ahora que estamos enemistados con los pocos sin esquirlas.

—Entonces, ¿cómo vamos a adoptar algún día? —replicó Phalue—. En alguien tienes que confiar, amor.

—Confío en ti —dijo Ranami.

—Pues entonces, fíate de mí en esto —insistió Phalue—. Esa niña es inofensiva.

Esperó estar en lo cierto.

Capítulo 17

Nisong

Una isla situada en la frontera noreste del Imperio

Su constructo espía había regresado de Imperial después de que hubieran conquistado la tercera isla.

—Hay un hombre en una cueva situada bajo el palacio. Duerme dentro del agua —dijo la gaviota posada en el alféizar de la ventana de la habitación del gobernador.

Era un constructo de tercer nivel, no lo bastante complejo para hacer algo más que recitar lo que habían dicho otras personas. Nisong lo presionó para que le diera una descripción. Dicha descripción fue somera, pero esclarecedora: se trataba de Shiyen.

Shiyen había muerto, pero, claro, Nisong también. Él la había creado a ella, así que ¿por qué no crear también una aproximación de sí mismo? Algo se agitó en su interior y le provocó un sentimiento de nostalgia. En sus recuerdos, él la había amado. En sus recuerdos, ambos habían sido felices.

Pero esa no era la única información que traía el constructo. El Imperio había llegado.

Los soldados llegaron furtivamente a su isla al amparo de la noche surgiendo de la oscuridad con el aullido del viento. El constructo espía no se había equivocado con lo del ataque. Nisong, desde su atalaya en el palacio, solo alcanzó a ver destellos luminosos de lámparas de aceite y de antorchas y a oír a lo lejos el entrechocar de metal contra metal y los rugidos de sus constructos. Por más deseos que tuviera de estar presente en el fragor de la batalla, tenía asuntos más importantes que atender.

Ante ella estaban arrodillados cinco aldeanos con la cabeza inclinada. De detrás de las orejas les brotaban finos regueros de sangre, que se acumulaba en el mentón

y goteaba sobre la madera del suelo. Todos menos uno estaban temblando. No había habido tiempo para buscar opio que aliviase su dolor. Se lamentaba de ello, pero no era tan grave.

Agitó las esquirlas que tenía en la mano, que aún llevaban adheridos cabellos, sangre y fragmentos de cuero cabelludo.

—Suéltalos —le ordenó a Hoja—. Trae a los cinco siguientes. Voy a necesitar más.

Habían depositado dos cadáveres junto a la cama, sobre una manta. Era una proporción mejor que la habitual del Festival del Diezmo. Al menos con eso podían sentirse un poco complacidos. Sus constructos tenían manos firmes y mucha fuerza. El procedimiento había sido rápido. ¿Para qué utilizar soldados? Iba a tener que sugerirle ese método a Shiyen cuando…

Ah, claro. En ocasiones tenía la sensación de estar viviendo dos vidas distintas, divididas en dos épocas distintas.

Las esquirlas tintinearon al tocar el fondo del cuenco de arcilla cuando las echó en el agua, que se tiñó con la sangre como si fuera una niebla roja. Nisong se volvió hacia las esquirlas que ya había lavado y, mientras sus constructos sacaban a los aldeanos y traían una remesa nueva, empezó a grabar.

Conocía las órdenes; conocía el método a emplear para meter la mano en el interior de la carne muerta. Los constructos de burocracia podían hacer pequeñas reparaciones en otros constructos. De manera que Nisong comprendió, desde un punto de vista lógico, que no había nada que le impidiera crearlos.

Tres de los cinco aldeanos gritaron cuando se les aplicó el cincel, uno gruñó, y el último lloriqueó. Nisong apretó los dientes sin hacer caso de sus quejas y se concentró en la tarea. Era necesario que aquellos constructos lucharan por ella, y que lo hicieran con competencia. Había escrito las órdenes en papel antes de grabar la primera, en el intento de buscar un equilibrio entre la complejidad de cada orden y la necesidad de utilizar el mínimo número de esquirlas que fuera posible. Y sus lagunas de memoria la frustraban; tenían que existir más órdenes, mejores, pero no las recordaba. Iba a tener que ser despiadadamente eficiente, o aquello no funcionaría.

Desvió la vista otra vez hacia la ventana cuando el fragor de la batalla se elevó por encima del repiqueteo de la lluvia. Los aldeanos se arrodillaron en el suelo temblando, sus respiraciones agitadas eran como el rumor del mar dentro de una caracola. Extendió una mano y Hoja depositó en ella las esquirlas.

—Las siguientes.

Las esquirlas ya se habían enfriado cuando las sacó del agua y metió las nuevas. Desprendió los trozos de piel y los cabellos, las secó con su falda, ya toda manchada de sangre, y las grabó también.

—Qué, ¿ahora nos vas a robar la vida el doble de rápido? —exclamó una aldeana cuando Hoja y los constructos la sacaron de la habitación—. ¡Eres un monstruo!

Nisong no reaccionó. Si la primera esquirla de aquellas gentes ya estaba siendo utilizada, supuso que ocurriría eso. Pero ¿podía preocuparse por los enfermos de las esquirlas teniendo gente propia a la que proteger?

De pronto, el constructo gaviota aterrizó en el alféizar. Se sacudió la lluvia, con

lo que salpicó el suelo de gotitas de agua que se mezclaron con la sangre.

—Los invasores han derribado la barricada principal y nuestros arqueros se han quedado sin flechas.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó Nisong calculando el número de esquirlas ya grabadas.

Podían ser suficientes. Quizá fueran suficientes. Si enviara muy pocos efectivos de una sola vez, perderían la ventaja numérica. Los constructos que estaba fabricando no iban a ser Tirang, ni siquiera constructos de guerra de segundo nivel, sino que estarían un poco por debajo de los de tercer nivel. Su fuerte no iba a ser la habilidad. La isla anterior era pequeña; incluso después de que sus constructos reunieran los cadáveres de los aldeanos que habían matado, estos no bastaron. Necesitaba más carne muerta para fabricar suficientes constructos que la defendieran de los soldados de la emperatriz.

Era necesario obtener más cadáveres en aquella isla.

La gaviota ladeó la cabeza, como si eso la ayudase a ver mejor a través de las calles mojadas por la lluvia.

—No mucho. La mayor parte del tiempo la hemos invertido en la primera barricada. Dentro de poco llegarán a las murallas del palacio, que son más decorativas que defensivas.

—Rápido —le dijo Nisong a Hoja—. Quince más, de inmediato.

Hoja enarcó una ceja y se inclinó hacia ella.

—Nisong, ¿es sensato? Si escogen resistir, es más de lo que podemos manejar razonablemente. Ya sé que estamos desesperados, pero ellos también.

Nisong cerró los ojos.

—Trae a los niños.

Hoja, para mérito suyo, dudó solo un instante antes de salir de la habitación. Nisong no quería extraer esquirlas a los más pequeños; ya se había manifestado en contra de someter a los niños a aquella operación. Pero su destino se acercaba a pasos agigantados y no había tiempo para lamentarse. Shiyen había dicho que los recuerdos de los niños eran más borrosos, y que por lo tanto se les estaba haciendo un favor. Y que siempre se había hecho así. Nisong, pensativa, se llevó una mano detrás de la oreja derecha. Allí tenía la piel lisa, sin ningún punto blando que se notara al tacto. Shiyen había reparado la herida antes de introducirle en el cuerpo las órdenes y los recuerdos. No sabía muy bien por qué se había tomado la molestia de hacerlo y, sin embargo, no le había implantado de nuevo los dos dedos que le faltaban en la mano izquierda. O también podía ser que estos los hubiera perdido más tarde y no lo recordara.

No tenía ningún recuerdo del Festival del Diezmo. Grabó las cinco esquirlas siguientes con los dedos doloridos a medida que iban entrando los niños entre temblores y lloros. Varios de ellos estallaron en un llanto histérico. Ah, era por los cadáveres colocados junto a la cama; por lo menos debería haberlos ocultado. Ya era demasiado tarde. Mejor acabar rápidamente que alargar la cosa. Le hizo una seña a Hoja, y este tomó el martillo y el cincel.

Lloraron, sí, pero no dieron alaridos. Entre los quince hubo una baja: una niña que no quiso quedarse quieta cuando se le ordenó. Su esquirla no podría utilizarse.

La gaviota reclamó su atención desde la ventana.

—Los soldados han llegado a las puertas.

Ya no había tiempo para debates éticos. Nisong tomó las cuatro últimas esquirlas, las lavó y las grabó todo lo deprisa que le permitieron sus manos temblorosas. Le pareció que las letras quedaron lo bastante precisas para que funcionasen. Solo había una manera de averiguarlo.

Fuera se oyó un crujido. ¿Un trueno? Pero no había habido relámpago. Eran las puertas, debían de haber encontrado algo que sirviera de ariete. Los soldados podían trepar a las murallas, pero seguramente desconocían lo que los aguardaba al otro lado.

—Todo el mundo a las puertas, incluidos los prisioneros —ordenó—. Ya mismo.

En este sentido, los constructos eran mejores que las personas. Se apresuraron a obedecer sin mirarse desconcertados, sin hacer preguntas y sin hablarse en cuchicheos.

En el patio, la lluvia caía con fuerza contra el empedrado. Con cada pisada, Nisong sentía que sus gastados zapatos se empapaban de agua. Le resultó extraño que, incluso entonces, todavía la irritase sentir el agua fría en los dedos de los pies o el chapoteo de la tela mojada. Las esquirlas iban en tres bolsitas distintas, su tintineo casi no se oía por encima del estruendo del aguacero.

De repente, algo golpeó de nuevo las puertas.

Los aldeanos que había tomado prisioneros se apiñaron unos con otros, la mano apretada contra la herida, el brazo rodeando a los niños. Sin duda, algunos componentes del grupo que estaba atacando tendrían familiares o amigos en aquella isla; sin duda, llegado el momento, ella podría utilizarlos como rehenes. Pero en aquel instante se elevó un clamor entre quienes estaban detrás de las puertas, y Nisong supo que no se detendrían a hacer preguntas ni a escuchar ninguna propuesta de negociación.

Para ellos, Nisong era simplemente un monstruo hambriento que no atendía a razones.

Los cadáveres estaban amontonados en un rincón del patio. Alguien, Nisong no sabía bien quién, había recogido enebro para añadirlo a su incineración. Un gesto de bondad, pero una pérdida de tiempo. Cuando el clamor al otro lado de las puertas aumentó de volumen, corrió hacia donde estaban los cadáveres.

Coral se arrodilló junto a ella mientras trabajaba.

—No tardarán en entrar.

—Toma un arma. —Agarró a Coral del brazo para guiarla hacia el palacio—. Ponte a salvo.

Fronda se separó de los constructos alineados junto a la puerta, cuchillo en mano. Todavía llevaba en la mano la figura de madera que había estado tallando: un pájaro en pleno vuelo, las plumas ya casi estaban terminadas. Lo miró como si se hubiera olvidado de que lo tenía y luego se arrodilló para dejarlo en el suelo.

—Yo seré tu arma —dijo—. Alguien debe protegerte mientras trabajas.

No habría elegido a Fronda, pero no había tiempo para ensamblar constructos que la defendieran. Además, una vez que los soldados hubieran rebasado las puertas ya daría lo mismo. Fronda era artista, no soldado. Era bajo de estatura, con el pelo constantemente en los ojos y la mirada siempre perdida. Su sitio no estaba en un campo de batalla; era ella la que lo había arrastrado a este. Habría elegido a

Caracola, que por lo menos era competente con la lanza.

Pero Caracola había muerto.

—Gracias —le dijo.

Respiró hondo e intentó concentrarse a pesar de los gritos. En la isla anterior, había necesitado varios intentos para fabricar constructos a partir de los cuerpos de los aldeanos. Se encontraba bastante falta de práctica. Allí trabajó mientras a su alrededor reinaba la calma; aquí estaba esforzándose en fabricar constructos para reprimir un ataque que ya había comenzado.

Había un sitio para ella en el corazón del Imperio, y haría que todo esto hubiera merecido la pena.

Procuró aferrarse a esa idea mientras trabajaba con las esquirlas: Shiyen y ella, juntos y enteros. Procuró hacer oídos sordos al crujido de la madera al romperse, a los sollozos de los niños, y prestar atención únicamente a su cuerpo, a las esquirlas de hueso y al cadáver que tenía delante y que la miraba con unos ojos desorbitados por la conmoción.

Con la mente en calma, acercó la mano al pecho del cadáver. Las yemas de sus dedos tocaron piel fría y muerta.

—Ya han conseguido entrar —le dijo sin aliento Coral, que acababa de regresar junto a ella—. Tienen hachas. Están haciendo pedazos las puertas.

Nisong ya había muerto una vez, sus recuerdos le revelaron malestar, debilidad y náuseas. Aquello ya había sido bastante doloroso, no quería morir de nuevo. No estaba dispuesta a rendirse.

Coral la aferró del brazo.

—Me has hablado de tus recuerdos —le dijo—. Retrocede un poco más en el tiempo. Cuando estabas con el emperador, no podías concentrarte. Piensa en tu hermana.

—Ella tampoco me hacía caso —respondió Nisong al tiempo que intentaba escabullirse de las suaves manos de Coral.

—No siempre. Y con esto bastó. Toma.

Coral tomó una rama de enebro y se la puso a Nisong debajo de la nariz. Detrás de ellas se oyó crujir la madera cuando los atacantes soltaron los tablones, gritos y entrechocar de metales. Los constructos que quedaban hacían todo lo posible por defender el patio.

Iban a morir, de modo que bien podía hacer lo que le sugería Coral. Respiró hondo.

Y de repente se sintió transportada. Se encontraba en las escaleras del vestíbulo de entrada del palacio de Hualin Or, contemplando cómo sus sirvientes cargaban sus enseres en un palanquín.

—Debería haber sido Manlou de Gaelung —le dijo a su espalda Wailun, su hermana—, no tú.

Nisong se limitó a encogerse de hombros. Había oído eso mismo en los chismorreos de la servidumbre, en los cuchicheos de la calle, en boca de sus propios padres. Iba a ser la consorte del emperador; aquellos comentarios ya no la molestaban, iba a estar por encima de todos ellos.

—Tú no le importas —apuntó Wailun.

—Eso da igual —replicó Nisong—. En estos momentos, yo soy la pareja más

ventajosa para él.

Wailun lanzó un bufido de sorna.

—Y supongo que no habrás tenido nada que ver con ese escándalo, de igual modo que no tuviste nada que ver con lo de Enara de Cabeza de Ciervo. Intentar coaccionar a la ayudante del emperador para que te envenenase… Eso no es algo que debería hacer una posible consorte.

—Ella permitió que el miedo guiara sus actos —dijo Nisong—. Me consideraba una amenaza y buscó consolidar su posición. No fue culpa mía que la descubrieran.

—¿Y tú no tuviste nada que ver con ello?

—Tampoco dije eso. —Apretó la mandíbula—. Eres tú la que siempre me dice que utilice la cabeza en mi beneficio. —Cuántas pequeñas manipulaciones, cuántas manipulaciones más graves, cuántos favores comprados y pagados. Ella se lo había ganado.

Wailun levantó las manos.

—No he venido a reprenderte.

Sintió que revivía en su interior una vida entera de dolor. Pero Wailun la había reprendido muchas veces. Tonta y simplona Nisong, que se presentaba donde no debía, que hablaba cuando no le correspondía. Cuando estaban las dos solas, su hermana podía ser amable; cuando había alguien más, la trataba con desdén. Lo único que deseaba Nisong era que alguien creyese en ella, que le tuviera cierto aprecio. Cuando estaba a solas con su hermana, tenía la impresión de que tal vez esta la apreciara un poco, pero una y otra vez sus esperanzas acababan frustrándose.

Hacía mucho tiempo que había cerrado su corazón a Wailun. Sin embargo, había ocasiones en las que tenía la sensación de que tan solo había cerrado los postigos de una ventana tras la cual rugía una tormenta. El agua seguía colándose y pudriendo la madera.

—¿A qué has venido, entonces? ¿A sacar a relucir mis crímenes? ¿A enfrentarte a mí? ¿No podías esperar hasta esta noche?

Más tarde, su familia la despediría con una cena formal. Sus padres la alabaron: claro, entonces sí que valía algo para ellos. Deseaba y a la vez temía el acontecimiento. Las alabanzas serían vacuas. Más que nada, deseaba dejar atrás aquella vida y empezar otra vez desde cero.

—Quería advertirte. Has ganado una batalla, pero las cosas no mejorarán cuando seas la consorte del emperador.

Esa vez le tocó a Nisong el turno de lanzar un bufido de sorna.

—No pueden empeorar más.

Wailun simplemente la contempló con expresión solemne.

—Sé de lo que eres capaz. Sé que eres más competente de lo que te consideran los demás. Pero Shiyen lleva toda la vida sabiendo quién es y quién ha de ser. Lo han educado, refinado y probado. No te verá como una consorte, sino como una ventaja para él, aunque inferior a la que debería haber recibido.

Nisong levantó la barbilla y apretó los labios.

—Yo no soy inferior. Se lo demostraré.

Antes de que pudiera reaccionar, Wailun miró alrededor y a continuación le dio un abrazo.

—Tú ve con cuidado.

Y acto seguido se apartó y desapareció escaleras arriba.

Durante un momento, Nisong se quedó tan sorprendida que no pudo moverse. Hasta aquel momento no se le había ocurrido pensar que a lo mejor Wailun también había sufrido la presión de sus padres y de otras personas para que fuera de determinada forma. Que a lo mejor la quería a su manera, con sus fallos.

Wailun la dejó con el aroma del enebro en el aire y con una breve calma en la tormenta que rugía tras las puertas de su corazón.

Cuando volvió en sí, estaba en el patio y la lluvia le empapaba el cabello. Coral seguía arrodillada a su lado y, de forma milagrosa, aún no habían muerto.

—Vamos —le dijo Coral—. Inténtalo ahora.

Sin siquiera pensarlo, Nisong introdujo la mano en el pecho del cadáver. La carne se volvió incorpórea. Colocó las esquirlas en sus respectivos sitios y sacó la mano. El muerto se incorporó, reanimado de nuevo, a la espera de una orden. Daba lástima verlo, la enorme herida que tenía en el vientre no dejaba de rezumar fluidos. Pero Nisong no tenía tiempo para cerrársela, refinarlo, darle una mayor complejidad.

—Destruye a los atacantes. Protege a los constructos.

Él obedeció.

Nisong fue hasta el siguiente cadáver, y después hasta el siguiente, concentrada en el aroma del enebro. No se atrevía a perder tiempo contemplando la refriega, aunque Coral le iba actualizando la información. Junto a ellas estaba Fronda combatiendo a los atacantes que habían logrado rebasar las defensas iniciales. En un momento dado le pareció notar una ráfaga de aire provocada por un golpe de espada. No había tiempo para preocuparse de ello, porque si se detenía moriría. Morirían todos.

—Date prisa —le dijo Coral al oído—. Necesitamos más.

¿Cómo podía darse prisa, cuando necesitaba concentrarse? Se atrevió a lanzar una mirada hacia la refriega, y se echó a temblar. Los constructos que iba fabricando ella ayudaban, pero no estaba activándolos con suficiente rapidez. El empedrado del patio iba llenándose de cadáveres. Cruzó brevemente la mirada con una mujer que vestía una ajada guerrera de soldado y tenía el rostro distorsionado en una mueca feroz, y sintió que el estómago le daba un vuelco.

La mujer iba derecho hacia ellos.

Fronda, sin dudarlo, se adelantó para acudir a su encuentro; le bloqueó la espada con su cuchillo y la empujó hacia atrás para que ellas tuvieran espacio para poder trabajar. Nisong se quedó sin respiración al ver que la mujer, haciendo caso omiso de los contraataques, atravesaba a Fronda con su espada. Fronda era demasiado lento, demasiado tímido. Apartó la vista; mirándolo no iba a ayudarlo.

Agarró la mano de Coral y le puso las bolsitas de esquirlas en ella.

—Tienes que sacar una de cada bolsita y dármelas cuando yo las necesite.

Coral arrugó el ceño.

—Pero ¿y si me equivoco y…?

—Por favor. De lo contrario, moriremos.

Acto seguido, antes de que hubiera más protestas, se volvió e introdujo la mano en el pecho de otro cadáver.

Coral trabajaba codo con codo con Nisong, las manos de ambas se movían al unísono. Sacaban más esquirlas, las introducían en un cadáver, daban la orden. Los maltrechos constructos, perdiendo pequeños fragmentos por el camino, se lanzaban a la refriega.

A Nisong le dolían las manos y la espalda, lo único que olía era el enebro y lo único que oía eran chillidos. Pero, trabajando con Coral, poco a poco fue percibiendo que se obraba un cambio de ritmo, que iban cambiando las tornas.

Por fin, ya solo quedaban tres cadáveres. Tendió la mano, pero no le llegaron más esquirlas.

—¿Coral?

—No tengo más.

Se atrevió a volverse. Lo primero que vio fue a Fronda, que yacía en el empedrado del patio con el cuchillo todavía aferrado en la mano. Tenía una flecha hundida en el pecho. Fue hacia él, exhausta, sabiendo ya lo que iba a encontrar y temiendo encontrarlo.

La lluvia caía sobre los ojos sin vida de Fronda y resbalaba por los pliegues de la piel. Ya no tallaría más figuras. Ella le había prometido libertad y una vida fuera de Maila, y en cambio le había llevado la muerte.

Apartó a un lado el sentimiento de culpa. Ya habían sufrido pérdidas en su marcha hacia Imperial; y sufrirían más antes de que llegara el final.

Recorrió el patio con la mirada. Tan solo quedaban unos pocos combatientes, arrinconados por los constructos contra los muros. Los demás soldados se habían batido en retirada.

Todavía con la mano apoyada en el pecho de Fronda, se derrumbó en el suelo. Habían ganado.

Capítulo 18

Lin

Isla de Riya

Thrana chilló de nuevo y sentí una punzada de pánico que me atravesaba el cuerpo, candente como un rayo. Casi ni noté el contacto del suelo bajo mis pies cuando eché a correr hacia el vestíbulo de entrada para subir la escalera. No sabía con certeza qué iba a hacer cuando llegase, porque estaba desarmada. Lo único que sabía era que no podía permitir que le ocurriera nada a Thrana.

Irrumpí como una exhalación por la puerta de mis dependencias. Algo me golpeó en el costado y me hizo caer al suelo. Alguien estaba encima de mí, con el rostro cubierto por una tela oscura y un cuchillo reluciente en la mano.

Sentí que mis huesos vibraban de energía. Propiné un manotazo al asesino en la muñeca y vi que el cuchillo se soltaba y salía volando.

Al momento siguiente, Jovis estaba apartando de mí al asesino con una expresión de furia en la cara. Lo arrojó a un lado, y su cuerpo chocó contra una de las sillas de mi salita. Soltó un gemido, pero rodó y se quedó de rodillas.

Thrana.

Mientras me levantaba, alcancé a ver atisbos de movimiento. Era otro asesino más, que tenía acorralados a Mefi y a Thrana. Solo Mefi estaba presentándole batalla. Thrana, aunque era más grande, permanecía acobardada y dejaba escapar gritos lastimeros cada vez que él intentaba atacar. Mefi tenía el hocico manchado de sangre, aunque no supe con seguridad si era la suya o la del asesino.

Cerré la puerta de una patada.

—Puedo ayudar —le dije a Jovis en voz baja.

—Soy el capitán de la Guardia Imperial —replicó Jovis—, mi deber es protegeros.

Flexioné los dedos acordándome del poder que había demostrado antes, cuando

logré traer la gota de lluvia al interior de la habitación. Jovis se quedó sorprendido de que hubiera podido hacer algo así.

—Tú no podrás protegerme si estás muerto. Y yo no estoy tan desvalida como cree todo el mundo. Además, *lo cierto* es que no deberías intentar decirme lo que tengo que hacer.

Jovis me había visto en el pasillo, cubierta de sangre tras la lucha con mi padre, pero victoriosa. Él, más que nadie, sabía que yo era muy capaz de valerme sola.

Me miró un instante y a continuación se sacó una daga del cinto. Me la lanzó, y yo la atrapé por la empuñadura.

—Yo me encargo del de la derecha —me dijo—. ¿Podéis encargaros vos del otro?

Sentí la fuerza que me recorría las extremidades, más intensa que cuando comí las bayas de enebro. Allí no había nadie a quien le importase que yo diera rienda suelta a mi nuevo poder mágico. Todo el pánico que sentía un momento antes se transformó en lava derretida.

—Sí.

¿Habían tenido la osadía de ir allí y atacar a *Thrana* en vez de a mí? Mis dedos se cerraron en torno a la daga. La levanté. Pero en vez de arremeter contra el asesino de la izquierda, dejé que se aguzara mi percepción. Capté la humedad que había dentro de la habitación y al otro lado de la ventana. Me resultó igual de fácil que cuando Jovis me enseñó cómo se hacía. Junté las gotas de agua y sentí cómo se fundían formando un charco a mis pies. Y acto seguido, cuando el asesino se lanzó hacia mí, levanté el charco e hice que le explotase en la cara.

El asesino se atragantó y estuvo a punto de soltar el arma.

Entonces yo invadí su espacio y le clavé la daga en las costillas. Ya había atravesado muchas veces la carne cuando estaba aprendiendo la magia de las esquirlas de mi padre, y esto no me produjo ninguna sensación distinta. Solo que esta vez la sangre estaba caliente. El asesino retrocedió apretándose la herida con una mano.

Jovis había arrancado una pata de una silla y la estaba usando a modo de garrote para golpear al asesino de la derecha. Mi adversario me había subestimado, pero estaba recuperándose rápidamente. El de Jovis esquivaba sus golpes y mantenía su arma en posición.

Retrocedí y busqué un lugar defendible. Resultó que quedé con mi espalda pegada a la de Jovis, la daga en alto y Thrana a mi lado. Al verme a mí, había recobrado el valor, y entonces, apoyada contra mi rodilla, gruñía con gesto amenazante.

Los dos asesinos atacaron.

La alanga que me había agredido en Imperial contaba con el elemento sorpresa. Estos dos hombres eran luchadores bien entrenados, se movían con la fluidez de dos bailarines. El mío se agachaba y me esquivaba, no quería enfrentarse a mí directamente, pues había conocido mi fuerza y mi velocidad. En vez de eso, amagaba con su hoja buscando un hueco.

Notaba la presencia de Jovis en mi espalda, rozando su hombro brevemente con el mío cada vez que se giraba. Recogí más agua del exterior a la vez que esquivaba un golpe y Thrana intentaba morder los tobillos del asesino.

El asesino vio el charco de agua que yo había reunido. Supe lo que estaba pensando: que de nuevo iba a lanzárselo a la cara para dejarlo sin respiración. Pero, en vez de eso, le mandé un delgado hilo de agua al rostro y el resto se lo arrojé a las rodillas en forma de ola.

Esquivó el agua dirigida a su cabeza, pero perdió el equilibrio y cayó cuando la ola le golpeó las piernas. Thrana se lanzó hacia él y le hundió los dientes en el brazo. El asesino, en el afán de liberarse de las fauces de Thrana, soltó el cuchillo.

Jovis soltó un gruñido.

Me volví rápidamente y vi que el otro asesino había clavado su daga en la pata de la silla que esgrimía Jovis. Antes de que pudiera recuperarse, me agaché, pasé por debajo del brazo que Jovis tenía levantado en alto y abrí el abdomen del asesino de un tajo. Matar me resultó más fácil de lo que pensaba. Seguía siendo solo carne a la espera del cuchillo.

Mi daga goteaba sangre al suelo.

—Como te decía…

Jovis entrecerró los ojos y se giró, y a punto estuvo de arrojarme al suelo. Blandió su improvisado garrote y la daga que estaba clavada en él alcanzó al otro asesino en el rostro. La empuñadura se le clavó en la sien con un crujido. Se había zafado de Thrana, aunque tenía el brazo inerte y sostenía su arma en la otra mano. Había estado a punto de apuñalarme por la espalda.

Sentía los latidos del corazón en los oídos, un eco del retumbar de la lluvia en el tejado. Jovis y yo permanecimos unos instantes allí de pie, temblando, con las piernas enlazadas como resultado de tantos giros rápidos y los hombros de ambos pegados. Mi mirada se encontró con la suya, mi respiración se acompasó con la de él. Sin darme cuenta, estaba mirando fijamente sus labios entreabiertos. Antes me había parecido un tipo bastante anodino y en ese momento no podía dejar de mirarlo. No supe muy bien qué deseaba más, si que se apartase o que se quedase. Su mano libre se alzó y se posó en la mía. Contuve el aliento.

—La daga —me dijo, y sentí su calor en mi oído—. Va a venir alguien.

Tardé unos momentos en comprender a qué se refería. Por supuesto. Sentí el deseo de que me tragara la tierra, primero el suelo de aquella habitación, después el de la planta de abajo y finalmente la tierra mojada y fría. Yo era Lin, la emperatriz, y era una idiota.

Aflojé la mano con que empuñaba su daga y permití que la recuperase.

Y en ese momento me acordé de Thrana y de Mefi, y me sentí todavía más idiota. Me aparté unos pasos de Jovis para darle espacio. Nuestras dos mascotas estaban de pie, con el pelaje manchado de sangre, pero con los ojos brillantes.

—¿Estáis heridos? —les pregunté.

—No —respondió Mefi.

—No —repitió Thrana.

De repente se abrió la puerta de golpe y entraron cinco guardias en la habitación seguidos de Iloh. Lo inspeccionaron todo rápidamente y vieron los dos asesinos muertos.

—¿Estáis bien? —preguntó Iloh.

—Jovis es un capitán muy competente. Ha abatido a estos dos hombres.

Me puse furiosa al ver que Jovis tuvo la temeridad de sonreír ante esta

alabanza, como si se la mereciera. Hasta cambió de postura y se irguió a la vez que limpiaba su daga y volvía a guardarla en su funda.

—Ya, bueno, *es* mi trabajo.

Nunca había tenido tantas ganas de arrearle un puñetazo a alguien.

—No sé muy bien cómo han logrado entrar estos asesinos en el palacio —dijo Iloh—. Os aseguro que antes de vuestra visita hemos tomado todas las precauciones. Mis guardias deberían haberse encargado de ellos antes de que consiguieran siquiera llegar a las dependencias de los invitados. Os pido disculpas, de corazón. Por favor, perdonadme.

Iloh no habría enviado asesinos contra mí en mis habitaciones; habría esperado hasta que yo estuviera en la calle, para así poder negar toda responsabilidad.

Le quité importancia al asunto con un ademán.

—A Jovis lo han seguido cuando ha bajado a la ciudad. Debería haberos informado de ello.

—Aun así, excelencia, juro que esto no volverá a suceder. —Iloh volvió a recorrer la habitación con la mirada—. ¿El tejado tiene alguna gotera?

El agua. Noté que me subía un calor por la nuca. Los suelos y las alfombras estaban empapados, y se habían formado charcos allí donde yo había arrojado agua a los asesinos. Se suponía que debía mantener en secreto mi poder mágico, y en cambio allí estaba, dejando pruebas de él por todas partes.

—Seguramente deberíais examinarlo. Ya estaba así cuando vinimos —dijo Jovis en tono tranquilo.

A lo mejor no tenía tantas ganas de arrearle un puñetazo. No estaba segura.

—Esperad —les dije a los guardias que habían empezado a levantar al asesino para llevárselo—. ¿Aún vive? Quiero hablar con él.

Los guardias miraron a Iloh, y este hizo un gesto afirmativo. Recostaron al asesino contra la pared y yo me acerqué. No era ni joven ni viejo, tenía el típico rostro insulso que difícilmente destaca entre una multitud. Todavía tenía los ojos cerrados, pero respiraba con normalidad. Me arrodillé a su lado y le di palmaditas en la mejilla hasta que empezó a despertarse.

—Estás en las dependencias para invitados de la emperatriz Lin Sukai —le dije. Sabía lo mucho que podía desorientar un golpe recibido en la cabeza—. Has intentado matarme. ¿Quién te ha enviado?

—Vuestro padre nos abandonó. Nos dejasteis solos —respondió con la mirada turbia.

—¿A quién abandonó? Yo no he hecho tal cosa.

—¿De qué está hablando? —preguntó Jovis a mi lado.

—No tengo ni idea.

—¿Por qué dejarnos con vida? ¿Por qué ordenarnos hacer las mismas cosas todos los días?

—¿Quién te ha enviado? ¿Por qué estás… —Me interrumpí y el resto de la frase murió en mi boca. Yo desconocía lo que había hecho mi padre con los constructos fallidos, los que había fabricado antes de mí. No los había destruido. Las piezas empezaron a encajar en mi mente.

Poco a poco, sus ojos fueron enfocándose.

—No tengo respuestas para vos —me dijo.

Ojalá no hubiera más personas presentes, porque podría introducir una mano dentro de él y modificar sus órdenes hasta que me dijera la verdad. Si pudiera llevármelo a mi barco y estar a solas con él, quizá tuviera todavía una oportunidad.

Se rio como si supiera lo que yo estaba pensando. Antes de que pudiera hacerle otra pregunta, me propinó un cabezazo en el cráneo. Todo dio vueltas a mi alrededor. Como en una mancha borrosa, me pareció distinguir que se ponía de pie y que, a lo lejos, Thrana lanzaba un gruñido.

Y de pronto me salpicó algo caliente. Sangre.

Durante una fracción de segundo pensé que era sangre mía. De modo que aquel iba a ser mi fin. No por la mano de mi padre, sino por la de uno de sus constructos. La habitación empezó a aquietarse. Junto a mí vi a Jovis, con su daga enterrada en el pecho del otro.

La sangre no era mía. Sino de él.

Alcé una mano intentando estabilizarme y bajo mis dedos encontré el pelaje de Thrana, que me sirvió de apoyo para incorporarme.

—No tenías que haberlo matado —le dije a Jovis—. En ningún momento he dado esa orden.

Empezaba a dolerme la cabeza. Bajé la vista y descubrí manchas de sangre en la casaca de Iloh.

—Vuestra casaca —le dije—. Lo lamento. —No estaba segura de lo que estaba diciendo. En cuanto me puse de pie, la habitación empezó a de nuevo a dar vueltas.

Hice un esfuerzo para fijarme en Iloh y solo alcancé a vislumbrar su expresión de desconcierto antes de que el rostro de Jovis se interpusiera delante del mío. Tenía las cejas juntas formando una expresión severa.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Dejar que os matase? ¿Estáis loca? No creo que eso funcionara bien para ninguno de los dos.

—Soy la emperatriz —repliqué indignada. Hundí los dedos en el pelaje de Thrana en el intento de que la habitación dejase de girar. El dolor suprimió mi acceso de cólera. Había demasiada gente—. Y… no me vendría mal darme un baño. Por favor.

Después de eso, todo sucedió muy deprisa. Jovis salió y se quedó montando guardia junto a mi puerta. Empezaron a entrar y salir sirvientes para limpiar el agua y la sangre. Uno de ellos me condujo a los baños, seguido de Jovis, que se quedó aguardando al otro lado de la puerta.

El baño me calmó. Y después, lo único que me apeteció fue dormir.

Regresé a mi habitación igual que un perro al que han echado una reprimenda. Había fracasado. Necesitaba que aquellas cuatro islas me apoyasen. Iloh me odiaba. El pueblo me odiaba. Me acurruqué en la cama de invitados con Thrana a mi lado. Hundí el rostro en su hombro y aspiré su olor: a humo de madera y tierra mojada.

—No sé qué hacer. No me quieren como emperatriz. ¿Cómo voy a seguir luchando por eso, si soy la única que lo hace?

Thrana acercó su húmedo hocico a mi oído.

—Yo estoy aquí. Ikanuy está ayudando. Jovis y Mefi están ayudando.

Jovis. ¿De verdad estaba ayudándome? No podía saberlo con seguridad.

—Gracias —le susurré pegada a ella.

Thrana emitió un sonoro suspiro.

Me despertaron unos golpes en la puerta. Todavía soñolienta, me levanté. Thrana murmuró algo en sueños cuando la aparté a un lado y busqué mis zapatillas. Me anudé la cinta de la bata, me pasé una mano por el pelo y abrí la puerta esperando encontrarme con algún sirviente o con Jovis.

Sin embargo, el que estaba en el umbral era Iloh, elegantemente vestido y mucho más despierto que yo. ¿Llevaba puesta la misma casaca de la noche anterior?

—Os debo una disculpa.

Tardé unos momentos en ordenar mis ideas. Todavía flotaba en el aire un leve olor a cobre.

—¿Por los asesinos? Ya os habéis disculpado.

—Aunque sigo pensando que fue una grave omisión por parte de mis guardias, no he venido a disculparme por eso. Os he tratado de manera injusta.

Por fin se ordenaron mis ideas.

—Vuestra madre —le dije—. Sé que mi padre utilizó una esquirla suya y la mató. Yo no tenía poder alguno sobre las cosas que hacía mi padre, ojalá lo hubiera tenido. Baste decir que rara vez nos veíamos cara a cara. —Me acordé del mal genio de Shiyen, de mis intentos desesperados de agradarlo y ser la persona que él quería que fuera. Y del día en que lo maté.

—Siempre he creído que todos los Sukai estaban cortados por el mismo patrón —dijo Iloh.

Yo en realidad no era una Sukai, pero le dejé continuar.

—He hablado con Pulan. He seguido vuestro consejo. Hemos estado hablando toda la noche. Si cumplís vuestra palabra y enviáis recursos para explotar su mina, se casará conmigo. Y los hijos… De eso ya nos ocuparemos más adelante. Los dos juntos.

Parecía más tímido que la noche anterior, sin la ventaja del alcohol para que le infundiera valor y le hiciera ser sincero. Le dejé sufrir en su incomodidad durante unos instantes, solo porque él me había hecho sufrir a mí en la mía mucho más tiempo. Y luego actué de forma elegante.

—Me alegra saberlo. Y cumpliré mi palabra. Podemos redactar los documentos antes de mi partida, si Pulan se queda el tiempo suficiente para firmarlos. A cambio, le pediré un diezmo ligeramente más elevado. —Lo dejé caer al final, con la esperanza de que Iloh estuviera de buen humor y aceptase. Una vez que estuvieran casados, se sumarían sus patrimonios y sus gobiernos.

—Por supuesto, es justo, dado que haréis una inversión —repuso Iloh. Hizo una reverencia y, por primera vez, pareció sincera—. Distribuiré las esquirlas entre mi gente. Ese gesto hará mucho por sanar las brechas que creó vuestro padre.

—¿Y los guardias para ayudar con los constructos de los confines noreste?

Iloh hizo un gesto negativo con la cabeza, y a mí se me cayó el alma a los pies.

—Primero tengo que velar por los míos, esta mañana me ha llegado un informe de que los constructos han atacado una aldea situada justo al este de aquí. Si envío guardias a otra parte, considerarán que los estoy abandonando. Vivimos tiempos difíciles, ataques de los constructos, el hundimiento de Cabeza de Ciervo y cada

vez más tos de los pantanos. La tos de los pantanos ya ha empezado a azotar Riya, y los anacardos son caros. Puedo enviar a unos cuantos guardias, pero no a tantos como probablemente os gustaría a vos.

¿Los constructos asesinos y un ataque a una de las aldeas de Riya al mismo tiempo? Tuve el presentimiento de que ambos sucesos guardaban relación entre sí.

—¿Y si ese ataque tiene su origen en el grupo del noreste? Tan solo estaríais asestando un golpe al monstruo en las piernas, en vez de cortarle la cabeza.

Iloh abrió las manos.

—Lo cierto es que yo soy el responsable de Riya. Vos sois la responsable del Imperio. Los constructos son asunto del emperador. Lo siento.

Sentí como si el suelo se hundiera bajo mis pies arrastrando a mi estómago consigo. Iloh no podía hacer aquello. Yo podía ordenarle que enviara a todos sus guardias. Podía recuperar su esquirla o las esquirlas de sus familiares y utilizarlas para amenazarlo hasta que hiciera lo que yo le ordenaba. No era por mí, sino por la gente como Numeen y su familia por lo que necesitaban tener un emperador que se preocupara por ellos.

Mis sentidos se aguzaron y tomé conciencia del té que estaba haciéndose en la habitación contigua, del agua acumulada en el tejado, del sudor que perlaba la frente de Iloh. Tal vez no tuviera constructos, pero tenía otros poderes.

Thrana me hociqueó la mano. Me vino a la memoria la grulla de papel que había hecho la hija de Numeen, manchada con su sangre, y el modo en el que trataba mi padre a la gente que se le oponía. Respiré hondo. Yo no era él.

Pero entonces estudié el rostro de Iloh. No se había cerrado en banda, no del todo. Estaba esperando.

Quería que yo le hiciera una contraoferta.

Mi cerebro repasó a toda prisa lo que había dicho. Ah.

—Necesitáis anacardos. —Imperial contaba con una reserva de aceite. El envío de Nephilanu a Imperial se había retrasado, y yo aún no sabía el motivo, pero recibiríamos más—. Dejad que yo solucione otro de vuestros problemas. Ordenaré a mi administradora que os haga llegar una parte de las reservas de aceite de Imperial. Deberá llegaros enseguida. —Hice unos cuantos cálculos mentales. Teniendo en cuenta el número de personas que habitualmente enfermaban de la tos de los pantanos, sobraría aceite suficiente para Imperial en el caso de que algo saliese mal.

—Eso tranquilizaría mucho a mi gente —dijo Iloh—. Y salvaría mis arcas. Podré contratar y entrenar a más guardias. Entretanto, tenéis mis guardias a vuestra disposición.

Iloh sabía regatear, pero yo había ganado un aliado en lugar de un enemigo.

Así que me permití esbozar una levísima sonrisa de satisfacción cuando concluyó nuestra visita y estuvieron firmados los documentos para la explotación de la mina de rocasabia de Pulan. Mandaría una copia a Ikanuy para que se encargara de administrar los recursos. Pero Jovis me acompañó a lo largo de todas esas negociaciones, siempre un paso por detrás de mí, golpeando suavemente el suelo con su bastón.

Finalmente, cuando ya estábamos de nuevo a bordo del barco contemplando cómo los trabajadores soltaban las amarras del muelle, me dirigí a él.

—Vamos, suéltalo. No estarás todavía molesto por mi reprimenda de anoche, ¿no? Ahora entiendo que mataras a aquel asesino, pero yo casi tenía la cabeza partida en dos y estaba interrogándolo.

Jovis se limitó a poner gesto de enfado y continuó con la vista fija en el mar Infinito.

—No debería haberos dicho que estabais loca. Sois la emperatriz. No debería haberme olvidado de ese detalle.

¿Por qué me decía eso?

—¿Y de qué forma debería recordártelo?

Se volvió hacia mí con expresión solemne.

—Ya me lo habéis recordado. Excelencia, Cabeza de Ciervo se hundió en el mar. ¿Por qué? He estado pensando al respecto.

—Eres partidario de la teoría de la mina de rocasabia.

—No sé qué creer. Pero ¿de verdad deberíamos explotar minas nuevas cuando no sabemos por qué se hundió Cabeza de Ciervo? —replicó Jovis—. ¿Qué isla será la siguiente? ¿Quién de nosotros se hundirá? ¿Unta? Unta no se parece a Cabeza de Ciervo, pero posee grandes minas de rocasabia.

No pude evitar acordarme del edicto de mi padre: que la mina de Imperial no debía reabrirse nunca. ¿Sabría él algo que yo desconocía?

—Es la única pista que tenemos —dijo Jovis—, y vos acabáis de aceptar ayudar a explotar una mina que hay en la isla de Pulan. ¿Será esa isla la siguiente?

Me entraron ganas de arrancarle el bastón de las manos para dejar de oír aquellos *golpecitos* que me ponían enferma.

—¿Te crees que es fácil ser emperatriz? ¿Te crees que yo no reflexiono sobre esas cosas? Tengo que ganarme el apoyo de estos gobernadores, de lo contrario mi gobierno oscila al borde del precipicio. ¿Cómo puedo ocuparme en estos momentos de problemas más grandes? ¿Cómo voy a pensar en las islas que se hunden y en los alanga si no tengo el poder necesario para hacer nada al respecto?

Jovis no apartó la vista, me sostuvo la mirada como si fuéramos iguales.

—Entonces, ¿sacrificaríais las vidas de todos los habitantes de la isla de Pulan para poder acumular poder?

¿Por qué insistía en verme de la manera menos favorable posible?

—¿Crees que aquí lo importante es el poder? Los objetos de los alanga están despertando. Los constructos están causando estragos. Necesitamos tener un imperio unido. ¿Que si estoy sacrificando intencionadamente la isla de Pulan? No. Tú no sabes si su isla se hundirá, o si se hundirá en un futuro cercano. Ni siquiera sabemos si son las minas las que lo están ocasionando.

—Yo estaba en Cabeza de Ciervo cuando se hundió —dijo Jovis—. A veces todavía sueño con ello: los edificios derrumbándose, las personas atrapadas en sus casas mientras la isla las arrastraba a las profundidades del mar. —Hizo una pausa y tragó saliva—. No hay nada que haga que eso merezca la pena. *Nada*.

Si fuera Bayan, esto sería una competición en la que cada uno pugnaría por ser el último en desviar la mirada. Pero yo veía miedo en los ojos de Jovis, en la tensión de su boca. Para él, esto no era una competición.

—¡Excelencia! —exclamó una sirviente subiendo a la cubierta a toda prisa, con el rostro congestionado. Se detuvo en el borde y nos hizo una reverencia a ambos.

Me asomé por la barandilla, contenta por la interrupción.

—¿Iloh tenía algo más que decirme?

—Acabamos de recibir noticias del sur —dijo la sirviente—, y ha considerado necesario informaros antes de que zarpéis. Se trata de Unta.

Sentí que se me adormecían los labios y que me subía una vibración por los brazos y las piernas, como si me invadieran un millar de arañas.

—Ha ocurrido un desastre —dije haciéndome eco de lo primero que había dicho Ilith refiriéndose a la isla de Cabeza de Ciervo. No necesitaba que me lo dijera ningún sirviente, pero la dejé hablar, porque necesitaba oírlo de labios de otra persona.

La sirviente parpadeó y se secó el sudor de la frente.

—Sí, Unta se ha hundido. Ha desaparecido.

Thrana se enroscó a mis piernas y empujó con la cabeza contra mi mano.

—No bueno —dijo con voz rota—. No bueno.

Capítulo 19

Phalue

Isla de Nephilanu

La pequeña era de pies rápidos, Phalue tenía que reconocerlo. Se movía dando pasos ligeros que resultaban difíciles de seguir y predecir. La lluvia se filtraba por las ramas de arriba, y a cada poco Phalue notaba que le caían gotas de agua fría en el rostro. Ayesh usaba una espada de madera para practicar, aunque incluso la más liviana que tenían seguía siendo demasiado grande para ella. Pero esa era la manera de ir ganando fuerza, y podía blandirla, cosa que las sorprendió a las dos.

Phalue observó cómo se movía la pequeña, la esquivó y a continuación, de un golpe, le arrebató la espada de la mano. Ayesh emitió una exclamación ahogada de dolor y agitó la muñeca al tiempo que su espada caía con un fuerte estrépito sobre el empedrado. Pero no se detuvo a descansar, sino que recogió la espada y la levantó.

—Otra vez. Puedo hacerlo mejor.

—¿Hay alguien en particular a quien quieras matar? ¿O solo a ti misma? —le dijo Phalue.

Ayesh puso un gesto hosco y se abalanzó contra ella.

Al final, iba a tener que terminar con aquello; era algo que había aprendido en la primera clase, cuando la pequeña se esforzó tanto que acabó literalmente agotada. A pesar de los recelos de Ranami, ella le había dado vía libre en las cocinas y un camastro en una pequeña habitación para que pudiera descansar un rato.

—Así es como empiezan estas cosas —le advirtió Ranami—. No podemos tenerla vigilada todo el tiempo. Cuando vi que tenía tantas ganas de irse, no pensé que fuera una espía, pero ahora viene a menudo por aquí. No me preocuparía mucho, salvo por el hecho de que ello te pone a ti en peligro.

—Sé cuidarme sola.

—Sabes cuidarte sola en una batalla, ahí te doy la razón. Pero esto es política.

Al final cedió, porque, después de todo, quería ayudar a los huérfanos. Pero a lo mejor Ranami estaba en lo cierto: ella no sabía ver un engaño.

Continuó parando los ataques de Ayesh.

—Echa un hombro hacia atrás —le indicó—. No te enfrentes a mí de cara. Hazte un blanco más pequeño.

—¡Ya soy un blanco más pequeño! —protestó la niña.

Bueno, en eso llevaba razón.

—Pero podrías serlo aún más —señaló Phalue—. ¿Y cuál es el primer objetivo en una pelea?

Ayesh suspiró.

—Procurar que a mi oponente le resulte más difícil hacerme daño.

—Y, a veces, eso implica huir.

La niña puso los ojos en blanco y Phalue lanzó una carcajada. Tenía algo de encantador el hecho de que a una la trataran con semejante irreverencia. Lo cierto era que a Ayesh no parecía importarle que ella fuese la gobernadora; le importaba lo que pudiera enseñarle, y eso resultaba refrescante. Con todas las demás personas era algo más que una instructora. Había hecho todo lo posible por transmitir calma, tal como le había sugerido Ranami. El hundimiento de Unta había tenido fuertes repercusiones emocionales, y Nephilanu no era inmune.

En Nephilanu no había minas de rocasabia, lo cual representaba una pequeña ventaja. Pero la mayoría de la gente no se fiaba de la explicación de que lo que estaba haciendo que las islas se hundieran eran accidentes ocurridos en las minas. Aun así, a petición de Ranami, Phalue había planeado una ruta de escape desde el palacio hasta los muelles utilizando la entrada oculta en las murallas que habían construido los alanga. Guardaban una provisión de rocasabia en el palacio, como medida de precaución.

Tres noches atrás hubo un pequeño temblor, y Phalue se despertó sobresaltada en mitad de la noche, sudorosa y temblando, e incluso cuando el temblor ya hubo pasado y no llegó ningún otro, no pudo volver a dormirse. No dejaba de pensar en las personas que quedaron atrapadas en Cabeza de Ciervo y en Unta mientras sus islas se hundían y arrastraban a todo el mundo hacia las profundidades del mar Infinito.

El golpe de una espada la devolvió al momento actual.

—¡Ja! —exclamó Ayesh—. ¿Has visto lo buena que soy? ¡Te he alcanzado!

—Estaba distraída. No te envalentones —la reprendió Phalue.

—Sai. —Era Tythus, interrumpiendo la sesión de entrenamiento—. Hay una persona que desea verte.

El tono de voz de Tythus la hizo envainar la espada.

—Una persona.

Tythus afirmó con la cabeza. Solo podía ser un hombre: Gio. No supo muy bien para qué habría ido a verla, acababan de pactar una tregua. ¿Más condiciones? Esperaba que no. Las patrullas estaban haciendo lo que ella pretendía y estaban eliminando lentamente a los constructos que había en Nephilanu.

—Hazlo pasar y luego ve a buscar a Ranami, por favor.

Tythus se apresuró a obedecer. Phalue miró de nuevo a la huérfana.

—No estoy segura de cuánto van a entretenerme, pero puedes esperarme.

Ayesh blandió su espada a modo de experimento y reajustó la posición.

—Esperaré.

La pequeña no tenía mala postura, y solo necesitaba una mano para sostener la espada, pero Phalue frunció los labios. Había estado enseñando a Ayesh la manera en que luchaba ella, y ella era mucho más grande físicamente de lo que Ayesh iba a ser nunca. Tenía que haber algo que pudieran hacer para ajustar aquello, un modo de luchar que estuviera más adaptado a la estatura y la velocidad de la niña.

—¿Interrumpo, sai? —dijo Gio aproximándose a ella con la cabeza cubierta con su capa engrasada.

Se había hecho algo en la nariz para que no pareciera suya, y se había tapado el ojo de color lechoso con un parche. Phalue supuso que sería una especie de disfraz. Todavía resultaba intimidante, con aquella cicatriz que resaltaba tanto, como si fuera uno de los antiguos alanga que aparecían en los relatos, que hubiera ido para vengar el incumplimiento de un pacto. Bajo la lluvia, la mayoría de los transeúntes no le prestarían ninguna atención, lo cual era una suerte para él. Todavía había carteles repartidos por ahí en los que se ofrecía una recompensa por su captura. Pero, claro, también quedaba algún que otro cartel suelto de Jovis. No había constructos para sustituirlos.

—Sí —le dijo Phalue sin ganas de perder el tiempo en cortesías—, pero ya estás aquí y yo dispongo de un momento.

Le indicó con un ademán que la siguiera por entre las columnas para tener un poco más de privacidad. Y también para alejarse de Ayesh; no porque la pequeña pudiera ser, en efecto, una espía, pero Ranami lo agradecería.

Se detuvo en el punto donde antes estaba ubicada la fuente. Gio observó el lugar y se fijó en que allí el empedrado no había sufrido los efectos de la intemperie.

—No he venido a suspender la tregua, si es eso lo que te estás preguntando.

Alguien la tocó en el codo. No tuvo que volverse para saber que se trataba de Ranami.

—¿Ocurre algo? —preguntó esta.

Gio hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tú aprecias que la gente te hable de forma directa —le dijo a Phalue—. Me ha llegado la noticia de que has recibido una misiva de la emperatriz en la que solicita realizar una visita. ¿Tienes intención de concedérsela?

Vaya, eso sí que era una sorpresa. No le había hablado a nadie de la misiva, excepto a Ranami y a su padre, y su padre estaba encarcelado. Un sirviente había llevado su respuesta al emisario de la emperatriz, pero nada más. Ranami se agarró de su brazo un poco más fuerte y se puso en tensión. Phalue supo lo que estaba pensando: Ayesh.

No estaban completamente solas cuando hablaron de la misiva, se encontraban bajo el arco de la entrada del palacio. Había otras explicaciones.

Ranami debió de mirar a Ayesh, porque Gio le siguió la mirada. Ayesh seguía practicando con su espada de madera, atacaba y retrocedía, luchando contra enemigos invisibles. Se la quedó mirando unos instantes.

—¿Es vuestra?

—No —se apresuró a responder Ranami—. Es de la ciudad. Phalue le está enseñando a luchar.

—¿Alguna pariente lejana vuestra o del gobernador?

Aquello estaba saliéndose por una extraña tangente. ¿Gio conocía a la pequeña? Fuera como fuese, estaba haciendo demasiadas preguntas.

—La verdad es que eso no es asunto tuyo —le dijo Phalue—, como tampoco lo es si hemos decidido aceptar o no la petición de la emperatriz.

Finalmente, Gio volvió a posar la mirada en Phalue con gesto grave.

—Puse una condición para la tregua, que fue que este año no hicierais el envío de anacardos. ¿Es o no asunto mío que cumplas dicha condición? ¿Es asunto de los pocos sin esquirlas?

Sí que era fastidioso, de tan persistente. Phalue comprendió por qué el líder de los rebeldes tenía enemigos.

—Ya accedí a las condiciones. Con eso debería bastarte.

—¿Y tienes la intención de respetarlas?

—Sí.

—Entonces, si permites que Lin te haga una visita, si escuchas lo que tenga que decirte para ganarse tu apoyo, ¿qué le dirás cuando te pregunte por qué no ha llegado el cargamento de anacardos?

¿Quién era allí el gobernador? ¿Ella o Gio? A lo mejor Gio habría preferido ser él, pero no fue así como terminó la cosa.

—No pienso mentirle, si es eso lo que te estás preguntando. Estoy segura de que podremos hablar pacíficamente de todo, hasta de los anacardos.

—¿De modo que tienes pensado recibirla?

Aquello era lo que odiaba de la política: el tira y afloja, las insinuaciones, la necesidad de tener siempre mucho cuidado con lo que uno decía, por si acaso se malinterpretaba. ¿Por qué no podía todo el mundo hablar mostrando abiertamente sus cartas, en vez de esconderlas celosamente? Así se conseguiría mucho más, y más deprisa.

Phalue ya había hecho llegar su respuesta a la emperatriz; anunciaría la visita una vez que tuviese la seguridad de que la carta había llegado a Imperial. Necesitaba saber más cosas de las que el emisario había podido decirle. ¿Quién era esa nueva emperatriz? ¿Cómo era? Había abolido el Festival del Diezmo, ¿por qué? No podía justificar ciegamente a los pocos sin esquirlas, con independencia de cuáles fueran las intenciones que habían expresado. Ni con independencia de sus amenazas. Sí, ella también deseaba una sociedad más justa y más equitativa, pero en Gio había algo que no acababa de sonar auténtico. Tal vez fuesen las historias, los mitos, que se habían forjado acerca de él. ¿Se había criado en Khalute? ¿Y de verdad había conquistado aquella isla sin ayuda de nadie? Ella nunca se lo había creído, pero ahora, al mirarlo, ya no estaba segura. Incluso yendo disfrazado, desprendía una sensación de amenaza inminente, como la de las nubes de tormenta que aguardan en el horizonte.

Le sostuvo la mirada y se negó a responderle. Ya se enteraría cuando se hiciera el anuncio, y no antes.

Gio hizo un gesto negativo con la cabeza que salpicó agua de su capucha.

—Niégate a la visita. Rechaza a la emperatriz.

—No le falta razón —apuntó Ranami—. Al invitarla a que venga aquí nos arriesgamos a una confrontación.

¿Y cuándo se había achicado Phalue ante una confrontación?

—No se trata de eso. Cuando pactamos la tregua, tú expusiste tus condiciones. Ninguna de ellas consistía en que tuvieras ni voz ni voto para decidir cómo debo gobernar Nephilanu. ¿No querías que se suspendieran los envíos de anacardos? Pues ya se han suspendido. No te debo nada más, Gio.

Gio la miró con cara de pocos amigos por debajo de su capucha con su único ojo bueno, que era como una sima entre los pliegues de su rostro.

—Rechaza la visita —repitió.

—No.

Por un momento, creyó que Gio iba a agredirla. Eso le habría gustado: el choque de espadas, la fuerza de él enfrentada a la suya, la sencillez de una lucha física. Que eso decidiera el asunto.

Pero Gio retrocedió con una mueca de desagrado, como si hubiera bebido algo amargo.

—No romperé la tregua, pero estás tomando una decisión de la que te vas a arrepentir. Y no seré yo quien haga que te arrepientas. Los Sukai nunca han sido gente pacífica, nunca en su larga historia han mirado por los intereses de otras personas. Asesinan a quienes se oponen a ellos, acaparan sus artes mágicas y buscan el poder sin preocuparse por lo que cueste. Un Sukai podrá convencerte de que se preocupa, de que sus motivos son más elevados, pero siempre miente. Siempre.

Capítulo 20

Jovis

Algún punto del mar Infinito

Me ha sorprendido descubrir que Ylan representa una buena compañía a medida que va recuperándose. Paso la mayor parte del tiempo a solas, pero resulta reconfortante contar con la compañía de otra persona, y he descubierto que tenemos mucho de que conversar. Él tiene formación académica y ha leído mucho. A veces, pasea conmigo mientras yo me ocupo de mi isla, y hablamos de la naturaleza de animales y hombres. Ha dedicado su vida al estudio de los ossalen (¿?), y yo aporto ideas a sus observaciones. Pero no siempre nos llevamos bien. Él dice que los alanga son demasiado poderosos. Lo que entre nuestros pueblos representa una pequeña riña (¿conflicto?) puede volcar barcos y arrasar granjas. Cuando le señalo que los alanga pagan un precio por daños y perjuicios (indemnización), me replica que eso también lo pagamos algunos de nosotros. (Mefi no tenía muy clara la redacción de las siguientes frases. Decían algo acerca de la duda, el cuestionamiento y el sentimiento de culpa.)

Le pido que hablemos de otros temas y transige, pero siempre terminamos volviendo al mismo tema.

¿Y si —me pregunta— existiera un modo de mantener a raya a mis compañeros?

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

Unta había desaparecido. Yo no tenía mucha costumbre de hacer profecías, esa era más bien la disciplina de mi madre. “Si sigues corriendo así, te romperás un hueso.” “Si no tienes cuidado, te quemarás.” “Jovis, habrá ocasiones en las que te arrepentirás de haber dicho en voz alta lo que piensas.” Yo sabía que el hundimiento de Unta no había sido culpa mía, que había sucedido mucho antes de que yo hubiese escogido dicha isla, pero nada podía suprimir la incómoda sensación de que yo había dicho que Unta sería la siguiente en hundirse y así ocurrió.

Me parecía que hubiera transcurrido una eternidad desde que me pagaron para dejar a una niña y un niño en Unta, al cuidado de los pocos sin esquirlas, tras salvarlos del Festival del Diezmo. Mefi les había tomado aprecio. Me gustaría saber si habrían logrado escapar de la isla antes de que se hundiese, o si los salvé de un destino fatal para lanzarlos de cabeza a otro.

—Esto no cambia nada —fue lo primero que dijo Lin, aunque con la cara muy pálida—. Tenemos que seguir adelante con la explotación de la mina de Pulan. Necesito a Riya.

—¿Para qué? ¿Para tener apoyo moral? Los guardias de Iloh no van a suponer ninguna diferencia. —Al momento me arrepentí de haber dicho en voz alta lo que pensaba. Mi madre sí que *era profeta.*

—Cíñete a tus obligaciones, capitán —me contestó Lin con la cabeza alta y en tono tajante—. Y deja los asuntos de política a quienes los entienden. —Casi no habíamos hablado desde entonces.

Miré por la escotilla de mi abarrotado camarote, con el libro de los alanga en las manos, y contemplé cómo avanzaban las nubes sobre el mar. Había iniciado una investigación del intento de asesinato en Riya, dentro de lo que me fue posible. Había tomado en cuenta las armas que utilizaron, la ropa que llevaban puesta. Eran prendas simples y de color oscuro, pero allí terminaban las similitudes. No estaban coordinadas unas con otras: unas parecían nuevas, otras estaban viejas y remendadas. Cuando acudí a Lin con esos hallazgos, me sorprendió que no mostrara preocupación alguna y que estuviera deseosa de librarse de mí una vez más. Había algo que me estaba ocultando. Estaba rodeada de secretos, como escamas de un pez bajo las uñas de un pescador.

De pronto se oyeron unos golpes en la puerta.

—Hemos avistado Nephilanu —informó uno de mis guardias.

Cerré el libro de los alanga y volví a guardarlo en mi morral.

—Enseguida subo a la cubierta.

Mefi, que había pasado casi todo el día en mi camarote, deprimido y suspirando, ya estaba arriba con Thrana. Por fin, conforme nos íbamos aproximando, habían dejado de quemar rocasabia. Mefi odiaba estar en espacios confinados, en cambio le encantaba navegar por el mar Infinito.

Me dirigí a la cubierta y me tropecé con la única persona que intentaba eludir.

—Excelencia —dije.

Lin iba vestida con una sencilla túnica que solo llevaba bordados en el cuello. El fajín era del mismo color, por lo que se confundía con ella. Llevaba el cabello recogido en una coleta de la que habían escapado unos cuantos mechones sueltos a causa del viento. Me miró fijamente con aquellos ojos oscuros y yo volví a sentirme

confuso.

—Jovis —dijo.

Yo estaba enfadado con ella y ella era la emperatriz; era necesario que me acordara de esas dos cosas, porque una parte de mí deseaba pedirle perdón por mi rudeza de antes.

—Estáis muy hermosa —le dije, y me reprendí a mí mismo por hablar. Nunca era capaz de soportar un silencio.

Ella bajó la vista como si no supiera muy bien qué llevaba puesto para merecer dicha atención.

—¿Con esto? —dijo con una ancha sonrisa—. ¿Debería entrevistarme con la gobernadora de Nephilanu de esta guisa?

—¿Por qué no? Tal vez iniciéis una nueva tendencia. Al fin y al cabo, si lo hace la emperatriz, será que está de moda.

—Ah, la moda. El único poder que realmente se necesita para gobernar un imperio.

Gobernar un imperio. Sí, eso era lo que ella estaba intentando hacer. Aunque ello implicara poner en peligro a la gente.

Parte de lo que estaba pensando debió de notárseme en la cara, porque Lin calló y adoptó de nuevo una actitud formal. Y, para mi desgracia, me entraron ganas de hacer un chiste, de aligerar la situación, solo para volver a experimentar aquella actitud relajada entre ambos. Pero habría sido una salida de cobardes.

—Las minas de rocasabia… —empecé, pero dejé la frase sin terminar. No sabía qué más decir. Había dejado de usar rocasabia tras ver lo mal que reaccionaba Mefi a ella. Me llenaba de pánico pensar que iban a explotarse más minas—. Deberíais cerrarlas. Por lo menos hasta que sepamos con seguridad cuál es la causa de que las islas se hundan.

—¿Eres mi consejero o el capitán de mi Guardia Imperial?

No me tomé la molestia de responderle, porque sabía reconocer una trampa cuando la veía. Lin me miró con gesto ceñudo, y yo la miré igual.

—Soy un ciudadano preocupado —repliqué, deseando haber mantenido la boca cerrada.

—Ya te he dicho que esta era la mejor solución. Tengo todo un imperio que tener en cuenta, no solo personas o islas individuales. ¿Opinas que en todo momento debería hacer lo que sea más justo? Lo más justo no siempre es lo *correcto*. Así que, hasta que se te ocurra algo mejor… —Esperó unos instantes para darme la oportunidad de ofrecerle una solución. Y por las pelotas de Dione que yo no tenía ninguna. Hizo un gesto afirmativo—. En ese caso, continuaré haciendo lo que considere oportuno para nuestro imperio. Que es mi derecho y mi deber.

Pasó por mi lado y se dirigió a los camarotes.

Era mejor así, cuando no nos entendíamos. Pero, sin saber por qué, no conseguía olvidarme de lo que sentí cuando luché contra aquellos asesinos teniéndola a ella a mi espalda, cuando por unos instantes tuve la impresión de que habíamos dejado a un lado el rol de cada uno. Me sentí como si fuéramos capaces de enfrentarnos a un ejército y salir ilesos. Sacudí la cabeza en un gesto negativo y me acerqué a la borda.

Mefi y Thrana nadaban a un lado del barco persiguiéndose el uno al otro. Los

llamé y les hice una seña con la mano para que subiesen. No tardaríamos en tocar tierra.

Se encaramaron a la cubierta y se sacudieron el agua, con lo que yo tuve que apartarme a toda prisa para no terminar empapado. Mefi se acercó a mí para pedirme que le rascara las mejillas, y lo complací entre risas. Thrana se quedó atrás, con la cabeza gacha y las orejas caídas. No se fiaba de mí del todo. Lin me había contado que su padre había hecho experimentos con ella, y que la tortura había dejado su huella.

Se me hacía extraño regresar a Nephilanu. La última vez que estuve allí era contrabandista y andaba buscando a mi esposa. Ahora era el capitán de la Guardia Imperial, un puesto de gran altura que ni siquiera estaba seguro de querer desempeñar. Y sabía una cosa acerca de aquella isla que desconocía Lin: que los pocos sin esquirlas habían ayudado a deponer al gobernador anterior y que entonces era probable que estuvieran reforzando su posición en la isla. En la selva que había al este de la ciudad se encontraba su escondrijo, en el cual yo había descubierto el libro de los alanga. Aparté a un lado la punzada del sentimiento de culpa. En justicia, debería habérselo dicho. Yo era el capitán de su Guardia Imperial y ella se disponía a pisar una isla en la que había una significativa presencia de pocos sin esquirlas. Pero yo también era un espía de dicho grupo.

Necesitaba regresar. Cuanto más pensaba en ello, más cuenta me daba de que tenía que haber más puertas ocultas en aquel pasillo oscuro. Aquel escondrijo había pertenecido en otro tiempo a los alanga, las paredes de piedra estaban llenas de murales suyos; ¿qué mejor sitio para buscar respuestas acerca de los alanga que en un lugar en el que habían vivido?

Atracamos en la ciudad principal y alcancé a vislumbrar brevemente el palacio ubicado en lo alto de la colina, por encima de los tejados. Ranami sabía muy bien que debía fingir no conocerme; me conocía de cuando estuvo trabajando para los pocos sin esquirlas, y esperé que hubiera informado de ello a Phalue.

Lin reapareció en la cubierta, resplandeciente con sus ropajes de emperatriz y el tocado en la cabeza. Las doncellas habían secado y restaurado cuidadosamente el kimono tras salir de Riya. El borde llevaba unas llamas pintadas que iban dando paso a un azul profundo hasta llegar a la altura de los hombros. Ni me habló ni me miró siquiera. Thrana se situó a su lado y se apoyó contra su pierna. Solo en ese momento se suavizó su expresión y posó una mano en el lomo de su compañera. Mefi, por mucho que me fastidiase reconocerlo, se parecía mucho a mí: era descarado y no se le daba bien escuchar, y se consideraba gracioso. En cambio, Lin y Thrana formaban una extraña pareja. Ella era audaz, perspicaz, compasiva pero despiadada; y Thrana iba por todas partes como una sombra y se encogía cada vez que alguien se fijaba en ella. Cuando yo encontré a Mefi, él era una cría, y me pregunté si Thrana se habría comportado de manera distinta si hubiera tenido una infancia más feliz. Con todo, en presencia de Lin parecía volverse más audaz, y suavizaba las duras aristas de la emperatriz.

Esta vez, no había ningún enviado de rango más bajo esperando en los muelles. Habían acudido tanto Phalue como Ranami, tomadas del brazo. Ranami llevaba un sencillo vestido de seda de cuello alto y cuadrado, cuya tela, de color verde, no iba adornada con bordados. Phalue no había cambiado lo más mínimo al convertirse

en gobernadora. Llevaba una coraza de cuero bastante desgastada por el uso y la espada sujeta a un lado. Dos guardias suyos habían llevado un palanquín para Lin. Nadie más los asistía.

Me situé al lado de la emperatriz, pero ligeramente por detrás de ella, con la mirada fija en su brillante cabellera, que sus doncellas habían recogido en diversos moños y trenzas.

Seguidamente se nos sumaron Mefi y Thrana, y juntos descendimos por la pasarela. Phalue, a modo de saludo, se llevó una mano al corazón y le hizo a Lin una reverencia.

—Excelencia, agradecemos vuestra visita, sobre todo en estos momentos de crisis.

Me gustaría saber cuántos culparían a Lin de todos aquellos nuevos trastornos. Los constructos habían enloquecido, Unta se había hundido. El puerto estaba casi lleno de barcos; algunos debían de haber llegado desde aquella desafortunada isla.

Los temblores de tierra, el calor del sol en mi nuca, los gritos de las personas enterradas entre los escombros. Cerré los ojos con fuerza en el intento de alejar aquellos recuerdos.

—Y yo agradezco que me recibáis —respondió Lin. Lo dijo en un tono de voz grave y calmado, sin la menor insinuación del terrible recibimiento que nos habían dado en Riya. Miró el palanquín y preguntó—: ¿Vais a subir ahí los tres, conmigo? No parece que haya espacio suficiente.

—Somos personas humildes —dijo Phalue—. Muy a menudo subo y bajo a pie del palacio a la ciudad, no tendría sentido que cambiase ahora de costumbres.

Lin reflexionó unos instantes.

—En ese caso, iré a pie con vos. Tenemos mucho de que hablar, y me gustaría ver vuestra ciudad desde el suelo.

Reprimí una sonrisa. El contexto lo era todo. En Riya, obligar a la emperatriz a ir andando había sido un insulto; aquí, ir andando podría servirle para ganarse el favor de la gobernadora. Y Lin daba la impresión de aprovechar todas las ventajas que pudiera. No pude evitar admirar su inteligencia.

Sus doncellas bajaron de la pasarela del barco cargadas con el arcón de esquirlas de Nephilanu.

—En señal de mi agradecimiento por haber salido a recibirme —dijo Lin elevando la voz—, os entrego las esquirlas de todos vuestros habitantes. He suspendido el Festival del Diezmo y he desmantelado los constructos de mi padre.

La gente que se había congregado cerca del muelle para mirar escuchaba atentamente, Ah, bien hecho. Propagarían aquella información por toda la ciudad incluso adelantándose a nuestro séquito. Por lo menos, Lin encontraría una mejor acogida por parte de los habitantes de esta isla.

Phalue hizo una seña a los dos guardias que la acompañaban para que se hicieran cargo del arcón. Ellos lo colocaron en un compartimento del palanquín, al lado de otro arcón, más pequeño, que contenía las pertenencias que Lin iba a usar durante su estancia.

—Os damos las gracias por devolvernos lo que nos pertenece. Esto hará mucho por enmendar cualquier enemistad que pueda haber entre Imperial y Nephilanu.

Interesante. Pero a continuación Lin se volvió hacia los hombres y mujeres que

la seguían.

—Las calles son estrechas y nuestra comitiva es grande. Confío en los guardias de Nephilanu para que velen por mi seguridad. Os doy permiso para el resto del día.

Yo podría haber pensado que aquello era un gesto de generosidad, cuya intención era solidarizarse con la falta de asistentes de Phalue y Ranami. De ese modo tendrían más privacidad, más intimidad. Pero cuando posó la mirada en mí, supe que no quería que yo hiciera lo mismo.

—Jovis, a ti también. Pero, por favor, acompáñanos a cenar.

Lin sabía tan bien como yo que había estado evitándola.

—¿Es juicioso —le pregunté en voz baja—, después de lo de Riya?

—Sé arreglármelas sola —me replicó y, sin esperar respuesta, se fue con Phalue y Ranami llevando a Thrana pegada a sus talones.

¿Por qué me molestaba siquiera en discutir con ella? Precisamente quería encontrar una manera de irme al escondrijo de los pocos sin esquirlas. Y esto me daba la oportunidad. Aun así, no pude resistirme a contemplar cómo los presentes se dividían en dos grupos y ella, con Thrana, se dirigía hacia la orilla. ¿Que sabía arreglárselas sola? Era novata en el uso de sus poderes mágicos, todavía no los controlaba del todo. Estaba tan segura de su inteligencia que prefería permitir que su enfado conmigo se interpusiera antes que su seguridad.

Ah, pero ¿qué era lo que sabía yo? Seguía sin comprender aquella energía que me corría por las venas, de dónde procedía, cuáles eran mis límites. Y ella había demostrado ser más que competente con el agua.

Las tres doncellas se sonrieron unas a otras ante la perspectiva de tener un día libre sin esperarlo y echaron a andar por el muelle para dirigirse a la ciudad. Los guardias que yo había designado para que acompañasen a Lin me miraron, y yo les indiqué con un ademán que podían marcharse. Tampoco a ellos les vendría mal disfrutar de un poco de tiempo libre. Un tiempo que no se había consumido meciéndose en el oleaje. Mefi observó mi expresión e hizo un ruidito interrogante.

Yo estaba dando golpecitos con el extremo de mi bastón de acero contra los gastados tablones del muelle, y dejé de hacerlo.

—No le ocurrirá nada —dije hablando como si quisiera convencerme a mí mismo. Necesitaba dar un poco de ventaja a las doncellas y a los guardias para ver a dónde iban. Luego, examiné mi bolsa de los dineros—. ¿Te apetece probar la comida de Nephilanu?

Acabábamos de desayunar, pero Mefi se mostró más que entusiasmado. Compré para él una ración de pescado frito y fideos crujientes a un joven que se quedó más que sorprendido al vernos a Mefi y a mí y casi se olvidó de aceptar mi dinero.

—Conservo uno de vuestros antiguos carteles —me dijo al tiempo que me entregaba la comida—, de cuando erais contrabandista. Lo he guardado.

Lo dijo todo orgulloso, como si hubiera encontrado una perla dentro de una ostra que otra persona hubiera tirado a la basura.

—Pues… estupendo.

¿Había pagado para que arrancasen aquellos malditos carteles, y ahora la gente se dedicaba a conservarlos? Me entraron ganas de meterme por un callejón y cubrirme la cara con barro. Pero supuse que, ahora que era el capitán de la

Guardia Imperial, no tenía modo de esconderme.

—Vivimos tiempos extraños. —Miré a mi alrededor y no vi a ninguno de los hombres y las mujeres del barco. El joven siguió hablando mientras yo intentaba apartarme del puesto sin parecer maleducado. Necesitaba salir de aquella conversación por más de un motivo—. Mi hermano estaba examinando las trampas que tenía colocadas en el muelle cuando un pequeño constructo espía le mordió un dedo y se lo arrancó. No hizo nada, esa criatura lo atacó sin más. Y Unta… Ya van dos islas. Uno termina preocupándose de cuál será la siguiente. A todas horas tengo la sensación de que el suelo está temblando.

—La emperatriz está haciendo todo lo que está en su mano para garantizar la seguridad de sus ciudadanos —le dije. Me sentí como si estuviera mintiendo.

El joven sonrió de oreja a oreja.

—Y os tenemos a vos, naturalmente.

Su confianza no hizo más que causarme malestar.

—Sí, me tenéis a mí. El Jovis que dice la canción. El que antes salvaba a niños y ahora salva al Imperio.

—Van a tener que escribir otra canción a ese respecto. ¡Ah, no, no!

Los fideos, que llevaban un rato sin que nadie les hiciera caso, habían empezado a quemarse, y corrió a atenderlos. Aproveché la oportunidad para huir. El sudor me corría por la espalda como si hubiera estado luchando en vez de sosteniendo una conversación amistosa. Antes era un contrabandista que intentaba encontrar a su esposa desparecida; en este momento era un espía, un miembro de la Guardia Imperial, un héroe del pueblo… y todas esas cosas no siempre casaban bien unas con otras. Cuando acepté el poder mágico que me había dado Mefi, no podía saber con exactitud adónde iba a conducirme mi destino. Pero ahora la gente *confiaba* en mí, recurría a mí buscando seguridad y esperanza.

No pude sacudirme la sensación de que estaban a punto de verse decepcionados.

Mefi, todavía con unos cuantos fideos colgándole de la boca, se apresuró a ponerse a mi altura.

—¿Vas a ver a Gio? —me preguntó esperanzado cuando nos internamos en la selva.

—Lo cierto es que espero no toparme con él. Puede que a ti te guste, Mefi, pero a mí no me inspira confianza.

—No es una mala persona.

—Como la mayoría de la gente. Pero ¿me fío yo de la mayoría de la gente? En absoluto.

Hacía ya bastante tiempo que no iba por el escondrijo, y me puse a ensayar lo que iba a decir. En la entrada habría un vigilante, pero los pocos sin esquirlas me conocían. Podía decirles que me había llamado Gio, y eso me haría ganar un poco de tiempo, por lo menos. Pero tenía que saber si había más puertas en aquellos pasillos y qué había detrás de ellas. ¿Habría algo que pudiera ayudarme a seguir descifrando el libro? ¿Algún objeto que nos ayudara a defendernos de los alanga de siniestras intenciones?

Era muy poco lo que comprendíamos de ellos. ¿Surgían en círculos? ¿Habían vuelto a la vida los alanga antiguos, los ya muertos, o solo los nuevos como yo?

Vivieron durante mucho tiempo; ¿eran como aquellas criaturas que únicamente vivían en la estación de lluvias, esperando a que el agua incubase sus huevos? Y la pregunta que continuaba atormentándome era la siguiente: si Lin y yo también éramos alanga, ¿qué les había sucedido a las criaturas con las que se habían vinculado los antiguos alanga?

La entrada a las cuevas de los pocos sin esquirlas estaba donde yo la recordaba. Tras una hendidura en la cara del acantilado casi totalmente oculta por la vegetación. Le indiqué con una seña a Mefi que no se separase de mí. Cuando era más pequeño, pasaba por mi lado escurriéndose con facilidad, ahora casi no cabía por el hueco.

Respiré hondo. Sentía la boca seca. Odiaba aquella parte. Me giré de lado y me colé por la hendidura. Hubiera jurado que era incluso más estrecha que la primera vez que pasé por ella. Olía a tierra mojada y a vegetación podrida.

Conseguí salir por el otro lado, y me encontré con un cuchillo en el cuello.

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?

De la oscuridad surgió una lámpara que me deslumbró con un resplandor anaranjado. Entrecerré los ojos.

—Soy Jovis. ¿O es que no me reconoces ahora que han quitado todos los carteles?

El cuchillo se apartó.

—No te esperábamos. —El hombre que empuñaba el cuchillo me miró con gesto suspicaz.

—Pregúntale a Gio —le dije—. Me ha mandado llamar.

Me miró de nuevo largamente, como si yo fuera un buey y no supiera si comprarme o no.

—En ese caso, te llevaré ante él.

No era lo que me apetecía precisamente.

—Sí, claro, ve tú delante.

En cuanto se volvió, salté rápidamente sobre él y le rodeé el cuello con un brazo. Cuando estuve con Gio no tuve tiempo para aprender gran cosa, pero eso sí que lo recordaba. Apliqué solo la presión exacta, y transcurridos unos momentos se desmoronó inconsciente en el suelo.

Mefi pasó entre mis piernas.

—No muy bueno —me dijo.

—Oh, se pondrá bien —le aseguré—. No parece que te preocupes tanto cuando yo atravieso un pez con mi lanza. Eso tampoco es agradable, ¿no crees?

Recogí la lámpara del suelo y me interné un poco más en las cuevas. Un poco más adelante las paredes se alisaban y se transformaban más en pasillos que en túneles. Iba a tener que darme todavía más prisa; el vigilante podía despertarse enseguida, y yo tenía que estar de regreso para la cena.

El pasillo por el que me había aventurado la última vez seguía estando oscuro y desierto. Se prolongaba un largo trecho y tenía las paredes vacías. Apoyé una mano en la fría piedra y fui pasando los dedos por ella.

—La puerta estaba aquí —señaló Mefi deteniéndose ante un tramo de pared en el que no había nada.

—Lo recuerdo.

Giré sobre mí mismo y di unos golpecitos con mi bastón en la pared contraria. No estaba seguro, pero me pareció que sonaba distinta. Pegué la palma de la mano a la piedra. ¿Qué era lo que había hecho la vez anterior para abrir la puerta? Estaba furioso y a punto de sacudir la cueva hasta sus cimientos. Y en el último momento retrocedí y lancé una mínima cantidad de magia contra la pared.

No se me daba muy bien ser preciso. Pero iba a tener que esforzarme al máximo. Me concentré y noté cómo empezaba a surgir la vibración en mis huesos. Con el rabillo del ojo vi que Mefi se acuclillaba, aplanaba las orejas y miraba el techo.

Controlar el flujo de energía era como intentar bloquear el caudal de un río con las manos. No me extrañó que Mefi se mostrara tan escéptico. Sentí una corriente que me ascendía velozmente por el brazo y, en el último momento, conseguí ralentizarla. Acto seguido, antes de que el acantilado entero nos cayera encima de la cabeza, retrocedí.

Algo se abrió con un chasquido.

La roca giró hacia fuera y dejó al descubierto una puerta donde antes no había ninguna. Me colé al interior precedido de Mefi, que se lanzó hacia la oscuridad como una exhalación.

—¡Mefi! —exclamé exasperado, pero al poco desistí. No merecía la pena reprenderlo, nunca aprendía.

Puse la lámpara por delante de mí intentando averiguar para qué servía aquella estancia. Se hallaba casi totalmente vacía, salvo por una alfombra bien conservada que había en el suelo de un estilo que no reconocí. Mefi ya se había ido hacia el rincón a olfatear la mesa de intrincados relieves que había allí.

—¿Eres capaz de distinguir lo que han comido?

—Huele a madera —me respondió desilusionado. Tocó la alfombra, introdujo el hocico por debajo de ella, buscó cosas que pudiera tomar.

Yo me giré hacia la otra pared y vi la espada. Colgaba de dos ganchos incrustados en el muro. Estaba desenvainada y la funda estaba posada detrás. A lo mejor fue por el resplandor de la lámpara, pero no parecía estar hecha de *metal*. A mirarla más de cerca arrugué el gesto. El cordel que habían utilizado para envolver la empuñadura estaba deshilachado y oscurecido, como si se hubiera usado mucho. Lo toqué, sentí su tacto de seda bajo las yemas de los dedos y experimenté un hormigueo que me subía por el brazo. Gio me había pedido que buscara una espada de hoja blanca que estaba en posesión de Lin. Un espada igual que aquella.

—Eres, con mucho, el peor espía que se ha visto en el Imperio.

Me volví de golpe y vi que el umbral ya no estaba desierto. Allí había aparecido Gio, con los brazos cruzados, y no tenía cara de sentirse muy complacido.

Capítulo 21

Lin

Isla de Nephilanu

Tal vez no debería haber permitido que mi cólera me dominase. No podía evitar a Jovis eternamente; al fin y al cabo, lo había nombrado capitán de la Guardia Imperial. Pero cada vez que me acordaba de su altivez y su indignación, de la seguridad con la que creía estar diciendo verdades, de nuevo me recorría un escalofrío de furia. Según él, se suponía que yo debía dejar aquella mina sin explotar, permitir que Iloh perdiera la posibilidad de casarse y yo la de conseguir apoyos en la isla de Riya.

Ser líder consistía, en parte, en tomar decisiones. Él mismo lo había dicho: siempre habría alguien que me odiara por la decisión que había tomado, fuera la que fuese.

Yo deseaba que no fuera él. Pero era una tontería. Que ambos poseyéramos aquel don que nos vinculaba, aquel mismo poder mágico, no significaba que tuviéramos que ser amigos. Que fuera el capitán de mi Guardia Imperial no significaba que tuviéramos que ser amigos.

Yo no *quería* que fuéramos amigos.

—¿Excelencia?

Phalue había dicho algo, y yo estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me había percatado. Íbamos caminando por las calles de la ciudad, la gente nos observaba desde los escaparates de las tiendas, los huérfanos de la calle se asomaban por los recodos para conseguir un breve atisbo de la emperatriz. Parecían más amistosos que asustadizos como los de Riya. Probablemente a ello había contribuido el hecho de que se hubiera anunciado que se les iban a devolver las esquirlas. Si quería ganarme a Nephilanu, necesitaba sacar de mi cabeza todos los pensamientos acerca de Jovis. Ya me ocuparía más tarde de él.

—Os pido disculpas, sai —dije inclinando la cabeza—. ¿Qué es lo que habéis dicho?

—Estaba diciendo que la última vez que el emperador visitó Nephilanu fue cuando yo era pequeña. Conservo unos pocos recuerdos de vuestro padre. Era un hombre que intimidaba.

En efecto, lo era, incluso en los últimos años de su vida. Me vino a la memoria cómo raspaba el suelo con su bastón, coronado por la cabeza de un ave fénix, el aroma a sándalo que iba dejando tras de sí, semejante a una neblina en la estela de un barco.

—No era muy dado a medir sus palabras. Y sabía ver el fondo de las personas.

—Un hombre difícil para tenerlo como padre —comentó Phalue.

—Sí. —Dudé. Ikanuy me había puesto al tanto de la situación que se estaba viviendo en Nephilanu: que Phalue había depuesto a su padre y había asumido el control—. Por desgracia, no podemos escoger a nuestros padres.

Phalue apretó los labios y esbozó una breve mueca, y comprendí que lo que sentía ella respecto de aquel tema no estaba tan claro como lo que sentía yo. Su decisión de deponer a su padre había sido más difícil. Me reservé la información. Pero aquel era un hilo común sobre el que construir, un hilo que aprovechar para crear vínculos.

—Tengo entendido que habéis hecho cambios. —Al igual que yo.

Se le iluminó el semblante e intercambió una mirada con Ranami. Yo sentí una punzada de envidia al ver la mano de esta posada en el brazo de Phalue y la alegría que brilló en los ojos de ambas cuando se miraron. Estaba claro que el suyo había sido un matrimonio por amor.

¿Tendría yo alguna vez esa opción?

—Como he dicho antes, nosotras somos más humildes de lo que era mi padre. A mí no me importa, y a Ranami tampoco. Nephilanu es una isla próspera gracias a que posee anacardos, y esa es una prosperidad que debe compartirse con sus habitantes.

—Al parecer, os aman —observé.

En efecto, la presencia de Phalue iba provocando sonrisas en los ciudadanos. Imaginé a mi padre subiendo a pie por el sendero que llevaba al palacio y me dije que solo inspiraría miedo. No me quejé mientras ascendíamos por el camino en zigzag; cosas más difíciles había hecho cuando intentaba derrotar a mi padre, y percibí que al hacerlo gané unos pocos puntos en la estima de la gobernadora. Era una persona que apreciaba el esfuerzo físico, se le notaba por la coraza que vestía y por la actitud relajada con la que llevaba la espada.

Ranami nos condujo a mí y a mis guardias hasta mis dependencias, y reservé la habitación contigua para Jovis. El palacio no era lo que yo había esperado, a pesar de los informes de mis enviados. Aunque las pinturas y los murales eran recargados hasta el punto de resultar chabacanos, el mobiliario era simple y los pasillos estaban vacíos.

Un lugar extraño, en el que la gobernadora se consideraba una persona humilde, su esposa había sido una huérfana de la calle y hasta el palacio se hallaba desprovisto de todo lujo.

—Os dejaré descansar —me dijo Ranami—, en la cena hablaremos del apoyo de

Nephilanu, y también del estado en el que se encuentra el Imperio.

Ya me estaba dando cuenta de que no iba a gustarme lo que iba a decirme. Ranami se mostraba un tanto quisquillosa, y sospeché que en gran parte se debía a quién era yo. No sabía muy bien cómo ganarme su respeto, pero pensé que, si quería poner a Phalue de mi lado, necesitaría contar con él.

Sin prisas, me di un baño y leí un rato. Los libros que había llevado conmigo, tomados del laboratorio de mi padre, estaban repletos de observaciones y anotaciones garabateadas en los márgenes. Fui leyendo por encima, buscando alguna mención de una isla que se hubiera hundido. No encontré ninguna, pero me detuve en un pasaje que lo insinuaba.

> **Hace cincuenta años, mi abuelo planteó una hipótesis sobre la estabilidad de las islas. Sufren terremotos, como todas las islas, pero permanecen a flote.**

Su abuelo. Había un libro que contenía las anotaciones que había hecho Shiyen cuando el poder pasó de su madre a él. Debía de haber un libro que contuviera las anotaciones de su madre tomadas de las enseñanzas de sus predecesores.

Rebusqué entre los libros que había llevado en el arcón, pero no vi nada en los lomos ni en las cubiertas. El segundo que encontré que no estaba escrito con la letra de Shiyen resultó ser el acertado. ¿Mencionaría algo su madre acerca de la estabilidad de las islas?

En el exterior había empezado a caer una lluvia fina y el cielo encapotado amenazaba con fuertes aguaceros. Todavía despedía vapor la bañera que habían llevado a mi habitación los sirvientes de Phalue. Me acurruqué en el cojín y me puse a buscar lo que me interesaba.

> Mi padre opina que la rocasabia forma una especie de andamiaje y que eso es lo que mantiene las islas a flote. La rocasabia impulsa nuestros barcos; ¿por qué no puede impulsar también las islas? Es una pura conjetura.

La última parte estaba escrita con gran nitidez y subrayada. Por lo visto, yo no era la única que tenía una relación complicada con su padre.

Pero algo había visto o investigado Shiyen que lo convenció de que aquello no era una pura conjetura, porque había clausurado las minas de Imperial. Tomé otro libro de anotaciones suyas y empecé a buscar información que pudiera serme de utilidad. Desde luego, había estado muy ocupado en los ratos que pasaba bajo el palacio. El estanque que había en aquella cueva poseía propiedades especiales, eso había afirmado. Al igual que Thrana.

El pánico me fue encogiendo el estómago según fui leyendo el texto. La sangre de ella, mezclada con las cenizas de rocasabia y la sangre de él, conformaba el líquido que había bebido yo para experimentar el pasado de mi padre. Mi padre me había dicho que había incinerado el cadáver de su esposa antes de hacer esos descubrimientos. Entonces, ¿qué fue lo que quemó para formar los recuerdos que

instiló en mi cuerpo? Pasé las páginas buscando una explicación.

En vez de eso, encontré la descripción de cómo me había fabricado.

Con piezas tomadas de diversos ciudadanos a los que secuestró, piezas que se parecían a mi madre. Una nariz aquí, un par de ojos allá, los brazos de alguna desventurada joven de Cabeza de Ciervo. Todas cosidas e introducidas en el estanque para que se curasen y creciesen.

Cerré el libro de golpe y tuve que hacer un esfuerzo para no arrojarlo al otro extremo de la habitación. Me entraron ganas de arrancarme la piel de los huesos. Yo no podía hacer nada contra lo que había hecho mi padre para crearme. Tuve que recordármelo a mí misma.

Thrana se acercó a mí y apoyó la cabeza en mi regazo. Le rasqué el suave pelaje de las mejillas.

—¿De dónde saliste tú? ¿Por qué te capturó mi padre?

Thrana se echó a temblar.

—Sitio oscuro —dijo—. Me hizo quedarme en sitio oscuro. Me hizo *daño*.

—Ya lo sé —respondí en voz baja, tranquilizadora—. Y eso jamás volverá a ocurrirte, te lo prometo.

Thrana, todavía con los hombros temblorosos, lanzó un suspiro. Aguardé, acariciándole la frente, notando que, si la dejaba, ella sola hablaría.

—Salí del sitio oscuro. Pero estaba buscando luz. Encontré la puerta y entonces tu padre me encontró. Me metió en una jaula. Y después volvió a meterme en el agua, y hubo dolor.

Antes pensaba que en realidad nunca podría odiar a mi padre, me hubiera hecho lo que me hubiera hecho. En ese momento descubrí que aquello no era verdad. Thrana había estado indefensa, era una criatura que buscaba amor y cuidado, y él le había dado sufrimiento. Tomé su cabeza en mis manos y la levanté hasta la altura de los ojos.

—Yo siempre cuidaré de ti.

—Lo sé —respondió ella con un suspiro.

Para cuando llegó la hora de la cena, Jovis aún no había aparecido, y los accesos intermitentes de cólera que había sentido anteriormente hacia él se transformaron en una lluvia torrencial con truenos y relámpagos. ¿Qué podía haberlo entretenido? ¿Era una forma ruin de vengarse de mí por haberlo apartado de mi lado?

Vino a buscarme Ranami, que se asomó como si estuviera buscando a alguien.

—¿Y vuestro capitán de la Guardia Imperial? He llamado a su puerta, pero no me ha respondido nadie, excelencia.

—Lo envié a hacer una tarea —mentí—. Se reunirá con nosotras más tarde.

Ya estaba empezando a pensar si le habría sucedido algo. Toda mi furia se transformó muy deprisa en preocupación. Aún no había consolidado mi gobierno, y los constructos estaban haciendo todo lo posible por acabar con él. No me cupo duda de que quienquiera que estuviese enviándolos contaría con que hacer daño a Jovis equivalía a hacerme daño a mí. Para ser justos, a mí misma se me había pasado por la cabeza hacerle daño, en más de una ocasión, pero de solo imaginarlo tendido en alguna parte, sangrando a causa de la puñalada de algún asesino, se me formaba un nudo en la garganta. No podía desearle ese destino, aunque tuviese un

rostro al que me apeteciera mucho arrear un puñetazo.

Fuimos tras Ranami hasta el comedor. Ella llevaba un vestido de color verde que contrastaba vivamente con su piel. No se había recogido el cabello como era la moda, sino que lo llevaba medio suelto y le caía en brillantes ondas más allá de los hombros. Yo era bajita y fibrosa; ella era alta, elegante y de formas redondeadas. Nunca había deseado poseer aquella clase de belleza, en cambio Ranami hacía que resultara muy agradable.

Phalue se puso de pie para recibirnos en el comedor. Me alivió ver que no había un exceso de invitados, rostros de más que tuviera que descifrar. Solo estábamos la gobernadora, su esposa y yo.

Thrana se tumbó al lado del cojín que me habían asignado y me dirigió una mirada que decía: "Fíjate lo bien educada que puedo ser". En nuestro palacio habría estado dando brincos por el patio con Mefi y persiguiendo mariposas después de haber engullido un contundente almuerzo a base de pescado fresco. Tuve que reconocer que estaba aguantando muy bien aquel viaje.

—Excelencia, os doy de nuevo las gracias por acompañarnos. Confío en que hasta el momento vuestra estancia esté siendo agradable —dijo Phalue.

—Sí, gracias, sai. —Tomé asiento, y a continuación hicieron lo propio Phalue y Ranami.

En cuanto estuvimos sentadas, los sirvientes procedieron a traer la comida. Dos curris distintos, arroz y una sopa de fideos. Nuevamente nos servimos de bandejas y cuencos comunes para todos. Tan solo en unas pocas islas, por lo visto Imperial entre ellas, se servía en platos separados.

Alguien llevó un plato repleto de pescado, el cual Thrana aceptó educadamente y empezó a comer con la misma delicadeza que Ranami.

Durante unos momentos estuvimos hablando de trivialidades: el tiempo, el crecimiento de los cultivos de la estación de lluvias y el tamaño de los dientes de Thrana. Después, Phalue se recostó y me miró fijamente.

—Querréis saber por qué se ha retrasado el envío de anacardos.

—Aprecio vuestro estilo directo —contesté. Y era verdad. Si ella fuera Iloh, habríamos pasado la cena entera dando rodeos en torno a aquel tema y solo habría llegado al meollo del asunto cuando estuviera en el patio, borracha—. Y sí, me lo he estado preguntando. Imperial y las islas de alrededor siempre han recibido un abultado cargamento procedente de Nephilanu, y, aparte del impuesto habitual, Nephilanu siempre ha sido bien compensada por ello. Estamos al comienzo de la estación de lluvias, y ambas sabemos que habrá más tos de los pantanos. ¿Ha habido algún problema con la cosecha de este año, sai?

Ranami dejó los palillos.

—No ha habido ningún problema.

Intercambiaron otra mirada, esta vez seria.

—Queremos que abdiquéis —dijo Phalue.

Lancé una carcajada, tomé otro trozo de carne de cabra y me lo llevé a la boca. Pero a mitad de camino me detuve, volví a dejarlo y observé el semblante de ambas.

—No estáis hablando en broma. Entonces, ¿por qué habéis aceptado mi visita? ¿Por qué no me habéis respondido con una carta en la que me rechazarais?

—Pensamos que estas cosas es mejor hablarlas en persona, excelencia —dijo Ranami. Su tono era respetuoso, pero, a pesar de haber empleado mi título, percibí que no me consideraba una emperatriz—. El hecho es que el pueblo no os conoce.

Otra vez esa acusación. Me irritó oírla pronunciar en otra isla más.

—Ese es un problema que estoy intentando rectificar con estas visitas. Mi padre me retuvo durante casi toda mi vida dentro del palacio y dejó de visitar las islas cuando yo era pequeña. No es culpa mía que el pueblo no me conozca.

—Sea como fuere —dijo Phalue, aunque su tono de voz no ayudó a convencerme de que ella reconociera que la culpa no había sido mía—, ya llevamos un tiempo sin recibir órdenes directas de Imperial. El reinado de vuestro padre fue desastroso en muchos sentidos, y ahora venís vos aquí a decirnos que el vuestro será mejor. Que sois la persona mejor preparada para reparar el estropicio que ha dejado él. Cabeza de Ciervo y Unta se han hundido. Actualmente estamos acogiendo a refugiados de Unta e intentando buscarles un sitio donde vivir. Los constructos están atacando a los ciudadanos y organizándose en un ejército en el noreste. Vos nos devolvéis nuestras esquirlas, y eso es maravilloso, pero, excelencia, no podéis pedirnos que confiemos en que vais a solucionarlo todo.

Entonces comprendí parte de la rabia de mi padre. ¿Por qué pensaban, de entrada, que teníamos un imperio? Tomé de nuevo mi trozo de carne y me puse a masticarlo muy despacio, a fin de darme tiempo para pensar y para tranquilizarme. Tenía que hacerlas entender que el Imperio necesitaba un líder. Si no nos uníamos, podríamos caer.

Dejé mis palillos.

—He leído un poco de historia. Hubo una época en que las islas eran independientes. En la era de los alanga.

Mis palabras surtieron el efecto deseado. Ranami palideció y Phalue hizo un gesto de contrariedad. Phalue apoyó los codos en la mesa y la hizo crujir con su peso.

—No tenemos la intención de regresar a la era de los alanga.

—Aun así… —Me crucé de brazos.

—Las islas gobernaban a las islas —dijo Ranami.

—Los objetos alanga que hay repartidos por todo el Imperio están despertando —dije con voz grave y firme—. Basándonos en todo lo que sabemos de ellos, parecen humanos aunque no lo sean. El hecho es que viven entre nosotros y están aguardando una oportunidad para atacar. ¿Seríais capaces de detenerlos?

—¿Y vos? —replicó Phalue.

—Mi padre no me transmitió el secreto —reconocí. No podía admitir que yo misma tenía poderes alanga—. Pero me ha dejado libros y anotaciones. Estoy convencida de que, dedicándole tiempo y esfuerzo, encontraré la manera de detenerlos. Sea cual sea el método, necesitaré contar con el apoyo de las islas. Necesitaré contar con vuestro apoyo. Eso significa que si permanecemos unidas, seguiremos siendo fuertes. Y para estar fuerte es importante no caer enfermo. Necesitamos ese cargamento, y necesitamos hacerlo circular.

Ranami me perforó con la mirada, y me pregunté de quién sería aquella idea, si de ella, de Phalue o de ambas. No sabría decirlo.

—Imperial recibirá anacardos cuando vos abdiquéis.

Hice un esfuerzo para no estrujar los palillos en la mano.

—¿Y quién me sustituirá?

—Un consejo formado por representantes de las islas —respondió Phalue—. Uno de cada, que tomarán decisiones relativas a la salud del Imperio en su conjunto.

¿De modo que querían lo mismo que los pocos sin esquirlas? También podía ser que los pocos sin esquirlas las hubieran incitado a ello.

—¿En serio? —Me costó trabajo que no se me notara la incredulidad en la voz —. ¿Y las islas más grandes? ¿Ellas no se quejarán de tener solo un representante? ¿Estará todo el mundo de acuerdo con las decisiones que haya que tomar, o no se llevará nada a la práctica hasta que todos hayan dado su consentimiento?

—Ya nos ocuparemos de esas cuestiones —dijo Ranami.

—Que un emperador haya sido sucedido por otro no significa que haya llegado el momento de arrojar todo el proceso a la basura —dije—. Yo deseo lo mismo que vosotras: un mundo mejor y más justo. Dadme una oportunidad. Yo no soy como mi padre.

Pero eso ellas no lo sabían. Podía hacer grandes gestos y mostrar grandes favores con ellas, pero aun así me tendrían vigilada, atentas a cuál pudiera ser mi siguiente maniobra.

Nunca sería lo bastante buena. De igual modo que nunca era lo bastante buena para mi padre.

Por un instante, me sentí abrumada por la desesperanza. ¿Por qué me esforzaba siquiera? Thrana, que estaba a mi lado, apretó su frío hocico contra mi codo. Entonces me acordé de Numeen y de su familia, y de la grulla de papel que hizo su hija. Yo podía ser mejor emperatriz que mi padre, y podía unirlos a todos contra lo que se avecinaba. No había nadie más.

No me conocían y no se fiaban de mí. Todos mis intentos por convencerlas parecerían tan solo súplicas. Tenía que demostrarles que era digna de confianza.

Tal y como había hecho con mi padre.

—¿Habéis pensado en la gente que saldrá perjudicada con esa acción? —pregunté.

Tanto Phalue como Ranami parpadearon. Ah, estaban tan obcecadas en sus ideales que no habían analizado las consecuencias.

—Digamos que no enviáis el cargamento de anacardos. Ni ahora ni nunca. Nephilanu no es la única isla del Imperio que los cultiva. Los habitantes de otras islas y de Imperial podrían buscar maneras de conseguirlos o de tener reservas propias. Pero cuando la oferta baja, los precios suben. Y no serán los ricos quienes sufran.

—Vos podríais evitarlo abdicando —dijo Ranami.

—Y si lo hiciera —dije muy despacio—, ¿no estaría siendo exactamente la clase de emperatriz que necesitamos? ¿Una que se preocupe por el pueblo? ¿Quién está poniendo en peligro la vida de todos: vosotras o yo?

Nos miramos fijamente la una a la otra, inmóviles, Phalue rumiando.

De pronto llamaron a la puerta. Sin esperar respuesta, entró Jovis con Mefi pisándole los talones.

—Excelencia —dijo con la cara pálida—, ha habido un ataque.

Capítulo 22

Jovis

Isla de Nephilanu

Ylan posee una mente inteligente. Sigue un pensamiento lógico tras otro y va hilando conclusiones con la misma facilidad con la que un pescador va atrapando peces en un hilo de pescar. Además, trabaja y trastea con las cosas hasta que consigue mejorarlas. Me ha mostrado una polea mejorada (Mefi la ha llamado objeto de rueda y cuerda, pero creo que se refiere a eso) que ha fabricado para izar velas. Y ha inventado un ingenioso artilugio que atrapa los peces dentro del agua. Funciona sin fallos. Me encantan esos inventos y oírlo explicar cómo los ha fabricado. Pero también ha aprendido cosas más siniestras.

Me dice que la lengua de los alanga tiene poder cuando se combina con las sustancias adecuadas. Que me mostrará lo que puede hacer con ella, que si lo ayudo yo podremos obrar milagros.

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

Aún tenía la espada en las manos cuando me giré para mirar de frente a Gio.

—Simplemente, se me ocurrió venir a hacer una visita —dije.

—Dejar fuera de combate a una persona con una maniobra así no dura mucho —replicó Gio cruzado de brazos. Reparé en las dagas que llevaba a los costados—. En cuanto retiras el brazo, la sangre retorna al cerebro y la persona se despierta

poco después, con dolor de cabeza. —Recorrió con la mirada mi uniforme de la Guardia Imperial, el bastón y la espada que sostenía en las manos. ¿Iba a luchar conmigo?

Y entonces, Mefi, el muy idiota, se abalanzó contra él y le dio un topetazo en la pierna con los cuernos. La expresión severa de Gio se distendió en una sonrisa, y le rascó la base de los cuernos.

—Sí, sí, yo también me alegro de verte.

Por un momento creí saber lo que sentía Lin al ver que a mí todo el mundo me recibía con sonrisas mientras que a ella la recibían con gestos de suspicacia.

Intenté encogerme de hombros con aire de indiferencia, aunque me resultó difícil teniendo ambas manos ocupadas.

—La emperatriz ha venido a ver a la gobernadora, y he pensado que a lo mejor me habías echado de menos. La vez anterior conectamos muy bien, ¿no? Nos colamos juntos en el palacio, depusimos a un gobernador… Menuda aventura.

La expresión ceñuda volvió tan rápido como se había ido.

—Y tú vienes y dejas inconsciente a mi vigilante. Una manera interesante de saludar. Por lo que parece, has venido a robar.

—¿Esto? —Levanté la espada en alto. Gio se encogió—. ¿Te pertenece? ¿Sabías siquiera que tu escondrijo tenía puertas secretas? —Me vino a la memoria la otra estancia secreta, que parecía haberse usado mucho—. Me dijiste que no habías encontrado ningún objeto alanga en los túneles, que aquí no había nada que pudiera servirte como arma. Me hiciste llegar una nota en la que me decías que Lin tenía una espada similar en su poder y que querías que la robase. ¿Estás coleccionando estos objetos? ¿Por qué? ¿Para qué sirven y por qué quieres tenerlos?

La espada pesaba menos de lo que yo esperaba. Daba la sensación de que estuviera hecha de madera, en vez de metal.

—Suelta la espada —me dijo Gio.

—¿Es tuya?

Mefi nos miró alternativamente a uno y otro y finalmente pareció darse cuenta de que aquello no era un reencuentro amistoso.

—Jovis, ¿podemos hablar? —me dijo mi mascota—. ¿Es necesario que luchemos?

Siempre me dolía pensar que lo estaba decepcionando.

—No —le respondí, pero mantuve la espada en alto—. No es necesario que luchemos. Te lo pregunto otra vez: ¿es tuya?

—No —contestó Gio.

Me puse el bastón bajo el brazo, recogí la funda de la espada y se la tendí a Mefi para que la tomara.

—Muy bien —dije en tono festivo—, supongo que ahora es mía. Quienquiera que fuera el dueño, ya hace mucho que murió. Tú desconocías estos pasajes ocultos, que yo, amablemente, te he revelado. Y he tenido la suerte de encontrar esta espada.

—Jovis —dijo él con las manos en alto—, no sabes lo que haces.

—Estoy yéndome de aquí con esta espada —repliqué echando a andar hacia la salida.

Las dos dagas de Gio salieron disparadas en un abrir y cerrar de ojos y atraparon mi espada entre una y otra. Gio se giró. Las viejas cintas de la empuñadura se soltaron bajo mis dedos. La agarré con más fuerza y la espada no se movió. Gio era fuerte para ser tan viejo, y rápido. Durante unos instantes nos quedamos el uno frente al otro, mirándonos, y yo volví a experimentar la misma sensación que experimenté en aquella ocasión en la que estuve a punto de pelearme a puñetazos con él: como si estuviéramos al borde de un precipicio y abajo solo hubiera rocas para frenar nuestra caída. Gio dio un salto hacia atrás y atacó de nuevo.

Yo no era un espadachín. Conseguía esquivar sus ataques solo por los pelos. Gio giró aprovechando el impulso y arremetió otra vez. Yo lo esquivé. Una de sus dagas se enganchó en el dobladillo de mi guerrera y me hirió la piel, lo que me provocó una rápida quemazón de dolor por todo el vientre. La otra la eludí agachándome. Empecé a notar la vibración en los huesos. No me atrevía a provocar un terremoto estando a aquella distancia bajo tierra; fui un loco al hacerlo en las cavernas subterráneas de Lin. Aquí había agua diseminada en pequeñas gotas, separadas entre sí. Tan solo contaba con mi fuerza, mi velocidad y mi ingenio.

Si hubiera sido menos testarudo, habría permitido que Gio se quedase la espada. Pero ya estaba harto de secretos, de gente que intentaba utilizarme sin antes decirme lo que pretendía de verdad. Yo no era una herramienta que pudieran usar los que detentaban el poder, sin tener ni idea de los secretos que guardaban. Si Gio no quería decirme por qué quería esas espadas, yo iba a averiguarlo por mi cuenta.

Decidí contraatacar.

Mi primer golpe fue torpe. Gio lo desvió fácilmente y atacó con otra daga. Yo intenté levantar la espada para bloquearla, pero demasiado tarde. Sentí el impacto de la cuchillada en el brazo, seguido por la humedad y el calor de la sangre. Aparté la daga a un lado y blandí de nuevo la espada. Gio no pudo ser lo bastante rápido para huir de mi espada, que tenía mayor alcance, y aunque saltó hacia atrás la hoja lo hirió en el muslo.

Trastabilló y cayó al suelo. Soltó una de las dagas para presionarse la pierna herida con la mano.

—La vejez nos alcanza a todos —le dije mientras lo rodeaba, con Mefi detrás de mí. Pero tan solo me hizo falta mirar a Mefi, y fijarme en el gesto de desolación de sus ojos castaños, para detenerme. Giré sobre mí mismo. Gio continuaba arrodillado en el suelo, con la respiración agitada, apoyado en una mano. Ah, yo no era tan insensible como quería creer—. ¿Estás malherido?

—Viviré —me contestó en tono irónico. Levantó la vista hacia mí con los dientes apretados y el ojo velado blanco a la luz de la lámpara—. Pero ¿dónde está tu lealtad, Jovis? ¿Con la emperatriz o con los pocos sin esquirlas?

¿Por qué estaba tan empeñado en obligarme a tomar partido? Mi lealtad era para con mi familia, con Mefi, con las personas a las que podía ayudar y salvar. Aquella era una verdad que brillaba más fuerte que mil antorchas en la noche. Por eso había escogido aquel camino. No fue por los pocos sin esquirlas, ni tampoco fue por la emperatriz. Abrí la boca para decírselo, pero solo me salió un:

—La emperatriz no es mala persona.

No supe bien por qué la defendía. No éramos amigos, y en aquellos momentos ni siquiera teníamos una relación tan cordial. Lo único que me venía a la cabeza era que Lin se estaba *esforzando,* y eso importaba más que su posición.

—Las buenas personas pueden hacer cosas terribles. —Su mirada se posó un instante en la espada y luego volvió a mí—. ¿Te crees que, teniendo a su disposición la magia de las esquirlas, renunciará sin más a ella? Puede que esté devolviendo las esquirlas a los ciudadanos, pero ¿qué crees que sucederá cuando se enfrente a una crisis urgente que pueda solucionarse con el poder mágico que ella posee? Tú has estado con ella; la conoces mejor que cualquiera de nuestro grupo. ¿Crees que no va a hacer uso del poder que tiene a su disposición, aunque sea solo *por esa única vez*, para resolver la crisis?

Me acordé de cuando, caballerosamente, se ofreció a aportar dinero y trabajadores para explotar la mina de Riya, cuando ni siquiera sabíamos con seguridad qué era lo que estaba ocasionando el hundimiento de las islas.

—No lo hará —contesté, empeñado en creerlo yo mismo.

—Estás equivocándote de persona al escoger dónde poner tu lealtad. Lin no será emperatriz durante mucho tiempo cuando se agote el suministro de anacardos.

Lo dijo como si lo supiera.

—Tú. Tú has tenido algo que ver en eso, ¿verdad? Hay otras islas que producen anacardos, y las arcas del Imperio son lo bastante hondas para obtenerlos. Cuando hay dinero suficiente, siempre hay alguien que venda. —Lo mismo sucedía con la rocasabia. Gio lo sabía; todo el mundo lo sabía.

A no ser que él también hubiera firmado un pacto con el Ioph Carn. Entorné los ojos y lo miré fijamente, pero él no se inmutó. Sí, lo había firmado. Pero aquel no era asunto mío. Lin tendría que encontrar la manera de lidiar con los pocos sin esquirlas y con el Ioph Carn.

Dejé a Gio a un lado, seguido por Mefi.

—Jovis —me llamó Gio, pero yo no me volví ni me detuve—. Guarda bien esa espada. No sabes qué es lo que hace.

—Ni tú tampoco —repliqué—. Y no esperes recibir más cartas.

Nadie se molestó en darme el alto cuando me dirigí hacia la salida.

Había empezado a lloviznar para cuando volví a internarme en el bosque. Me sentía más ligero que nunca desde que empecé con todo aquello. Se acabó lo de mentirle a Lin, se acabaron las cartas secretas. Mefi me entregó la funda, yo guardé la espada en ella y me la até a la espalda. Él sacudió la cabeza, como si la funda hubiera tenido mal sabor.

—No me gusta —dijo—. Y la espada tampoco.

Yo tampoco podía decir que la espada me gustase, pero desde luego no pensaba dejarla en poder de Gio. Mientras me encaminaba hacia la ciudad, miré la posición del sol: estaba poniéndose muy deprisa. Se me hacía tarde. Tenía que llevar la espada al barco, porque no me atrevía a entrar en el palacio con ella. Demasiadas preguntas. Así que eché a correr hacia el barco, saludé a mis guardias con un gesto de la cabeza y metí la espada en mi camarote, debajo del delgado colchón de mi litera. Si me daba prisa, todavía podía llegar al palacio a tiempo para la cena.

Pero cuando volví a salir a la cubierta, me encontré con una discusión.

—Pues si no puedo subir yo al barco, manda a alguien a buscar a Jovis y decirle que estoy aquí.

Me quedé petrificado y con el corazón en la garganta. Yo conocía aquella voz. Mefi me miró con expresión interrogante, pero yo no tenía aliento para responderle. Me dirigí a la pasarela.

Allí, en el embarcadero, estaba mi madre.

Siete años… que la habían cambiado en todos los aspectos que no importaban. Ahora tenía hebras plateadas en el cabello, las mejillas ligeramente menos llenas y las arrugas de la boca más pronunciadas. Pero su postura la reconocería en cualquier parte: las manos apoyadas en las caderas y la cabeza baja, como si se dispusiera a arremeter contra cualquier obstáculo con la cabeza por delante. A menudo me miraba a mí así cuando estaba frustrada, cuando yo le había dado demasiadas excusas o no había oído lo que ya me había dicho por tercera vez. Llevaba una capa encima de la ropa, pantalones por dentro de las botas y un morral al costado.

—¡Espera! —le ordené al guardia poniéndole una mano en el hombro—. La conozco. Es mi madre.

—Eso acaba de decir ella —replicó el guardia—, pero no podíamos estar seguros.

Le palmeé el hombro para hacerle ver que no había pasado nada, pasé junto a él y descendí por la pasarela con las rodillas temblorosas.

—Hola —dije sin saber muy bien qué hacer. ¿Estaría enfadada conmigo? Porque yo sí que estaría enfadado conmigo, llevaba siete años desaparecido.

Ella me tomó la cara entre sus manos. Sus ojos negros, llenos de lágrimas, escudriñaron los míos. Creí que el corazón iba a salírseme del pecho mientras aguardaba a que dijese algo, *lo que fuera*.

—Jovis —dijo al fin con voz temblorosa—. Mira que eres tonto. ¿El Ioph Carn? ¿Cómo has podido?

Yo era un hombre adulto que ocupaba un cargo de alto rango. Pero bajo la mirada de mi madre me achiqué y tuve la sensación de que jamás había salido de Anau, de que todavía era un niño.

—Lo siento. Tuve que hacerlo.

Ella aferró un puñado de mis cabellos y me zarandeó un poco.

—Nunca *tenemos* que hacer nada. *Escogemos* hacerlo. No me mientas, y tampoco te mientas a ti mismo.

El nudo que tenía en la garganta se deshizo y sentí el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Te he echado de menos.

Un momento después estaba rodeándome con sus brazos mientras yo hundía el rostro en su hombro, todavía mojado por la lluvia, que olía a todas las cosas que me recordaban el hogar: cebolletas, jengibre, aceite de sésamo y otra cosa de aroma almizclado que no supe describir pero que me retrotraía a la casa que tenían mis padres en Anau.

—Siete años y no has escrito ni una sola vez. —Su voz sonó amortiguada contra mi camisa—. Ahora sí, pero una sola carta.

—Lo siento —repetí. Podría pasar varias vidas pidiéndole perdón y aun así no

terminaría de compensar lo que había hecho ni el dolor que había causado—. No quería atraer la atención sobre ti. No quería que el Ioph Carn fuera a por ti.

Mi madre me acarició la espalda como hacía siempre que yo estaba enfermo.

—Bien —dijo—. Bien. Pero sigo enfadada. —Se apartó de mí, se sorbió las lágrimas, se secó los ojos, me agarró de los hombros y lanzó un profundo suspiro —. Capitán de la Guardia Imperial. Se lo he contado a tus dos tías, ¿sabes? Y a Eina, la que hace las tortitas de cebolletas. ¿Te puedes creer que me dijo que le estaba mintiendo? Cuando le llegó la noticia por otra vía, se quedó muy avergonzada. Pero no me dijo nada de nada. ¡No se disculpó!

—Muy maleducada por su parte —contesté. Sentía el corazón henchido y vacío a un mismo tiempo—. Emahla… ha muerto, ¿sabes?

Mi madre me tomó la mano.

—Ya lo sé. Lo sabíamos todos, Jovis. Cuando uno es joven, cree que puede cambiar el mundo, que puede someterlo a su voluntad. Pero cuando uno es viejo, aprende a cambiar su pequeño rinconcito y a transigir con lo demás.

—¿De modo que ya soy viejo?

Me miró entrecerrando los ojos.

—Un poco *más* viejo.

Mefi me hocicueó el codo.

—¿Me la presentas?

Mi madre palideció cuando vio aquella criatura que hablaba. Pero había una cosa que yo había aprendido de mi época de contrabandista: que si uno actuaba como si algo fuese normal, todo el mundo empezaría a creer que era normal.

—Eeeh… sí. Mefi, te presento mi madre. Madre, este es Mefi.

Mefi se sentó sobre sus cuartos traseros, se puso una pata en el pecho e inclinó la cabeza.

Mi madre, divertida, hizo lo mismo.

—Encantada de conocerte, Mefi. —A continuación se volvió hacia mí con expresión interrogante—. Había oído decir que tenías una mascota que hablaba, pero no supe muy bien qué creer. Es como las antiguas serpientes marinas de los cuentos, ¿no?

—Mefi no es una mascota. Es un amigo que recogí —contesté—. Cerca de Cabeza de Ciervo. Lo he criado desde que era pequeño.

Finalmente, mi madre recuperó la compostura.

—Pues espero que te haya dado tantos problemas como me diste tú a mí.

Solté una carcajada.

—Oh, ya lo creo que sí. —Miré detrás de ella—. ¿Y padre? ¿Ha venido contigo?

Su sonrisa se esfumó.

—¿Se encuentra bien? ¿Está a salvo? —Le estaba apretando la mano con demasiada fuerza. Se la solté. ¿Cuántas veces me había despertado en mitad de la noche empapado en sudor y creyendo que el Ioph Carn había irrumpido violentamente en el hogar de mis padres?

—Está bien —me dijo mi madre—. No te preocupes.

Esa frase nunca era buen augurio. ¿Qué motivo iba a tener para no preocuparme? Como si lo de preocuparse fuera una prenda que uno pudiera quitarse y dejar a un lado.

Mi madre respiró hondo.

—La tos de los pantanos…

—¿Qué? ¿Está enfermo? ¿Por qué has venido? ¿Quién está cuidando de él?

—¡No, para! Déjame terminar. —Agitaba las manos como si estuviera intentando espantar las moscas—. Tu padre se encuentra bien, no está enfermo. Pero la tos de los pantanos se está extendiendo por Anau. La contrajo la madre de Emahla, y después el padre. Tu padre está ayudando a la hija a cuidar de ellos dos.

Mi cerebro empezó a funcionar a toda velocidad. La hermana pequeña de Emahla también se habría hecho mayor a estas alturas. Me costó trabajo hacerme a la idea.

—Padre ya no es joven. Le conviene quedarse en casa.

—¿Y qué querías que hiciera? Son prácticamente familia. Todos están enfermando, y alguien tiene que cuidarlos.

—La emperatriz ha venido a esta isla a preguntar por el cargamento de anacardos —le dije—. Se asegurará de que una parte se envíe a Imperial y a las islas circundantes. Anau está muy cerca, os llegará algo.

Y abrigué la esperanza de que llegara deprisa. No podía ver el sol poniéndose por detrás de las nubes, pero la luz diurna estaba menguando. Lin iba a cortarme la cabeza por llegar tarde a la cena, fuera un héroe del pueblo o no.

—¿Te importa cuidar de mi madre? —pedí a uno de los guardias de la pasarela —. ¿Buscarle un sitio donde sentarse a tomar un té? Yo tengo que ir al palacio.

De repente estalló un tumulto más allá de los muelles. Voces airadas, una mujer que lloraba.

Miré detrás del hombro de mi madre.

Dos de las doncellas de Lin estaban cargando a rastras con la tercera. Las tres tenían los vestidos azul marino manchados de sangre, que también les salpicaba el rostro. Me moví como si estuviera viviendo una pesadilla, y aunque eché a correr por el muelle tenía la sensación de ser demasiado lento. La doncella que llevaban estaba inerte y su vestido mostraba un gran desgarrón en el centro. No alcancé a ver bien lo que había debajo, no pude distinguir con claridad dónde empezaban y terminaban las heridas. Parecía un trozo de carne mordisqueada por un perro.

Su sangre goteaba sobre el empedrado y se mezclaba con el lodo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté reemplazando a una de las doncellas, que tenía una gran herida abierta en el brazo izquierdo.

—Un grupo de constructos de guerra —me respondió. Las lágrimas habían dibujado surcos en la sangre que le cubría el rostro. Se llevó una mano a la herida —. Vinieron corriendo por la calle y se lanzaron directos hacia nosotras.

Capítulo 23

Lin

Isla de Nephilanu

—¿Dónde has estado?

Esa frase salió de mi boca antes de que pudiera evitarlo, teñida de la preocupación que había intentado reprimir. Les había dicho a Phalue y a Ranami que había enviado a Jovis a hacer un recado. Ahora ya sabían que ni siquiera era capaz de saber dónde estaba mi capitán de la Guardia Imperial. ¿Cómo iba a afirmar que era una emperatriz competente? Pero un momento después asimilé lo que acababa de decir.

—Espera. ¿Un ataque? ¿Dónde? ¿En el noreste? —¿Habrían conseguido los constructos abrirse paso hasta las proximidades de Gaelung?

—Aquí. —Llevaba el borde de la manga manchado de sangre—. Vuestras doncellas han sido agredidas por un grupo de constructos de guerra. —Apretó los labios con fuerza—. Una de ellas está muy malherida.

Eran muchachas, todas encantadas de haber encontrado un empleo a mi servicio, todas formadas y cultas. Yo había escogido plebeyas en lugar de hijas de gobernadores como se había hecho en el pasado.

Pensaba que les estaba haciendo un favor.

—¿Y las otras dos? —pregunté sin aliento—. ¿Se encuentran bien?

Por el gesto que hizo Jovis, deduje que no.

—Una ha sufrido una mordedura en el brazo. Es grave. La otra tiene unos cuantos arañazos, pero por lo demás no ha sufrido más daños físicos.

Miré a la gobernadora y a su esposa. Las dos se habían puesto de pie. Yo me había levantado sin darme cuenta y tenía la falda asida con fuerza. Aquella misma mañana mis doncellas me habían ayudado a vestirme y me habían trenzado y arreglado el cabello.

—Tengo que irme —dije.

Los sirvientes habían empezado a llevarse los platos, aún flotaba en el aire un

leve olor a curri.

Phalue frunció el ceño.

—Quiero que sepáis que hemos enviado guardias a dar caza a todos los constructos de guerra que queden en esta isla. No debería haber ninguno ya, y mucho menos un grupo. Si lo hubiéramos sabido, os habríamos advertido.

Los constructos de guerra llamaban mucho la atención, y Nephilanu no era tan grande. Le creí.

—Los ha enviado alguien —concluí—. Entre todos los ciudadanos que hay en vuestra ciudad, ¿deciden atacar a mis doncellas? Alguien está dirigiendo a los constructos, y están atacando en el corazón del Imperio.

—En ese caso, deberíais ocuparos del corazón del Imperio —me dijo Ranami.

—Voy a ocuparme de mi doncella —le repliqué—. ¿Creéis que los constructos quedarán satisfechos tomando solo unas cuantas islas? ¿Creéis que no terminarán atacando a vuestra gente?

Ranami levantó la barbilla.

—Sabremos arreglárnoslas solas.

Estaba lidiando con aquello tal como lo habría hecho mi padre. Necesitaba retroceder, cooperar, atenuar tanto mi rabia como mi orgullo.

—Puede que sí. Pero ¿tan mal estaría que trabajarais conmigo hasta que haya pasado esta crisis? Ved cómo manejo este asunto. Ved cómo me ocupo de otros problemas. Soy una líder capaz, y tan solo deseo lo que sea mejor para este Imperio. No soy como mi padre, no quiero que sufra nadie. Pensadlo. Podéis hacerme llegar mensajes a través del enviado que tengo apostado en los muelles.

Me volví hacia Jovis, que esperaba a mi lado con Mefi.

—¿Alguien ha llamado a un médico?

—Sí, excelencia, aunque no sé si podrá hacer algo por la muchacha que se encuentra peor.

Me puse una mano en el corazón y me despedí de Phalue y de Ranami con una inclinación de cabeza.

—Lamento marcharme de manera tan brusca.

Jovis, Mefi y Thrana salieron del comedor detrás de mí. Para cuando llegamos al patio ya había empezado a llover, aunque no me importó lo más mínimo; ya había sufrido antes la incomodidad de mojarme y estaba… cansada. Me aparté el pelo mojado de los ojos, que había empezado a soltarse de los intrincados moños, y comenzamos a bajar por el camino en zigzag que llevaba a la ciudad. A pesar de mi agotamiento, noté una vibración en los huesos. Todavía podían andar por allí los constructos de guerra. Sentí la presencia de cada una de las gotas de agua que había en el aire. Había abandonado la magia de las esquirlas, en cambio, ahora poseía un poder mágico totalmente distinto.

Me gustaría saber si este también tendría consecuencias.

Llegamos a los límites de la ciudad, la calle desembocaba en el puerto. Estaba deseosa de regresar al barco, de averiguar cómo estaban mis doncellas, de ofrecerles el consuelo que pudiera. Pero de repente, sin previo aviso, Mefi salió disparado hacia la derecha.

—¡Mefi! —lo llamó Jovis.

Thrana no tardó en hacer lo mismo, igual que un perro que ha olido una liebre.

—Si no fuera por él, se portaría mejor —comenté.

Jovis puso los ojos en blanco.

—Me parece que en este caso la culpa es tanto vuestra como mía. Vamos.

Echamos a correr tras ellos. Culebreaban entre la gente como si estuvieran nadando entre las olas, y tuvimos que esquivar precipitadamente a varios transeúntes sobresaltados para no perderlos de vista. De pronto, aminoraron y terminaron deteniéndose a escasa distancia de la calle principal. Allí había un montón de basura que ambos olfatearon encantados.

—Por lo general, Mefi no es *tan* desobediente —murmuró Jovis—. Deben de estar hambrientos de verdad.

Pero Thrana había cenado conmigo. De pronto vi algo en el montón de basura. Un trozo de piedra blanca. Un rostro.

Me acerqué un poco más esforzándome para ver a través de la lluvia. Algo en mi interior me decía que aquello era importante. Mefi y Thrana lo estaban olfateando. Me arrodillé, manchándome el kimono de barro y procurando no hacer caso del mal olor. Otra vez más una emperatriz y un montón de basura, quién lo hubiera pensado. Pero entonces pude ver el rostro más de cerca.

Eran los restos de una estatua que alguien había roto en pedazos. La cara de una mujer, con los ojos abiertos de par en par. Sentí un hormigueo en las yemas de los dedos al tocarla. Me acordé de la espada blanca, y de pronto caí en la cuenta. Aquella espada no estaba hecha de ningún metal extraño, sino de piedra. La misma piedra que los restos de esta estatua.

—Me llevo esto —dije al tiempo que la sacaba de la basura. Al tirar de ella, resbaló la mitad de un pez muerto.

No llevaba encima ningún sitio donde guardarla. En el bolsillo de mi fajín no cabía.

Jovis se percató de mi titubeo.

—Dadme. —Me tendió una mano—. Haré que la limpien bien, y después la llevaré a vuestro camarote. Os lo prometo.

Con un escalofrío causado por la lluvia que empezaba a filtrarse a través de mi kimono, le permití que la tomara. Se la guardó dentro de su morral, al lado de un libro que no me resultó familiar.

Al levantar la vista, me encontré cara a cara con un hombre que estaba al otro lado del montón de basura, con el rostro oculto bajo una capucha. Llevaba al hombro un saco de gran tamaño en el que se adivinaban varios bultos. Había estado recogiendo algo allí, al igual que yo. Le noté cierta agresividad en la postura, en la barba incipiente que le cubría el mentón. Incluso a través del aguacero distinguí que solo tenía un ojo; el otro lo llevaba tapado con un parche.

Su rostro me pareció conocido, pero un momento después se dio media vuelta y desapareció calle abajo.

—Mefi. Thrana. Vámonos.

Esta vez, obedecieron.

Para cuando regresamos a la pasarela del barco, ya caía una lluvia torrencial. Reinaba un silencio que me volvió más aprensiva que ninguna otra cosa.

—Está en la litera de las doncellas —me dijo uno de los guardias desde la cubierta—. Excelencia —añadió en el último momento.

Corrimos al barco y bajamos a los camarotes. Los sirvientes y los guardias se apiñaban frente a la puerta del camarote de las doncellas impidiendo el paso en el estrecho espacio. Al vernos llegar, se arrimaron a las paredes, aunque yo aun así rocé con los hombros a más de uno.

—Id al comedor —oí que decía Jovis a Mefi y a Thrana— y comed algo.

Habían echado a todo el mundo del camarote, salvo a las doncellas y a la médica. La médica estaba arrodillada junto a la litera más baja que había a la izquierda, y las otras dos doncellas aguardaban de pie a su lado. Ambas estaban muy desaliñadas, una tenía todo el antebrazo cubierto por un vendaje.

Habían abierto la escotilla para que entrase algo de luz. La doncella estaba tendida en la litera, cubierta de vendajes empapados de sangre. Los constructos de guerra le habían destrozado el torso. Yo sabía lo que le gustaba a mi padre poner en un constructo de guerra: dientes grandes y garras todavía más grandes.

La muchacha respiraba, pero de manera superficial. Ojalá Mefi y Thrana no me hubieran desviado.

Me arrodillé al lado de la doctora, una mujer mayor que se sorprendió al verme.

—Excelencia —me dijo pestañeando furiosamente. Apartó su maletín de médico, en el intento de darme más espacio en aquel abarrotado camarote.

—¿Cómo está?

La médica recobró la compostura.

—He hecho por ella todo lo que he podido. Las heridas son profundas y ha perdido mucha sangre. Llegado este punto, lo único que se puede hacer es darle caldo y dejarla descansar.

Leí entre líneas. La situación era grave. Ningún médico quería reconocer ante la emperatriz que no podía obrar milagros para curar a nadie después de lo que le había sucedido a mi aparente madre y a todos los doctores que no habían logrado curar su enfermedad.

Cuando concedí el día libre a mis doncellas, no se me ocurrió enviar guardias para que las protegiesen; pensé en mi propia necesidad de protección, sí, pero no en la suya.

Y aquel había sido el resultado.

La doctora se pasó la lengua por los labios.

—Puedo recomendar a otro médico de Imperial que posee experiencia en esta clase de heridas. Si tenéis rocasabia, es posible que lleguéis a tiempo.

Tomé la mano de mi doncella y me esforcé por recordar cómo se llamaba. Reshi. Había estado tan centrada en las cosas importantes, en el panorama general, que me había olvidado de las pequeñas. Y a veces esas eran las que más importaban.

La muchacha no reaccionó; tenía la mano fría.

Me incorporé, miré más allá de Jovis y seleccioné a uno de los guardias que aguardaban en el pasillo.

—Tú. Ve al palacio y trae mis cosas. Partimos hacia Imperial. Ahora mismo. Quemad toda la rocasabia que tengamos.

Los sirvientes y los marineros se apresuraron a obedecer.

—Lo siento mucho —les dije a mis otras dos doncellas notando que se me llenaban los ojos de lágrimas—. Esto es culpa mía.

Ellas se limitaron a mirarme sin saber muy bien qué decir. Pues ya éramos tres.

Me volví, salí del camarote y estuve a punto de chocar con una mujer que estaba en el pasillo. Era casi tan bajita como yo, tenía el cabello gris y recogido en un moño, y vestía una túnica y unos pantalones sencillos pero limpios.

—¡Oh! —Me dio unas palmaditas en el hombro. El contacto me sorprendió. Yo no conocía a aquella mujer. Pocos se atrevían a tocar a la emperatriz sin permiso —. No os he visto. Estaba buscando a mi hijo.

Jovis, que estaba a mi lado, dejó escapar una exclamación muda.

La mujer miró a mi espalda.

—Jovis, ahí estás. —Luego volvió a mirarme a mí como si me viera por primera vez—. ¿Esta es… la nueva emperatriz?

—Sí, madre —respondió Jovis con vos ahogada—. Es ella. Debes llamarla excelencia.

Me miró de arriba abajo.

—Estáis completamente empapada —dijo—. Si seguís así, os pondréis enferma. Voy a prepararos una sopa caliente, siempre les ha sentado bien a mis chicos. —Y, dicho eso, dio media vuelta y echó a andar por el pasillo con actitud resuelta.

Un tanto atónita, vi cómo se iba.

—¿Ha venido tu madre?

Jovis tosió.

—Lo cierto es que no he tenido ocasión de decíroslo. Es lo que me ha impedido llegar a tiempo a la cena.

—¿Y tu padre?

Jovis contestó con una mueca.

—Haciendo el idiota en Anau. Allí ha habido un brote de tos de los pantanos que ha puesto en peligro a amigos y familiares míos, incluido él. Supongo que vos no podréis…

Negué con la cabeza.

—He enviado la mayor parte de las reservas de aceite de anacardo de Imperial a Iloh, en Riya. No pensaba que Nephilanu fuera a retener el cargamento. Puedo preguntarle a Ikanuy si queda algo de sobra, pero he dejado únicamente lo justo para Imperial.

Jovis pareció desinflarse y bajó la cabeza.

—Eso es lo que he pensado yo.

—Haré lo que pueda para obtener anacardos de algún otro sitio. Tu madre puede alojarse en tu camarote y fletar un barco que la lleve de regreso a casa cuando lleguemos a Imperial.

Jovis torció el gesto.

—Os lo agradezco. Y no tengáis en cuenta sus modales, por favor. Anau es una isla muy pequeña y ella conoce a todo el mundo.

En ese momento la madre desaparecía por una esquina.

—No, no pasa nada —dije, y descubrí que lo decía en serio. Había cierta familiaridad en el modo en que me había tratado, y eso me recordó a Bayan. Había sido amigo mío durante poco, poquísimo tiempo.

Mi encuentro con Phalue y Ranami y la agresión sufrida por mis doncellas me habían dejado bien claro que tenía mucho trabajo por delante.

—Tú posees formación académica —le dije a Jovis—. Reúnete conmigo en el comedor. Tengo órdenes que redactar, y me vendría bien una segunda opinión.

Tomé papel y pluma de mi camarote. Arriba, en cubierta, se oían pisadas que indicaban que el barco se estaba preparando para zarpar.

En el comedor me aguardaba un caos. La madre de Jovis estaba en la cocina, impartiendo órdenes al cocinero como si este fuera su ayudante. Y el cocinero, para mi sorpresa, iba de un lado para otro sumiso, eligiendo las cosas que ella necesitaba.

Miré a Jovis elevando una ceja.

—Mi madre también es cocinera —me dijo, como si eso lo explicara todo—. Y de las buenas.

Yo no pensaba frenarla. En realidad, no estaba segura que *pudiera* frenarla nadie.

Uno de mis sirvientes me entregó una carta sellada. El sello del fénix se hallaba intacto. Solo había unas pocas personas que tenían acceso al sello del fénix. Una de ellas era Ikanuy, y otra mi general Yeshan. Se me aceleró el pulso cuando introduje un dedo bajo el sello y lo rompí.

No eran buenas noticias.

Los soldados que había enviado a los confines noreste se habían visto obligados a replegarse, con lo cual dejaron otra isla más en manos de los constructos. Casi todos los hombres y mujeres que había enviado yo habían muerto. Los informes procedentes del campo de batalla hablaban de constructos de guerra monstruosos, de los muertos que se sumaban a la lucha. Los pocos soldados que habían vuelto decían todos lo mismo: que el ejército de constructos era cada vez más numeroso.

Dos islas más, y se encontrarían en un buen punto desde el que atacar Gaelung. Si Gaelung cayese, el Imperio quedaría debilitado de manera irrevocable.

Tragué saliva y, con un dolor en la garganta, me senté en el banco de una de las mesas. No podía preocuparme solo de proteger a las personas que se consideraban importantes. Había cometido ese error en esta isla, y mi doncella estaba pagando el precio. En mi opinión, aquello era lo peor de ser emperatriz: que nunca era yo la más perjudicada por las decisiones erróneas que tomaba. Volví a doblar la carta y la dejé en la mesa.

—Debería haber dejado soldados de reserva. Es necesario que enviemos el resto de nuestro ejército al noreste. Ahora mismo. Escribiré a Ikanuy y al gobernador de Gaelung. Gaelung es una isla lo bastante grande como para acogerlo, y allí tenemos establecida una ruta comercial. Será fácil mantener las líneas de suministro.

—¿Y Unta? —preguntó Jovis en un tono falsamente despreocupado—. Los habitantes serán presas del pánico… más de lo que ya lo están.

—Tenías razón. —Odié reconocerlo—. Tenemos que cerrar las minas. Las anotaciones de mi padre dicen de forma implícita que existe una relación con los hundimientos. Él cerró la mina de Imperial en cuanto comprendió lo que podía ocurrir. —Muy propio de él no preocuparse de las implicaciones para el resto del Imperio. Me encontraba en un difícil equilibrio. Las minas proporcionaban una gran fuente de ingresos para muchos gobernadores. Yo necesitaba su apoyo para rechazar al ejército de constructos. Y la rocasabia facilitaba el comercio entre las islas. Si se suspendía la explotación de las minas, todas las reservas de rocasabia

terminarían por agotarse. El comercio se detendría. Y los anacardos se volverían aún más difíciles de conseguir.

Al mismo tiempo, el hundimiento de Unta me había hecho pensar más seriamente. El antiguo emperador había hablado de un "andamiaje". Si lo que él sospechaba era cierto, estábamos eliminando poco a poco los cimientos mismos que nos mantenían a flote en el mar Infinito.

—Emitiré una proclama para decirle a todo el mundo que detenga la producción de rocasabia y toda explotación minera. Que la rocasabia nos mantiene a flote y que la minería es la causa de que las islas estén hundiéndose. —Tenía que hablar con autoridad, de lo contrario nadie me obedecería.

—Con eso no van a quedarse contentos —dijo Jovis—. La gente quiere pruebas. Dirán que os lo estáis inventando, no querrán creérselo.

La única prueba que tenía yo eran las anotaciones inconexas de mi padre. Miré a Jovis con exasperación.

—¿Desde cuándo ha dejado contento a alguien alguna cosa que haya hecho yo? Reanudaremos la producción en cuanto averigüemos cómo estabilizar las islas. Es lo más que puedo hacer. Cumpliré lo que le he prometido a Iloh en Riya, solo que no en este preciso momento.

Ante mí apareció un humeante cuenco de sopa rozando la madera.

—Ahí lo tenéis —me dijo la madre de Jovis con una sonrisa satisfecha en la cara—. Si esa no es la sopa mejor y más estimulante de todas las islas, podéis cerrar mi tienda ahora mismo. Voy a llevarle un poco a vuestra doncella. Le vendrá bien.

Lo cierto era que tenía una pinta estupenda. Pero es que había mucho más trabajo que hacer y nunca tiempo suficiente para hacerlo.

Ella vio mi expresión, puso una mano encima de los papeles y los apartó fuera de mi alcance.

—Necesitáis comer, y también conservar la salud.

Hablaba como si de verdad… ¿se preocupase? Pero no podía ser, acabábamos de conocernos. Sin previo aviso, surgieron dentro de mí unos sentimientos que no sabía que tuviera. En una época lejana de una vida anterior tuve una madre, o por lo menos tuve a Nisong. A pesar de ser la esposa del gobernador, le gustaba cocinar y, según lo que decía en su diario, eso le servía de consuelo.

Yo había deseado intensamente tener una familia, me había aferrado a la idea de que tal vez mi padre pudiera quererme si yo me esforzaba lo suficiente. Y entonces aquella mujer me trataba más bondadosamente de lo que me había tratado nunca mi padre, y eso que yo no había hecho nada por ella.

La sopa se me nubló a la vista. Pero tomé la cuchara y la probé. En efecto, estaba buena, mejor que ninguna otra cosa que hubiera preparado el cocinero. Un caldo con fideos gruesos y una fina capa de aceite de sésamo negro por encima. Sabía ligeramente picante, el caldo estaba sazonado con alguna hierba aromática que no supe identificar. ¿Habría traído sus propias especias?

—Pues sí, es la mejor —le dije, procurando no llorar—. Y si no lo fuese, yo no cerraría vuestra tienda.

Pero tomé de nuevo los papeles y me puse otra vez a redactar edictos. Tenía que acabarlos. Todavía había mucho que investigar y un imperio entero que

sostener en pie.

La madre de Jovis se sentó en el banco, al lado de su hijo.

—¿Tiene algún pariente? —le preguntó en un susurro que pude oír—. ¿O estáis únicamente tú, los guardias y las doncellas?

Casi me pareció oír cómo Jovis apretaba los dientes.

—Su excelencia está aquí mismo.

De improviso me levanté, y a punto estuve de volcar el banco.

—Voy a terminar esto en mi camarote. Gracias por la sopa…

—Ongren —dijo ella—. Pero podéis llamarme "tía".

—Gracias, Ongren —dije. Recogí mis papeles y hui. Estaba ya a mitad del pasillo cuando Thrana acudió a mi encuentro.

—Es buena —me dijo Thrana mirándome a la cara.

Solté un suspiro tembloroso.

—Pues sí. —Cuando entré de nuevo en mi camarote, Thrana se enroscó a mis piernas y se apoyó contra mi cadera—. Yo tampoco estaba acostumbrada a la amabilidad.

No quería que Ongren me tuviera lástima. No quería que me tuviera lástima nadie. Yo era la emperatriz, y no debían compadecerme. Necesitaba que me amasen, que me exaltasen.

Terminé de redactar las órdenes y las dejé a un lado. Acto seguido, me volví hacia el arcón que había al pie de la cama, que contenía los libros de mi padre, la redoma de recuerdos, la espada. Llevaba mucho tiempo dando vueltas a aquellos libros, intentando descifrar exactamente qué había querido decir mi padre en varias de sus anotaciones. No había conseguido encontrar ninguna mención de la espada, lo cual me había frustrado hasta más no poder.

Había visitado dos islas, otra se había hundido, y tan solo me había acercado un poco más a desentrañar los secretos que necesitaba.

Tomé la redoma de recuerdos.

—Lin, ¿estás segura…? —me preguntó Thrana.

No le respondí. Quité el tapón de la redoma y dejé que el líquido me entrara en la boca. El mundo que me rodeaba se disolvió. Me encontraba en la cueva subterránea del palacio, delante de la máquina de la memoria, aspirando el humo.

—Con esto tiene que ser suficiente. —Era la voz de mi padre la que emanaba de mi garganta.

El brasero de la máquina de la memoria estaba lleno de sangre casi hasta el borde. En el centro había un trozo de rocasabia, una isla en medio de un mar de color rojo.

Mi mirada se desvió hacia un lado. Un cuenco de sangre tras otro, todos alineados junto a la máquina de la memoria. Y lo único que experimentaba yo era el sentimiento de pena de mi padre, su esperanza. Saqué del arcón dos tubos de caucho, los puse dentro del brasero y abrí las válvulas que tenían.

—Nisong —susurré, y acto seguido prendí fuego a la rocasabia.

Capítulo 24

Ranami

Isla de Nephilanu

La visita podía haber ido peor, aunque cuando Ranami imaginó lo que podía significar lo de "peor", lo único que le vino a la cabeza fueron hipótesis lejanas en las que Lin llevaba un ejército hasta sus puertas y exigía la cabeza de Gio. Ellas habían cumplido su parte de la tregua, pero ¿a qué precio? La estación de lluvias ya estaba plenamente instalada, y estaba empezando a morir gente a causa de la tos de los pantanos. Ranami ya contaba con que sería necesario hacer sacrificios en su objetivo de derrocar al Imperio, pero esperaba que dichos sacrificios tuvieran lugar en el campo de batalla y por parte de un ejército de los pocos sin esquirlas, cuyos miembros estaban dispuestos a morir. No por parte de personas que tosían en la oscuridad, ahogadas en sus propios fluidos, mientras esperaban con anhelo una cura que nunca llegaría.

Creían que habían dado caza a todos los constructos que había en Nephilanu. Pero estaba claro, a la vista de la agresión sufrida por las doncellas de la emperatriz, que no era el caso. Phalue había insistido en volver a mandar guardias a patrullar. Si empezaran a enviar anacardos, los pocos sin esquirlas redoblarían sus esfuerzos para tomar Nephilanu. Y para tomar la vida de Phalue.

Se quedó unos instantes en la escalera que bajaba al sótano, con un pie arriba y otro abajo.

—Has dejado de beber vino —oyó que decía Phalue.

—Lo cierto es que no veo de qué puede servirme aquí abajo —respondió el padre. Una pausa—. Agradezco los libros y la lámpara que me has traído. Sé que no me viste leer mucho cuando eras pequeña, pero sí que leía cuando tenía oportunidad.

—Cuando no estabas ocupado. —Lo dijo en un tono tajante. Ranami conocía

aquel tono, Phalue solo lo empleaba cuando se sentía decepcionada con alguien.

—Ya, bueno, no aprovechaba el tiempo como debería. Ahora lo veo. Deberá haber… Debería haber pasado más tiempo contigo. —Y tosió.

No debería estar escuchando aquella conversación. Phalue la había invitado en más de una ocasión a que la acompañara en aquellas visitas, pero ella no pudo reunir el valor necesario. No para enfrentarse al padre de Phalue, al que no tenía miedo, sino para ver el dolor reflejado en el semblante de su esposa. Por más que odiase al antiguo gobernador, comprendía que la experiencia que había tenido Phalue con él era distinta. Ella solo conocía los efectos de sus acciones: el aumento de las cuotas de anacardos, los duros castigos, la falta de un sistema para retribuir a los agricultores. No lo conocía como persona, y desde luego tampoco como padre.

—Son muchas las cosas que debería haber hecho de forma diferente —estaba diciendo él—. No voy a decir que me arrepienta de todo. Y no puedo estar de acuerdo en cómo manejas tú las cosas. ¿De verdad estás pensando en enviar anacardos a las islas más pobres? Romperás la tregua, y ni siquiera te lo pagarán bien.

—Estás enfermo —le dijo Phalue—. Ordenaré que te examine un médico y que te traigan un poco de aceite de anacardo. Y tiene que haber una manera de reducir un poco la humedad que hay aquí abajo.

Durante unos instantes, el padre de Phalue no dijo nada.

—Eso es más amabilidad de la que habría tenido yo con ninguno de mis prisioneros. Gracias.

—Sigues siendo mi padre. Solo que… Oh, ¿por qué no te paraste a pensar, solo por un momento, en lo que estabas haciendo? Perdiste de vista todo excepto tu propia vanidad.

—Puedo intentar hacerlo mejor, si me dejas que te lo demuestre.

—Ya es muy tarde para eso.

Ranami volvió a subir la escalera. No quería meterse en aquella conversación. Quizás en otra ocasión acompañaría a Phalue a visitar a su padre pero esta le resultaba demasiado personal.

Mientras subía, le llegó el aroma procedente de la cocina: cebollas y jengibre, mezclado con el guiso de marisco variado que borboteaba en el fuego. Los sirvientes pululaban los unos alrededor de los otros con la gracia de los bailarines y, llevando en la mano platos y verduras, evitaban las colisiones por los pelos. Incluso después de haberse casado, incluso después de haber trasladado sus magras pertenencias al palacio, se le hacía difícil creer que vivía allí, que todo lo que había allí ahora también era suyo. Todavía se despertaba en ocasiones de un sueño en el que estaba de nuevo en las calles buscando restos de comida, intentando juntar suficientes cosas que vender. Cuando tenía uno de esos sueños, su vida en el palacio le parecía algo imaginado.

Alguien se deslizó entre los sirvientes, alguien que no les llegaba a la altura de los hombros. Ranami se quedó inmóvil en la escalera y reconoció a la niña. No era la hija traviesa de ninguna criada de la cocina, era Ayesh.

Ayesh había estado aquella mañana en el palacio, y aunque Phalue le había dado permiso para que comiera en las cocinas y durmiera en la habitación que

habían dispuesto para ella, Ranami la había visto marcharse. ¿Qué estaba haciendo allí otra vez?

Un par de sirvientes miraron a la pequeña, pero ya la habían visto más veces y estaban ocupados preparando la cena. Platos que entrechocaban unos con otros, cuchillos que troceaban sin parar, y una conversación constante: chismorreos acerca de Unta, acerca de la emperatriz y su visita, acerca de los pocos sin esquirlas. Ranami había escuchado aquellas conversaciones en más de una ocasión, deseosa de saber qué se decía entre los plebeyos. Prestaban escasa atención a la pequeña huérfana.

Mientras observaba, amparada en la oscuridad de la escalera del sótano, vio que Ayesh aprovechaba al máximo aquella falta de atención. Fue a la despensa, peló un plátano y empezó a comérselo. Mientras comía, birló furtivamente una pierna entera de cerdo curado, tres mangos y un tarro de pescado seco. Todo aquello fue a parar al saco que llevaba a un costado…, el cual no tenía cuando fue por la mañana a recibir la clase. Acto seguido, se echó el saco al hombro y se encaminó hacia la puerta.

Ranami se apresuró a subir el resto de la escalera. Puede que ella no fuera tan pequeña como Ayesh, pero había pasado suficiente tiempo acechando por las callejuelas de la ciudad para saber cómo hacer para pasar inadvertida. Avanzó pegada a las paredes, dejando a los sirvientes entre la niña y ella, preparada para agacharse detrás de uno de ellos si la pequeña volvía la cabeza.

Cuando Ayesh salió de las cocinas, aguardó unos instantes y luego fue tras ella. Alcanzó a ver una cabellera de color negro y una túnica marrón que desaparecían doblando la esquina. Frunció el ceño; la pequeña no iba en dirección a la salida.

Cuando se asomó por el recodo, vio a Ayesh detenida junto a una puerta y acariciando con los dedos uno de los pocos tapices que no había vendido Phalue. Su esposa había dejado el palacio casi desnudo antes de que ella pudiera impedírselo. Tenían suficientes reservas en el tesoro para llevar a la práctica las políticas que deseaban implantar; no había necesidad de ser excesivamente austeras. Lo que más necesitaban era tiempo, y eso no se podía comprar con pinturas ni con baratijas.

Tras aquella puerta estaba teniendo lugar una conversación entre dos sirvientes, aunque Ranami solo alcanzaba a oír fragmentos inconexos.

—… me parece haber notado… otras formas de salir. Y cómo… no todo el mundo puede… ¡nos ahogaremos! —Esto último fue pronunciado con vehemencia. Había otra persona hablando en voz baja y tranquilizadora, pero no se oía con nitidez.

Varios de los sirvientes conocían la existencia de la entrada de los alanga que había en la muralla, la que daba directamente a la ladera. Phalue y ella no pudieron mantener el secreto respecto de todo, y habían necesitado ayuda para prepararse para la posibilidad de que Nephilanu se hundiese. Estaba segura de que algunos de ellos habían logrado deducir para qué eran los preparativos.

No hubo decisiones fáciles; ¿deberían haber hablado abiertamente de sus planes con la servidumbre? ¿O deberían mantenerlos en secreto y transmitir la confianza que necesitaba la isla? Tras largas conversaciones, decidieron hacer esto último, pero ninguna de las dos se sintió cómoda con la decisión.

Ayesh continuó avanzando por el pasillo, contemplando las vigas pintadas y los relieves de las puertas, pasando la mano por la pared. Finalmente, dio media vuelta.

Ranami se agachó y regresó a la cocina. Phalue no había terminado de hablar con su padre, lo cual agradeció, porque no sabía muy bien cómo explicar por qué motivo se movía furtivamente como si no fuera dueña del palacio.

Cuando calculó que Ayesh ya debía de haber pasado, abrió la puerta una rendija. La vio alejarse pasillo abajo y desaparecer tras el arco que conducía al patio.

Dudó unos momentos en el umbral de la cocina. A Phalue le gustaba aquella niña, pero también le gustaba su padre. Le gustaba casi todo el mundo, y a los pocos que no le gustaban los odiaba a muerte. Le dolería enterarse de que la pequeña era una espía, pero todavía le dolería más no llegar a enterarse nunca de que Ayesh llevaba información a los pocos sin esquirlas.

Lo que la pequeña había oído a escondidas acerca de los preparativos para huir podría volverse en contra de Phalue. Ya era bastante malo que fuera una fuente de chismorreos palaciegos. ¿Y si llegara a oídos de Gio? Lo único que haría falta sería un rumor bien colocado para socavar el puesto de Phalue como gobernadora. Alentaría la insurrección y fomentaría el pánico, exactamente lo que estaban intentando evitar. Ranami sabía que las palabras se podían utilizar en contra de las personas. Si Gio contaba con una fuente de información en el interior del palacio, podría distorsionar lo que sucediese allí dentro, las decisiones que se tomasen. Además, con independencia de cuáles fueran las intenciones de Phalue, con independencia de lo mucho que se esforzase, siempre habría quienes la juzgarían igual que su padre.

Los habitantes de Nephilanu amaban a Phalue, pero el amor podía agriarse rápidamente si se daban las condiciones adecuadas.

Salió furtivamente de la cocina y se dirigió al patio. Ella creía en los pocos sin esquirlas, creía en lo que deseaban para el Imperio. Phalue había cambiado de postura para situarse más de acuerdo con sus objetivos. Y, aun así, para Gio aquello no era suficiente. Si Phalue no quería protegerse, Ranami lo haría por ella.

Tomó la capa engrasada del gancho que había junto a la puerta, se la echó por los hombros y salió al patio. La lluvia se había interrumpido, pero siempre existía la posibilidad de que volviera. Ayesh se había perdido de vista bajo el arco de la entrada, y Ranami apretó el paso para seguirla.

La vegetación que rodeaba las murallas del palacio estaba más crecida y más verde desde que empezó la estación de lluvias. Los arbustos que antes estaban secos y quebradizos habían echado hojas verdes. La hierba y los helechos le llegaban a la cintura. Y tuvo que agacharse para esquivar las ramas de algunos árboles.

Ayesh caminaba por delante de ella, con el saco al hombro. Ranami se quedó un poco rezagada y procuró no pisar con mucha fuerza. A pesar de que Phalue le había advertido que si pretendían adoptar iba a tener que aprender a confiar en una huérfana, no estaba segura de poder confiar en esta. ¿Qué era lo que sabían de ella, en realidad? Estaba claro que era una huérfana de la calle, y sí, se encontraba en mal estado cuando la recogieron. Y lo que contó de Unta parecía muy verídico.

Pero ella sabía lo que era la desesperación.

Cuando el librero con el que terminó trabajando de aprendiza se dio cuenta de que sabía leer y le ofreció un sitio en su casa, ella fingió saber más de lo que sabía en realidad. Y además fue muy convincente. Había ido aprendiendo cosas sueltas antes de que falleciera su madre, pero nada que resultara impresionante. Cada vez que el librero salía de casa o se volvía de espaldas, ella se volcaba en la tarea de aprender y llenar las lagunas que había en su formación, hasta que logró alcanzar el nivel que pretendía.

¿Qué eran unas pocas mentiras cuando uno podía llenarse la barriga por la noche y apoyar la cabeza en un lugar seguro?

Más tarde, cuando ya fue algo mayor, empezaron los toqueteos. Roces en los hombros y en la cintura, miradas prolongadas. Odió aquello, odió que él la acorralase y no le permitiera escabullirse. Otras chicas que había conocido en las calles habían sufrido cosas mucho peores, de modo que ¿quién era ella para quejarse? Para entonces, el librero ya estaba haciéndose viejo y no tardaría en morir, así que apretó los dientes y esperó. No pensaba volver a ser una huérfana de la calle. Nunca más.

De pronto, Ayesh volvió la cabeza, y Ranami se escondió detrás de un arbusto. La niña recorrió el sendero con la vista, pero, como no vio nada, continuó su camino.

Ranami se recordó a sí misma que ahora era la esposa de la gobernadora. Y andaba escondiéndose detrás de arbustos. Aquello no era precisamente algo que hubiera podido prever. Por lo visto, podía casarse con una persona poderosa, podía ponerse vestidos bien cortados y sentarse al lado de Phalue, pero una parte de ella siempre seguiría siendo una huérfana de la calle.

La vegetación fue dando paso a las calles empedradas de la ciudad. Ayesh miró atrás por última vez y salió disparada hacia una callejuela.

Ranami soltó un juramento, se zafó de los ramajes del arbusto y fue tras ella.

Espiar habría sido más fácil que enseñar a alguien a ser el aprendiz de un librero. Habría sido más fácil que coleccionar baratijas para venderlas por poco dinero. Habría sido más fácil que robar bolsas de monedas. Lo único que se necesitaba eran unas cuantas mentiras, dos oídos bien abiertos y una lengua dispuesta a hablar.

Dobló la esquina en pos de Ayesh y tan solo acertó a ver un pie que desaparecía tras el recodo siguiente. ¿La habría descubierto la pequeña? Quería saber a quién le entregaba la información que había obtenido, si a Gio o a un tercero.

¿Y por qué se llevaba alimentos? Phalue le había dicho que podía comer todo cuanto quisiera cuando estuviera en el palacio. ¿Tendría la intención de venderlos? ¿Ganarse un dinerillo extra donde nadie se percatara? Era lo que habría hecho ella. O tal vez estaba siendo poco caritativa, tal vez Ayesh tenía amigos a los que quería socorrer.

Al doblar la siguiente esquina se encontró en una calle muy animada, llena de puestos. No vio ni rastro de Ayesh, tan solo había vendedores voceando sus productos y un intenso olor a cebollas que flotaba en el aire. Y también ollas humeantes cuyo vapor se elevaba hacia el techo de hojas y bambú que cubría la calle. Ranami escudriñó al gentío intentando ver el extremo de la calzada. No

podía quitarse de la cabeza la idea de que Ayesh había tomado aquella callejuela a propósito.

A lo mejor era cierto que ya no *era la de antes.*

Empezó a llover de nuevo, y el agua comenzó a repiquetear contra el tejadillo de bambú. A su alrededor, los transeúntes se subían la capucha o abrían sus paraguas. Ya tenía los pies empapados. ¿Qué iba a hacer? ¿Inspeccionar cada calle por si veía alguna señal de la pequeña? Debería estar en el palacio, tomándose un té, estudiando el tesoro y destinando dinero a los distintos puntos de la lista. Ah, a lo mejor era verdad que se *había* ablandado. Dio media vuelta y emprendió el regreso por el sendero en zigzag.

Cuando llegó de nuevo al palacio, encontró a Phalue en el patio, resguardada bajo el balcón de la segunda planta, conversando con Tythus.

—Qué rápido —dijo extendiendo una mano.

Tythus le entregó un objeto que parecía un escudo pequeño y puntiagudo. Phalue lo inspeccionó, lo levantó, examinó las hebillas. Ranami, a pesar de lo que había visto y de la noticia que llevaba, sintió que el corazón le daba un vuelco a contemplar a su mujer. Había al mismo tiempo fuerza y amabilidad en la manera en la que se conducía ella misma y trataba a los demás.

Phalue levantó la vista y la miró, sonrió y le hizo una seña para que se acercara. Ranami, por el camino, fue ensayando mentalmente lo que iba a decir.

Pero Phalue tenía otras cosas en la cabeza.

—Fíjate en esto —le dijo—. Me lo ha fabricado un herrero de la ciudad.

—Un poco pequeño para ti, ¿no?

Phalue la miró con expresión divertida.

—No es para mí, por supuesto. Es para Ayesh. Es menuda, pero es más rápida y más fuerte de lo que parece. Un escudo también puede ser un arma, además de protegernos. —Lo sostuvo contra su brazo como si fuera un brazal de antebrazo, con la punta cubriendo el dorso de su mano—. No puede esperar ganar luchando como yo. Yo soy más grande que la mayoría de mis adversarios, excepto Tythus. Con lo rápida que es, le resultaría más adecuado usar dos armas pequeñas. Pero como le falta una mano, no puede esgrimir una daga con el otro brazo. En cambio, esto… —Dio vuelta al escudo para mostrarle a Ranami las correas y la caperuza que tenía en un extremo, cuya función era cubrir la muñeca de Ayesh—. Esto se convierte en una prolongación de su brazo. El extremo está afilado, al igual que los bordes próximos a la punta. Así que ahora tiene un arma más y también algo que puede usar para defenderse.

—Muy ingenioso —dijo Ranami. Todo lo que había ensayado mentalmente se borró del todo. Esa era una de las cosas que le gustaban de Phalue: cuando decidía hacer algo, se lanzaba de cabeza y sin reservas. Cuando comenzaron con su relación, Ranami se maravilló de lo abierta que era Phalue, de lo dispuesta que estaba a contarle todo, a mostrarse vulnerable y a amar sin temor. Ella siempre había sido la más prudente de las dos.

Miró a Tythus, que estaba apoyado contra una columna.

—¿Podrías dejarnos un momento, por favor?

Tythus afirmó con la cabeza, descruzó los brazos y se retiró al interior.

Phalue puso un gesto de preocupación.

—¿Ocurre algo malo? —Se llevó una mano al mentón—. Has estado revisando las cuentas, ¿a que sí? ¿Has encontrado alguna discrepancia? ¿Algún punto de la lista que vaya a requerir más fondos de los que habíamos calculado al principio?

—Pues… —La verdad es que no había ninguna forma adecuada de decirlo—. He visto a Ayesh en la cocina.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver con nada? Tiene permiso para entrar.

—Después de marcharse del palacio, volvió. ¿Para qué?

—Yo le dije que volviera —respondió Phalue—. Sabía que hoy me llegaría el escudo. Seguramente volvió, se dio cuenta de que yo aún estaba ocupada y se marchó de nuevo.

Ranami dudó de sí misma; ¿habría una explicación sencilla para todo lo que había presenciado? Pero había aprendido a fiarse de su instinto. Ayesh estaba ocultando algo, y ni Phalue ni ella sabían lo que era.

—Robó comida de la cocina, no sé por qué. Y además la sorprendí en el pasillo escuchando una conversación entre sirvientes. Estaban hablando de nuestro plan para contingencias.

Phalue ladeó la cabeza y arrugó el entrecejo.

—¿La estabas siguiendo?

—No. Bueno, sí. De acuerdo. La seguí hasta la ciudad y allí la perdí. Quería saber si estaba llevando esa información a alguna parte y, en ese caso, a quién se la entregaba. Phalue, si llegara a manos de quien no conviene, podrían utilizarla para perjudicarte. Las cosas ya están bastante difíciles.

—Nadie parece estar insatisfecho con mi forma de gobernar —dijo Phalue.

—Nadie te lo dice a la cara —le replicó Ranami—. Pero hay cuchicheos. Y es muy fácil que con la provocación adecuada los cuchicheos se transformen en gritos. Puede que las leyendas afirmen que Gio tomó Khalute sin ayuda de nadie, pero dudo que eso sea verdad. Está claro que sabe cómo hacer para atraer a la gente hacia una causa. Mira cómo lo siguen los pocos sin esquirlas. Me preocupa que pueda socavar tu gobierno y que intente asumirlo él.

—Puede intentarlo.

—Solo hace falta un error, un mal paso que pueda utilizar contra ti. Introducirá una cuña entre esta isla y tú.

—Ranami, por favor. —Phalue dejó el escudo apoyado contra una columna y tomó a Ranami de las manos—. Tienes razón: necesito tener cuidado. Y agradezco que te preocupes por mí. Pero, a veces, las sombras que ves tienen explicaciones razonables.

A lo mejor Phalue llevaba razón, y estaba viendo serpientes marinas en la niebla. Respiró hondo.

—No sé quién es esa niña ni qué es lo que busca en realidad.

—¿Por qué no hablas con ella y la conoces un poco más? No me burlaré de ti ni te diré que estás haciendo el ridículo. Si que ande por aquí te pone nerviosa, podemos tomar más precauciones. Ya me dijiste que yo soy una de las pocas personas en las que confías. Puede que yo confíe con más facilidad que tú, pero no hay nadie de quien me fíe más. Ordenaré a los guardias que se mantengan atentos. Pueden observar cuándo se va Ayesh y cuándo vuelve, y lo que se lleva consigo. ¿Te sentirás mejor así?

Ranami sintió que se aflojaba parte de la tensión que le oprimía el pecho.

—Sí, me sentiré mejor.

—Ahora soy la gobernadora. Vi lo rápido que perdió mi padre su cargo y lo fácilmente que los pocos sin esquirlas provocaron una rebelión. Esto no es algo que me tome a la ligera… —Carraspeó—. Y hablando de cosas que no me tomo a la ligera… En mi opinión, deberíamos enviar el cargamento de anacardos. No tenemos por qué enviarlo directamente a Imperial, pero la emperatriz tiene razón. Si hacemos lo que Gio quiere que hagamos, habrá gente que sufra y muera, gente que ya ha sufrido bajo el Imperio.

Ranami le apretó las manos con fuerza; de nuevo sintió aquella opresión en el pecho.

—Si Gio se entera, aquí no disponemos de guardias suficientes para rechazar un ataque.

—Una cantidad pequeña cada vez —le dijo Phalue—. Oculta entre otros suministros.

—¿Pretendes pasarlos de contrabando? —preguntó Ranami—. No somos el Ioph Carn.

—¿Qué vais a pasar de contrabando?

Ranami se giró y vio a Ayesh saliendo de detrás de una columna. No la había oído acercarse. Pero ¿no acababa de estar allí? El saco que llevaba antes ya no estaba.

—Ah. Nada —le respondió Phalue. A continuación tomó el escudo con una sonrisa en la cara—. Aquí tienes la sorpresa que te he prometido.

Durante unos instantes, la pequeña clavó sus ojos negros en Ranami. Esta pensó que tal vez fuera producto de su imaginación, pero por un momento le pareció ver una chispa de complicidad. Otra vez pudo más la intuición.

Ayesh sabía que Ranami la había estado siguiendo.

Capítulo 25

Jovis

Algún punto del mar Infinito

Ylan insiste en que puede hacer uso del poder que tiene la lengua alanga para mantener a raya a los alanga. Afirma que a ellos se les ha concedido una larga vida (¿inmortalidad?) y poderes sobre el viento y sobre el agua, y que los demás no podemos hacer nada ante eso.
Lo que me enseña no es una polea ni una trampa para peces. Es una abominación. Ni siquiera soy capaz de plasmar sobre el papel algunas de las cosas que he visto. Es demasiado. Su intención es buena, estoy seguro de ello.
Me pide que lo ayude. Yo me niego. Me suplica. Me argumenta.
Y luego, finalmente, me dice que tiene que volver a casa. Dice que han pasado años. ¿Será verdad? Los días y los años significan poco para mí, yo mido el tiempo en estaciones.
Me gustaría que no se fuera, pero estoy demasiado enfadado para decírselo.

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

La doncella de Lin falleció dos días más tarde, a pesar de la sopa de mi madre, a pesar de los cuidados de la médica, a pesar de toda la rocasabia que quemamos para que el barco avanzara más deprisa. Lin ordenó que el barco atracase en la siguiente isla para que pudiéramos organizarle un funeral como era debido.

Y yo hice todo lo posible por controlar a mi madre para que no molestase. No fue una tarea en la que tuviera mucho éxito.

—Es la emperatriz —le dije por enésima vez mientras observaba cómo extendía envoltorios de empanadillas en el comedor. Estaba siempre moviéndose, rara vez permanecía quieta.

—¿Una emperatriz no puede disfrutar de mis empanadillas?

No era eso, bien lo sabía ella. Era su manera de insistir en decirle a Lin lo que tenía que hacer, de preguntarle cuándo era la última vez que había comido, de señalarle que las profundas ojeras que tenía indicaban que no estaba durmiendo lo suficiente. Simplemente, eso no se hacía. Me la quedé mirando hasta que ella se percató, y dejó un momento el rodillo para mirarme también.

—Jovis, no tiene familia, solo personas a las que no conoce de nada. Su padre ha muerto. Su madre ha muerto. Se la ve muy sola.

Me vino a la memoria aquella ocasión en la que hablé con Lin en las calles de Ciudad Imperial, cuando ella parecía más una persona y menos una emperatriz. Y también me acordé de aquella vez que luchamos codo con codo contra los asesinos. Hubo un momento en el que… Pero aquello era una tontería por mi parte.

—No creo que quiera que le tengas lástima —respondí. ¿Por qué estábamos hablando de Lin? No había ido allí a hablar de Lin.

Mi madre me miró con el ceño fruncido.

—¿Es así como sois los jóvenes? No le tengo lástima. Veo en ella a una persona que está triste y quiero que esté menos triste. ¿Qué hay de malo en eso? —Me despidió con un gesto—. Bah. Márchate. Estoy ocupada y me estás molestando.

Cuando salí de la cocina vi al cocinero jugando a las cartas contra sí mismo. Ah, de modo que yo no era la única persona a la que habían expulsado. No sé por qué, pero eso hizo que me sintiera mejor.

Cuando volví a subir a la cubierta, Mefi se levantó del exiguo lugar soleado que había descubierto y acudió a saludarme.

—Estás preocupado —me dijo cuando se reunió conmigo junto a la barandilla.

Yo me quedé contemplando el mar Infinito, sin poder quitarme de la cabeza lo que me había dicho Philine en Imperial. Dentro de poco tocaríamos puerto, solo para aprovisionarnos de víveres y enviar las cartas de Lin.

Lin no había podido garantizar un envío de anacardos de Nephilanu, y en Imperial no le quedaba suficiente aceite para dar a otras islas. Mi padre estaba en Anau en medio de un brote de enfermedad, cuidando de una familia afectada. ¿Habría enfermado él también? Ni mi madre ni yo habíamos sacado ese tema. Mi padre siempre había eludido la tos de los pantanos, pero a su edad podría morir si la contrajera.

En siete años, yo había enviado una sola carta. Sabía que él no me reprendería, pero sí que me miraría con amor y decepción, y yo me sentiría destrozado por el dolor que le había causado. Sin embargo, deseaba aquel sentimiento más que ninguna otra cosa, porque querría decir que mi padre todavía estaría vivo para sentirse decepcionado por mí. Podía ponerme en contacto con el Ioph Carn. Podía pedirles que me pasaran algo de contrabando.

—No sé muy bien qué hacer —dije pasándome una mano por el pelo. Había vuelto a dejármelo crecer—. Puedo hacer algo, pero estoy seguro de que sea lo

acertado. Podría ser algo muy bueno o algo muy malo, pero probablemente sería ambas cosas.

Si les enviara un mensaje, si les dijera que estaba dispuesto a hacer algo por ellos, estaría colocándome en el mismo sitio en el que estaba siete años atrás: en deuda con el Ioph Carn. Creía que finalmente había escapado de aquello. ¿Cuánto me pediría Kafra? ¿Qué querría?

Pero si nunca hacía nada para ayudar, ¿qué clase de persona sería?

—¿Si no haces algo? —me preguntó Mefi—. ¿Y qué es, pues?

Suspiré.

—Es algo muy malo. Malísimo.

Tenía que dejar de decirme a mí mismo que no tenía alternativas. Sí que las tenía, e iba a tener que vivir con las consecuencias de la decisión que tomara. La tarea que me encargase el Ioph Carn tal vez no tuviera nada que ver con Lin, tal vez no le causara ningún daño. Aún no podía saberlo.

—¿Qué es eso tan malo? —Lin apareció a mi espalda vestida con ropa de viaje. Odiaba que se vistiera así; parecía demasiado normal, demasiado accesible.

Calmé mi corazón acelerado y contemplé las nubes que se veían a lo lejos.

—El tiempo. A veces pienso que los breves instantes de sol que tenemos son solo para que recordemos lo agradable que era todo antes de que comenzara la estación de lluvias, y nos sintamos más tristes.

Lin soltó una carcajada.

—Y todo el mundo se emociona mucho cuando cae el primer chubasco de la estación de lluvias, pero esa alegría se disipa enseguida. —Rebuscó en el interior de su fajín y sacó algo que encajaba en la palma de su mano—. Llevo unos días queriendo darte esto.

Tendí la mano y Lin depositó en ella una esquirla de hueso.

—Es tuya. La encontré mientras estaba ordenando las esquirlas para devolverlas a las islas. Tanto tú como yo sabemos que yo nunca usaría una esquirla tuya, pero he pensado que sería un detalle bonito, dado que…

Yo alcé el brazo y arrojé la esquirla al mar.

Lin puso un gesto ceñudo.

—En fin, supongo que esa es una manera de evitar que alguien la use.

—No es mía. —Aún me acordaba de la respiración del soldado en mi oído mientras me decía que me había salvado—. Seguramente sería un hueso de pollo o algo así. Si hubierais intentado usarla, habríais terminado averiguándolo. —Me incliné para mostrarle la cicatriz que tenía tras la oreja—. Aquí. Tocad.

Sentí sus dedos fríos contra con mi piel, su contacto fue delicado y exploratorio.

—No falta ninguna pieza. Mmm.

Tragué saliva y me aparté.

—El soldado se apiadó de mi familia. Mi hermano mayor había muerto durante el Festival del Diezmo, y yo era todo lo que les quedaba a mis padres. Así que me hizo una cicatriz y me dejó el cráneo intacto. La esquirla que entregó era falsa.

El calor del sol en mi cuero cabelludo, mis rodillas clavadas en el suelo, el dolor y la sangre que me resbalaba por el cuello. Jamás olvidaría esas sensaciones, aunque el rostro del soldado sí que lo había olvidado.

Lin se tocó el punto situado detrás de su oreja con gesto distraído.

—¿Seguro que vuestro padre no…?

Lin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, los Sukai nunca tomaron diezmos a los suyos. —Se apartó de la barandilla—. Tengo que buscar un poco de enebro para quemarlo con el cadáver. El capitán me ha dicho que hay algo a bordo.

Contemplé cómo se marchaba deseando haber podido hacerla reír de nuevo. A todos nos vendría bien reír un poco más.

Arribamos a puerto esa misma mañana, y Lin nos dio permiso para que estirásemos las piernas.

—Volved después del almuerzo —dijo—, y deprisa, o zarparé sin vosotros.

—¿No vais a bajar a tierra?

Ella negó con la cabeza y me ofreció una sonrisa triste.

—Voy a ayudar a preparar el funeral de Reshi.

Thrana se fue con ella, no sin antes dirigirnos una mirada de nostalgia por encima del hombro.

Lin ya había enviado al puerto a la doncella que no había sufrido daños con cartas y órdenes, así que yo no tenía nada más que hacer excepto buscar al Ioph Carn. Descendí por la pasarela con Mefi trotando junto a mí, y noté que me miraba con gesto esperanzado.

Y darle de comer a él, por supuesto.

No sabía con certeza en qué isla habíamos atracado, pero la ciudad era pequeña y estaba casi engullida por todos lados por un denso bosque pluvial. Justo después se elevaban bruscamente unas montañas que se erguían por encima de los edificios como si fueran colmillos puntiagudos. Tanto el bosque como las montañas estaban cubiertos por un mano de niebla.

—No te separes de mí —le dije a Mefi cuando entramos en la ciudad—. Este lugar está menos poblado de lo que tú estás acostumbrado a ver, y no sé qué clase de criaturas viven en ese bosque.

Había oído contar historias, y hasta había visto uno o dos trofeos de algún animal extraño. No tenía ningún interés en tropezarme con uno en vivo.

No había estado nunca en aquella isla, pero sabía cómo encontrar al Ioph Carn. Contaba con una red muy amplia. Si en el Imperio había alguna isla que no hubieran tocado ellos, yo no me había enterado.

Deambulé por las calles, me detuve en uno de los pocos puestos que había y le compré a Mefi pescado cocinado al vapor y acompañado por una salsa de judías negras. Se sentó sobre sus cuartos traseros para comerlo y fue ayudándose con las patas, como si fueran dedos. El vendedor le dirigió una mirada de curiosidad y después me miró a mí con gesto interrogante. Yo me limité a encogerme de hombros y seguí mi camino; no le debía ninguna explicación.

Tardé solo un poco más en encontrarlo. Un portal adornado con intrincados relieves. Pero escondido en el dibujo había un símbolo. Lancé una mirada hacia la calle y, seguidamente, como no vi a ninguno de los guardias ni las doncellas de Lin, llamé con suavidad a la puerta.

Dentro se oyeron unas pisadas.

—¿Quién es?

—Solo un pájaro cantor de medianoche que busca refugio.

Durante unos instantes, pensé que la contraseña había cambiado. Cerré con fuerza la mano en torno a mi bastón y me pregunté si la persona que había al otro lado de aquella puerta estaría preparándose para atacar. De pronto, la puerta se abrió una rendija. Me observó una mujer mayor y de baja estatura. Tan solo necesitó una mirada rápida para analizarme: mi uniforme, mi bastón, Mefi a mi lado.

—Jovis —me dijo—. Me han dicho que debía esperar tu llegada.

—¿Cómo? —No había forma de que Kafra hubiera sabido que yo iba a hacer una escala en aquella isla en particular y que iba a buscar al Ioph Carn. Me indicó con una seña que pasara al interior y así lo hice, un tanto perplejo.

En cuanto entré, cerró la puerta.

—Kafra ha enviado misivas a todas las islas. El mensaje tenía dos partes: una en la que nos decía que era posible que acudieras a nosotros y otra que contenía instrucciones para ti.

Fue hasta la mesa que había junto a la ventana, abrió un cajón, levantó el falso fondo y extrajo un pergamino. Alcancé a vislumbrar unos dardos plateados antes de que volviera a poner el falso fondo en su sitio. Así pues, no estaba tan indefensa como parecía.

—Toma. —Me entregó el pergamino.

Estaba dando golpecitos con mi bastón de manera inconsciente, así que dejé la mano quieta.

—Aún no he dicho a qué he venido.

La mujer se limitó a sonreírme mostrando unos dientes pequeños y torcidos.

—Dime qué es lo que quieres, y ya está. Pero esto es lo que Kafra quiere a cambio.

La carta parecía inofensiva a primera vista, pero yo sabía que la trampa estaría en el texto; con Kafra siempre había algún truco, nunca se trataba de un encargo fácil. Levanté una mano para tomarla, dudando, temeroso de que fuera a morderme.

La mujer la retiró.

—No, no, dime qué es lo que quieres.

Suspiré.

—Un cargamento de anacardos equivalente a un mes, enviado de contrabando a Anau.

La mujer reflexionó mientras calculaba mentalmente.

—Difícil, pero puedes darlo por hecho. —A continuación, depositó la carta en mi mano extendida.

La desdoblé, y Mefi se colocó a mi lado con las orejas pegadas al cráneo. Necesitaba relajarme. Tal vez lo único que quería Kafra era que yo influyese en Lin para que dejara en paz al Ioph Carn o para que estudiara alguna propuesta.

La emperatriz tiene en su poder una espada de hoja blanca.

Róbala y tráemela. Tienes treinta días.

Kafra

El corazón empezó a latirme con fuerza contra las costillas. Aquello no era un encargo sencillo. ¿Qué clase de locura me estaba pidiendo Kafra? Primero Gio, y ahora Kafra. Aquellas espadas eran objetos fabricados por los alanga, tenían que

serlo.

Si hacía lo que me pedía Kafra, si le robaba un objeto a Lin, esta descubriría que había sido yo. No me hacía ilusiones de que entre nosotros se hubiera formado ninguna camaradería. Lin me mandaría ejecutar. Yo tendría que huir para eludir ser castigado. Y entonces, el único modo en el que podría vivir sería trabajando otra vez de contrabandista. ¿Era eso lo que pretendía Kafra? ¿Hacerse con un objeto alanga y volver a tenerme agarrado por el cuello?

Apreté la mandíbula y me guardé la carta en el bolsillo del fajín.

—¿Es un buen trato? —me preguntó la mujer.

—Con Kafra, nunca lo es.

Salí de aquella casa de un humor más negro que los nubarrones que iban arremolinándose.

Mientras me dirigía de regreso al barco, Mefi me propinó un empujoncito.

—¿Es malo?

—Muy malo —le respondí.

Tenía que encontrarle una salida a aquello. Seguía queriendo que Anau recibiera la cura para la tos de los pantanos, pero no sabía cómo darle a Kafra lo que quería sin quedar totalmente bajo su control.

La espada que había encontrado en el escondrijo de los pocos sin esquirlas también tenía una hoja de color blanco. A lo mejor podía dar el cambiazo. Gio me había advertido que la cuidara bien, pero no se había tomado la molestia de decirme la razón. Si por lo menos pudiera ver un momento la espada que, por lo visto, poseía Lin, podría saber si se parecía a la mía. No había visto un arma así en la bodega del barco, pero tal vez la guardaba en su camarote. Tenía que haber una manera de averiguarlo.

Me dirigí al camarote de la emperatriz esforzándome en pensar excusas para quedarme allí unos momentos y mirar alrededor. Era posible que Lin no se hubiera llevado la espada consigo, pero tuve el presentimiento de que le gustaba guardar sus secretos cerca de sí. Igual que a su padre.

El guardia que había apostado yo en la puerta me saludó, y le indiqué que podía marcharse y dejar la vigilancia. Llamé con suavidad. Nadie me respondió. Puse un gesto de preocupación. Lin me había dicho que iba a quedarse en el barco para ayudar a preparar el funeral de Reshi, y el guardia no me había informado de que hubiera salido.

—Mefi, ve a mirar en el comedor por si acaso, ¿quieres?

Mefi se fue dando brincos por el pasillo y regresó solo un momento más tarde negando con la cabeza. Yo volví a llamar a la puerta, más fuerte. Nada.

Por mi mente cruzaron un millar de posibilidades. Que estaba durmiendo, que estaba muerta, que se la habían llevado cautiva. De nuevo aporreé la puerta, lo bastante fuerte como para despertar a los muertos.

—¿Excelencia?

No hubo respuesta. Lin no estaba durmiendo.

Probé el picaporte y descubrí que estaba cerrado con llave. Noté que el aire que pasaba por mi garganta se volvía sólido y nudoso. Había aceptado robarle a Lin y entonces resultaba que le había sucedido algo. Empujé la hoja de la puerta con el hombro; se dobló bajo mi peso, pero no cedió.

La idea de que alguien le estuviera apoyando un cuchillo a Lin contra el cuello, de que alguien le hiciera daño, me causó un pánico innombrable. Eran cosas imposibles. *Necesitaba* que fueran cosas imposibles. Si Lin estaba muerta, ya nunca volvería a dirigirme una de aquellas miradas irónicas y sus típicas réplicas ingeniosas, ni a reírse con mis bromas como si yo fuera gracioso *de verdad*. ¿Y si uno de aquellos asesinos estuviera, en aquel mismo instante, a punto de clavarle una daga en el pecho?

Di un paso atrás y embestí la puerta con todas mis fuerzas. La madera que rodeaba el pestillo se astilló y la puerta cedió.

Lin estaba sentada en el borde de la cama, con una redoma en la mano y la mirada perdida. Thrana, acurrucada a sus pies, emitía unos sonidos que eran una mezcla de quejido y gruñido. Bajé las manos para que no se sintiera amenazada y procuré entender la situación.

Lin no estaba muerta. No estaba sufriendo ningún ataque. No estaba dormida.

—¿Excelencia?

No reaccionó. Era como si no me oyera en absoluto. Miraba fijamente la pared y tenía los labios entreabiertos y las manos caídas a los costados. Estaba haciendo lo mismo que cuando la vi en la cueva subterránea del palacio: beber de una redoma y luego quedarse en blanco. Dudando, entré en el camarote y tomé la redoma. Se parecía a uno de los recipientes de arcilla que usaba el cocinero para conservar la salsa de pescado. No tenía nada raro.

La emperatriz parpadeó y centró la mirada en mí.

—¿Jovis? —puso un gesto hosco y miró la puerta rota—. ¿Sucede algo malo?

—He llamado y no contestabais, de modo que he pensado que… —A mí mismo me sonó tan absurdo como debió de sonarle a ella—. ¿Qué estabais haciendo? —No tenía derecho a hacer esa pregunta, sobre todo a la emperatriz, pero ella se ruborizó.

—Estudiaba —respondió impulsivamente.

Observé la redoma, sus manos vacías, el punto de la pared en que antes tenía la vista fija.

—Sí, el grano de la madera puede resultar fascinante —dije en tono desenfadado—. Y ayuda mucho cuando hay que solucionar los problemas de un imperio.

—Estaba intentando averiguar todos los misterios que dejó mi padre —me dijo al tiempo que hacía un ademán para abarcar la totalidad del Imperio—. Lo que sabía y lo que no sabía. Las anotaciones que dejó es muy posible que estén encriptadas. A mí nunca me contaba nada; solo me proporcionaba la información que consideraba que yo iba a necesitar en cada momento. Y ahora ya no está, y yo… —Extendió las manos y volvió a cerrarlas, como si quisiera capturar una brisa con las yemas de los dedos—. Tú no tienes ni idea de lo que es eso. De modo que sí, puede que pareciera distraída.

Sabía reconocer un intento de desviar la atención. En el pasado, tal vez hubiera seguido indagando y presionando. Tal vez si ella fuese otra persona. Pero el mero hecho de haberla encontrado sana y salva me había dejado una sensación de cansancio y alivio.

—He pensado que podíais estar muerta. O herida. Al ver la redoma, se me ha

ocurrido que podrían haberos envenenado. Hay personas que desean vuestra muerte, excelencia.

—¿Estabas preocupado por mí? —Por cómo lo dijo, era mitad afirmación y mitad pregunta.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos. En aquel barco, hasta el camarote de la emperatriz era pequeño; ella estaba sentada a un paso de mí, tan cerca que pude aspirar el aroma de jazmín que desprendía su cabello. Se me quedó la boca seca. No sabía bien si debía responder a eso, ni cómo. No sabía con seguridad qué respuesta deseaba ella.

Thrana se había tranquilizado, y tenía su enorme cabeza apoyada en el regazo de Lin.

—Deberías decírselo —dijo Thrana—. A lo mejor podría ayudar.

Lin le acarició la cabeza y su expresión se suavizó.

—Cierra la puerta. Te lo enseñaré. Pero… no se lo cuentes a nadie.

Sin esperar confirmación, se puso de pie y, mientras yo me giraba para cerrar la puerta, pasó junto a mí rozándome el brazo con la manga.

Se arrodilló para abrir el arcón que tenía a los pies de la cama. Dentro había una caja de pequeño tamaño. Las demás cosas que contenía estaban tapadas con una manta y, por más que me esforcé, no vi nada más.

—Mi padre tenía una máquina de la memoria —dijo con sencillez señalando la caja—. Dejó anotaciones que hablaban de ella, y he estado averiguando cómo funciona. Guardaba recuerdos en un líquido. Aquí dentro. —Tocó con el dedo la redoma de arcilla.

Aquello parecía demasiado fantástico para ser real; pero, claro, la magia de las esquirlas también.

—Entonces, ¿vos simplemente…? —Imité el gesto de quitar el tapón a la redoma.

—Lo bebo. Y a continuación rememoro los recuerdos que almacenó mi padre. Hay una parte de cenizas de rocasabia, mezcladas con otras cosas, como por ejemplo sangre suya. Y también sangre de Thrana. —Vio el gesto que hice yo—. No resulta agradable. Pero, claro, tampoco eran agradables la mayoría de las cosas que hacía mi padre. —Cerró los dedos en torno a la base de una de las orejas de Thrana y siguió diciendo con voz suave—: No quiero ocultarte cosas, pero debes comprender que ha habido pocas personas en las que he podido confiar.

—Yo también conozco ese sentimiento.

—Podrías herirme de mil maneras con los secretos que te he contado. —Se levantó, y yo sentí que se me aflojaban las rodillas. Sus pestañas aleteaban contra sus mejillas—. ¿Sigues sin fiarte de mí? Yo quiero que confíes en mí.

No estaba mintiendo ni intentando desviar el tema. Me había dicho la verdad, y ello me provocó una opresión en el pecho.

—Sois la emperatriz. Tenéis el poder de vuestro padre. —Comprendí el muro que levantaban entre nosotros aquellas palabras y deseé poder retirarlas, del mismo modo que sabía que había que decirlas.

—Es lo que soy. ¿Preferirías que fuera otra persona distinta? —La leve ironía que teñía esa pregunta era muy característica de Lin.

Sí. No. Cerré los ojos en un intento de pensar con claridad.

Mefi se apretó contra mi pierna. ¿Qué querría que hiciera ahora? Según él, yo era una persona que ayudaba. Mi morral colgaba suelto a un lado de mi cuerpo. Lo único que pesaba dentro era el libro. Carraspeé y levanté el morral entre nosotros como si fuera un escudo, lo único que me separaba de mi destino. No había motivo para que le ocultara aquello a Lin, y ella había pasado largas horas estudiando. La tarea de traducir el libro con la ayuda de Mefi, que se distraía con facilidad, avanzaba con lentitud. A lo mejor ella había visto aquel idioma. Una pregunta por otra. Un secreto por otro. Era lo justo.

—He encontrado una cosa —solté impulsivamente al tiempo que introducía la mano en el morral y sacaba el diario—. En Nephilanu, en unas ruinas alanga que hay cerca de la ciudad. Era igual que la cara de la estatua —mentí—. Mefi se sintió muy atraído por este diario. Está escrito en un idioma que no reconozco y llevo un tiempo intentando traducirlo, pero con escasa fortuna. Me parece que es un libro alanga. La biblioteca de vuestro padre es muy amplia. A lo mejor habéis visto una grafía igual que esta. —Le pasé el diario.

Lin me quitó el libro de las manos, lo abrió y comenzó a pasar las páginas con delicadeza, dominada por la curiosidad.

—En efecto, es un libro alanga. —Recorrió con la mirada el texto, boquiabierta a causa de la sorpresa—. El diario de Dione, el último alanga que cayó ante los Sukai. Él y el primer emperador eran… amigos, creo.

—¿Sois capaz de leerlo? ¿Habéis visto antes esta lengua?

Lin recorrió una página con dedos temblorosos, presionando el papel.

—No solo he visto esta grafía, he pasado largas noches de soledad aprendiéndola.

Por supuesto que el emperador guardaba libros antiguos y prohibidos de los alanga. Tenía lógica.

—¿Por qué no me habéis dicho que conocéis la lengua alanga?

Lin, con expresión severa, me mostró el libro abierto.

—Porque no sabía que la conocía. Esto no es una lengua muerta. Es la misma grafía que se utiliza para la magia de las esquirlas.

Capítulo 26

Lin

Algún punto del mar Infinito

La lengua alanga y la lengua de la magia de las esquirlas eran la misma. ¿Era posible que los alanga también hubieran utilizado la magia de las esquirlas? En mi caso, aunque había logrado descifrar algunos pasajes del diario de Dione, mi comprensión de aquel idioma era imperfecta, y la estructura relajada y conversacional del diario era muy diferente de las rígidas órdenes grabadas en las esquirlas de hueso. Jovis no me había trasladado a mí la plena custodia de aquel libro; en vez de eso, me lo traía y se sentaba a mi lado mientras yo leía, una presencia que me consolaba y de la que no deseaba prescindir. Además, de tanto en tanto me ofrecía sugerencias que habían resultado ser muy útiles.

Por lo menos, eso era lo que yo me decía a mí misma.

Íbamos a atracar en Imperial para reagruparnos brevemente antes de continuar hacia Hualin Or y después hacia Gaelung. Mi supuesta madre procedía de Hualin Or. Sus parientes estarían allí. Me pregunté qué pensarían de mí. Al menos, las minas de rocasabia de Hualin Or eran pequeñas; mi orden de suspender la producción de rocasabia no la afectaría tanto como a otras islas. No tardaríamos en tomar tierra en Imperial, donde yo sabía que tendría que ocuparme de atender las necesidades del Imperio. A bordo del barco tan solo disponía de un poco de tiempo libre para dedicarme a mi investigación. Abrí el arcón que tenía a los pies de la cama y saqué la espada.

—Ten cuidado —me dijo Thrana.

Me volví hacia ella. ¿Qué había querido decir con eso?

—Es una espada. Por supuesto que tendré cuidado.

—No solo por eso —replicó—. Huele raro.

Un poco desconcertada, volví a guardar la espada y tomé la cara de la estatua.

Y estuvo a punto de caérseme de nuevo al interior del arcón. En algún momento de la operación de guardarla, se le habían cerrado los ojos. Reprimí un escalofrío. Ello me hizo pensar en el mural del palacio, los alanga en fila, tomados de la mano, todos con los ojos cerrados. Hasta que, un día, los abrieron.

Los abrieron el día en que yo luché contra mi padre. El día en que Jovis apareció en la escalera del palacio. El día en que establecí el vínculo con Thrana.

Me puse la cara en el regazo.

Thrana la olfateó. Sus bigotes y su hocico húmedo me hicieron cosquillas en el dorso de la mano.

—También huele raro.

—Es un objeto alanga. Como la espada —le dije.

Me costaba creer que fuera una coincidencia que los ojos del mural se hubieran abierto aquel día. Dudaba que la causa hubiera sido la creación de mi vínculo con Thrana, porque desde entonces se habían abierto varias veces. Tan solo quedaba la aparición de Jovis en las escaleras del palacio.

De repente se oyeron unos golpes en la puerta.

A toda prisa oculté la espada y la redoma, pero conservé la cara de la estatua en mi mano.

—Adelante.

Era Jovis, acompañado de Mefi. Entró en mi camarote llevando el diario en la mano. Mis dos doncellas pasaron por detrás de él en el pasillo y lo miraron de reojo mientras él cerraba la puerta. Últimamente pasábamos bastante tiempo juntos a solas. Hablarían. También hablarían los guardias. Pero me dio igual. Yo era la emperatriz. Que hablasen.

—En el diario no dice en ninguna parte cómo se crean los alanga. Dione habla únicamente de Ylan Sukai y de las conversaciones filosóficas que sostiene con él. Es tan árido como los libros de texto de historia que tuve que estudiar cuando estaba en la academia. Ylan está furioso porque los conflictos de los alanga están causando daños colaterales. Dione asemeja dichos conflictos a tormentas, es decir: cosas imposibles de reprimir o detener. Comen, van de pesca, toman té y hablan. —Dejó el diario en mi escritorio—. Conforme voy pasando páginas, va dando la sensación de que Ylan ha hecho cambiar de opinión a Dione. Trabajan juntos en algo, pero no sé el qué. Y luego aparece una traición. —Empezó a dar golpecitos con el bastón contra el suelo, un gesto que yo había aprendido a asociar con un estado de agitación.

Cerré los dedos en torno a la cara de la estatua.

—La primera vez que llegaste a Imperial, ¿te serviste de tu magia para luchar con el constructo de mi padre?

Jovis parpadeó.

—¿Qué?

—Que si te serviste de tu magia para luchar con el constructo de mi padre.

Jovis sacudió la cabeza como si pretendiera despejarla.

—Sí, claro que sí.

Volví la vista hacia la escotilla abierta. La lluvia ligera y la salpicadura de las olas mojaban la pared. Mi idea, medio formada antes de que Jovis entrara por la puerta, se solidificó en una teoría. Levanté una mano, y al hacerlo sentí la

vibración en los huesos y percibí la presencia del agua que me rodeaba. Flexioné un dedo, levanté una esfera de agua del mar y la traje flotando hasta hacerla pasar por la escotilla.

Jovis frunció el ceño.

—¿Por qué estáis…?

Tomé la cara de la estatua y dejé que la gota de agua cayera en el suelo de madera de mi camarote. Nada. Los ojos continuaron cerrados.

Jovis se agitó inquieto.

—¿Estabais investigando las diversas aplicaciones de la magia de los alanga a la hora de limpiar suelos? —A continuación señaló la puerta—. Si estáis ocupada, puedo marcharme.

—Se me ha ocurrido que quizá…

De pronto me quedé sin aliento. Los párpados de la estatua se habían movido, como si la talla hubiera cobrado viva. Poco a poco, fueron abriéndose y dejaron al descubierto unos ojos blancos y ciegos que se clavaron en los míos.

Me obligué a seguir sujetándola en la mano en vez de arrojarla al otro extremo del camarote. Se la mostré a Jovis.

—El mural que hay en el vestíbulo de entrada del palacio es de la época alanga. Después de que tu hicieras uso de tu poder mágico, se abrieron todos los ojos del mural. Los objetos están despertando porque hay varios alanga cerca y están usando su magia. No es simplemente un indicio de que los alanga están despertándose; es un sistema de aviso.

Jovis reflexionó sobre ese punto.

—También están despertándose objetos en otras islas, islas en las que no hemos estado. Y en Nephilanu no he hecho uso de mi magia. ¿Y vos?

—Tampoco. Lo cual quiere decir dos cosas: que en Nephilanu hay por lo menos un alanga que no es ninguno de nosotros. Y que hay más en otras islas. No sabemos quiénes son, si ellos saben lo que son, ni tampoco qué quieren. Es necesario que empecemos a averiguarlo. Me pondré en contacto con mis enviados a las islas en las que se han despertado objetos para ver si han advertido alguna otra actividad inusual.

Jovis miró a Mefi y a Thrana.

—La gente terminará enterándose. A medida que vayan apareciendo más de los nuestros, se darán cuenta de que todo el mundo tiene una criatura como Mefi y juntarán las piezas del rompecabezas. Eso no podemos controlarlo.

Hice un esfuerzo para reprimir el pánico que me atenazaba la garganta. Había trabajado mucho y durante mucho tiempo para ser emperatriz. Al mismo tiempo, no podía renunciar a Thrana. Ni siquiera sabía si eso sería posible. Ya formaba parte de mí, era inextricable del resto.

—Por el momento, permaneceremos ocultos. Haré lo que pueda por contrarrestar la propaganda de mi padre. Si comenzamos revelando que tú eres alanga, es más probable que la gente acepte este cambio. Pero si revelamos que soy yo… Sé que mi posición es precaria. Sería otra cosa más que podrían utilizar los gobernadores para presionarme para que abdique.

No era justo que Jovis contase con el amor y la adoración de los habitantes del Imperio y yo tuviera que pelear por recibir una mínima dosis de respeto. Nadie

sabía, o podía saber, lo que había hecho yo para acabar con el reinado de mi padre y por qué. De modo que me veían como la protegida de él, su legítima heredera, una prolongación suya. Bayan había muerto. Numeen había muerto. Su familia… también. Lo único que me quedaba eran mi posición y mi título.

La cara de la estatua, fría al tacto, estaba cerrando los ojos lentamente.

—Algún día, vuestro secreto saldrá a la luz. ¿Por qué no adelantaros?

Cuántos secretos. Yo era una taza rebosante que amenazaba con derramarse al menor error que cometiera.

—Para ti es muy fácil —repliqué—. Eres el héroe del pueblo, que surge del fondo para salvar a sus hijos. Pero ¿yo? Yo suspendo el Festival del Diezmo y les devuelvo sus esquirlas, y aun así siguen mirándome con suspicacia. Sé lo que deben de pensar de mí, y lo que debes de pensar tú. Que soy joven, inexperta, malcriada, tonta. ¿Cómo puedo cambiar eso?

Era más de lo que debería haberle confesado, y la vergüenza que me produjo hizo que me subiera un intenso calor por la cara. Comprendí en cierto modo por qué mi padre se había esforzado tanto para resucitar a Nisong de entre los muertos. El rango de emperador era muy elevado y estaba lleno de soledad.

—Yo no —dijo Jovis volviendo a guardar el diario en su morral.

¿A qué se refería?

—¿Tú no qué? ¿Tampoco quieres ser como mi padre? Tú no corres ese peligro.

—No —contestó él con una expresión seria que no le había visto nunca—. Yo no opino que seáis tonta ni malcriada. Joven… Bueno, ahí no hay discusión posible. ¿Inexperta? Acabáis de asumir el puesto de vuestro padre. Pero sois inteligente, y muy trabajadora, y bondadosa. Eso no me lo esperaba.

Algo cambió en el aire que lo volvió más denso, más difícil de respirar. ¿Aquello era lo que opinaba Jovis de mí?

De pronto se oyeron unos golpes en la puerta. Parpadeé.

—Excelencia, hemos atracado —me informó una de mis doncellas—. No tardaremos en desembarcar.

Me aclaré la garganta.

—Naturalmente. Entra.

La doncella entró, seguida por la otra. Sin dirigirnos ni una mirada ni a Jovis ni a mí, ambas se pusieron a trajinar de un lado para otro, a recoger ropa sucia y cerrar bien mi arcón. Casi no había espacio en el camarote para dos personas, y mucho menos para cuatro. Opté por una rápida retirada: salí por la puerta y subí a la cubierta, oyendo detrás de mí el raspar de las zarpas de nuestros animales y los golpecitos del bastón de Jovis.

El aire estaba cargado de humedad, aunque todavía no había empezado a llover. Por encima de nosotros se erguían las verdes montañas de Imperial, afloramientos rocosos cubiertos de vegetación. Junto al puerto se acurrucaban el palacio y la ciudad, cuyos tejados de color verde eran un eco del bosque circundante. Apoyé una mano en la barandilla y en ese momento me percaté de que aún sostenía la cara de la estatua.

—Si queréis, puedo encargarme de llevaros esto —me dijo Jovis a mi lado.

Ya iba a entregársela cuando de pronto capté algo en los ojos. Se habían abierto de nuevo. La respiración se me quedó atascada en la garganta.

—¿Has…?

Jovi se miró a sí mismo, como si con ello fuera a obtener alguna pista de haber hecho uso de su poder mágico.

—No —respondió—. En absoluto. ¿Y vos?

—Si así fuera, no te habría preguntado.

La angustia me hizo un nudo en la garganta. Allí había otro alanga. En Imperial. Y sabría que yo también lo era. Vería a Thrana y lo sabría. Lo único con lo que yo tal vez pudiera contar era que ese otro alanga tampoco quisiera darse a conocer.

Jovis tomó la estatua que yo le tendía y se la guardó en el morral.

—Puedo irme con Mefi por las calles y echar un vistazo —propuso.

—Cuando nos hayamos instalado en el palacio —acepté—. No pasa nada por intentarlo.

Me calmé lo suficiente para despedir a la madre de Jovis en el muelle. Mi padre habría pensado que aquel gesto quedaba por debajo de mi rango, pero es que Ongren había sido muy amable conmigo. Antes de desembarcar, me entregó una cesta en la que había galletas de yema saladas y un manojo de hierbas aromáticas.

—¿Qué son? —pregunté sosteniéndolas en alto.

Ongren se inclinó hacia mí en ademán conspiratorio.

—Para hacer infusiones. Son buenas para la fertilidad. El Imperio necesita un heredero. —Me acarició la mejilla y me sonrió.

Yo sentí un calor que me inundaba el pecho y me subía hasta la punta de las orejas. ¿Cuándo iba yo a tener tiempo siquiera de pensar en un heredero?

—Ah… Pues… gracias.

—Cuidad bien de mi chico —me dijo, y a continuación se volvió para despedirse de Jovis.

A pesar de la lluvia que finalmente se abrió paso entre las nubes, mi estado de ánimo mejoró en cuanto puse un pie en el empedrado de las calles de Imperial. Por lo menos, aquella ciudad era mi hogar. Quería pasar un par de noches en mi propia cama, con Thrana acurrucada a mi lado. Quería tomar un baño. Quería comer mis panecillos favoritos hechos al vapor, tal como los preparaba el cocinero jefe del palacio. Ikanuy había enviado un palanquín, el cual agradecí al tiempo que me sacudía la lluvia de la capa.

Mi intención era tomar un baño en cuanto regresara, pero en vez de eso me encontré todo el palacio alborotado. Ya sabía que los sirvientes chismorreaban, era una de las razones por las que mi padre tenía tan pocos, pero incluso en el corto trecho que iba desde las puertas hasta el vestíbulo de entrada oí sus cuchicheos siguiéndome igual que la estela que va dejando un barco al navegar.

Ikanuy salió a mi encuentro en el patio y apartó con una mano la cortina de mi palanquín.

—Perdonadme, excelencia —me dijo con la cara pálida—, pero desde que os marchasteis ha habido unos cuantos cambios.

No me gustó cómo sonó eso.

—Cuéntame.

—Todo el mundo lo sabe.

Todo lo que me rodeaba pareció detenerse y el pánico me congeló las

extremidades. Habían descubierto las habitaciones secretas de mi padre. Habían descubierto que yo no era quien había dicho que era. Habían descubierto que no nací, sino que me fabricaron. ¿Por qué no hicieron pedazos mi palanquín en cuanto entré en el palacio? ¿Por qué no me llamaron impostora?

—Ahora existen informes fiables —continuó Ikanuy— de que en el ejército de constructos hay seres humanos. Varios soldados nuestros afirman que los propios seres humanos son constructos. Su líder dice que es media hermana vuestra, mayor que vos. Afirma que su derecho al trono antecede al vuestro, aunque ella sea ilegítima. Iloh ha retirado su apoyo y ahora reclama que abdiquéis.

Me llevó unos instantes asimilar lo que Ikanuy estaba diciendo, porque todavía sentía el retumbar de la sangre en mis oídos. Aquello no era lo que yo creía; pero, claro, las noticias no eran buenas. ¿Qué había hecho mi padre? Me costaba trabajo creer que de verdad hubiera engendrado una hija ilegítima, no basada en los recuerdos suyos que compartía yo. Me concentré en la segunda parte de lo que había dicho Ikanuy.

—¿Iloh ha retirado su apoyo? —Pues ya eran dos las islas que ahora pedían que abdicara. Dos islas cuyo apoyo necesitaba.

—Os he dejado la carta en vuestro escritorio. Dice que prometisteis explotar la mina de rocasabia de la isla vecina.

—¡La prohibición es solo temporal! Iloh no puede esperar que…

Dejé la frase sin terminar. No merecía la pena explicarle aquello a mi administradora, cuando al que había que convencer era a Iloh. Con la amenaza del ejército de constructos y la impopular prohibición de producir rocasabia, otros podrían seguir el ejemplo de Iloh. Me costaba creer que aquella mujer que lideraba el ejército, fuera quien fuese, me mantuviera con vida si llegaba a ascender al trono.

—Tendremos que enviar un emisario y ver si logramos atraer a Iloh de nuevo a nuestro lado. Por ahora no puedo levantar la prohibición, aún no.

—Hay otra cosa más —dijo Ikanuy—. Ha venido un hombre a veros. Dice que es urgente. Excelencia, es un monje del enebro de copas redondeadas.

Me puse en tensión. Los monjes rara vez salían de sus monasterios, aunque de vez en cuando enviaban aprendices a las localidades cercanas a comprar víveres. No tenía noticia de que nunca hubiera ido ninguno allí, a Imperial, al palacio. En la isla no había monasterios.

—¿Un enviado?

—No estoy segura. Se ha negado a dar explicaciones a nadie excepto a vos. Lo hemos llevado al salón de la Sabiduría Eterna. En estos momentos se encuentra allí.

Revisé mi aspecto físico. Llevaba ropa de viaje, pero no estaba tan mal. Al apearme del palanquín, la lluvia había empezado a mojarme el cabello y los hombros, pero no era un aguacero. Tendría que servir tal como estaba.

—Lo veré. Jovis, Thrana, Mefi: conmigo.

—¿Hago que os acompañe un contingente de soldados? —Ikanuy dejó el resto sin expresar. Teniendo en cuenta que mi padre nunca tuvo muy buena relación con los monasterios. Teniendo en cuenta lo que se dice de la destreza que poseen los monjes en el combate.

—No necesito más. —Aún no sabía muy bien qué quería decirme el monje;

cuantos menos oídos lo oyeran, mejor.

Cruzamos el patio con paso vivo en dirección al salón de la Sabiduría Eterna, que estaba situado junto a los jardines del palacio. Se trataba de un edificio rectangular provisto de un alero sostenido por columnas que discurría a lo largo de toda la fachada exterior. El salón principal era un espacio abierto de altos techos en cuyo perímetro había puertas que daban a diversas habitaciones. Pese a la luz que penetraba de lo alto, se hallaba en penumbra.

Atravesé las puertas abiertas con paso resuelto. En el interior había un par de sirvientes trabajando, refrescando las habitaciones y recogiendo platos.

—¿Dónde está?

Un sirviente señaló, sin pronunciar palabra, el pequeño comedor que había a un lado del salón principal.

Dentro de él encontré a un hombre sentado ante la mesa en un cojín, con las piernas cruzadas y sosteniendo en las manos una taza de té humeante. No sé por qué, pero me lo había imaginado viejo y marchito. Aquel hombre era joven, puede que incluso más joven que yo. Tenía pómulos marcados que dibujaban hendiduras en su rostro y una nariz curvada ligeramente hacia fuera, como la de un halcón. Llevaba el pelo muy corto y vestía unas ropas sencillas de color verde.

—Ah —dijo sonriendo y dejando su taza de té—. Vos debéis de ser la emperatriz.

Algo había en su expresión que me hizo dar una orden a Jovis.

—Di a los sirvientes que salgan. Y cierra la puerta.

Él obedeció al instante.

—Lo soy —confirmé—. Pero no te conozco.

—Es natural. —Cruzó las manos encima de la mesa—. He vivido toda la vida dentro del monasterio. Me llamo Ragan. Por favor, excelencia, sentaos.

Como si allí el amo fuera él, y no yo.

—Me sentaré si me place.

Su sonrisa se ensanchó aún más.

—Es posible que queráis sentaros. Traigo noticias. ¡Noticias magníficas!

Me acordé de las tareas que había encomendado a Ikanuy y enarqué una ceja.

—¿Los monjes del enebro de copas redondeadas han decidido ponerse a mi servicio?

—Ah, no. Pero yo sí.

—Un solo monje.

—Excelencia. —Alzó un dedo y adoptó una expresión severa, como si fuera a reprenderme—. No deberíais rechazar la ayuda, sobre todo cuando la necesitáis. Las noticias relativas al ejército de constructos viajan deprisa. Vuestros soldados han hecho lo que han podido, pero el ejército ya ha tomado varias islas. Ahora vienen a por vos. Y los pocos sin esquirlas están esperando.

El tono de aquel joven, como si estuviera dándome lecciones, me irritaba sobremanera. Thrana emitió un gruñido y se le erizó el pelo del pescuezo. El monje la miró y afirmó con la cabeza, como si comprendiese.

—Habéis establecido un vínculo muy estrecho con vuestro ossalen.

La sangre se me congeló en las venas. Oí que detrás de mí Jovis golpeaba el suelo con su bastón. Una vez, dos.

—¿A qué te refieres?

—A la historia. En Imperial se enseña, aunque hasta vos mostráis un doloroso desconocimiento de ella. Fue la purga de los alanga, ¿comprendéis? Los Sukai no solo destruyeron a los alanga, además quemaron sus libros y arrasaron muchos de sus edificios. Pero los monasterios son fortalezas. Y nosotros —se dio unos golpecitos en la sien— mantuvimos los libros a buen recaudo. —Tomó su taza y bebió otro sorbo—. De manera que no deberíais rechazar mi ayuda. Además, yo no soy un simple monje. Tal como digo, ¡traigo noticias!

Jovis, a mi espalda, tomó la palabra y habló en tono irónico:

—¿Tus mayores saben que estás aquí?

—Ja, ja —respondió Ragan sonriendo otra vez—. Sois muy gracioso. Por supuesto que lo saben. Me han enviado ellos. Sí, sé que ambos sois alanga.

El hecho de oírselo decir en voz alta hizo que me entrasen ganas de meterle algo en la boca para hacerlo callar. ¿Habría alguien cerca que hubiera podido oírlo?

—Pero —exclamó alzando de nuevo un dedo— la noticia es la siguiente: ¡yo también lo soy!

Capítulo 27

Jovis

Isla Imperial

Se me había olvidado lo que era estar solo (o "sentirse" solo, Mefi no está seguro). Ylan me recuerda cómo era mi vida antes de que me convirtiera en un alanga. Todas las personas que conocía de esa época ya han fallecido. Se me había olvidado lo que era tener la sensación de que todas las cosas pequeñas eran importantes.
Y es posible que tenga razón. Es posible que las cosas pequeñas sean importantes.

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

Imperial no me proporcionó el respiro que yo esperaba. Ragan, a petición de Lin, había mantenido la boca cerrada respecto de que era un alanga; sin embargo, a pesar de que no lo acompañaba ningún animal, era un tipo que resultaba un tanto peculiar. ¿Un monje del enebro de copas redondeadas que andaba por ahí? ¿En Imperial? Más de un estudioso había solicitado entrevistarse con él, solicitudes que Lin había rechazado de plano.

Cada vez eran más fuertes las presiones para que Lin abdicara, precisamente era lo que quería yo cuando me sumé a los pocos sin esquirlas. Entonces, en cambio, resulta que me acercaba por la noche a la puerta de su habitación fingiendo no oír su llanto de frustración pero preguntándome si debería llamar, preguntarle si se encontraba bien, ofrecerle alguna palabra de consuelo.

Cuando le dije a Lin lo que pensaba de ella, estaba pensando en mi madre

tomándome la cara entre sus manos. La verdad.

Ella no se merecía esto.

Moví mi bastón con más fuerza de la que pretendía, y lancé un golpe de barrido a los pies de la guardia con la que estaba entrenando en el patio. Ella cayó sobre el empedrado dejando escapar un gruñido que la hizo expulsar todo el aire contenido en los pulmones. Me estremecí al oírla y le ofrecí una mano para ayudarla a incorporarse una vez que hubiera recuperado el aliento.

—Lo siento, he sido un poco duro.

Ella me respondió con una débil sonrisa.

—Así nos hacemos más fuertes.

"No, así podría matarte de forma accidental", me dije a mí mismo. A mi alrededor los guardias peleaban con espadas y estacas de madera.

—Ya basta —voceé—. Hemos terminado. Manteneos alerta. Los constructos van por ahí descontrolados y buscan cualquier oportunidad. Y recordad que algunos de ellos pueden parecer personas. No dudéis.

De pronto vi a Mefi, que venía a todo correr desde los jardines y chocaba contra mi pierna. Tuve que hacer un esfuerzo para no caerme.

—¡Hola, hola, hola! —exclamó.

Varios de los guardias dibujaron una sonrisa. Me maravillaba que todavía les cayera bien Mefi; les había revuelto sus cosas y había transformado más de un objeto sentimental en un improvisado juguete. Yo aún estaba enseñándole lo que eran los límites personales.

Al día siguiente partiríamos para Hualin Or, la isla de la que procedía la madre de Lin. Murió cuando yo era pequeño, y lo único que recordaba eran las banderas blancas que se izaron en los mástiles de los barcos y en los aleros de los tejados. Una súbita enfermedad que destruyó su cuerpo y se lo dejó semejante a una cáscara vacía en cuestión de semanas. Nadie supo cómo curarla, y yo oí a mis padres decir hablando en susurros que varios médicos que fracasaron habían sido ejecutados.

Sentía curiosidad por conocer aquel lugar, aquella familia. Mi madre llevaba razón: Lin no tenía a nadie. Pero a lo mejor encontraba algún pariente allí. Sin duda, apoyarían su causa. Y así yo no tendría que titubear a la puerta de su habitación, con la mano levantada, preguntándome si debería llamar y ofrecerle un hombro sobre el que llorar.

Apreté los dientes. Daba igual. Tal vez hubiera dejado de mandar cartas a los pocos sin esquirlas, pero no era amigo de Lin. Había indagado todo cuanto me había atrevido a indagar y no había encontrado la espada que Kafra me había encargado que robase. Si Lin la había traído consigo, estaba a bordo del barco, encerrada con llave.

—Estás muy serio —me dijo Mefi mientras subíamos la escalera en dirección al palacio.

¿Cómo podía explicarle todos los pensamientos que me rondaban por la cabeza?

—Ya no sé cómo hacer para obrar correctamente —le dije—. Vine aquí para hacer lo correcto, y ahora todo está revuelto.

—¿Sabe alguien qué es lo correcto?

Le dirigí una mirada de soslayo.

—¿Estás leyendo libros… de filosofía?

Se frotó contra mi pierna.

—Aquí hay una biblioteca. Tú me has enseñado a leer, así que échate tú la culpa.

Cuando entré en el palacio oí unas carcajadas que se extendían por el pasillo. Lin. Apreté los dientes al oír otra voz: la de Ragan. Lin lo había acogido con facilidad…, con demasiada facilidad. En ocasiones se mostraba muy altiva, muy segura de su inteligencia. Me pregunté si sabría que cualquiera que tuviese dos dedos de frente se daría cuenta de lo sola que estaba. Además, aquel monje tenía algo que me ponía nervioso. Quizá fuera su sonrisa, o su actitud condescendiente, o la forma en la que levantaba un dedo cada vez que tenía algo importante que decir, y parecía creer que casi todo lo que decía era importante.

Me dirigí hacia las voces. Los hallé sentados en el comedor, cada uno con una taza de té en la mano.

—¿Me estás diciendo que tenéis que ser aprendices hasta cumplir los treinta y cinco antes de probar siquiera la corteza de enebro? Parece una eternidad.

Ragan levantó un dedo.

—No. Eso es lo que tarda la mayoría de la gente. Yo probé la corteza de enebro a los dieciocho años. Pero es que yo fui un niño prodigio. Aprendo muy deprisa.

—Debes de ser uno de los maestros más jóvenes entre los monjes.

Ragan emitió una tos breve, avergonzada.

—Ah. No. Todavía soy un aprendiz. Para convertirse en maestro hay que hacer algo más que desarrollar habilidades para la lucha. Sí, soy excelente en artes marciales, pero dicen que todavía tengo mucho que aprender y que carezco de la templanza y la sabiduría que se necesitan. Por eso me han enviado a mí. Han pensado que me vendrá bien salir al mundo para aprender.

—Eres joven, te piden demasiado.

—No soy tan joven —replicó Ragan en tono de fastidio. Pero a continuación rio —. Perdonadme, excelencia. Ahí se ve mi falta de templanza, supongo. La juventud no es excusa. Desde que era pequeño me han dado palmaditas en la cabeza y me han venido diciendo que era un chico muy prometedor. Cuando a uno le dicen eso un día tras otro, acaba creyendo que nunca va a dar la talla.

—Serás el orgullo de tus maestros, estoy segura.

Al ritmo que llevaba, iba a hacer que me rechinaran los dientes hasta convertirlos en polvo. Había un ejército que se dirigía hacia nosotros; ¿cómo es que aquel monje no lo entendía? Llamé en la puerta, ya entreabierta, para dar a conocer mi presencia.

Ambos se volvieron hacia mí sobresaltados. Thrana estaba durmiendo enroscada a los pies de Lin.

—Necesito hablar con la emperatriz en privado —dije.

No pude evitar fijarme en el gesto de desilusión que cruzó por el semblante de Lin.

—¿Te importa dejarnos solos, por favor? Gracias por responder a mis preguntas.

Ragan se puso de pie y le hizo una reverencia.

—Por supuesto, excelencia. Espero que me permitáis continuar ayudándoos.

No me moví mientras el monje abandonaba la estancia. Me sonrió al pasar por

mi lado. Sus ropas olían a savia de pino. Cuando salió, cerré la puerta con firmeza.

—¿Dónde está su compañero? ¿Tiene uno, siquiera?

—No te cae bien —apuntó Lin con frialdad.

Yo sentía el pecho como un horno.

—Naturalmente que no. Dice que viene de un monasterio. ¿De cuál? ¿De verdad lo han enviado? Si todos los alanga tienen una mascota, ¿dónde está la suya? ¿Qué es lo que quiere? Está muy deseoso de ayudar.

—Su monasterio se encontraba en Unta. Me ha entregado una carta firmada por sus superiores. Dice que su mascota y él tienen un vínculo más maduro y que por lo tanto no necesitan estar pegados el uno al otro. Se llaman ossalen. El suyo está aguardándolo en las montañas que hay detrás del palacio y lo llamará cuando haya terminado aquí. Y es verdad que desea ayudar. —El vapor que se elevaba de su taza formaba volutas en el aire justo debajo de su barbilla—. Ragan perdió a todas las personas que conocía cuando se hundió Unta, de modo que ten un poco de compasión, ¿quieres? Cuando viniste aquí, tú mismo dijiste que deseabas ayudar, y yo me fie de ti.

"Y no deberíais haber hecho tal cosa." Pero eso no podía decírselo.

Lin lanzó un suspiro y levantó la mirada hacia el techo.

—No puedo despedirlo, Jovis, lo necesitamos. Si posee aunque sea una mínima parte del poder que tenemos nosotros, podemos servirnos de su ayuda en la batalla que se avecina. Necesito el apoyo de Hualin Or y de Gaelung, pero estamos perdiendo soldados a la misma velocidad con que los reclutamos. Mi general acaba de hacerme llegar el mensaje de que llegarán a Gaelung justo después de nosotros, y esperan poder encargarse del ejército sin ayuda de nadie más. Estoy intentando subir por una cuesta llena de lodo y cada tres pasos resbalo hacia atrás. Es posible que necesite que Ragan y tú luchéis.

De pronto alguien llamó a la puerta.

—Excelencia, soy Ikanuy.

—Pasa —le dijo Lin, todavía mirándome.

Ikanuy entró y nos miró alternativamente a Lin y a mí.

—Ha venido a veros un representante el ejército de constructos —me informó —. Dice que quiere negociar en nombre de su líder. Se encuentra bajo custodia de la guardia de palacio.

Lin respiró hondo y extendió una mano para llamar a Thrana de nuevo a su lado. Thrana fue hasta ella, metió la cabeza por debajo de su mano y la apoyó en su regazo.

—Hazlo entrar. Puedo recibirlo aquí. Que los sirvientes traigan té y algún refrigerio. Jovis y Mefi, quedaos, pero haced venir a otros dos guardias.

Ikanuy salió para cumplir mis órdenes.

Primero entró uno de mis guardias, seguido del enviado del ejército de constructos. Era un hombre delgado, sin pretensiones, vestido de forma sencilla. Llevaba el cabello negro recogido en un moño y su rostro, alargado, aunque no era viejo lucía las señales de quien ha vivido mucho. Sin querer, empecé a buscar indicios que revelasen que era un constructo. Lo único que logré discernir fue la sutil diferencia de color de su piel, oscura en la cara y más clara en el cuello, y eso podría ser una marca de nacimiento o un efecto del sol. No dejaba de pensar que el

antiguo emperador debía de haber tomado la cabeza de un cadáver para pegarla en el cuerpo de otro. Horripilante.

Tuve que reconocer que, si aquel individuo era un ser fabricado, lo habían fabricado muy bien. Aunque tampoco iba a felicitarlo por eso; había algo en él que resultaba extraño, grosero.

Me sorprendió mirándolo y me dedicó una sonrisa breve, arrepentida, como si adivinara lo que yo estaba pensando. Tomó asiento enfrente de Lin y los dos guardias que lo acompañaban se colocaron en sus puestos. Un leve cambio en el asiento, una ceja enarcada… "¿Todo aquello es por mí?"

—Sé que ella no es mi hermana —dijo Lin en tono tajante—. No tiene ningún derecho aquí.

—Me llamo Hoja, excelencia —dijo el individuo como si Lin no hubiera dicho nada en absoluto—. Y he venido a negociar en nombre de Nisong.

Resultaba extraño llamar a la hija con el nombre de la esposa del emperador, que probablemente no era su nombre de pila. Claro que tampoco era normal llamarse "Hoja". ¿Estaría mirándolo fijamente? ¿O sería esa mi forma de mirar a la gente en circunstancias normales?

—Ha llegado a mis oídos lo que se cuenta de los confines noreste —dijo Lin—. Si quisierais negociar, no estaríais asesinando a mis ciudadanos.

De nuevo, el otro prosiguió como si no la hubiera oído:

—Abdicad en favor de vuestra hermana, y el terror terminará. El pueblo se salvará.

Aquella no era la primera vez que a Lin le ofrecían ese trato. Me pregunté qué haría yo si estuviera en su lugar. ¿Abdicar en favor de los pocos sin esquirlas, o en favor de su supuesta hermana, o seguir intentando mantener unido un imperio que se hacía pedazos? Antes pensaba que habría escogido la primera opción o la segunda; ahora teniendo a Mefi debajo de una mano y mi bastón en la otra, me conocía mejor. Escogería la tercera opción.

Y Lin también.

—Eso no es una negociación, es una exigencia.

Hoja abrió las manos, como indicando que tenía las órdenes escritas en sus esquirlas y se había quedado sin nada que decir.

En medio del silencio, entraron sirvientes en la habitación y se apresuraron a colocar tazas delante de Lin y de Hoja, sirvieron agua hirviendo, trajeron platos de pescaditos a la parrilla y verduras cocidas. Hoja no tomó su taza ni aceptó el par de palillos que le ofreció un sirviente sobre una servilleta.

Es posible que yo estuviera mirando sin recato a nuestro invitado, pero la mirada de Lin era más afilada que una aguja y lo mantenía clavado en el asiento.

—¿Nisong es como tú?

Lin había detectado algo que a mí se me había pasado por alto. En efecto, aquel individuo era un constructo. Hoja abrió la boca como para responder, pero volvió a cerrarla. Tomó aire como si fuese a intentarlo de nuevo, pero terminó negando con la cabeza. Yo conocía aquella expresión, la había visto en constructos a los que había contado historias, mentiras que confundieran su misión o sus órdenes. Hoja no sabía bien qué decir ni cómo contestar. Al tercer intento, encontró una solución:

—Es vuestra hermana. —Una forma de no responder a la pregunta.

Lin se inclinó hacia delante. El vapor que emanaba de su taza formaba delgadas volutas alrededor de sus mejillas.

—Dile que primero baje las armas, y entonces negociaremos las condiciones para la paz.

—Eso no va a ser aceptable —repuso Hoja.

Lin estudió su rostro, y su expresión se suavizó.

—¿Qué es lo que quiere en realidad? ¿Cree que siendo la emperatriz va a solucionar alguno de sus problemas?

—Solucionará alguno de los nuestros. —No desvió la mirada—. Yo quiero vivir. ¿Podéis vos ofrecerme clemencia?

Ah, yo conocía la respuesta a esa pregunta. Lin no podía proteger a ciudadanos y a constructos al mismo tiempo. Una persona no podía hacer que un lobo y una cabra viviesen en paz. Sin embargo, Lin me sorprendió.

—Ya sé que tú crees que tu situación es desesperada, pero yo aún estoy aprendiendo y descubriendo cosas acerca de la magia de las esquirlas. Dame la oportunidad de continuar investigando. Puede que haya una manera de que ambos coexistamos. ¿No sería eso mejor que asesinar a ciudadanos desvalidos?

Hoja levantó las manos como si fueran los platillos de una balanza.

—Un líder me promete un imperio. El otro me dice que *quizá* se nos permita vivir en paz. ¿Qué pacto aceptaríais vos, excelencia?

—Sí, entiendo lo que quieres decir. Pero, sin duda, tendrás compañeros a los que aprecias. ¿Qué les ocurrirá en una guerra? ¿Cuántos de ellos morirán?

Por el semblante de Hoja cruzó una chispa de emoción antes de que se tornara de nuevo inexpresivo.

—No creo que tenga sentimientos grabados en mis órdenes.

Lo dijo con suavidad, en tono de confidente, pero yo sabía que estaba mintiendo. Sí que le preocupaban sus compañeros constructos, mucho más de lo que dejaba ver. Tuve la sensación de que el mundo se movía bajo mis pies, como me ocurrió en Cabeza de Ciervo. ¿Un constructo podía tener sentimientos? Yo solo había conocido a constructos de nivel bajo, a los que me resultaba fácil confundir. Nunca me había topado con constructos del emperador más complejos. Había oído contar cosas de Mauga, Ilith, Tirang y Ufilia, de la inteligencia que poseían y del terror que inspiraban. ¿Aquellos constructos albergaban sentimientos? Por lo visto, Lin pensaba que sí. Y aun así los destruyó.

Yo no sabía con certeza si Lin estaba siendo sincera o no al ofrecer su ayuda.

—¿Crees que le importáis mucho a vuestro líder, cuando insiste en enviaros a la muerte? Has de reconocer que esto no es una negociación de verdad. Nisong está intentando intimidarme y quiere que todos los demás —señaló a los guardias apostados detrás de Hoja— crean que ha hecho un esfuerzo de buena fe, y de esa forma estarán más dispuestos a aceptar su gobierno. Como es natural, las muertes no son culpa de ella. Solo con que yo accediese, no habrían sido necesarias. Te aseguro que conozco bien esa táctica. Fui la hija del emperador, y ahora soy la emperatriz. Nisong os está manipulando a todos para conseguir lo que quiere. Quiere ocupar mi sitio y no se conformará con menos, pierda lo que pierda. Y a quién pierda.

Hoja, simplemente, se levantó. Estaba ligeramente ruborizado.

—Si eso es todo cuanto tenéis que ofrecer, excelencia, informaré a Nisong de que rechazáis su propuesta.

Lin se puso de pie.

—Dile lo que he ofrecido. A ver si eso la hace al menos dudar un momento.

Hoja ejecutó una rígida reverencia y prácticamente huyó de la habitación sin haber tocado ni el té ni los refrigerios. Los guardias lo acompañaron.

Una vez que se hubo marchado, Lin se dejó caer en su asiento, tomó un plato de pescado y se lo pasó a Mefi y a Thrana.

—Es un constructo, y su ama también. Los pocos sin esquirlas en el sur; el ejército de constructos en el noreste. Y, a nuestro alrededor, las islas hundiéndose.

No debería apiadarme de ella. No podía.

—¿Estáis… quejándoos de ser emperatriz?

Lin me miró con cara de pocos amigos. Ah. Me había ido al otro extremo. Me había pasado de la raya. Pero a continuación dejó escapar una risa triste.

—Dicho de esa forma, sí que parece tonto. —Se alisó la pechera de la casaca—. Mañana partimos para Hualin Or. Espero que allí tengamos más suerte.

—Con Hualin Or no bastará. —¿Eran esas las palabras de consuelo que había estado pensando ofrecerle? Sin embargo, presentía que aquello era la verdad. Nephilanu se había puesto del lado de los pocos sin esquirlas. Riya se había puesto del lado de los constructos. Aunque Hualin Or se sumara a nuestra causa, el ejército de Lin seguía siendo pequeño y falto de entrenamiento.

—Tendrá que bastar —respondió. Y acto seguido salió de la habitación seguida de Thrana.

Cuando se me escapó lo que opinaba de ella, ¿dije también que era más terca que un millar de mulas?

Mefi me empujó la pierna con la cabeza.

—Día muy largo. ¡Mañana navegamos otra vez!

—Sí. —Sonreí, y le rasqué la cabeza. Al menos uno de nosotros tenía pocas preocupaciones. No sabía muy bien qué contarle a Mefi y qué no contarle; no había ninguna necesidad de cargarle con mis problemas.

Esa noche no pude dormir, tenía la cabeza llena con los constructos, los pocos sin esquirlas y aquel infernal Ragan. Di tantas vueltas en la cama que Mefi, gruñendo, saltó al suelo. Yo, frustrado, me bajé de la cama y tomó mi capa. Tal vez dando un paseo se me despejara la cabeza. O por lo menos me cansaría lo suficiente para poder dormir.

Mefi se removió un poco cuando salí de la habitación, pero no se despertó.

Caía una lluvia ligera que repiqueteaba contra el empedrado y formaba pequeños charcos en los lugares donde los adoquines eran desiguales. El patio se hallaba en silencio por ser de noche, pero vi una luz todavía encendida en el salón de la Sabiduría Eterna. Sería Ragan, que sin duda estaba haciendo algo que me irritaría. Di media vuelta y me puse a pasear por el perímetro del patio.

Los trabajadores habían reparado todo el yeso agrietado y habían repuesto las tejas rotas. Cuando yo llegué, el palacio mostraba un aspecto deteriorado, pero recientemente había empezado a parecer nuevo. No era mi barco, ni tampoco el mar Infinito, pero me tranquilizó.

Hasta que reparé en la pieza de hierro rota.

Estaba debajo del tejado, era una pieza decorativa que no había sido concebida para que sostuviera ningún peso ni para que cumpliera ninguna función. Debajo de ella había una ventana abierta, o por lo menos algo que parecía una ventana. No tenía postigos ni nada que bloqueara el paso de la lluvia, salvo el tejado en sí.

¿Por qué, al hacer las reparaciones, Lin no había ordenado que se arreglase aquella pieza o se retirase? Tal vez se le hubiera pasado por alto, pero Lin era muy meticulosa, no creo que se hubiera olvidado de algo así. Si lo había omitido a propósito, era que estaba ocultando algo.

La abertura parecía encontrarse por encima del segundo piso, pero yo no había visto ninguna escalera que condujese a un tercer piso ni siquiera una trampilla en el techo. Aquel lugar parecía estar desconectado.

Debería volver a la cama. Debería prepararme para la travesía que me aguardaba.

Pero de ningún modo podía dejar un misterio así sin resolver. Para consternación de mi madre, de pequeño me había subido a muchos árboles, y me había caído de ellos, solo para averiguar si el manojo de ramitas que había visto era realmente un nido. El palacio dormía y los guardias de las murallas estaban de cara a la ciudad. Si lograba no hacer ruido, podría entrar y salir por aquella abertura sin que nadie se diera cuenta.

Antes de que pudiera convencerme a mí mismo de no hacer aquello, entré de nuevo en el palacio, subí por la escalera del vestíbulo de entrada y me dirigí hacia una ventana próxima a la abertura.

Era una idea terrible, la verdad. Pero ya estaba saliendo por la ventana y trepando al tejado. La lluvia había vuelto resbaladizas las tejas, y tuve que hacer un esfuerzo para mantener el equilibrio. Me agaché y trepé por el tejado hasta el caballete cerciorándome de que cada pisada fuera firme. Me asomé por el borde sin saber muy bien qué era lo que iba a encontrar.

La abertura estaba situada debajo del tejado, y desde donde me encontraba vi que estaba rellena de paja. Me recordó a los nidos que buscaba yo de pequeño. ¿Sería la guarida de uno de los antiguos constructos del emperador? No parecía estar utilizándose entonces.

Probé la pieza de hierro rota. Deduje que no soportaría mi peso. Alguien debía de haberla usado para acceder a la guarida, y al parecer lo había hecho una única vez. Pero yo contaba con la fuerza que me proporcionaba Mefi, y además era alto. Calculé la distancia. Si me descolgara por el borde del tejado, mis pies casi tocarían la abertura. Debajo había un alero; si me caía, probablemente me rompería algo, o más de un algo. Supuse que dichas fracturas se me curarían, siempre que no me las hiciese en la cabeza.

Sintiéndome bastante tonto, me descolgué por el borde del tejado. Mis pies se posaron en la abertura. Los canalones crujieron acusando mi peso. Balanceé las piernas hacia atrás, después hacia delante, y a continuación me solté.

No aterricé en la guarida con tanta elegancia como era mi intención. Choqué de frente contra la pared, resbalé, y para frenar mi caída intenté agarrarme del yeso. Conseguí aferrar el borde de la abertura, pero me hice un desgarrón en la capa y un arañazo en la piel del que brotó sangre.

Con los brazos doloridos, permanecí allí colgado durante unos momentos antes

de reunir el valor suficiente para izarme y colarme al interior.

Aquello olía como un animal: rancio y amargo. ¿Había sido la guarida de Ufilia? Era el constructo de Comercio del emperador, y yo sabía que poseía dos pares de alas. ¿Qué secretos podían estar escondidos en la guarida del constructo de Comercio? Secretos aburridos, probablemente. Secretos por los que no merecía la pena arriesgarse a romperse un hueso.

Pero, de todas formas, me puse a hurgar entre la paja en busca de compartimentos secretos.

No tuve necesidad de esforzarme tanto: encontré un objeto duro y cuadrado, y lo saqué de la paja. Lo analicé entornando los ojos en la oscuridad. ¿Era un… libro?

La luna estaba tapada por las nubes, así que no logré distinguir lo que ponía en la cubierta. Palpé a mi alrededor, a oscuras, y encontré una lámpara fija en la pared. Todavía quedaba un poco de aceite en ella, y debajo había yesca y pedernal.

Encendí la lámpara y, aunque la llama parpadeó, pude ver. El libro era un registro de nacimientos y muertes acaecidos en Imperial. Fui pasando las páginas hasta que encontré la anotación correspondiente a Lin.

Allí estaba: 1522-1525.

Sentí un repentino malestar en el estómago. Alguien había cometido un error, sin duda. Pero era un error demasiado grave. Cerré el libro y volví a enterrarlo en la paja al tiempo que intentaba tragar el nudo que tenía en la garganta.

Lin Sukai, heredera del emperador, había muerto a la edad de tres años.

Entonces, ¿quién era la Lin que conocía yo?

Capítulo 28

Nisong

Los confines noreste del Imperio

Hoja regresó de Imperial con la noticia que Nisong esperaba recibir.

—Lin no abdicará. Desde luego, no en tu favor. Y no le agrada nada que afirmes ser su hermana ilegítima.

Bueno, no podía afirmar ser Nisong, la esposa muerta del emperador. Había ciertas limitaciones dentro de las cuales tenía que moverse, pero con el caos que había conseguido sembrar, el hundimiento de Unta y la moratoria en la explotación de las minas de rocasabia, los ciudadanos estaban buscando una alternativa. Podían convencerse de que ella merecía gobernar más que Lin. Los obligaría a pagar y después ocuparía el sitio que le correspondía en el centro de todo. Como emperatriz.

El ejército que tenía a su espalda ciertamente ayudaba.

Un denso humo se elevaba en el aire quemándole las fosas nasales. Contempló los incendios que arrasaban la ciudad, oyó los gritos de los habitantes que huían de sus casas o se abrasaban vivos. Le pareció percibir el olor a carne quemada en el viento.

Supuso que había sido una suerte que hubiera llovido en los últimos días y la madera estuviera todavía demasiado mojada para arder deprisa.

Junto a ella se hallaban Coral y Hoja, aunque Coral evitaba mirarla y se tapaba la nariz y la boca con la mano.

—¿De verdad es necesario esto? Quizá se hubieran rendido.

Nisong apretó la mandíbula. Y después, ¿qué? ¿Es que Coral no lo entendía?

—No podemos andarnos con medias tintas. Nos quieren a todos muertos. La emperatriz ya puso un precio a la cabeza de cada uno de nosotros antes de que hiciéramos nada malo. ¿Crees que tendrían piedad con nosotros si estuvieran en

nuestro lugar?

—No, pero…

—Pues entonces nosotros tampoco podemos mostrar piedad. Jamás nos considerarán personas. Solo somos monstruos útiles que desechar cuando ya no les sirvamos de nada. —Desde el principio no tenían dónde elegir. Habían despertado de la niebla mental de Maila para encontrarse con un mundo que ya mostraba hostilidad hacia ellos.

Hoja carraspeó.

—La emperatriz sí que nos ha ofrecido clemencia.

Coral lanzó una mirada penetrante a Nisong. Era la primera noticia que tenía. Pero Nisong le restó importancia con un gesto de la mano.

—No es una oferta de verdad.

Hoja acarició la empuñadura de su espada y se pasó la otra mano por el pelo, negro y lacio. Volvió a carraspear:

—Ella quiere la paz, Nisong.

Observó a Coral y Hoja intercambiar miradas como si tuvieran algo desagradable que decirle y no estuvieran seguros de cuál de ellos debería decirlo.

Hoja fue quien habló:

—¿Cuántos más de nosotros tenemos que morir hasta que estés satisfecha?

Nisong sintió una punzada de vergüenza. Ya había perdido a Fronda y a Caracola, que habían muerto protegiéndola a ella. Aquellos días en los que se reunían junto a una hoguera para compartir comida y buenos recuerdos… Aquellos días se habían terminado. Ya no iban a volver. Pero la responsable de aquellas muertes no era ella, sino el Imperio. Su ira fue una llama que barrió el sentimiento de culpa.

—La emperatriz ha dicho que buscará una manera de que vivamos sin absorber la fuerza vital de sus ciudadanos. Su gobierno es débil. ¿Cuánto tiempo aguantarán los ciudadanos esperando mientras la emperatriz hace experimentos con nosotros? ¿Y tú quieres abrirte a ella, dejar que meta la mano dentro de tu cuerpo y manipule tus esquirlas? ¿Que modifique quién eres? —No. La emperatriz no se merecía ese grado de confianza. El Imperio no se merecía esa clase de paz—. Aquí lo importante no es que yo me sienta satisfecha.

¿El Imperio esperaba un monstruo? Pues ella sería dicho monstruo.

Sus constructos invadían las calles rugiendo y lanzando dentelladas en una avalancha de pelaje, zarpas y plumas. Había reclutado más constructos tras asolar otras dos islas más. Y continuaría llevando a cabo su improvisado Festival del Diezmo. Había tenido un poco más de tiempo para reparar los cuerpos, para optimizar a algunos de ellos para el combate. Aun así, había oído a los otros constructos del ejército llamarlos “engendros”. No podía quejarse; era un nombre apropiado para aquellas viles criaturas. Caminaban detrás de los constructos liquidando a los rezagados.

—Yo cuidaré de vosotros —les dijo a Coral y a Hoja—. Vigilaré que no os suceda nada.

De uno de los edificios en llamas salieron corriendo los integrantes de una familia. Llevaban de la mano a un niño pequeño. Miraron frenéticos a ambos lados de la calle, buscando refugio, mientras el pequeño lloraba. Los constructos se

abalanzaron sobre ellos. Uno de los padres desenvainó una espada, el otro un cuchillo de cocina, ambos protegiendo al niño entre sí.

—Esa familia no nos ha hecho nada —dijo Coral.

Nisong se volvió furiosa hacia ella.

—Fronda y Caracola quizá tuvieran algo que decir a ese respecto, si aún estuvieran vivos.

Coral se encogió sobre sí misma.

—Oh, lo siento —dijo Nisong tendiéndole las manos. Coral las aceptó y se abrazó a ella—. A mí tampoco me gusta esto. No lo haría si no fuera necesario, ¿lo entiendes?

Tras la refriega en el patio del palacio, se había dado cuenta de que Coral también conservaba recuerdos de una vida anterior, aunque no sabía muy bien a quién pertenecían dichos recuerdos. Debían de ser de alguien muy allegado a ella.

Aquellas personas se merecían lo que recibieron. Cuando mataban constructos, no se preocupaban de las vidas que estaban segando. Así y todo, ella misma se sorprendió cuando alzó una mano y exclamó:

—¡Dejadlos en paz! Puede que los necesitemos más adelante para el diezmo.

Sus constructos se apartaron de la familia, se reagruparon y fueron regresando hacia ella.

Nisong puso la mira en la isla siguiente, visible en el horizonte. Aquella era más grande que las que habían conquistado hasta el momento. Imaginó el mapa y se orientó por el sol que asomaba entre las nubes. Ah, sí, Luangon. Conocida por las cuevas que había en sus acantilados y por su picante anguila guisada en aceite muy caliente. Allí sabrían que el ejército de constructos se acercaba, y poseían una población más numerosa. Además, Luangon tenía una mina de rocasabia; pequeña, pero suficiente para proporcionar un mejor nivel de vida a sus habitantes. Habría personas entrenadas específicamente para luchar y provistas de armas mejores. Pero ella también contaba ahora con más constructos y poseía capacidad de fabricar más. E Imperial no podría enviar refuerzos a tiempo.

Mandaría a Hierba de avanzada en el velero más pequeño que pudiera encontrar y le daría instrucciones para que atracara en algún lugar deshabitado y desde allí se dirigiera hacia la capital de la isla. Ya había enviado a más de un constructo espía que fue recibido con flechas. Se notaba mucho que eran constructos, y como espías llamaban mucho la atención.

Hierba tenía la apariencia de una anciana inofensiva. Así lograría acercarse más, escuchar conversaciones, juzgar el tamaño del contingente al que iban a enfrentarse. Enviar a Hierba le había resultado más difícil de lo que creía. De los constructos originales que la habían ayudado a escapar de Maila, tan solo quedaban Coral, Hoja y Hierba. A lo largo de esta operación, había perdido más constructos de los que deseaba admitir.

—Algunos de los supervivientes están huyendo de la isla. Están subiendo a los barcos del puerto —le dijo Hoja—. ¿Qué les digo a los constructos?

—Que los dejen en paz y les permitan huir —respondió Nisong. Su sed de violencia estaba disminuyendo—. Alguien tiene que decirle a Luangon que vamos para allá y que no tendremos clemencia. Habrán visto el humo de los incendios, pero no saben con exactitud qué es lo que ha sucedido aquí. —Se concentró en los

siguientes pasos—. Coral, que los engendros acumulen los cadáveres en el patio del palacio. Hoja, toma a los animales y reúne a los supervivientes. Necesitamos más esquirlas.

Coral partió para obedecer, y Nisong fue a las calles con Hoja. Antes de provocar los incendios había logrado rescatar un poco de opio de una tienda. Por lo menos podría mantener a la gente sedada mientras le arrancaba las esquirlas, de ese modo sería mejor para todos. Con el rabillo del ojo vio que Coral daba instrucciones a los engendros, pero que no todos obedecían. Ella les había ordenado que obedecieran a Coral y a Hoja, pero las órdenes dadas verbalmente no tenían tanto poder de permanencia como las grabadas. Iba a tener que reiterar aquella orden más tarde; sencillamente, no había esquirlas de sobra.

Ya había varios constructos que necesitaban reparaciones, una o dos esquirlas habían quedado inútiles porque sus propietarios habían fallecido. No podían matar a todos los habitantes del Imperio y seguir viviendo, pero necesitaban someterlos.

Las calles de aquella ciudad no eran de tierra apisonada, sino que estaban pavimentadas, y en más de una ocasión hizo un alto para apagar de un pisotón un ascua que amenazaba con alcanzar el borde de sus pantalones. El humo le producía picor de ojos y tenía que hacer esfuerzos para no toser. Hoja envió a los constructos y acorraló a los supervivientes que se habían escondido en callejuelas o que estaban mirando boquiabiertos lo que había quedado de sus casas.

—Comenzaremos con el diezmo esta noche —le dijo Nisong a Hoja—. Cuanto antes podamos construir nuestro ejército, antes podremos tomar Luangon y convertirlo en nuestra base de operaciones. Desde allí podremos…

De repente se oyó un fuerte chasquido que hendió el aire, seguido de un grave retumbar. La tierra tembló, pero solo brevemente. En la ciudad se hizo el silencio excepto por algún que otro grito disperso. Hoja la agarró del brazo.

—¿Qué ha sido eso?

Nisong se volvió hacia su rostro pálido y sus grandes ojos negros y no supo qué decirle. Solo tenía dos experiencias con que comparar aquello: el terremoto que había sentido en Imperial poco después de llegar y el momento vivido en Maila en el que todo le dio vueltas y su niebla mental se disipó. Hasta los constructos interrumpieron su tarea, los ciudadanos que habían acorralado miraron hacia arriba como si el cielo estuviera a punto de caerse.

No sucedió nada más. Nisong relajó la tensión de los músculos y su corazón redujo su marcha acelerada.

—No estoy segura, pero…

Volvió la vista hacia Luangon. De varios puntos de la isla se elevaban columnas de humo que se dirigían hacia las nubes.

—No hemos sido nosotros —dijo, con el corazón acelerado de nuevo—. Ha sido Luangon.

Y Hierba se encontraba allí.

Echó a correr. Sus zapatillas golpeaban las piedras del pavimento y le producían un rechinar de dientes con cada zancada. Los abalorios de su túnica chocaban unos con otros. Le llevó unos instantes darse cuenta de adónde iba. A los muelles.

—¡Nisong! —la llamó Hoja—. ¿Qué hacemos con los prisioneros?

El viento se llevó sus palabras. Ya no importaba; lo importante era llegar hasta

donde estaba Hierba y sacarla de Luangon. Recordó a Hierba en Maila, picoteando distraídamente la comida antes de despertar de la niebla mental. Antes de que ella la sacara de allí. Ahora tenía un humor irónico, unas manos firmes y una mente más firme todavía. Poco a poco, estaba volviendo a perderlos.

Pero no quería perder a Hierba.

—¡Espera! —exclamó Hoja echando a correr tras ella.

Lo de esperar era para tiempos más tranquilos. Vio que la isla se sacudía otra vez y un instante después el ruido llegó a sus oídos en forma de rugido, como un trueno a lo lejos. A su espalda se desmoronó una casa en llamas que lanzó ascuas y chispas por los aires.

Había oído cuchicheos entre los ciudadanos que habían capturado: que Cabeza de Ciervo ya no existía, que se había hundido en el mar Infinito. No se lo había creído del todo. En sus recuerdos, había estado en Cabeza de Ciervo, y era una isla monumental. ¿Que ya no existía? ¿Que había desaparecido? Impensable.

Pero entonces estaba viviendo dentro de una pesadilla borrosa y teñida por el fuego. Todas las cosas horribles parecían posibles.

Aminoró el paso al llegar a los muelles, y Hoja la alcanzó.

—Ese —dijo señalando un barco—. Es pequeño, pero rápido.

No sabía gran cosa de navegación, de modo que permitió que Hoja tomara la iniciativa y, cuando él soltó el cabo que amarraba el barco al muelle y saltó a bordo, ella hizo lo propio.

El barco se meció suavemente acusando el peso.

Nisong no podía apartar la vista de Luangon, iba con el cuerpo inclinado en dirección a ella, como si de esa forma pudiera avanzar más deprisa. Hoja iba y venía por la cubierta, aunque Nisong no prestaba mucha atención a lo que estaba haciendo. El viento hinchó las velas, y poco después ya estaban maniobrando por entre las demás embarcaciones para salir al mar Infinito.

Se quedó sin aliento al oír un segundo retumbar, más fuerte, y ver más humo y polvo elevándose de los edificios de Luangon. Imaginaba lo que sería para Hierba estar allí, viendo caer los edificios a su alrededor, oyendo los alaridos de los habitantes, ahogándose con el polvo que llenaba el aire.

—¿Cómo vamos a dar con ella? —preguntó Hoja gritando para hacerse oír por encima del viento.

Nisong no estaba segura. Le había dicho a Hierba que se dirigiera a la capital de la isla. A lo mejor ya había ido allí y ya había recogido la información. A lo mejor estaba cerca de su lancha, preparada para regresar. Luangon no estaba muy lejos, todavía podían llegar a tiempo.

Se oyó otro fuerte chasquido, y de la línea de la costa se elevó una nube de polvo y escombros. Las cuevas estaban colapsando. Entonces distinguió que las montañas se derrumbaban y que toda la línea de la costa se deslizaba hacia el mar. Hoja iba de pie en la proa del barco, su melena negra le azotaba los hombros.

—¡Hoja! ¿Cuánto falta?

Durante unos instantes Hoja no respondió, y Nisong creyó que no la había oído. Pero de pronto se giró y fue directo hacia las velas. Su expresión era como si hubiera visto su propia tumba.

—Hoja. ¡Hoja!

Hoja hizo un alto.

—No vamos a conseguirlo, Nisong —le dijo—. Ya sé que quieres llegar, que quieres salvar a Hierba, pero la isla está hundiéndose demasiado deprisa. Para cuando lleguemos lo bastante cerca, ya no podremos escapar a tiempo. La isla nos arrastrará consigo. ¿Lo entiendes?

Nisong volvió a mirar hacia Luangon, donde estaba Hierba. Era posible que ya hubiera muerto, aplastada por muros que se derrumbaban o golpeada por rocas sueltas junto a la orilla. Se le cayó el alma a los pies.

—Lo siento mucho —susurró—. Las cosas deberían haber sido de otra forma. —Miró a Hoja a los ojos—. Vámonos de aquí.

Él asintió con la cabeza y ajustó las velas.

Nisong continuó vigilando Luangon. Los barcos que se encontraban en el mar habían llegado a la misma conclusión que Hoja y estaban ajustando las velas en el intento de escapar. Se vieron finas columnas de humo de color blanco que indicaban que la gente estaba quemando rocasabia. Más barcos zarparon desde los muelles. Si Hoja estaba en lo cierto, era posible que la isla estuviera condenada. Pero se dijo que, si le ocurriese a ella, se agarraría a un cabo deshilachado. El instinto de supervivencia era embriagador.

Desaparecieron los puertos, y a continuación varios edificios. Los crujidos y los chasquidos de la madera al quebrarse y de las rocas que caían hacían que la isla pareciese un ser vivo, herido de muerte. Ahora, al verlo en persona, creyó las historias que se contaban acerca de Cabeza de Ciervo. ¿Era ese el imperio contra el que tanto se estaba empeñando en luchar para hacerse con él? ¿Uno que estaba hundiéndose lentamente en el mar Infinito? Si se estaba hundiendo otra isla más, ¿qué impediría que se hundieran todas?

La desesperación era una compañera pesada, asfixiante, que se había instalado sobre unos hombros que de ningún modo eran lo bastante fuertes para cargar con ella. La estaba ahogando, la estaba dejando sin respiración.

También era posible que Hierba siguiera viva, que estuviera intentando escapar antes de verse arrastrada al fondo del mar. Tenía que dejar de pensar en ello. Fronda y Caracola habían muerto presas del pánico. ¿Era ese el destino que los aguardaba a todos?

Los edificios se sumergieron, seguidos por las copas de los árboles y después por las colinas. El hundimiento se aceleró hasta que las montañas empezaron a deslizarse bajo la superficie del mar igual que una ballena que desciende después de haber respirado una bocanada de aire. Las aves huían de la isla en bandadas oscuras, intentando salvarse. Aquello no parecía estar sucediendo de verdad, Nisong estaba contemplando una pesadilla.

Y un momento después, la isla desapareció. El mar se apresuró a llenar el espacio que antes ocupaba la tierra. Estaban demasiado lejos para poder distinguir embarcaciones individuales, pero sí que se veían motitas blancas que desaparecían: velas arrastradas al fondo. Su intención había sido desatar la violencia sobre aquellas gentes, pero una violencia impuesta por ella, no por aquel desastre masivo que se había tragado incluso a Hierba.

—Agárrate —le dijo Hoja.

Iba a preguntarle por qué, pero en eso vio la ola que se extendía procedente de

la isla. Una pared de agua que se acercaba a toda velocidad. Se le secó la boca. El barco que habían tomado era pequeño, casi no había espacio suficiente para dos personas. ¿Sabía nadar? Rebuscó en sus recuerdos, pero no halló nada. No estaba segura. Notó la madera del casco tibia al tacto; se agarró a ella con tal ímpetu que se clavó astillas bajo las uñas.

La ola sacudió el barco y lo volcó de lado.

Su mano se soltó de la madera. El agua del mar le azotó a cara y se le metió por la nariz. Lo único que sintió fue un sabor a sal y a amargor.

Capítulo 29

Lin

Hualin Or

La lluvia golpeteaba la cubierta por encima de mi camarote. No había llevado gran cosa conmigo cuando desembarcamos en Imperial, pues sabía que volveríamos a zarpar. Había cerrado con llave tanto la puerta como los postigos de mi ventana, confiando que mis guardias protegerían mis pertenencias. La espada seguía estando en su sitio cuando fui a mirar, y mis libros también.

Hualin Or se encontraba al norte de Imperial. Era una isla famosa por su historia y por su arte. Era de donde procedía Nisong. Pero yo sabía que el hecho de que estuviera ostensiblemente relacionada con ambas no significaba que contase con su apoyo. Había adoptado el estilo de vestimenta de Hualin Or para ir acostumbrándome a él antes de tomar tierra: el kimono ribeteado y de mangas largas y amplias, ceñido con un fajín. Las mangas me estorbaban cada vez que intentaba comer, escribir o volverme, y a la menor provocación se enredaban en los cuernos de Thrana.

Sostuve entre las manos la redoma de recuerdos de mi padre y miré por la boquilla para ver el líquido que se agitaba en su interior.

—¿Estás segura? —me preguntó Thrana, situada a mi lado—. Eso te vuelve irritable y… rara.

—¿Rara? ¿Por qué dices eso?

Thrana se replegó con las orejas pegadas al cráneo.

—Dejas de ser tú misma.

—No veo que tenga mucho donde elegir. Necesito saber lo que sabía mi padre, y él murió antes de poder transmitirme sus conocimientos.

Había hablado con Ragan, el cual me había dicho que no sabía con certeza por qué estaban hundiéndose las islas. Desconocía quién más podía ser alanga ni

cuándo podíamos esperar conocer a más individuos de dicha raza. Como aún no era un maestro, no le habían concedido el acceso a los manuscritos más restringidos que se guardaban en el monasterio.

Yo era alanga, y no buscaba aplastar al populacho ni masacrarlo sin necesidad. No consideraba a los ciudadanos menos que humanos, mi deseo era ayudarlos. Durante toda mi vida me habían dicho que los alanga eran malvados, que únicamente deseaban el poder. Me había hecho la idea de que eran un pueblo único, monolítico. La grulla de papel que fabricó Thrana descansaba en el pequeño escritorio de mi camarote. No quería volver a cometer un error así.

Si mi padre mintió, si todos los Sukai mintieron, ¿quiénes eran verdaderamente los alanga? Jovis, Ragan y yo éramos muy diferentes.

En los recuerdos de mi padre había respuestas.

—Asegúrate de que no entre nadie —le dije a Thrana, y acto seguido bebí un sorbo de la redoma. El líquido tenía un sabor metálico y dulzón, y en cuanto tocó mi lengua me dejó los ojos en blanco.

Estaba de nuevo dentro del cuerpo fabricado por mi padre, con las manos apoyadas en la superficie de una mesa. Vi que se trataba de la sala de interrogatorios en la que Shiyen me hacía siempre tantas preguntas acerca de mis recuerdos, porque alcancé a ver brevemente el balcón desde el que le gustaba contemplar la ciudad. Pero el que estaba ante mí no era Shiyen, sino su madre, una mujer de mediana edad y cabello plateado y recogido en varios moños de aspecto austero. Iba vestida con una chaqueta de seda pintada con flores de cerezo, de cuello alto y cintura larga. En una mano sostenía una vara larga y fina: una rama desprovista de corteza.

—Durante un tiempo vivimos en armonía con los alanga, o por lo menos eso parecía —dijo—, pero después comenzaron las guerras, y nosotros, los plebeyos, simplemente estorbábamos. Decimos que fueron los Sukai los que descubrieron cómo matar a los alanga, pero el que nos proporcionó dicha información fue un traidor, que ayudó a fabricar las espadas. ¿Por qué crees que guardamos ese secreto?

Shiyen pasó una mano por la pulida superficie de la mesa antes de responder.

—Porque no podemos permitir que se considere bueno a ninguno de los alanga.

Su madre dio un golpecito en la mesa con su vara, y Shiyen se estremeció.

—Sí. La gente no comprende ni capta los matices. ¿Puede hacerlo una persona? Sí. Pero, en general, la gente necesita que la guíen. Fuimos nosotros los que salvamos el Imperio; los alanga eran los que pretendían destruirlo. —Dejó la vara, levantó las manos e hizo un ademán circular para señalar a cada grupo—. ¿Qué ocurrirá si permitimos que se mezclen esos conceptos? —Entrelazó los dedos.

—Que a la gente le resultará demasiado difícil saber quién es bueno y quién es malo.

—Exacto. Nosotros somos los salvadores, hijo mío. Y siempre se nos debe ver como tales.

Sentí que Shiyen se removía en su asiento.

—Pero ¿no somos en realidad los salvadores? ¿No es esa la verdad?

Rápida como el rayo, la emperatriz tomó la vara y le propinó un golpe, como un azote, en los nudillos. Yo sentí el escozor como si aquello me lo hubiera hecho a

mí. Los movimientos de Shiyen eran un espejo de los que habrían sido los míos. Se llevó la mano al pecho y la acunó. En ese momento, no pude separarlo de mí; yo *era* Shiyen.

—Las masas nos consideran salvadores. Hicimos lo que teníamos que hacer. Los matamos a todos, hijo mío. No podíamos saber quién iba a hacernos daño y quién iba a protegernos, y todos tenían demasiado poder. Así que dimos muerte a hombres, mujeres y niños. A todos los alanga. El traidor nos ayudó a fabricar las espadas, nos ayudó a darles caza a todos. ¿Fue bueno él al volverse en contra de su propio pueblo? ¿Fuimos buenos nosotros al matarlos a todos?

Yo era una fuente de dolor y consternación; me brotaba en el corazón y se vertía en todos los rincones de mi alma. Me fijé en la mano de la emperatriz, en sus dedos fuertemente cerrados en torno a la vara mientras aguardaba a que yo respondiese.

—Fuimos buenos —contesté con voz ahogada. Ella levantó la vara—. Y también malos —terminé a toda prisa.

Bajó la mano.

—Sí. Y nunca ha de saberlo nadie.

Volví a mí misma, a mi camarote, con los nudillos doloridos por el escozor que recordaba haber sentido en ellos. Thrana había apoyado la cabeza en mis rodillas y, cuando yo intenté sacudirme aquellos recuerdos, levantó la vista hacia mí.

—¿No ha sido bueno?

—No —respondí—. Nunca es bueno. Pero es que necesitaba saber. Esas espadas se fabricaron para matar alanga. Aún no sé cómo funcionan, pero ese era su propósito. Y existe más de una. No sé con certeza qué sucedió con las otras, si aún siguen escondidas en el palacio o si acabaron en otro lugar. Pero necesito encontrarlas, de lo contrario podrían utilizarse contra nosotros.

Nosotros. Ya me consideraba una alanga, ya me veía como perteneciente a aquel grupo.

En la cubierta, alguien voceó que se había avistado tierra. Esta vez me había traído una buena capa engrasada, la cual me eché por los hombros antes de salir del camarote. En el pasillo me encontré con Jovis y Ragan, ambos ataviados con capa, Ragan con un dedo levantado y Jovis mostrando un gesto de enfado como si fuera a asesinar a alguien. El compañero de Ragan, Lozhi, era pequeño y gris y tenía unos cuernos todavía incipientes. Estaba agachado a los pies de Ragan, mirándolo a la cara. Mefi lo miraba a él con curiosidad.

—Aquí no hay espacio suficiente para que paséis. —Llamé a la puerta del camarote de mis doncellas; debían de estar esperándome, porque abrieron cargando ya con el arcón de las esquirlas—. Tendréis que moveros los dos.

—Por supuesto, excelencia —dijo Ragan con una sonrisa—. De todas formas, nos dirigíamos a la cubierta.

Jovis relajó el entrecejo, aunque pareció requerirle cierto esfuerzo. Cualquier interacción entre el monje y él parecía terminar siempre con una sonrisa de Ragan y un ceño fruncido por su parte.

—¡Guardias, conmigo! —exclamó Jovis, y el pasillo se abarrotó todavía más. Todos subimos como pudimos a la cubierta.

El aguacero era tan intenso como parecía estando abajo. Mefi y Thrana echaron

a correr por la cubierta para pisar los charcos al tiempo que se sacudían el agua del pelaje. Lozhi se aventuró más tímidamente a salir de los pliegues de la capa de Ragan.

Las montañas de Hualin Or se elevaban del mar Infinito semejando los dientes desiguales de una serpiente marina. Tuve que entrecerrar los ojos para distinguirlas tras la densa cortina de agua. El corazón me dio un pequeño vuelco en el pecho. Allí iba a ser donde conociera a mi supuesta familia. Tenía que entrar con seguridad en mí misma, sin mostrar duda alguna. Ellos tenían que considerarme hija de Nisong.

Jovis se situó a mi lado junto a la barandilla.

—No vamos a llevarlo con nosotros, ¿verdad?

Lo miré por debajo de mi capucha.

—Supongo que te referirás a Ragan. No lo llevaremos al palacio del gobernador, pero sí que se quedará en el barco. Ya ha sido informado de ello.

No dije nada, pero me preocupaba dejar mi camarote con sus libros y sus secretos cerrado con llave pero sin guardias; yo sabía mejor que nadie que las cerraduras no frenaban necesariamente a una persona. Pero era eso o llevarnos a Ragan con nosotros, y si bien la gente había asumido que Thrana era un regalo que me había hecho Jovis, podrían extrañarse de que Ragan fuera acompañado de la misma clase de criatura.

En el muelle no había nadie esperando para recibirnos, salvo un palanquín de gran tamaño enviado desde el palacio y cuatro guardias al lado para transportarlo. En el interior había sitio para Thrana y para mí. Crucé la mirada con Jovis. Era un extraño recibimiento, desde luego. Mudo y sin ceremonia alguna, aunque eso tal vez se debía al aguacero. Nadie me dijo nada. Cuando me acerqué, uno de los guardias se apartó a un lado y abrió la portezuela del palanquín. Acepté amablemente y les hice una seña a mis doncellas y a mis guardias para que me siguieran.

Goteaba agua de mi capa y del pelo de Thrana que se filtraba en el suelo de madera del palanquín. Este desprendía un olor a rancio, como si llevara varios años sin usarse. Por lo menos, dentro de él me sentí a salvo. No sabía cuántos asesinos habría enviado Nisong tras de mí.

Así y todo, la curiosidad pudo más que el miedo, y aparté un poco la cortina para ver pasar la ciudad, la ciudad de la que procedía Nisong. La calle principal estaba bien cuidada, las tiendas continuaban abiertas a pesar de la lluvia y habían colocado felpudos para los visitantes. Todos los edificios parecían tener algún adorno adicional: una bonita lámpara de hierro forjado, cortinas bordadas, portales pintados. Imperial era preciosa, pero Hualin Or era exquisita. Sentí un vivo deseo de olvidarme de mi título y entrar en aquellas tiendas, probar los perfumes y tocar todos los adornos.

Dejé caer de nuevo la cortina para no ceder a la tentación. Había ido allí por un motivo: obtener el apoyo de la gobernadora de Hualin Or, mi tía.

—¿Nerviosa? —me preguntó Thrana en un susurro.

No vi de qué iba a servirme mentirle.

—Sí.

Ella, a modo de respuesta, apoyó la cabeza en mi regazo.

Los guardias depositaron el palanquín en el suelo junto a la entrada del palacio, debajo de un alero. Jovis acudió inmediatamente a ofrecerme su mano para que me apease; la acepté, y noté su palma encallecida y la vibración que le recorría las articulaciones. Me soltó en cuanto mis pies tocaron el suelo.

Las lámparas del vestíbulo de entrada no estaban encendidas, y en el tejado se oía el golpeteo de la lluvia. En los murales de las paredes había tigres persiguiéndose unos a otros, las sombras de las columnas ocultaban rostros, colas, cuerpos. Las vigas del techo estaban adornadas con relieves de formas geométricas, y las baldosas del suelo también. Todo aquello me resultó conocido, pero no lo sentí como mi hogar.

La gobernadora y su familia aparecieron frente a mí, en formación, alineados unos junto a otros con precisión exquisita. Ella iba vestida con un kimono similar al mío, sus largas mangas ondearon con el viento que entró por la puerta abierta. Al igual que yo, era bajita y poseía la misma constitución delgada y fibrosa. Vi detalles de mi rostro en el suyo: los mismos ojos oscuros y separados, los mismos pómulos marcados, la misma barbilla pequeña.

Ella me estudió como yo la estudié a ella, y finamente, con las manos entrelazadas, se inclinó en una reverencia.

—Excelencia, bienvenida a Hualin Or.

Las demás personas de la fila se inclinaron al mismo tiempo. Con el rabillo del ojo vi que Jovis, a mi lado, se removía en el sitio y daba unos golpecitos en el suelo con su bastón.

—Gracias, sai —le respondí a mi tía, Wailun. Fue un recibimiento más cálido que el que me habían dado en otras islas. Al mismo tiempo, me pareció frío. O quizá, sencillamente, mis expectativas no eran razonables. La madre de Jovis me había tratado como si fuera de la familia. Aquellas personas se suponía que eran familiares míos. Una pequeña parte de mí, tal vez, había esperado recibir el mismo afecto.

Pero aquello era política. No había ido allí a retomar el contacto con unos parientes que no veía hacía mucho tiempo, sino para asegurarme de que los impuestos continuarían, para reclutar soldados, para apuntalar las defensas contra los alanga y contra los constructos. Nadie estaba respondiendo nada. Emití un carraspeo.

—Tenemos mucho de que hablar y muy poco tiempo. En esos momentos, el ejército de constructos continúa avanzando.

—En la cena —dijo la gobernadora—. Por favor.

Se acercó a ella un sirviente y le susurró algo al oído. Reinaba tal silencio que pude oír lo que le dijo:

—¿No deberíamos encender las lámparas? Con la tormenta, está todo muy oscuro.

La gobernadora miró a su alrededor como si no se hubiera dado cuenta.

—Sí —contestó.

Los sirvientes se apresuraron a obedecer.

—Os hemos traído regalos —le dije—, como agradecimiento por vuestra hospitalidad y como promesa de mis intenciones como emperatriz.

—En la cena —repitió la gobernadora—. Por favor. —A continuación se volvió

hacia un lado y me indicó con un ademán que la siguiese.

Me llevé conmigo a Jovis y a las dos doncellas que cargaban con el arcón. En Hualin Or se servían platos individuales, al igual que en Imperial, y algo tenía aquel lugar que me puso el vello de punta. Aquellas personas eran parientes míos, y sin embargo no me inspiraban la más mínima confianza.

El comedor de Hualin Or era muy amplio, y nuestro séquito ocupó tan solo una parte pequeña de la mesa. Mis doncellas fueron conducidas a una mesa más pequeña situada detrás de mí, y depositaron el arcón junto a ella. Mefi y Thrana se acomodaron en el rincón y se pusieron a limpiarse el agua del pelaje con las patas.

Jovis se sentó a mi derecha, y a mi izquierda se colocaron dos hombres y dos mujeres, muy juntos unos de otros. Yo había leído un poco acerca de la familia de Nisong. El hombre que tenía sentado inmediatamente a mi izquierda era primo de ella, y mantenía una relación tanto con el hombre como con la mujer; entre ellos había un niño. Hice el cálculo mental: el niño debía de tener unos diez años, que no era edad suficiente para que se sentase con sus mayores.

Llegaron varios sirvientes a hacerse cargo de nuestras capas y colgarlas en unos ganchos de la pared. Debajo de los ganchos había un desagüe. Un detalle ingenioso que sin duda mi padre habría envidiado. El palacio de Imperial era muy hermoso, pero no contaba con esas comodidades.

Me senté en mi cojín, todavía con los extremos de las mangas un poco mojados, y todo el mundo me imitó.

—Sai —dije señalando el arcón de madera—. Os he traído las esquirlas de vuestros ciudadanos. Del mismo modo que Imperial ha suspendido el Festival del Diezmo, tampoco usaremos ya las esquirlas de nuestros ciudadanos para activar constructos.

Wailun me sonrió al tiempo que un sirviente iba recorriendo la mesa y vertiendo agua caliente en las tazas de té.

—¿Por qué no?

Se me congelaron las entrañas. Hasta Iloh me había dado las gracias por la devolución de las esquirlas. ¿Sería un desafío? ¿Pretendía poner a prueba mis intenciones?

—Porque los ciudadanos ya no quieren que les arranquen esquirlas. Es una operación peligrosa, y los propietarios de las esquirlas que se usan enferman y mueren.

—Sí —respondió Wailun—, pero ese proceso empezó siendo una manera de defendernos de amenazas externas. Ahora nos enfrentamos tanto a un ejército de constructos como al resurgimiento de los alanga, según se rumorea. ¿Cómo nos defenderéis de estos sin los constructos?

—Formaré un ejército —contesté—. Ya lo estoy formando. Si vos comprometéis a vuestros soldados para que ayuden a luchar contra los constructos, otras islas harán lo mismo.

Empezaron a entrar sirvientes en el comedor portando platos llenos de champiñones salteados, tofu frito y fideos. Mi plato y el de Jovis se los ofrecieron a las doncellas para que los probasen.

—Sé que sois una recién llegada al cargo —dijo la gobernadora. Colocó los palillos junto a su plato e hizo un breve gesto de aprobación con la cabeza—. Pero

¿todo esto no llega un poco tarde? Mis fuentes me han informado de que los constructos ya han tomado varias islas. Islas pequeñas, cierto, pero ahora se dirigen hacia Gaelung. Después, el siguiente trofeo será Hualin Or. ¿Estaréis preparada para defendernos? ¿No es ese vuestro deber como emperatriz? —El brillo de sus ojos no se apagó en ningún momento, su sonrisa no desapareció. Nadie más dijo nada.

Jovis había dejado su bastón a un lado, pero le dio unos leves toques con las yemas de los dedos. Yo le lancé una mirada reprobatoria y se interrumpió. Era de muy mala educación tocar un arma estando sentado a la mesa. Detrás de nosotros, mis doncellas se levantaron y colocaron nuestros platos delante, una vez que los hubieron probado.

Tomé mis palillos y todos los comensales me imitaron con la vista fija en sus platos. Los sirvientes se movían presurosos por el comedor, y me fijé en sus posturas: los hombros en tensión, la mirada baja, los pasos cortos. Estaban nerviosos, aunque no supe discernir el motivo.

El hombre que estaba sentado junto a Wailun lanzó un suspiro. Tenía la piel más oscura que ella y los ojos más estrechos. Su hijo adoptivo era Chala, según mis informes, y casi ni tenía edad suficiente para sentarse a aquella mesa. Aún no había tomado sus palillos.

—Madre, estoy seguro de que la emperatriz tiene un plan, de lo contrario no estaría devolviendo las esquirlas.

Yo estaba devolviendo las esquirlas porque era lo menos que podía hacer. Aun así, lo miré agradecida.

—Así es. ¿No estáis contenta?

Wailun me miró sin parpadear.

—Por supuesto que estoy contenta. —Su expresión no varió en ningún momento. Sin hacer el menor gesto de gratitud, se concentró en su plato.

Sentí que Jovis me perforaba con la mirada e hice un esfuerzo para no mirarlo a mi vez y conservar un semblante inexpresivo. No había necesidad de hacer ver a todo el mundo lo incómodos que nos sentíamos los dos. Ya sabía que no podía contar con que Wailun me recibiera con los brazos abiertos, pero aquello no era lo que había esperado. Sí, yo para ella era una desconocida, pero ella era una persona extraña. Era como si estuviera mirando un libro puesto del revés; podía leerlo, pero nada tenía sentido.

Casi no noté el sabor agridulce de los fideos de pasta hecha a mano y la textura crujiente del tofu.

Había algo que Wailun no estaba diciéndome, y si deseaba obtener la ayuda de los soldados de Hualin Or, necesitaba averiguar lo que era.

Capítulo 30

Jovis

Hualin Or

Ylan ha vuelto. Su familia ha desaparecido.
Al principio pensé que había vuelto en visita de placer, y aunque nos hemos abrazado y saludado como viejos amigos, tenía la cara demacrada.
Ahora está más envejecido, se le han formado arrugas en las comisuras de los ojos. Eso no me lo esperaba.
Philos y Viscen comenzaron a discutir por la manera de distribuir los anacardos. El resultado fue un tsunami que barrió por completo la aldea en la que vivían los padres de Ylan. Tíos y tías. Primos. Todos desaparecieron.
"Dione", me dice, "tú eres poderoso. A ti te respetan (¿o te honran?). Haz algo. Por favor."

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

En cierta ocasión en la que estaba pescando con mi padre, capturamos un ejemplar joven de serpiente marina. Él la subió al barco con cara de consternación. En el Imperio, a veces se consumían crías de serpiente marina, eran una exquisitez que gustaba a los ricos. Pero los poyer no comían serpientes marinas. "Son muy listas", me explicó, "no nos comeríamos a una persona, así que no comemos serpientes marinas." El animal culebreaba sobre la cubierta lanzando destellos con los puntos luminiscentes que tenía en los flancos y con las crines del cuello de punta. Pero en cuanto se le acercó mi padre, se calmó. Él le metió una mano en la boca, que

estaba llena de dientes pequeños y afilados, y le desenganchó el anzuelo.

Este palacio se parecía a la boca de una serpiente marina, y sin ninguna garantía de que sus fauces no fueran a cerrarse sobre mis dedos. Incluso con las lámparas encendidas, me parecía ver sombras en todos los rincones.

Lin guardó silencio mientras seguíamos a los sirvientes hasta las habitaciones de invitados, donde esperaba el resto de los guardias. Mefi y Thrana no daban muestras de sentirse molestos, después de haberse llenado el estómago en la cena. Pero la cena en sí había sido todavía más incómoda que la que nos ofrecieron en Riya. Allí estaba ocurriendo algo raro, y no sabía con certeza lo que era.

Lin me indicó con una seña su habitación.

—Jovis, conmigo. Tengo que hablar contigo un momento.

Sus doncellas intercambiaron una mirada, y una de ellas disimuló una sonrisa tapándose con la mano. Me entraron ganas de protestar. Aquello no era lo que ambas estaban pensando. Pero ¿qué iba a hacer yo? ¿Desobedecer una orden de la emperatriz? De modo que entré con ella en la habitación. Era una estancia espaciosa y bellamente decorada, pero no tuve oportunidad de admirarla. Lin me abordó en cuanto hubo cerrado la puerta.

—¿Puedes decirme qué es lo que sucede aquí? Todos los sirvientes tienen miedo, esta familia está ocultando algo y la propia Wailun no parece interesarse por lo que quiere su pueblo. Parece contenta con el Festival del Diezmo. ¿Por qué?

—Yo estoy tan desconcertado como vos.

—A lo mejor es que efectivamente no le interesa —apuntó Mefi pegándose a mis rodillas.

—¿Es malo? ¿Es muy malo? —terció Thrana.

—Más bien raro —dije yo.

—Raro —repitió ella.

—No —replicó Lin—, no lo decimos así. Decimos que es rara una situación, no etiquetamos las cosas como “raras”. —Levantó las manos en el aire—. Ah, da lo mismo. Lo importante es que Wailun está ocultando algo. Si la devolución de las esquirlas no los impresiona, no sé cómo ganarme el apoyo de Hualin Or. Están preocupados por el ejército de constructos, y con razón, pero no parece que tengan interés en ayudar. Vamos a tener que tomar posiciones en Gaelung, que es lo único por lo que he traído a Ragan con nosotros.

Solté un resoplido de incomodidad.

—Veréis, cuando nos reunimos a solas tan a menudo, y Mefi y Thrana no cuentan, la gente empieza a hacer suposiciones. Vuestras doncellas cuchichean.

Lin me taladró con la mirada, aunque tenía las mejillas sonrojadas.

—¿Qué es más importante? ¿La seguridad de mi pueblo o la cháchara ociosa de mis sirvientes? No me molestes con pequeñeces.

Los chismorreos podían hacer caer un imperio casi con tanta seguridad como una rebelión. Pero me guardé ese pensamiento para mí.

—Entonces, ¿qué es lo que deseáis de mí? ¿Para qué me habéis hecho venir?

Lin adoptó una expresión de súplica. Era muy capaz de mantener una actitud altiva y guardar sus pensamientos a buen recaudo, pero rara vez lo hacía en mi presencia.

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué necesitáis que haga? —Estas palabras salieron de mi boca sin que pudiera frenarlas.

Tal vez fue por la manera en la que el resplandor de las lámparas hacía resaltar los matices castaño claro de sus ojos. Tal vez fue porque, por primera vez, no los había imaginado como los ojos de Emahla.

No debería ofrecer mi ayuda. En realidad, Lin no era la hija y heredera de Shiyen. No tenía ni idea de quién era de verdad. ¿Lo sabría ella?

—Esta noche, cuando todos estén durmiendo, voy a averiguar qué es lo que oculta la gobernadora.

Enarqué una ceja.

—¿No deberíais tener… espías para ese tipo de cosas?

—No me fío de los espías.

Reprimí un estremecimiento.

—De modo que vais a recorrer furtivamente los pasillos de noche, os tropezaréis con los guardias de la gobernadora; ¿y cómo pensáis explicaros?

—No, no serán los pasillos —replicó Lin con una sonrisilla de satisfacción. Señaló con un dedo hacia arriba, como solía hacer Ragan.

Al instante comprendí que con aquel gesto Lin se refería a algo muy diferente. Levanté la vista hacia el techo. Allá en lo alto, la lluvia continuaba golpeando el tejado.

—Es una idea terrible.

—Ya lo he hecho otras veces. Iré a la habitación de la gobernadora y veré qué descubro. En cambio, tú tendrías buenas razones para patrullar los pasillos por la noche.

—¿Y queréis que yo…?

—Que hagas justamente eso: patrullar los pasillos y buscar cualquier cosa que te resulte extraña. Mañana por la mañana me informarás de lo que hayas encontrado. Wailun no lo ha dicho abiertamente, pero no se la ve muy deseosa de respaldar mi gobierno. Y necesito descubrir por qué. Se nos está agotando el tiempo.

Yo había advertido lo mucho que se parecían físicamente con tanta claridad como todo el mundo. Si Lin no era hija de Nisong, ¿de quién era hija? Desde luego, se parecía a la familia de su madre. ¿O sería una hija ilegítima, tal como afirmaba ser la tal Nisong, nacida poco antes o poco después de la legítima? Pero, en ese caso, ¿por qué Shiyen le puso el mismo nombre que su hija legítima?

Había un pensamiento que me empeñaba en apartar de mi mente: si los constructos parecían personas…

No. Ella era demasiado complicada para eso.

La noche siguiente a aquel descubrimiento había escrito una carta a los pocos sin esquirlas. La sellé y después rompí el sello para leer de nuevo el texto que había redactado en clave: “Lin no es hija de Shiyen, y tengo la prueba. No sé quién es realidad”. Le había dicho a Gio que no esperase más mensajes míos, pero aquella era una información que los pocos sin esquirlas merecían conocer. Una información que todo el mundo merecía conocer. Lo saqué de mi cabeza por el momento, de igual modo que había dejado a un lado la carta, porque no estaba seguro de si enviarla o no.

—Cabría esperar que Wailun se sintiera inclinada a apoyar a un miembro de su familia.

Lin frunció los labios y fijó la vista en la pared, como si estuviera mirando a través de ella y viendo el verdor de las montañas.

—No ha mencionado a mi madre ni nuestros lazos de sangre, ni una sola vez.

Me vinieron a la memoria las palabras de mi madre: "Se la ve muy sola". Bah. Aparté aquel recuerdo con un gesto de la mano. No era un problema que debiera resolver yo. En absoluto.

—Debo irme.

Lin posó la mirada en mi bastón. Maldición. Otra vez estaba dando golpecitos contra el suelo. Dejé la mano quieta.

—¿Te estoy poniendo nervioso?

—¿Es una pregunta que tengo que responder, excelencia? —Vaya tontería acababa de decir. Debería haberlo negado sin más. Había demasiados pensamientos compitiendo por ganar un poco de espacio en el interior de mi cabeza, y no me permitían pensar con claridad.

Lin apartó la vista.

—Puedes irte.

Me marché, llevándome conmigo a Mefi. La fecha tope que me había puesto Kafra se acercaba rápidamente. Tendría que tomar la espada y llevársela al Ioph Carn esa noche, mientras Lin pensaba que estaría patrullando los pasillos. Sabía dónde se encontraba la base del Ioph Carn en Hualin Or: en una casa situada allí donde las calles empedradas daban paso a los caminos de tierra. Apartada de todo, discreta.

—Entonces… —me dijo Mefi cuando entré en la habitación que me había sido asignada y el sirviente cerró la puerta—. No vamos a hacer lo que ha ordenado Lin. —Me miró fijamente, con la cabeza inclinada hacia un lado.

Podía mentir a todo el mundo excepto a Mefi.

—No, no vamos a hacerlo. Eso que te dije antes, esa cosa mala. Eso es lo que vamos a hacer.

Mefi se sentó a mis pies, y observé, asombrado, que su cabeza ya casi me llegaba a la cintura. Continuaba creciendo; pero últimamente había crecido de forma tan gradual que yo no me había dado cuenta. Sus ojos castaños se clavaron en los míos.

—Jovis. A mí puedes decirme lo que vamos a hacer. Confío en ti. Por eso te escogí.

Había crecido en más de un sentido.

—No soy perfecto, Mefi.

Se rascó una oreja y distendió la boca en una mueca.

—Oh, eso ya lo sé —dijo mirándome con los ojos entornados.

—Tengo que llevarle esa espada a Kafra. La sustituiré con la que hemos encontrado, y espero que Lin no note la diferencia. A cambio, Kafra enviará anacardos de contrabando a Anau.

—Tienes miedo de hacer daño a Lin.

Me pasé una mano por la frente.

—¿Se merece ser depuesta? ¿Se merece que la ejecuten? —Me costó un esfuerzo

pronunciar esto último. ¿Era posible empezar desde cero cuando aún estaba viva la sombra del antiguo imperio?—. Todo se ha roto, y no sé cómo recomponerlo de manera lógica.

—¿Has pensado en decirle a Lin la verdad?

Lo miré con gesto triste.

—¿Que si lo he *pensado*? Sí. Pero ¿tú has oído lo que ha dicho Lin? ¿Dónde crees que puede terminar esa conversación? "Hola, he estado enviando información a los pocos sin esquirlas a tus espaldas. Ya lo he dejado, pero, oye, he acordado robar para el Ioph Carn esa espada tan rara que tienes, así me aseguraré de que las personas que me importan consigan la cura para la tos de los pantanos." —Me froté el cuello como si ya estuviera notando la hoja del hacha en él—. Terminaría en algo bastante malo para mí, me temo.

Mefi culebreó entre mis piernas, lo que me recordó aquellos días en los que tenía el tamaño de un gatito, sus cuernos aún eran solo bultitos y sus patas levantaban poco del suelo.

—Yo estaré contigo en cualquier caso.

—Ya lo sé. Y yo siempre cuidaré de ti, Mefi. Supongo que en el fondo soy un contrabandista. Tendré que hacer lo que ya he hecho tantas veces.

—¿Y qué es?

—Ir actuando sobre la marcha.

Puse a los guardias en rotación frente a la habitación de Lin y esperé hasta que calculé que la mayor parte de los inquilinos del palacio estaban dormidos. Acto seguido, acompañado por Mefi, tomé una lámpara y salí del ala de invitados fingiendo que iba a cerciorarme de que no hubiera asesinos acechando en las esquinas.

Fuera había amainado la lluvia. Era posible que en aquel mismo momento Lin estuviera trepando al tejado y buscando una forma de colarse en las habitaciones de la gobernadora. Para ella era fácil: ¿qué iban a hacerle si la descubrían? Era la emperatriz.

Los pasillos del palacio estaban oscuros, mi lámpara iba proyectando sombras cambiantes al balancearse en mi mano. Excepto la lluvia, no se oía nada. Parecía menos un palacio y más un mausoleo. No se oían pisadas salvo las mías, ni murmullos, ni nada.

En el patio del palacio reinaba el silencio, aunque esta vez capté ruidos de insectos y pájaros. Los guardias de la muralla iban y venían lentamente, atentos a la presencia de posibles intrusos. La verja de entrada estaba cerrada.

Ese detalle iba a resultar un poco difícil. Pero ya me había enfrentado otras veces a cosas difíciles. Los muros de aquel palacio se habían construido antes de que se fundara el Imperio, y había piedras desnudas, no cubiertas de una capa de yeso como en Imperial. Sería fácil encontrar puntos de agarre, y yo era lo bastante rápido como para tener la seguridad de que no me descubrieran.

Encontré un tramo de muro que estaba pegado a la ladera descendente de una montaña. Allí se patrullaba con menos frecuencia, posiblemente porque eran pocos los que intentaban aquella subida.

—Venga, arriba —me dije palmeándome la espalda. Mefi me rodeó el cuello con las patas delanteras y me arrancó una leve mueca de dolor cuando me clavó las

zarpas de las traseras. Pesaba más que solo unos meses antes, cuando probamos eso mismo en Imperial.

Pero, por suerte, el vínculo que me unía a él me proporcionaba fuerza. Conseguí salvar el muro y a continuación, soltando unos cuantos juramentos en voz baja, comencé a bajar por la pronunciada pendiente.

Cuando me volví a mirar los tejados del palacio, me pareció ver una sombra que cruzaba las tejas. Sentí una opresión en el pecho y me acordé de que cuando Emahla más me necesitó, no estuve con ella para ayudarla.

Lin no era Emahla, y había otras personas que me necesitaban.

Un poco de mala gana, di la espalda al muro y continué bajando en dirección a los muelles. Mefi trotaba a mi lado con paso garboso y agitando la cola. Ojalá yo pudiera vivir tan libre de preocupaciones. Debía de ser maravilloso estar comprometido con una única persona y estar dispuesto a seguirla hasta el fondo del mar Infinito. Debió de ser eso lo que sentía la gente por los Sukai cuando formaron el Imperio. Era lo que yo sentía a veces por Lin.

¿Por qué siempre terminaba pensando en ella? Aparté a un lado aquellos pensamientos y procuré concentrarme en la tarea que tenía por delante. Habían retirado la pasarela del barco y había un guardia patrullando la cubierta. Esperé a que se perdiera de vista tras el palo mayor y después subí a bordo dando un salto. Amortigüé el aterrizaje flexionando las rodillas para no hacer ruido.

La puerta que conducía a la bodega estaba abierta y desprotegida, lo cual casi me hizo chasquear la lengua. Si yo era capaz de burlar a mis propios guardias, también lo serían otros. Iba a tener que inculcarles lo importante que era vigilar todas las entradas posibles. El camarote de Lin estaría cerrado con llave, pero el cerrajero solo había reparado los desperfectos de la cerradura. Mi anterior entrada por la fuerza había aflojado el marco de madera.

La escalera crujió un poco, y las zarpas de Mefi repiquetearon contra el suelo cuando descendimos hacia la oscuridad. Fui a mi camarote, saqué mi espada, que tenía escondida entre el colchón y el catre, y me situé delante de la puerta de Lin al tiempo que le indicaba a Mefi con una seña que aguardase. Solo hizo falta un empujón con el hombro en el marco y un tirón en el picaporte para que el pestillo se saliera de su sitio. La puerta se abrió y entré en el camarote sin hacer ruido. El olor y la sensación que me produjo estuvieron a punto de abrumarme. En la cama flotaba un ligero aroma de jazmín. Todo estaba sumamente ordenado, no había ningún objeto fuera de lugar. No pude evitar acordarme de los dos asesinos a los que nos habíamos enfrentado juntos, ambos moviéndonos en tándem, como si pudiéramos leernos el pensamiento.

¿Tanto tiempo llevaba privado de contacto romántico? ¿Estaba ya condenado a suspirar acordándome de momentos robados, tal como hacía cuando era adolescente, y anhelando que pudieran repetirse? Tal vez hubiera hecho el duelo por el fallecimiento de Emahla, pero todavía echaba de menos la *solidez* de su presencia, la familiaridad de sus movimientos, el sonido de su respiración durante la noche.

Ya estaba bien de deprimirse. Había fijado el rumbo para esa noche y era necesario que me ciñera a él. Extraje la espada de Lin del fondo del arcón y la sustituí por la mía. Se parecían bastante; hasta el cordel que envolvía la

empuñadura se veía igual de desgastado. De esta forma estaría cumpliendo el deseo de Kafra y al mismo tiempo haciendo caso de la advertencia de Gio de que guardase bien la espada que había encontrado en el escondrijo. Si dicha espada hacía algo terrible, mucho mejor que estuviera en posesión de Lin.

Me até la espada de Lin a la espalda, al lado del bastón.

—Vámonos —le susurré a Mefi. Él se pegó a mí como si fuera mi sombra.

Salí del camarote, volví a colocar la puerta en su sitio y me giré en dirección a la escalera.

De pronto brilló una luz que estuvo a punto de cegarme. Agarré mi bastón parpadeando para acostumbrar los ojos al resplandor, sintiendo el pulso en el cuello, ideando ya un millar de excusas. No podían atraparme. Ni en aquel lugar ni en aquel momento.

Alguien había entrado en el pasillo con una lámpara sujeta en una mano. El intruso levantó una mano con un dedo apuntado hacia arriba.

—Ah —dijo Ragan—. Supongo que no deberíais estar aquí.

Capítulo 31

Lin

Hualin Or

Thrana quería venir conmigo. Le tomé la cabeza entre las manos y le dije:

—Puedo subirte hasta el tejado, pero ¿cómo voy a hacer para meterte de nuevo en la habitación? Por favor…, lo mejor que puedes hacer por mí es quedarte aquí y procurar que no te ocurra nada.

—Pues ten cuidado.

Aceptó más deprisa de lo que yo esperaba. Había cenado más de lo habitual y ya se le estaban cerrando los párpados. Se quedó dormida antes de que yo hubiera terminado de abrir los postigos. Dejarla allí se me hizo extraño, como dejar atrás un brazo. Thrana llevaba muy poco tiempo formando parte de mi vida, y sin embargo ya me resultaba inseparable.

Alargué las manos hacia el tejado y me icé para subir. Esta vez fue más fácil, con la vibración en los huesos que me proporcionaba fuerza. Me había comido otra de las bayas de enebro que llevaba en el fajín, lo cual había incrementado aún más mi energía. El aguacero había amainado hasta convertirse en una llovizna ligera, menos mal, aunque las tejas estaban resbaladizas. Había dejado la capa en mi habitación en favor de un atuendo más ajustado que me permitiera mayor maniobrabilidad.

Mi padre se habría reído de mí: "¿Una emperatriz vestida como una asesina, trepando por los tejados? Eso no está a la altura de la dignidad de tu cargo".

Pero yo no podía preocuparme mucho por la dignidad.

Me había fijado en dónde estaban ubicadas las dependencias de la gobernadora cuando los sirvientes nos llevaron por el interior del palacio, así que sabía que se encontraban pegadas a la base de la montaña. Incluso a través de la lluvia logré distinguir unas cuantas luces en las ventanas de las casas. Del bosque y de las

montañas llegaban débiles sonidos proferidos por los animales nocturnos, que se mandaban mensajes en la oscuridad. Hualin Or era una isla preciosa. Una parte de mí deseó tomar a Thrana, aventurarme en aquellas montañas con ella y dejar atrás mis responsabilidades.

Las tejas crujían bajo mis pies a medida que iba cruzando el tejado. Los guardias de la muralla no se tomaron la molestia de mirar, estaban concentrados en el mundo exterior. Me dije que en eso no se diferenciaban mucho de los constructos. Las dependencias de la gobernadora no tenían balcón, aunque, cuando me asomé por el borde del tejado, vi unos grandes ventanales cerrados con postigos y una cornisa ancha. Me agaché, me descolgué hasta la cornisa y me agarré fuerte a los postigos. Los probé. Estaban bloqueados, naturalmente.

Pero ya me había fijado en el diseño de los postigos de mi habitación. Era bastante simple. Había tomado un cuchillo prestado de una de mis doncellas; lo introduje entre las tablas y tanteé buscando el pestillo que sabía que tenía que haber. A continuación, muy despacio, con cuidado, lo solté.

El postigo se abrió chirriando sobre sus goznes, un ruido que me hizo encogerme. Aguardé unos instantes, conteniendo la respiración, por si oía a alguien dando la alarma. Como no oí nada, expulsé el aire y me colé en la salita de estar de la gobernadora.

Aquel lugar me resultó extraño, de tan limpio y estéril. No había libros desperdigados, ni papeles sueltos, ni tinteros, ni zapatillas fuera de sitio. A lo mejor las doncellas de Wailun eran sumamente meticulosas, o ella era sumamente exigente.

El umbral que separaba la salita del dormitorio no tenía puerta; entre ambas habitaciones había un biombo incrustado de madreperla y con una madera bruñida que relucía a la luz de la luna. Fui hasta él y me asomé para cerciorarme de que Wailun seguía durmiendo.

En la cama había una forma tendida encima de las mantas.

Fruncí el ceño. En la estación de lluvias, por las noches hacía un poco de frío. ¿Sería que Wailun tenía calor? Me costaba trabajo ver su pecho subir y bajar con la respiración, supuse que debería dar las gracias de que tuviera un sueño tan profundo.

Regresé a la salita de estar y, entornando los ojos para ver en la oscuridad, encontré el escritorio. La superficie estaba inmaculada y sobre ella habían colocado unos cuantos libros. Nada demasiado interesante. *Los proverbios de Ningsu*, un libro de mapas, otro de economía. Abrí el primer cajón. Dentro había un libro sencillo. Lo tomé y lo acerqué a la ventana. No podía estar segura del todo, pero me pareció que era de color verde. Era como el diario que había pertenecido a Nisong. El corazón me dio un vuelco. Nisong y Wailun eran hermanas; tal vez sus padres les habían regalado aquellos diarios al mismo tiempo.

Me arriesgué y encendí la lámpara de pequeño tamaño que había junto al escritorio. Esperé, pero Wailun no se movió. No me había equivocado: el libro era de color verde, y exactamente del mismo tono que el del diario que había encontrado yo en la biblioteca secreta de mi padre. Lo abrí.

Wailun era mayor que Nisong, y ello se reflejaba en lo que escribía. Se centraba más en sus relaciones, en la sutil política de la que ella era partidaria. Había

grandes lagunas de tiempo entre una entrada y otra, pero daba la impresión de que la autora había ido escribiendo de manera constante.

Y de improviso se detuvo. La última parte del diario estaba en blanco salvo por las fechas. Había fechas anotadas por cada día, pero sin texto debajo. Volví atrás, a la última entrada. Correspondía al año 1538. Dos años antes de que mi padre me hubiera creado a mí.

Me subió un escalofrío por la columna vertebral y sentí un intenso hormigueo en el fondo de mi cerebro. Mi padre no había podido extraer los recuerdos de Nisong de su sangre, porque había quemado su cuerpo antes de darse cuenta de que podía intentar reconstruirla. Entonces, ¿de dónde los había sacado?

—¿Qué estáis haciendo en mis habitaciones?

Me giré en redondo. Wailun, que solo un momento antes estaba profundamente dormida, ahora se encontraba delante del biombo, muy despierta.

—¿Quién eres? —le pregunté yo sin poder reprimirme—. ¿Sigues siendo Wailun? ¿Qué fue lo que te hizo Shiyen?

Ella soltó una risotada.

—¿Vuestro padre? No me hizo nada. Responded a mi pregunta. Puede que seáis la emperatriz y que os encontréis amparada en mi hospitalidad, pero no os he dado permiso para que entréis en mis habitaciones en mitad de la noche ni para que hurguéis en mis objetos personales.

Hablaba enfadada, con frialdad. Si me había equivocado con ella, con aquel palacio, estaría provocando un incidente diplomático. Supuse que ya lo había provocado. No existía una forma fácil de explicar mi presencia. Todo el mundo se enteraría de que la emperatriz había estado fisgoneando por el palacio de Hualin Or en mitad de la noche. Nadie me creería. Me tacharían de loca, inestable. Me depondrían.

Si es que me había equivocado.

Empujé el miedo a un lado y me acerqué a Wailun.

Ella retrocedió y se ciñó un poco más la ropa con una sola mano.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —Fui a tocarla, y ella sacó una daga de un bolsillo oculto.

Llegados a ese punto, ya no había vuelta atrás: me había sorprendido en sus habitaciones y yo iba a tener que responder por eso. A no ser que yo estuviera en lo cierto, en cuyo caso todavía había una oportunidad de arreglar la situación. Le aferré la muñeca. Wailun tenía una fuerza sorprendente, el brazo que sujetaban mis dedos estaba caliente y duro. Distorsionó la cara en una mueca de dolor intentando zafarse de mí. Yo intenté alcanzarle el torso, y ella me esquivó.

Antes de que yo pudiera reaccionar, tomó la daga por el otro lado con gran habilidad y clavó la punta en mi muñeca. Yo lancé una exclamación ahogada, pero no abrí los dedos.

—¡Soltadme! —chilló haciendo demasiado ruido.

—Lo siento.

Abrió la boca para gritar otra vez, y yo introduje mi mano libre en su pecho.

Debería haberme sorprendido el hecho de que mis dedos no se detuvieran al llegar a la piel. En vez de eso, sentí solo frío y un poco de miedo cuando mi mano se hundió en su cuerpo. No me había equivocado. Tal vez Shiyen hubiera muerto,

pero los resultados de sus acciones aún pervivían.

Palpé alrededor hasta que encontré las esquirlas, agrupadas cerca de la columna vertebral. Mi padre debió de invitarlas a que visitaran el palacio y luego, una vez que estuvieron dentro, las asesinó. Me vino a la memoria lo que había visto en las rememoraciones de mi padre. Toda aquella sangre ardiendo en el brasero de la máquina de la memoria, junto con la rocasabia. Mi padre no tenía la sangre de Nisong, pero tenía la de sus familiares.

Y a continuación reemplazó los familiares a los que había asesinado.

Busqué alrededor y extraje unas cuantas esquirlas. Las sostuve a la luz de la lámpara. Las órdenes que contenían eran complejas, pero aun así no llegaban al nivel de las de Ilith, el constructo de Espionaje. Escribir en tu diario, aunque no se especificaba exactamente el qué. Pagar impuestos regularmente al emperador, esa orden mencionaba otras esquirlas. Dormir en tu cama. Debió de inocular de nuevo algunos recuerdos en sus cuerpos ya sin vida, los convirtió en constructos y dio por terminado su trabajo.

¡Qué arrogante, y qué necio, pensar que nadie iba a darse cuenta! ¡Pensar que nadie iba a descubrirlo!

Dejé quietas las manos un momento. En efecto, nadie se había dado cuenta. Esta era la gobernadora de Hualin Or. Tal vez su familia y ella regresaron de Imperial actuando de manera un tanto extraña, con los modales un poco cambiados. Pero ¿quiénes eran los sirvientes para decir nada, ni tampoco los guardias? ¿Quién los habría creído o habría tenido poder para cambiar las cosas? Tan solo el emperador, y él era el que había obrado aquel engaño.

De modo que Wailun adoptó un hijo y todo continuó como siempre: más frío y más extraño, pero dentro de la rutina. Los habitantes de Hualin Or vivían bajo el gobierno de una copia, y ni siquiera una copia de buena calidad.

Me pareció entender un poco que las rebeliones fueran necesarias.

Moví las esquirlas en mi mano. Todavía me sangraba la muñeca, y la sangre goteaba al suelo. Tenía que limpiarla, devolver las esquirlas a su sitio y huir.

Se oyeron unos pasos provenientes de fuera de la habitación. No había tiempo. Volví a introducir las esquirlas en el cuerpo de Wailun y me dirigí hacia la ventana con la esperanza de que no me viera antes de despertarse. Había sufrido una especie de reinicio, y había olvidado todo lo que había sucedido inmediatamente antes de que yo le extrajera las esquirlas.

Oí a los guardias entrando en la habitación justo en el momento en que terminé de izarme al tejado. La herida me escocía, pero sabía por experiencias anteriores que se curaría con rapidez. Mi vínculo con Thrana se encargaría de ello.

El aire nocturno me pareció más frío entonces que en el camino de ida a las habitaciones de la gobernadora. Me apresuré a regresar a mis dependencias de invitados procurando no hacerme ningún rasguño en las palmas de las manos al descolgarme del borde del tejado y entrar por la ventana abierta. Thrana corrió a mi encuentro y apretó la cabeza contra mi mano. Yo le rasqué la base de los cuernos en el intento de tranquilizarla.

—Ya he vuelto. No pasa nada.

Pero no podía tranquilizarme yo misma. Me acordaba de las esquirlas que había tenido en la mano, del orden en que las tenía cuando volví a introducirlas en el

cuerpo de Wailun. ¿Se habría resbalado alguna de ellas por debajo de otra? Me pareció recordar que se me mezclaron cuando volví a meterlas en su sitio a toda prisa. Una esquirla de referencia ocupó el sitio de una esquirla de orden. Sentí un pánico helado que me inundaba el pecho. Acababa de interrumpir el equilibrio lógico de aquel constructo. Wailun se desbarataría. Todavía me acordaba de los rostros de Bayan e Ilith cuando su carne iba derritiéndose y separándose de los huesos.

Le había hecho lo mismo a Wailun. La encontrarían con los párpados abiertos de par en par y la nariz despegada del cráneo. Su daga estaría cerca, manchada de sangre. A todas luces, un asesinato.

Alguien llamó con energía a la puerta. Di un brinco, con el corazón desbocado. Mi herida estaba cerrándose rápidamente, pero todavía rezumaba un poco de sangre. La verían. Lo sabrían.

—¡Rápido! —le susurré a Thrana. Ella me siguió hasta la ventana, y yo me agaché—. Súbete a mi espalda.

Thrana pesaba más de lo que yo esperaba; tan solo la fuerza adicional que me proporcionaba el hecho de ser alanga evitó que me cayera al suelo. Un empujón, y un instante después desapareció el peso de mis hombros. Los golpes en la puerta se intensificaron. Me icé al tejado. Las zarpas de Thrana arañaron las tejas cuando maniobró a duras penas para conservar el equilibrio.

Allá abajo oí voces que me resultaron desconocidas.

—¿Excelencia? ¡Excelencia!

Salimos huyendo en dirección a la ciudad.

Capítulo 32

Jovis

Hualin Or

Viscen es muy porfiado. Philos, solo un poco. Viscen le echa la culpa de todo a Philos. Ya casi tenemos encima la estación de lluvias, y cuando llega, los habitantes de su isla siempre sufren la tos de los pantanos. Philos no está dispuesto a compartir su suministro de anacardos, los necesita para su gente.

Les recuerdo que sus discrepancias mataron a veintitrés aldeanos.

—¿Y qué pasa con los trescientos que murieron en mi isla a causa de la tos de los pantanos? —dice Viscen.

—No había intención de destruir la aldea —replica Philos—. O tal vez Viscen sí que tenía esa intención, no sé cómo funciona su cabeza.

Están a punto de tener otra pelea, lo veo venir. Philos y Viscen siempre se han odiado el uno al otro y buscan cualquier excusa para discutir.

Cuando les digo que todos deberíamos ser más prudentes con nuestros poderes, se encogen de hombros y miran hacia otro lado. ¿Cómo es posible que les dé igual? Todas esas vidas tan vibrantes son algo más que un número. Todas esas vidas vibrantes han dejado de vibrar.

Tal vez Ylan esté en lo cierto.

Tal vez sea necesario hacer algo.

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

De todas las personas con las que tuve que tropezarme durante mi estratagema, Ragan era con el que menos deseaba encontrarme. No podía fingir no estar donde estaba, simplemente no había modo de fingirlo. Pero sí que podía fingir seguridad en mí mismo, y Ragan procedía de un monasterio; ¿hasta qué punto conocería de verdad la vida que transcurría fuera de él?

—Ah, Ragan —le dije adoptando un tono de voz lo más amistoso posible. Todavía notaba el corazón desbocado, y tuve que hacer un esfuerzo para respirar con normalidad—. Aún no te has acostado.

—Y vos se supone que deberíais estar en el palacio con Lin —me replicó. Su ossalen, Lozhi, se asomó por detrás de su hábito y me miró con sus grandes ojos azules.

—Me ha ordenado que regrese al barco —dije. Rebusqué entre un millar de excusas: que se había enfadado conmigo, que quería que yo examinase algo de la nave, que temía que alguien hubiera entrado en su camarote. Pero, observando los ojos entrecerrados de Ragan, me di cuenta de que querría comprobarlo con Lin. Así que opté por otra cosa—. Estaba con… —bajé la voz y me incliné en gesto de complicidad— problemas de mujeres. Me ha pedido que le lleve unas hierbas que dejó aquí, en el barco.

Pero, a diferencia de muchos hombres que yo había conocido, que se removerían incómodos y dejarían pasar el asunto, a Ragan esa revelación no logró disuadirlo.

—¿Y no ha enviado a una de sus doncellas? ¿Os ha enviado a vos?

—Por las pelotas de Dione —dije, y al menos eso hizo que se encogiera un poco, lo cual me proporcionó unos momentos para pensar—. ¿Crees que iba a enviar a una doncella sola a caminar por las calles de noche? Varios constructos de guerra ya mataron a una de ellas en Nephilanu.

Ragan parpadeó.

—No, no, supongo que no. En fin, espero que las hierbas la alivien. —Se hizo a un lado para dejarme pasar.

Me dirigí hacia la escalera, pero en cuanto puse un pie en el primer peldaño, Ragan volvió a hablarme.

—¿También lleváis una espada?

Me había sujetado la espada a la espalda, y la capa la cubría casi por entero, pero la empuñadura aún sobresalía por encima de mis hombros. Por el mar Infinito, iba a tener que asesinar pronto a aquel monje para que mantuviera la boca cerrada.

—Como la mayoría de los guardias —repliqué, y acto seguido, antes de que pudiera decirme algo más, terminé de subir la escalera a toda prisa.

La llovizna refrescó el calor que me inundaba la cara y el pecho. No sabía muy bien qué era lo que me molestaba tanto de Ragan. A lo mejor era la manera en la que se había ganado la confianza de Lin, cómo la había hecho creer que lo necesitábamos, cómo la había hecho pensar que podría sernos de utilidad. Era joven, era irritante, ni siquiera tenía el rango de maestro entre los monjes. A lo mejor lo habían hecho salir al mundo porque ya estaban demasiado hartos de él para permitir que se quedase.

Con frecuencia tenía la sensación de que mi madre quiso hacer lo mismo

conmigo cuando yo tenía la misma edad. Dejé atrás a la guardia y salté de la cubierta al embarcadero sin que me viera nadie. Ragan ya me había visto, pero los guardias no, y no me apetecía mucho ponerme a explicar cómo había subido al barco.

—Me parece que no te cae bien —me dijo Mefi en voz baja.

—¿Quién? ¿Ragan? Es un tipo totalmente adorable. —Mefi puso una cara de asombro tan grande que no pude evitar echarme a reír—. Supongo que debería darte alguna que otra lección de sarcasmo. Consiste en decir lo contrario de lo que uno piensa.

Mefi me contempló durante unos instantes mientras caminábamos por las calles de la ciudad.

—Su ossalen es muy valiente —dijo, imitando bastante bien mi tono.

—No está mal —le contesté.

Mefi iba dando brincos a mi alrededor, como si estuviera persiguiendo una mosca invisible. En una de esas vueltas, le agarré un cuerno y, con ademán juguetón, lo obligué a que se pusiera de nuevo detrás de mí.

—Se acabó la diversión por esta noche. Vamos a un lugar que es peligroso. Necesito que no te separes de mí y que hagas lo que yo te diga.

Era una petición sin esperanzas, lo sabía. Mefi rara vez hacía exactamente lo que yo le decía. Cuanto mayor se iba haciendo, más libre parecía sentirse para tomar decisiones por sí mismo.

—Siempre hago lo que tú dices —me replicó en el mismo tono sarcástico.

Reprimí un suspiro de exasperación.

—Las personas a las que vamos a ver son malas. No puedo permitir que te ocurra nada a ti. Jamás me lo perdonaría.

Se calmó por fin y apretó la cabeza contra mi cadera.

—Soy más grande que antes, y más fuerte. No me ocurrirá nada.

Eso pensaba yo también cuando era joven. Pero conforme me fui haciendo mayor comprendí que era un ser mortal. Con un sentimiento de aprensión, enfilé la calle que nos sacaría de la ciudad.

Necesitaba que aquello funcionase. Lin no se daría cuenta de que su espada había desaparecido, Ragan no volvería a molestarme, mi familia y las personas que me importaban obtendrían la cura que necesitaban para la tos de los pantanos. Si consiguiera que aquello funcionase, lo demás —el Imperio, los pocos sin esquirlas, el ejército de constructos—quizá fuera manejable.

Justo cuando el empedrado dio paso a la tierra y la grava, encontré la casa. No parecía un antro de iniquidad. Era una mansión señorial, provista de un jardín muy cuidado y lámparas de piedra. Pero es que a Kafra le gustaba considerarse una persona cultivada. Aquella era una de las muchas viviendas que poseía, y cuando no la tenía para uso personal la utilizaba para los negocios del Ioph Carn.

Agarré mi bastón con más fuerza y entré por el sendero de piedras que conducía a la entrada principal. Llamé con unos breves golpes en la puerta.

—Soy Jovis —dije en voz alta sin molestarme en dar contraseñas. Ya sabían que iba a ir.

Llevó un tiempo, pero finalmente se vio el resplandor de una lámpara a través de los postigos de la ventana de al lado. En el interior se oyeron unas pisadas, más

de dos pares. Las tablas del suelo crujieron.

Por fin se abrió la puerta. Me recibió Philine. Debía de estar durmiendo, porque estábamos en mitad de la noche, pero aun así todavía llevaba puesta la coraza de cuero, iba armada hasta los dientes y daba la impresión de estar tan alerta como si se hubiera despertado hacía varias horas y ya se hubiera tomado un té.

—Jovis —me dijo—. Algún día te mataré, y de todas maneras me parecerá que he tardado demasiado.

Ladeé la cabeza y me tomé unos momentos para analizar aquellas palabras. Luego, fruncí los labios y afirmé con la cabeza.

—Supongo que sí.

Abrió la puerta del todo con un tirón.

—Entra.

—¿No puedo simplemente entregarte la espada y marcharme?

Ella puso los ojos en blanco de aquella forma tan peculiar suya, sin dejar de mirarme en realidad.

—Kafra quiere hablar contigo.

Todos los huesos de mi cuerpo se convirtieron en témpanos de hielo.

—¿Kafra está… aquí? —Sabía que aquella era una residencia que utilizaba de tanto en tanto, pero no contaba con que estuviera dentro de ella. Ni que estuviera despierto.

—Ya vamos juntando todas las piezas, ¿a que sí? Tu plazo de treinta días está a punto de vencer, y sabíamos que el barco de la emperatriz haría escala en Hualin Or. Sí, Kafra está aquí y quiere hablar contigo. Por eso te estoy invitando a que entres. No le hagas esperar. —Se fijó en Mefi, y yo me acordé de que la primera vez que se vieron el uno al otro él le mordió la pierna con sus afilados dientecillos —. Veo que tu mascota ha crecido mucho.

—Y también me han crecido los dientes —dijo Mefi sonriendo brevemente para mostrárselos.

Philine levantó tanto las cejas que casi le llegaron al nacimiento del pelo, pero ni retrocedió ni se inmutó.

—Ya, bueno, tú procura no morder a nadie en la pierna con ellos, y nos ahorraremos problemas.

Agarré mi bastón con más fuerza y entré en la casa. Cuando Kafra quería hablar con uno personalmente, había que complacerlo. No tuve ninguna duda de que Philine y sus esbirros me seguirían hasta el palacio si rechazaba aquella invitación. ¿Y qué querría decirme? Llevaba años sin hablar con él.

—Un momento —me dijo Philine al tiempo que recogía de la mesa la única lámpara encendida y se servía de ella para encender las demás luces. La casa contaba con un espacioso vestíbulo decorado con murales en el techo y bordeado de columnas. Imaginé que Kafra agasajaba a toda clase de invitados prestigiosos en su hogar. No me habría sorprendido que hubiera invitado a más de un gobernador. El ambiente olía a madera vieja y húmeda y a té verde—. Alguien ha ido a despertarlo.

Philine me indicó un sofá.

No me senté. No había ido allí a ponerme cómodo; Lin seguía esperando encontrarme en mis habitaciones al día siguiente. Había ido allí a entregar la

espada que me habían pedido y marcharme.

Philine sabía que no debía intentar ordenarme que me sentara; sabía que no se me daba bien obedecer órdenes. Por fin, oí unas pisadas procedentes del piso de arriba.

Se abrió la puerta situada enfrente de mí y apareció Kafra en el vestíbulo.

Aunque yo había llegado en mitad de la noche, él se había tomado unos momentos para ponerse un kimono profusamente bordado y de mangas voluminosas. Lucía dos delicadas cadenas de oro de las que colgaban piezas talladas en jade y llevaba varias sortijas de piedras preciosas. O a lo mejor había dormido con todo aquello encima, no me resultó difícil imaginarlo. Kafra era delgado y de baja estatura, un hombrecillo de barba fina y cejas pobladas. Aparentaba menos edad de la que tenía, parecía estar en la treintena en vez de la cuarentena, y a menudo se servía de su aspecto físico para desarmar a sus adversarios fingiendo ignorancia o estupidez.

Pero conmigo no iba a intentar dicha táctica.

—Ah, Jovis. Me alegra verte de nuevo. Ha pasado mucho tiempo. —Parecía sincero, siempre parecía sincero. Abrió los brazos de par en par—. Rechazas mis invitaciones, nunca me escribes, echas a mis emisarios… Podría pensar que me estás evitando.

—Tus emisarios me propinaron una buena paliza.

—Fue un malentendido —repuso en tono suave.

Yo sabía lo que debería decir: "Por supuesto". Porque, cuando alguien es tan poderoso como Kafra, uno ha de aceptar su versión de la realidad para sobrevivir. Pero yo ya estaba harto de achicarme para complacer a la gente. Sentí una vibración en los huesos. ¿Que Kafra tenía poder? Pues yo también.

—¿Qué es lo que quieres? Te he traído la espada que me pediste. Cuando hablé con tu agente, me dejó claro que esto iba a ser un intercambio que no se repetiría. Y estuve de acuerdo. He pagado mis deudas, ya no te debo nada más.

Desaté la espada y se la tendí.

—Tómala y déjame en paz.

Kafra no puso objeciones; dio un paso hacia mí y me quitó la espada de la mano. Sentí un cosquilleo de advertencia en la nuca. Kafra no solía ser tan directo. Deseaba aquella espada, la deseaba mucho. ¿Sería la espada de Lin tan peligrosa como Gio parecía creer? ¿Qué era exactamente lo que acababa de entregar yo a cambio de la seguridad de Anau?

Kafra extrajo la hoja de la vaina. A continuación, se sacó un cuchillo del cinto y soltó el cordel que envolvía la empuñadura. Lo que vio, fuera lo que fuese, debió de dejarlo satisfecho, porque volvió a envainar el cuchillo y la espada y me miró.

—No —dijo con calma.

—No, ¿qué?

—No voy a dejarte en paz. Verás, Jovis, eres bastante más singular de lo que tú mismo te consideras.

El cosquilleo explotó en un temblor de pánico en toda regla. ¿Sabría que yo era alanga? ¿Cómo podía saberlo?

—A lo largo de los años, he ido coleccionando muchas cosas —dijo—. Joyas, antiguos artefactos alanga, libros… —Dejó la frase sin terminar. Pero su mano no

soltó la espada.

¿Me pareció oír susurros en el exterior de la casa? ¿Un crujido de pisadas en el piso de arriba? Volví la vista hacia Philine; no se había movido del sitio, pero tampoco quiso mirarme a los ojos. Aquello era una trampa, pero si Kafra conocía mis capacidades, ¿qué era lo que esperaba ganar?

—Una historia interesante, pero tengo que irme. —Di un paso atrás.

Kafra desenvainó la espada y arrojó la funda a un lado. El extraño material blanco de la hoja relució a la luz de las lámparas.

—Tú crees que sabes de dónde proviene el poder que te provoca esa vibración en los huesos. La emperatriz cree que sabe de dónde proviene el poder que anima a los constructos. Pero hay muchas cosas que no comprendéis. —Se encogió ligeramente de hombros y me ofreció una sonrisa traviesa—. Tú y yo sabemos que no vas a irte de aquí así como así, Jovis. La casa está rodeada por el Ioph Carn.

Yo desconocía los límites de mi poder; no pensaba que hubiera explotado mi potencial al máximo. A modo de experimento, golpeé suavemente las tablas del suelo con mi bastón y como respuesta sentí un leve temblor. Si soltara todo lo que tenía, podría hundir la casa entera. Pero bajo aquel tejado también estaba yo, con Mefi a mi lado. Tendría que ser cuidadoso.

—No quiero hacer daño a nadie.

—Muy noble por tu parte. Pero yo no puedo decir que sienta lo mismo.

Con el rabillo del ojo vi que Philine desenvainaba sus dagas. Así que esta vez no llevaba la porra.

—¿De modo que quieres matarme?

—Eso sería demasiado simple. ¿Cuándo he sido yo simple? Te lo he pedido con amabilidad, prácticamente te lo he suplicado. Quiero utilizar tu poder para el Ioph Carn, Jovis. Di que sí y no habrá necesidad de hacer daño a nadie.

Respondí dando un pisotón en el suelo de madera de la elegante residencia a tiempo parcial de Kafra.

Las paredes se sacudieron, los postigos se soltaron de las ventanas, cayeron tejas del tejado. En las tablas del suelo se abrieron un montón de grietas. Philine se agarró del extremo de una mesa para no perder el equilibrio; en cambio, Kafra permaneció de pie con la espada en posición, aguantando el envite del temblor como quien cabalga una ola. Apartó de una patada una silla que se había volcado y avanzó.

Paré su golpe con mi bastón. Kafra no era un luchador particularmente diestro ni fuerte. Aparté su espada de mí con la misma facilidad con la que apartaría una rama de mi rostro. ¿Aquello era con lo que contaba? Que yo pudiera ver, no le habían sido otorgados poderes especiales. Aquella espada era solo una espada. Por si acaso, le di un golpe en las costillas y me volví con la intención de marcharme.

—Vamos, Mefi. —Miré ceñudo a Philine—. Apártate.

Ella se encogió de hombros y se hizo a un lado.

Cuando abrí la puerta, me encontré con una docena de integrantes del Ioph Carn rodeando el jardín con las armas desenvainadas. Mefi les gruñó y les enseñó sus enormes dientes. Kafra y Philine no iban a permitir que me fuera por las buenas, querían tenerme acorralado por los cuatro costados.

—Puedo destruir esta casa —voceé dirigiéndome a Kafra.

El Ioph Carn avanzó. Si quería salir de entre aquellas paredes, iba a tener que superar aquella barrera.

—¿Estando tú y tu mascota dentro de ella? —Se había recuperado de mi golpe y estaba viniendo hacia mí. Philine cubría su flanco derecho.

Yo no quería meter a Mefi en aquella pelea, no quería meterlo en ninguna pelea. Pero ahora era más grande que antes, y yo sabía por experiencias anteriores que me desobedecería con tal de ayudar.

—Que Kafra y Philine no se me acerquen —le dije—. Del resto me encargo yo.

—Muy bueno —respondió Mefi chasqueando los dientes.

Di un paso hacia los miembros del Ioph Carn y ataqué con mi bastón al que tenía más cerca. Fue como luchar contra un huracán. Convergieron sobre mí desde todas direcciones y sus armas zarandearon mis defensas con la fuerza de un vendaval. Mefi, detrás de mí, gruñía y lanzaba dentelladas. Mi bastón consiguió atizar algún golpe. Dos miembros del Ioph Carn salieron volando hacia atrás. No pude verles la cara porque estaba oscuro, pero oí sus alaridos. Malditos idiotas, solo estaban haciendo lo que Kafra les había ordenado que hicieran. Lo mismo que había hecho yo en otra época, sin preocuparme de las consecuencias. Me pregunté si los habría amenazado con algo, si ellos tendrían en casa familiares que les importasen, o si simplemente los motivaba la codicia.

Lo único que quería era que me dejasen en paz. Un cuchillo pasó rozándome el brazo, y la visión de la sangre pareció envalentonarlos. Se echaron encima de mí con sus armas, que relucían como si fueran dientes. A uno logré hacerle soltar la espada de un golpe, a otro lo saqué del jardín de una patada. Pero seguían siendo demasiados.

Y en eso, oí chillar a Mefi.

Sentí un pánico enfermizo que me congelaba las entrañas. No podía continuar ocupándome de los que me estaban atacando; Mefi necesitaba mi ayuda. Me volví y vi que estaba sangrando por una herida en el hombro. A su lado estaba Kafra, con expresión triunfante. Se agachó y agarró a Mefi por uno de sus cuernos. La extraña espada goteaba sangre sobre el suelo.

—¡No! —grité.

Esa palabra me salió como un desgarro. Si algo le sucediera a Mefi, me moriría. No sabría cómo seguir adelante. Ya había perdido a Emahla, no podía perder también a Mefi. No conseguía apartar la vista de la herida de Mefi, estaba esperando a que cesara la hemorragia, a que se curase.

—No, ¿qué? —dijo Kafra levantando la espada.

—Si le haces daño, jamás te ayudaré.

Kafra se limitó a soltar una carcajada. Sacudió ligeramente a Mefi.

—Teniendo todo este poder a tu disposición, no soportas que hagan daño a este animal. ¿Por qué?

Ah, cómo lo odiaba. Antes Kafra me importaba un comino, pero ahora solo deseaba abrirle la cabeza con mi bastón y cerrarle para siempre aquella bocaza.

—Me parece que ya lo sabes.

—Es tu… ossalen. Eres alanga —dijo. Yo ya sospechaba que lo sabía, pero el hecho de oír esa palabra pronunciada en voz alta, con sus propios labios, me dejó paralizado—. Así era como los llamaban, ossalen. Un vínculo que, una vez que se

ha establecido, ya no puede romperse.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres de él? Suéltalo.

Kafra hizo una seña con la cabeza a alguien situado detrás de mí, del Ioph Carn.

—Utilizarlo como garantía, obviamente. Deja tu bastón, ven conmigo de buen grado y te diré cómo puedes ganarte tu libertad.

Solté mi bastón porque no podía hacer otra cosa.

—La espada —dije notando una presión en el pecho, un dolor sordo. Había cometido un error muy grave, y todavía no sabían bien cuál—. ¿Qué poderes tiene?

—Permíteme que te lo muestre.

Antes de que yo pudiera apartarme, me asestó un golpe con la espada. No fue como un corte producido por una hoja de acero; ya había sufrido una herida así, y ya estaba empezando a curarse. Esta vez la hoja atravesó mi piel como si estuviera hecha de hielo y fuego, y me produjo un dolor que me subió por el pecho hasta la garganta. Reprimí un grito. Fue un corte pequeño, superficial, pero todavía más doloroso que la paliza que me había propinado aquella vez Philine.

Retrocedí llevándome una mano a la herida.

Kafra, sin soltar el cuerno de Mefi, observó de cerca el filo de la espada.

—En las leyendas siempre hay algo de verdad, incluso en las más absurdas. Cuando yo era un adolescente, me reía de esa obra de teatro, *El resurgimiento del fénix*. ¿Cómo era posible que una única espada especial hubiera derrotado a los alanga? La verdad es que no tenía ninguna lógica. Incluso empleando rocasabia, lleva tiempo viajar de una isla a otra. ¿Hemos de creer que un solo Sukai recorrió todo el Imperio buscando a los alanga y matándolos? Es una fantasía que hace que los Sukai parezcan más nobles e intrépidos de lo que son en realidad. Al final, todos somos animales, vivimos de las migajas que podemos ir pillando. Ninguno de nosotros es noble.

Paseé la mirada por los relieves de las vigas del techo.

—Tú difícilmente vives de migajas, pero no voy a discutirte lo de calificarte de animal.

—Eras mi mejor contrabandista —dijo Kafra como si no me hubiera oído.

Me quedé mirando la espada, la sangre que la manchaba, Mefi acuclillado y dolorido. Tal vez pensara que podía tenerme atrapado por el hecho de hacer que la vida de Mefi pendiera de un hilo, pero mis huesos estaban vibrando hasta un grado que ya me resultaba doloroso. Me sentía inundado por la cólera. ¿Kafra creía que podía controlarme? ¿Creía que podía herir a Mefi con aquella maldita espada y salir impune de ello?

—Podrías ser mucho más.

Continuaba hablando. Ah, él era peor que yo: no hablaba solo para llenar los silencios, sino para oírse a sí mismo. Pero, por más elocuente que se creyese, no me estaba convenciendo de nada.

Yo le había hecho un juramento a Lin, y había hecho un pacto conmigo mismo de ayudar a los pocos sin esquirlas. ¿Y ahora el Ioph Carn pretendía tenerme atado?

—Tengo un barco en el muelle. Zarpamos esta noche. —Acercó a Mefi hacia sí. Mefi dejó escapar un quejido.

Una brisa procedente de la puerta abierta me rozó la mejilla. Sentí hasta el último vello que levantó. Algo se agitó en mi interior.

—No voy a ir contigo —le dije sin sentirme del todo yo mismo. Tenía la sensación de estar flotando por encima de mi cuerpo, como si hubiera dejado de ser Jovis—. Y Mefi, tampoco.

—Yo creo que sí —replicó Kafra al tiempo que levantaba la espada y la acercaba al cuello de Mefi.

—No.

Esa palabra fue como un desgarro que me surgió de la garganta. Pero ¿qué podía hacer? Estaba herido y solo, y no sabía con certeza cuántos de los miembros del Ioph Carn que tenía a mi espalda estaban aún inconscientes. Philine tomó una cuerda de un cajón y se acercó.

No iría a permitir que hiciera aquello, ¿no?, que me atase y me llevase con ellos. Ser su obediente mascota. Me sentí aplastado por esa idea como si ya me encontrase rodeado por cuatro paredes y una puerta cerrada con llave.

De pronto Kafra abrió unos ojos como platos. Antes de que yo pudiera seguirle la mirada, pasó por mi lado un muro de agua que embistió a Kafra y a Philine golpeándolos a la altura del pecho. A Kafra se le cayó la espada y dejó de agarrar a Mefi. No era agua movilizada por mí, aquel ataque no lo había lanzado yo. Chapoteé intentando agarrar a mi amigo entre los muebles desperdigados.

—¡Mefi!

Mefi se incorporó mucho más deprisa que Kafra y Philine, y vino nadando y cojeando hasta donde estaba yo.

El agua retrocedió igual que una ola que se retira de la orilla. Me estremecí cuando mis piernas quedaron libres y mi ropa empezó a secarse.

Me volví, y tuve que entornar los ojos para distinguir en la oscuridad una silueta recortada contra el muro de aguas inquietas.

Philine fue la primera en incorporarse. Vio lo que había al otro lado de la puerta y corrió a tomar sus dagas, que estaban tiradas por el suelo. La única lámpara que quedaba, la del rincón, parpadeó. A continuación se puso de pie Kafra, tambaleándose y mirando frenéticamente a un lado y a otro.

Una figura encapuchada surgió de la noche con las manos levantadas, muros de agua a los lados, acompañada de un animal. Extendió los dedos y el agua se elevó un poco más. ¿Otro alanga?

Oí a varios de los integrantes del Ioph Carn que yo había derribado levantándose y reagrupándose.

La herida que me había abierto Kafra aún me escocía, y me mandaba pequeñas punzadas de dolor a las yemas de los dedos. Con una mueca, recogí mi bastón e hice un esfuerzo para adoptar una posición de lucha. Mefi no estaba mejor que yo; lanzó un gruñido grave, aunque no apoyó el peso en la pata que correspondía al hombro herido.

Philine titubeó solo un momento antes de lanzarse contra mí enseñándome los dientes. Yo levanté mi bastón con la esperanza de poder rechazarla.

—¡No se te ocurra tocarlo!

De pronto salió agua disparada en todas direcciones que azotó a Philine y, a juzgar por los gritos que oí detrás de mí, a los otros integrantes del Ioph Carn. La

columna de agua giraba a mi alrededor, un tifón en miniatura dentro de la casa de Kafra que me acribilló las mejillas y me impidió ver nada.

—¿Mefi? —llamé por encima del estruendo.

Mefi se pegó a mi pierna y yo hundí los dedos en su pelaje.

—Estoy aquí —me dijo.

Debió de haber respondido a gritos para que yo lo oyera, pero su voz me sonó suave y como si me hubiera hablado al oído. Mi pánico disminuyó. A nuestro alrededor, la madera gemía, los muebles crujían cuando los embestía el muro de agua. Se oía un estrépito de objetos del interior de la casa que eran barridos de su sitio y chocaban contra paredes y columnas. Yo permanecía en el ojo del huracán, intacto. La figura encapuchada salió del huracán y apareció delante de mí, todavía con las manos en alto.

Levanté mi bastón e intenté encontrar aquella vibración en los huesos, pero tan solo sentí un ligero temblor. No conseguía distinguir el rostro que se ocultaba bajo la capucha.

De repente, el alanga dejó caer el agua y se echó la capucha hacia atrás. La lámpara del rincón, milagrosamente, continuaba encendida; gracias a su resplandor pude distinguir los ojos de Lin, su expresión ceñuda, sus labios fruncidos. Thrana fue hasta Mefi, olfateó su herida e hizo una mueca de disgusto.

A mí no se me ocurría nada que decir. Se me había quedado la mente en blanco, estaba mudo.

Lin arrugó el ceño.

—¿Qué estás haciendo aquí? Se supone que tenías que estar en el palacio.

Entonces sí que recuperé el habla, aunque el pánico que había sentido al verme a punto de ser capturado todavía me atenazaba la garganta.

—¿Es que soy vuestro animal de compañía? ¿Que se mantiene a la espera hasta que vos lo llamáis?

Era una mujer menuda, pero cuando vino hacia mí hizo crujir las tablas del suelo con sus zancadas. Sentí el calor que irradiaba su cólera cuando acercó su rostro al mío.

—Eres el capitán de mi Guardia Imperial —dijo entre dientes—. ¿O es que se te ha olvidado? ¿Por eso te encuentro en una guarida del Ioph Carn?

—¡Intentaban atraparme! No estoy aquí porque trabaje para ellos.

—Te ordené que patrullaras los pasillos, que buscaras cualquier cosa que te resultase extraña. Y me has dejado tirada para que me encargue de todo yo sola.

Señalé con un gesto el estropicio que nos rodeaba.

—Tal como vos misma dijisteis, es obvio que sois más que capaz. ¿Me estabais siguiendo?

Lin, exasperada, levantó las manos en el aire.

—Me encontré con problemas en el palacio. Cuando te necesité, no estabas. Fui a buscarte al barco, y Ragan me dijo que habías venido en esta dirección. Después de eso, lo único que he tenido que hacer ha sido seguir el ruido de la pelea. No estaba intentando entrometerme en tus asuntos; por una vez en tu triste vida, ¡reconoce que alguien puede preocuparse por lo que te suceda!

En ese momento comprendí de repente todo lo que aquello implicaba y me sentí como un completo idiota. Lin podía haber enviado a sus guardias a buscarme,

podía haberse quedado a salvo en el barco. En vez de eso, había arriesgado su vida para salvar la mía.

—Lin, yo…

Su mirada se endureció, y yo tomé conciencia de mi error. Yo era el capitán de la Guardia Imperial, un plebeyo, y había llamado a la emperatriz por su nombre de pila.

—Eh…, excelencia, quería decir…

De improviso, ella me agarró por el cuello de la camisa y pegó sus labios a los míos.

Yo no podía respirar, el corazón me latía en los oídos. Sentía un fuego que me corría por las venas. Aquello no era un amor que poco a poco hubiera ido surgiendo entre dos amigos de toda la vida y que culminase en un suave abrazo. En el tiempo que había transcurrido desde que acepté la muerte de Emahla, había creído que jamás encontraría a otra mujer que me importase. Había creído que esa parte de mi vida había terminado.

Pero me equivocaba.

Lin enredó los dedos en mi cabello y yo, sin saber cómo, dejé caer el bastón de mi mano ya sin fuerza y, deseoso de sentir su cuerpo en contacto con el mío, me fundí con ella en un estrecho abrazo.

—Lin —le susurré al oído.

Su nombre me supo dulce al pronunciarlo. No me había dado cuenta de todo el tiempo que había estado deseando pronunciarlo hasta que salió de mis labios y dejó de ser solo un pensamiento para transformarse en algo real. Y entonces lo único que deseaba era pronunciar su nombre, que resonaba en mis oídos con cada latido de mi corazón.

Mefi tosió.

Rompimos el abrazo, aunque la mano de Lin permaneció apoyada en la herida que tenía yo en el pecho.

—Estás herido.

La miré de arriba abajo y descubrí sangre en su manga, aunque no vi herida alguna.

—¿Y vos? Habéis dicho que tuvisteis complicaciones en el palacio.

—Tenemos que regresar. De inmediato.

Un momento. ¡Kafra! Recorrí con la vista el vestíbulo, que se hallaba en penumbra. No vi ningún cadáver en el suelo. Tampoco vi a Kafra. Ni a Philine.

Y la espada que él me había ordenado traerle, y que me había abierto una herida en el pecho, había desaparecido.

Capítulo 33

Lin

Hualin Or

No había matado a la gobernadora de Hualin Or. Meramente había vuelto a ensamblar un constructo de forma incorrecta. ¿Estarían dispuestos los habitantes de Hualin Or a creerlo? Habían seguido a aquella mujer, aquella copia, durante años. ¿Quién sería el primero en admitir que habían cometido un error tan penoso?

Fuera como fuese, yo tenía que regresar al palacio. Teniendo a Nephilanu y a Riya en mi contra, necesitaba contar con Hualin Or.

Y además tenía frente a mí a Jovis, todavía sentía en los labios el sabor de su boca. Él no me había pedido que lo besara. No era una cosa que se hiciera, eso de que las emperatrices besaran a los capitanes de su Guardia Imperial. Tras abrazarnos, cuando él miró brevemente a nuestro alrededor, su rostro era la viva imagen de la consternación. ¿Acaso no me había devuelto el beso? ¿O es que me había besado simplemente a causa de mi rango? ¿Quién le dice que no a una emperatriz? Además, él era medio poyer. La gente lo aceptaba como un héroe del pueblo, pero ¿a qué presiones debería enfrentarse si yo lo arrastrara a una relación? ¿Lo aceptaría la gente como el consorte de la emperatriz? Yo lo estaría poniendo en una situación difícil.

Jovis frunció el ceño y abrió la boca.

—Lo siento —le dije antes de que pudiera decirme que lo que acababa de hacer había sido una equivocación—. No debería haber hecho eso. Soy la emperatriz y tú eres el capitán de la Guardia Imperial.

Jovis cerró la boca y adoptó una expresión de cautela.

¿Había dicho algo que no debía?

—Y, además, eres medio poyer. La gente puede ser cruel.

Retrocedió otro paso para ampliar la distancia que nos separaba.

—Sí —dijo al tiempo que se agachaba para recoger su bastón—. Ha sido una equivocación, claramente.

Tenía la intención de preguntarle si alguna vez sería capaz de ver más allá de nuestras diferencias, pero lo que dijo pisoteó mis sentimientos, que se replegaron hacia las paredes de mi corazón. Ojalá pudiera volver al momento en el que me llamó por mi nombre. Ojalá pudiera hacerlo todo de un modo distinto.

Jovis se estiró la guerrera, como si con ello pudiera compensar el desgarrón que presentaba en la pechera y en la camisa que llevaba debajo, ambas manchadas de sangre.

—¿Habéis dicho que debemos regresar al palacio?

Recuperé el dominio de mí misma. Había en juego cosas más importantes que mis sentimientos heridos.

—Sí. De inmediato.

No me pidió que le explicase nada mientras emprendíamos el regreso al palacio. Se situó detrás de mí, una presencia ya familiar a mi espalda. ¿Por qué había ido a una guarida del Ioph Carn? Yo sabía que en otra época había trabajado para ellos, pero suponía que había cortado todos los vínculos. Dijo que habían intentado atraparlo; ¿qué querría decir eso?

Pero por el momento, yo tenía otras cosas por las que preocuparme.

Aunque estábamos en mitad de la noche, al llegar encontramos el palacio despierto. Había guardias haciendo la ronda en las murallas; las puertas estaban parcialmente abiertas para permitir la entrada y la salida. Yo sabía que, fuera cual fuese el asesino que estuvieran buscando, no lo iban a encontrar.

Pusieron cara de asombro al verme subir por la calle. Se suponía que estaba dentro de los muros.

—Di a uno de nuestros guardias que vuelva al barco y traiga a Ragan —le ordené a Jovis antes de girarme hacia las puertas.

Jovis pasó raudo junto a los guardias de la puerta y entró en el patio antes de que estos pudieran reaccionar, aunque me dirigió una mirada interrogante. Si lo que yo sospechaba era cierto, tal vez necesitase la ayuda de Ragan.

—Wailun ha muerto —le dije a una de los guardias de las puertas—. Y ha sido por mi culpa. Necesito hablar con Chala, hay cosas que debo explicarle.

—Excelencia —dijo la mujer, pero luego se interrumpió, sin saber con certeza si debía seguir utilizando dicho tratamiento honorífico. Reflexionó unos instantes y probó de nuevo—: Excelencia, ni siquiera sé dónde poneros. Esto es sumamente inusual.

—Lo comprendo —repuse percibiendo su renuencia. Si de verdad sospechaba que yo había matado a la gobernadora, debería encerrarme en la mazmorra; pero también era cierto que yo era la emperatriz y superaba en rango a la gobernadora —. Puedes apostar guardias junto a mis habitaciones. Chala, el hijo de Wailun, querrá hablar conmigo cuando esté preparado. Hay cosas que debo explicar.

La guardia afirmó con la cabeza e hizo una seña a tres de sus subordinados para que me escoltasen hasta mis dependencias. Cuando uno habla con autoridad, la gente tiende a ceder, sobre todo en circunstancias difíciles. Fue una de las primeras lecciones que recordaba haber aprendido de mi padre. Tenía que conocer cuál era mi sitio, me dijo, de lo contrario los demás lo decidirían por mí.

Allí solo me quedaba una opción: la verdad. Y tenía que confiar en poder persuadir a Chala de que la mujer que él siempre había conocido como su madre adoptiva era en realidad un constructo. Me senté en mi sala de estar acompañada por los guardias, que esperaban nerviosos, y apoyé una mano en la cabeza de Thrana.

—Cansada —dijo.

Y un momento después se quedó dormida, tan limpiamente como si se hubiera apagado una lámpara de un soplido. Ojalá yo pudiera descansar así.

Nadie se ofreció a llevarme un té ni algo de comer.

Ragan llegó antes de que Chala mandara alguien a buscarme, y aunque los guardias no iban a permitirle que entrase en mi habitación, hablé con él a través de la puerta abierta. Había dejado a su ossalen en el barco, lo cual agradecí; era una criatura demasiado pequeña para resultar de utilidad en aquella situación, y suscitaría demasiadas preguntas.

—Es posible que necesite tu ayuda —le dije.

Detrás de él estaba Jovis, con la vista fija en cualquier cosa que no fuese yo.

Ragan recorrió con la mirada la habitación y los guardias que me acompañaban.

—Al parecer, me he perdido muchas cosas.

—Por favor, espera con Jovis. Hay cosas que necesito explicar. A todo el mundo. —Me arrodillé y hundí los dedos en el pelaje de Thrana en el intento de calmar los rápidos latidos de mi corazón. Tenía la piel caliente al tacto y la respiración agitada. Arrugué el ceño—. ¿Thrana?

No reaccionó, ni siquiera movió una oreja en mi dirección. Le puse una mano en la garganta y noté los latidos de su corazón, calmados y firmes. ¿Habría contraído alguna enfermedad en alguna parte de Hualin Or? ¿Sería algo que había comido?

El zumbido suave y constante que venía sintiendo en los huesos desde que establecimos nuestro vínculo había desaparecido. Hice ademán de atraparlo, intenté sentir la vibración. Nada. Algo terrible estaba ocurriendo. Contuve las lágrimas. Riya y Nephilanu estaban en mi contra. Si no jugaba mis cartas con total precisión, también perdería Hualin Or. Pero nada de aquello tenía importancia en comparación con Thrana. Daría todo por que ella continuara estando sana y salva.

—Está enferma.

—Excelencia —me dijo Jovis desde el umbral. Me miró a los ojos por primera vez desde que nos besamos, y su expresión era de tranquilidad—. Un poco de descanso y se pondrá bien. Mefi pasó por lo mismo. Confiad en mí.

Para mi sorpresa, descubrí que efectivamente confiaba en él. El pánico fue disminuyendo hasta que pude volver a respirar. Acaricié las orejas de Thrana con la esperanza de que supiera que yo estaba allí.

Por fin, cuando ya empezaba a filtrarse la luz diurna por los postigos, apareció un sirviente en la puerta.

—Chala desea veros ahora —me dijo—. En el vestíbulo de entrada, por favor.

Me levanté, me remetí un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja y aguardé a que los guardias me escoltasen. Deberían haberme llevado agarrada por los brazos, pero en vez de eso me permitieron caminar libremente. Aunque supuse

que no tenía adónde ir; había regresado allí por voluntad propia.

Esta vez, las lámparas del vestíbulo estaban encendidas y teñían las paredes de tonalidades cálidas. Chala aguardaba cerca de las puertas del comedor, con sus familiares ordenados en torno a él, todos con la mirada clavada en mí. Se había tomado la molestia de lavarse y vestirse, y yo contrastaba tristemente con él, con mi atuendo sencillo y mis pantalones, que todavía estaban un poco mojados tras mi aventura por los tejados.

—Sospecho —dijo Chala, cuya voz levantó eco en las columnas— que si os ejecutase recibiría suficiente apoyo de otros gobernadores para impedir una guerra civil.

Incliné la cabeza al aproximarme.

—Tal vez eso sea cierto, pero ¿podríais entonces impedir el avance tanto del ejército de los constructos como el de los pocos sin esquirlas? Los dos grupos se alegrarían mucho de veros muerto y depuesto. Nos necesitamos el uno al otro, sai. Todas las islas. Tengo una explicación para mis actos, aunque os advierto que no os va a gustar.

—Mi madre… —Se interrumpió porque se le había quebrado la voz. Respiró hondo y fijó la mirada en el techo—. Era una mujer extraña. Pero fue buena conmigo, me rescató de la calle y me nombró heredero suyo. Se lo debo *todo*. A vos no os debo nada. Decidme por qué no debería quemar este mundo hasta sus cimientos para darle la justicia que se merece.

Era posible que Wailun hubiera sentido un afecto verdadero por Chala, escrito en sus esquirlas. Vi mentalmente la esquirla de dicha orden: "Cuando llegue el momento oportuno (ref. 3), adopta un huérfano de la calle y nómbralo heredero". Shiyen debió de escribir un subconjunto de requisitos que debían cumplirse para que el momento fuera el oportuno. Y, acto seguido, la constructo Wailun debió de hacer lo que se le había ordenado, y puede que ni siquiera se diese cuenta del motivo por el que lo estaba haciendo.

—Yo no he asesinado a vuestra madre.

Chala entrecerró los ojos.

—Eso me resulta difícil de creer, dado que tenéis sangre en la manga. ¿Vais a negar que ella os atacó con su cuchillo?

—No lo niego. Me encontraba en su habitación, sí. Pero ella ya estaba muerta.

—Una… mujer muerta os atacó con su cuchillo. —Se removió en el sitio, ya se le estaba agotando la paciencia. Tenía que darme prisa y al mismo tiempo ser concienzuda. El dolor y la rabia harían que le resultara más difícil oírme.

—Es una manera de hablar. Lamento no haberme dado cuenta de ello hasta esta noche, pero Wailun es un constructo fabricado por mi padre.

Chala apretó los dientes e hizo una seña a uno de sus guardias. Noté que comenzaban a estrechar el círculo en torno a mí, de mala gana, pero preparados para obedecer a su nuevo gobernador.

—Ahora sabemos que los constructos pueden tener la apariencia de personas. Hubo un viaje que hizo vuestra familia, vuestra familia entera. Sucedió antes de que os adoptase Wailun. Mi padre los invitó a todos a Imperial. Sai, jamás regresaron de ese viaje. Él los asesinó a todos y los sustituyó por constructos.

Chala alzó una mano y los guardias dejaron de avanzar.

—Eso es ridículo. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa? —Sus parientes se miraron unos a otros.

—Chala —le dijo un tío suyo, que estaba a su lado—, no hagas caso de esa tontería. Te está diciendo que no somos reales. ¿Te parezco yo un constructo?

Otro pariente emitió una risita nerviosa.

Y ese era el momento en el que yo tenía que mentir. Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No lo sé. Mi padre no siempre me concedía su confianza. Pero percibí algo extraño en Wailun y supe que tenía que investigarlo. ¿Habéis mirado sus escritos, sus diarios? El registro detallado se interrumpe ocho años atrás, justo cuando regresó de Imperial con el resto de su familia.

Miré a los guardias y a los parientes que me rodeaban.

—¿Alguno de vosotros lleva aquí el tiempo suficiente? ¿Volvió Wailun cambiada de su viaje a Imperial? ¿Habéis hablado con los sirvientes de los miembros de su familia que viven en otras casas? ¿Observaron que sus amos no parecían los mismos?

Vi que se miraban unos a otros. Naturalmente que lo habían observado. Pero ninguno de ellos tenía poder para decir o hacer nada al respecto.

Chala también los estaba mirando.

—Os ruego que me digáis si eso es verdad. —Se dirigió a ellos en tono amable. Había vivido la mitad de su vida en las calles y sabía lo que era no tener poder alguno.

Uno de los sirvientes se pasó la lengua por los labios.

—No pensábamos que estuviéramos en posición de decir nada —dijo.

—Y Wailun os adoptó como heredero, lo cual parecía ser una decisión acertada —dijo uno de los guardias—. Así pues, ¿qué se suponía que debíamos hacer nosotros después de eso, si queríamos que os quedarais? ¿A quién íbamos a decírselo?

Estudié el semblante de Chala, la delicada curva de su mentón, las grandes orejas, el labio tembloroso. Ahora estaba dudando. Esa era mi oportunidad.

—Puedo demostrarlo —dije abriéndome paso por entre los murmullos de guardias y sirvientes. Vislumbré unos pies en la escalera y me pareció reconocer las botas de Jovis y las zapatillas de Ragan. Bien. Estaban cerca—. Mi padre me enseñó sus artes mágicas. Puedo demostrar que lo que estoy diciendo es la verdad.

Vi pasar un millar de emociones por los ojos de Chala: miedo, consternación, rabia, tristeza. Le gustaría pensar que yo le estaba engañando, que había hecho algo retorcido. Pero necesitaba averiguar la verdad: yo había plantado la semilla de la duda, y entonces él necesitaba estar seguro.

—Pues hacedlo.

Me aproximé con cautela, aún flanqueada por los guardias, y me situé frente al tío de Chala, que me miró con suspicacia.

—Yo sé que soy real —me dijo con el ceño fruncido.

Ah, y Bayan también lo creía. Y yo. Y ese pensamiento me provocó un dolor en el pecho. No sabía con seguridad si lo que estaba haciendo aquí era bueno o no. Estaba descubriéndole la realidad a Chala, pero también se la estaba descubriendo a aquellos constructos. Ellos no habían hecho nada malo; su único delito había sido

existir, lo que significaba que estaban robando la fuerza vital a personas vivas. Y el culpable de haberlos fabricado era mi padre, no yo.

Hundí la mano en el cuerpo del tío de Chala, y en el mundo que me rodeaba estalló el caos.

Los demás miembros de la familia real de Hualin Or de inmediato introdujeron la mano en kimonos, bolsillos, fajines. Todos sacaron armas de diversas clases, unas más peligrosas que otras. Debían de tener todos la misma orden grabada en sus esquirlas: "Cuando te descubran, lucha". Mi padre no permitió que fueran alcanzando lentamente la obsolescencia, ese no era su estilo.

Se lanzaron a atacar a los guardias y los sirvientes, que dudaban.

—¡Son constructos! —les grité, todavía con la mano metida en el interior de la copia del tío de Nisong—. No dudéis, porque ellos no dudarán.

Extraje una esquirla situada cerca de la parte superior de la columna vertebral. No me habían registrado por si llevaba armas, y no llevaba ninguna, pero sí que tenía conmigo mi herramienta de grabar, la que me había regalado Numeen.

Examiné la orden escrita en la esquirla: "Eres el tío de Nisong". Naturalmente, Shiyen consideraba que aquello era de suma importancia. Volví a meterla en su sitio y extraje otra situada más abajo. Y otra más. Todas contenían órdenes relativas al lugar que ocupaba él en el palacio, a su personalidad. ¿De verdad no había ordenado Shiyen a aquellos constructos que le obedecieran? Supuse que tampoco había escrito eso en las esquirlas de Bayan.

Una mujer de mediana edad se lanzó contra mí sosteniendo una daga en alto con ambas manos. Me quedé paralizada, todavía con la mano dentro del constructo. No tenía nada con que defenderme.

Pero Ragan se interpuso entre la mujer y yo y levantó la espada para interceptar la daga. No llegó a tiempo y la hoja le hizo un rasguño en el brazo antes de que pudiera desviarla. Comenzó a manar sangre de su hombro que goteó al suelo.

Hundió de golpe su espada en el pecho de la mujer y, con la misma rapidez, volvió a sacarla. Vi detrás de él a Jovis, esgrimiendo su bastón.

—¿Estáis herida? —me preguntó Ragan.

Una sensación de alivio me inundó el pecho.

—No. Continúa.

Me hizo un breve gesto afirmativo y volvió a la refriega. Yo extraje otra esquirla. Tal como había sospechado: "Cuando te descubran, lucha". Con aquella sí podía trabajar. Grabé dos palabras más al final: "con otros constructos".

Metí de nuevo la esquirla y me volví para ver a qué otro constructo podía coaccionar. La sangre había vuelto resbaladizas las baldosas del palacio de Hualin Or, había transformado aquellos bellos decorados en algo macabro.

Me agaché para esquivar un cuchillo, eludí a un guardia que estaba luchando cuerpo a cuerpo con un constructo y giré sobre mí misma para hundir la mano en el cuerpo de ese constructo. Con el rabillo del ojo vi que el constructo tío volvía a moverse, esta vez con el propósito de luchar contra los otros constructos. Conté las esquirlas y extraje la adecuada. A toda prisa, grabé en ella las palabras nuevas y volví a meterla.

Sí, sí, conocía aquello. Por una vez, me encontraba de nuevo en el comedor de

mi padre, con todos los constructos de su palacio atacándonos a Bayan y a mí, teniendo como única arma mi herramienta de grabar. Otro recuerdo afloró en los confines de mi mente, uno de los recuerdos de Nisong, difuminados y poco claros: me vi con libros viejos en las manos, leyendo a la luz de una lámpara a altas horas de la noche, con dolor en la cabeza y en los ojos, y en medio de todo eso el anhelo de demostrar mi valía. Yo no poseía una gran belleza, pero era inteligente y lista, y eso *tenía* que contar para algo. Para esto me habían fabricado, para escribir palabras poderosas en esquirlas de hueso, para manipular las órdenes a favor mío. Era para lo que creía haber sido fabricada Nisong.

Modifiqué otro de los constructos-parientes y después, tan rápido como había comenzado, todo terminó.

Uno de los constructos que modifiqué estaba desenvainando un cuchillo, el constructo tío yacía cubierto de sangre en el suelo, los demás estaban muertos, y también dos guardias. Tanto Jovis como Ragan limpiaban sus armas con expresión ceñuda. Chala estaba de pie en el rincón, con las manos en alto y la parte inferior del kimono salpicada de sangre.

—Sai —lo llamé—, los constructos están muertos.

Bajó las manos. Con la cara pálida, se pasó la lengua por los labios, enderezó la postura y se rehízo rápidamente.

—Supongo que esto explica el estado en el que se encuentra el cuerpo de mi madre.

Volví a guardarme en el fajín la herramienta de grabar y fui hasta donde estaba Chala para que no tuviera que hablar a voces desde el otro extremo del vestíbulo.

—No era mi intención que lo descubrierais de esta forma —le dije—. Tenía mis sospechas y quise verificarlas.

—Sois una emperatriz muy extraña, al irrumpir así en las habitaciones de los gobernadores.

Me di cuenta de que estaba conmocionado y que decía lo primero que le venía a la mente.

—He tenido una educación poco habitual. —Era lo más próximo a la verdad que podía decirle. Antes de que dijera impulsivamente algo más con lo que pudiera ponerse en una situación violenta, continué—. Esta información debería habérosla comunicado cuidadosamente, en privado. Ha sido un descuido mío al volver a introducir las esquirlas en el cuerpo de vuestra madre lo que ha hecho que las cosas hayan sucedido de este modo. Y por ello os pido disculpas.

—Fue una buena madre para mí —repuso Chala—. Recoged los cadáveres para incinerarlos —ordenó a los guardias—. Si tenían un alma dentro, la enviaremos a los cielos. —Luego contempló el vestíbulo con la mirada vacía—. ¿Deberíamos hacer un funeral? ¿Organiza una persona un funeral cuando sus parientes resultan ser constructos?

Hice el gesto de ir a tocarlo, pero me contuve. Ni mi cargo ni el suyo lo permitirían. Deseaba consolarlo. Lo más que podía hacer era ofrecerle mi propia verdad.

—Alguien que yo consideraba amigo mío… no, alguien que verdaderamente era mi amigo, resultó ser un constructo fabricado por mi padre. —Yo había incinerado el cuerpo de Bayan en el patio donde estaba el enebro de copas redondeadas, y

había arrojado al fuego una ramita de dicho árbol. Estaba sola, sin embargo, le hice un funeral a mi manera—. Le organicé las exequias yo misma. Y no me parecería extraño que vos lo hicierais también. —Callé unos instantes pensando en mi amistad con Bayan—. Todo lo que habéis experimentado con ellos ha sido real. El hecho de que fueran constructos no significa que vuestros sentimientos, o los suyos, no fueran reales.

Me miró a los ojos, y entre nosotros se estableció un delgado hilo de afinidad.

—Os lo agradezco.

Qué joven parecía. Antes era un huérfano de las calles y en ese momento era el gobernador de Hualin Or y uno de los hombres más poderosos del Imperio. Y, sin embargo, tan solo pensaba en la familia que había perdido, la familia que no había existido nunca. Yo podría trabajar con alguien como él, y no me resultaría tan difícil como con Iloh.

—En este momento no puedo tomar decisiones —me dijo—, pero me gustaría continuar la conversación que estabais teniendo con mi madre… con Wailun.

Se apartó para consultar con su capitán de la guardia al tiempo que hombres y mujeres se apresuraban a transmitir sus órdenes.

Ya que la refriega había concluido, tenía tiempo para pensar en Thrana. Jovis se puso detrás de mí, como siempre.

—¿Has dicho que a Thrana no le va a ocurrir nada? —le dije en un tono solo lo bastante alto para que me oyera él.

—Es lo mismo que le ocurrió a Mefi —respondió Jovis—. Los días anteriores estuvo hambriento y letárgico, y después cayó en un sueño profundo y febril. Cuando se despertó, estaba cambiado.

¿Así que Thrana iba a experimentar un cambio parecido?

—Es una hibernación periódica —dijo Ragan saliendo de detrás de Jovis, lo que hizo que este diera un brinco y lo mirase ceñudo por la intrusión—. Los ossalen sufren esa experiencia antes de dar estirones en su crecimiento. El mío ya ha pasado por una de esas fases.

—¿Y qué sucede tras el primer estirón? ¿Dices que Mefi cambió?

Tanto Jovis como Ragan se encogieron de hombros. Ragan levantó un dedo.

—Los datos de cómo empiezan los alanga son muy escasos. Lo que les sucede después a nuestros ossalen es algo que se ha perdido en las brumas del tiempo.

Capítulo 34

Jovis

Hualin Or

Las conversaciones con mis hermanos han fracasado. Ya debería haber imaginado que iba a pasar. Ylan sabe que tengo guardados los huesos gigantes (podría ser "huesos" o alguna otra palabra) en las profundidades de la caverna que hay en mi hogar. Se los llevo a él sin preguntar siquiera. Aun así, él continúa tranquilizándome.
—Si nos hacemos con un arma que pueda utilizarse contra los tuyos, los mantendrá a raya.
Yo le doy lo que necesita y le dejo que haga su trabajo porque me fío de él.
No debería haberlo hecho.

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

El hecho de sentir la suavidad del pelaje de Mefi bajo las yemas de los dedos me apaciguó. Había estado a punto de perderlo a manos del Ioph Carn. Debería estar cansado después de dos refriegas llevadas a cabo en el plazo de unas horas, pero, en cambio, me sentía alerta, nervioso, con una vibración en los huesos y un aleteo en el corazón que me retumbaba contra las costillas. Philine y Kafra habían escapado con la espada; una espada capaz de herir a un alanga. Necesitaba encontrar una manera de decírselo a Lin. A mi lado tenía a Ragan hablando sin cesar, explicándole a Lin el proceso de hibernación de los ossalen y los escasos datos que había de ellos en general. Ella lo escuchaba a medias, con gesto de

preocupación.

En eso, se acercó Chala a hablar con Lin, y Ragan tuvo el sentido común de cerrar la boca.

—Excelencia, ya había oído decir que los miembros del ejército de constructos parecían personas. No tenía idea de que pudieran resultar tan convincentes. —Su semblante mostraba una expresión grave—. Me engañaron, en efecto.

—No seáis tan duro con vos mismo, sai —le dijo Lin en tono suave y cálido—. Mi padre era muy habilidoso, uno de los más habilidosos que se han visto nunca en nuestra dinastía. A mí me engañó igual que a vos.

Me vino a la memoria un detalle que contó: que había trabado amistad con un constructo fabricado por su padre. El día en el que perseguimos a aquel constructo espía, me dijo que su padre tenía un hijo adoptivo. ¿Sería dicho hijo adoptivo también un constructo? Se me había olvidado que Lin había vivido en un palacio administrado casi enteramente por constructos. Una vida solitaria, sin duda. Le hablaba a Chala con la compasión de quien lo comprendía de verdad.

Y, sin embargo, me había rechazado a mí por mi rango y por mi herencia. Eso aún me dolía. Calculé que la herida había sido infligida hacía menos de un día. No existía una cura rápida para la desolación emocional, al parecer. Había pasado tantos años viendo cómo se me recordaba constantemente que era medio poyer, y luego tantos años navegando en solitario por el mar Infinito, que casi había logrado olvidar. Y ahora que contaba con el respeto de la gente y de mis guardias, creía que había dejado atrás todo aquello. Creía que ya no tenía importancia.

Por lo visto, aún la tenía… para la única persona para la que deseaba que no la tuviera.

Me había permitido volverme demasiado familiar para ella, me había permitido creer que, a pesar de todo, podíamos ser amigos. Y, en la euforia del momento, ella me había besado. No sabía muy bien si deseaba olvidar la sensación de sus labios en los míos o si deseaba retener aquel recuerdo cerca de mí y esforzarme para que no se me escapara. Aún seguían hablando, y aquí estaba yo, con una expresión tan malhumorada y tormentosa como el cielo en la estación de lluvias y el pensamiento tan lejos de allí como las islas poyer. Menudo espía era yo, descentrado por un único beso.

—Enviar a mis guardias a ayudaros a luchar contra el ejército de constructos no va a servir de nada —estaba diciendo Chala—. He oído los informes. Ellos son demasiados y vuestro ejército es muy pequeño. Nephilanu no enviará a sus guardias a ayudar, y Riya está retirándose. Estaría enviando a los míos a una muerte segura.

—Si no lo hacéis vos, ¿quién será el primero en enviar a sus guardias? —replicó Lin—. El ejército de constructos se dirige hacia Gaelung. Su gobernador entregará sus guardias, no le quedará otro remedio. Si vos ayudáis, es posible que otros os imiten. Eso nos dará una posibilidad.

—Gaelung podría acceder a ser gobernada por vuestra media hermana.

Lin entornó los ojos.

—No es mi media hermana. Esa era una mentira cómoda.

—Vos y yo sabemos que eso no importa. Yo pasé una gran parte de mi infancia en las calles. Si uno tiene suficiente fuerza o suficiente dinero, los demás huérfanos

lo siguen.

Lin volvió a hacer aquello de mirar a una persona como si fuera un rompecabezas que ella sabía que podía resolver.

—¿*Vos* lo hicisteis, sai?

Chala le sostuvo la mirada durante unos instantes y luego volvió el rostro. Se me había olvidado por un momento lo joven que era aquel muchacho.

—No, no lo hice. Era demasiado tozudo. —Suspiró—. Para mí sería más fácil no ayudaros. Soy joven y acabo de convertirme en gobernador en medio de unas circunstancias poco corrientes. Soy fácil de criticar. Pero no me gusta que me hostiguen. Os daré guardias. Contáis con mi apoyo, y yo no soy Iloh. No lo rescindiré.

—Gracias. —Lin inclinó la cabeza y Chala dio media vuelta y se fue a atender otros asuntos.

Ragan apoyó una mano en mi hombro.

—Se os da bien lo de sacudir el suelo —me dijo—, pero tengo algún apunte que hacer a vuestra técnica.

Apreté los dientes.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que te metas en tus propios asuntos?

—¡Ah! En el monasterio, todo el mundo está al tanto de los asuntos de todos, nadie tiene asuntos propios —replicó con su habitual tono desenfadado.

Con el rabillo del ojo vi que Lin estaba arrodillándose junto a uno de los cadáveres. Subrepticiamente, recogió algo del suelo con su herramienta de grabar y a continuación volvió a guardarla.

De nuevo centré mi atención en Ragan, y lo deslumbré con una sonrisa odiosa de mi propia cosecha.

—Ah, pues menos mal que no estamos en el monasterio. Mucho mejor para los dos.

Antes de que pudiera explayarse respecto de aquella observación, giré sobre mí mismo y me encaminé hacia la escalera.

La mañana dio paso lentamente a la tarde mientras hacíamos los preparativos para zarpar. Fue necesario transportar a Thrana hasta el patio y subirla a una carreta cubierta. Mefi se quedó a un lado de la carreta emitiendo ruiditos de preocupación desde el fondo de la garganta.

—Se pondrá bien —le dije yo mientras iban pasando sirvientes presurosos por nuestro lado. No dejaba de lanzar miradas a la puerta del vestíbulo de entrada, donde se encontraba Lin hablando con Chala, con las largas mangas subidas hasta el codo. Ninguno de los dos tenía cara de estar contento—. A ti te sucedió lo mismo, ¿no te acuerdas?

Me miró primero a mí y después a Thrana, que yacía inconsciente en la carreta.

—¿Yo estaba así? —Vino hasta mí y comenzó a caminar ente mis piernas—. No me extraña que estuvieras preocupado.

—No habría podido despertarte ni aunque hubiera tenido en la mano cinco peces recién pescados.

—¡Imposible!

Me eché a reír al ver su expresión de asombro. Luego vi que se acercaba Lin, y me puse serio. El corazón me palpitaba como si me dispusiera a saltar por el borde

de un precipicio. Terminé recorriendo el patio con la mirada en busca de un sitio donde esconderme. Me entraron ganas de darme una patada por haberlo pensado siquiera. Mi trabajo consistía en proteger a Lin; esconderme de ella no solo sería un abandono del deber, además quedaría como un completo idiota.

Aunque no se podía decir que no estuviera acostumbrado a parecer un idiota.

—Bueno, ya hemos terminado con esa parte desagradable —comentó Lin volviendo a bajarse las mangas—. He tenido que desmantelar al constructo que quedaba. Chala ha aprovechado la ocasión para despedirse. Es una operación poco agradable, la verdad. —Abrí la boca para pronunciar unas palabras de solidaridad, pero Lin continuó hablando—: Bien. Necesito saber qué estabas haciendo exactamente en una guarida del Ioph Carn. Desobedeciste mis órdenes. —Llegaron los sirvientes de Chala con un palanquín. Lin frunció los labios—. Thrana está incapacitada. Acompáñame tú.

Lo cierto era que no podía desobedecer una orden después de que ella hubiera señalado lo mal que se me daba obedecerlas.

—Ve con Thrana —le dije a Mefi, que enseguida saltó a la carreta—. Y mantente vigilante.

Me acomodé en el palanquín después de Lin. Aquel espacio estrecho y oscuro olía a madera vieja y lacada. El banco estaba tapizado con una tela suave que había empezado a desgastarse. Dio una sacudida cuando los sirvientes nos levantaron, y mi pierna rozó brevemente la de Lin. Me coloqué lo más lejos que pude de ella, pero no lo bastante.

Lin dejó pasar un buen rato en silencio, y yo comencé a sentirme inquieto. Mi bastón no cabía bien en el palanquín, tuve que ponerlo de través, con ambos extremos asomando por las ventanas. Tenía barro pegado a la suela de las botas, de modo que intenté, sin éxito, limpiarlo de una frotando con la otra. Terminé teniendo barro encima de las botas. Me había remendado la camisa como había podido y la había tapado con la guerrera. Debajo, la herida que me había infligido Kafra me producía picor; me rasqué por encima de la guerrera, con lo que solo conseguí que el picor se convirtiera en un escozor. ¿No llevaba la guerrera demasiado apretada en el cuello? Tenía la sensación de que por debajo de ella salía aire caliente, como el humo de una chimenea, y me caldeaba la cara.

Lin me contemplaba con mirada implacable.

—Ha sido por mi familia —dije en un impulso. Como siempre, las mentiras eran más fáciles de tragar cuando se mezclaban con una sana dosis de verdad—. Le pedí al Ioph Carn que enviase anacardos de contrabando a Anau.

La arruga que tenía Lin entre las cejas se distendió, aunque su voz conservó un tono severo.

—¿Qué querían que hicieras a cambio?

—No lo sé… Me agredieron antes de que pudiera averiguarlo. —Esta mentira me supo amarga.

—¿Tienes siquiera la seguridad de que han enviado los anacardos? Lo que dices no tiene sentido.

—Mi padre me escribió una carta. Antes necesitaba una prueba. —Pasé a toda prisa por encima de esa segunda mentira, porque Lin estaba mirándome con esa expresión escrutadora y yo notaba que mi fachada se desmoronaba. La verdad, la

verdad…—. Pensé que no tenía mucho donde escoger. No quería estar en deuda con el Ioph Carn, otra vez. Pero… haría lo que fuera por mi familia. Ya han sufrido bastante. Primero, la pérdida de mi hermano en el Festival del Diezmo, y luego la falta de noticias por mi parte. No podía permitir que le sucediera nada a mi padre. Mi madre se quedaría destrozada. —Odié que mi primera reacción hubiera sido atraer a Lin con vulnerabilidad; la conocía lo bastante bien como para saber que esa treta iba a funcionarme.

—Deberías habérmelo dicho —dijo Lin con voz apenada—. Habría intentado ayudar.

—Vos no teníais suficiente aceite de anacardo para repartir. ¿Qué ibais a hacer, venir conmigo? ¿La emperatriz aventurándose en una guarida del Ioph Carn? No, esa es una tarea adecuada para un humilde y medio poyer capitán de la Guardia Imperial.

Lin se estremeció cuando le arrojé sus propias palabras.

—Jovis, eso no es así. Es…

Uno de los sirvientes que portaban el palanquín tropezó y nos hizo sacudirnos hacia un lado. Lin levantó las manos para no caer encima de mí. Tan solo consiguió trabar los dedos en las presillas de mi guerrera.

—Perdón, dejad que… —Empecé a destrabarle los dedos, pero al momento me di cuenta de que estaba agarrando las manos de *la emperatriz* y que ella me consideraba su inferior. Le solté los dedos como si fueran arañas.

Ella se irguió, se sujetó apoyándose en la puerta y se apartó. Los portadores avanzaron unos cuantos pasos más antes de que hablara de nuevo.

—En el palacio, has dicho que te tendieron una trampa. Con Mefi.

Sentí una punzada de pánico igual que cuando estaba en la casa de Kafra, con Mefi bajo la hoja de aquella espada.

—Sí, necesitaba decíroslo. Esto es algo que os concierne a vos, a mí y a Ragan. No sé cómo ni dónde la encontró Kafra —*mentira*—, pero posee una espada que tiene la empuñadura muy desgastada y la hoja de color blanco. Me hizo esto. —Me abrí la parte superior de la guerrera y aparté a un lado el cuello. La herida aún estaba enrojecida—. Me dolió igual que si me hubiera atravesado, y todavía no está curada. Mefi ya no sangra, pero debajo del pelaje tiene una herida como la mía. Kafra pretendía usar esa espada para amenazar a Mefi, para obligarme a que me pusiera a su servicio.

—Una espada con una hoja de color blanco… —Lin dejó la frase sin terminar.

—*El resurgimiento del fénix* —dije yo—. La obra de teatro. —Una mentira que contenía algo de verdad. Pero ¿cuánto?—. ¿Vuestro padre habló alguna vez de una espada, o de la manera exacta en la que los Sukai combatieron a los alanga?

Lin lanzó una carcajada amarga.

—He tenido que descubrir las cosas por mí misma. Él no me consideraba digna de conocer esos secretos.

—¿Y *yo* soy digno de conocer esos secretos? —Deseé que la respuesta fuera un sí; también deseé que fuera un no.

Fuera, los vendedores habían comenzado a instalar sus puestos, las tiendas habían comenzado a abrir. A través de las cortinas del palanquín se oía el ruido amortiguado de voces y pisadas. Estábamos enclaustrados en un espacio silencioso.

Las manos de Lin hicieron ademán de acercarse a las mías, pero terminó cerrando los dedos en torno a la tela de sus mangas.

—He encontrado una cosa —dijo al fin—. En la caverna en la que estuvimos luchando contra aquel monstruo. Era una espada como la que tú ha descrito. La he traído conmigo. Y también hay otra cosa que debes saber: me parece que Ragan no nos está contando todo.

El palanquín se detuvo al llegar a los muelles.

Abrí la boca para preguntarle qué le parecía que ocultaba Ragan, pero levantó una mano para hacerme callar. *Más tarde*.

Con lo de "más tarde" quiso decir "mucho más tarde". Esperó hasta que el barco hubo zarpado, se hubo servido la primera comida a bordo y Ragan se hubo retirado a los camarotes de los sirvientes a meditar. La tripulación aún no había sacado la rocasabia, así que Mefi aprovechó la oportunidad para nadar un poco. Yo estaba haciendo mi turno de guardia ante el camarote de Lin cuando de pronto esta abrió la puerta y me indicó con una seña que entrase. Titubeé un momento, sabedor de que cualquiera que pasara por allí se extrañaría de mi ausencia, pero es que necesitaba información. De modo que entré en el camarote y dejé que Lin cerrase la puerta. Thrana estaba tumbada en la cama, sus flancos se movían suavemente con cada respiración.

—El monasterio del que Ragan dice que viene —comenzó Lin—, he hecho averiguaciones al respecto. Unta se hundió, sí, pero antes de eso nadie había visto ni un alma en ese monasterio desde hacía un año. Los monjes son solitarios, pero no *tanto*. De vez en cuando envían a alguien a la localidad que haya más cerca a comprar provisiones. ¿Por qué Ragan no ha mencionado eso?

Intenté ver más allá del desagrado que me producía aquel monje.

—A lo mejor no lo sabe. A lo mejor lleva un tiempo sin tener contacto con ellos.

—Son prácticamente su familia. ¿Cómo no va a estar en contacto con ellos?

Yo no estaba en contacto con mi familia. Aunque, para ser justos, eso se había debido a razones malvadas.

—Bien, ¿y qué queréis hacer al respecto? ¿Queréis que ordene a uno de mis guardias que lo siga? No es que se les dé muy bien, pero les he estado enseñando y…

—Tengo una idea mejor —me cortó Lin al tiempo que se arrodillaba junto al arcón y sacaba su herramienta de grabar—. Ragan resultó herido durante la refriega. Recogí un poco de sangre suya aquí dentro. He utilizado la máquina de mi padre y sangre de Thrana. Creo que ha funcionado, pero no estoy segura. Nunca he probado esto. Si ha funcionado, podré observar sus recuerdos, y tal vez eso me diga si está siendo sincero. —Sacó del arcón una cajita llena de redomas cerradas con tapones y tocó la que tenía más cerca.

Me puse en tensión; sentí que las ranuras del mango de mi bastón se me clavaban en la piel.

—¿Haríais eso?

—¿Qué? ¿Por qué no? —Sin titubeos, sin la menor vacilación.

—¿Tomar la sangre de alguien y utilizarla para echar un vistazo al interior de su mente? Eso es algo que habría hecho vuestro padre. Es la forma de actuar de un tirano.

Lin se encogió al oírme decir eso. Era lo que más temía, y yo lo había utilizado contra ella. Porque por debajo de mi actitud de superioridad moral estaba aterrorizado; si Lin era capaz de hacerle aquello a Ragan, también podía hacérmelo a mí. Tan solo necesitaba un poco de mi sangre.

Podía descubrir mi conexión con los pocos sin esquirlas.

—Ni siquiera te cae bien. ¿Cómo puedes decir eso?

¿Tan obvio era?

—¿Qué más da que una persona me caiga bien o no? ¿Acaso vos, cuando dijisteis que queríais mejorar la vida de todo el mundo, os referíais únicamente a las personas que os caen bien? ¿Cuántas veces probaréis los recuerdos de otras personas porque pensáis que no tenéis otro remedio?

—Jovis —me dijo con voz suave, y odié la sensación que me produjo oír mi nombre pronunciado por ella—, Ragan lo ha hecho todo bien hasta el momento, pero ¿y si solo está intentando congraciarse conmigo para poder traicionarme?

Cerré los ojos. No siempre sabía decir lo que había que decir, sobre todo cuando estaba intentando salir de un embrollo. Pero esta vez sí que lo supe.

—En Hualin Or, os salvó la vida. ¿Por qué iba a hacerlo si fuese vuestro enemigo? Además, la mayoría de nosotros no poseemos artes mágicas para investigar a nuestros amigos. ¿Cómo creéis que nos las arreglamos los demás para confiar en la gente? ¿Cómo creéis que se las arreglaba ese herrero que os ayudó?

Lin miró brevemente la grulla de papel, que descansaba en el borde de su escritorio.

Se oyeron pisadas arriba, en cubierta. Y alguien que decía algo a gritos, aunque no pude distinguir el qué.

Llamaron a la puerta.

—Excelencia, es mejor que vengáis a ver una cosa.

Lin salió corriendo.

Thrana estaba dormida. Incluso antes de establecer mi vínculo con Mefi, yo siempre había sido rápido. Metí los recuerdos de Ragan entre el colchón y la pared, así ganaría un poco de tiempo. Si Lin no podía beberlos, no sabría si habría averiguado correctamente cómo hacer funcionar la máquina de la memoria. Mefi me miró con expresión perpleja, pero, menos mal, no dijo nada.

Fui detrás de Lin dejando entreabierta la puerta de su camarote. Si se percataba de que la redoma había desaparecido, no podría echarme la culpa a mí. Podía haberla tomado cualquiera.

El mar Infinito estaba picado, y tuve que mantener las rodillas flexionadas para no chocarme contra la pared. Lin se agarró a la barandilla del costado de babor y observó atentamente.

Otro barco nos estaba adelantando, repleto de pasajeros hasta casi rebosar. Su capitán le gritaba al nuestro salvando el espacio que nos separaba.

—Son supervivientes —dijo uno de mis guardias.

Me puse a la altura de él.

—¿Supervivientes de qué?

Me miró a los ojos con expresión grave.

—De Luangon. Se ha hundido. Estos refugiados se dirigen a Hualin Or.

El miedo y el pánico se arremolinaron en mi vientre. Otra isla que se

precipitaba a las profundidades del mar Infinito.

El guardia se pasó la lengua por los labios.

—Dicen que su gobernador no ha hecho caso de la moratoria sobre la explotación de las minas de rocasabia, sino que ha redoblado sus esfuerzos. Con el hundimiento de Cabeza de Ciervo y de Unta, todo el mundo está comprando rocasabia, por si acaso.

Vi que Lin se limpiaba las lágrimas de los ojos y se retiraba el pelo de la frente, en un intento de recobrar la compostura. Las dos doncellas que le quedaban estaban a uno y otro lado de ella, sin saber muy bien si intentar consolarla.

Y yo, imbécil de mí, di media vuelta y bajé a la cocina. Todo el mundo estaba en cubierta, de modo que aquella era mi oportunidad. Rápidamente empecé a rebuscar en los armarios y encontré una redoma parecida a las que tenía Lin en el arcón. A toda prisa eché un poco de agua y añadí vino de arroz para darle aproximadamente el mismo tono lechoso. Y a continuación llevé la redoma a su camarote.

—¿Qué estamos haciendo? —me preguntó Mefi, tan pegado a mis talones que casi me hizo tropezar—. ¿Estamos ayudando?

Nos estábamos ayudando nosotros mismos.

—Sí.

Metí la redoma en el arcón y después fui a tomar la que había escondido junto al colchón.

—¿Por qué no estás en la cubierta?

Retiré la mano y me volví, y me encontré con Lin en la puerta. ¿Sería capaz de ver cómo me latía el pulso en el cuello, como si la sangre quisiera escaparse de mis venas? Rápido. Sé rápido, Jovis. Había hablado con aquel guardia en cubierta, en eso no podía mentir.

—Estaba, pero he vuelto aquí.

—Has vuelto a mi camarote.

Tragué saliva, y no tuve que fingir el temblor de mi voz.

—A esperaros. No me apetece nada mirar boquiabierto la tragedia. Sobre todo, después de lo sucedido con Cabeza de Ciervo.

Lin comprendió, y suavizó su expresión.

—Debe de ser un terrible recordatorio.

Lo era. Había estado tan concentrado en sustituir la redoma que en realidad no me había parado a pensar lo que significaba el hundimiento de Luangon. Entonces me vino de nuevo el olor a polvo de los edificios que se derrumbaban, sentí el eco de los gritos de la gente aterrorizada, vi el humo que se elevaba de lo que antes había sido Cabeza de Ciervo. Los había dejado morir a todos y me había salvado yo. Y había salvado a Mefi.

Respiré hondo. Estaba respirando aire, no agua de mar. No me encontraba atrapado en Cabeza de Ciervo en el interior de un edificio, viendo cómo el agua se elevaba por encima de mí. Lin estaba yendo de nuevo hacia su arcón y sacando la caja de redomas.

—Tienes razón. Ragan luchó a nuestro lado en Hualin Or. Pero no estoy convencida de que sea un amigo. Aquí es mucho lo que hay en juego. Necesito información.

Sacó la redoma, le quitó el tapón y dejó que el líquido entrara en su boca.

No supe con certeza qué me irritaba más: mis mentiras o el hecho de que bebiera de todas formas de la redoma. Gio me había advertido que la emperatriz justificaría el uso de sus poderes, y no quise que eso fuera verdad.

Lin hizo una mueca y se quedó mirando la pared. Parpadeó. Se llevó la redoma a los labios y bebió otra vez.

—Esto no sabe como tiene que saber —murmuró examinando el líquido que había dentro de la redoma—. ¿Se me habrá olvidado algún ingrediente? ¿O será que había que decir algo aparte del nombre de la persona? También es posible que no pueda añadir sangre de Thrana sin más. O que la máquina le hace algo más que simplemente extraérsela de las venas.

—¿No ha funcionado? —Ya sabía yo que no, pero fingí tanta sorpresa como pude.

Lin volvió a poner el tapón a la redoma y la metió en la caja.

—Los recuerdos que veo son aleatorios. Cuando vi los recuerdos de mi padre utilizando esa máquina, no vi el proceso entero. Ha debido de escapárseme algún paso crucial. —Miró la caja de redomas—. ¿Será eso?

—Habéis dicho que encontrasteis una espada.

Lin se rehízo.

—Sí.

De nuevo se inclinó sobre el arcón, y tomó una espada. Por su rostro cruzó un gesto de extrañeza.

Yo había manipulado demasiadas cosas suyas, me había acercado demasiado a ser descubierto. ¿Habría notado Lin alguna diferencia entre esa espada y la que encontró ella? Además, la redoma continuaba escondida entre el colchón y la pared; iba a tener que recuperarla.

Pero en ese momento Lin se puso de pie.

—Esta es la espada que encontré. ¿Se parece a la que tenía Kafra?

La tomé de sus manos sintiendo un pitido en los oídos. ¿Podía uno morirse porque el corazón le latiera demasiado deprisa? Ordené a mis manos que se aquietaran y a mi respiración que se calmase, y pensé en el ataque sufrido en la casa de Kafra. Él había levantado el cordel que envolvía la empuñadura para mirar algo.

—¿Tenéis un cuchillo?

No me preguntó el motivo, y supuse que eso quería decir que se fiaba de mí. Sacó un cuchillo de su fajín y me lo lanzó por el aire. Lo atrapé al vuelo, clavé la punta debajo del cordel de la envoltura y lo rasgué. Ya estaba viejo y deshilachado, así que no tuve que esforzarme mucho.

La empuñadura de la espada era lisa y blanca como la hoja. Pero no estaba lisa del todo; tenía algo grabado en su superficie.

Se me congeló la sangre en las venas. Eran letras, similares a las que había visto yo en el libro de los alanga.

Con los labios entumecidos, le mostré la espada a Lin.

—Mirad esto. —Sentía la lengua como si no fuera mía.

Lin, con el ceño fruncido, se puso a mi lado, tomó la espada y la acercó a la luz.

—Es una orden.

—¿Qué es lo que dice?
Me miró a los ojos con un gesto de terror.
—Muere.

Capítulo 35

Nisong

Una isla al este de Luangon

La luz adquiría un tono rojizo al atravesar los párpados de Nisong. Abrió un ojo mínimamente. Le picaban la nariz y la garganta, sentía los brazos muy cansados y el tobillo izquierdo dolorido. El dolor significaba que aún estaba viva.

Porque no esperaba estar aún viva.

Abrió un poco el otro ojo y notó las costras de sal que tenía en las mejillas. A modo de experimento, movió una mano y encontró arena mojada bajo las yemas de los dedos. ¿Cuánto tiempo habría permanecido inconsciente? ¿Dónde estaba el barco? ¿Dónde estaba Hoja?

Ese último pensamiento fue el que la hizo despertar del todo. La inundaron los olores del humo y del agua de mar. Se incorporó hasta quedar sentada y descubrió que el mundo se había transformado en una pesadilla. Un nubarrón negro pendía donde antes había estado Luangon. A su alrededor, la playa estaba sembrada de trozos de madera, enseres domésticos tanto intactos como rotos, velas rasgadas y cadáveres. Muchos cadáveres. Salpicando la orilla, bultos en la arena, las olas lamían suavemente sus extremidades y llevaban a alguno de acá para allá en las zonas poco profundas.

Entre los cadáveres había peces, animales de granja, criaturas marinas atrapadas en los últimos estertores de una isla que se hundía. La playa entera empezaría a oler mal al día siguiente. Ya había gaviotas picoteando los restos.

Nisong tosió. La mitad de los abalorios de su túnica habían desaparecido, uno había quedado incrustado en su brazo. Se lo arrancó, lo arrojó a la arena y se apretó la mano contra la herida gruñendo por el dolor.

—¡Hoja! —llamó con voz ronca.

Nadie le respondió. Después de los crujidos y el retumbar de la isla al hundirse,

aquella playa resultaba fantasmal de tan silenciosa, tan solo se oían los graznidos de las gaviotas y el batir de las olas contra la orilla. El desastre había llegado y se había marchado, y entonces, una vez pasado, estaba sola.

Se incorporó con un esfuerzo y probó el tobillo. No estaba roto, solo le dolía. Recordó habérselo golpeado contra el costado del barco cuando se vio lanzada por la borda.

—¿Nisong?

Se giró y vio a Coral en los árboles que crecían donde terminaba la playa, acompañada de dos constructos de guerra. Sintió una oleada de alivio. Coral echó a correr hacia ella por la arena esquivando los cadáveres y agarró a Nisong de los codos antes de que se desplomara.

—¿Estás bien?

¿Cómo iba a estar bien? Ya no volvería a estarlo nunca. El mundo se había abierto y se había tragado Luangon. Se había tragado a Hierba. Dejó que Coral la sostuviera, no muy segura de si lo que le corría por la cara eran lágrimas o agua de mar.

—Intenté salvar a Hierba.

Coral le frotó la espalda. Fue lo mismo que hizo su hermana en cierta ocasión, cuando ambas eran jóvenes y sus padres la reprendieron a ella. Coral también sabía que el enebro la ayudaría a concentrarse, que no había podido concentrarse al pensar en Shiyen.

—Conservas algunos de los recuerdos de Wailun, ¿verdad? —dijo Nisong.

—Sí —respondió Coral con sencillez—. No tantos como tienes tú de Nisong, me parece, pero los tengo. Sigo siendo Coral. No soy ella.

Nisong no pensaba con claridad. Le dolía mucho la cabeza y escupió más agua de mar. Después se limpió la boca con una manga mojada que sabía a sal.

—Hoja —dijo—. Tenemos que encontrarlo.

Coral ordenó a los dos constructos de guerra que se pusieran a buscar y ayudó a caminar a Nisong. Esta, tras dar unos cuantos pasos, se zafó de su mano y decidió que no la necesitaba. Aún le dolía el tobillo y todo lo demás, pero era capaz de mantenerse en pie por sí sola.

—Poco a poco van llegando supervivientes de Luangon —le dijo Coral—. Dijiste que ya estaba bien de muertes por un día, y yo estoy de acuerdo contigo. Los hemos dejado solos. Algunos están montando campamentos en un claro que hay cerca de la ciudad. Hemos juntado las reservas de víveres y les hemos dejado unos pocos a ellos.

Eso era mucho más de lo que habría hecho ella, porque era mucho más de lo que habría hecho cualquiera de aquellos refugiados por un constructo. Pero lo dejó estar. Necesitaba encontrar a Hoja. Tenía recuerdos de cómo pilotar un barco, y seguramente también se acordaba de nadar. Si ella había sobrevivido a la ola procedente de Luangon, no podía imaginar que Hoja no hubiera hecho lo mismo. Ella había salido lanzada por la borda, pero a lo mejor él había logrado quedarse dentro del barco. A lo mejor había regresado navegando y ahora la estaba buscando a ella. Dejó que la esperanza floreciera en su pecho.

Hallaron su cadáver junto a la serpiente marina.

Primero vio a la serpiente marina, cuyo torso culebreaba por la arena semejante

a la raíz de un árbol gigantesco. Sus escamas verdiazuladas resplandecían débilmente bajo el cielo nublado, y cada una de sus garras era más grande que la propia Nisong. La proa de un barco había atravesado dos de las anchas escamas de su vientre. La cabeza estaba caída hacia atrás, los cuernos y las crines se hallaban semienterrados. De la herida rezumaba sangre que manchaba de rojo la arena circundante.

Acudieron a su mente recuerdos vagos de una ocasión en que la mordió una cría de serpiente marina que no era más larga que su antebrazo. Tenía unos dientecillos blancos y afilados. Eran pocas las serpientes marinas que llegaban a hacerse adultas, y las que lo conseguían rara vez acababan muertas en una playa, porque no había muchas cosas que pudieran matar a una serpiente marina hecha y derecha.

Entonces oyó que Coral lanzaba una exclamación ahogada y vio la frágil figura acurrucada en la arena, al lado de la serpiente.

Hoja siempre había sido delgado y larguirucho. Cada vez que aspiraba una fuerte bocanada de aire, se le marcaban las costillas; sus pómulos se elevaban por encima de su mentón como si fueran dos escarpados precipicios. Sin pensar, se arrodilló junto a él y lo movió, le dio la vuelta, buscó su aliento.

Tenía la piel fría y los labios azulados.

Primero Caracola, después Fronda, luego Hierba. Y ahora, Hoja. En un mismo día. Le dio un golpe en el pecho con el puño, deseando que su corazón volviera a latir. ¡Hoja sabía nadar! Se suponía que se pondría a salvo.

Hoja no se movió, no respiró, no escupió agua de mar.

Coral vino junto a ella.

—¿Hierba está…?

Nisong cerró los ojos.

—No, ella también ha muerto.

Coral se arrodilló en la arena al lado de cuerpo de Hoja. Durante unos momentos, las dos se quedaron mirándolo sin más, como si la esperanza y la pena pudieran devolverle la vida.

—Ya solo quedamos tú y yo —le dijo Coral.

—Hay otros…

—Ya sabes a qué me refiero.

Nisong lo sabía. Si Coral, Hoja, Hierba, Fronda y Caracola habían sido su familia, entonces lo único que le quedaba era Coral.

—Le dije que cuidaría de él. Le dije que lo mantendría a salvo. —Le mintió.

—Nisong. —Coral la tocó en el hombro, y la ternura que transmitía su voz hizo que a Nisong le brotaran lágrimas en los ojos, que ya estaban llenos de agua—. Ya hemos llegado lo bastante lejos. No es necesario que recorramos todo el camino. Tú has hecho mucho por los constructos.

Nisong tenía la sensación de que lo que había hecho era llevarlos a la muerte. Tenía que haber una razón para ello, debía hacer que sus muertes tuvieran algún valor. Si se retirasen, los habría perdido a todos por nada.

Debajo del palacio había un Shiyen dormido que la estaba esperando a ella. Aquel era su sitio. Allí era donde debía estar.

Respiró hondo, pensó en su hermana y hundió la mano en el pecho de Hoja. Las

esquirlas chocaron con sus dedos, arracimadas, subiendo por los brazos de Hoja. Con la pena en la garganta, fue sacándolas a puñados y aguardó a que Coral las fuera recogiendo en la bolsa que tenía junto a sí. Los recuerdos que tuviera Hoja desaparecerían, pero sus esquirlas podrían utilizarse para otros constructos nuevos.

Coral cerró la bolsa.

—Puedes ordenar a unos cuantos constructos espías que les digan a los demás que vuelvan a casa. Podemos construir algo a partir de las islas que ya hemos conquistado. Dijiste que Maila era una cárcel, pero no lo es. La cárcel era la niebla mental.

Hasta el momento habían conquistado cuatro islas. En lugar de arrasar el Imperio, podían quedarse allí. Podían atrincherarse y fortalecerse. Una vez libres de sus órdenes, ya no tendrían necesidad de llevar a cabo tareas absurdas. Todos podrían analizar tranquilamente sus recuerdos, averiguar quiénes habían sido antes y quiénes querían ser en el futuro.

Nisong fijó la vista en el horizonte, hacia el punto en el que sabía que se encontraba Imperial. Había lanzado esta campaña buscando justicia. Su deseo había sido que el Imperio pagase con sangre por los errores que había cometido. Pero quedaban muy pocos. Apoyó una mano en el cuerpo de Hoja.

Si continuase con esta campaña, perdería al resto. Su sitio no estaba con Shiyen, en el corazón del Imperio, sino aquí, con los constructos. No eran lo bastante numerosos para llegar a Imperial. No eran lo bastante numerosos para llegar ni a la próxima isla. Se secó las lágrimas de los ojos.

—Tienes razón —dijo—. Di a los constructos que vuelvan. Nos quedamos.

Coral se incorporó y se sacudió la arena del vestido.

—Esta noche incineraremos su cuerpo. Solas tú y yo.

Un rayo del sol del atardecer se filtró entre las nubes y se reflejó en el mar y en las escamas de la serpiente. Nisong lo miró entornando los ojos. Si querían hacer de este sitio un hogar, les esperaba mucho trabajo. Les llevaría días retirar todos los escombros y los cadáveres. Suspiró.

Todos los cadáveres.

Personas, sí, pero también monstruos y criaturas. Cuánta carne esperando a ser utilizada, reanimada, puesta a su servicio.

—Coral. —Echó una mano hacia atrás y agarró la muñeca de Coral antes de que esta pudiera marcharse—. Espera. Esto no tiene por qué ser el final. No tenemos por qué dar media vuelta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Coral con cautela.

—Toma los constructos de guerra. Regresa a la ciudad. Congrega a todos los supervivientes en el patio del palacio, todos los que quepan en él.

—Se está haciendo tarde… —Coral no terminó la frase.

—Y precisamente por eso necesito comenzar ahora mismo —replicó Nisong. Le dolían las muertes de Hierba y Hoja, pero con los cielos de tormenta llegaba una lluvia muy necesaria. Aquellos cadáveres, tanto de monstruos como de humanos, le bastarían para atacar las siguientes islas. Si consiguiera tomar Gaelung, ganaría una posición fuerte en el Imperio.

Caracola, Fronda, Hoja y Hierba no habrían muerto por nada. Habrían muerto por desatar la venganza sobre aquel Imperio y construir los cimientos de otro

nuevo.

Nisong se puso de pie. Necesitaba cambiarse de ropa, bañarse para quitarse el agua salada del cuerpo. Y después podría comenzar el trabajo.

Capítulo 36

Phalue

Isla de Nephilanu

Phalue se removía en su asiento del vestíbulo de entrada, siempre insegura de si debía inclinarse hacia delante o recostarse hacia atrás. No tenía la impresión de haber nacido para permanecer sentada, pero sabía que su estatura podía resultar intimidatoria, y quería que los peticionarios siempre dijeran lo que pensaban.

No tenía necesidad de haberse preocupado tanto.

—… ¿Y qué se supone, por el mar Infinito, que debo hacer con ellos, sai? Soy un buen hombre, les di de comer cuando llegaron, pero ya llevan aquí un tiempo excesivo. Tengo una familia propia a la que alimentar y necesito ganarme la vida. No pueden quedarse.

El hombre que tenía delante era el último peticionario del día, y había ido desde una aldea situada en el lado oriental de la isla. No era poco trecho, y él no era el único que había hecho ese viaje. Todo el perímetro del vestíbulo estaba tomado por peticionarios; a algunos ya los había despachado, pero había adquirido la costumbre de que todos recibieran una buena comida antes de marcharse, de modo que estaban esperando para ir a las cocinas. Era lo menos que podía hacer.

—No tienen otro sitio adonde ir —repuso Phalue.

A las costas de Nephilanu habían ido llegando unos pocos supervivientes desperdigados de la isla de Unta, en busca de un lugar donde establecerse. Más de los que había esperado Phalue, dada la distancia que había desde su isla. Pero Nephilanu no poseía ninguna mina de rocasabia, y supuso que eso atraía a muchos.

—¿No es deber del gobernador hacer cumplir las leyes? Se trata de una tierra que es *mía*. Mandad a vuestros guardias a expulsar a los refugiados.

Oyó un crujir de cuero: eran los dos guardias que tenía a la espalda, que cambiaban de postura. Había sido un día muy largo, y sin duda estarían deseosos

de que terminase. Le vino a la memoria una cita de *Tratados de igualdad económica*, uno de los libros que Ranami le había dicho que leyera: "Las leyes nos dicen lo que no podemos hacer; no nos dicen lo que deberíamos o no deberíamos hacer". Aquellas personas no habían dejado por voluntad propia sus hogares, sus pertenencias y todo aquello por lo que habían trabajado.

—Sí, ese es mi deber. Pero no es culpa de esas personas que estén en tu tierra.

—Pues tampoco es culpa mía. —El hombre se cruzó de brazos y adoptó una expresión de enfado—. Y aun así lo estoy sufriendo yo.

Phalue pensó en la lista y reordenó mentalmente las cosas. Ranami, que estaba sentada a su lado, le tocó el brazo. Phalue supo con toda exactitud lo que estaba intentando transmitirle. Habían conseguido enviar unos cuantos cargamentos de anacardos a las islas más pobres, escondidos en cajas de fruta. Las islas más pobres no pagaban tanto como Imperial, pero aun así pagaban. Phalue se podía permitir ser generosa.

—Supongo que tú no serás el único que sufre ese problema, ¿no? —preguntó.

—En efecto, en las tierras de mis vecinos también hay refugiados —respondió el hombre.

—Enviaré trabajadores a despejar más tierras, construir albergues y dar de comer a los refugiados. A toda familia refugiada le será adjudicada una tierra propia, de ese modo saldrán de la tuya. Todo quedará hecho en el plazo de los diez próximos días. ¿Cumplo así con mi deber?

Ranami tomó nota en el cuaderno que tenía en el regazo. Llevaba la cuenta de todas las promesas que Phalue iba haciendo durante esas sesiones.

El peticionario suavizó la expresión.

—Sí. Gracias, sai.

Una mano le dio un apretón en el codo. Ah. Se le estaba olvidando una cosa, una cosa que Ranami era más capaz de ver o de entender. Aquel hombre no había dado media vuelta ni se había retirado caminando hacia atrás como los demás. Ahora que Ranami se lo señalaba, Phalue advirtió la tensión que aún mostraba en las comisuras de la boca. Sería mejor abordar el tema ya mismo, en vez de dejarlo fermentar.

—¿Hay alguna otra cosa que te preocupe?

El hombre apretaba los labios como si estuviera haciendo un esfuerzo por no hablar, pero al final no pudo contenerse.

—Si Nephilanu se hunde, ¿nos abandonaréis aquí?

Phalue tuvo la sensación de que se la había tragado la tierra. Alguien había filtrado la información acerca de la ruta de escape, y no solo a la ciudad, sino al resto de la isla.

Los peticionarios aún presentes en el vestíbulo se agitaron igual que las olas que rompen en la orilla, murmurando unos con otros. Nadie estaba lo que se dice sorprendido.

—Nephilanu no se hundirá —replicó Phalue intentando proyectar seguridad en sí misma.

—Entonces, ¿por qué tenéis un plan de escape por si acaso? —voceó uno de los peticionarios.

Phalue notó que se le acumulaba el sudor entre los omóplatos. Ranami no la

agarró del brazo, pero aun así percibió, por su postura, que estaba más tensa que la cuerda de un arco. Se notaban en el ambiente una consternación y una furia que hervían a fuego lento, a punto de estallar a la menor provocación y lanzar la tapa de la olla por los aires. Su padre habría hecho ir a sus guardias y les habría ordenado que desalojaran a los peticionarios por la fuerza. Su padre ni siquiera habría recibido a ningún peticionario.

Ya casi se disponía a hacerlo, solo para darse un poco de espacio para respirar, un poco de tiempo para pensar en una reacción apropiada.

La ley estaría de su parte, pero las leyes las había hecho su padre. Tal vez hubiera llegado el momento de deshacer unas cuantas. Deseaba que su pueblo la amase, no que la temiese. Ella no era su padre, y las cosas continuarían así.

Carraspeó.

—Tenéis razón. He planeado un escape. Pero la forma en la que lo he hecho ha sido errónea. —Su voz se extendió por todo el vestíbulo y acalló los murmullos—. No quería que cundiera el pánico, pero también quería tener algo pensado para lo peor, solo por si acaso. Fue un error por mi parte mantener dichos planes en secreto. Lo cierto es que no debemos dejarnos llevar por el pánico. Las islas que se han hundido poseían minas de rocasabia. Es la única teoría que tenemos hasta el momento para explicar por qué se han hundido. Nephilanu no posee ninguna mina. Pero podemos prepararnos sin caer presas del pánico. Debería haber dejado claras mis intenciones. No debería haber hecho de ello un secreto. Creí que actuando así reduciría el pánico, pero en vez de eso lo he acrecentado. Y por ello pido disculpas.

Un palillo de comer que hubiera caído al suelo habría resultado un ruido ensordecedor, así de silenciosa se había vuelto la estancia. Phalue supuso que nunca habían visto a un gobernador pidiendo disculpas. Desde luego, ella no tenía noticia de que lo hubiera hecho su padre.

—Todo el mundo debe prepararse —prosiguió—. Tomaré las instrucciones que hemos elaborado y las repartiré. —Sintió que Ranami la estaba mirando; su esposa tardó unos instantes en tomar nota de aquella promesa—. Intentad adquirir rocasabia. Averiguad qué ruta tomaríais al navegar. Tened preparada una embarcación o un pasaje a bordo de un barco. Lo más probable es que no tengamos necesidad de hacer uso de esas precauciones, pero vivimos tiempos difíciles, y todos debemos ser precavidos.

—¿Y creéis que con eso basta? Nos habéis mentido. —La mujer que habló tenía un aspecto desaliñado.

Phalue se fijó en el cuchillo que llevaba en el cinto. Teniendo a Tythus y a tantos guardias a su alrededor, no se le había ocurrido registrar a los peticionarios por si portaban armas. ¿Cuántos otros llevarían encima un cuchillo? Luego se le ocurrió otra cosa: ¿cuántos habrían sido colocados por los pocos sin esquirlas?

La mujer se volvió hacia la multitud.

—¿Soy la única que se acuerda de cómo eran las cosas cuando gobernaba su padre? Esto es algo que podría haber hecho él.

Varios más murmuraron haciendo gestos afirmativos.

Phalue comenzó a hacer cálculos mentales. Se había quitado la espada antes de sentarse, y solo con inclinarse un poco podría alcanzarla. ¿Cuánto tiempo le llevaría? Los dos guardias que tenía detrás eran reclutas jóvenes; a los mejores los

había enviado a dar caza a los constructos.

Sintió el calor de la mano de Ranami en el brazo. Llegado el caso, protegería a su esposa con su vida.

La mujer sacó su cuchillo y saltó hacia delante.

Phalue se levantó para salir a su encuentro. Esquivó el cuchillo agachándose y cargó, rodeó a la mujer con los brazos y la tiró al suelo.

Un agudo pinchazo en el hombro le dijo que no había evitado completamente el arma. A su alrededor estalló un revuelo de gritos, chillidos y carreras. La mujer a la que había reducido forcejeaba intentando usar el cuchillo. Phalue la aferró por la muñeca y se la estampó contra el suelo una vez, dos, hasta que ella abrió los dedos. Entonces le arrancó el cuchillo de la mano y se incorporó.

Los guardias estaban ocupados con otros dos peticionarios armados con armas blancas.

—¡No los matéis! —les ordenó, pero ellos no pudieron oírla a causa del griterío. Todo terminó en cuestión de unos instantes, los dos peticionarios fueron rematados por los guardias. La mujer del cuchillo había huido, el vestíbulo se había vaciado.

Ranami corrió a su lado y le examinó la herida del hombro.

—Solo es un corte superficial —dijo.

—¡Por las pelotas de Dione! —juró Phalue. Soltó el cuchillo, que cayó con estrépito sobre las baldosas del vestíbulo. El corte sería superficial, pero aun así dolía. Sin embargo, lo que más dolía era lo que había dicho la mujer—. Qué desastre. No era mi intención que resultara nadie herido.

—Dudo que fueran auténticos peticionarios —repuso Ranami haciéndose eco de lo que ya había pensado Phalue.

—Podrían serlo. Y ahora están muertos. —Le llegó el olor de la comida que se estaba preparando en las cocinas. Unos cuantos peticionarios se habían quedado en el patio, pero la mayoría habían huido. Tendría que decir algo a ese respecto, tranquilizarlos a todos para que supieran que dentro de los muros del palacio estaban a salvo—. Llevad los cadáveres al almacén —ordenó a los guardias—. Si para cuando se haga de noche no los ha reclamado nadie, quemadlos con enebro.

Llegó un individuo procedente del exterior, todavía goteando agua de lluvia. ¿Otro peticionario? Pero cuando se echó atrás la capucha de su capa engrasada, Phalue vio que era la mensajera de la ciudad.

—Una misiva —dijo acercándose a Phalue—. Viene marcada como urgente, se ha recibido justo esta mañana.

Introdujo la mano en su bolsa y sacó una carta, el borde mojado por sus dedos.

Phalue la cogió y le dio la vuelta para que Ranami pudiera ver lo que estaba escrito en el sobre. Procedía de Gaelung. ¿Por qué le enviaba Gaelung una misiva urgente? Rompió el sello y abrió la carta.

Ranami se quedó aguardando mientras ella leía el contenido sintiendo cómo el corazón se le aceleraba con cada renglón.

—Nada bueno —concluyó Phalue—. El ejército de constructos está avanzando en dirección a Gaelung. La emperatriz ha prometido enviar ayuda, pero me parece que todos sabemos en qué estado se encuentra el ejército del Imperio. Los nuevos reclutas habrán recibido tan solo un entrenamiento mínimo, no sabrán manejarse en una batalla. Y no van a ser suficientes para compensar la falta de constructos. Y

se ha hundido otra isla más.

—¿Otra más? ¿Qué? —Ranami se acercó para leer la carta por sí misma.

—La buena noticia, si es que podemos considerarla así, es que esa isla también tenía una mina. De modo que, si la emperatriz ha dicho una mínima parte de verdad, es posible que Nephilanu esté a salvo. Pero esta carta no es puramente informativa; la gobernadora de Gaelung nos pide que enviemos ayuda. Aparte de la súplica a la emperatriz.

Le tendió la carta a Ranami y esta la tomó.

—Si no envías ayuda, Gaelung caerá y el ejército de constructos se extenderá por el Imperio. El tono es de desesperación.

—Si el ejército de constructos se ha hecho tan grande como dice ella, y ya ha tomado todas las islas que hay antes de Gaelung, comprendo que esté desesperada.

A Phalue, los constructos rebeldes le parecían un problema lejano, que estaba en el otro extremo del Imperio, unas criaturas que habían quedado abandonadas tras un cambio de régimen. Había tenido otras muchas cosas de las que preocuparse, más próximas. Gio, los pocos sin esquirlas, los anacardos, las islas que se hundían, la propia emperatriz. Hasta la tarea de desmantelar la fuente de los alanga le había parecido más urgente. Puso un gesto preocupado.

—¿Tenemos algún tratado o acuerdo con Gaelung?

Su esposa también puso un gesto de preocupación.

—No lo sé con seguridad. Tu padre no era cuidadoso a la hora de organizar sus documentos, y tampoco la gente que trabajaba para él. Pudo ser algún acuerdo informal que no quedó registrado por escrito. Ya sabes cómo era tu padre.

—Él y los suyos —repuso Phalue. Se pasó una mano por el pelo y lo notó húmedo a causa del sudor en la frente y en la nuca—. ¿Te importa decir a los que se han quedado que todavía recibirán la comida, ofrecerles un poco de consuelo y una disculpa? Yo tengo que ir a preguntarle a mi padre.

—No tienes por qué.

Pero Phalue ya estaba dirigiéndose a las cocinas y al sótano. En cuanto abrió la puerta, sus sentidos se vieron asaltados por una multitud de ruidos y olores. Los sirvientes iban y venían preparando comida para los peticionarios, principalmente cosas que pudieran comerse con la mano: tartaletas de huevo, panecillos hechos al vapor, empanadillas de arroz, tajadas de pollo. Phalue penetró en aquel caos y de pronto se quedó petrificada.

Un sirviente estaba saliendo del arco que conducía al sótano.

No era la hora de ninguna de las comidas de su padre, y ella tampoco había ordenado a nadie que le atendiese. Aguardó hasta que el sirviente hubo vuelto a ocuparse de una olla, después entró de lleno en la cocina y se encaminó hacia la escalera. Aquello era algo que habría hecho Ranami, no ella. ¿Se le estaría contagiando el carácter suspicaz de su esposa?

La luz diurna fue dando paso a la de las lámparas a medida que iba bajando la escalera, que iban tiñéndolo todo de una tonalidad anaranjada. Encontró a su padre donde lo había dejado: en el interior de su celda, sentado a su escritorio, leyendo y bebiendo de una taza de té humeante. Levantó la vista cuando la vio acercarse.

—Alguien acaba de estar aquí —dijo Phalue haciendo un esfuerzo por mantener

un tono neutro.

Su padre tomó la taza.

—He pedido un té, y un sirviente me lo ha traído.

Era una explicación bastante razonable. Ella no había ordenado a los sirvientes que lo ignorasen, que lo trataran mal ni que le denegaran todo lo que pidiese.

—¿Cómo está tu salud?

Tosió dentro del codo.

—Igual. Pero no has venido para preguntarme eso, ¿verdad?

No tenía problema en ir directa al grano, se le daba bien.

—¿Tenemos alguna clase de acuerdo con Gaelung? Tus papeles no se puede decir que estén muy ordenados.

—¿Lo preguntas por algún motivo?

Phalue sintió una vibración de malestar que le erizó el vello de la nuca. ¿Para qué necesitaba saber eso su padre? Se pasó una mano por el cuello para suprimir esa sensación. Ranami la estaba contagiando. Su padre estaba encarcelado, no podía hacer gran cosa desde una celda.

—Gaelung está pidiéndome ayuda. El ejército de constructos se aproxima a sus costas y la emperatriz no puede proporcionarle protección suficiente. Quieren que enviemos a nuestros guardias a que ayuden a incrementar sus defensas.

Su padre miró el té de su taza como si con mirarlo fuera a convertirse en vino.

—No tenemos ningún acuerdo con Gaelung. Deben de estar desesperados para decir implícitamente que tal vez lo tengamos. Apostaría a que han enviado esa misma carta a todas las islas que han podido, con la esperanza de que las que no se sientan obligadas con la emperatriz quizá se sientan obligadas con ellos. Nadie más va a enviarles ayuda; ¿por qué debería hacerlo Nephilanu? Estaríamos enviando a los nuestros a la muerte.

En ocasiones, Phalue se preguntaba si pedía consejo a su padre simplemente para saber lo que no debía hacer o para poner a prueba le firmeza de sus propias convicciones.

—Pero Gaelung lleva razón: si el ejército de constructos toma la isla, ¿qué impedirá que a continuación quiera tomar Hualin Or? ¿O Imperial? Terminará llegando a Nephilanu.

Su padre desechó esa idea con un gesto de la mano.

—Y estaremos preparados para recibirlo. —Miró su taza arrugando la frente—. ¿Existe alguna posibilidad de que me saques de aquí? Hasta una habitación cerrada del palacio tendría menos humedad. —Como para hacer hincapié, tosió de nuevo contra su manga.

Phalue apretó los dientes.

—Diré a los sirvientes que te traigan más té.

Por lo menos, ahora sabía que no tenían ningún acuerdo con Gaelung, aunque no estaba segura de que eso fuera a servir de algo. Habría sido fácil responder si ya existiera una obligación para con ellos. Al no haberla, tenía libertad para decidir por sí misma.

Aunque no se sentía precisamente libre al respecto.

—Yo solo quiero que no te ocurra nada malo, cielo —dijo su padre—. No te metas en ese conflicto. No sirve de nada ayudar a otros si con ello vas a acabar

perdiendo tú la vida.

Era como si estuviera aflorando a la superficie toda la rabia contenida a lo largo de los años. Su padre siempre había mirado primero por su propio placer. ¿Para qué se había molestado en bajar allí a pedirle consejo? En su fuero interno, ya sabía lo que era correcto.

—No.

—No ¿qué?

—Te equivocas. Creía que entendías mejor que yo la política, pero no es verdad. No la entiendes porque no entiendes a las personas que no son como tú. Y tampoco me entiendes a mí. No me entiendes en absoluto. No esperes volver a verme.

Dio media vuelta y lo dejó boquiabierto, incapaz de pronunciar palabra.

Al llegar a lo alto de la escalera, se tropezó con una niña, su cuerpecillo rebotó contra ella y estuvo a punto de caer al suelo. Phalue estaba tan ensimismada y furiosa que no veía por dónde iba. Agarró a la pequeña por los hombros para sostenerla y…

Ayesh.

Habían recibido más de un informe de los guardias de que Ayesh había regresado al palacio y había vuelto a marcharse llevando consigo lo que parecía ser un saco lleno. En este momento llevaba dicho saco echado al hombro, y la miraba con unos ojos tan grandes que corrían el riesgo de tragársele la cara.

—Hola —dijo Ayesh.

Phalue frunció los labios.

—¿Qué llevas en el saco?

Ayesh se soltó de las manos de Phalue.

—Solo comida.

—Sabes que mientras estés aquí puedes comer todo lo que quieras. ¿Para qué necesitas llevarte más?

—Me entra hambre. Nuestras sesiones de entrenamiento… —Lanzó un suspiro —. No solo tengo hambre aquí, también tengo hambre en casa.

¿Y dónde estaba su casa? Phalue no era Ranami, pero sabía oler una mentira cuando se la restregaban por la cara.

—De eso no me cabe duda. —Hizo ademán de tomar el saco.

La huérfana, de forma increíble, se escabulló y Phalue tan solo alcanzó a rozar levemente la tela de arpillera con los dedos. Acto seguido, echó a correr y salió de la cocina a tal velocidad que Phalue no pudo seguirla.

Ya sabía que la pequeña era rápida, pero no pensaba que lo fuera tanto. Por lo visto, la desesperación le daba a uno algo más que habilidad para redactar cartas razonables.

Se lanzó en pos de Ayesh sorteando a los sirvientes y abrió de un empujón la puerta de la cocina.

—¡Ayesh, espera!

La pequeña dudó solo un instante al oír su nombre, luego siguió corriendo y se perdió por el pasillo más rápida que una ráfaga de viento. Era como perseguir un pez a través del océano.

Para cuando llegó a la puerta que daba al patio, Ayesh ya estaba abriéndose

paso entre los pocos peticionarios que quedaban y los sirvientes que portaban bandejas de comida. Robó un panecillo de una de ellas y se perdió de vista en la sombra de la puerta.

—¡Ayesh! —probó Phalue una vez más antes de detenerse.

Si Ayesh la había oído, desde luego no dio mostró ningún indicio de ello. De pronto se fijó en su mujer, que estaba de pie entre las columnas sosteniendo una acalorada conversación con un hombre que llevaba un parche en el ojo. ¿Gio se atrevía a mostrar la cara allí? ¿Y en aquel momento? ¿Habría ido únicamente a ver si su agitación de las masas había surtido efecto? Aquello era lo último que necesitaba en un día que había ido de mal en peor. Se sentía igual que un lobo suelto en el interior de una casa bien cuidada que iba haciendo pedazos todo aquello con lo que se tropezaba.

Entonces entendía el atractivo que tenía el vino para su padre.

Fue hacia ellos deseando haber tenido tiempo para volver a ceñirse la espada.

—… no debes olvidar de dónde procedes, ahora que vives en un palacio —estaba diciendo Gio.

—¿Cómo voy a olvidar que procedo de las calles, teniendo siempre a personas como tú que me lo recuerdan? —replicó Ranami.

—Has empezado a sacar de Nephilanu cargamentos de anacardos de contrabando —le dijo Gio—. No creas que no me he dado cuenta. Has incumplido tu parte del acuerdo. Así que no tengo ningún incentivo para continuar cumpliendo la mía.

—¿Por eso has mandado a gente a que asesinase a mi esposa? —Ranami dio un paso hacia él, retándolo a que retrocediera.

Gio negó con la cabeza.

—No sé de qué me hablas.

Ranami soltó un bufido de sorna.

Phalue hizo cuña entre ambos y los separó.

—Gio, no quiero tener ningún conflicto contigo, ni tampoco con tus pocos sin esquirlas. Sé que estás reuniendo a un grupo de rebeldes en Khalute, y sé que podrías causar daños de verdad en Nephilanu si quisieras.

—Pues suspende los envíos.

—Cuando asumí este cargo de gobernadora, lo hice sabiendo que quería gobernar de manera diferente de la de mi padre. No pienso preocuparme demasiado de mí misma y no lo suficiente de las demás personas. No puedo estar ciega ante el sufrimiento que producen mis actos. ¿Y qué me dices de ti, Gio?

Gio entrelazó las manos y adoptó una expresión seria.

—¿A qué te refieres?

—Si no hay aceite de anacardo, la gente muere de la tos de los pantanos. Y no serán los ricos los que lo sufrirán, ellos encontrarán la manera de obtener su medicina, de un modo o de otro. Serán los pobres. La gente que ya está viviendo de migajas.

Gio lanzó una breve risotada.

—¿Eso es lo que te ha dicho ella?

Phalue frunció el ceño.

—¿Quién?

—La emperatriz Te advertí que no la recibieses. A poco que se parezca a su padre, sabrá lo que hay que decir, pero eso no significa que tenga la razón. Dices que no quieres estar ciega ante el sufrimiento, ¿y ella? Lo único que tiene que hacer es abdicar, y el sufrimiento terminará.

La rabia de Ranami era como una llama viva en comparación con la de Phalue, se notaba el calor que despedía.

—Así pues, ¿deberíamos hacer que colisionaran nuestros barcos y decir: "No, primero aparta tú la proa del tuyo"?

La cicatriz de Gio palpitaba con los latidos de su corazón.

—Siempre hay alguien que queda atrapado, no se puede salvar a todo el mundo. Pero podemos salvar a más asegurándonos de que los Sukai sean depuestos. ¡Para siempre! ¿Prefieres esperar? ¿Esperar a que la emperatriz haya ganado fuerza, a que haya limado sus vulnerabilidades? Y después, cuando decida utilizar de nuevo su magia de las esquirlas o promulgar leyes nuevas, duras, ¿qué harás? No tenemos modo de combatir eso. Para luchar contra un enemigo fuerte, hay que hacerse más fuerte que él. Es la única manera de vencer.

Era Ranami la que la había metido por aquella senda, pero entonces la reclamó plenamente como suya propia. Y si la seguía hasta el final, hasta el meollo mismo, encontraba una verdad en la que creía: que tenía que haber otras maneras. ¿Cómo iba a aprobar las muertes de esas personas solo porque no eran su gente? La casualidad las había colocado en otra parte. Era más fácil imaginar a las personas que no conocía o no veía como seres menos importantes, pero eso no arreglaba las cosas.

—¿Y qué me dices de Gaelung?

La expresión de Gio cambió.

—¿Gaelung?

—Si estás al tanto de lo de los anacardos, seguro que sabes también lo de Gaelung. ¿O es que no te importa la difícil situación de las personas que viven más lejos? Han pedido ayuda. El ejército de constructos se dirige hacia sus costas con la intención de tomar la isla.

Gio hizo un gesto para olvidar el asunto.

—Que de eso se ocupe la emperatriz. Es responsabilidad de ella.

—Desbandó a los constructos de guerra y no ha creado ninguno nuevo. Su ejército es pequeño, y, aunque está reclutando, todavía no tiene suficientes soldados. Está pidiendo a las islas que aporten guardias, pero todas se muestran reacias a contribuir. Ahora, Gaelung está pidiendo además ayuda. Dicen que el contingente de constructos se ha incrementado.

—Bien. Que se peleen entre sí. Eso debilitará a la emperatriz, si no la elimina del todo.

La mano de Ranami buscó la de Phalue. Tal vez hubieran comenzado su relación en dos islas ideológicas distintas, pero habían encontrado el modo de reunirse. Y ahora estaban juntas. Siempre.

—Podrías ayudar a Gaelung si quisieras —le dijo Ranami a Gio—. Cuentas con suficientes pocos sin esquirlas como para marcar la diferencia. ¿No es eso lo que se supone que hacen los pocos sin esquirlas, ayudar a los desamparados?

—No hay revolución sin derramamiento de sangre. Ningún cambio se aplica sin

causar sufrimiento —replicó Gio con gesto duro—. Son muchos los pocos sin esquirlas que han muerto rescatando niños del Festival del Diezmo. Han muerto en incursiones lanzadas contra gobernadores, intentando llevar alimentos y medicinas a gente que los necesitaba. Quizás haya llegado la hora de que los habitantes de Gaelung hagan su parte. Al final, todos saldremos mejor parados de esto.

—Un cobarde no es aquel que no tiene miedo, sino el que propone a otros para que soporten un sufrimiento que no quiere soportar él —le dijo Phalue.

Gio soltó una risa burlona.

—¿Eso está tomado de los *Proverbios de Ningsu*? Por favor. Esa cita no viene al caso. Con gusto cargaría sobre mí el sufrimiento de los pocos sin esquirlas si pudiera.

Phalue sintió un intenso frío en el corazón.

—No has entendido lo que he querido decir. Los pocos sin esquirlas han aceptado voluntariamente ese sufrimiento. Pero los habitantes de Gaelung, no.

¿Cómo podía tener tanto veneno en la mirada un hombre con un solo ojo útil?

—Cuando hayas vivido tantos años como he vivido yo, quizá lo entiendas. No se consigue ningún progreso sin pagar un precio. Si eso es lo que opinas de mí, de ningún modo podemos trabajar juntos.

—Supongo que no —repuso Phalue en tono firme. Ya había quemado suficientes puentes por ese día, no importaba otro más.

—No pienses que no soy capaz de lanzar toda la energía de los pocos sin esquirlas contra Nephilanu. No pienses que no voy a ser capaz de aplastarte como aplasté al gobernador de Khalute. Porque te aplastaré.

Salió del patio con la energía de un huracán, despidiendo gotas de agua de lluvia con cada zancada.

—Ay, Phalue —dijo finalmente Ranami cuando Gio hubo desaparecido por el sendero—, tú nunca haces las cosas a medias, ¿a que no?

Capítulo 37

Lin

Algún punto del mar Infinito

Thrana despertó cambiada. Volvió en sí dos noches después de haber caído en su profundo sueño, y yo sentí un alivio enorme al tenerla de nuevo conmigo. Justo antes de que abriese los ojos, volvió la vibración a mis huesos, recuperé aquella fuerza sobrenatural. Si llegara el momento, si tuviéramos que tomar posiciones en Gaelung, yo contaría con la fuerza de ella. Y con los guardias de Chala. Cumplió con su palabra, redactó los documentos antes de que me fuera yo, me prometió guardias para dar apoyo al ejército. Ya había empezado a aprovisionar los barcos que los llevarían hasta Gaelung.

Tal vez deberían convertirse en gobernadores de forma inesperada más huérfanos de la calle.

Contemplé a Thrana, que estaba hecha un ovillo en el rincón de la bodega, echando una cabezada. A su lado se encontraba Mefi mordisqueando un hueso que le había dado el cocinero. Thrana, incluso enroscada sobre sí misma, ya ocupaba gran cantidad de espacio. El cambio más prominente había sido su tamaño. Ahora podía apoyar la cabeza en mi hombro estando yo de pie, y los cuernos se le habían desprendido para dejar paso a unos bultitos nuevos, de color negro, en la base del cráneo. Tomé los anteriores en mi mano, seguí sus espirales con el dedo, observé el blanco de la médula central. Toqué uno y cayó una pieza. La parte central estaba fragmentada.

—Puedes quedártelos —me dijo ella en tono solemne.

Yo, un poco triste por lo deprisa que había crecido, guardé aquellos cuernos en el arcón que tenía a los pies de la cama y un par de piezas del hueso en el bolsillo de mi fajín. Cuando tuviera la oportunidad, haría que grabaran en ellas alguna cosa que me recordase la época en la que Thrana era más joven y más pequeña.

—Nisong quiere que vayáis a Gaelung —estaba diciendo Jovis—. Y que entréis en batalla con ella. Personalmente.

Me pasé una mano por los ojos.

—Ya estaba yendo para allá.

Ninguno de los dos estábamos comiendo casi nada de nuestros respectivos platos. Pero es que hasta la más sofisticada de las tartas me habría sabido a polvo en ese momento. Nisong. Se burlaba de mí afirmando ser mi media hermana, intentaba desmoralizarme retirándome los puntos de apoyo y me atormentaba aterrorizando y asesinando a mis ciudadanos.

Jovis levantó una mano y empezó a contar con los dedos.

—Por si se os había olvidado, los barcos pueden dar media vuelta. Yeshan, vuestro general, ya casi ha llegado a la isla con vuestro contingente. Nisong os está esperando, y, sea o no un constructo, no parece ser tan tonta como para no tener preparado un plan.

Pinché un champiñón con el palillo deseando que fuera la cabeza de Jovis.

—Ojalá mis opciones fueran tan fáciles como tú las pintas.

El barco se inclinó bruscamente hacia un lado y yo atrapé mi cuenco antes de que acabara saliéndose de la mesa. Navegar durante una tempestad de la estación de lluvias no era para los que se mareaban con facilidad. La mayoría de los pasajeros, incluido Ragan, estaban acostados en sus camas, esperando a que pasara la tormenta. Yo tenía la suerte de que no me afectara, aunque tampoco tenía la facilidad de Jovis para andar por el inestable entablado del barco. No había dejado de sujetar su cuenco con un dedo.

Aguardó a que yo recobrara la compostura.

—Podría hacer lo que sugieres y ordenar que el barco dé media vuelta —le dije—. Podría regresar y esconderme en Imperial. Pero ¿qué mensaje transmitiría eso a los habitantes de Gaelung? Estaría llevándome conmigo a su héroe del pueblo y abandonándolos a ellos a su suerte. Tú puedes cambiar las cosas en esa batalla. Y Ragan también. Y si consigo que Nisong se enfrente a mí, si es un constructo, podría poner fin a todo esto. Soy la única que puede hacerlo. Llevar este barco a Imperial sería un acto egoísta y cruel. ¿Es eso lo que esperas de mí? —Al oír eso, Jovis puso cara de asombro, y yo suspiré—. Puedes juzgarme todo lo que quieras. *No* soy una tirana.

Arrojé mis palillos de comer sobre la mesa y procuré levantarme del banco con dignidad. En vez de eso, una nueva ola embistió el barco y me lanzó contra la pared.

Jovis alargó la mano, me agarró del brazo y me sujetó. Por un instante, su contacto me tranquilizó. Luego me rehíce, me zafé de su mano y me dirigí a mi camarote. La vida y su moralidad eran más fáciles cuando uno era un contrabandista. Jovis creía tener todas las respuestas, pero ¿cuándo había tratado él con la política?

—Lin, esperad.

Me giré de repente, retándolo a que volviera a tocarme.

Él alzó las manos para darme espacio.

—Puede que… —Lanzó un suspiro y apretó los labios—. Es posible que yo no entienda todo esto como lo entendéis vos. Lamento haberos llamado tirana. He

hecho cosas cuestionables que consideré necesarias en su momento, y pienso que puede que incluso fueran acertadas. Por lo menos, rara vez me cuestioné a mí mismo. Pero imagino que pensé que… si uno fuera emperador, no tendría que hacer lo mismo. Podría hacer que sucedieran las cosas correctas con un simple gesto de la mano.

El pasillo era demasiado estrecho.

—Eso es lo que el emperador quisiera que creyeras —repliqué con una sonrisa triste—. Porque, si nosotros no creemos que poseemos poder, nadie lo creerá. Los contrabandistas y los emperadores somos todos mortales al final. Ojalá no fuera así.

Jovis frunció el ceño y abrió la boca para decir algo.

Llegó otra ola, y me hizo pisarme el dobladillo de mis pantalones. Saqué las manos para no caer, pero terminé apoyándolas en el pecho y el hombro de Jovis. Él volvió a sujetarme, sus manos se posaron brevemente en mi cintura antes de agarrarme los codos.

—Sé que esto debe de resultaros frustrante, lo de intentar evitar que el Imperio se desmiembre. Hay demasiadas cosas que vigilar, y lo que menos os conviene es tener que dar explicaciones a un contrabandista de medio pelo.

—¿De medio pelo? —No me había soltado, y tuve que hacer un esfuerzo para hablar a pesar de la opresión que sentía en el pecho. Jovis no quería nada conmigo, tenía que acordarme de eso—. Creía que eras el contrabandista más grande que el Imperio había visto jamás. Según lo que he oído decir, al menos, eso es lo que dijiste a varios soldados de mi padre mientras huías de ellos.

Jovis se echó a reír ante mi tono sarcástico, sus ojos se clavaron en los míos y de pronto él también pareció quedarse sin respiración.

—Oh, que me trague el mar Infinito —dijo en voz baja—, soy un idiota. Y un embustero.

Sus manos habían vuelto a posarse en mi cintura, y me atrajo deliberadamente hacia él. Todos los nervios de mi cuerpo, solitarios, anhelantes, se relajaron y se recrearon en su calor, en la sensación de su aliento acariciando mi piel. No podía moverme, temerosa de alterar el momento.

—Lin —dijo hablándome muy cerca—, la verdad es que no sé quién sois. Os rodean muchos secretos, muchas habitaciones cerradas de cuyas puertas no tengo la llave.

Mi corazón se aceleró. Algunos secretos podían revelarse. Otros tenían que estar enterrados muy hondo para que ni yo misma pudiera admitir su existencia.

—Ya te he contado más de lo que le he contado a nadie.

Jovis dejó calar esa revelación antes de continuar:

—Lo siento.

—Eso ya lo has dicho —contesté pegada a él.

Dejó escapar un suspiro.

—Es verdad.

Permanecimos unos instantes unidos en ese abrazo, con el barco meciéndose a nuestro alrededor. Me resultaba más fácil mantenerme de pie. Estando tan cerca de él, sintiendo el ritmo y el balanceo de sus movimientos, previendo cada ola que nos mandaba el mar.

Jovis posó los labios en la línea del nacimiento de mi cabello y después en mi frente.

Y, aunque me causó dolor hacerlo, me aparté.

—Dijiste que había sido un error. Tal como me has recordado muy frecuentemente, yo soy la emperatriz, no el juguete de un contrabandista.

Sus labios se curvaron en una especie de sonrisa irónica.

—Tenéis una impresión muy rara de mí. ¿Pensáis que he tenido… juguetes? Excelencia, he tenido una esposa, que murió sin yo saberlo, y… —Se interrumpió. Me remetió un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja. Un gesto simple, pero realizado con tan cariño que me entraron ganas de llorar—. Dejadme que pruebe otra vez. Me estoy dando cuenta de que no puedo hacer planes para todas las contingencias, y no sé adónde va a conducir nada.

Una parte de mí se atrevió a abrigar esperanzas mientras las demás partes caían de cabeza dentro de la desesperación. Porque el Jovis al que yo había besado en la guarida del Ioph Carn estaba en lo cierto: aquello no podía conducir a nada. Me rompería el corazón yo misma.

—¿Cuánto dura una de estas tormentas?

Me giré de golpe y vi a Ragan, que estaba con una mano apoyada en la pared y tenía la cara pálida y sudorosa. Tardé unos momentos en orientar mis pensamientos; todavía estaban presos en la sensación de los dedos de Jovis en contacto con mi mejilla.

—Más o menos un día —respondió Jovis.

—Un día entero —repuso Ragan en tono inexpresivo.

—¿Por qué no haces un gesto con la mano y le ordenas que se calme? —le dijo Jovis. Me sentí gratificada al observar que lo dijo con un ligero tonillo de fastidio.

Ragan levantó un dedo.

—Si bien mis capacidades pueden verse incrementadas por las bayas del enebro de copas redondeadas, calmar una sección entera del mar Infinito quedaría fuera del alcance de cualquiera excepto tal vez Dione. Si la… —El barco volvió a zarandearse y Ragan cayó contra la pared contraria agarrándose el estómago con las manos.

Yo me agarré del picaporte de mi puerta para no perder el equilibrio.

—¿Todos los monjes del enebro son como tú? —le preguntó Jovis con un deje de irritación—. ¿Se te ha ocurrido pensar que el de Dione es un nombre que no deberías mencionar en la misma frase que tus capacidades? Ya es bastante fina la capa que nos protege.

—Deberíais dejar que la gente se acostumbrara a la idea —le dijo Ragan—. Tarde o temprano tendrán que aceptar la realidad. Nosotros no somos los únicos alanga que hay en este Imperio.

Otra ola agitó el barco, y Ragan cayó al suelo.

—¿Puedes ayudarlo a que vuelva a su camarote? —le pedí a Jovis.

—¿Puedo ayudarlo a que salte por la borda? —me respondió él apretando los dientes.

—Llévalo al camarote de los sirvientes, haz el favor —dije en tono desenfadado.

De mala gana, Jovis fue hasta Ragan para ayudarlo a levantarse.

—El té de jengibre ayuda —le dijo—. Y quedarse quieto. Procura dormir hasta

que pase.

A mi espalda se oyó un repiquetear de zarpas. Thrana se había despertado de su letargo. Me miró con ojos soñolientos, su corpachón llenaba todo el pasillo. Le tomé la barbilla entre las manos y le rasqué los pelillos que le crecían allí. Su tacto era como el de un diente de león. Se me calmó el pulso.

—Si continúas creciendo, ya no vas a caber en ningún barco —le dije.

Ella parpadeó.

—Pues entonces, nadaré.

Me hizo reír su sentido práctico.

—No sé cuánto tiempo aguantarías.

Me siguió hasta mi camarote y se acomodó junto a la ventana a esperar mientras yo encendía las lámparas. Ocupaba casi la mitad del espacio. Fue como meter a un poni en un dormitorio. Si hubiera sabido que Thrana iba a hacerse tan grande, me habría preparado mejor para aquel viaje.

Pero había asuntos más apremiantes que atender. No disponía de mucho tiempo antes de que llegáramos a Gaelung, y necesitaba estar preparada.

Fui hasta el arcón que estaba a los pies de mi cama, lo abrí y saqué la cajita de redomas. Tomé la redoma que contenía los recuerdos de mi padre. Thrana me observaba con cautela. Yo la miré también.

—No te parece bien que haga esto.

—Cuando regresas, no eres *tú* —respondió.

—¿No soy yo en este momento?

Thrana cambió de postura y agitó una oreja al tiempo que apoyaba el mentón en el suelo. Me miró con sus ojos marrones, muy serios.

—Vuelves a ser tú, pero tardas un tiempo. Tengo la sensación de que cada vez tardas más.

Quité el tapón de la redoma y contemplé el líquido lechoso que había en el fondo. No me gustaba su sabor metálico y dulzón, pero no sabía muy bien de qué otra manera obtener la información que necesitaba. Mi padre había guardado abundantes anotaciones, pero en ellas no había respuestas a todas mis preguntas. Cada vez que echaba un vistazo a su pasado, obtenía breves vislumbres del mío.

Tenía las ventanas cerradas para protegerme de la tempestad, pero aun así oía cómo aullaba el viento.

—Thrana, ten paciencia conmigo —le dije.

—Siempre.

Me senté en la cama y me acerqué la redoma a los labios.

Otra ola chocó contra el costado del barco, con lo que me cayó en la boca más cantidad de líquido de la que tenía prevista. Intenté toser, pero en ese momento desaparecieron el camarote y todas las sensaciones.

Estaba de nuevo en el cuerpo de mi padre, era joven de nuevo, sin el crujir de articulaciones ni leves dolores. Estaba de pie en un pasillo a oscuras y llevaba una lámpara encendida en la mano. Cada vez que me movía, percibía un aroma a sándalo adherido a mi ropa.

La lámpara alumbró una puerta.

Yo conocía aquella puerta, y no porque estuviera dentro del cuerpo de Shiyen, sino por mí misma. Era la de la biblioteca. A juzgar por la altura desde la cual la

estaba viendo, era un Shiyen ya adulto. Llevaba las llaves colgando de la cadena y alrededor del cuello. ¿Por qué estaba allí de pie, con una lámpara? ¿Por qué no entraba?

A través de sus ojos vi una delgada franja de luz por debajo de la hoja, y oí un suave crujido.

Detrás de aquella puerta había alguien. Alguien que no era Shiyen.

Volví a mirarme las manos. No tenían manchas de vejez. ¿Podría ser una versión antigua de Bayan lo que había detrás de aquella puerta? ¿O de mí misma? Oí unas pisadas que se acercaban a ella y me apresuré a cubrir la lámpara con mi kimono, para dejar el pasillo a oscuras.

La puerta se abrió una rendija y la estrecha franja de luz se hizo más grande. Por la rendija asomó un rostro, un rostro que yo siempre reconocería como mío. Pero había algunas diferencias, leves y sutiles.

No era mi cara, sino la de Nisong.

Salió por la puerta, volvió a cerrarla sin hacer ruido y extrajo una llave del bolsillo de su fajín para bloquearla.

Entonces, yo, en la forma de Shiyen, destapé la lámpara.

—No hace falta. Ya me encargo yo de eso. Después de todo, esa llave es mía.

Nisong dio un brinco hacia atrás tan bruscamente que se le cayó la lámpara de la mano.

—¡Por las pelotas de Dione! —Se arrodilló al tiempo que se derramaba el aceite y lo recogió antes de que se incendiara el suelo. No retrocedió, aunque, al fijarme en el pie que tenía echado hacia atrás, deduje que era eso lo que quería hacer—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Este palacio es mío —repuso Shiyen con una voz grave que me retumbó en la garganta—. Paseo por él como me place. Y cuando me place.

Nisong levantó la barbilla.

—También es mío.

Sentí que mis labios se apretaban y que mis cejas se juntaban en una expresión severa.

—Algunas de las habitaciones, no. Puede que seas mi consorte, y que vivas aquí, pero ya te dejé claro desde el principio que las habitaciones cerradas con llave te estaban prohibidas. Y, aun así, has desobedecido.

—¡No soy una niña! —Estalló Nisong levantando eco entre las columnas.

Shiyen dio un paso, y percibí una chispa de miedo en los ojos de Nisong, que retrocedió, pero luego se mantuvo firme.

—No, no eres una niña. Eres una mujer adulta que ha traicionado la confianza de su emperador. A una niña se la puede perdonar, a una niña no se la puede ejecutar.

—Y entonces, ¿a quién tomarás como consorte? ¿Quién te dará un heredero?

—Tu posición no te otorga inmunidad.

—Y a ti, tu posición no te otorga la capacidad de hacer lo que se te antoje sin sufrir las consecuencias.

La mirada de Shiyen se desvió brevemente hacia la puerta.

—¿Qué estabas haciendo ahí dentro? ¿Cuánto tiempo llevas usando esa llave?

Ella respondió encogiéndose de hombros.

—Tú siempre me dejas que te sirva el té, de modo que añadirle algunas hierbas medicinales para facilitarte el sueño profundo era algo fácil de hacer. He estado investigando.

Una chispa de confusión…, un sentimiento que no era mío.

—¿El qué? ¿De qué podría servirte a ti lo que hay dentro de esa habitación?

—La magia de las esquirlas —respondió Nisong.

Transcurrido un instante, mi vientre se agitó con una carcajada.

—¿Te consideras capaz de aprender la magia de las esquirlas? Es algo que ha ido pasando de generación en generación dentro de *mi* familia. Solo de mi familia. Nadie más posee la capacidad de aprenderla.

—¿Crees que tiene algo que ver con tu linaje? Cualquiera puede leer un libro —replicó Nisong sosteniendo su lámpara frente a sí como si fuera un arma—. Cualquiera puede aprender.

—¿Tú? ¿El tercer vástago de Hualin Or? Tú no has acudido a ninguna de las academias del Imperio; nunca has estudiado con ninguno de los grandes maestros.

—¡Nadie me *envió* nunca! —Observé el calor que le inundaba las mejillas y se me ocurrió un pensamiento extraño: "No le falta atractivo, pero no es hermosa". Fue un pensamiento de Shiyen, no mío—. He estudiado por mi cuenta, no soy inculta ni tonta. Simplemente… nadie ha contado conmigo.

—Excepto yo.

Esta vez le tocó a ella echarse a reír.

—Oh, tú me has ignorado muchas, muchísimas veces. Mi hermano me presentó en dos ocasiones, solo que no te acuerdas. Además, yo no fui la primera a la que elegiste, no finjas que sí. Tuve rivales.

Ahora me sentí intrigada.

—Rivales a las que eliminaste.

Me miró a los ojos, y durante unos instantes se me olvidó que ella era mucho más baja.

—No existen pruebas de eso.

Naturalmente que no. Nisong no habría dejado ninguna. Tomé una decisión rápida, al vuelo.

—Te permitiré utilizar el almacén en el que guardo las cajas de hielo que contienen las piezas de constructos. Treinta días.

Ella aún sostenía en la otra mano la llave de la biblioteca, y yo no hice ningún movimiento para quitársela. Su expresión de fiereza se convirtió en otra de confusión.

—¿Treinta días para qué?

—Ya que nunca has estudiado en ninguna de las academias, ahora podrás saber lo que es. Así es como se hacen las cosas allí. Si se te ocurre una idea disparatada, yo no intentaré sacarte de tu error. Dispones de treinta días para demostrarla. Para demostrarme a mí que alguien que no pertenece a la dinastía Sukai puede utilizar la magia de las esquirlas. Si lo haces, te enseñaré todo cuanto sé. Mis conocimientos serán tus conocimientos.

La confusión se convirtió en consternación.

—Solo llevo seis meses estudiando los libros. Los emperadores estudian esos libros durante años antes de intentar siquiera modificar un constructo. ¿Cómo voy

a construir uno, partiendo desde cero, en treinta días? Hay demasiada información y muy poco tiempo.

—No me parece que eso sea problema mío.

Se había atrevido a drogarme y a robarme, ¿y ahora protestaba del límite de tiempo que ponía a mi generosa oferta?

—¿Y si no puedo?

Extraje una llave de mi cadena y se la lancé por el aire. Ella no reaccionó lo bastante rápido para atraparla, y tuve que agacharme a recogerla cuando cayó. Al volverme, mi kimono barrió el suelo.

—Pues le contaré a todo el mundo lo que has hecho. Te ejecutaré. Y buscaré otra consorte.

Capítulo 38

Lin

Isla de Gaelung

Él ya sabía lo que yo iba a hacer.

No podía evitar que esa idea diese vueltas por mi cabeza cada vez que tenía un momento de quietud en nuestra travesía hacia Gaelung. Me consideraba muy inteligente, creía que me había salido con la mía. Mi padre no se había quitado la cadena porque tuviera miedo de que yo lo atacase y le arrebatase todas sus llaves cuando estábamos a solas en la sala de interrogatorios; estaba dándome una oportunidad para que las tomara. Había inoculado en mí recuerdos de Nisong y fragmentos de su vida. Había lanzado a Bayan contra mí como rival y luego se había puesto a esperar, sabedor de lo que les había hecho Nisong a sus rivales.

¡Cuán complacido debió de sentirse, sabiendo que su experimento había funcionado! Me agarré de la barandilla del barco y, a solas con mi resentimiento, contemplé la silueta de Gaelung, que iba haciéndose cada vez más grande en el horizonte. El viento llevaba la salpicadura de las olas mezclada con alguna que otra gota de lluvia.

Como si pretendiera recordarme que no me encontraba completamente sola, Thrana apozó la cabeza en mi hombro.

—¿Ya estamos lo bastante cerca?

Agradecida por el contacto, le froté las mejillas. Cuando salí de la rememoración, Thrana pasó varios días sin querer acercarse a mí. Yo iba por ahí buscando con las manos unas ropas que no llevaba puestas, o un bastón que no había usado nunca, y mis palabas y mi lengua eran más afiladas de lo normal.

Thrana tenía miedo de mi padre y además lo odiaba. Cualquier cosa que yo hacía que le recordara a él la hacía retroceder temblorosa. Tenía que ser terrible acordarse del sufrimiento que había soportado durante años bajo el palacio.

Atrapada en aquel estanque, a oscuras, enganchada a unos tubos que le iban sacando la sangre para utilizarla en la máquina de mi padre.

Yo seguía sin entenderlo del todo. ¿De qué manera contribuía su sangre a mantener los recuerdos en forma líquida? Era posible que tuviera que investigar más para averiguarlo.

—Sí, adelante —le dije.

Se arrojó desde la borda hacia el mar Infinito. Abandoné un poco mi humor taciturno al verla nadar y sumergirse bajo las olas. Mefi, que no quería quedarse fuera, no tardó en reunirse con ella. Tan solo estaba ausente Lozhi, el ossalen de Ragan.

Ragan, en cambio, no. Al principio creí que era Jovis, pero luego lo oí aspirar una fuerte bocanada de aire a mi lado y supe que no era él. Agarró la barandilla con las manos, igual que yo.

—Será agradable volver a estar en tierra firme —comentó.

—Tengo entendido que los monjes no suelen navegar mucho —dije en tono irónico.

—En absoluto. Somos casi todos huérfanos adoptados por el monasterio, o niños entregados por sus padres, que prefieren no volver a verlos nunca antes que verlos pasar por el Festival del Diezmo. Y después pasamos allí el resto de nuestra vida, cuidando de los enebros de copas redondeadas y haciendo de curadores de libros.

—Parece una existencia solitaria.

Ragan desechó la idea con un gesto de la mano.

—Es peor que eso. Es como pasar el resto de tu vida enclaustrado con tu familia, y no siempre son familiares que te caigan demasiado bien. Los monjes no interactúan mucho con las aldeas de alrededor, y en realidad nunca tienen un día libre para bajar a ellas.

—Nunca te lo he preguntado, ¿cómo te encontraste con Lozhi?

Algo cruzó el semblante de Ragan, ¿un gesto de dolor? No lo supe con certeza.

—Ah. —Levantó un dedo—. Buena pregunta. —¿Estaría andándose con evasivas?—. Sí que envían a los monjes a la aldea a comprar víveres y a comerciar. En una ocasión me tocó a mí en suerte dicha tarea. Es que son muchos los acólitos que desean ir. Disponía de un poco de tiempo libre, así que me fui a dar un paseo por la playa, y allí encontré a Lozhi. Supe lo que era gracias a mis estudios. Los ossalen solo aparecen cada varios cientos de años, de modo que tuve suerte.

Reflexioné sobre esa información. ¿Era una suerte haberse convertido en un alanga? Ciertamente, se adquirían poderes, pero también se provocaban suspicacias y desprecios. Cuando los alanga lucharon unos contra otros, ciudades enteras de plebeyos sufrieron las consecuencias. Era posible que algunas personas idealizasen las historias que se contaban de los alanga, pero eran más los que pensaban que habíamos hecho bien en deshacernos de ellos. Y los Sukai siempre se habían servido de los alanga como advertencia: por eso habíamos tenido que instaurar el Festival del Diezmo, por eso habíamos tenido que fabricar constructos. Por si acaso regresaban los alanga.

Examiné el rostro de Ragan, el modo en que sus cejas se juntaban ligeramente. Estaba reservándose algo.

—¿Fue pura suerte?

Esta vez no me cupo duda de que hizo un gesto de dolor.

—Bueno, esa no es exactamente la verdad. No me tocó en suerte la tarea. Estaba… huyendo. O intentando huir. Me resulta un poco violento. Tener potencial no siempre es algo maravilloso. Mis maestros me presionaban mucho. ¿Sabéis lo que es que alguien espere algo de vos y no saber si estáis a la altura? De modo que me escapé. Y encontré a Lozhi.

Yo sí que sabía lo que era eso. Lo sabía muy bien.

—Yo encontré a Thrana en las antiguas minas que hay bajo el palacio —murmuré. Contemplé cómo jugaba entonces en el oleaje, tan distinta de la criatura maltrecha que había sacado yo del agua—. Mi padre había estado haciendo experimentos con ella.

—Es cierto que poseen propiedades muy interesantes —dijo Ragan, y se apresuró a agregar—: Pero no se debe hacer experimentos con ellos. Eso no se lo merece nadie, y menos estas criaturas.

—¿Qué más cosas sabes de ellas? ¿De dónde provienen? ¿Por qué establecen un vínculo con nosotros? ¿Cómo escogen con quién establecerlo?

—No tenía acceso a todos los libros —repuso Ragan levantando las manos brevemente para volver a bajarlas enseguida a la barandilla—. Nadie sabe de dónde provienen, solo se sabe que cada pocos cientos de años comienzan a aparecer. Es posible que vuestro padre llevase un registro, dado que la dinastía Sukai tenía mucho interés en cerciorarse de que no regresaran los alanga. Y en cuanto al motivo por el que establecen un vínculo con nosotros y cómo nos escogen… —Miró hacia las nubes—. Eso también lo desconozco. Pero tengo mis suposiciones. No poseen ese poder estando solos. De igual manera que un pez limpiador se adhiere a un tiburón y ambos se benefician, yo creo que los ossalen se adhieren a las personas. Nos necesitamos los unos a los otros. Nosotros recibimos esas capacidades, y ellos reciben una manera de influir en el mundo.

—Lozhi no parece que influya mucho en ti.

—Yo poseo un mejor control de nuestro vínculo —repuso con despreocupación —. Es más fuerte.

Yo no tenía la impresión de que mi vínculo con Thrana fuera débil; más bien al contrario.

—¡Mefi! —Jovis apareció detrás de nosotros corriendo y con el pelo todo revuelto. Examinó la superficie del mar hasta que encontró a su compañero, una forma brillante bajo una de las olas—. Me parece que se ha llevado mi peine. Alguien va a tener que decirle que robar no es lo mismo que pasar de contrabando —murmuró—. ¿Qué va a ser esta vez, excelencia? En este viaje nunca hay un momento de paz.

Me dolió un poco que volviera a llamarme “excelencia”, pero no podía reprochárselo en público. Cada vez que tenía la sensación de que estábamos acercándonos el uno al otro, sentía que volvía a alejarse. Y a lo mejor era culpa mía: llevaba razón, nunca había sido sincera con él. Guardaba demasiados secretos. Pero le respondí en el mismo tono liviano:

—Una batalla, puede que dos. Lo que sea necesario para mantener a Gaelung a salvo.

Jovis lanzó un profundo suspiro.

—¿Así que vamos a ser solamente nosotros contra el ejército de Nisong?

—Si llegamos a eso, sí. Pero yo tengo otra jugada.

Arribamos a Gaelung esa misma mañana, en una las pocas ocasiones en las que asomó el sol por entre las nubes. Gaelung no era famosa por sus grandes gestos. La gobernadora de la isla era relativamente nueva, solo un poco mayor que yo, aunque mi padre jamás se había tomado la molestia de conocerla. Me recibió en el muelle, y en esta ocasión no hubo palanquín, sino un carromato cubierto y tirado por dos bueyes. Detrás había otros dos carromatos más, para mi séquito. Esta vez llevé conmigo a Ragan, al cual se sumó Lozhi. La criatura, pequeña y de pelaje gris, se acurrucó a su lado cuando tomó asiento.

—Excelencia —dijo la gobernadora inclinando la cabeza—. Me alegra que hayáis llegado sin contratiempos.

—Sai —contesté devolviéndole el mismo saludo.

Urame era bajita para casi todos los estándares, aunque más alta que yo y el doble de ancha. Tenía la cara redonda y plana como un plato de porcelana y unos ojos negros que parecían dos piedras pulidas. Iba vestida con una de aquellas túnicas de mangas cortas y cuajadas de abalorios que se usaban tanto en las islas del noreste, provista de una capucha de lona que daba la impresión de haber sido engrasada para que no se filtrase el agua de lluvia. Reparé en que había dicho "sin contratiempos". Nisong y su ejército debían de andar cerca.

Cuando Mefi y Thrana se aproximaron, Urame abrió un poco los ojos al ver a Thrana, que me seguía dócil como un cachorrito, aunque tenía la corpulencia de un poni.

—Vuestra… mascota es un poco más grande de lo que yo esperaba —comentó, jadeando un poco.

—Son inofensivos —le dije.

—Somos *muy* buenos —añadió Mefi al tiempo que Thrana afirmaba con la cabeza.

Urame abrió los ojos aún más.

—¿Entienden lo que decimos?

—Me parece que sí.

—Extraordinario —repuso—. Si disponemos de algún rato de asueto, tenéis que hablarme un poco más de ellos. —De nuevo, ese tono premonitorio.

No tenía noticia de que Urame fuese una persona asustadiza, mis emisarios me habían asegurado lo contrario. De modo que algo había visto en el ejército de Nisong que la había atemorizado.

—Tengo entendido que os encontráis en una posición difícil —le dije—. Y he venido para ayudar.

Me respondió con una sonrisa forzada, su mirada se desvió un momento hacia mi barco y luego volvió a centrarse en mí.

—Perdonadme, excelencia, pero si aún no contáis con un ejército propio, no será mucha la ayuda que podáis ofrecerme. El ejército de constructos está acampado en Gaelung y es mucho más grande de lo que era la última vez que vuestros soldados lucharon contra él. Os lo ruego… —dijo señalando el carro—, el palacio dispone de una buena atalaya y cuento con un catalejo bastante decente.

Puedo mostrároslo.

Me subí al carromato cubierto y le indiqué a Jovis con una seña que me acompañara. Ragan se subió con los demás al carromato que iba sin cubrir.

Se filtraba luz por los costados abiertos del carromato e iluminaba el semblante preocupado de Urame.

—Yo no soy Iloh, ni Phalue, ni Wailun —me advirtió.

—Chala —la corregí—. Por desgracia, Wailun ha fallecido. —La explicación completa, tal como había dicho Urame, quedaba para cuando disfrutáramos de un rato de asueto.

—Oh —respondió, y observé que reajustaba sus cálculos mentales—. Sea como sea, no tengo muchas exigencias que hacer, por más que me hayan presionado mis consejeros para que me aproveche. Sé que necesitáis el apoyo de Gaelung. Sé que vuestro gobierno es incierto. Pero habéis suspendido el Festival del Diezmo, y para mí eso es un gesto suficiente. No es necesario que me hagáis lisonjas, Gaelung os apoyará.

Un pequeño alivio. Había iniciado aquel viaje con esa idea en posición preeminente dentro de mi cabeza. Entonces, tras el hundimiento de Cabeza de Ciervo, Unta y Luangon, el incremento del ejército de constructos, la aseveración de que aparecerían aún más alanga y los rumores de rebelión en el sur, había perdido de vista lo urgente que era recabar esos apoyos. Lo que importaba entonces era que aquel Imperio se mantuviera fuerte ante los próximos retos que debía afrontar. Antes estaba totalmente segura de que yo era la mejor preparada para liderar el Imperio a lo largo de esas pruebas; en ese momento me sentía igual que un trapo escurrido de agua de mar y puesto a secar al sol.

—Os lo agradezco —contesté.

El palacio de Gaelung no estaba cerca de los muelles, como en otras islas; se encontraba situado tierra adentro, más allá de los campos de labranza, en lo alto de un promontorio rocoso. Supuse que ello era un reflejo del carácter de aquella isla, más agraria. Según lo que se contaba, en aquellos campos se había librado más de una batalla, el promontorio otorgaba ventaja a los alanga que residían allí. Atravesamos un mosaico de granjas, la tierra hacía mucho tiempo que había absorbido la sangre, las cicatrices de las refriegas se habían borrado. El paisaje aparecía salpicado de bueyes, cerdos y cabras que pastaban en la verde vegetación y escarbaban en el suelo. Respiré hondo y, por primera vez, no percibí olor a mar, sino únicamente el olor a excrementos de animales y a tierra mojada.

Una mancha borrosa pasó junto a la ventana: eran Thrana y Mefi, corriendo carreras entre sí. Thrana ya era mucho más grande y pasó como una exhalación, aunque Mefi se esforzaba todo lo posible por mantenerse a su altura. De nuevo me vino a la memoria lo que me había dicho Ragan respecto de los ossalen y sus vínculos. Tal vez él pensara que su vínculo con Lozhi era superior, pero Lozhi también parecía divertirse mucho menos, porque siempre estaba apartado y aguardando a que volviera su amo. Yo rara vez los veía interactuar. No sabía muy bien cómo llevaría Ragan lo de estar separado de él; cada vez que yo me separaba de Thrana, era como si estuviese exponiendo al aire una herida abierta.

El camino comenzó a transformarse en pendiente y a dibujar curvas en zigzag. Cuando llegamos al palacio, Urame no ordenó a ningún sirviente que nos

condujese a nuestras habitaciones ni tampoco nos invitó a cenar ni a tomar un té; directamente nos hizo subir dos tramos de escaleras y nos llevó a las murallas.

—Antes de nada, debéis ver una cosa —me explicó.

A aquella altura, el viento azotaba con intensidad y se me colaba por entre la capa y la parte posterior del cuello. En aquel lado del palacio, a lo lejos, divisé unas delgadas columnas de humo.

—Nisong está acampada en el lado oriental de los campos —me dijo Urame. Llegó al extremo más oriental de la muralla y se giró hacia mí con expresión grave —. Mis guardias pueden aguantar pequeñas escaramuzas, y también pueden defender bastante bien el palacio, pero las granjas no están amuralladas. Desde que llegó, Nisong ha estado quemando casas y matando aldeanos.

No me tomé la molestia de decirle a Urame que mi ejército estaba de camino. Tanto ella como yo sabíamos que no había suficientes soldados y que no se habían probado en una batalla.

—¿Cuántos son? ¿Habéis mandado exploradores?

—Sí, pero cuando vi que los dos primeros no regresaban, lo pensé mejor.

—¿Habéis dicho que tenéis un catalejo?

Urame se arrodilló junto a un cesto y rebuscó en él hasta que sacó un catalejo de latón.

—Esa es la otra cosa.

Tenía la actitud calmada y grave de una persona que está a punto de dar la noticia de que ha fallecido una tía muy querida.

—Vedlo vos misma. Es la mejor manera de explicarlo.

Jovis enarcó las cejas, pero yo, con un encogimiento de hombros, apunté el catalejo en la dirección del campamento de constructos y acerqué el ojo a la lente.

Estuvo a punto de caérseme el catalejo.

Esperaba ver constructos con apariencia de humanos; al fin y al cabo, mi hermano adoptivo era uno de ellos, había conocido al emisario de Nisong y había desmantelado a los de Hualin Or. Sabía que mi padre había hecho experimentos con cuerpos de personas. Sin embargo, la mayor parte de aquel ejército eran criaturas que parecían seres humanos.

—¿Hay humanos en el ejército de Nisong?

—Es una forma de decirlo —me respondió Urame hablándome al oído—. Seguid mirando.

Me centré en un grupo de ellos. Estaba de pie en torno a una fogata de campamento, pero casi no se movían. Había algo raro en la inclinación de sus cuerpos. La mayoría iban vestidos con andrajos, en gran parte manchados de sangre.

—Hemos recibido informes que tal vez no os hayan llegado aún a vos. Pero las islas situadas en el borde del Imperio, las que ya ha conquistado Nisong, han sufrido algo más que una mera derrota, muerte y casas incendiadas.

Algunos de aquellos soldados presentaban heridas que parecían estar aún abiertas.

—Nisong ha llevado a cabo su propio Festival del Diezmo. Está tomando esquirlas.

Afloró en mi memoria el recuerdo de Shiyen que acababa de experimentar yo.

Nisong no solo estaba matando aldeanos y tomando esquirlas: estaba aprovisionando su ejército con constructos de los muertos.

Le devolví el catalejo a Urame.

—Voy a ir allí con una bandera de tregua. Tengo otra cosa que ofrecer a Nisong.

—No será el trono —replicó Urame palideciendo—. Ya hemos tenido suficientes tiranos.

—No —la interrumpí—. En absoluto. ¿Podéis preparar un carromato?

En ese momento, Urame pareció acordarse de todas las cortesías propias de la hospitalidad.

—Debéis de estar cansada después de vuestra larga travesía. Y no habéis comido.

A modo de respuesta, mi estómago emitió un gruñido.

—Simplemente me llevaré algo que pueda comer con la mano. Esto es demasiado importante para esperar.

Urame hizo una seña a uno de los sirvientes que estaban detrás de ella, el cual se apresuró a obedecer.

—Ojalá nos hubiéramos conocido en diferentes circunstancias, excelencia —me dijo—. Tengo la impresión de que las historias de ambas no son muy distintas. Nadie sabía quién era yo antes de convertirme en gobernadora.

Ese fugaz sentimiento de afinidad me hizo desear más. Deseé que pudiéramos sentarnos juntas a tomar un té, a hablar de nuestro pasado, a buscar las similitudes que nos unían. Pero yo era la emperatriz y no tenía un pasado del que hablar.

—Algún día, las circunstancias serán diferentes —fue lo único que dije.

Fui hasta el campamento de los constructos bajo una bandera de tregua acompañada únicamente por Jovis y por nuestros ossalen, que iban a pie junto al carromato. No podía fiarme de nadie más respecto de lo que iba a ofrecerle a Nisong. Miré la mano de Jovis y la mía, ambas apoyadas en el banco la una junto a la otra, pero sin tocarse.

Jovis carraspeó.

—Bueno, ¿teníamos pensado comer algo o es que la suciedad de mis uñas os ha quitado el apetito?

Sin querer, hice un gesto negativo con la cabeza. Uno de los sirvientes de Urame nos había entregado una cesta de la cocina. Al destapar el contenido vi que se trataba de unas pastas de hojaldre que desprendían un intenso olor a curry. Tomé una y le pasé la cesta a Jovis. Estaba rellena de carne de ternera y patatas; el curry era suave y la pasta sabía ligeramente dulce. Llevaba una capa de miel.

—Está claro que los que dicen que Gaelung es un páramo aislado no tienen gusto —comentó con un suspiro. Luego me miró de soslayo—. ¿De verdad tenéis algo que ofrecerle a Nisong, o simplemente pretendíais…? —Imitó el gesto de sacar una mano, asir algo y retraerla de nuevo.

No era el último secreto que guardaba yo, pero, si revelase este, Jovis podría adivinar el último. Sin embargo, llevaba razón: necesitaba empezar a confiar en las personas que tenía más cerca si no quería acabar como mi padre.

—Mi padre… estaba cultivando algo en las cuevas que hay debajo del palacio. Una réplica.

Jovis subió las cejas hasta la línea de crecimiento del cabello.

—Una réplica, ¿de qué?

Cerré los ojos con fuerza y respiré hondo.

—De sí mismo. No un constructo, sino una réplica auténtica. Sin esquirlas. No me preguntes cómo se hace eso, ni yo misma lo entiendo del todo. Lo único que sé es que se amputó un dedo del pie para crearla. Pero, si mis sospechas son acertadas, Nisong no lleva ese nombre solo en un afán de darse legitimidad; es posible que sea el intento que hizo mi padre de recrear a su esposa fallecida. Él me dijo que había incinerado su cuerpo antes de poder utilizar alguna parte de él para fabricar una réplica, pero es posible que hubiera intentado inocular los recuerdos de ella en un constructo. Eso explicaría por qué mató a sus familiares. No disponía de la sangre de Nisong para usarla en su máquina de la memoria, pero puede que le sirviera la sangre de los familiares. Debió de necesitar una gran cantidad.

¿Establecería Jovis las conexiones? ¿Se preguntaría por la hija del emperador, a la que rara vez se veía fuera de los muros del palacio?

Jovis me miró con preocupación y mi corazón latió con fuerza contra mis costillas.

—¿Cómo hizo para terminar en los confines noreste del Imperio?

Solté el aire contenido en los pulmones.

—No estoy segura.

Y era verdad, no lo estaba, aunque había solucionado el rompecabezas de los recuerdos de mi padre y el relato de la esposa desaparecida de Jovis. Mi padre no se atrevió a desmantelar a los constructos que llevaban dentro los recuerdos de mi madre, de modo que los envió bien lejos, en el mismo barco de velas azules que se había llevado a la esposa de Jovis.

Jovis tomó otra pasta de la cesta.

—¿Pretendéis ofrecerle a Nisong la réplica?

—Ambos se amaban —respondí—. Dije la verdad cuando hablé con el emisario. Quizás exista un modo de mantener vivos a los constructos sin que nos roben la fuerza vital. Estoy dispuesta a aportar ese tiempo y ese esfuerzo si ella está dispuesta a esperar. Es posible que Shiyen la tiente. Es eso o intentar acercarme a ella lo suficiente para desmantelarla.

—¿De modo que abrigáis la esperanza de que el amor os dé la victoria? —Jovis emitió una carcajada amarga que para mí fue como un cuchillo clavado en el corazón.

Me sacudí las migas de los dedos cuando ya estábamos llegando al campamento. Los constructos que había visto desde las murallas del palacio eran todavía más aterradores vistos de cerca: la mirada vacía, las manos caídas a los lados, las mangas manchadas de sangre. Se mantenían en pie a duras penas, gracias a las esquirlas que llevaban dentro del cuerpo. Nisong debió de averiguar el mínimo de esquirlas que podía usar, porque continuaban siendo un recurso limitado. Salió a nuestro encuentro una mujer de ojos grandes y oscuros que se llevó una mano al corazón a modo de saludo.

—Nisong os recibirá. Si tenéis la amabilidad de seguirme.

Me apeé del carromato seguida de Jovis y reconfortada por la vibración que sentía en los huesos. De manera subrepticia, tomé otra baya de enebro de mi fajín

y la aplasté entre los dientes. La energía se extendió por mis extremidades. Mefi y Thrana iban detrás de mí, con el lomo erizado y la cabeza baja; parecían dos gatos asustados. Aun así, vinieron detrás de nosotros olfateando el aire y enseñando los dientes. La cabeza de Mefi le llegaba a Jovis a la altura de la cadera, pero Thrana era una presencia maciza, una pared de músculos a mi espalda.

Nisong no estaba esperándonos dentro de una tienda de campaña ni rodeada de las comodidades que acostumbraban a tener la mayoría de los líderes. Nos recibió frente a una fogata, con el humo elevándose detrás de ella, y acompañada de constructos de gesto inexpresivo.

Era más alta que yo, por su rostro le calculé que aún no alcanzaba la mediana edad. Llevaba el cabello recogido en una sencilla trenza y mostraba cicatrices en la cara y en los brazos desnudos. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda. Era posible que mi padre la hubiese fabricado usando piezas dispares, sin embargo, su postura era como la de la Nisong de mis recuerdos: con los pies firmemente plantados en el suelo y la barbilla levantada como si estuviera desafiando a alguien. Exactamente igual que yo.

Sentí un escalofrío que me subió por la columna vertebral y se me quedó estancado en la nuca. Tal vez Nisong no se pareciera a mí, pero, de todas formas, verla fue como mirarme en un espejo oscuro. Nos examinamos la una a la otra, ella inclinó la cabeza hacia un lado al mismo tiempo que yo. En aquel momento tuve la certeza de que era un constructo y de que tal vez era más Nisong que yo.

—Las dos sabemos que yo tengo algo que deseas —le dije.

El fuego de la hoguera arrancó destellos a sus ojos.

—Te pareces mucho a mí, ¿no crees?

Dejé pasar esa referencia, pues me sentí incómoda con la comparación. Ella era una de las versiones mías que había desechado mi padre. Una precursora, llena de recuerdos que no comprendía. No supe con seguridad qué era lo que sabría de mí. ¿Sus recuerdos le mostrarían a la verdadera hija de Nisong? ¿Era yo lo que esperaba?

—Tengo condiciones que proponerte.

—Ya conoces las mías. ¿Te estás rindiendo?

Solté un bufido de burla.

—Difícilmente. Pero voy a dejarte clara una cosa: Shiyen está muerto. Lo que vio tu espía en el palacio no era él, sino una réplica fabricada por él. Te ofrezco dicha réplica a cambio de que ceses en tus ataques. Da media vuelta a tu ejército. Os dejaré marchar a los dos para que viváis vuestra vida juntos. Y buscaré la manera de que existáis sin las esquirlas.

—¿Y qué me impide llevármelo conmigo cuando tome el palacio?

—Yo podría matarlo antes de que llegaras, pero lo más importante es que no está terminado de hacer.

Nisong entrecerró los ojos.

—No está terminado de hacer —repitió en tono inexpresivo.

—Shiyen almacenó la mayor parte de sus recuerdos, pero no tuvo la oportunidad de instilarlos en su réplica. Es una réplica auténtica, no un constructo, cultivada en el palacio sin ayuda de esquirlas. Una vez que sus recuerdos le hayan sido inoculados, será Shiyen. —Abrigué la esperanza de que no se me notase en la

cara que estaba mintiendo.

Mi padre me había inoculado los recuerdos de Nisong, y estos me habían convertido en ella. Pero también eran recuerdos de segunda mano, tomados de la sangre de sus familiares.

—¿De modo que me estás ofreciendo una oportunidad de escapar de todo esto, abandonar a los demás constructos y llevar una vida normal? —Lo dijo en tono de desprecio, pero yo detecté tensión en la comisura de sus labios y en su garganta. Deseaba lo que yo le estaba ofreciendo. Lo deseaba mucho—. Pero seguiría robando la fuerza vital de las personas cuyas esquirlas llevo dentro del cuerpo hasta que tú encuentres una solución, si es que la encuentras.

—Eso puedo aceptarlo, si puedes tú.

Nisong lanzó una carcajada.

—Hablas igual que Shiyen.

Enderecé la espalda.

—¿En serio?

—Él siempre decía que las cosas que hacíamos, como el Festival del Diezmo, los constructos, causaban menos sufrimiento que el que sobrevendría si no las hiciéramos. Decía que podía aceptarlo si pudiera yo. —Meneó la cabeza en un gesto negativo—. ¿De verdad piensas que me importa tanto revivir una vida pasada? No estoy aquí para recrear la vida que veo en mis recuerdos fragmentados. Que ese Shiyen del pasado permanezca muerto. Que esa vida pasada permanezca muerta.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Su dentadura brilló con un gesto que era mitad una sonrisa y mitad una mueca de dolor.

—Quiero que tú sufras. Quiero que sufráis todos como he sufrido yo. Como han sufrido las personas que amo. Nunca te preocupaste de nosotros, hasta que nos hicimos oír a base de sangre y fuego. Para ti éramos únicamente seres fabricados que se podían desechar. Éramos tus errores, que había que arrugar y quemar como tantos bocetos de tinta. O me entregas tu Imperio o me entregas vuestra muerte.

"Ahora."

Me lancé hacia delante con la mano extendida y la fuerza conjunta de Thrana y de la baya de enebro llenándome las venas.

Durante unos instantes, creí que iba a conseguirlo.

Pero de pronto los constructos se apiñaron en torno a Nisong y mi mano halló solamente andrajos y carnes abiertas.

—Yo creo que no. —Nisong me miró a los ojos, y en ellos vi únicamente determinación—. Esto solo acaba de una de dos maneras. Tienes hasta mañana por la mañana para rendirte.

Capítulo 39

Jovis

Isla de Gaelung

Antes pensaba que la edad me había vuelto sabio; pero, en vez de eso, me volvió necio. Dejé de prestar atención a las cosas pequeñas. Dejé de entender las necesidades y los sentimientos de los mortales. Incluso después de mi amistad con Ylan, cuando creía entender, no entendía.
Fui a ver qué había forjado con mis regalos. Esperé demasiado, quizá, confié demasiado.
Había hecho espadas. Siete. Ya sabía yo que iba a fabricar armas, de modo que eso no fue lo que me sorprendió. Estuvo evasivo, intentaba llevarme hacia otro lugar. Al final, me solté de su brazo y aparté un poco el cordel para ver lo que había grabado en las empuñaduras.
"Muere."
Cuando me giré para protestar, porque habíamos acordado hacer algo que limitara a los alanga, no que los matase, me apuntó a la garganta con un cuchillo.

Anotaciones de la traducción hecha por Jovis del diario de Dione.

Lin no habló mucho en el trayecto de vuelta, y yo me mordí la lengua durante tanto tiempo como pude.

—Entonces…, ¿cuándo entramos en batalla? —le pregunté por fin—. Muerte y

gloria y todas esas cosas.

Ella suspiró y me miró.

—Esto no es ninguna broma.

—Ah, excelencia, creedme, sé que esto dista mucho de ser una broma. Estamos pidiendo que nos sacudan una paliza.

—Podemos hacerlo —repuso Lin—. Los constructos de Nisong casi ni son funcionales. Lo sé.

—Nuestro ejército es demasiado exiguo. Sí, estamos los tres alanga. Yo sacudo un poco de tierra, muevo un poco de aire, Ragan trae un poco de agua, y vos… hacéis lo que os apetezca. Podemos trazar una estrategia o un plan, pero sé contar. —Saqué tres dedos—. No somos más que tres.

—Harías mejor en criticar menos y recordar más cuál es tu sitio —me replicó.

Fue como si me hubiera dado una bofetada físicamente. Sabía que había estado apartándola de mí, y por buenas razones, pero había pensado que por lo menos podíamos ser amigos. Sabía cuál era mi sitio: medio poyer, contrabandista de otra época, un hombre que solo había ascendido de rango porque le había caído en gracia a la emperatriz. Ojalá no fuera ella la que lo hubiera recordado.

—Nisong tiene razón —dije sin poder contenerme—: habláis igual que vuestro padre.

Lin no se desinfló, pero tampoco entró en cólera. En vez de eso, su semblante se tornó frágil, como si fuera a desmoronarse con el más mínimo soplo de aire y salir volando a los cuatro vientos.

—A lo mejor él tendría una solución mejor para todo esto. Yo solo deseo mantener este Imperio en pie. A salvo de todas las amenazas.

Deseé poder retractarme de lo que había dicho. Una vez más, me pregunté si Lin sabría que no era hija del emperador. ¿Sabría siquiera quién era? Tal vez nunca había tenido la intención de engañar a nadie. Me acordé de la carta a los pocos sin esquirlas que no envié; yo podría destruir a Lin con unas pocas palabras.

De repente, se irguió.

—Nisong cree que en estos momentos es tan superior que puede fabricar constructos ella misma. Pero no es la única que puede hacer tal cosa. No es la única que puede *modificarlos*. —Metió la mano en el bolsillo de su fajín y sacó su herramienta de grabar—. Nosotros tenemos esquirlas —estaba diciendo—. Puedo pedir permiso para usarlas. Si consigo hacerme con un cadáver, puedo fabricar un constructo que se infiltre en su campamento y que altere las órdenes de sus constructos. Y entonces, el número estará más a nuestro favor. —Terminó jadeando —. Todavía podemos lograr que esto funcione.

"La utilizará de nuevo, si cree que lo necesita." Me vino a la memoria la audaz afirmación que le hice a Gio respecto de que Lin era diferente, de que iba a renunciar a la magia de las esquirlas. Y allí estaba entonces, demostrando que Gio estaba en lo cierto y que yo volvía a estar equivocado. Sentí un fuerte dolor en la garganta, como si hubiera tragado espinas.

—Entonces, ¿cómo lo vais a expresar para que resulte aceptable?

—¿El qué?

—Lo de pedir permiso.

—Jovis —me dijo—, no estoy haciendo esto para mantenerme en el poder. Lo

estoy haciendo para salvar el pellejo de todos nosotros.

—Vuestro padre decía eso mismo.

—Él tenía *miedo*.

—¿Y vos no?

—¡No! —Se le encendieron las mejillas—. No de las mismas cosas que él. Yo tengo miedo de que Gaelung caiga en manos de los constructos. Tengo miedo de que se hundan más islas. Tengo miedo de que, incluso teniendo el vasto poder de una emperatriz, no pueda hacer nada para ayudar. Y tengo miedo de que, si pierdo mi posición, haya todavía menos que pueda hacer. Si esto no lo hago yo, ¿quién lo hará? ¿Tú?

No supe qué responder. ¡Por el mar Infinito, yo no estaba hecho para aquello! Cuando era contrabandista, rara vez me preocupaba por cuestiones éticas o morales. Al desaparecer Emahla, también desapareció el único objetivo que me tenía centrado. Ahora había demasiadas cosas que atender. Primero Mefi, después los pocos sin esquirlas, luego otra vez mis padres, y en ese momento Lin. Cada paso que daba parecía ser erróneo, y aun así no podía detenerme. No podía saber con seguridad si no estaba empeorando las cosas. Había llegado a Imperial con la esperanza de acabar con el Imperio. ¿Lo habría hecho ya Lin, al menos en la forma que había tenido dicho Imperio? En ese caso, ¿qué estaba haciendo yo, excepto socavarla?

No debería estar luchando al lado de ella en vísperas de una batalla y sintiendo mi posición tan precaria. Antes de atracar en el muelle, había buscado un momento para colarme furtivamente en su camarote. La redoma que contenía los recuerdos de Ragan, la que había escondido yo entre el colchón y la pared, ya no estaba. Lin no había comentado nada acerca de ella. Abrigué la esperanza de que una de sus doncellas la hubiera encontrado y, al no saber lo que era, la hubiera vaciado y hubiera vuelto a llevarla a la cocina del barco.

El carromato aminoró y se detuvo.

Salí a toda prisa en el momento en el que se abrió la portezuela y casi no escuché a Lin, que estaba explicándole a Urame que Nisong no había querido negociar y que tenía un plan que nos permitiría ganar tiempo. Mefi se situó a mi lado; su rostro reflejaba mi misma preocupación. Siempre le disgustaba verme alterado.

—Dentro de un momento —le dije, sabedor de que quería que le explicase lo que sucedía.

Los sirvientes de Urame nos condujeron a las dependencias de invitados con la promesa de ofrecernos una cena formal. Yo cerré la puerta de mi habitación tan pronto como pude y me senté en el borde de la cama. ¿Qué diría Emahla si pudiera verme en aquel momento, si estuviéramos enfrentándonos a aquello juntos? Cerré los ojos e intenté imaginarme su rostro.

Creía que nunca se me iba a olvidar su rostro, sin embargo, los contornos estaban volviéndose borrosos y la textura exacta de su cabello estaba perdiendo nitidez. En mi mente, Emahla aparentaba mi misma edad, pero yo sabía que había vivido solo hasta los diecinueve años. Era como si la persona que había conocido a Emahla, que la había amado, ya no existiera. Yo ya no era el hombre que era en aquel entonces, y me pregunté si Emahla me reconocería siquiera. Pensar en ella

siempre me había centrado; ahora me hacía transitar nervioso por una senda desconocida, buscando respuestas en la oscuridad.

En primera línea de mi pensamiento apareció, espontáneamente, el rostro de Lin. Ese sí que lo conocía bien: los ojos expresivos, la barbilla apuntada, los labios callados.

Mefi apoyó la cabeza en mis rodillas.

—Lo estás haciendo lo mejor que puedes.

Abrí mínimamente un ojo para mirarlo.

—Empiezo a pensar que a lo mejor pecas un poquito de parcialidad.

—En absoluto —respondió con inocencia.

—Lin quiere volver a usar la magia de las esquirlas —le dije—. Y quiere que luchemos. —Saqué del bolsillo de mi fajín la carta que les había escrito a los pocos sin esquirlas. Debería enviarla. En serio. Entonces, ¿por qué no lo había hecho aún? —. Mefi, Lin no es quien todo el mundo cree que es.

—No sabes si es buena o mala —repuso Mefi lentamente.

—No es la emperatriz. O, por lo menos, no debería serlo. Pero se está esforzando. —Al igual que yo.

Alguien llamó a la puerta. Antes de que pudiera reaccionar, entró Lin por su cuenta. Con el pánico en la garganta y el corazón retumbando contra mis costillas, en un segundo y sin que ella lo notara, guardé la carta debajo de las sábanas.

—Tengo que decirte una cosa —anunció cerrando la puerta con ambas manos —. Y debo decírtela antes de que entremos en esta batalla. Tienes razón, he estado ocultándote cosas. —Bajó la mirada hacia el suelo y un mechón de cabello suelto le ocultó el rostro—. Te he pedido que confíes en mí, pero la confianza ha de ser en ambas direcciones.

—Esperad… —El pánico me clavó sus garras en el vientre. Alguna parte de mi ser sabía que lo que Lin estaba a punto de decir era irrevocable, demasiado terrible y demasiado secreto.

Pero ya estaba interrumpiéndome para hablar ella.

—Creía que era la hija de mi padre, pero esa murió siendo muy joven.

Intenté articular alguna palabra, pero no pude porque tenía la boca seca.

—Mi padre me fabricó. No soy un constructo, sino una réplica, igual que la réplica de Shiyen con la que he intentado negociar. Intentaba reconstruir a mi madre, probó más de una vez.

Yo era pequeño cuando murió Nisong, de una desgraciada enfermedad, oí comentar. Hasta pasados unos años no entendí cuán hondo era el dolor del emperador. Se apartó de todos, quemó todos los retratos que había de ella y ordenó dar muerte a sus doncellas. Era algo de lo que se hablaba en cuchicheos, en tabernas por la noche. Mis labios articularon una única palabra: “intentaba”.

—Para cuando descubrió que podía fabricar réplicas, ya había incinerado el cuerpo de Nisong, de modo que no pudo fabricarla de nuevo cultivándola, como había hecho consigo mismo. —Respiró hondo—. En vez de eso, la construyó tomando piezas de sus ciudadanos. Me construyó a mí. Me cosió toda y me metió en el estanque que hay debajo del palacio, para que creciera. Esa agua tiene propiedades especiales, no sé muy bien por qué. Pero no necesitó esquirlas para que yo cobrara vida.

Alzó la mirada del suelo, y entonces lo supe. Sus ojos no solo se parecían a los de Emahla; es que *eran* los suyos. Yo no podía respirar. Shiyen la había matado. Le había arrancado los ojos y se los había cosido a otro cuerpo. Un cuerpo al que yo había besado, al que yo había abrazado deseando que las circunstancias fueran distintas. ¿En qué… en qué se diferenciaba ella de los cadáveres maltrechos que estaban en el campo de batalla? Me sentí enfermar de horror.

Y ella me lo estaba notando todo en la cara.

—Lo siento —me dijo—. Esto debe de resultarte doloroso.

—Deberíais habérmelo contado —logré decir sin aliento, incluso sabiendo que, por supuesto, no debería habérmelo contado, que incluso al decírmelo ahora lo estaba arriesgando todo. Y solo porque quería ser sincera conmigo. Porque deseaba contar con mi confianza.

Mefi aún tenía la cabeza apoyada en mi regazo. Lo aparté y me puse de pie con paso inseguro. Él hizo un ruidito de tristeza, pero me dio espacio.

—Jovis —dijo Lin, y luego se interrumpió—. No lo sabía. No lo supe hasta que me lo dijo él. Intentó inocularme los recuerdos de Nisong, pero no funcionó del todo. La sangre de los parientes de Nisong no funcionó igual que habría funcionado la suya. De manera que lo único que tengo son vislumbres. No soy él, y tampoco soy ella.

—Y después de que os lo dijera, lo matasteis.

Yo en ningún momento lo había expresado en voz alta, aunque imaginé que Lin lo sabía. Nos habíamos conocido en los pasillos del palacio poco después, y ella estaba toda ensangrentada y con la ropa hecha jirones.

—Era eso o permitirle que volviera a entrar en mi cabeza —contestó—. No era buena persona. Su hija murió siendo pequeña; ocultó ese hecho y me dijo que su hija era yo, y todo el mundo lo creyó así. Y siendo emperatriz podría cambiar las cosas para mejor.

—Pues menuda chapuza os está saliendo. —Deseé retirar esas palabras nada más pronunciarlas.

Lin se encogió.

—Ya, bueno —repuso en voz baja—. Resulta que el legado de mi padre ha tenido más ramificaciones de las que yo esperaba.

¿Qué estaba haciendo? Yo era un mentiroso y Lin estaba abriéndome su corazón.

—Lo siento —dije. La cabeza me daba vueltas y sentía un vacío en el pecho. Mefi estaba a mi lado, sosteniéndome; hundí los dedos en el pelaje de su cuello y dejé que me calmara—. Dadme un momento. Ya sé que no es culpa vuestra.

Lin lanzó un suspiro prolongado, tembloroso.

—No tengo a nadie. No tengo familia de verdad, ningún amigo excepto Thrana. Pero no puedo guardarme todo esto dentro. Necesito confiar en alguien, tener la sensación de que todavía puedo encajar. De que todavía soy algo real, y no únicamente un ser que fabricó mi padre.

Mefi levantó la vista hacia mí. Él había visto más allá de mi disfraz de contrabandista. Él sabía que yo era un hombre que intentaba ayudar. Él sabía que era buena persona. Eso había sido suficiente.

¿A quién estaba engañando? Jamás enviaría aquella carta, fuera Lin quien

fuese. Tal vez Gio no fuera capaz de verlo, pero necesitábamos a Lin. Necesitábamos personas como ella. Respiré hondo, tembloroso.

—Si fuerais únicamente un ser fabricado por vuestro padre, no habríais suspendido el Festival del Diezmo. No habríais desactivado a Bing Tai. No estaríais viajando a las islas para intentar ganaros el apoyo de la gente. —Tenía la sensación de estar explicándome aquello a mí mismo al tiempo que se lo explicaba a ella—. Vuestro padre jamás habría hecho ninguna de esas cosas. Y Nisong, tampoco. Y, desde luego, tuvieron la oportunidad.

—Gracias —repuso Lin secándose los ojos—. Urame ha aprobado mi plan, y tengo voluntarios para las esquirlas, y un cadáver. Esto no significa que esté volviendo al camino de antes, y necesito que tú lo comprendas. Esto significa que voy a utilizar las herramientas de las que dispongo.

Sin saber cómo, di los pocos pasos necesarios para plantarme delante de ella y tomé sus manos en las mías.

—Confío en vos.

Lin se derrumbó contra mí. Yo la rodeé con mis brazos, me resultó tan natural como el respirar. Que los chismorreos se fueran al mar Infinito. Tal vez antes fuera contrabandista y medio poyer, pero ahora era el capitán de la Guardia Imperial y tenía una canción compuesta en mi honor, y eso tenía que contar para algo.

Estaba dándole demasiada importancia a todo aquello.

La sensación del cuerpo de Lin pegado al mío hizo cosas interesantes con mi pensamiento. La besé en la coronilla y oí que dejaba escapar un suspiro. Sus manos se movieron por mi espalda recorriendo los contornos de mis omóplatos. Me estremecí, pues de repente caí en la cuenta de que estábamos solos en mi habitación, de que Mefi estaba mirando atentamente por la ventana y de que la cama se encontraba a tres pasos de mí.

—No sé adónde conducirá esto. No quiero que tengas que sufrir el escrutinio de todos. —Sentí el calor del aliento de Lin en el pecho—. Pero… —una mano se aventuró a enredarse en mi pelo— ¿es necesario que pensemos con tanta antelación?

"No, claro que no", respondió mi cuerpo al mismo tiempo que mi cabeza contestaba que sí.

Lin, aturdida, rompió el abrazo.

—Tú has estado casado una vez, y yo nunca… Eres la primera persona a la que he besado, excepto en recuerdos aleatorios que no me pertenecen a mí. No sé lo que estarás pensando, pero dime: ¿estoy haciendo el ridículo? Esto es demasiado de golpe, ¿a que sí?

Me vino a la memoria la playa, el inicio de la estación de lluvias, las gotas de agua en las pestañas de Emahla. Me acordé de cuando le dije que era preciosa, y de la cara de consternación que puso.

—Estoy pensando —le respondí— que a menudo es así.

Y a continuación volví a abrazarla, a soltarle las horquillas del pelo, a acariciar con los labios hasta el último resquicio de ella que pudiera alcanzar. Lin reaccionó con avidez, me empujó hacia la cama y comenzó a desabotonarme la camisa. Debería decírselo. Debería contarle todo. Pero dudaba de que fuera el momento adecuado.

Lin me dio un último empujón y me sentó en la cama. Se oyó crujir un papel. Lin frunció el ceño.

El mundo se detuvo. Abrí la boca para explicarme y descubrí… que ya no me quedaban mentiras. No me vino ni una sola a la cabeza. Un instante después, Lin estiró la mano y no fui lo bastante rápido para girarme e impedírselo.

—Ese es mi sello —murmuró al tiempo que tomaba la carta.

—Eso… eso es importante —dije tendiendo la mano con la esperanza de que me la entregara.

Lin me miró fijamente, y me di cuenta de que estaba analizando mi expresión, mi lenguaje corporal. Procuré permanecer inmóvil, transmitir serenidad.

Lin abrió la solapa de la carta.

Yo sabía que el texto estaba cifrado, sabía que no daba la impresión de decir nada incriminatorio, pero empezaron a sudarme las palmas de las manos y el corazón comenzó a retumbar contra mi caja torácica y a hundirse en las cercanías de mi estómago. La única persona que osaría cuestionar el sello de la emperatriz que portaba mi carta era la emperatriz misma.

Lin frunció el ceño, volvió a plegar la carta y me la entregó.

—¿A quién le has escrito? ¿Por qué has utilizado el sello de la emperatriz?

Las mentiras regresaron. Casi deseé que no fuera así.

—Esta carta no es mía. Alguien debe de habérsela dejado aquí.

—Es tu letra.

Por supuesto que iba a reconocerla. Pero yo ya me había enredado en una mentira de la que no podía retractarme. Con el corazón latiéndome fuerte en los oídos, abrí la solapa.

—Se parece a la mía, pero no lo es. —Debería haber vuelto a abrazarla, hacer todo lo posible para que se olvidara de aquello, pero no pude.

—El sello… —Dejó la frase sin terminar, luego meneó la cabeza y dejó a la carta. Se quedó inmóvil un instante y volvió a tomarla. Con una voz que parecía provenir de muy lejos, dijo—: Lleva demasiadas plumas en la cresta. Es una falsificación. —Se echó hacia atrás como si se hubiera quemado y nos miró alternativamente a Mefi y mí—. Está escrita en clave. Eres un espía. —De nuevo escrutó mi rostro—. Estás trabajando para los pocos sin esquirlas.

Todas las palabras que se me habían quedado atascadas salieron impulsivamente:

—No son quienes vos creéis que son. No son mala gente. Solo quieren un imperio mejor.

—¿Así que efectivamente has *espiado* para ellos? ¿Me has espiado a mí? Me juraste *obediencia*.

Cerré los ojos y deseé que, al volver a abrirlos, hubiera regresado a la situación de momentos antes. Pero no tuve suerte.

—Lo curioso de los juramentos —dije con voz débil— es que en realidad no hay forma de hacerlos cumplir. —Era el momento menos adecuado para hacer un chiste.

Lin cerró las manos en dos puños.

—Ellos quieren que abdique. Quieren que no haya ningún emperador. ¿Crees que ese consejo que proponen sería capaz de formarse a tiempo para hacer frente

al ejército de constructos? ¿O para lidiar con los alanga que están apareciendo? Me has mentido. Me has mentido una y otra vez. Y pensabas continuar mintiéndome, no lo niegues.

Tenía que haber un modo de arreglar aquello, de enderezar la situación. Busqué con desesperación algo apropiado que decir, sentí el cosquilleo del sudor en la línea de nacimiento del pelo y el corazón atrapado cerca del estómago.

—No. Dejé de trabajar para ellos cuando estuvimos en Nephilanu. Iba a deciros la verdad cuando se diese el momento oportuno —aseguré—. Esa era mi intención.

—Pero no lo has hecho. ¿Cuándo iba a darse el momento oportuno? ¿Nunca? —Volvió a tomar la carta—. ¿Qué es lo que dice aquí? ¿De qué les estabas informando?

"Se acabaron las mentiras." Estaba jugando con torpeza a aquella pantomima. Había jugado con torpeza desde el principio. Lo mejor era poner las cartas boca arriba.

—Descubrí los registros de nacimientos —respondí—. Había un sector del palacio que vos no habíais visto, y fui a investigar. Me enteré de que no erais la hija de Shiyen. Desconocía si lo sabíais vos.

Lin se quedó quieta.

—De modo que decidiste proporcionarles lo que necesitaban para deponerme.

Levanté las manos, con las palmas vueltas hacia arriba, pidiendo clemencia.

—Escribí esa carta estando en Imperial. Aún no la he enviado.

Durante un instante, creí que tal vez cediera. Y de repente arrugó la carta en el puño.

—Uno no escribe cartas que no tiene intención de enviar. No has sido capaz de decidirte, ¿verdad? Me cuesta creer que haya pensado que tenía que justificarme ante ti, que tenía que *ganarme* tu confianza y tu lealtad.

Me sentí atrapado en una trampa que yo mismo había fabricado, me puse a buscar desesperadamente una salida y no la encontré. Aquella era la realidad que había forjado, y no iba a cambiar por mucho que lo deseara.

—Por favor. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

Cuando Lin me miró, me pregunté si habría mirado de ese mismo modo a Shiyen cuando finalmente se enfrentó a él. Las cejas juntas, su semblante transformado en una máscara de hielo. Se había cerrado a mí, y eso, no sé por qué, me dolió más que sus palabras acusatorias.

—Fuera —me ordenó—. Vete de Gaelung antes de que cambie de opinión y mande que te ejecuten.

Mefi dejó escapar un lloriqueo y vino a mi lado con los ojos muy abiertos.

—No bueno —me susurró. Ni siquiera me tranquilicé al hundir los dedos en su pelaje. No podía dar las gracias por aquel gesto de clemencia.

—La batalla… No podéis hacer esto teniendo solo a los guardias y a Ragan. Me necesitáis.

—No, Jovis. Sé bien lo que necesito. Y no necesito a un mentiroso.

Y me fui.

Capítulo 40

Lin

Isla de Gaelung

Había creído que nada podría dolerme más que la traición de mi padre, el hecho de descubrir que en realidad no me había amado nunca a mí, sino únicamente al fantasma en el que no me convertiría jamás. Mi corazón estaba protegido de esas cosas, pensaba yo.

El tiempo y la experiencia nos convierten a todos en necios.

Y lo peor era que no sabía muy bien qué me dolía más: si el hecho de que Jovis me hubiera mentido desde el principio o la manera en la que se cerró la puerta cuando él se marchó y me dejó sola. En algún momento del rato que pasamos juntos, yo había empezado a pensar que podía apoyarme en él, que nos unía cierta afinidad. Pensé que lo único que podía hacer que me sintiera mejor sería un abrazo, y el único abrazo que recordaba haber recibido era el suyo.

Con la visión nublada, hice pedazos los restos de la carta.

Cuando regresé a mi habitación, encontré a Thrana paseando nerviosa arriba y abajo.

—Lin —me dijo cuando entré—, ocurre algo malo. ¿Qué ha sucedido?

Enterré la cara en su pelaje y le rodeé el cuello con los brazos. Ella aguardó pacientemente mientras yo sollozaba y le mojaba el pecho con mis lágrimas. Qué tonta había sido, una niña que anhelaba conexión. Y Jovis se había aprovechado de ello y me había dejado buscar su aprobación igual que había buscado la de mi padre. Tenía que ser más fuerte, mejor.

—He echado a Jovis —le dije a Thrana—. Me ha mentido, y le he dicho que se vaya.

Thrana lanzó un suspiro. Olía a mar. Alzó una pata y la apoyó en mi espalda: su versión de un abrazo. Yo me derrumbé sobre ella sabiendo que, aunque la quería,

aquello no me bastaba.

—Necesitas otras personas —me dijo como si me hubiera leído el pensamiento —. Esto no es bueno.

—Era lo único que podía hacer.

—Ya lo sé. Pero, Lin, a las dos nos han hecho daño. Yo ahora confío en ti. Tú también necesitas confiar.

Me aparté y me sequé las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Y cómo hago para encontrar a las personas adecuadas? Por lo que se ve, no se me da bien encontrarlas.

Thrana se hinchó, orgullosa de darme un consejo.

—Cometes un error. Prueba otra vez. —Dio un coletazo.

Lancé una risa triste. Ojalá fuera tan sencillo como Thrana hacía que pareciera. A lo mejor para ella sí lo era.

—Me parece que ese asunto es para otro momento. Siempre y cuando sobrevivamos a este.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Me apreté los ojos con los dedos deseando contener las lágrimas.

—Adelante.

Entró Urame trayendo una bolsa en la mano derecha, seguida de sus guardias, que cargaban con un cadáver.

—Tenemos lo que habéis pedido —me dijo—. Dieciséis miembros de mi casa han ofrecido voluntariamente sus esquirlas, incluida yo misma —dijo tendiéndome la bolsa.

La tomé. La confianza que habían depositado en mí logró que las piezas de mi corazón roto fueran recomponiéndose. Ya lloraría más tarde la pérdida de Jovis; ahora tenía personas que dependían de mí. Tenía un imperio que salvar, tenía un ejército que derrotar. Dieciséis efectivos no eran muchos, pero yo era inteligente, y había vencido a mi padre y a sus constructos. Lograría que esto funcionase.

Detrás de ellos, entró Ragan.

—Excelencia, lamento interrumpir, pero he visto a Jovis marchándose. ¿Ha sido por orden vuestra?

Sentí una punzada de irritación por esa intrusión y por el modo en el que todo el mundo se giró hacia mí para ver qué contestaba. En algún momento iba a tener que decírselo, pero no quería que me presionaran para ello cuando todavía tenía la garganta dolorida y los ojos llorosos.

—Sí, así es. Ya no se encuentra a mi servicio.

Los guardias se removieron en su sitio y se miraron unos a otros. Sabía lo que estaban pensando. A esas alturas, Jovis ya gozaba de cierta reputación en el Imperio. La mayoría de la gente lo consideraba un héroe, y el hecho de que yo lo hubiera nombrado capitán de mi Guardia Imperial me había hecho ganar varios puntos a favor. Todo el mundo estaba al tanto de los poderes mágicos que poseía y de que era capaz de hacer temblar el suelo. El número de soldados de mi padre a los que había derrotado parecía aumentar cada vez que volvía a narrarse dicha hazaña. No cabía duda de que se habían sentido un poco más seguros sabiendo que tenían a Jovis en su bando.

¿Y yo? Yo era la hija del emperador, la que usaba la magia de las esquirlas, la

persona en la que el pueblo todavía no estaba muy seguro de poder confiar. Había tenido que pelear para ganarme el favor de los gobernadores. Todo el mundo pensaba que poseía más poderes que Jovis y, peor aún, esperaba más de mí.

Ya estaba cansada de pelear.

Escogí con cuidado lo que iba a decir.

—No lo habría echado si no hubiera creído que ya no podía fiarme de que iba a hacer lo que fuese mejor para el Imperio y sus habitantes. Para la batalla necesito a personas de las que pueda fiarme. No tenemos mucho margen para cometer errores.

Era la verdad, o lo más que podía acercarme a la verdad, pero tan solo pareció aumentar levemente su confianza. Nombrar como enemigos a los pocos sin esquirlas me granjearía pocas simpatías, por muy cierto que fuese. Decir que Jovis me había mentido, que era un espía, proyectaría una imagen de mí demasiado egocéntrica.

—Es mejor que tengáis a vuestro lado a personas de las que podáis fiaros —dijo Ragan con una expresión solemne en su rostro juvenil—. Esto será para mejor, estoy seguro.

Urame apretó los labios; ella conocía las probabilidades mejor que la mayoría.

—Espero que eso funcione —dijo.

—Gracias por vuestra confianza —contesté, todavía con la bolsa de esquirlas en la mano—. No he venido aquí con la intención de hacer uso de las esquirlas de ninguno de vosotros.

—Tampoco tenía yo la intención de ser víctima del asedio de un ejército de constructos —replicó ella en tono amable—. He dado la orden de que se refugien en el palacio tantos granjeros como quepan, y que los demás vayan al puerto o a una aldea vecina. Ha llegado Yeshan, vuestro general, junto con sus tropas. Cumplid vuestra palabra, salvad Gaelung y lo consideraré un pacto equitativo.

Me hizo una reverencia, yo incliné la cabeza y ella salió. El cadáver desprendía un tenue olor a rancio. Por muy reciente que fuera, no podía serlo tanto. Se trataba de un hombre de mediana edad que presentaba una herida con sangre en la sien, tenía los ojos cerrados y el rostro demacrado. Fui hasta el escritorio, tomé una hoja de papel y empecé a escribir órdenes básicas en el intento de averiguar la mejor manera de utilizar mis dieciséis esquirlas.

Hice una pausa con la pluma suspendida sobre el papel.

Ragan no se había ido. Su ossalen caminaba a su alrededor.

—¿Necesitas algo? —le pregunté girándome en la silla.

Él levantó un dedo.

—Ah, no se trata de que necesite algo. No exactamente. Se me ha ocurrido que deberíamos hablar de una estrategia. Si el ejército ataca mañana, es posible que necesitemos de vuestras habilidades. Vuestras habilidades de alanga.

Tenía demasiadas cosas simultáneas dentro de la cabeza. Me froté las sienes.

—Ragan, agradezco tu ayuda y el hecho mismo de que estés aquí, de verdad. Pero lo cierto es que… no sé hasta dónde llegarán mis capacidades. Confío en ti. — Todavía me acordaba del guardia que escupió sobre el cuerpo de Meraya pronunciando la palabra “alanga” como una maldición. No me aceptarían si revelase lo que era.

—Os conviene practicar —me dijo Ragan.

Lo miré primero a él y luego la bolsa de esquirlas y el cadáver.

—Cuando tengáis tiempo —corrigió—. Yo voy a trazar algunos planes por mi cuenta.

—Muy bien, pues trázalos —repuse volviendo al escritorio—. Ya volveremos a hablar luego.

Titubeó un instante en la puerta, con Lozhi pegado a sus talones.

—Lamento lo de Jovis —dijo—. Sé lo duro que es darse cuenta de que uno no puede seguir confiando en una persona. La vida en el monasterio… no era tan fácil como la gente cree. Tuve que aprender que nadie iba a ayudarme, que tenía que ayudarme yo solo.

Algo percibí en su tono de voz que me hizo girarme, pero solo vi que la puerta ya se estaba cerrando. Hice un gesto de preocupación. Iba a tener que preguntarle más a ese respecto en otro momento. Si es que había otro momento. De nuevo apoyé la pluma en el papel.

Una esquirla para obedecerme a mí. Otras tres para habilidades básicas de combate. Iba a tener que ser más sofisticado que los constructos de Nisong, por si acaso lo capturaban. Quedaban doce. Deseé haber tenido la fortaleza de ánimo necesaria para examinar las esquirlas de Bayan antes de incinerar su cadáver. Podría haber extraído las que le otorgaban la capacidad de crear constructos él mismo. Pero no pensaba que fuera a necesitar de nuevo dicha capacidad.

Las órdenes que le diera verbalmente no podían ser demasiado complicadas y durarían solo un rato, de modo que tenía que depender de las órdenes grabadas en las esquirlas.

Podía comenzar con la orden de reescribir todo constructo con el que se topara este, y a partir de ahí ir añadiendo esquirlas de referencia. Pero añadir un número excesivo de esquirlas de referencia debajo de una orden a menudo desestabilizaba al constructo, sobre todo si las esquirlas de referencia contenían nuevas órdenes.

Bayan había sido hecho con la capacidad de aprender. Yo no podía hacer eso mismo teniendo solo doce esquirlas.

Así pues, tan solo me quedaba dar indicaciones paso a paso. Si combinara eso con unas cuantas esquirlas de referencia, quizá pudiera hacerlo funcionar.

Saqué varios de los libros que había llevado conmigo y los examiné buscando órdenes sofisticadas, palabras que tuvieran el máximo de significado contenido en el menor espacio posible. Me dolía la cabeza, y eso que solo acababa de comenzar. Ojalá dispusiera de más tiempo y pudiera utilizar la biblioteca completa de mi padre. ¿Existía una palabra que describiese el estado de calma mental que tenía que adquirir una persona antes de introducir la mano en el cuerpo de un constructo? ¿Un constructo necesitaba siquiera entrar en dicho estado de calma mental si no tenía demasiado espacio mental?

Aquellas dieciséis personas, incluida Urame, estaban entregando piezas de su vida con la esperanza de que yo pudiera salvarlas.

Escribí unas cuantas combinaciones.

“Si ves otro constructo y no hay más constructos mirando, mete la mano dentro de ese constructo.” Demasiado largo, no iba a caber. “Cuando estés a dos pasos de otro constructo, comprueba que no te vea nadie. Si no te ve nadie, mete la mano

dentro de ese constructo." Esto requeriría dos esquirlas, pero no mencionaba ningún estado de calma mental. Podía abrigar la esperanza de que no fuese necesario. Y luego estaba el asunto de la modificación.

Los constructos enemigos tendrían una esquirla de obediencia cerca de la parte superior que les diría que obedeciesen a Nisong, con la marca identificativa que habría grabado ella junto a su nombre sosteniendo la esquirla contra su pecho. Yo había cambiado la marca identificativa de los constructos de mi padre para que fuese a mí a quien obedecieran. Pero yo no iba a estar en el campamento de los constructos, así que esa era una estrategia que no podría utilizar.

Estarían programados para atacar. No sabía con certeza cuántas esquirlas habría logrado reunir Nisong ni cuán complejas serían sus órdenes. Podía ordenar a mi constructo que fuera allí, les extrajera las esquirlas y volviera a meterlas en lugares donde no correspondían. El ejército empezaría a desbaratarse. Pero no podría destruir a muchos antes de que alguien se diera cuenta y lo capturasen sin que hubiera logrado completar su tarea. Tendría que ser sutil.

Nos habían hecho parecidas, pero a Nisong su pasado la había convertido en una persona diferente. Y a mí también me había cambiado mi amistad con Numeen.

Sin embargo, en lo más hondo de nosotras…

Cerré los ojos y me esforcé por imaginar qué órdenes daría a los constructos para que luchasen, disponiendo solo de unas pocas esquirlas. No me habían parecido muy despiertos. Su orden de atacar tendría que especificar personas, no constructos. Pero no nos habían atacado ni a Jovis ni a mí cuando fuimos al campamento para negociar con Nisong, de modo que estaban aguardando una orden.

"Cuando un constructo te ordene atacar, ataca a personas hasta que se te ordene parar."

Me acordé de las modificaciones que había hecho en el constructo de mi padre. La solución obvia sería cambiar la palabra "personas" por la de "constructos", pero eran dos palabras que no se parecían en nada. Tomé de nuevo los libros y los hojeé intentando encontrar algo que me diera una idea. Fuera, el cielo había empezado a oscurecerse y por el oeste se acercaban nubes. Thrana fue hacia la ventana y cerró los postigos.

—Viene lluvia —dijo. La lluvia le facilitaría a mi constructo colarse furtivamente en el campamento. Por lo menos, teníamos un poco de suerte—. ¿Crees que Jovis y Mefi estarán bien?

Me apreté el puente de la nariz con los dedos y aspiré una fuerte bocanada de aire.

—No lo sé.

Había conseguido apartarlos de mi pensamiento durante unos instantes mientras me concentraba, pero de repente volvió el dolor, irrumpiendo igual que una cascada en una cuenca vacía. Había pasado con Jovis más tiempo de lo que pensaba, traduciendo su libro, hablando de política en el barco, aprendiendo a usar mis capacidades alanga.

Su libro.

¿Me lo habría dejado a mí? Regresé al arcón cerrado con llave y rebusqué en el

fondo. Allí estaba. Jovis se lo había dejado. Lo saqué y empecé a pasar páginas y anotaciones lo más rápidamente que pude leerlas.

Una palabra me saltó a la vista. Yo la había traducido como "prójimo". Se parecía a "personas" pero era un poco más larga. "Cuando un constructo te ordene atacar, ataca a personas hasta que se te ordene parar." Si lograra que el constructo cambiase "personas" por "prójimo", el ejército de Nisong se atacaría a sí mismo cuando recibiera la orden. Una solución menos elegante que la de ordenarles atacar a otros constructos, y aun así era posible que varias personas se viesen atrapadas en el fuego cruzado, pero funcionaría.

Tenía que funcionar.

Escribí otras órdenes a toda velocidad. Una orden de andar hasta llegar al campamento y después mezclarse con los demás. Una orden para buscar la esquirla adecuada en cada constructo y referenciar las palabras que este buscaría. Una orden para usar la herramienta de grabar para cambiar dichas palabras. Otra orden para colocar la esquirla de nuevo.

Aún me quedaban varias esquirlas, de modo que las empleé para solventar problemas que podían surgir, como ocultarse si lo descubrieran, comportarse igual que los demás constructos para reducir las suspicacias al mínimo, escuchar voces cercanas.

Finalmente, quedé satisfecha y me puse a grabar. Era un constructo burdo y sería de tercer nivel, según la clasificación de mi padre. Pero hasta los constructos de tercer nivel podían reparar otros. Ya se me había olvidado la gozada que era para mí perderme en aquella tarea, juntar las piezas como si fuera un complejo rompecabezas. En ello había una lógica y una simplicidad que no existían en la política y en el gobierno. No podía contentar a todo el mundo, por mucho que me esforzase. En cambio, esto otro se plegaba a mi voluntad y a mis pensamientos. Logré entender un poco por qué mi padre se había aislado, por qué había dejado que el Imperio lo controlaran sus constructos. Las personas eran volubles, poco claras, desleales. Las personas mentían. Las personas traicionaban.

Los constructos obedecían órdenes, y cualquier fallo que tuvieran era tuyo y nada más que tuyo.

Llamaron unos sirvientes a la puerta y me dejaron té y algo de comer sin dirigirme la palabra. Casi no comí nada. El cielo se puso más oscuro y la lluvia empezó a golpear los postigos de la ventana y a gotear sobre el alféizar.

Justo estaba terminando de introducir la última esquirla en el cadáver cuando llamó Urame a la puerta.

—¿Habéis acabado? —me preguntó al entrar. Me traía la herramienta de grabar que le había pedido. No era tan completa ni tan afilada como la mía, pero aun así el constructo podría utilizarla.

Thrana estaba sentada detrás de mí; exhausta, me recosté contra ella.

—Sí. Si esperáis un momento conmigo, veremos si me ha salido bien.

Urame se quedó mucho más sorprendida que yo cuando el constructo abrió los ojos y se incorporó hasta quedar sentado. Yo sabía que aquello se me daba bien, mejor que a Bayan. Si tuviera tiempo y herramientas adecuadas, se me daría mejor que a mi padre.

—Tenemos que llevarlo hasta las puertas del palacio y enviarlo al campamento

—dije—. Del resto se encargará él.

Urame se pasó los dedos por la cicatriz que tenía tras la oreja.

—Será solo por una noche —la tranquilicé—. Acortará vuestra vida, sí, pero de manera imperceptible.

—Y esta es la razón por la que mis antepasados siguieron a los Sukai —dijo ella con un tinte de asombro reverencial en la voz.

Me gustaría saber si Iloh me habría mostrado más respeto si yo le hubiera enseñado mis poderes. Iloh era un oportunista, y Phalue tal vez aún podría ablandarse con respecto a mis peticiones. Si lograse salvar Gaelung y derrotar a los constructos, cabía la posibilidad de que todos me obedecieran. Podría salvar al Imperio.

Urame y Thrana me acompañaron hasta las puertas del palacio. La lluvia me empapó las zapatillas en cuanto dejé atrás la protección del tejado. En lo alto de las murallas los guardias nos observaban; tal vez alguno de ellos había donado una esquirla. En aquel momento sentí la ausencia de Jovis, que siempre había sido una presencia familiar a mi lado o detrás de mí. Abrigué la esperanza de que por lo menos hubiera encontrado un sitio donde resguardarse de la tormenta.

No me fiaba de él. Pero no era capaz de odiarle.

Orienté al constructo de cara al campamento de Nisong y le puse la herramienta de grabar en el bolsillo.

—Camina en dirección este hasta que llegues al campamento de los constructos —le dije.

Nos quedamos mirando cómo se iba hasta que su figura se fundió con la noche y con la tormenta. Nuestras esperanzas iban escritas en dieciséis esquirlas.

Capítulo 41

Nisong

Isla de Gaelung

Le entregó el mando de la serpiente marina a Coral. Incluso llevando dentro del cuerpo todas las esquirlas de Hoja, aquel animal no era Hoja. Sin embargo, podía hablar y obedecer órdenes complejas. Escarbaba en el barro de la jungla culebreando entre los árboles con su cuerpo cubierto de escamas.

—¿Cuánto tiempo he de permanecer aquí una vez que haya comenzado la batalla? —preguntó Coral con una mano posada en el morro de la criatura. Llovía con intensidad y el cielo estaba cada vez más oscuro. En días así, era casi imposible discernir con exactitud cuándo se había puesto el sol. Era posible que todavía estuviera descendiendo lentamente hacia el horizonte.

—Con suerte, no será necesario que salgas siquiera —le respondió Nisong—. Yo me quedaré en los confines de la batalla. Si la situación se vuelve desesperada, enviaré un constructo gaviota a buscaros. Pero hasta ese momento, permaneced escondidos.

—¿Y si nos mandas llamar? —preguntó la serpiente marina. Tenía una voz profunda y fría y pronunciaba como si fuera un orador. Nisong nunca había oído hablar a una serpiente marina, aunque sí que había oído contar que poseían el don del habla. Cuando era pequeña, no se lo creía. Ahora, sí.

—Entras en el palacio y matas a todo miembro del bando contrario que se interponga en tu camino. Haz lo que diga Coral.

Coral podía sentarse cómodamente a horcajadas sobre el lomo de la serpiente marina y hablarle al oído. Allí, apartada de la refriega, no correría peligro. Y si Nisong necesitaba a la serpiente, el lugar donde Coral estaría más segura sería a su lado. Era lo más que podía hacer. Debería haber tomado más precauciones con Caracola, Fronda, Hoja y Hierba, pero a ellos los había necesitado.

Esperaba no necesitar a Coral.

Obedeciendo un impulso, rodeó a Coral con sus brazos de la misma manera que

su hermana la abrazó a ella en cierta ocasión. El abrazo fue breve, y Coral no olía a enebro, pero Coral había estado con ella desde el principio.

—Cuídate —le dijo.

—Tú también —le respondió Coral.

Nisong, con un nudo en la garganta, dio media vuelta y emprendió el regreso hacia el campamento de constructos. Para cuando llegó, el sol ya se había puesto y las llanuras circundantes eran un mar de oscuridad salpicado de fogatas y lámparas. Tenía que centrarse. Tenía que ser la líder que ellos necesitaban, una líder que ganaba batallas y aplastaba a sus adversarios.

Los constructos habían comenzado a avivar las hogueras para la noche, se veían columnas de humo y chispas que se elevaban hacia el cielo. Habían llevado algunos víveres consigo y otros los habían robado de los campos que tenían alrededor. Gaelung estaba repleta de cosechas, y los constructos más inteligentes parecían obtener un gran placer de los alimentos que habían encontrado.

Los guardias que había apostado a lo largo del perímetro solo la saludaron con la cabeza cuando pasó por delante de ellos. Hoja la habría mirado, a la espera de alguna palabra de aliento. Fronda estaría entreteniéndose tallando alguna figura y le habría enseñado la que estuviera haciendo en ese momento. Pero aquellos constructos en realidad no la conocían. Ella hablaba y ellos obedecían. Eso era para ellos.

Escogió un sitio junto a una de las fogatas donde había un tronco de árbol que servía bastante bien de asiento. A través de las llamas distinguió a lo lejos la colina en la que aguardaba el palacio de la gobernadora. Se le fueron caldeando las mejillas y extendió las manos para sentir el calor. Cuando empezó esta campaña, únicamente se imaginó a sí misma en el palacio y a los ciudadanos haciéndole reverencias. Tal vez fuese apropiado que entonces, cuando el final estaba cerca, estuviera sola. Aun así, cuando cerraba los ojos imaginaba a su Hoja al lado, a Hierba y a Fronda discutiendo si un pescado había que freírlo o cocinarlo al vapor y a Caracola afilando su lanza.

Era un ejercicio absurdo. Lo único que conseguía con él era sufrir. Había tomado sus decisiones y seguía estando convencida de que habían sido acertadas.

Algo apareció en su visión periférica. Entrecerró los ojos para escudriñar entre las tiendas de campaña. Los constructos estaban cenando, unos cuantos conversaban en voz baja entre sí. Uno que tenía forma de lobo se rascaba la oreja con ademán ocioso. Nada que se saliera de lo normal. Nisong hizo un gesto negativo con la cabeza. ¿Estaría imaginando cosas?

De repente volvió a verlo, y comprendió por qué aquel movimiento le había llamado la atención. Era uno de los engendros, que estaba deslizándose entre las tiendas, casi invisible. Nisong puso un gesto de preocupación. La última orden que les había dado ella había sido la de esperar. Constantemente se veía obligada a repetirles las órdenes, porque llevaban esquirlas muy poco sofisticadas. Pero, así y todo, le pareció que era demasiado pronto.

Se levantó de su asiento junto a la fogata.

Los constructos la saludaron con la cabeza y se fueron apartando para dejarle espacio. Tuvo que maniobrar para esquivar a los engendros, que no mostraron ninguna chispa de reconocimiento en sus ojos de mirada apagada. Conforme

avanzaba por el campamento fue percibiendo diversos olores: pelo de animal mojado, humo, verduras cocidas y podredumbre. La hierba había quedado aplastada por las pisadas de sus tropas y la notaba resbaladiza. Descubrió que, sin pretenderlo, estaba caminando despacio y con cuidado, procurando no hacer ningún ruido.

Un engendro que se movía se agachó detrás de una tienda de campaña. Vio un hombre de mediana edad que tenía una herida en la cabeza. No pensaba que fuera a saber quién era, porque había creado muchos, pero aun así la desconcertó no reconocerlo.

—¡Alto! —exclamó.

Varios otros constructos suspendieron lo que estaban haciendo. Nisong apretó los dientes, les hizo un ademán con la mano para que continuaran y se apresuró a mirar detrás de la tienda. La solapa se agitó suavemente con la brisa, pero el constructo al que estaba siguiendo no se había detenido, sino que había continuado andando, vuelto de espaldas a ella.

No era uno de sus constructos.

Al comprenderlo, la invadió una oleada de furia. Ese era su territorio, ¿y a aquella niñita emperatriz se le había ocurrido intentar infiltrarse en él?

Le hizo una señal a un constructo de guerra que estaba cerca, uno enorme y con apariencia de oso.

—Reduce a ese engendro.

El oso levantó la cabeza de su plato de pescado y fue en busca del engendro. Ah, debería habérselo pedido a un constructo de guerra diferente. El engendro echó a correr y el oso se lanzó en pos de él derribando dos tiendas por el camino. Unos pocos constructos que quedaban de Maila se apartaron de él dando voces. Los engendros, enredados en la lona, no se movieron de donde estaban.

Nisong apartó la lona de la tienda y encontró al oso y al engendro enredados debajo. No se tomó la molestia de hacerle ninguna pregunta y le introdujo una mano en el cuerpo. Allí había más esquirlas que dentro de sus engendros, lo cual confirmó sus sospechas. Las extrajo y las acercó a la luz de la fogata más próxima.

Los grabados eran elegantes, las órdenes estaban escritas con claridad. Si las circunstancias fueran distintas, tal vez hubiera admirado aquel trabajo. Pero aquellas esquirlas llevaban mala intención. Lin había dado instrucciones a los engendros, instrucciones de que volvieran a los constructos de Nisong en su contra. En el bolsillo del engendro encontró una herramienta de grabar.

La furia se transformó rápidamente en pánico. ¿Cuántos de aquellos infiltrados había enviado la emperatriz a su campamento y cuándo habían llegado? Creía que Lin era reacia a utilizar de nuevo la magia de las esquirlas, pero, por lo visto, la desesperación la había empujado a hacerlo. Arrojó las esquirlas al suelo y las aplastó con el tacón de la bota. Cada momento que malgastase ahora podía ser un momento en el que más constructos se volvieran contra ella.

Podía pasar revista a los engendros, ponerlos en fila, examinar sus esquirlas. Eso llevaría tiempo, demasiado tiempo. Un tiempo durante el cual Lin podría utilizarlos para atacar o para reunir más defensas.

—Atacaremos ahora mismo —le dijo al constructo oso—. Pon en fila a todos los constructos de guerra.

Reconoció al constructo de Maila que estaba más cerca de ella, era Olas.

—Tú, reúne a todos los demás. Yo me encargo de los engendros.

Atacar de noche les causaría ciertos perjuicios. Los engendros ya eran torpes de por sí y no veían bien en la oscuridad. Habían perdido a varios en el camino en zigzag. Pero la mayoría de los constructos de guerra sí veían de noche. Iba a tener que servirse de eso como ventaja.

Se acordó de Coral y de la serpiente marina, que estaban esperando en la jungla. De pronto, como si le hubiera leído el pensamiento, el constructo gaviota aterrizó en la hierba al lado de ella.

—¿Ya es el momento? ¿Voy a buscarlas?

—No —respondió Nisong. Cabía la posibilidad de que el constructo de Lin aún no hubiera causado grandes daños. A lo mejor todavía podían conquistar Gaelung sin la serpiente marina. Sin Coral.

—Aún no.

Capítulo 42

Jovis

Isla de Gaelung

Cuando empezó a llover en serio, lo único que se me ocurrió pensar fue que me lo merecía. Incluso llevando puesta la capa engrasada, el agua se colaba por los huecos de mi ropa y me producía la sensación de estar nadando en tierra seca. Las cosas que había dicho Lin de mí eran todas ciertas. Había hecho bien en echarme, y la lluvia era solo otra señal más de que yo, Jovis de Anau, era el emperador de los Tontos. Era un título más apropiado que el de capitán de la Guardia Imperial.

Mi madre iba a sentirse decepcionada.

Conseguí encontrar una taberna en la que refugiarme durante un rato, tal vez incluso descansar con un té caliente o un vino especiado. Me lo había ganado, ¿no? Había roto con el Ioph Carn, les había fallado a los pocos sin esquirlas y había traicionado a una persona que había pensado que podía llegar a ser una amiga.

¿A quién pretendía engañar? Deseaba algo más que amistad con ella. Lin no era Emahla. Era demasiado inteligente y demasiado lista, estaba demasiado sola. Pero cuando no peleábamos, había una parte de mí que presentía que ella me comprendía. Que yo podía sentarme a su lado sin decir nada y no sentirme solo. Todos los huesos de mi cuerpo gritaban a medida que me iba alejando del palacio. Todos mis huesos me decían que volviese, que de nuevo le suplicase perdón, que la desafiase a ejecutarme.

Pero esas eran las ideas de un joven, un joven romántico que todavía no había amado y perdido a una esposa.

Por el mar Infinito, qué cansado estaba. Supuse que eso era lo que sucedía cuando uno pasaba tantos meses diciendo mentiras.

Mefi trotaba a mi lado sin preocuparse del aguacero. El ejército de Yeshan justo acababa de adelantarnos de camino al palacio, una fila de soldados tras otra, todos con gesto de nerviosismo. Habíamos aguardado a un lado del camino a que pasaran.

Mefi no dejaba de lanzarme miradas, y yo, aunque no se las devolvía, sabía que estaba preocupado.

—Van a luchar mañana —dijo al fin.

El camino que conducía al puerto no estaba pavimentado, y la grava crujía bajo mis pies. Los campos que nos rodeaban se hallaban en silencio, los granjeros se habían refugiado en sus cabañas. Unos cuantos pasaron junto a nosotros de camino al palacio, pero no se molestaron en levantar la vista por debajo de sus paraguas y sus capuchas.

—Deberíamos ayudar —añadió Mefi.

—Ya lo he intentado —repuse yo—. Pero Lin no me quiere allí.

—Pero ¿qué pasa con todos los demás? Ellos sí te quieren allí.

—Lin puede arreglárselas sola. Ragan también echará una mano. No cuentan con muchos soldados, pero Lin es lista, ya se le ocurrirá algo. —Mi voz transmitía más seguridad de la que sentía.

—Jovis. —Mefi giró y se plantó delante de mí, inamovible—. Lin y tú os habéis peleado. Tienes que hacer las paces, porque ella te necesita. Te necesitan todos. No puedes marcharte. —Había algo raro en su voz, como si estuviera ahogándose con algo.

Levanté un pie y lo esquivé.

—Este soy yo, marchándome.

Pasó por mi lado con el cuerpo casi pegado al suelo, las orejas hacia atrás, la mandíbula en tensión.

—Muy gracioso. Jovis hace chistes estupendos cuando no se atreve a enfrentarse a sentimientos importantes.

Ay. Quizá fuera cierto.

—¿No podrías volver a ser pequeño y hablar menos? —repliqué—. En esa época eras un encanto.

Chasqueó los dientes.

—Todos los ossalen crecen.

—¿Y se convierten en qué?

Mefi echó las orejas hacia delante, abrió mucho los ojos y ladeó la cabeza.

—No lo sé.

Me aventuré a rascarle las mejillas, pero él se apartó; todavía no estaba dispuesto a perdonarme.

—El modo acertado de obrar es *vodver*, volver.

Era cierto que hablaba raro.

—Mefi —le dije en tono de exasperación—. Otra vez, no. En este momento, no. —Tomé su enorme cabeza entre mis manos—. Suéltalo antes de que te ahogues.

Él me miró entornando los ojos, pero su mandíbula se movió y vi que se le formaba un bulto en la mejilla.

—Suéltalo.

Escupió algo al suelo.

—Me lo he encontrado. Ahora es mío —dijo a modo de explicación.

Me arrodillé a recogerlo. Era una redoma de arcilla, pequeña y provista de un tapón. Supe lo que había dentro: los recuerdos que Lin había extraído de Ragan después de tomar una muestra de su sangre. Por eso no había podido yo

encontrarla. Mefi le había echado antes la zarpa.

—¿Dónde has estado guardando esto?

Agachó la cabeza.

—Aquí y allá.

A juzgar por los arañazos que presentaba la redoma, Mefi debía de haberla escondido donde pudo. La limpié y me la guardé en el bolsillo.

—Por última vez, que puedas tomar las cosas de otra persona no quiere decir que debas. Nunca te veo tomar la comida de los puestos callejeros.

Mefi se sacudió, y el agua que despidió me salpicó toda la capa.

—Si hiciera eso, dejarían de servirte comida.

—De modo que *sí* entiendes que no debes tomar cosas.

Se encogió ligeramente de hombros, como si no le importara un pimiento. Debería haber solicitado un carromato, aunque estaba seguro de que Lin no me lo habría concedido. Unos cuantos granjeros me lanzaron miradas de curiosidad, pero cuando hicieron ademán de detenerse les hice un gesto con la mano para continuaran. Estaba de un humor de perros y no iba a ser buena compañía para nadie, ni tampoco para representar mi papel de héroe popular del Imperio. Y con un ejército a las puertas, nadie quería insistir en el problema.

Por fin, allí donde los campos daban paso al bosque, encontré una taberna en la que poder hacer un descanso. Era uno de esos locales que parecían más grandes por dentro que por fuera, las ventanas tenían toldos lo bastante anchos como para que pudieran permanecer abiertas en caso de lluvia. En el interior olía a pescado, a madera chamuscada y a especias. Tanto Mefi como yo nos sacudimos el agua en la entrada, y yo colgué mi capa junto a la puerta.

—Vamos a cerrar dentro de poco —dijo sin levantar la vista el tipo que estaba detrás de la barra deshuesando una pata de cabra. Luego nos miró detenidamente —. Aunque sois bien venidos —se apresuró a añadir—. Es que… dicen que mañana por la mañana va a haber una batalla. Es probable que vos ya estéis enterado de ello.

Si pudiera vivir sin llevar a mi lado a Mefi, es posible que lo hubiera dejado en casa más a menudo, solo por probar un poco de mi antiguo anonimato. Dejé pasar el comentario. No parecía ser el momento apropiado para hacer saber al dueño que no, yo no iba a luchar contra los constructos, sino que me dirigía a los muelles para subirme al primer barco que quisiera sacarme de Gaelung. Necesitaba regresar a Imperial y a mi propio barco. Si lograse poner los pies en su cubierta, podría pensar qué hacer a continuación.

Pedí vino caliente con especias, pescado ahumado y arroz. No había más clientes, lo más probable era que todos estuvieran huyendo de lo que no iba a tardar mucho en convertirse en un campo de batalla. El dueño se quedó unos instantes después de traerme la comida y, como si buscara confirmación, posó la mirada en el conejito que llevaba yo tatuado.

—Dicen que el ejército de constructos es enorme —comentó. Tenía la frente perlada de sudor.

¿Pretendía que *yo* lo tranquilizase? Pues no estaba muy bien dotado para eso. Todos mis ideales, mis esperanzas de construirme una vida que mereciese la pena de ser vivida con Emahla se habían estrellado contra los arrecifes.

—Nuestra emperatriz lo está haciendo lo mejor que puede —contesté. Ladeé la cabeza y le pregunté—: ¿Por qué sigues aquí? Me alegra que así sea… —señalé mi plato—, pero ¿no deberías estar dentro del palacio o en el puerto?

—Hace unos días, mi mujer se rompió una pierna —explicó—. Tuvo un accidente mientras intentaba bajar unas especias del desván. No está en condiciones de viajar, y hemos pensado que… estamos bastante lejos de la refriega, y si nos parapetamos dentro de casa estaremos a salvo.

Nadie estaba a salvo. Yo había visto el tamaño del ejército de constructos.

—Nuestra emperatriz se guarda unos cuantos trucos en la manga —le dije al tiempo que servía mi vino con especias. Disimulé mi sonrisa involuntaria bebiendo un sorbo. Un número excesivo de trucos, para mi gusto. Intenté adoptar un tono más alegre—. Los constructos no son rivales para los hombres y las mujeres de Gaelung. —Y yo que me había dicho a mí mismo que ya estaba cansado de mentir. Los viejos hábitos son duros de roer.

El tabernero me respondió con una sonrisa breve y luego se volvió a la cocina.

Suspiré y le pasé a Mefi un trozo de pescado ahumado. Al parecer, eso fue suficiente para que me perdonara por fin. El vino atravesó el hueco que tenía en la garganta y me calentó el estómago, aunque no el corazón. ¿Qué pensaría aquel hombre cuando viera que me iba y no regresaba en dirección al palacio, sino que huía hacia el puerto junto con el resto de los ciudadanos? Yo no era uno de ellos, por más que en ocasiones deseara serlo.

Tal vez no supiera que Lin contaba con Ragan, un sustituto de Jovis, por así decirlo. Otro alanga con capacidades más refinadas que las mías. Los recuerdos del monje iban chocando contra otra cosa dentro de mi morral. Yo había condenado las acciones de Lin porque sabía adónde conducirían. Tal vez Lin decidiera extraer mis recuerdos, ver qué secretos había en mi pasado, ver si le había ocultado algo. No me había preocupado tanto por proteger a Ragan contra dicha intrusión, solo pretendía protegerme yo mismo.

Mefi estaba masticando el pescado ahumado pensativamente, sin el vigor habitual.

—Nada de esto está bien—dijo.

Saqué la redoma de mi morral y la puse en la mesa, al lado del vino con especias. Si hubiera hecho lo que había que hacer, la habría destruido en cuanto salió de la boca de Mefi. Tal vez no quisiera seguir siendo un mentiroso, pero desde luego tampoco quería ser un justiciero. Eso se lo dejaría a hombres como Gio, tan convencidos de su moralidad que eran capaces de irse directos contra un arrecife si su corazón les decía que eso era lo más ético.

Pero ¿de verdad quería saber lo que estaba pasando dentro de la cabeza de Ragan? ¿Tenía alguna importancia? Ragan había tenido más de una oportunidad de volverse contra Lin, de volverse contra mí, y, sin embargo, nos había ayudado a los dos. Pero, claro, estaba el asunto de su ossalen. La forma en la que trataba a aquel animal no me convencía del todo.

Puse un poco de pescado ahumado en el arroz. Cada vez que Lin bebía de los recuerdos de su padre, se parecía un poco más a él. No sabía con certeza si ello se debía a los recuerdos o es que Lin era así. ¿De verdad quería yo parecerme más a Ragan, con esa manera tan pomposa que tenía de corregir los datos o de

explicarlos, con aquella sonrisa tan ridícula, aquellas taimadas reprimendas? Además, ya ni siquiera formaba parte del séquito de la emperatriz. Ya no era más que Jovis, el fallido héroe del pueblo. ¿Qué iba a hacer con lo que descubriese?

Siempre tenía que saberlo todo, aunque no fuera bueno para mí. Rompí el sello y saqué el tapón.

—Cuida de mí, hazme el favor —le dije a Mefi.

Mefi, con la mirada fija en mi plato de comida, asintió. Bueno, siempre podía pedir más. Incliné la redoma hacia mi boca.

Para mi sorpresa, el líquido lechoso sabía dulce, pero tenía un regusto intenso, metálico, que me provocó arcadas. Me giré hacia Mefi, que ya se había agenciado otro trozo de pescado de mi plato, y de pronto caí en otro cuerpo, otro lugar, otro tiempo.

El sudor me pegaba la camisa a la espalda y la bolsa llena de libros colgaba a mi costado, un peso difícil de manejar. Las manos que se agarraban a las rocas eran mías y no mías. Eran los dedos de Ragan, con las uñas manchadas de sangre y las palmas endurecidas y cubiertas de suciedad.

—Es aquí, ya está cerca —murmuré para mí mismo.

Me inundó una serie de emociones suyas: frustración, esperanza, rabia. La última predominaba sobre las otras, una montaña de rabia que hacía sombra a todo lo demás. Coincidía con mi propia rabia, y supe que había surgido de experiencias similares. De verme siempre apartado a un lado, de que los demás me dijeran que no daba la talla, de esforzarme y no cumplir unas expectativas que cambiaban con el viento y con la marea.

El sol me iba calentando la nuca mientras ascendía, los arbustos medio muertos me arañaban las manos y los brazos. Aquello se lo habían buscado ellos mismos. ¿De qué servía tener un archivo si tan solo podían leerlo unos pocos? Todos aquellos exámenes inútiles, aquellas elevadas metas. El objeto del conocimiento era ser compartido, no era algo peligroso. Entonces estaba sucediendo lo que sabían que acabaría sucediendo: los alanga estaban surgiendo de nuevo.

Y yo tenía la intención de ser uno de ellos.

Me icé hasta una cornisa y consulté un mapa y la posición del sol. Allí, detrás de un matorral reseco, encontré la pequeña abertura. Casi no era lo bastante grande para que yo pudiese caber por ella, pero las rocas que la rodeaban eran lisas.

Primero eché dentro los libros, para darme valor. A continuación, me desprendí de la bolsita de bayas y corteza de enebro de copas redondeadas, tomé una sola baya y escondí las demás debajo del matorral. Y entonces entré por la abertura.

El tiempo perdió todo su significado en el interior del túnel. Había llevado algo de comer y una lámpara, pero desconocía qué distancia debía recorrer, así que tenía que usar ambas cosas con prudencia. El suelo se inclinaba de vez en cuando, en ocasiones tanto que me volvía y bajaba tanteando el fondo con los pies. Más de una vez me entraron ganas de dar media vuelta, ir hacia la luz y regresar al monasterio.

Pero el monasterio ya no estaba y todos los monjes habían muerto. Regresaría a un cementerio. Así que continué adentrándome en la oscuridad.

Tras un lapso de tiempo que se me antojó de varios días, sentí una corriente de

aire más fresco. Y a continuación el túnel se abrió a una cámara más amplia. Si lo que decían los libros era verdad, y si no me había equivocado de túnel, aquel era el lugar. Con dedos temblorosos, encendí la lámpara.

Me rodeaba una caverna en cuyo centro habían excavado un estanque. Del techo y del suelo sobresalían brillantes estalactitas y estalagmitas que me obligaron a ir esquivándolas al avanzar. Tuve que investigar un poco para encontrar lo que estaba buscando. El estanque era ancho pero no profundo, y había más trecho que cubrir del que había calculado. Pero justo cuando ya había resuelto vadear el estanque, lo encontré.

Una criatura diminuta, enroscada sobre sí misma, con los ojos aún cerrados. Tenía membranas entre los dedos de las patas, las cuales agitaba de vez en cuando para pasárselas por la cara. Era del tamaño de un gatito. Pelo gris, cola larga, cara con bigotes. Aún era joven. Con edad suficiente para sobrevivir por sí sola, pero maleable. Hice el gesto de ir a tocarla, y de pronto me contuve. No podía actuar con impaciencia, había otras partes del plan que llevar a cabo.

La baya de enebro de copas redondeadas me sabía amarga, su intenso sabor inundaba mi boca y mis fosas nasales al masticarla. Sentí una fuerza que me recorría el cuerpo. Fui al túnel, tomé la piqueta que llevaba en el cinturón y comencé a golpear la roca.

Algunas piedras de gran tamaño se desprendieron con facilidad de la pared, otras tuve que arrancarlas haciendo uso de toda mi nueva fuerza. Pero el túnel se cegó. El corazón me latió desbocado cuando vi que se bloqueaba mi única vía de escape. Si aquello no funcionaba, moriría allí dentro. Podría beber del estanque, y aunque aquel líquido me mantendría con vida más tiempo que el agua, al final terminaría muriendo de hambre. La lámpara se quedaría sin aceite. Sería una muerte larga y lenta en la oscuridad.

—Los mayores premios suelen proceder de los mayores riesgos —musité para mí mismo. ¿Estaba citando los *Proverbios de Ningsu*? Estaba bastante alterado.

Aguardar a que la baya de enebro perdiera efecto era más difícil de lo que había previsto. Paseé arriba y abajo por la caverna mientras el resplandor de mi lámpara iba proyectando diferentes sombras. Lo único que quería era regresar al túnel y apartar las piedras de la entrada antes de que me quedase sin fuerzas. Lloré, me clavé las uñas en la palma de las manos, me pasé los dedos una y otra vez por la cabeza casi rapada al cero. Si moría allí, a nadie le importaría. Pero, claro, es que tampoco le importaría a nadie si muriese en el monasterio. Tal vez buscasen los libros, pero no me buscarían a mí.

Cuando sentí que me abandonaba el último gramo de energía, llevé la lámpara hasta el estanque. Introduje las manos, tomé a la criatura en brazos y la liberé.

Espere unos instantes a que se despertara. Aspiró una bocanada de aire, temblorosa, y luego emitió un leve maullido. Me la acerqué al pecho con la esperanza de que sintiera los latidos de mi corazón.

—No hay nadie más.

La criatura parpadeó. Sus ojos relucieron igual que piedrecillas iluminadas por la lámpara. Se revolvió queriendo bajarse de mis brazos, y lo solté. La caverna era amplia, y le llevó un rato cruzarla con aquellas patas todavía temblorosas e inseguras. El instinto la guio hacia el túnel.

El paso estaba bloqueado.

Empezó a maullar de nuevo, un quejido agudo y lastimero que rebotó en las paredes de la cueva. Arañó las piedras con sus blandas patitas, introdujo el hocico en todas las grietas intentando encontrar una abertura.

—No hay salida —le dije.

La criatura se detuvo al oír el sonido de mi voz y giró una oreja hacia mí.

—Tu única salida soy yo. Vincúlate conmigo, y tendré la fuerza necesaria para despejar el camino.

Aquello no era lo que al animalito le apetecía oír. Arremetió contra las piedras con más energía, intentó meterse entre ellas, sin dejar de lanzar gemidos lastimeros.

Me senté y esperé hasta que se cansó, hasta que tuvo las patas en carne viva y la respiración agitada. Entonces, fui a sentarme con él. Se apartó.

—O morimos los dos, o vivimos los dos. ¿Qué desenlace es peor?

La criatura, temblando, levantó el hocico despellejado. Transcurridos unos momentos, apoyó una pata en mi rodilla.

—Lozhi —dije para darle nombre.

Él me miró con ojos tristes y solemnes.

—Aprenderás a amarme —le aseguré, y supe, gracias a todo lo que había leído, que iba a suceder así.

La cueva desapareció. Yo no era Ragan. Era Jovis y estaba sentado ante una mesa de una taberna, con las manos temblando y la respiración jadeante.

—No tuvo dónde escoger —dije, y al pronunciar esa verdad en voz alta me pareció todavía más horrible. Me pasé una mano por el pelo, aliviado al descubrir que lo tenía largo y rizado en vez de rapado casi al cero.

Apuré el resto del vino de un solo trago y procuré tranquilizarme. A Ragan no lo había enviado el monasterio. Él había robado a los monjes, se había llevado el conocimiento que ellos consideraban prohibido y lo había utilizado para coaccionar a su ossalen para que estableciera un vínculo con él.

—Ragan no es quien dice que es —logré articular. Fui a buscar mi plato, pero Mefi ya se había zampado lo que quedaba en él. Volvió la cabeza en dirección al palacio.

—Lin y Thrana están en peligro.

Me masajeé las sienes.

—Lin no me quiere a su lado. —Pero tampoco sabía lo de Ragan.

Mefi apoyó una pata en mi rodilla, y yo no puede evitar sentir el eco del recuerdo de Ragan.

—¿Qué juramento hiciste cuando te convertiste en capitán de la Guardia Imperial?

Rememoré aquel día, la multitud cantando la canción que hablaba de mí, Lin con expresión solemne, la sensación del uniforme en torno a mis hombros.

—Lin me hizo jurarle lealtad. A ella… y al pueblo.

Había mentido en lo de la lealtad hacia ella, pero había ido a Imperial con la intención de ayudar a los ciudadanos del Imperio. Ese era un juramento que todavía podía cumplir, y hasta que conocí a Lin siempre había cumplido lo que prometía.

Tal vez ella quisiera ejecutarme, pero lo había arriesgado todo para decirme la verdad. Lo menos que podía hacer yo era devolverle el favor.

Recogí mi morral y dejé unas monedas en la mesa para el dueño de la taberna.

—Cierra las puertas y bloquea las ventanas —le dije—. Va a ser una mañana ajetreada.

Capítulo 43

Ranami

Isla de Nephilanu

—Tengo que irme —dijo Phalue en plena oscuridad, ya avanzada la noche.

Sin embargo, Ranami estaba despierta y alargó un brazo para acercar a su esposa. No tuvo necesidad de preguntarle adónde tenía que irse ni lo que tenía intención de hacer.

—Lo sé.

Y ambas volvieron a quedarse dormidas.

Entonces, a la dura luz del día, esas palabras ya no le parecieron tan nobles. La llenaron de temor. Phalue estaba sentada con la coraza abrochada, su espada en el regazo, afilando la hoja con una piedra. Siempre le había gustado cuidar ella misma de sus armas y de su coraza. Decía que la ayudaba a poner los pies en la tierra. Y Ranami siempre la contemplaba mientras lo hacía, medio indulgente y medio maravillada de que aquella mujer fuese su esposa.

Pero esa espada no iba a usarse en un encuentro amistoso con Tythus, y la coraza no iba a proteger a Phalue de golpes propinados sin intención de matar. Se suponía que Ranami debía escribir una carta a Gaelung. Se suponía que iba a poner las cosas en orden por si sucedía lo peor. Por si ella se viera obligada a asumir el puesto de gobernadora. Cada vez que acercaba la pluma al pergamino, se le revolvía el estómago.

No sabía muy bien qué era peor: ser la que se iba o ser la que se quedaba esperando.

Phalue interrumpió un momento su tarea.

—¿Sabes algo de Ayesh? ¿Ha vuelto ya?

Ranami respondió haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Los guardias tampoco la han visto.

A Phalue se le hundieron los hombros.

—Ah. Tenía la esperanza de que… Ya que me voy…

—A lo mejor ya ha averiguado todo lo que le pidieron —aventuró Ranami sin poder contenerse. No era muy amable por su parte decir eso, y lo sabía. Phalue se preocupaba por Ayesh, había desarrollado un vínculo con ella. Y Ranami lo había intentado, pero no podía evitar cerrar ciertas partes de sí misma cada vez que hablaba con la pequeña. Cada una de las veces se sentía como una marioneta manejada por hilos desde lejos. Debería ser más amable, más comprensiva; después de todo, ambas provenían del mismo sitio.

Pero tal vez ese era el problema.

—La espía no es Ayesh —dijo Phalue con frustración—. Puede que sea una niña un poco peculiar, pero resulta inofensiva. Si llevándose un poco de comida de más se siente más segura, pues que se la lleve. Ya sé que la viste merodeando por los pasillos, pero ¿tú habrías actuado de modo distinto si estuvieras en su lugar? Solo ha conocido las calles.

Y eso era precisamente a lo que Ranami no dejaba de dar vueltas en la cabeza. Si ella fuera Ayesh, habría hecho cualquier cosa. Había sido Ayesh y había hecho cosas de las que ahora se avergonzaba: robar a los que eran más débiles que ella para poder vivir, mentir, actuar de forma egoísta, seguir de aprendiz en un sitio donde la trataban mal. No había esperado que el hecho de llevar a casa a una huérfana de la calle la hiciera recordar todo aquello. Y, sin embargo, allí estaba: todo el dolor de una larga infancia pasada haciendo esfuerzos para sobrevivir.

—Yo habría hecho cosas peores —repuso con un nudo en la garganta—. Yo te habría atacado para hacerme con un trozo de pan si me hubieran dicho que podía quitártelo.

Phalue dejó la espada y la funda y fue a sentarse con Ranami en el banco.

—Ranami. —Le tomó las manos—. No es culpa tuya, ¿sabes? Nada es culpa tuya. Si algo me has enseñado, eso ha sido lo primero. Eras pequeña, tenías hambre, estabas desesperada. Eso no te convierte en una mala persona.

Ranami sintió el escozor de las lágrimas. Llevaba mucho tiempo sintiéndose furiosa con su pasado. Esto era diferente, y no sabía muy bien lo que significaba.

—No sé si eso es verdad.

Phalue le apretó las manos.

—Yo sé que es verdad.

¿Por qué el llanto hacía que hablar resultase mucho más difícil? Miró hacia el techo e hizo varias inspiraciones temblorosas.

—Cada vez que miro a Ayesh, me veo a mí misma cuando tenía su edad. No sé cómo confiar en ella, porque en aquella época no confiaba en mí misma. Ya sé que tú te preocupas por ella. Ya sé que dijimos que íbamos a adoptar a un huérfano, y ella parece una buena candidata. Pero ¿cómo puedo yo ser madre? Hasta tú has tenido un ejemplo mejor que yo. No sé qué se supone que debo hacer, ni cómo hacerlo correctamente. Puedo ayudarte a tomar Nephilanu, pero no sé cómo hablarle a un niño. —Estaba dando rodeos; nada de lo que decía tenía sentido.

Phalue le limpió las lágrimas con sus dedos encallecidos.

—Lo averiguaremos juntas.

—Si es que vuelves —replicó Ranami.

—Volveré —aseguró Phalue—. ¿Qué podría apartarme de ti?

La cárcel, la guerra, la muerte. Pero Ranami no lo dijo en voz alta. Dar voz a

aquellos miedos hacía que parecieran demasiado reales. De modo que se concentró en otra cosa.

—¿Y Gio? Intentará tomar Nephilanu.

—No puedo quedarme —dijo Phalue acariciándole el pelo a Ranami con la mano. Ranami se inclinó hacia ella deseando que aquella caricia durase eternamente—. Ya lo sabes. Si toma Nephilanu, toma Nephilanu. Dejaré unos cuantos guardias. Si viene Gio a tomar el palacio, no habrá mucho que pueda hacer salvo cerrar las puertas y esperar lo mejor. Tú huye por la puerta trasera. Ponte a salvo.

—¿De modo que, al final, los pocos sin esquirlas van a conquistar Nephilanu? —Era el destino que Phalue, sin saberlo, se había ahorrado cuando convenció a Tythus de que la sacara de la mazmorra. Ahora se dirigía hacia dicho destino con la mirada lúcida.

—Observar a mi padre, leer, escucharte a ti… Si hay algo que he aprendido con todo eso, ha sido que si me esfuerzo demasiado por aferrarme al poder a expensas de todo lo demás, al final eso será lo único que tenga: poder.

—Pero eso es igual que ganar una batalla y perder la guerra.

—Tengo que ser fiel a mis convicciones. No pienso escoger lo que me resulte más cómodo, como hace Gio.

Ranami cerró los ojos y se concentró en las sensaciones que le producía la mano de Phalue en la mejilla y el olor a cuero de su coraza. Phalue, cuando por fin comprendió, cuando hubo leído todos los libros que ella le pidió que leyera, cuando se disculpó ante ella y le pidió por enésima vez que fuera su esposa, no había previsto este desenlace. Pensaba que sus dificultades se habían terminado. Pensaba que abordarían los problemas de Nephilanu las dos juntas y que saldrían reforzadas de ello.

En vez de eso, iban a separarse, el futuro y el destino de Nephilanu estaban en entredicho.

Phalue se puso de pie y, como para hacer hincapié en ello, recogió su espada y la envainó.

—Ya está. Lista.

Ranami quiso pedirle que pasaran juntas una noche más, una mañana, una tarde. Nunca había bastante tiempo. Pero los guardias estaban esperando, el barco se encontraba en el puerto y había un ejército avanzando rápidamente hacia Gaelung. Iban a tener que hacer uso de casi todas sus reservas de rocasabia para llegar a tiempo. Respiró hondo, retuvo el aire unos instantes y después lo fue expulsando lentamente. La tenue claridad diurna que penetraba por la ventana definía la silueta de Phalue, revelaba los rasguños de su coraza y hacía destacar sus pómulos marcados, sus labios carnosos, sus cejas audaces.

—Se te ve preparada para combatir tú sola contra todos los constructos —le dijo Ranami. Había enviado cartas a otras islas para informar que Nephilanu tenía la intención de sumarse a la refriega. Abrigó la esperanza de no ser la única isla que ayudase a Gaelung.

Phalue tiró de las cintas de sus hombreras y se detuvo un momento.

—¿Te importa buscar a Ayesh durante mi ausencia? A ver si logras dar con ella. No debería haberla increpado por lo del saco. ¿Le dirás que lo siento? Dile que

volveré para terminar de entrenarla.

—La buscaré —prometió Ranami—. Y cuidaré de que no le ocurra nada, si es que me deja.

Los hombros de Phalue perdieron parte de tensión, un peso menos.

—Y, ya de paso, ¿te importa buscar al espía?

Si no era Ayesh, ¿quién era? Ranami había formulado varias teorías, pero no podía revelarle a Phalue quién era la única persona que podía ser, hasta que lo supiera con seguridad.

—¿Quieres que añada eso a la lista? —preguntó en tono desenfadado.

Phalue se puso un dedo en la barbilla, con gesto pensativo.

—¿Lo de encontrar al espía lleva algún costo asociado?

No pudo evitar el resentimiento que tiñó su tono de voz.

—Según Gio, siempre hay un costo.

Phalue rio.

—No permitas que te atrape, aunque lleve detrás un ejército. Los viejos siempre creen saber más que todos los demás, aun cuando ya haga mucho tiempo que ha cambiado el mundo que los rodea. —Le tendió una mano, y Ranami se levantó y la aceptó.

En el patio, los guardias se habían puesto en fila. Algunos ya habían partido en dirección al puerto para transportar las provisiones en carretas y cargarlas en las bodegas de los barcos, pero el contingente que quedaba debía servir de escolta. Habían montado un pequeño espectáculo, porque a la gente le encantaba el espectáculo. Esa mañana, los aguaceros propios de la estación de lluvias se habían reducido a una fina llovizna. Incluso de tanto en tanto asomaba el sol entre las nubes. Hacía un buen día para dirigirse a la batalla, eso Ranami tuvo que reconocerlo.

A la cabecera de la guardia estaba Tythus esperando. A un lado estaban su esposa y sus dos hijos. En el tiempo que había transcurrido desde que Phalue se convirtió en gobernadora, los había invitado a cenar en el palacio en dos ocasiones. A Ranami aquella mujer le parecía similar a Tythus: de buen carácter, amable, humilde. Formaban una pareja distinta de la que formaba ella con Phalue, pero funcionaba igual de bien. Mejor, quizá.

La esposa de Tythus tenía las manos apoyadas en los hombros de sus dos hijos, uno de los cuales parecía estar a punto de echarse a llorar.

—No es necesario que me acompañes —le dijo Phalue a Tythus en voz baja cuando se aproximó a él—. Es mucho lo que dejas atrás.

—Yo no soy especial —repuso él encogiéndose de hombros—. Todos dejamos atrás seres queridos. Desde luego, corren menos peligro aquí que en Gaelung. —Miró hacia el cielo—. Más vale que partamos pronto, antes de que cambie el tiempo. En la estación de lluvias, nunca se sabe. Siempre hay una tormenta a la vuelta de la esquina. Ojalá los vientos sean favorables.

—Y los cielos estén despejados —respondió Phalue.

Ranami, con su mano libre, se alisó la falda de su vestido color amarillo cúrcuma. Era el mismo que se había puesto el día que se casaron, en ese momento lo llevaba recogido por encima de los tobillos para no mancharlo con el barro. Se le hizo extraño ponerse un vestido de celebración para despedir a su esposa, que se

iba a la batalla. No se sentía con ánimos de celebrar nada.

Phalue salió del palacio e inició la bajada por el camino en zigzag. Cuando había doblado dos recodos, apareció Ayesh con un escudo amarrado al brazo y un saco en la mano.

Se quedó petrificada al ver a Phalue, a Ranami y a la guardia, y miró atemorizada a un lado y al otro. Por un instante, Ranami pensó que correría a esconderse entre los arbustos. No tenía motivos para huir, pero Ranami comprendió lo que parecería aquello para una asustadiza huérfana de la calle: un contingente de cincuenta guardias, todos con armadura, todos marchando al unísono por el camino, inevitables como un tsunami.

—Esperad —ordenó Ranami.

Los guardias hicieron un alto.

Phalue cambió el peso de un pie al otro.

—Deberías hablar con ella —dijo—. Yo fui la que intentó quitarle el saco. Y tú… eres huérfana también. Por favor.

¿Qué podía decirle ella a la pequeña que no pudiera decirle Phalue? Ayesh había aceptado a Phalue como si fuese una querida tía, mientras que ella se sentía incómoda y rara en su presencia. Ella también había sido niña. Le resultaba curioso que ya no supiera cómo hablarle a un niño.

Dio un paso al frente antes de que pudiera convencerse de no hacerlo. Se aproximó a la pequeña de lado, mirando el rostro de Ayesh de reojo, como si estuviera acercándose a un gato asustadizo.

—¿Adónde vais? —preguntó Ayesh cuando Ranami estuvo lo bastante cerca.

—Yo no voy a ninguna parte —respondió Ranami—. Pero Phalue parte para ayudar a combatir al ejército de constructos que asedia Gaelung. Seguro que ya te habrás enterado.

Ayesh apretó los labios.

—No siempre hablo con los otros huérfanos. Soy muy reservada. No es que no me caigan bien, es que… —Se interrumpió y agarró el saco con más fuerza.

Claro, ¿cómo es que Phalue no había tenido aquello en cuenta? Ayesh era de Unta, había dejado morir allí a todos los amigos para salvarse. El mismo sentimiento de culpa que la atormentaba a ella había hundido sus garras en otra huérfana. Ayesh había sobrevivido. Ayesh tenía acceso al palacio. Pero para llegar hasta allí había hecho cosas de las que se arrepentía.

—Phalue lamenta haber intentado quitarte el saco.

La pequeña se limitó a asentir con la cabeza. Miró detrás de Ranami.

—¿Ya no hay más clases?

—Uno de los guardias te enseñará, si quieres.

Ayesh hizo una mueca de desagrado y Ranami se echó a reír. Por primera vez, experimentó un sentimiento de complicidad con la niña. Vio un futuro en el que Ayesh iba a vivir con ellas y en el que ella se convertía en su madre. No sería otro elemento más que añadir a una lista, sino una persona que crecería y cambiaría, que las necesitaría a las dos. Si pudiera aprender a perdonarse por las cosas que había hecho en el pasado, podría perdonar a Ayesh. Sí, tal vez esta niña estuviera ocultando cosas, sí, tal vez fuera un poco peculiar, pero ella no era mejor. Había tardado una eternidad en confesarle a Phalue cómo había sido para ella la vida en

las calles. Había querido pasar página y olvidar aquello, pero, en vez de eso, había permanecido igual que una herida vendada que no acaba de estar nunca limpia. Airear sus tribulaciones había conseguido que le resultaran un poco menos dolorosas.

Eso era algo que le podría enseñar a Ayesh.

A Ayesh le hizo ruidos el estómago. No pareció darse cuenta. Había empezado a crecerle el pelo y se le habían llenado un poco las mejillas, pero aún le faltaba mucho para dejar de tener el aspecto de alguien que está a un paso de la muerte.

Ranami se agachó.

—Verás, no tienes por qué vivir en las calles si no quieres. Puedes venir a vivir con nosotras, si nos aceptas.

La pequeña frunció el ceño como si le costara trabajo creer lo que le estaban diciendo.

—¿Qué? ¿Queréis adoptarme, o algo así?

Ranami se giró hacia Phalue buscando confirmación. Su esposa hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, exactamente eso.

—Pero yo… —Ayesh agitó el escudo que llevaba adosado al brazo como si eso lo explicara todo—. ¿Para qué iba a serviros yo? Tengo doce años. Podríais buscar a alguien más joven y que tenga las dos manos. Alguien que no robe cosas. Alguien de Nephilanu, no de Unta. Yo ni siquiera soy de aquí.

—No es necesario que lo decidas ahora mismo —repuso Ranami.

Ayesh la miró como si le hubiera nacido una segunda cabeza.

—No, lo haré. Quiero decir, si vosotras me aceptáis, sí. —Dejó atrás a Ranami, se dirigió a Phalue y echó la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos—. No te mueras en Gaelung.

Phalue le respondió con un solemne gesto de asentimiento.

—Y tú no seas demasiado dura con los guardias cuando entrenes con ellos; eso lastima su ego.

El rostro de la pequeña se distendió en una ancha sonrisa. Rodeó la cintura de Phalue en un breve abrazo y acto seguido salió corriendo en dirección al palacio.

Una cosa hecha, un problema resuelto. Todavía quedaban por redactar las concesiones de tierras a los refugiados de Unta, descubrir al espía y —ah, sí— impedir que Gio derrocase a Phalue de su cargo de gobernadora.

El camino que llevaba al puerto se le antojó a Ranami el más largo y a la vez el más corto de toda su vida. Quería rememorar cada momento que pasaba con la mano de Phalue en la suya, cada arruga de su palma, cada dedo encallecido. La gente había salido a las calles a verlos partir y había dejado un estrecho pasillo para que pudieran llegar a los barcos. La presión del gentío, las caras de curiosidad, todo aquello era más de lo que Ranami era capaz de soportar. Ella mejor que nadie sabía lo fácilmente que podían volverse en su contra si Gio diera con los puntos adecuados donde apretar. Phalue sonreía y se llevaba la mano al corazón a modo de saludo; para ella, representaban un puerto seguro. Siempre se sentiría más segura del sitio que ocupaba entre ellos de lo que jamás se sentiría Ranami.

Y se esperaba que Ranami los gobernase en lugar de Phalue.

Las tablas de los embarcaderos, curtidas y combadas por llevar años soportando el agua salada y la lluvia, crujieron cuando se dirigieron al barco. Phalue se hizo a un lado para permitir que sus guardias la precedieran por la pasarela.

Las había seguido un pequeño grupo de ciudadanos que habían ido a despedir a su gobernadora.

—Tampoco era necesario que fueras tú —susurró Ranami cuando Phalue le dio un abrazo—. Podrías haber enviado únicamente a los guardias. Tythus puede liderarlos.

—Acuérdate de lo que dijo Ningsu de los cobardes —le replicó Phalue pegando la boca a su cabello—. Mi sitio está con ellos.

—No te pasaría nada por ser un poquito cobarde —dijo Ranami con voz débil.

El pecho de Phalue se agitó a causa de la risa.

—Cuida de nuestra pequeña. Vigila a Gio. Y cuídate.

Y a continuación se fue, cruzó la pasarela acompañada por Tythus y dejando tras de sí un aroma a cuero curtido. Ranami cerró la mano en un puño, consciente del vacío que acababa de hacerse en ella, notando el frío del aire que vino a llenar el espacio que un momento antes ocupaba su esposa.

—Te quiero —articuló Phalue con los labios mientras la tripulación retiraba la pasarela e izaba las velas.

Ranami casi no pudo articular lo mismo. Estaba contemplando cómo se iba en aquel barco su corazón, su vida. Incluso teniendo a Ayesh y a los sirvientes, esa noche el palacio se notaría vacío, una caracola abandonada en la playa.

Una columna de humo blanco se elevó del brasero colocado en la cubierta, llevando consigo una brisa que infló las velas. Las otras tres naves que la acompañaban también quemaron su rocasabia, y no tardaron en surcar el mar Infinito, cuyas olas se veían tocadas de tanto en tanto por intermitentes rayos de sol que las transformaban en oro.

Ranami permaneció contemplándolas hasta que ya no logró distinguir los rostros de los tripulantes. Tan solo percibió velas, madera y un dolor sordo en el estómago y en el pecho. Finalmente, dio media vuelta para emprender el regreso a la ciudad y al palacio. Aún había trabajo que hacer, por mucho que deseara volver a meterse en la cama y aspirar el olor de Phalue, que iba disipándose.

Pasó junto al piso en el que vivía antiguamente, situado encima del comerciante que vendía panecillos al vapor. Este la saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa.

—Sai —le dijo.

Todavía le resultaba extraño e incómodo que la gente se dirigiese a ella empleando aquel tratamiento, pero le sonrió a su vez.

Allí era donde había comenzado todo, donde les había escrito a los pocos sin esquirlas con la esperanza de ayudarlos y de que ellos pudieran ayudarla. Creía firmemente en que eran buena gente, en que estaban dispuestos a hacer lo que fuese necesario para enderezar las cosas. Cuando rechazó su ruego de que los ayudara a quitar del medio tanto a Phalue como a su padre, pensó que allí se había acabado todo.

Y luego, Gio intentó que asesinaran a Phalue.

Cerró las manos en dos puños. ¿Cómo iba a seguir teniendo fe en los pocos sin

esquirlas y en el hombre que los lideraba? Gio estaba obcecado, obsesionado con la idea de derrocar a la dinastía Sukai e instalar en su lugar un consejo. Quería derrocar a Phalue, no porque ellos vieran las cosas de manera distinta, sino porque los caminos que deseaban tomar para llegar al mismo sitio eran divergentes. ¡Que tremenda necedad!

Se sorprendió solo un poco cuando, de forma inconsciente, sus pies la llevaron al camino que salía de la ciudad y, pasando junto a las ruinas de los alanga, conducía al escondrijo de los pocos sin esquirlas. No debería ir allí sola. Phalue le había dicho en más de una ocasión que la consideraba un objeto blando y delicado que no podía manipular con demasiada rudeza si no quería hacerse daño con las cuchillas que ocultaba debajo. Sintió que le salían esos bordes afilados hacia fuera, igual que salen las púas de la espalda de un puercoespín.

El camino era más largo de lo que recordaba, hacía mucho tiempo que no iba de visita. Los intentos de asesinar a Phalue habían roto su asociación con el grupo. Se internó en el bosque sin hacer caso de la vegetación mojada, que le iba azotando las piernas. Su vestido de novia quedaría hecho trizas, pero le daba lo mismo. En aquel momento era un brasero de rocasabia en llamas y con el viento en la espalda.

La pared del acantilado estaba tal como la recordaba, aunque el ramaje que trepaba por su superficie era más denso que en la estación seca. Necesitó tres intentos para encontrar la hendidura.

—¡Soy Ranami! —voceó hacia el interior de la grieta—. ¡Voy a entrar!

Se deslizó por la abertura sin preocuparse de que la roca le desgarrase el borde del vestido. Allí donde la hendidura se ensanchaba en una cueva, apareció una lámpara encendida que la cegó momentáneamente.

—¿Ranami? —La voz titubeaba, pero la reconoció. Era la de Atash, un joven recluta de los pocos sin esquirlas, rescatado del Festival del Diezmo cuando tenía ocho años. Los pocos sin esquirlas eran lo único que había conocido desde entonces —. ¿Qué estás haciendo aquí?

Se estiró el vestido para alisarlo e intentó limpiar una mancha de barro; esto último le costó un poco de trabajo.

—Vengo a ver a Gio.

—No espera tu visita —repuso Atash.

La verdad es que no era más que un chiquillo.

—Pues qué mala suerte —replicó al tiempo que lo dejaba a un lado.

—Espera —la llamó yendo detrás de ella. A Ranami no le importó: el chico llevaba la lámpara y ella necesitaba luz, así que permitió que la acompañase—. Ha dicho que no se le moleste.

—Así que se encuentra dentro de una de sus estancias secretas.

Atash cerró la boca de golpe al darse cuenta, demasiado tarde, de que le había dado exactamente la información que ella buscaba. Ranami le quitó la lámpara de la mano sin esfuerzo y se dirigió a los túneles de los alanga. Los pocos sin esquirlas utilizaban principalmente los corredores que estaban a nivel de la superficie, en cambio, Gio podía acceder a algunas de las estancias de niveles más profundos, cuyo secreto no le había revelado a ella ni a nadie que ella conociera.

Bajó los peldaños que llevaban al siguiente nivel saltándolos de dos en dos. Allí

las paredes parecían lisas, pero sabía que no debía llamarse a engaño.

—¡Gio! —llamó—. Sé que estás en una de estas cuevas. —Se preguntó si la oiría a través de la roca, pero si la preocupaba la posibilidad de ponerse en ridículo, el mal ya estaba hecho—. ¡Sal!

Entonces vio el borde de una de las puertas de piedra. Gio la había dejado entornada. Percibía vagamente la presencia de Atash detrás de ella agitando las manos a su alrededor, como si no supiera muy bien si debía intentar impedirle físicamente el paso. Pues que lo intentara, si es que se atrevía. Fue hacia la puerta con paso decidido y la empujó.

Estaba tan indignada que quiso que la puerta se abriese de golpe, pero la piedra pesaba mucho y se fue abriendo poco a poco, con la lenta precisión de una tortuga. Aun así, Gio puso cara de sorpresa al verla, y eso le resultó muy gratificante. La estancia estaba iluminada con varias lámparas, aunque se hallaba prácticamente vacía. Gio se encontraba de pie junto a una estantería de madera vieja y gastada, examinando libros y objetos que Ranami no reconoció. Cosas de los alanga. Miró un momento detrás de ella, a Atash, enarcando una ceja.

—He intentado impedírselo —dijo el chico, aunque su voz sonó débil.

Gio volvió a poner un libro en la estantería.

—No es culpa tuya. Ranami sigue siendo uno de nosotros, aunque ella crea que ya no.

Esas palabras no la hirieron lo más mínimo. Ella no era ningún animal de compañía que estuviera suplicando los favores de su amo.

—Acabo de despedir a mi esposa, que ha partido hacia Gaelung —dijo Ranami —. Y aquí estás tú, tan cómodo en tu refugio, esperando a que pase la tormenta.

Gio se encogió de hombros.

—¿No es eso lo más juicioso, esperar a que pase la tormenta?

—Cuando en medio de ella hay personas que necesitan tu ayuda, no.

Gio lanzó un suspiro de cansancio y a Ranami le vino a la memoria lo que había dicho Phalue de los viejos.

—Siempre habrá personas que necesiten mi ayuda. No puedo atenderlas a todas.

—¿De modo que, en vez de eso, finges que no están suplicando ayuda? En vez de eso, ¿vas a traer tu ejército a Nephilanu y atacarnos? ¿Qué te han hecho a ti los Sukai, Gio?

—Han sojuzgado al pueblo al que debían gobernar.

—No. —Ranami sabía que allí había mucho más. Debería haberse dado cuenta de ello cuando les dijo que todos los Sukai mentían, pero hasta este momento no había descubierto las diversas capas que tenía dicha afirmación—. No me refiero a lo que les han hecho a los habitantes del Imperio, sino a lo que te han hecho a ti.

A Gio le tembló un momento el labio y luego se le calmó.

—No sé lo que quieres decir.

—¿Todas las personas se definen por el legado que te han dejado a ti sus antecesores? Tú quieres eliminar a Phalue. Quieres eliminar a Lin. ¿Alguna vez te has parado a pensar que ambas podrían ser diferentes de sus padres? ¿Y yo? Mis padres me abandonaron. ¿Estoy yo ahora condenada a abandonar a un niño al que adopte? ¿Por qué no puedes creer que las cosas pueden ser distintas? ¿Por qué no

te relajas?

—Si supieras las cosas que he visto…

—¡Pues no lo sé!

—Mataron a todas las personas que me han importado en la vida —rugió Gio abriendo muchos los ojos. La cicatriz que le cruzaba el ojo velado palpitó con el pulso.

La cólera de Ranami aumentó.

—Todos hemos sufrido, pero que tú hayas sufrido más no te da derecho a despreciar lo que están viviendo otros. Tanto la emperatriz como Phalue están arriesgando la vida para ayudar a Gaelung. No conozco los motivos que tendrá Lin, pero sé que Phalue ha ido allá porque no puede darles la espalda. Cuando los habitantes de Gaelung sean masacrados, ¿crees que verán como enemigo únicamente al ejército de constructos? No. Tú crees que los estás salvando, pero el que se equivoca eres tú. No eres ningún héroe que les lleve la libertad y la justicia; eres el villano, Gio. Sabrán que pudiste ayudarlos y sin embargo escogiste no hacer nada.

Dio media vuelta, salió por la puerta pasando junto a Atash y se dirigió hacia la salida.

Si Phalue moría, si no regresaba de aquello, Ranami se aseguraría de que todo el mundo, el Imperio entero, supiera que el líder de los pocos sin esquirlas era un farsante.

Un cobarde.

Capítulo 44

Lin

Isla de Gaelung

Los soldados que había llevado Yeshan no cabían entre los muros del palacio; se ubicaron en la meseta que había en lo alto del camino en zigzag y procedieron a montar sus tiendas de campaña con una eficiencia impresionante, con sus lámparas agitándose como luciérnagas en la oscuridad.

—Deberíais dormir —me dijo Ragan detrás de mí.

Después de enviar al constructo, había tomado conmigo a Ragan y me había reunido con Yeshan para repasar los detalles concretos de su plan y memorizar adónde quería enviar sus tropas a fin de no estorbarlas con mis maniobras. Luego, me obligué a ingerir algo de alimento y subí a las murallas. En el exterior, el aguacero torrencial de antes había amainado un poco, y mi capa engrasada me protegió de la peor parte. Thrana estaba sentada a mi lado, su cabeza ya llegaba a la altura de la mía.

El ossalen de Ragan avanzaba titubeante detrás de su amo, con la cabeza baja y asomándose por todas las esquinas como si temiera algún peligro. Me alegré de que Thrana hubiera dejado atrás su timidez. Thrana bajó el hocico hasta Lozhi; este olfateó una sola vez y luego se escondió detrás de las piernas de Ragan. Thrana se limitó a encogerse de hombros y después volvió a contemplar la campiña.

—Ya dormiré cuando pueda —repliqué—. ¿Por qué no haces caso de tu propio consejo? Y no me digas que los monjes del enebro de copas redondeadas no duermen nunca.

Me respondió con una media sonrisa.

—No, somos mortales, como todo el mundo. Ya he dormido un poco antes; pero lleváis razón, no me vendría mal dormir otro poco más.

Allá en la oscuridad, en alguna parte, mi constructo estaba moviéndose dentro

del campamento enemigo, modificando tantos semejantes suyos como le era posible para que se volvieran contra sí mismos.

Había explicado a mi general y a unas cuantas personas más que Ragan poseía los mismos poderes que Jovis, y me di cuenta de que varias de ellas estaban estableciendo la relación que había entre los ossalen y la magia. Supondrían que el monje poseía la capacidad de sacudir la tierra, pero en cuanto hiciera uso de sus poderes con el agua, habría más preguntas que responder. Ojalá hubiera más tiempo. Podría sembrar de nuevo en las ciudades y las aldeas del Imperio las leyendas más positivas referidas a los alanga; podría recordarle a la gente que los alanga no solo destruían, sino que también protegían. Pero la retórica de mi padre todavía fluía entre las islas como las olas del mar Infinito, que besaban la orilla y mojaban la arena.

—Ahora que Jovis no está, tendréis que ayudarme vos —me dijo Ragan, como si supiera lo que yo estaba pensando—. Si queremos ganar en esto.

—Haz lo que puedas durante todo el tiempo que puedas —le dije yo—. Yo ayudaré de la forma que me sea posible.

De repente se oyó un grito en la oscuridad y se vieron varias lámparas que se agitaban como luciérnagas desperdigadas. Enderecé la espalda.

—¿Qué ha ocurrido?

Tanto Ragan como yo escudriñamos la campiña intentando discernir lo que había causado aquel pánico.

De pronto se abrió la puerta que daba al palacio y apareció un soldado con expresión atemorizada y sosteniendo una lámpara en alto. En ese momento me acordé de que aquellos guardias estaban recién reclutados y habían recibido un entrenamiento de lo más precipitado.

—El general dice que el ejército de constructos viene hacia aquí —dijo jadeante —. No van a esperar hasta mañana.

—Eso no tiene lógica —murmuré.

—La tenga o no, es lo que está pasando. —De pronto pareció percatarse de con quién estaba hablando. Bajó la cabeza e hizo una reverencia—. Disculpadme, excelencia. Pero los constructos ya están aquí. —Dio media vuelta haciendo ondear su capa y regresó al interior del palacio.

Sería más razonable atacar por la mañana, cuando había mejor luz. Estaban asediando un palacio ubicado en una colina y repleto de defensas propias.

Mi constructo. Debían de haberlo atrapado. Nisong no sabría cuántos había enviado yo, no entendía que yo fuera reacia a hacer uso de la magia de las esquirlas. Ella habría utilizado todas las esquirlas de las que dispusiera. Ella habría enviado cincuenta constructos.

Así que decidió aceptar las pérdidas y atacar ya mismo.

No había habido tiempo suficiente. Mi constructo habría modificado veinticinco criaturas como mucho. Habría ocasionado algo más que una pequeña escaramuza, pero Nisong tenía muchos constructos a su disposición. Seguramente logró sofocar esa rebelión en miniatura rápidamente y aplicando la fuerza.

Mi plan había fracasado.

Ahora, contra Nisong estábamos únicamente mi puñado de soldados, los guardias de Urame, los guardias de Chala, Ragan y yo.

Sentí la vibración en los huesos y tomé conciencia de cada una de las gotas de agua que me caían en el dorso de las manos. Nisong, si ganaba esta batalla, no iba a dejarme con vida. Pero eso no era lo que más me preocupaba. Me acordé de la grulla de papel, manchada de sangre, guardada en mi arcón de viaje, dentro del diario de Nisong. Me había jurado que no habría más como ella, y aunque esa promesa me resultaba cada vez más difícil de cumplir, sabía que Nisong no opinaba lo mismo. Ella consideraba que la corona era su derecho, lo mismo que pensaba yo antes. Todo el que se opusiera a ella, o incluso simplemente se interpusiera en su camino, era un obstáculo que había que aplastar. Ansiaba la destrucción tal como había ansiado yo el amor de mi padre.

No podía permitir que Nisong gobernase el Imperio, si quería cumplir mi promesa incluso mínimamente.

—Tenemos que bajar ahí.

Ragan ya estaba volviendo a entrar en el palacio, seguido de cerca por Lozhi. Me apresuré a alcanzarlo. Llevaba una expresión seria e intimidatoria en el semblante, la sonrisa fácil de antes era ya un recuerdo tan desvaído como la estación seca tras los chubascos de la estación de lluvias. Lozhi lo miró a la cara y se encogió con las orejas gachas y la cola entre las patas. Había algo familiar en aquella expresión. Yo no había visto interactuar mucho a Ragan con su ossalen, estaban siempre separados el uno del otro, Ragan no hablaba a menudo de Lozhi. Yo había supuesto que las enseñanzas que había recibido el monje le indicaban que se comportase con Lozhi de una manera distinta, superior a la manera en la que venía interactuando yo con Thrana. ¿Sería ese el motivo por el que los alanga eran representados sin ningún ossalen? ¿Mantenían a sus ossalen apartados, tal como hacía Ragan?

Pero no había tiempo para analizar el vínculo existente entre los ossalen y los alanga.

Se abrieron las puertas, y en medio del revuelo distinguí los gritos de pánico, los capitanes voceando órdenes a sus tropas, el crujir de armaduras y el roce de las espadas al ser desenvainadas. Los arqueros, con dedos temblorosos, se apresuraron a preparar sus arcos. Nadie me prestó mucha atención, pero, claro, todavía llevaba puesta la austera capa engrasada encima de mis ropajes.

Urame, sin embargo, se fijó en mí.

—Excelencia, se dirigen hacia aquí —me dijo acercándose—. El contingente en su totalidad. Y no parece que se haya reducido mucho su número. Les llevará tiempo subir por el camino en zigzag, pero vuestro constructo ha fallado.

Incluso en ese momento me entraron ganas de replicarle, de decirle que mi constructo no había fallado, sino que Nisong lo había descubierto antes de lo que yo había previsto. Pero de nada iba a servir. El resultado final era el mismo. Nos enfrentábamos a un contingente contra el que no podíamos ganar.

—Ragan puede sacudir el suelo —dije—, es todavía más competente que Jovis. Podremos salir de esta.

Vi la desesperación que se reflejaba en su semblante y comprendí que daba lo mismo. eran demasiados los constructos que avanzaban hacia nosotros decididos a convertir a Gaelung en la última de su serie de conquistas.

—Yo resistiré aquí con vos —le dije.

—Entonces contemplaréis conmigo cómo se incendia mi palacio y nuestra campiña. —Abrió la boca, titubeó, pero luego continuó hablando—. ¿Jovis ya no está?

Endurecí el corazón.

—Así es.

—Él les habría dado esperanzas.

Y lo dejó tal cual. No pensaba contravenir las órdenes de la emperatriz. Yo ya había explicado que no podía seguir confiando en que fuese a luchar en nuestro bando.

Más allá del resplandor de las lámparas del campamento, comencé a distinguir a lo lejos unos puntos luminosos. Se movían como si fueran un mar de estrellas, como una marea que iba inundando los campos para ahogarnos a todos. Tal vez Jovis estaba en lo cierto. Tal vez debería haberme quedado en Imperial. En vez de eso, iba a morir allí, con la gente a la que había jurado proteger, y nadie guardaría luto por mí.

De pronto se oyó un grito procedente de la otra muralla. Urame giro la cabeza. Un guardia venía corriendo hacia nosotras.

—Sai —dijo sin aliento dirigiéndose a Urame—, viene gente desde el puerto. Un grupo de gran tamaño.

—¿Más constructos?

El guardia negó con la cabeza.

—No lo sé con seguridad. Pero se acercan rápidamente.

Un momento después, se oyeron nuevos gritos. Hice un esfuerzo para oír.

—¡Amigos! —estaba diciendo alguien—. ¡Son amigos!

Observé los guiños de las lámparas que surgieron por el recodo ascendiendo por el camino en zigzag en dirección al palacio, y sentí renacer la esperanza. Tanto Urame como yo bajamos a dar la bienvenida a los recién llegados. Eran más rápidos que los constructos y llegaron a las puertas con tiempo de sobra.

Una mujer alta y de hombros anchos lideraba un disciplinado grupo de guardias, acompañada por un hombre que tenía la misma estatura que ella. Alguien le acercó una lámpara a la cara.

Phalue.

—Esto no significa que yo apoye vuestro gobierno —me dijo en tono serio cuando me acerqué, seguida de cerca por Urame—. Simplemente, no estoy dispuesta a permitir que por culpa de mi testarudez muera gente. —Saludó a Urame con un gesto de la cabeza—. Por lo que veo, no os vendría mal un poco de ayuda.

Me llevé una mano al corazón a modo de saludo.

—Sai.

—Excelencia. —Phalue se sacudió la lluvia de la capa y se apartó un mechón de pelo mojado de la cara—. Os presento a Tythus, el capitán de mi guardia, que ha entrenado muy bien a estos hombres y mujeres. Puede que no seamos tan numerosos como los constructos, pero uno de nosotros cuenta como diez de ellos.

Sus guardias se irguieron y alzaron la barbilla; aquel elogio les infundió valor. Seguirían a Phalue hasta el mar Infinito si ella se lo pidiera, se lo noté a todos en la expresión de la cara.

—Mi general sabrá dónde asignarlos mejor —dije señalando con la cabeza en la dirección de Yeshan.

—Dónde *asignarnos* —la corrigió Phalue—. Puede que ahora sea gobernadora, pero me entreno tan duro como ellos. Y Tythus sabe cómo me manejo luchando. Si muero, Ranami sabrá lo que hay que hacer con Nephilanu.

—Gracias por venir —le dije, y lo dije en serio.

Ella me miró de manera extraña, como si no esperase recibir ninguna gratitud de un emperador. Acto seguido, se encogió de hombros, dio media vuelta y se llevó a sus guardias hacia donde se hallaba mi general dirigiendo a las tropas.

Ragan apareció a mi lado.

—Decidme qué puedo hacer —me rogó.

—¿Puedes provocar un temblor en el suelo que alcance hasta donde están ellos, antes de que lleguen aquí? ¿Es posible hacer algo así?

Ragan afirmó con la cabeza.

—Tengo un alcance bastante amplio. Pero tendré que acercarme un poco. Vos deberíais venir conmigo.

Urame puso cara de extrañada y nos miró alternativamente a Ragan y a mí, intentando descubrir dónde estaba el chiste.

—Sí, supongo que sí —respondí a pesar de la sensación de incomodidad que me atenazaba la garganta.

Yo era la emperatriz, y por lo tanto debería quedarme detrás de los soldados y de los guardias. Pero si Ragan fallaba, necesitaría refuerzos.

Urame no sabía que yo tenía los mismos poderes que Ragan.

—Excelencia, ¿tenéis…? —Se interrumpió, sin saber muy bien cómo formular la pregunta—. ¿Tenéis algún medio de defenderos?

—Sí. —Posé la mano en el cuello de Thrana, y esta, a modo de contestación, enseñó los dientes. Era todo cuanto iba a decir al respecto. Thrana me protegería con su vida y yo la protegería a ella con la mía. No me importaba lo que dijese Ragan de las relaciones con los ossalen y de lo que era el equilibrio—. Deberíamos ir ya. Antes de que lleguen aquí —le dije a Ragan.

Sentí las miradas de los soldados mientras atravesábamos el campamento. La mayoría habían terminado de prepararse, y primero miraban a Thrana y luego me descubrían a mí. Efectivamente, Thrana no se parecía a ninguna criatura que yo hubiera visto jamás, y aunque la había visto crecer de forma más o menos gradual, comprendía que ahora su tamaño podía resultar intimidante.

Bajamos un breve trecho por el camino en zigzag, justo hasta rebasar la meseta en la que habían montado su defensa los soldados. La lluvia repiqueteaba contra mi capa. Oía mi respiración reverberando por el interior de la capucha, caldeándome las mejillas. Al llegar al frente de las filas de soldados, me sentí sola. Llevaba a Thrana conmigo, pero ninguna de aquellas personas estaba allí por mí como estaban por Phalue.

Me recorrió un escalofrío cuando un fino reguero de agua de lluvia se me coló por debajo de la capa.

—A mi orden —dije—. Cuando se acerquen.

Con el rabillo del ojo vi que Ragan hacía un gesto afirmativo. Deseé tener conmigo más alanga.

Deseé tener conmigo a Jovis.

Me vino a la mente su rostro, la expresión atormentada que puso cuando me confesó que había estado espiándome. Cuando me dijo lo que había escrito en aquella carta. Lo decía con total sinceridad.

Pero era un embustero. Todas aquellas palabras de aliento, todos aquellos consejos… eran trucos para abrirse paso hacia mi corazón y mi confianza. Entonces, ¿por qué tenía todavía la impresión de que me fiaba más de él que de Ragan?

Allá delante, las luces avanzaron otro poco más.

—Prepárate —ordené.

Ragan levantó las manos y las sacó de debajo de la capa. Detrás de él, Lozhi volvió a acobardarse.

De repente me sobrevino una revelación. Supe dónde había visto aquello anteriormente: cuando saqué a Thrana del agua. Thrana se encogía cada vez que yo alzaba una mano. Aunque con el tiempo había acabado por superarlo, todavía se estremecía un poco cada vez que alguien levantaba una mano en su presencia. Pero mientras que mi amor y mi dedicación la habían ayudado a salir de su coraza, Lozhi permanecía refugiado en la suya. El ossalen de Ragan no era tímido; había sufrido, y casi con toda seguridad por la mano de Ragan.

Volví a concentrarme en Ragan justo a tiempo para ver cómo levantaba un pie, nuevamente con aquella sonrisa en la cara.

—Tú…

El pie descargó un pisotón y la tierra se sacudió. No pude conservar el equilibrio en medio del lodo. Caí al suelo, cuesta abajo, y cada vez que intentaba incorporarme me resbalaba de nuevo. Era demasiado pronto, yo aún no le había dado la orden. Una parte de mí todavía nadaba en aquella confusión, pero el resto de mí sabía, en lo más hondo, que Ragan lo había hecho a propósito.

Mi espalda chocó contra algo y estuve a punto de quedarme sin respiración. Era Thrana, que había frenado mi caída. Para protegerme, enroscó su cuerpo alrededor del mío y endureció el pelaje del cuello, duro como las cerdas de un cepillo, cuando me aferré a él para ponerme de pie. El lodo frío y empapado me resbaló por la cara. Mi capucha se había caído hacia atrás y la lluvia se me colaba por la nuca. A aquella distancia ya casi no se percibía el olor a aceite quemado.

No alcancé a ver la cara que ponían los soldados, pero sí vi que me estaban mirando. Ragan bajaba la cuesta tras de mí, sorteando con facilidad el lodo y las piedras.

—Una cosa que me enseñaron los monjes —dijo gritando por encima del viento — fue que la historia no es una línea recta, sino una espiral. —Levantó un dedo y dibujó una espiral en el aire—. No repetimos momentos en el tiempo, sino que regresamos a ellos rodeándolos, haciéndonos eco. Puede que vuestros antepasados masacraran a los alanga, pero los alanga están resurgiendo otra vez. Y aquí estáis vos, descendiente del linaje del emperador y alanga al mismo tiempo.

—No… No lo soy —contesté, aunque a mí misma me sonó débil. Los soldados estaban mirando, escuchando.

Ragan dio otro pisotón, la tierra tembló y yo caí. A duras penas logré aferrarme al costado de Thrana.

—La prueba está aquí —dijo el monje. De nuevo levantó el dedo, como si estuviera dando una lección. Se volvió hacia los soldados y los guardias—. Jovis tiene a Mefi. Yo tengo a Lozhi. Ambos tenemos poderes. Vuestra emperatriz tiene a Thrana. ¿No se deduce que ella posee los mismos poderes? ¿Los poderes de los alanga? Ya sé que habéis estado haciendo conjeturas. Permitidme que os dé una prueba.

Aquel era el motivo por el que había escogido ese momento para volverse contra mí. Si yo devolviera el ataque, si hiciera uso de todo lo que tenía a mi disposición, revelaría quién era. Era justo lo que mi padre nos había enseñado a todos a temer. Y yo no era una heroína del pueblo como Jovis.

Ragan introdujo una mano en el morral que llevaba al costado y extrajo una baya de enebro que se metió en la boca.

Yo introduje la mano en el bolsillo de mi fajín y encontré la última baya de enebro que quedaba. Si lograba aguantar lo suficiente, el ejército de constructos llegaría hasta donde estábamos nosotros y Ragan tendría otras cosas de las que preocuparse. Aplasté la baya entre los dientes y noté cómo empezaba a subirme la energía por el cuerpo.

Unos cuantos soldados dieron un paso al frente, lo cual me conmovió, pero alcé una mano para frenarlos.

—¡Mantened la posición! —No podía permitir que la línea defensiva se disgregara justo antes de que atacasen los constructos.

—Lin —me dijo Thrana—. Yo tengo más estabilidad que tú. —Y me tendió una pata.

En aquel momento me di cuenta de cuánto había crecido exactamente. Una parte de mí la consideraría siempre aquella criatura medio calva que había rescatado de la caverna de mi padre. Me encaramé a su lomo. Sus costillas se movieron bajo mis piernas, los músculos de sus hombros se marcaron bajo la piel. Me pareció la cosa más natural del mundo, como si fuéramos un solo ser.

Ragan volvió a sacudir el suelo y Thrana clavó las zarpas en el lodo. Nos mantuvimos firmes. Así y todo, yo iba desarmada. No era una guerrera, sino una política, una persona que practicaba la magia de las esquirlas, una alanga.

Yo era Lin. Y con eso tenía que ser suficiente.

Escruté su rostro recordando nuestras conversaciones anteriores y tratando de dilucidar por qué había decidido atacarme. A Ragan no le importaba quién llevase la corona. No le importaba que los gobernadores o los pocos sin esquirlas me depusieran y no colocaran a nadie en mi lugar. Detrás de mí estaba Nisong avanzando, anhelando hacerse con un sitio que ella consideraba suyo. Frente a mí estaba Ragan, deseoso de desvelar quién era yo. ¿Por qué?

Alzó una mano, y empezó a acumularse agua procedente del aire y del suelo. Luego me miró con gesto serio.

—No pretendo haceros daño —me aseguró—. Solo quiero decirles a ellos la verdad. Mostrársela.

—Los monjes jamás volverán a aceptarte, pero es que tu sitio tampoco estaba entre ellos. —Estaba haciendo suposiciones, sopesando su reacción.

—Y vos tampoco tenéis vuestro sitio entre estos mortales.

Contuve una exclamación. Si mostrase a mi gente lo que era, lo que podía

hacer, en el mejor de los casos me rechazarían. En el peor, intentarían matarme.

Ragan indicó con la mano a los soldados.

—¿Por qué estáis aquí, ayudando a estos a luchar contra los constructos? ¿Qué importan sus cortas vidas en comparación con las nuestras? He leído los libros que me prohibieron mis maestros. Podría mostraros muchas cosas, Lin. Podría enseñaros muchas cosas. Solo tenéis que ser sincera con vos misma. Solo tenéis que ser sincera con ellos.

—No sé de qué me estás hablando —dije con una vocecilla débil.

—Yo podría ser como Dione. Vos podríais ser como Viscen. Miraos, luchando en la suciedad y en el barro con las armas que utilizaría un ser mortal. ¿Para qué ser emperatriz? ¿Para qué gobernar a esos seres sin importancia cuando vos sois mucho más grande que ellos, una alanga?

Mientras Ragan hablaba, yo sentía que mi mundo se iba haciendo pequeño. Él pretendía separarme de todas las personas que habían llegado a importarme, quería que solo quedásemos él, yo y los demás alanga.

—¿Por qué no te vas y me dejas en paz?

Ragan soltó una risa burlona.

—En cuanto les mostréis lo que sois, ¿creéis que os seguirán? Vos no les importáis. He visto la manera en que os tratan. ¿Por qué los defendéis? ¿Por qué intentáis ser como ellos?

Me entraron ganas de decirle que se marchara. De decirle que buscase a otros alanga. Que yo no se lo impediría, porque, para empezar, yo no había pedido ser una alanga. Ya tenía suficiente trabajo con mantener a raya a los gobernadores, con apaciguarlos, con evitar que los pocos sin esquirlas invadiesen el Imperio. ¿Para qué iba a desear asumir otra responsabilidad más? Que Ragan sirviera de faro para los alanga que estaban emergiendo y les hiciera de guía.

Pero Lozhi permanecía detrás de las piernas de Ragan, con la cola enroscada y pegada a su menudo cuerpo y buscándome con sus ojos azules.

Aquella era la relación que buscaba Ragan entre un alanga y su ossalen. Una relación de dominación y opresión. Era la misma que había tenido mi padre con los ciudadanos del Imperio.

No podía absolverme a mí misma de toda responsabilidad. Había puesto como prioridad mi posición de emperatriz y me había empeñado en conservarla a fin de poder emplearla para hacer el bien. Le había dicho a Jovis que él debía ser un servidor porque eso era lo que yo deseaba para el Imperio y para la emperatriz. Para mí misma. Pero había una verdad de la que no podía escapar: si me oponía a la tiranía del Imperio, tenía que oponerme a toda clase de tiranía.

Por Thrana, por Numeen, por Bayan, por todos aquellos que habían sufrido y muerto.

Sacudí la cabeza en un gesto negativo al tiempo que notaba la vibración en los huesos.

—Porque, aunque sea la emperatriz, sigo siendo una de ellos.

Ragan elevó el agua que tenía a sus pies en forma de una ola que acto seguido arrojó contra mí con la esperanza de hacerme rodar cuesta abajo, hacia el ejército de constructos que se aproximaba. Pero yo sentí aquella agua, de igual manera que sentía las gotas de sudor que me mojaban la frente. Hinqué una rodilla en las

costillas de Thrana y ella dio un salto hacia un lado.

Thrana, con todo el cuerpo vibrando en consonancia con el mío, lanzó un gruñido. Y cargamos las dos juntas contra Ragan.

Él no estaba preparado para que yo le devolviera el ataque y fue demasiado lento a la hora de esquivarme. Le propiné una patada con toda la energía que me confirieron la baya de enebro y mi poder mágico alanga y cayó dando tumbos por un trecho cuesta abajo. Se agarró a un arbusto para frenar la caída. Yo necesitaba sentir el suelo bajo mis pies, de modo que me bajé del lomo de Thrana.

—Mis súbditos están a punto de ser arrasados, ¿y tú vienes a mí ofreciéndote a ayudarme y después me atacas? —No estaba enfadada solo con Ragan, sino también con Jovis. Los gobernadores eran quienes me consideraban simplemente una prolongación de mi padre.

Yo no era mi padre, ni siquiera con la ayuda de sus recuerdos. Suavicé el tono. Tal vez me hubiera parecido más a él si no hubiera sido por Numeen y su familia. Me habría convertido en emperatriz sin pensar en las consecuencias que eso pudiera tener para las personas a las que gobernaba.

—Podrías ayudarnos. Podrías proteger a Gaelung de los constructos. Podrías tener un sitio permanente a mi lado, no soy tan descortés. Pero ¿qué te da derecho a tratar a los demás todavía peor de lo que tus maestros te han tratado a ti?

Una expresión cruzó fugazmente su rostro, una que reconocí: una soledad profunda y pertinaz, un anhelo de cariño y aceptación en la forma que fuera.

—Vos no sabéis por lo que he pasado.

—Podrías contármelo.

Ragan soltó una risa amarga y levantó un dedo.

—Intentáis darme bonitos discursos, inspirarme, *manipularme*. Yo he tenido que conseguir lo que tengo a base de pelear, ¿y pensáis que lo que me ofrecéis va a resultarme atractivo? Me da igual esta gente y lo que opine de mí —dijo escupiendo las palabras—. Yo soy un alanga, y estoy por encima de ellos.

Se metió unas cuantas bayas más en la boca y golpeó el suelo con la mano.

El mundo se sacudió. El palacio tembló y varios trozos de él se rompieron y cayeron al suelo. Se oyeron gritos entre los soldados, alaridos de los sirvientes que había dentro. Thrana introdujo la cabeza por debajo de mi brazo e impidió que me cayera cuesta abajo, detrás de Ragan. Me agarré a una piedra que había cerca para frenar.

A continuación, una nueva ola de agua se elevó desde el suelo y me golpeó con fuerza en las rodillas. A Thrana la hizo perder el equilibrio. Me aferré a la piedra igual que un marinero en un naufragio y contemplé horrorizada cómo caía y se perdía de vista en la oscuridad.

Capítulo 45

Jovis

Isla de Gaelung

No parecía haber una buena manera de decir: “Siento mucho haberos espiado. Ah, sí, y también siento mucho haber vuelto aunque me hayáis dicho que me marchara, pero es que Ragan es un auténtico cretino. Alguien tenía que decíroslo”.

¿Me permitirían siquiera volver a entrar en el palacio? A esas alturas, Lin ya debía de haberle dicho a todo el mundo que me había expulsado cubierto de ignominia. Y aunque me permitieran volver a entrar, ¿escucharía Lin lo que yo tenía que decirle antes de mandarme ejecutar?

Daba igual. Tenía que intentarlo. Antes me había aferrado a la idea de encontrar a Emahla, como a un salvavidas, y ahora me aferraba a la idea de poder, de alguna manera, enmendar los errores que había cometido, de poder ayudar todavía a los ciudadanos del Imperio.

—Estará enfadada —dijo Mefi trotando detrás de mí—. Muy enfadada.

—Eso no ayuda nada —repuse.

Había pasado demasiado tiempo metido en el recuerdo de Ragan, y el dueño de la taberna no había querido molestarme. Ya era noche cerrada, la luna casi no aportaba resplandor suficiente para ver algo. La mayoría de las casas por las que íbamos pasando estaban en silencio y con las ventanas oscuras.

—Yo no permitiría que te ejecutara —me dijo Mefi dándome un empujoncito en la pierna con el hombro.

Estuve a punto de hacer un alto en el camino. No me había parado a pensar en lo que sería de Mefi si me sucediera algo a mí.

—Si yo muriese, ¿qué harías?

Giró la cabeza para mirarme un momento y luego contempló la campiña.

—Huir. Tú eres el único motivo de que yo esté aquí.

—Y yo pensando que era la comida.

Mefi chasqueó los dientes e hizo un gesto negativo con la cabeza, con tanta vehemencia que las orejas le chocaron contra las mejillas.

—Puede que un poco.

Continuamos caminando sin decir nada. No había dejado de llover, y aunque habían echado gravilla en el camino, aun así, todavía había barro en lugares que no lograba ver a tiempo para esquivarlos. A lo lejos se oyó un débil rugido. Mefi irguió las orejas.

—¿Has oído eso?

Giró las orejas hacia delante y hacia atrás, como si quisiera cerciorarse.

—Sí.

El palacio resplandecía iluminado por lámparas, aunque estando tan lejos no alcancé a ver lo que estaba sucediendo. La puerta principal quedaba en el otro lado. Mefi dio un paso al frente, después otro, estirando el cuello todo lo que daba de sí.

—Me parece… Me parece que están luchando.

¿Ya? Nisong había dado a Lin de plazo hasta la mañana siguiente para que le diera una respuesta. Con lo cual, aquello solo significaba una cosa: que el constructo de Lin había sido descubierto. Se me hizo un nudo en la garganta. Si el constructo había sido descubierto, seguramente no había llegado muy lejos en la tarea que tenía asignada. Gaelung no podría hacer frente a un ejército de semejante tamaño sin contar con alguna ayuda. Y yo dudaba de que Ragan fuera la ayuda que necesitaba Lin.

—Tenemos que darnos prisa. —Avivé el paso hasta convertirlo en una carrera, con Mefi trotando a mi lado—. Tú solo procura no ponerte comatoso precisamente ahora para crecer otro poco más. Te necesito.

—No puedo controlarlo —replicó Mefi—. Pero no creo que haya llegado todavía el momento.

Una pequeña bendición, por lo menos, en un momento en el que todo lo demás se estaba torciendo. La colina y el palacio daban la impresión de estar muy lejos, no iba a llegar allí a tiempo. Sentía la respiración áspera en la garganta y los pies entumecidos a causa de la lluvia y de la gravilla. Me detuve dos veces para apoyarme en las rodillas a recuperar el aliento, y en cada una de ellas tuve la sensación de estar perdiendo un tiempo precioso. Ni siquiera mi fuerza alanga adicional me permitía superar los límites que tenía mi cuerpo. Tomé el camino que rodeaba la colina y vi las luces del ejército de constructos.

Eran muchos, todos avanzando como una ola inexorable hacia el palacio. Ya habían comenzado a subir por el camino en zigzag, pero aún no habían llegado a donde estaban los soldados. Entonces, ¿quién estaba luchando?

Renuncié al camino y empecé a trepar directamente por la ladera. Mis pies resbalaban en el barro mientras subía, y cada vez que miraba hacia arriba se me metía el agua de lluvia en los ojos. Mefi ascendía a mi lado, pegado a mí, dándome ánimos cada vez que podía.

A lo lejos oí la voz de Lin, aunque no conseguí distinguir lo que decía. Y después, la de Ragan. De repente, me cayó encima un aluvión de agua y me vi obligado a agarrarme a la vegetación para no caer rodando pendiente abajo.

Aquello no había sido la lluvia.

Todos mis miedos resultaron ser acertados: Ragan se había vuelto contra Lin.

—Hemos llegado demasiado tarde —dije con voz ahogada a la vez que intentaba buscar un apoyo.

Mefi clavó las zarpas en el lodo, me agarró la manga con los dientes y tiró de mí hacia arriba hasta que mi pie encontró una piedra.

—Aún no —me dijo a la vez que me soltaba—. Todavía hay tiempo.

Casi ni vi la siguiente ola de agua antes de que nos golpease. Temblando, me agarré a una roca e intenté encontrar aquella vibración en los huesos, pero lo único que encontré fue pánico. Aquello era más de lo que había logrado hacer yo con el agua. Sencillamente, yo no poseía semejante poder, y no estaba seguro de que lo poseyera Lin. Y el ejército de constructos continuaba subiendo por el camino.

Mefi volvió a agarrarme de la manga e intentó ponerme en pie.

—No puedes rendirte —me dijo apretando los dientes—. ¿Qué diría Emahla?

Diría que yo no era un luchador, y en aquel entonces habría tenido razón. Yo no era un luchador. Yo solo deseaba abrirme camino en el mundo, hallar un resquicio de paz en él. Tal vez me hubiera sentido rechazado en la Academia de Navegantes de Imperial, pero siempre podía volver a Emahla, mi rincón del mundo alrededor del cual podía construirme una vida.

Emahla ya no estaba, y yo empezaba a comprender que la había dejado atrás. El hombre del que se enamoró; el hombre capaz de contentarse con aquel resquicio de paz a pesar del sufrimiento que había todo alrededor; yo ya no podría volver a ser ese hombre. La muerte de Emahla había contribuido a darme forma, y me había modelado en una persona que ella ya no reconocería.

Mefi emitió un gruñido grave y volvió a tirarme de la manga.

—¿Qué diría Lin?

El hecho de oír su nombre hizo que mi corazón volviese a la vida. Lin no se rendía nunca, eso lo tenía yo muy claro. Incluso teniendo a Ragan vuelto en su contra y al ejército de constructos avanzando, continuaba luchando. Entonces sentí la vibración en los huesos, la fuerza fue extendiéndose por todo mi cuerpo, amplificó cada gota de lluvia que me caía en la cara e hizo que la tierra que estaba pisando me pareciese un ser vivo que estaba esperando a que yo le diera una orden. Lin no sabía quién había sido yo en el pasado, pero sí sabía quién era en el presente.

Y era un luchador.

De pronto se oyó un chillido de desesperación proveniente de allá arriba y a continuación cayó una forma por la ladera, rodando hacia nosotros. Vi que era el cuerpo de Thrana, inerte.

Sin pensarlo siquiera, reuní el agua que había a mi alrededor y la utilicé para frenar la caída de Thrana. Se detuvo gracias a la ola que yo acababa de formar y un matorral sostuvo su cuerpo. Mefi corrió hacia ella al tiempo que yo recuperaba el equilibrio.

—Está viva —dijo—. Ve.

Eché a correr ladera arriba sin hacer caso de los resbalones ni del barro. En lo alto de la colina había luz: las lámparas de los soldados alineadas en la meseta. Logré distinguir dos formas delante de ellos, en el camino en zigzag. Una se erguía

de pie sobre la otra, con las manos levantadas.

La magia estaba acumulándose en mis huesos y exigía liberación. Alcé un pie y lo descargué contra el suelo con todas mis fuerzas.

La colina entera pareció moverse, el palacio se sacudió y desprendió una nube de polvo. Continué corriendo al tiempo que mi terremoto iba extinguiéndose y salí al camino. Ragan cayó al suelo justo cuando llegué a él, el agua que había estado congregando corrió cuesta abajo.

Utilicé su agua para empujarlo como si quisiera barrer basura. Rodó colina abajo. Intenté salvar a su ossalen, pero carecía del control necesario, y la criatura cayó rodando detrás de él.

Lin ya estaba incorporándose sola, aunque de todas formas le ofrecí mi mano. Ella la apartó.

—Tengo que encontrar a Thrana.

—Está viva —le dije—. Mefi está con ella.

Lin se volvió y me miró entornando los ojos.

—Te dije que te fueras.

—Es que… he bebido de los recuerdos de Ragan —contesté—. Y he venido a advertiros. Ragan coaccionó a su ossalen para que estableciera un vínculo con él.

—Demasiado tarde. Ya lo he descubierto yo.

—¿He llegado demasiado tarde o justo a tiempo? —Apreté los labios al ver que Lin me fulminaba con la mirada.

—No quiero que estés aquí —me dijo, y cada palabra llevaba la intención de hacer daño.

Lo decía con total sinceridad, y yo deseé poder volver atrás en el tiempo hasta el principio. Deseé poder deshacer lo que había hecho, haber confiado antes en ella y haberle dicho la verdad. No podía arrepentirme de lo que había hecho; no tenía forma de conocer tan pronto sus intenciones. Pero aquello tenía que ver con algo más que mi traición. Levanté un mano para señalar a los soldados que teníamos a la espalda.

Los vítores fueron ensordecedores.

—*Ellos* sí que quieren que esté aquí —dije—. Y si deseáis conservar este Imperio, si deseáis ayudar a sus habitantes, tendréis que reconocer que me necesitáis.

Hice ademán de tomarle la mano, pero ella la apartó. Tragué el nudo que tenía en la garganta. Estando allí de pie, delante de Lin, lo único que deseaba era volver a abrazarla, salvar la distancia que había entre nosotros. Mi madre se había apiadado de ella porque daba la impresión de estar muy sola, muy aislada.

—Puede que creáis que estáis sola, pero no es verdad.

El semblante de Lin se ablandó y el dolor que reflejaban sus ojos se hizo patente incluso en la oscuridad. De pronto, miró más allá de mí.

Me giré y vi a Mefi y a Thrana saliendo al camino. Ambos se sacudieron el barro y la lluvia. Thrana tenía un arañazo que le cruzaba el hocico y parecía estar un poco mareada, pero por lo demás no presentaba más heridas. Lin fue con ella y se subió a su lomo.

Al verla allí tuve la sensación de que todo estaba en orden. De nuevo me pregunté qué les habría pasado a los ossalen de los antiguos alanga. ¿Por qué no

los había visto yo descritos en ninguna de las leyendas ni representados en ninguna obra pictórica? ¿Sería que trataban a sus ossalen del mismo modo que trataba Ragan al suyo, coaccionándolos para que establecieran un vínculo con ellos y luego ocultándolos?

Thrana estaba volviéndose un tanto difícil de ocultar.

Ya conseguí distinguir a los constructos que formaban el ejército, ascendiendo lentamente por la cuesta. Thrana y Lin estaban de pie a mi lado. Me aclaré la garganta y dije:

—Ya sé que vuestra intención era ejecutarme si regresaba, pero ¿podríamos firmar una tregua temporal a ese respecto? Me resulta un poco difícil hacer uso de mis poderes teniendo la cabeza desconectada del cuerpo.

Lin puso una cara como si no estuviera segura de enfurecerse o echarse a reír.

—Cuando estén lo bastante cerca, empújalos de nuevo colina abajo. Procura no hundir el palacio, aún hay gente dentro.

—Haré todo lo que pueda, excelencia.

Lin se estremeció un poco al oír eso. Una pequeña parte de mí abrigó la esperanza de que quizá todavía sintiera algo por mí. Pero yo tenía mejores cosas que hacer que fantasear respecto de la emperatriz como un adolescente con mal de amores. Como por ejemplo mantenerme con vida. Mantenernos a todos con vida. Todo lo demás podía esperar.

Mis huesos vibraban en un tono grave que únicamente yo era capaz de oír. Había actuado impulsado por la desesperación cuando vi a Ragan atacando a Lin. Él tenía mucho mejor control que yo, pero yo podría aprender a hacer lo mismo. Si el gran Dione era capaz de ahogar una ciudad entera y salvar a una sola mosca, yo podía enviar mi terremoto en una única dirección.

Mi bastón estaba cubierto de barro y de agua; intenté sin éxito limpiarlo con mi capa. Di unos golpecitos en el suelo con el pie y sentí la vibración que se extendía por la tierra. Mefi, a mi lado, me sonrió.

—No te metas en problemas —le dije.

Él respondió con un bufido de sorna.

Lin, agarrada al pescuezo de Thrana, le susurraba algo al oído. Los constructos rebasaron el último recodo. Discurrían alrededor de la colina como una luminosa serpiente marina de cuerpo sinuoso e interminable.

Se me hizo un nudo en el estómago. Puede que entonces fuese un luchador, pero jamás me acostumbraría a aquello. Prefería estar en la cocina de mi madre, ayudándola con sus tareas cotidianas mientras ella me reprendía por mis estudios. Y no era moco de pavo: mi madre tenía mucha capacidad para echar regañinas.

Me concentré en la magia que vibraba en mis huesos y en sentir mi respiración. Ya alcanzaba a ver las caras inexpresivas de los constructos, el cabello enmarañado, las heridas mortales que habían recibido y que se veían parcialmente cosidas.

—Jovis, este podría ser un buen momento para… —me dijo Lin con una chispa de pánico en la voz.

Di un fuerte pisotón en el suelo.

El temblor se expandió en dirección a los constructos, el suelo cubierto de barro se transformó en una ola de tierra y piedras. Ninguno de los constructos intentó

esquivarla. Cayeron al suelo, algunos de ellos se desplomaron encima de los compañeros que venían detrás.

A nuestra espalda apareció una lluvia de flechas cortando el aire. Sus puntas metálicas relucieron iluminadas por las lámparas al describir un arco hacia los constructos y sembraron la muerte en varias filas más del enemigo. Envié un nuevo terremoto contra los siguientes; algunos consiguieron aguantar y seguir avanzando, pero entre las flechas, mi bastón y las dentelladas de nuestros ossalen su número fue disminuyendo.

Íbamos a lograrlo. Íbamos a rechazar a los constructos.

De repente se oyó un aullido a mi espalda. Más que ver, sentí que todo el mundo guardaba silencio. Y de pronto las bestias atacaron.

Surgieron de las laderas circundantes enseñando los dientes. Aquello no era un ataque desordenado, nacido del pánico. Nisong ya había elaborado su estrategia. Los constructos engendros eran una distracción que tenía como finalidad desviar nuestra atención. La verdadera amenaza eran los constructos de guerra.

Osos, lobos, felinos, cangrejos gigantes y arañas. Tan solo logré discernir partes sueltas en los fogonazos de luz de las lámparas.

Lin extrajo la herramienta de grabar de su fajín.

—Mata a los engendros —me ordenó—. Mantenlos a raya. Yo sé cómo lidiar con los constructos de guerra.

Se apartó de mí, aún a lomos de Thrana, y fue como si mi corazón se fuera con ella. Aparté la vista de los monstruosos constructos y me concentré en el ejército de engendros que se acercaban subiendo por el camino.

Les envié otro terremoto haciendo todo lo posible por dirigirlo camino abajo y lejos de los soldados que tenía a mi espalda. Los engendros cayeron, perdieron el equilibrio, algunos se salieron y se precipitaron por la ladera y otros se desplomaron hacia atrás. Mefi se lanzó contra ellos para hostigar a los que lograron pasar. Ya tenía el tamaño de un perro grande, y utilizaba los cuernos como ventaja para embestir a los constructos como si fueran maleza.

De pronto noté algo frío y afilado que se apoyaba en mi clavícula.

—Ah, Jovis. Deberías comprobarlo todo, aunque estés ocupado. Los alanga tenemos fama de ser muy difíciles de matar.

Capítulo 46

Nisong

Isla de Gaelung

Cada golpe que asestaba, cada ser al que daba muerte tenía un hombre. Por Caracola, por Fronda, por Hierba y por Hoja. Nisong se internó en el grueso de la batalla rodeada de constructos de guerra y aplicó toda su rabia a cada golpe que daba con la estaca. Deberían estar allí, a su lado. Lin, el Imperio, el mundo entero había conspirado contra ella. Las cosas habrían sido diferentes si hubiera contado con la ayuda de sus amigos. Caracola habría cocinado algún plato lleno de guindillas la noche anterior a la batalla. Fronda ya habría terminado de tallar su pájaro y estaría dando forma a algo nuevo. Hierba habría repasado los planos de la batalla, mordiéndose el labio mientras los leía y señalando con sus manos cubiertas de manchas debidas a la edad los puntos donde se podrían introducir mejoras. Y Hoja habría estado a su lado, ayudando a transmitir sus órdenes.

Lin hablaba de paz, pero era la que había asestado el primer golpe. Tal vez hubiera sido Shiyen el que los envió a Maila, pero Lin había ofrecido una recompensa por sus cabezas. La emperatriz pensaba que podía propinar una bofetada en la cara a los constructos y luego utilizar esa misma mano para tendérsela en gesto de amistad. Aquello solo podía terminar de una forma. Nisong tuvo que recordarse a sí misma que los constructos de Maila habían decidido seguirla por voluntad propia, que habían escogido este camino.

Descargó un golpe con la estaca sobre el casco de una mujer soldado, se lo abolló y la hizo caer al suelo con la boca llena de sangre. Por Hoja, que tenía manos finas y delicadas y el rostro estrecho.

Se abrió paso por entre los soldados de la meseta intentando encontrar un punto débil en sus filas. Los constructos de guerra ya los estaban dispersando, y muchos caían rodando cuesta abajo. Tan solo necesitaban llegar a las puertas.

Varios cayeron bajo las garras y los dientes de los constructos de guerra. Otro cayó abatido por la estaca de Nisong. Por Caracola, que habría encabezado el ataque.

Apareció una brecha en las filas a su derecha, cerca del camino en zigzag. Miró

por encima de las cabezas de los soldados. Había una mujer de pie en el camino, enfrentada a un hombre vestido con hábito de monje. Entrecerró los ojos para ver mejor a través de la lluvia. ¿Sería Lin? ¿Allí abajo, entre los soldados? Sintió que le rechinaban los dientes cuando la vio con más nitidez. Le entraron ganas de aplastarle el cráneo con su estaca. Oír el crujido de huesos destrozados, el chasquido húmedo de la carne de debajo. Ojalá pudiera llegar hasta allí. Una muerte para pagar otras cuatro. Por Caracola, por Fronda, por Hoja y por Hierba. Se puso a propinar golpes con su arma, instando a sus constructos a pelear con más rapidez y más violencia.

En eso, el monje levantó las manos y la lluvia que lo rodeaba quedó suspendida en el aire, atraída hacia él por alguna fuerza invisible. El monje hizo un gesto y el agua formó una ola.

Todo dio la impresión de encogerse y concentrarse en el sabor a cobre que notaba en la boca y en la sensación del agua que le resbalaba por el cuello.

Alanga. De modo que era verdad: estaban volviendo. Y había uno de ellos allí, en el campo de batalla, luchando contra la emperatriz. La especulación sobre los motivos que lo impulsaban podía esperar. Nisong redobló sus esfuerzos. Uno de sus constructos de guerra soltó un quejido cuando un soldado le clavó una espada en el flanco. Otro se desplomó dando alaridos tras recibir un tajo en el cuello. Nisong corrió a llenar los huecos; la mano a la que le faltaban dos dedos se le resbalaba un poco al agarrar la estaca, así que la agarró mejor. Iban a lograrlo. Sus engendros estaban ascendiendo implacables por el camino.

De repente, el suelo tembló.

Nisong hizo un esfuerzo para conservar el equilibrio mientras la tierra se sacudía. Se desprendió barro que volvió el suelo líquido y viscoso y salió gravilla despedida por los aires.

—¡Adelante! ¡Avanzad! —chilló. Pero las palabras no eran suficientes. Tiró de un pie para sacarlo del lodo y estuvo a punto de perder la bota.

Un soldado arremetió contra ella con su espada. Nisong se giró y esquivó la hoja por los pelos, justo a tiempo. Durante el terremoto había perdido a otro constructo de guerra.

Antes de que pudiera recobrarse, el suelo volvió a temblar.

Hundió los dedos en el pelaje de un constructo oso para conservar el equilibrio y se atrevió a lanzar una mirada hacia el camino en zigzag.

Los engendros parecían moscas atrapadas en la miel. Muchos habían caído al suelo a causa de los terremotos, y estaban inmovilizados en el barro o rodando cuesta abajo. No importa, se dijo Nisong. Su único objetivo era servir de distracción. El grueso de los constructos de guerra ya estaba ante las puertas del palacio.

Si tomasen Gaelung, podrían intentar conquistar Hualin Or y después Imperial. Gaelung poseía un gran número de habitantes. Representaban muchos cuerpos. Muchos huesos. No había nada que los detuviera. Pondrían al Imperio de rodillas.

Y luego, ¿qué? Oyó en su interior la voz de Coral.

Sacudió la cabeza en un gesto negativo y, con gesto de ferocidad, derribó a otro soldado. Pues luego harían justicia. Y luego podrían descansar.

Volvió a mirar el camino en zigzag. El monje ya no estaba, y Lin tampoco.

Ahora había otro hombre, y dicho hombre dio un pisotón en el suelo.

Esta vez, se agarró al constructo oso para no caerse antes de que los alcanzara el terremoto. Se soltó en cuanto el temblor hubo pasado y se lanzó contra los soldados. Los engendros empezaron a pasar junto a ella de camino hacia el palacio. Las únicas cosas que parecían marcar el paso del tiempo eran los golpes de su estaca y la repetición de aquellos nombres dentro de su cabeza.

Caracola. Fronda. Hierba. Hoja.

No supo con seguridad cuándo se dio cuenta de que estaban perdiendo. Cayó otro de los constructos de guerra; los engendros habían disminuido en número. En los soldados que había más adelante se obró un cambio de ánimo: estaban más firmes, golpeaban con más energía. Fue un cambio gradual, como cuando la noche va dando paso al día. Cada uno de los intentos que hacía de empujar hacia las puertas era rechazado.

Nisong supo que solo le quedaba una última carta por jugar. Y aun así la maldijo.

Caracola. Fronda. Hierba. Hoja.

No podía permitir que Coral cayera también. Les había dicho a Coral y a Hoja que cuidaría de que no les ocurriera nada. Con Hoja no había cumplido dicha promesa; ¿la incumpliría entonces con Coral?

Pero es que no había nadie más a quien hubiera confiado la serpiente marina. Y necesitaba aquella serpiente para cambiar las tornas. Necesitaba a Coral.

Descargó su estaca contra otro soldado más y sintió cómo se le quebraban las costillas a causa de la fuerza del golpe. ¿Era ese el precio de la venganza? ¿Era ese el precio de aplicar la justicia contra sus enemigos? Ya había pagado con sangre.

Había otros caminos que habría podido tomar, pero este fue el único que le pareció razonable.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, sacó el pañuelo rojo que llevaba dentro de la túnica y lo hizo ondear en alto. Su constructo gaviota, que esperaba entre los árboles, levantó el vuelo.

Aplastaría al Imperio, a la emperatriz y a sus habitantes.

Costase lo que costase.

Capítulo 47

Lin

Isla de Gaelung

Recorrí los bordes de la meseta sintiendo cómo iban disipándose los últimos vestigios de la fuerza que me había conferido la baya de enebro. Pero para hacer aquello no necesitaba dicha fuerza. Thrana iba atrapando con sus mandíbulas a los constructos que quedaban desperdigados y los iba arrojando a un lado para que yo pudiera bajarme de su lomo y reescribirles las órdenes. Permanecía junto a mí mientras yo grababa, una presencia maciza y protectora. Los iba modificando tan rápido como me era posible, la herramienta de grabar me dejaba profundas marcas en los dedos y notaba las manos doloridas. Casi no me quedaba tiempo para pensar, pero tenía muy presente en mi pensamiento a Bayan y nuestra última refriega contra mi padre. No pensaba perder a Thrana del modo en que había perdido a Bayan. Cuanto antes terminase todo esto, menos bajas sufriríamos.

Así que me obligué a trabajar más deprisa y con más ahínco. Corrí cuesta abajo, seguida por Thrana, para atrapar a un constructo de guerra antes de que tuviese la oportunidad de sumarse de nuevo a la contienda. A duras penas llegaba hasta mí el resplandor de las lámparas que había colocado Urame en el suelo, se agitaban empujadas por el viento y la llama parpadeaba. Alcancé a ver el fugaz brillo de unos dientes en la oscuridad y seguidamente hundí la mano en un pelaje mojado y maloliente. El animal se quedó inmóvil. Thrana clavó en el barro sus robustas zarpas delanteras a mi espalda, mientras yo me arrodillaba en el suelo, y tras palpar las muescas de la esquirla, grababa las modificaciones que ya me sabía de memoria. Sentía en la espalda el calor que irradiaba mi ossalen y la vibración del grave rugido que emitía su garganta. Volví a introducir la esquirla en el constructo y no esperé a que se despertara de nuevo y se recuperara.

Menuda emperatriz estaba hecha, cubierta de sangre y de tierra y empapada

por la lluvia. Mi padre de ninguna manera se habría metido en una batalla al lado de soldados, pero tal vez de eso se trataba. Él jamás se habría puesto en peligro para proteger a su pueblo. Volví a subirme al lomo de Thrana, que se lanzó en pos de un constructo de guerra que estaba en el camino. Miré hacia el palacio y vi que todavía aguantaba y que los soldados resistían. Varios de los constructos habían abierto una brecha en las primeras filas. Logré esquivar por los pelos las garras del constructo del camino y me di prisa en modificarlo.

—Ten más cuidado —me dijo Thrana.

—Eso resulta un poco difícil en medio de una batalla —grité yo por encima del estruendo. Ella se limitó a reír con ironía y desvió el golpe de espada de un engendro—. Vamos a las puertas —le ordené—. Necesitan nuestra ayuda.

Thrana se lanzó a la carrera sorteando constructos y empujándolos a un lado con los hombros y con sus pequeños cuernos incipientes. Se me llenó el corazón de orgullo al tiempo que me aferraba al pelaje de su cuello. Por debajo del pelo externo, más áspero, había una capa suave, seca y tibia. Thrana era, como mínimo, igual de formidable que cualquiera de los constructos de guerra de mi padre. Y era *mía*.

La primera fila de soldados estaba empezando a flaquear, los constructos de guerra cargaban y abrían brechas. Hombres y mujeres chillaban a un lado y al otro, heridos por dientes y zarpas. Las lámparas colgadas en las murallas dibujaban la escena en un vivo contraste anaranjado y negro. Thrana salvó de un salto un hueco que había en las filas y embistió contra uno de los constructos de guerra, una criatura que tenía cuerpo de oso y cara de tigre, antes de que pudiera lanzar una dentellada a un soldado que había atrapado bajo una pata. Con un movimiento fluido, me bajé del lomo de Thrana e introduje la mano en el cuerpo del constructo.

Sus rugidos cesaron de golpe, el soldado atrapado bajo su pata forcejeaba en el afán de escapar. Yo no tenía tiempo para ayudarlo a levantarse. Tanteé buscando la esquirla que necesitaba, la extraje, grabé la modificación y volví a introducirla en el cuerpo. De pronto Thrana lanzó un quejido. Me volví y vi que una criatura de pelaje claro le había clavado las zarpas en la espalda y ya estaba abriendo sus fauces babeantes para morderla en el cuello. Apreté la mandíbula hasta que me rechinaron los dientes. Agarré una de las patas del constructo, tiré de ella para izarme lo suficiente y le hundí la mano en el pecho. La bestia se quedó inmóvil mientras yo palpaba en su interior y se derrumbó en el suelo cuando yo ya rozaba una de sus esquirlas con la punta de los dedos.

Thrana gritó para advertirme. Algo chocó contra mi espalda antes de que pudiera girarme. Noté un olor penetrante, rancio. La gravilla se me clavó en las manos y en las rodillas. El peso de la criatura me aplastó contra el suelo. La oí gruñir, y, desesperada, intenté echar mano de la vibración en mis huesos, aun sabiendo que revelar quién era supondría mi condena.

De repente se levantó el peso.

Vi a Phalue erguida sobre mí, retirando su espada de la espalda de la criatura. Me ofreció una mano para ayudarme a incorporarme. Más allá de la línea que formaban los soldados, los constructos de guerra estaban luchando contra otros constructos de guerra.

—Veo lo que estáis haciendo —me dijo Phalue—, y está funcionando.

Thrana me cubrió la espalda para cerciorarse de que nadie más pudiera agredirme por aquel ángulo. Me escocían las palmas de las manos y tenía la respiración agitada. Había escapado por los pelos.

Phalue señaló con la cabeza la herramienta de grabar.

—¿Es esa la única arma que sabéis usar? Pues no vais a conseguir mucho con ella. Excelencia, para entrar en batalla deberíais traer una espada.

La única defensa que tenía en ese momento era Thrana.

—Ya me enseñaréis cuando haya acabado esto —respondí.

Phalue lanzó una carcajada.

—Sí, si es que las dos sobrevivimos. Por qué no. —Giró sobre sus talones, espada en mano, y buscó el siguiente adversario—. Pero de nuevo os recuerdo que eso no significa que os dé mi apoyo.

Con manos temblorosas, me agarré al pelaje del cuello de Thrana. Ella agachó un poco los hombros para permitirme un mejor acceso a su espalda. Yo solo notaba seca la zona de la nuca; el resto de mi persona estaba empapada, ensangrentada y cubierta de lodo. Ya me preocuparía más adelante de darme un baño. Noté la vibración en los huesos y sentí el agua que me rodeaba como una presencia viva. Aún tenía más que dar. Se me encogió el estómago al pensarlo.

No lo daría hasta que tuviera que darlo. Hasta que no me quedara otro remedio.

Thrana y yo nos abrimos paso entre las filas de criaturas y constructos de guerra y mi mundo se redujo a una masa de pelaje maloliente, dientes brillantes y ojos que relucían en la oscuridad. Casi no me daba cuenta cuando el borde de un colmillo me rozaba el hombro o una zarpa me hacía un desgarro en la capa. ¿Nisong se consideraba habilidosa con la magia de las esquirlas? Pues yo había competido con Bayan, había inhabilitado a los cuatro constructos principales de mi padre, me había enfrentado al mismísimo Shiyen Sukai y había reclamado su título. Daba igual que Nisong y yo hubiéramos estado destinadas a ser la misma persona, yo llevaba más tiempo que ella trabajando en eso.

De pronto capté algo en el cielo, algo de color blanco que salía volando del palacio. ¿Un búho? ¿Un constructo espía que llevaba noticias de la batalla a Nisong? ¿O estaría ella allí mismo, en medio de la refriega?

Hice girar a Thrana hacia el camino en zigzag, donde la batalla estaba en su auge y donde más se me necesitaba. Poco a poco fui percibiendo una brecha en las filas de los constructos, sutil como las estrellas que van apagándose para ceder el paso al amanecer. Iba encontrando cada vez menos constructos que modificar. Las peleas que tenían lugar a mi alrededor cada vez presionaban menos.

Podíamos lograrlo. Podíamos rechazar al ejército de constructos a las puertas del palacio. Si lográsemos combatirlo hasta paralizarlo, yo podría convencer a las demás islas de que se pusieran de nuestra parte. Podría mantener unido al Imperio.

De repente surgió de la noche un rugido parecido al de una ola al romper. A lo lejos, los árboles gimieron y chasquearon.

Apreté los dedos. ¿Más constructos? ¿Sería que Nisong tenía retenido un contingente aparte? ¿Por qué? ¿Qué clase de estrategia era esa?

Se hizo el silencio en la refriega cuando cesó el ruido de madera que se rompía para dar paso a un fragor, como el del viento o el del agua, lo bastante fuerte como

para oírse por encima del chocar de metal contra metal. Sentí que me inundaba el pánico y me desbordaba. El fragor se volvió más intenso, como el de una tormenta que se avecina. Un constructo de guerra saltó hacia nosotras y Thrana lo desvió de un manotazo. Yo estaba sentada en su lomo, paralizada, esperando el terrible destino que sin duda se nos venía encima.

¿Qué habría hecho Nisong?

De pronto, el fragor cesó.

De las laderas de la colina se elevó la enorme cabeza de una serpiente marina adulta, provista de unos colmillos tan largos como mi brazo.

Capítulo 48

Jovis

Isla de Gaelung

La espada de Ragan tocaba mi cuello. Sentí la presión que hacía contra mi piel cuando tragué saliva.

—Tomaré nota de eso para la próxima vez —respondí—. Para asegurarme bien de que estás muerto.

El monje ni siquiera se inmutó.

Continué hablando, con la esperanza de ganar un poco de tiempo.

—Sé lo de tu antiguo monasterio. Antes del hundimiento de Unta, hacía más de un año que no se tenía noticia alguna de sus ocupantes.

—No me caes bien —dijo Ragan—, pero no tenemos por qué ser enemigos.

—Tú has atacado a la emperatriz, de modo que ya somos enemigos. ¿Qué les hiciste a los monjes? ¿Los asesinaste?

—Sus muertes no fueron intencionales. Se debieron a un error en la dosis que les administré. Lo único que pretendía era dormirlos. Solo buscaba lo que me correspondía por derecho. —La espada se movió y me hizo una mínima herida en la piel.

—¿Por derecho?

—Los textos restringidos. Hacía todo lo que me ordenaban. Alcancé la excelencia en todas las tareas. ¡Hace mucho tiempo que deberían haberme nombrado maestro! —Sacudió la cabeza en un gesto de negación—. Pero eso da igual. Ahora ya están muertos, yo soy un alanga y tú puedes unirte a mí o morir. Podría enseñarte unas cuantas cosas. Cómo reparar el vínculo con tu ossalen, por ejemplo.

De pronto Mefi arremetió contra él y le clavó los dientes en la pierna, algo muy parecido a lo que había hecho con Philine en una ocasión. Pero ahora era más

grande, y, a juzgar por el alarido que soltó Ragan, sus dientes causaron un impacto mayor que en el caso de Philine. La hoja se apartó de mi cuello y Ragan concentró toda su furia en Mefi y alzó la espada.

Entonces yo di un pisotón y provoqué un terremoto en dirección a Ragan. Al mismo tiempo, agarré mi bastón y cargué contra él.

Ragan trastabilló, y el golpe que iba dirigido a Mefi se desvió ampliamente. Pero recobró el equilibrio antes de que yo llegase hasta él, se sacudió a Mefi de la pierna y paró mi bastón con su espada.

Yo carecía de entrenamiento formal, y entonces, al luchar contra alguien que poseía la misma fuerza y la misma velocidad por ser también alanga, me di cuenta de mi desventaja. Ragan plantaba los pies con precisión y se movía con comodidad y experiencia. Yo me servía más de la fuerza bruta y de mis poderes mágicos, aunque no quisiera reconocerlo. Mis golpes, que siempre habían derribado a mis adversarios a la primera o a la segunda, ahora me parecían torpes, exagerados. Apunté a la cabeza de Ragan, pero él me esquivó y en el mismo movimiento fluido, me lanzó un tajo a la cintura.

Solo Mefi me salvó. Asestó una dentellada al tobillo de Ragan y le hizo perder el equilibrio.

No habría conseguido sobrevivir a Ragan si no hubiera tenido a Mefi. Los dos hostigamos a Ragan, turnándonos, cubriéndonos el uno al otro. El ossalen de Ragan aguardaba detrás de su amo sin intervenir, y en ningún momento se atrevió a hacer otra cosa que no fuera retraerse. Entonces comprendí que Ragan solo lo había llevado al campo de batalla para poder revelar que Lin era una alanga. Mandé varios terremotos en su dirección, lo azoté con agua. Él, a su vez, reunió el agua que tenía a su alrededor y la transformó en dardos que se me clavaron en la piel. Él tenía más control que yo. Yo me resbalaba continuamente en el lodo y en la hierba mojada.

Pero estábamos resistiendo. Lo único que necesitaba yo era que Ragan resbalase una sola vez y sería mío.

Ragan dio un salto hacia atrás para esquivar el golpe de mi espada. De improviso, introdujo la mano en la bolsa que llevaba al cinto y se metió algo en la boca.

Naturalmente. Era un monje del enebro de copas redondeadas.

Ya notaba el agotamiento en los huesos, un temblor que discurría paralelo a la vibración de la fuerza. Intenté echar mano del poder mágico, intenté provocar otro terremoto más para hacer perder el equilibrio a Ragan. El terremoto que provoqué fue débil, ni siquiera logró mover a Ragan, que me dedicó esa infernal sonrisa suya y avanzó de nuevo con su espada, con movimientos tan rápidos que yo a duras penas lograba seguirlos.

Iba bloqueando solo de manera instintiva, levantaba el bastón para interceptar golpes que ni siquiera veía venir. Me temblaban los brazos. Mefi saltó de nuevo a morderle las piernas, pero él se apartó con facilidad. Ragan era más fuerte con las bayas de enebro, más fuerte de lo que yo había visto nunca. Con la espada me hizo un corte que me cruzó el muslo y otro en el hombro. Notaba que iba obligándome a replegarme, que iba acorralándome y empujándome contra la ladera. Yo no sabía cómo impedírselo. La lluvia me mojaba las heridas y me provocaba escozor. Se

curarían, pero el próximo golpe que yo no pudiera esquivar podría ser el que desparramase mis tripas por el suelo.

¿Los alanga podían curarse de una herida así?

A lo lejos, los árboles gimieron y crujieron. En el campo de batalla se hizo el silencio. Empecé a oír un clamor que me recordó el batir de las olas contra los acantilados de Anau. ¿Qué nuevo horror venía a visitarnos?

Ragan retrocedió, lo cual me concedió un respiro. Noté que estaba estudiándome, juzgando cuál era la mejor manera de matarme. Yo recorrí con la mirada el campo de batalla, los soldados, los guardias; todos estaban empleándose a fondo para repeler a los engendros y a los constructos de guerra. En el borde de la meseta, a mi izquierda, descubrí una cara familiar y entorné los ojos para verla mejor a través de la lluvia. ¿Sería Philine? ¿También el Ioph Carn se había sumado a la refriega? Pero, en eso, la mujer, quienquiera que fuese, desapareció detrás de un árbol. Reajusté mi postura y procuré calmar mi respiración.

—No podemos rechazarlos —me dijo Mefi jadeando a mi lado—, no somos lo bastante fuertes. Aún no.

—Escapa —le dije—. Vete lejos de aquí. Todavía puedes vivir, Mefi. Aún tienes el mar Infinito para nadar y con peces para comer, y también puedes pedir comida a los vendedores de los puestos callejeros.

—Jovis —replicó haciéndose oír por encima del estruendo—, no seas idiota. — Y acto seguido me dejó, esquivó la espada de Ragan y se lanzó a morder a Lozhi.

Ragan se quedó petrificado. Había llevado a Lozhi al campo de batalla para desenmascarar a Lin. Pero al hacer eso se había puesto a sí mismo en una posición de vulnerabilidad. Lozhi no se movió, su cuerpo permaneció inerte bajo las mandíbulas de Mefi. Era más pequeño que este, pero aun así tenía dientes, zarpas y cuernos. Podría haberse resistido si hubiera querido. En vez de eso, dejó escapar un lloriqueo. El corazón se me llenó de compasión. Aquel animal no se merecía lo que le había hecho Ragan. Pero yo lo utilizaría como garantía si fuese necesario.

—Márchate —le dije a Ragan—. Márchate, o de lo contrario tu ossalen morirá.

Ragan contestó con una risa burlona, aunque su voz se perdió en el aullido del viento y solo alcancé a ver su expresión.

—¿Cómo crees que funciona esto? ¿Yo me marcho y tú te quedas con mi ossalen? ¿Por qué iba yo a acceder a algo así? No tengo ninguna garantía.

Mefi enroscó una pata delantera en torno a Lozhi y le clavó las zarpas en el pelaje. Ragan se estremeció.

—¿Qué te sucederá a ti si muere Lozhi? —le pregunté—. ¿Quieres correr ese riesgo?

Ragan me miró fijamente, con expresión extraña.

—No lo sabes, ¿verdad? Tanto poder a tu disposición y, sin embargo, no tienes ni idea del motivo ni del costo que tiene.

Abrí la boca para replicar, seguro de que me saldría algo inteligente. Pero sentí una ráfaga de viento helado en la nuca y percibí que a mi alrededor todo quedaba en silencio. No le des la espalda a un enemigo, te dicen siempre. Lo que no te dicen es qué hacer si tienes la seguridad de que ya hay un enemigo a tu espalda.

Me volví.

De las laderas que había detrás de mí estaba elevándose la enorme cabeza de

una serpiente marina con las fauces abiertas. En su cuello iba una mujer sentada a horcajadas y agarrada firmemente a sus cuernos. Se inclinó para susurrarle algo en uno de los oídos. Los puntitos luminiscentes que tenía la bestia en los costados se iluminaron y sus ojos anchos y amarillos reflejaron la luz de las lámparas. Unos ojos amarillos que se posaron en mí.

No supe con certeza si el líquido que me caía en la cabeza era lluvia o saliva procedente de la boca de aquel monstruo. Cuando imaginaba las maneras en las que podía morir, ser devorado por una serpiente marina no figuraba en la lista, ni por asomo. Provoqué un terremoto en la dirección de la serpiente, pero fue un esfuerzo fútil. Dudé que ella lo notase siquiera.

De repente, bajó la cabeza.

—¡Jovis! —chilló Mefi.

Capítulo 49

Phalue

Isla de Gaelung

El mundo pasó a ser únicamente sangre, sudor y lluvia. Phalue, con los dientes apretados, blandía su espada combatiendo a los constructos de guerra. Ya se había entrenado con lluvia en el palacio, pero nunca en medio del barro. Nunca teniendo los brazos doloridos y cubiertos de sangre. Nunca estando rodeada de hombres y mujeres que sabía que estaban muriendo. Le pareció una acción noble —era lo que había que hacer— cuando le dijo a Ranami que necesitaba ayudar a Gaelung a rechazar al ejército de constructos. Propinó una patada a un animal en los dientes, y cuando este le contestó con un rugido le atravesó la boca con la espada.

La guerra no tenía nada de noble.

¿Cuánto tiempo había pasado? Tenía la sensación de que ya llevaba varios días luchando, matando y sobreviviendo. Pero aún era de noche.

Las puertas del palacio que tenía a su espalda representaban una sólida presencia. “Defended las puertas”, había dicho el general. “Matad a todo el que abra una brecha en las primeras filas.” Phalue no estaba acostumbrada a recibir órdenes; estaba acostumbrada a darlas ella. Pero moriría antes que desobedecer esa.

Un constructo saltó por encima de los soldados que tenía delante y fue a aterrizar en la espalda de Phalue. Ella se agachó y volvió a levantarse para arrojar a la bestia de sus hombros. La criatura cayó enfrente, pero volvió a incorporarse antes de que Phalue pudiera rematarla. Arremetió contra ella, pero se topó con la capa de Phalue. Filas y filas de dientes estrechos y afilados como agujas se hundieron en la tela engrasada de la capa.

Bien podía ocurrir que muriera obedeciendo esa orden.

Dio un tirón a la capa hacia atrás y arrastró con ella a la criatura por el suelo.

Tythus, que estaba a su lado, hundió su espada en el pecho de la bestia.

—Gracias —le dijo Phalue jadeando.

Pero Tythus ya se había girado para hacer frente a un grupo de engendros que habían logrado colarse por un hueco abierto por los constructos de guerra. A su derecha cayó otro soldado, con el cuello desgarrado por un constructo. Intentó alcanzarla con un golpe de espada, pero ella retrocedió dando un salto y le rugió con las fauces manchadas de sangre. Phalue la hirió en un ojo y le arrancó un alarido. Otro golpe más, y la criatura murió.

Se volvió para ayudar a Tythus con los engendros. Lucharon codo con codo, todos los años que llevaban entrenando juntos les permitían anticiparse el uno a los movimientos del otro. Avanzaban abatiendo engendros como si fueran agricultores segando trigo. Phalue derribó al último y descubrió… que ya no había más enemigos presionando en los flancos. Llegarían más, pero por el momento disfrutaban de una pausa y de unos instantes para tomarse un respiro.

—¿Estás herido? —le preguntó a Tythus.

Él negó con la cabeza y se apartó el pelo mojado de la cara con su mano enguantada.

—¿Y tú?

Phalue se miró, no muy segura.

—Es posible. Me parece que no.

Tythus lanzó una carcajada, pero sonó un poco histérico.

—No pensabas que esto iba a ser así, ¿verdad?

—No sé qué era lo que pensaba. —Hizo un esfuerzo para ver en la oscuridad e intentar calcular el número de constructos bajo la luz de las lámparas. Se movían igual que el barro desprendido de la ladera de una montaña que fluyera inexorablemente hacia las puertas del palacio—. Pero creo que podemos hacerlo. Creo que conseguiremos proteger las puertas.

Le pareció ver en el horizonte el débil resplandor del amanecer y las estrellas que iban apagándose. No supo por qué, pero tenía la sensación de que la mañana estaba tardando demasiado en llegar, y que al mismo tiempo no había tardado lo suficiente. El tiempo había perdido todo su significado. Lo único que importaba era el dolor que sentía en los músculos y el retumbar de su corazón. Significaban que aún estaba viva.

—En efecto —respondió Tythus—, creo que tienes razón. Las probabilidades eran escasas, pero parece ser que la emperatriz ha ido modificando a los constructos.

¿De verdad le había prometido a aquella mujer que la enseñaría a luchar con la espada? ¿A la emperatriz? Hizo un gesto negativo con la cabeza. Aquel era un problema para un amanecer distinto.

A lo lejos, más allá de los campos que había bajo el palacio, se oyó crujir la madera. El crujido fue seguido de un fuerte clamor. Estaba ocurriendo algo malo, a Phalue no le cupo ninguna duda.

—¡Formad! —ordenó Tythus a los guardias. Estos formaron filas y Phalue no pudo evitar fijarse en que eran menos que al principio—. ¿Qué piensas que puede ser eso? —le preguntó a Phalue.

—Ojalá lo supiera —respondió ella.

De las laderas próximas al camino en zigzag se elevó la enorme cabeza de una serpiente marina cuyo cuerpo se extendía colina abajo y se perdía de vista en la oscuridad. Los puntitos luminiscentes de color verdiazulado que tenía en los flancos cobraron vida e iluminaron el campo de batalla. Phalue nunca había tenido ocasión de experimentar ese pánico intenso e incapacitante que sienten las presas ante un depredador; ella siempre había sido una de las personas más altas y anchas que conocía. En cambio, en ese momento experimentaba el terror que debía de experimentar un conejo cuando se cerraban en torno a su cuerpo las garras de un águila.

La serpiente marina lanzó sus fauces hacia los humanos. Ascendía por la ladera medio corriendo y medio arrastrándose, apoyándose en el barro con sus cortas patas, subiendo una porción cada vez mayor de su cuerpo a la meseta. Por todas partes iba aplastando individuos o empujándolos hacia los lados, o bien despedazándolos con sus garras. Los chillidos se elevaban por encima del entrechocar de espadas. Ni siquiera parecía ser consciente de la gente que iba matando.

—¿Tú te has cagado encima? —dijo Tythus—. Porque me parece que yo sí.

Phalue hizo un esfuerzo por encontrar algo que decir para que aquello no resultara tan sobrecogedor.

—Una serpiente marina no saldría del mar para luchar a favor de los constructos. Lo cual quiere decir que esta *es* un constructo. Lo único que tenemos que hacer es darle tiempo a la emperatriz para que la modifique y la ponga de nuestra parte.

—Si es que consigue acercársele lo suficiente —murmuró Tythus.

—Tenemos que darle tiempo —insistió Phalue—. O hacemos eso, o nos tumbamos y permitimos que nos devore.

—La segunda opción me resulta bastante tentadora, pero imagino que mi esposa y mis hijos tendrían algo que decir al respecto. —Giró ligeramente la cabeza —. Se dirige hacia las puertas —les dijo a los hombres y mujeres que tenía detrás señalando al mismo tiempo—. No las romperá al primer impacto. Nos dividiremos en dos grupos y nos situaremos a los lados. Si la serpiente consigue superar la barrera de los guardias y llegar a las puertas, nos juntamos todos y la acorralamos. Phalue y yo nos situaremos en la vanguardia.

—Conque sí, ¿eh? —repuso Phalue. Hablaba solo para sentirse mejor. Su voz reflejaba mucha más serenidad de la que sentía.

—Somos los mejores luchadores que hay aquí, y tú no aceptarás que yo te proteja. Tú ve por la derecha, yo iré por la izquierda. No puedo saber con seguridad que la serpiente marina decida atacar primero las puertas del palacio, pero no es una suposición descabellada. Sea como sea, debemos rodearla por los flancos. No quiero enfrentarme a ella cara a cara.

A partir de ahí, ya no hubo más tiempo para hablar. Phalue se separó con la mitad de los guardias y fue rápidamente hacia la derecha de las puertas. La serpiente marina cargó contra la meseta y Phalue se preparó para recibirla. Los soldados situados frente a ella alzaron sus espadas y las orientaron hacia arriba como si fueran lanzas.

La criatura se abalanzó contra los soldados. Las espadas la hirieron, pero ella no

pareció darse ni cuenta. Se agitaba de un lado al otro atacando con la cabeza con la velocidad de una cobra. La gravilla del camino no tardó en cubrirse de sangre roja y caliente. Phalue no sabía muy bien cuánta era de la serpiente y cuánta era de los soldados. La serpiente capturó a un soldado entre sus fauces y se oyó el fuerte crujido del metal. Pero antes de que levantase la cabeza, Phalue alcanzó a ver que en su pescuezo iba sentada una persona.

—¡Tythus! —exclamó.

—¡Lo veo! —respondió él.

La serpiente barrió el suelo con una de sus cortas patas de dedos unidos por membranas. Varios soldados salieron volando y rodaron por la ladera. La criatura cargó otra vez.

Tal como había predicho Tythus, la serpiente fue primero contra las puertas del palacio. Arremetió contra ellas, pero no las rompió, aunque estuvo cerca. La madera se astilló a la altura de las bisagras y las puertas crujieron. La serpiente resultaba todavía más terrorífica vista de cerca, sus puntitos luminiscentes brillaban como si fueran lámparas, los dientes eran tan largos como un brazo de Phalue, las zarpas podían sacar las entrañas a cualquiera de un simple manotazo.

En ocasiones, supuso Phalue, liderar significaba lanzarse el primero.

Así que se lanzó.

¿Cómo se suponía que tenía que hacer una persona para atacar a una criatura de semejante tamaño? Era como si una hormiga atrapara fútilmente con sus mandíbulas el dedo pulgar de una persona. Aquello distaba mucho de las sesiones de entrenamiento que había llevado a cabo en el patio del palacio. Distaba mucho incluso de cuando peleó en Nephilanu contra dos únicos constructos. Abrió una herida en el flanco de la serpiente de la que brotó sangre y esta se lo recompensó lanzándola a un lado de un manotazo. El mundo giró a su alrededor. Lo siguiente que supo fue que estaba tendida boca arriba, intentando recuperar el resuello y con un fuerte dolor en la cabeza. “Levántate. Vamos.” No había dejado de agarrar la espada. Las zarpas de la serpiente le habían hecho profundos rasguños en la coraza, aunque no creyó que hubieran llegado a herirle la piel.

Pero no tenía tiempo para comprobarlo.

Tythus estaba gritando algo. Sacudió la cabeza intentando pensar con claridad.

—¡Eh, bicharraco! ¡Aquí!

¿Estaba… *provocándola*? La serpiente marina se lanzó contra él y en ese momento Phalue lo entendió: al atraer la cabeza de la criatura hacia el suelo, Tythus podría alcanzar mejor a la persona que estaba sentada a horcajadas en su pescuezo. Rodó hacia un lado cuando las fauces de la serpiente le lanzaron una dentelleada y fallaron por poco. No podía saber si abatiendo a la persona que la montaba cambiaría algo las cosas, pero, tal como había dicho, no era una suposición descabellada. Tythus se recuperó y lanzó un mandoble a la persona al tiempo que los soldados que tenía detrás se apresuraban a ayudarlo. Pero todos llegaron demasiado tarde. La serpiente levantó la cabeza y se llevó a su jinete fuera de alcance. Se recolocó y volvió a golpear las puertas con su corpachón.

Phalue, con un sabor a sangre en la boca, se limpió el agua de lluvia de los ojos.

—Apuntad al jinete —ordenó a los guardias que la acompañaban—. ¡Aquí! —chilló en dirección a la serpiente marina. Le propinó un golpe en la pata que tenía

más cerca, y la criatura volvió la cabeza.

La mirada fija de aquellos ojos amarillos y centelleantes hizo que le flaquearan las rodillas. La serpiente atacó. Phalue se arrojó a un lado, justo a tiempo. La gravilla crujió bajo su peso y el agua le empapó la parte posterior de la capa. A su espalda oyó el ruido que hizo la serpiente cuando cerró las fauces a escasa distancia de su tobillo. Alzó la cabeza y vio que sus guardias habían ido en su ayuda, pero ninguno había conseguido llegar a tiempo.

De repente apareció Tythus a su lado, tendiéndole una mano para que se incorporase.

—¿Qué ha ocurrido con la maniobra de rodearla por los flancos?

—El jinete está susurrando órdenes a la serpiente. Es necesario abatirlo. Tú y yo, esto podemos hacerlo los dos juntos —le aseguró.

Y, sin esperar respuesta, pasó a la acción. Lanzó un grito y clavó su espada en el hombro de la serpiente. Phalue fue en pos de él. Tenía que estar preparada. La serpiente atacó y Tythus la esquivó. Phalue alzó su espada. El jinete apareció a la vista. Se trataba de una mujer y tenía la cabeza inclinada hacia el pescuezo de la serpiente. Phalue era más corpulenta, más fuerte; iba a conseguirlo.

En el último momento, la serpiente desvió la cabeza hacia un lado y cerró las fauces en torno al torso de Tythus.

Phalue sintió que el mundo se detenía. Estaba gritando algo, pero no sabía muy bien qué. Lo único que oía era su propia voz en un quejido lastimero, desgarrador. La serpiente apartó la cabeza y dejó un cuerpo roto sobre la grava del camino. A continuación, pasó por encima de los guardias y golpeó las puertas por tercera vez.

Y, con un fuerte crujido, las puertas cedieron.

Capítulo 50

Lin

Isla de Gaelung

El crujido de las puertas sonó como si se hubiera roto el mundo mismo. Por un momento creí que íbamos a rechazarlos, creí que lograríamos superar aquello con un mínimo de bajas. Yo había hecho mi parte y había modificado todos los constructos de guerra que pude. Aquella serpiente marina tenía que ser también un constructo. Por todas partes me veía frenada por constructos, o para pelear, o para salvar a soldados que casi no disponían de un momento para expresarme su gratitud. Si por lo menos consiguiera acercarme lo suficiente…

¿Dónde estaría Jovis? No me habría venido mal que me echara una mano. Le había perdido la pista después de separarme de él para reescribir las órdenes de los constructos de guerra.

—Rápido, Thrana —le dije al oído a mi ossalen—, regresamos a las puertas del palacio.

Thrana se lanzó a la carrera y fue abriéndose paso lo mejor que pudo por el medio de la refriega. Ya casi habíamos llegado. Phalue y sus soldados habían hecho todo lo posible para ganar tiempo, pero el resto debía hacerlo yo. Si consiguiera modificar a la serpiente marina y ponerla de nuestra parte, se acabaría la batalla. Habríamos ganado nosotros. Si no lograba modificarla, ni nadie conseguía matarla, estábamos condenados. Una vez rotas las puertas del palacio, no había ningún sitio al que replegarse.

De repente apareció Ragan interponiéndose en mi camino, con la espada en alto.

—Hazte a un lado —le ordené.

—¿Es una orden de la emperatriz? —replicó—. ¿Debo echarme a temblar de miedo pensando en lo que me haréis si desobedezco? —Aferró la empuñadura de la

espada con más fuerza y avanzó un paso hacia Thrana y hacia mí.

No iba a dejarme pasar sin pelear. Miré a un lado y al otro; ya estábamos muy cerca de las puertas, y allí se concentraba el grueso de la batalla. Podría ordenar a Thrana que lo rodease, pero para ello tendríamos que volver sobre nuestros pasos y pasar por encima del borde de la meseta para internarnos en la vegetación que la circundaba. Seríamos lo bastante lentas como para que Ragan nos atacara desde atrás. Y tendríamos que vérnoslas con sus poderes alanga.

Ragan reunió el agua de lluvia y formó una ola detrás de él.

Yo ya no tenía bayas de enebro que pudieran conferirme fuerza. Lo único que tenía a mi disposición eran la herramienta de grabar y una espada a la espalda que no sabía usar. Y a Thrana. Sabía que él tenía la intención de desvelar quién era yo, en ese momento, delante de todos los soldados. Sentí la vibración en los huesos, pero contuve la fuerza. Abrí la boca sin saber muy bien lo que iba a decir.

El semblante de Ragan se endureció. La pared de agua vino rauda hacia nosotras. Thrana casi no tuvo tiempo de apoyar bien las patas en el suelo antes de que nos embistiera. Noté que resbalaba de su lomo y que mis dedos se soltaban de su pelaje. Ragan intentaba hacernos rodar colina abajo.

¿Qué podía utilizar contra él?

La ola pasó y ambas nos pusimos de pie, temblando, aún bajo el fuerte aguacero. Ragan lanzó una carcajada.

—¿Para esto pretendes utilizar tus poderes? —le dije.

—Mejor hacer esto que fingir que no los tengo.

Levantó un pie y lo descargó con fuerza contra el suelo. La tierra se agitó violentamente.

Y acto seguido vino hacia nosotras y nos lanzó un golpe con su espada. Thrana se apartó, pero no con la suficiente rapidez. La hoja me hirió a mí en el muslo y a ella en el costado. Dejó escapar un gruñido, pero no dio ninguna otra señal de dolor. Las dos nos curaríamos deprisa, pero tal vez no tan deprisa. Ragan, sin darle tiempo a Thrana para que respondiera, estaba ya atacando de nuevo.

No íbamos a poder rechazarlo indefinidamente. Y yo necesitaba hacer algo más que estar defendiéndome de Ragan. En aquel preciso instante, la serpiente marina estaba irrumpiendo en el patio del palacio y metiéndose por los rincones para devorar a los ciudadanos de Urame y a los arqueros que estaban en lo alto de las murallas. Su cuerpo culebreaba a lo largo de los muros. Íbamos a perder esa batalla. Yo iba a perder el Imperio.

Se me encogió el corazón. De una manera o de otra iba a perderlo. Si desvelaba que era una alanga, esas personas me rechazarían. Si no hacía nada, esas personas perderían la vida. Pero me había esforzado mucho para alcanzar mi posición para tener la capacidad de cambiar las cosas. De nuevo me acordé de la grulla de papel manchada de sangre que descansaba en una esquina de mi escritorio. Me acordé de la sonrisa de una niña y de las manos fuertes y amables de un herrero. Me acordé del juramento que le había exigido a Jovis: servir a los ciudadanos. Cada persona que estaba muriendo tenía una familia, unos seres queridos que se preocupaban por ella.

Allí lo importante no era yo ni las cosas que me hubiera esforzado por conseguir.

Dejé de contener la fuerza. Se extendió por mi cuerpo, una vibración que me sacudió los huesos e infundió nuevas energías en mis músculos. Reuní el agua que me rodeaba y le di la forma de unas cuerdas con las que azoté a Ragan apuntando a la sensible piel del rostro. A continuación, reuní otro poco más y formé una pared de separación entre él y yo.

Aquel condenado monje lanzó otra carcajada y esquivó todos mis ataques. Entonces lancé el muro de agua contra él, pero él, con un gesto de la mano, lo desvió hacia un lado. El agua se estrelló sobre constructos y soldados, que quedaron aturdidos. Pero en ese corto instante sentí que su voluntad chocaba contra la mía. No supe cómo, pero me di cuenta de que mi voluntad era tan fuerte como la suya.

Podía luchar contra él. Podía hacerlo.

Me bajé del lomo de Thrana y volví a guardarme la herramienta de grabar en el bolsillo del fajín. La fuerza me inundaba todo el cuerpo esperando a ser usada. Necesitaba apartar a Ragan de mi camino, rápidamente. Reuní la lluvia que me rodeaba y formé otras dos olas al tiempo que él avanzaba hacia mí con la espada en alto.

Thrana se interpuso entre el monje y yo con gesto amenazante. Sentí cómo le vibraba todo el cuerpo de furia, en respuesta a lo que sucedía en el mío. Cuando Ragan intentó atacar, ella le lanzó un bocado, le arañó la capa con las zarpas y le propinó un empellón con el hombro. Yo, a mi vez, lancé las dos olas sobre su cabeza intentando cegarle la nariz y la boca y provoqué un terremoto a sus pies.

Mis esfuerzos tan solo sirvieron para hacerlo perder ligeramente el equilibrio. Mi voluntad era tan fuerte como la suya, pero mis habilidades no. Yo había pasado años estudiando la magia de las esquirlas, y no sabía gran cosa de los alanga ni de sus poderes mágicos. No había tenido mucho tiempo para practicar. Di otro pisotón en el suelo y procuré orientar el temblor de tierra hacia Ragan. El suelo se sacudió, pero débilmente. Ragan esbozó una sonrisilla de satisfacción y provocó un terremoto a su vez.

Tuve que agarrarme al pelaje de Thrana para mantenerme en pie. Cuando retiré la mano, vi que estaba manchada de sangre. ¿Cuántas heridas había sufrido Thrana por mí?

—Thrana, ponte detrás de mí, ya has hecho bastante.

Pero no se movió. Tuve que ser yo la que se pudiera delante de ella.

—Saben lo que sois —me dijo Ragan—. ¿Seguís queriendo quedaros aquí a protegerlos? ¿Por qué lucháis contra mí en lugar de venir conmigo? Dejad que luchen los constructos y los mortales. Se volverán en vuestra contra en cuanto termine la batalla.

—Quieres que te siga —le repliqué—. Quieres que lidere a los alanga. ¿A qué precio? ¿Al precio de dejar morir a toda esta gente?

—Mejor ellos que nosotros. ¿Por qué arriesgarnos en este conflicto? —repuso Ragan con gesto ceñudo. Era el típico alanga del que mi padre siempre había tenido miedo, un alanga al que no le importaba en absoluto la gente que aplastase con cada paso que daba.

Su semblante, su postura, sus movimientos; todo ello era reflejo de una furia profunda, pertinaz. Los monjes lo habían retenido. Yo sabía lo que era eso. Tal vez

me hubiera vuelto en su misma dirección, en la dirección de Nisong, solo con que mis circunstancias hubieran sido un poco diferentes.

—Ya sé que los monjes no te trataron como merecías. Yo también me he visto en esa situación. Mi padre nunca me consideró digna, no hasta su muerte. —Mi intención era hablar en tono tranquilizador, pero tenía que gritar—. No es necesario que hagas esto. Si me ayudas a repeler a los constructos, tal como me prometiste, aún tendrás un sitio en este Imperio. Tú eres digno, Ragan. No necesitas que eso te lo digan los monjes, ni que te lo diga yo.

La tensión de sus hombros se relajó.

—¿De verdad? ¿Podríamos ponernos en contacto con los demás alanga, los dos juntos?

—Por supuesto —contesté—. Tú sabes más que yo de ellos. Tú tienes más habilidades que yo. Necesito tu ayuda. La necesitamos todos.

Bajó los hombros y dejó escapar un profundo jadeo. Por un momento pensé que estaba llorando. Y luego levantó la cabeza. Aquel monje estaba… riéndose.

—¿Crees que me apetece vivir entre los esclavos propiedad del Imperio como si fuera uno de ellos? ¿Eres tan arrogante como para pensar que puedes engatusar a cualquiera para que se ponga de tu parte? Hablas igual que hablaban los monjes cuando comenzaron a enseñarme: “Oh, Ragan, posees un gran potencial”. Sin embargo —levantó un dedo—, los elogios son baratos y vacuos. Pueden convertirse rápidamente en resentimiento y desprecio. Yo quiero algo más que palabras. Yo quiero obediencia. —Lozhi se escondió detrás de sus piernas.

Ragan rebuscó en la bolsa que llevaba al cinto, sacó una baya de enebro y la aplastó entre los dientes. A continuación, levantó la mano que le quedaba libre y la lluvia dejó de caer, giró alrededor de él y se aglutinó formando cortinas de agua más grandes. Ragan las expandió y formó una barrera entre las puertas del palacio y yo.

—Si te niegas a dejar atrás a esos mortales, si insistes en protegerlos, siempre estaremos enfrentados. Siempre seremos enemigos.

Capítulo 51

Jovis

Isla de Gaelung

Algo grande y peludo se estampó contra mí antes de que la serpiente marina pudiera cerrar las fauces alrededor de mi cabeza. Caí rodando cuesta abajo por la ladera, y de camino fui astillando matorrales. Si lograba sobrevivir a aquello, no pensaba volver a subir una colina en toda mi vida. En mi caída, mientras el mundo que me rodeaba giraba y se sacudía, mantuve bien agarrado el mango de mi bastón. Cuando por fin me detuve, no conseguí ponerme de pie. El cielo daba vueltas y la lluvia se me metía en los ojos. Y de pronto apareció una sombra oscura que se interpuso y no me dejó ver las nubes. Un hocico mojado me tocó la nariz y unos bigotes me hicieron cosquillas en la cara.

—Jovis, ¿estás herido?

Mefi me olfateó primero la cara y después el torso y las manos. Uno de sus cuernos palpó el costado de mi casaca. ¿Cómo podía distinguir siquiera si era yo? Estaba tumbado en el suelo, con la sensación de ser un muñeco hecho de barro, ramitas y gravilla suelta.

Un baño caliente. Sería capaz de asesinar a todo individuo que hubiera en aquel camino a cambio de una sola oportunidad de darme un baño y tomar una comida caliente.

Lo cual significaba que aún deseaba vivir.

Lo cual significaba que probablemente debería ponerme de pie.

Dejé escapar un gruñido y me incorporé haciendo un esfuerzo. Siempre me dolía más todo cuando me ponía de pie. Sentía las rodillas magulladas y los hombros doloridos. Por lo menos mi cabeza de momento no estaba siendo masticada por las fauces de una serpiente marina gigante. Mefi había soltado al ossalen de Ragan para salvarme la vida. Ragan se encontraba otra vez a sus anchas,

causando a saber qué estragos en el campo de batalla.

Tanteé a mi alrededor en la oscuridad.

—Mierda, ¿dónde está el camino? La subida hasta la meseta es demasiado empinada.

Mefi, con delicadeza, tomó una de mis manos entre sus dientes.

—Por aquí —me dijo al tiempo que tiraba de mí.

Fui una subida lenta. Yo estaba agotado tras la pelea con Ragan y la caída. Pero Lin estaba allá arriba sola, haciendo todo lo que estaba en su mano para rechazar un ejército. Bien podía yo abrirme paso por entre unos cuantos matorrales.

De modo que continué ascendiendo, y si me quedaba sin fuerzas o me resbalaba en la hierba, me apoyaba en Mefi. Él no se quejó, sino que se limitó a seguir tirando de mí hacia delante, un mudo apoyo. Poco a poco se fue oyendo el fragor de la lucha. Nos fuimos tropezando con varios cadáveres: constructos, engendros y soldados.

Cuando por fin llegamos al camino, me temblaban las piernas. Sabía que si pudiera tomarme unos momentos para recobrar el aliento conseguiría recuperarme, pero al otro lado de los árboles vi la cabeza erguida de la serpiente marina. Estaba dentro de las puertas del palacio. La madera había quedado hecha pedazos y nuestro ejército huía en desbandada. En el aire flotaban los chillidos de los ciudadanos que se habían refugiado tras los muros del palacio. No alcancé a ver gran cosa cuando volví la vista camino arriba, hacia donde estaban luchando, pero lo que vi no me resultó nada prometedor. Nuestros soldados estaban desorganizados, luchaban en grupos sueltos que iban dispersándose cada vez más. No supe distinguir cuántos constructos de guerra había modificado Lin para que se pusieran de nuestra parte y cuántos continuaban luchando en el lado del ejército. Calmé mi respiración y descubrí que la vibración en los huesos seguía presente, esperando a que yo hiciera uso de ella.

Cuando decidí regresar al palacio, creía que tal vez hallara mi fin por decreto de Lin. No pensé en la posibilidad de morir en batalla. Mi madre siempre decía que yo era corto de vista. Y en cambio allí estaba ahora, y no podía dejar morir a aquella gente, significara lo que significara eso para mí.

Y tampoco podía dejar que muriera Lin. Miré por encima de los recodos del camino y de la vegetación intentando localizarla, pero fue un esfuerzo inútil. Igual de inútil que aquella condenada batalla. Nisong y sus constructos nos aplastarían. Lin había hecho todo cuanto estaba en su mano para poner a las islas de nuestra parte, para convencerlas de que contribuyeran enviando guardias, y solo había obtenido un éxito parcial. Yo había abrigado la esperanza de que aquello fuese suficiente, pero las esperanzas no servían para producir más soldados. Podía pasarme el día entero mintiéndome a mí mismo, pero en el fondo siempre sabría cuál era la verdad.

—¿Amigos hasta el fin? —le dije a Mefi.

—Siempre —respondió él sin dudar.

Me puse a limpiar el barro del mango de mi bastón hasta que noté las ranuras metálicas. Veía frente a mí los márgenes del campo de batalla, los constructos gruñendo, los soldados desesperados. Por lo menos lucharía con todas mis fuerzas para que el ejército de Nisong pagase.

De repente oí a mi espalda un retumbar de pisadas.

Me giré, y se me secó la garganta. Un ejército estaba subiendo por la ladera. Un ejército *diferente*. ¿Lo tendría Nisong en reserva?

Una lámpara se balanceó e iluminó el rostro del hombre que iba en cabeza. Logré distinguir una barba gris, unas cejas juntas y un único ojo.

—¡Gio! —dije con una exclamación ahogada, aunque sabía que no podría oírme desde lejos y por encima del fragor de la batalla—. ¿Gio?

Por todas las islas conocidas, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Había acudido a aplastar a Lin en sus horas bajas? ¿Por qué tomarse esa molestia? Los constructos ya lo estaban haciendo por él. ¿Querría asegurarse?

Me planté en el camino y busqué la vibración en mis huesos. Mi bastón preparado y en posición, Mefi a mi lado.

Gio no frenó, ni tampoco los hombres y las mujeres que lo seguían. Me miró con gesto ceñudo cuando estuvo lo bastante cerca como para reconocerme.

—¡Jovis! —ladró—. Quítate del medio. —Lo dijo en el mismo tono que empleaba mi madre cuando yo la estorbaba en la cocina.

De manera instintiva, comencé a apartarme hacia un lado, pero me detuve. Gio había hecho un alto, y con él su ejército de los pocos sin esquirlas.

—La emperatriz está intentando ayudar a los habitantes de esta isla —le dije—. El enemigo es el ejército de constructos, no la emperatriz.

Gio soltó una risa burlona.

—Así que el espía ha dejado de ser espía y se ha convertido en un chaquetero. Ya debería habérmelo imaginado. ¿Qué ha hecho? ¿Te ha ofrecido dinero? ¿Un palacio?

Me encrespé. Se las había arreglado para insultarnos a Lin y a mí de una sola tacada.

—¿Piensas que mi lealtad se compra tan barata? —Jamás imaginé que oiría palabras como esas saliendo de mi boca. Antes, se me podía comprar sin problema alguno.

Gio me contempló a través de la oscuridad y de la lluvia.

—Veamos. De modo que es eso. La emperatriz y tú. —Por lo menos, no se rio. Lanzó un suspiro y miró más allá de mí—. Pero eso no es por lo que he venido hasta aquí. He venido a ayudar. Así que muévete, a no ser que quieras que muera tu emperatriz y con ella todos los que están aquí.

¿Había venido a ayudar? Eso no tenía ningún sentido. Yo conocía a Gio, y no era el hombre noble y hacedor del bien que le gustaba aparentar.

—¿Por qué has venido? ¿Por qué arriesgar el cuello por el Imperio habiendo tan escasas posibilidades de éxito?

—Jovis —me dijo Mefi en tono de urgencia—, puede que este no sea el mejor momento para formular esas preguntas. La serpiente marina ha rebasado las puertas del palacio.

—Pero ¿y si está mintiendo? ¿Y si ha venido a matarnos a todos?

Los hombres y las mujeres que venían detrás de Gio se movieron inquietos, con el semblante serio y cara de indignación. Genial. Así que ahora había ofendido a su banda de partidarios. Ellos jamás pensarían nada malo de Gio.

—No tengo tiempo para esto —dijo Gio, y levantó una mano.

Yo agarré mi bastón, pero en el último momento me di cuenta de que Gio no tenía en la mano uno de sus cuchillos. Su palma estaba vacía.

Una ráfaga de viento y agua chocó contra mi costado. Contra aquello mi bastón resultaba inútil. Oí gritar a Mefi al tiempo que ambos éramos empujados cuesta abajo. Por el mar Infinito, ¿qué acababa de suceder? Ese pensamiento se me ocurrió casi al mismo tiempo que me vino un recuerdo a la memoria.

Cuando Gio y yo nos colamos juntos en el palacio de Nephilanu, algo empujó a uno de los guardias y lo hizo caer colina abajo. Entonces comprendí que había sido el viento, una ráfaga dirigida especialmente hacia él. En su momento, Gio me echó la culpa a mí.

Pero no había sido yo. Había sido él.

Gio era un alanga.

De repente, me golpeé la cabeza contra algo duro y el mundo entero se volvió negro.

Capítulo 52

Lin

Isla de Gaelung

El agua empapaba todas las prendas de ropa que llevaba, ásperas y pesadas en contacto con mi piel. Cada vez que creía que podía recobrar el aliento, Ragan me lanzaba otra ola y me obligaba una vez más a agarrarme a algo. Thrana hacía todo lo que podía, pero él la mantenía a raya con su espada. Estábamos solo sobreviviendo, y Ragan daba la impresión de manejar la espada y sus poderes mágicos al mismo tiempo sin que le costara esfuerzo. Deseé haber llevado conmigo más bayas y corteza de enebro. A nuestro alrededor continuaba la lucha. Un constructo de guerra se separó del resto y se lanzó a mi cuello, pero la siguiente ola de Ragan lo arrojó a un lado. Yo a duras penas conseguí hacer uso de mis poderes para desviar una parte de dicha ola, pero el resto me alcanzó de lleno en las rodillas y amenazó con tirarme al suelo.

Me encontraba más lejos de las puertas del palacio que al principio. A cada paso que daba, Ragan me empujaba de nuevo hacia el camino.

Algo pareció cambiar a nuestro alrededor. Al principio pensé que simplemente estaba amaneciendo y que empezaban a disiparse las sombras de la noche. La oscuridad que nos rodeaba iba aclarándose poco a poco, los constructos y las personas se volvían más discernibles, la sangre que les surcaba el rostro se hacía más visible. Pero, aunque el cielo iba clareando, había algo más que estaba cambiando. Lo percibí en el aire, en el estado de ánimo de las personas que tenía más cerca.

Alguien estaba viniendo hacia nosotros. No era uno, sino muchos.

Ragan volvió la cabeza solo un instante, y Thrana pasó por su lado y se lanzó hacia su ossalen. Yo levanté el agua que me rodeaba con la intención de metérsela por la garganta, pero cometí el error de fijarme en el retumbar de las pisadas

procedentes del primer grupo que llegó a la meseta.

Reconocí al hombre que iba en cabeza. Era el mismo que había visto en Nephilanu junto al montón de basura, y esta vez ubiqué su rostro. La barba gris, un solo ojo bueno, el perpetuo ceño fruncido. Lo había visto en los carteles que habían colgado los constructos de burocracia.

Era Gio, el líder de los pocos sin esquirlas. Y, por lo visto, acompañado de todos los pocos sin esquirlas que había logrado reunir. Había oído decir que estaba reuniendo un ejército en Khalute, pero no esperaba que lo hubiera hecho aquí y ahora.

Así era mi suerte.

Tanto los constructos como los humanos se giraron hacia aquella nueva amenaza sin saber muy bien en qué lado se encontraban ellos. Un constructo de guerra rompió la tensión echando a correr para atacar a Gio. Este se limitó a levantar una mano y la criatura cayó al suelo.

Yo, aunque tenía todo el cuerpo empapado, sentí que se me secaba la boca. Nunca había dado crédito a los rumores de que Gio había tomado Khalute sin la ayuda de nadie. Pero ¿qué poder era ese? Sentí una brisa en la cara y me vinieron a la memoria las leyendas de los alanga. Se centraban fundamentalmente en su capacidad para controlar el agua, si bien había unas pocas que mencionaban que podían dominar los vientos.

Pero nunca había oído decir que Gio tuviera un ossalen.

Ragan me había dado la espalda para hacer frente a aquella nueva amenaza.

—Tienes dos opciones —gritó—. Jurarme lealtad a mí o ser destruido.

Gio apretó los labios.

—*Muchacho* —le respondió, y yo jamás había oído pronunciar esa palabra con tanto desprecio—, no tengo tiempo para ti.

Ragan, con gesto de concentración, levantó una pared de agua entre Gio y él.

—Tienes una oportunidad más.

Gio se limitó a enarcar una ceja.

Movió un dedo y la pared de agua se deshizo en gotitas.

Yo nunca había visto a nadie tan perdido. Ragan intentó tomar las gotitas como si pudiera juntarlas físicamente con las manos.

—¿Cómo…?

—Apártate —ladró Gio.

Ragan enseñó los dientes y levantó un pie.

Gio hizo un gesto con la mano.

Esta vez, la luz grisácea del amanecer me permitió apreciar cómo se distorsionaba la lluvia cuando la ráfaga de viento nos azotó a Ragan y a mí. No me dio tiempo a agacharme y no supe cómo frenar un ataque así. Ragan alzó las manos y a continuación los dos nos vimos arrojados contra los matorrales que bordeaban la meseta y acabamos rodando por entre cadáveres y hierba mojada. Yo conseguí incorporarme antes que él. Él había perdido la espada en algún momento de la caída.

—¡Thrana! —grité.

Thrana emergió de un matorral, ilesa. Me abracé a su cuello para conservar el equilibrio.

Ragan dedicó unos momentos a buscar a su ossalen y yo, con el pecho oprimido por la desesperación, aproveché para salir corriendo. La serpiente marina seguía estando allá arriba, arrasando el palacio y matando a ciudadanos que no sabían luchar.

De pronto el suelo tembló bajo mis pies y Ragan se tambaleó.

—¡Lozhi! —llamó.

Su ossalen salió de debajo del cadáver de un constructo lentamente y con la cabeza gacha. Antes de que yo pudiera hacer nada respecto de mi momentánea ventaja, Ragan apretó los dientes y me arrojó otra pared de agua. Me alcanzó a medio subir y tuve que hacer un esfuerzo para no resbalar cuesta abajo. A nuestra izquierda, la hierba y los matorrales desaparecían por el borde de un precipicio. Me arriesgué a lanzar una mirada rápida y descubrí una caída que me encogió el estómago. Intenté reunir el agua de lluvia que había a mi alrededor, pero vi que la vibración había disminuido, me dolían los brazos y me retumbaba la cabeza. Tan solo la presencia de Thrana impidió que me derrumbase. ¿Cómo hacía ella para seguir teniendo energía?

—Toma la fuerza de mí —me murmuró al oído.

Ragan, sabedor de que yo estaba casi agotada, sonrió de oreja a oreja.

—¿Y qué tienes pensado hacer cuando haya acabado esto? —le dije. No pude evitar un tono de resentimiento—. Todavía quedan el ejército de constructos y los pocos sin esquirlas.

Él se limitó a sacarse un cuchillo del cinto.

—De eso ya me preocuparé yo. ¿Tú? Tú habrás muerto.

Lo único que me quedaba era mi ingenio y mi herramienta de grabar. Thrana acababa de decirme que tomase la fuerza de ella. Me quedé sin aliento. También llevaba guardados en el bolsillo de mi fajín unos pocos trozos del cuerno de Thrana. En mi mente empezó a nacer una sospecha que se transformó en un pensamiento. No podía estar refiriéndose a…

—Sí —confirmó Thrana como si supiera lo que yo estaba pensando—. Hazlo.

Ragan avanzó, cuchillo en mano, con la mirada fija en los dientes que le enseñaba Thrana y la mano levantada para formar otra ola.

Extraje una esquirla del bolsillo de mi fajín y la grabé. El hueso cedió con facilidad bajo mi herramienta, como si aquello fuera para lo que había sido hecho. Nos movimos como un solo ser. Thrana se lanzó contra Ragan; este, distraído, giró el cuchillo hacia ella; y yo, pequeña y rápida, me colé por debajo de su guardia y le introduje la esquirla en el costado, debajo de las costillas.

No fue igual que apuñalarlo, ni mucho menos. Tuve la extraña sensación de que su piel cedía, y un momento después cayó hacia atrás con la boca abierta. La ola que había generado se estrelló contra el suelo sin causar daños. Se llevó una mano al costado buscando el hueso e intentando sacarlo, pero ya no estaba, había desaparecido en el interior de su cuerpo.

—¿Qué es lo que has hecho?

Abrí la boca e intenté articular alguna respuesta en tono engreído, pero no me salió ninguna. Yo misma no sabía con certeza lo que había hecho. Thrana, a mi lado, respiraba jadeando y tenía el pelaje manchado de sangre. Sin embargo, su postura era firme y los músculos de sus hombros se veían tensos.

Ragan frunció el ceño y me atacó con el cuchillo. Yo lo esquivé dando un brinco hacia atrás.

Pero a mitad del golpe se le cayó el cuchillo de la mano.

Sentí que me corría por las venas una sensación que estaba a caballo entre el triunfo y el terror. ¿Qué era lo que había hecho? El monje levantó una mano, se formó una ola ladera arriba… y no se movió. Lanzó un grito de frustración y de nuevo se llevó la mano al costado.

—¡Dime qué es lo que me has hecho!

Por fin supe qué decir:

—Únicamente lo que te mereces, Y no te mereces la muerte, al menos por mi mano. —Aferré un puñado del pelo de Thrana y me subí a su lomo—. Vamos a reescribir las órdenes de un constructo serpiente marina —le ordené—. Y a derrotar un ejército.

Noté cómo se tensaban sus músculos para lanzarse de nuevo a la carrera ladera arriba. Dejamos atrás a Ragan, con el trozo de cuerno de Thrana incrustado en el cuerpo y grabado con una única orden: *Vu minyet kras*.

No puedes matar.

Capítulo 53

Jovis

Isla de Gaelung

Hice un esfuerzo supremo para recuperar la consciencia con los oídos taponados por el lodo y un sabor a sangre en la boca. El cielo estaba adquiriendo un color gris turbio. Los recuerdos fueron regresando poco a poco. Primero me acordé de que Lin me había echado; luego recordé haber descubierto que Ragan era un traidor; y por último la batalla y mi involuntaria excursión por la ladera de la colina. Me quité parte del lodo de los oídos y me palpé la nuca; estaba mojada y caliente, y me dolía como si el cráneo se me fuera a partir en dos. Había aterrizado dándome de cabeza contra un tronco medio podrido y lleno de agua de lluvia. Tuve suerte de no haberme dado contra una piedra. Por lo visto, había pasado inconsciente el tiempo suficiente para que cesara la hemorragia y la herida hubiera comenzado a cerrarse.

Pero había algo que no cuadraba.

—He tenido mejores maneras de empezar la jornada —gemí—. ¿Y tú?

No obtuve respuesta.

—¿Mefi? —Elevé la voz por si acaso no me había oído. Los dos habíamos caído rodando por la ladera, y él, que estaba más cerca del suelo que yo, tendía a salir mejor parado de las caídas.

Me incorporé lentamente, todo me daba vueltas. ¿Mi rapidez para curar mis heridas funcionaría también con los dolores de cabeza? Intenté acordarme la última vez que había tenido uno.

Todos mis pensamientos quedaron frenados en seco cuando caí en la cuenta de que no veía a Mefi por ninguna parte. Sentí una punzada de pánico y pensé que el corazón se me iba a salir por la boca. Estaba de pie, y giraba sobre mí mismo sin percatarme de que estaba moviéndome. Recorrí con la vista los matorrales, la

hierba, las piedras, los cadáveres de los constructos y los soldados caídos.

¿Qué podía impedir que Mefi permaneciera a mi lado?

Nada, *nada en absoluto*.

Me lo encontraba junto a mí cada mañana al despertarme, toqueteándome la oreja con su hocico húmedo y haciéndome cosquillas en la cara con sus bigotes. Le gustaba apoyar las patas en mi pecho cuando pensaba que yo ya llevaba demasiado tiempo durmiendo, y su peso hacía que me fuera difícil respirar. Miraba atentamente todo lo que yo comía, suplicaba demasiado a la tripulación del barco para que le dieran sobras y, por lo visto, pensaba que todo aquello que no estuviera clavado al suelo podría apropiárselo sin más.

Era mi amigo.

—¡Mefi!

Lo llamé por su nombre, grité, rebusqué entre los arbustos…, una parte de mí sabiendo que había desaparecido y otra parte esperando que de improviso asomara la cabeza soltando un bufido con su expresión divertida de siempre y me dijera: "¿Qué, ya te estabas poniendo nervioso? Llevo todo el tiempo aquí".

Salí al camino, cerca del palacio, justo a tiempo para ver a Gio enfrentándose a la serpiente marina. Tuve la sensación de haber entrado en un extraño mundo de pesadilla. Gio levantó las manos y delante de él se formó un ciclón de viento y agua. Acto seguido lo lanzó contra la bestia, la cual dejó escapar un potente bramido al verse envuelta en aquella tormenta en miniatura. Echó la cabeza hacia atrás, y la persona que iba montada en su pescuezo salió volando por los aires y pasó por encima de las murallas del palacio. Yo me abrí paso entre cadáveres, entre hombres y mujeres que se habían vuelto hacia la lucha boquiabiertos. Gio levantó del suelo las astillas rotas de las puertas y utilizó un viento huracanado para lanzarlas contra el vientre de la serpiente marina. Esta soltó un chillido e intentó atrapar la cabeza de Gio con sus fauces. Pero Gio era demasiado rápido para ella y se movía con la fuerza y la elegancia de un hombre mucho más joven. Un hombre que tenía poderes mágicos en los huesos.

Yo contemplé la pelea solo atendiendo a medias. Más que ninguna otra cosa, deseaba volver a despertarme en la ladera de la colina y encontrarme con Mefi a mi lado.

Pero Emahla me había enseñado que necesitaba seguir adelante. Mientras la serpiente marina y Gio reducían a ruinas el patio del palacio, fui reconstruyendo mentalmente los pasos que había dado. No había visto el cadáver de Mefi. Habíamos caído los dos juntos, casi codo con codo. No lo había visto ni ladera arriba ni ladera abajo.

Solo había dos posibilidades: se había ido o se lo habían llevado.

En ese momento comprendí que se lo habían llevado, y supe quién había sido.

El Ioph Carn.

Capítulo 54

Lin

Isla de Gaelung

Regresé al palacio a tiempo para ver a Gio enzarzado en plena lucha, peleando con una fuerza superior a todo cuanto yo podía imaginar. Yo no era capaz de atizar los vientos con aquella violencia ni de dominar las aguas con tanta precisión. La batalla se había detenido, los pocos sin esquirlas habían hecho que se volvieran las tornas. Los hombres y las mujeres que quedaban en pie se habían girado para mirar a Gio y la serpiente marina con unos ojos como platos. ¿Cuánto tiempo hacía que no se veía a un alanga desplegando todo su potencial? Las leyendas proporcionaban una idea, pero las leyendas eran algo muy lejano.

Yo era la emperatriz, y también era alanga. Si todavía no lo sabían todos…, en fin, no tardarían en saberlo. Tanto tiempo y esfuerzo que había invertido yo para ser emperatriz, y ahora había hecho que mi posición fuera precaria, insostenible. Había dado a los gobernadores todavía más motivos para pedir mi abdicación. No se contentarían con que me retirase discretamente a alguna isla lejana; exigirían que fuera ejecutada. Había salvado a los habitantes de Gaelung, pero ¿a qué precio? Le había fallado al Imperio.

Si me retirase, si me llevase a Thrana y huyera, podría empezar una nueva vida en alguna parte del Imperio. Era inteligente y poseía recursos; podría disfrazarme de alguna forma. Podría construirme una casa a las afueras de alguna localidad, donde Thrana pudiera pasar inadvertida. Estaríamos ella y yo, tomando el sol en alguna playa, sin nadie de quien preocuparnos salvo nosotras mismas.

Una vida encantadora.

Una vida solitaria.

Le había dicho a Numeen que yo sería una emperatriz mejor. Se lo había prometido.

La serpiente intento atrapar con sus fauces a Gio, pero sus dientes largos y afilados no lograron alcanzarlo porque la esquivó. El jinete que antes iba sentado en su pescuezo ya no estaba, y sus embestidas eran erráticas.

Gio podía encargarse solito de la serpiente marina, no me necesitaba a mí. Sin embargo, yo podía estar equivocada, y en ese caso, ¿quién sufriría las consecuencias? Todos aquellos a los que había prometido salvar. A lo mejor no era necesario que fuera mejor emperatriz, a lo mejor bastaba con que fuera mejor persona.

Cuadré la mandíbula.

—Necesitamos estar más cerca —le dije a Thrana.

Ella ya había empezado a moverse antes de que yo terminara la frase. Pasamos junto a hombres y mujeres que contemplaban extasiados la pelea. Unos cuantos se giraron para mirarme a mí, que avanzaba subida al lomo de mi ossalen, y se quedaron boquiabiertos al reconocerme, pero, aparte de Thrana, no había forma de distinguirme de las masas empapadas y cubiertas de barro.

La puerta que había bajo el arco estaba convertida en escombros. ¿Dónde estaría Urame? ¿Y Phalue?

No tenía tiempo para buscar a mis aliadas. Frente a mí estaba la serpiente marina, su enorme tamaño hacía que Gio pareciese minúsculo.

—¡Distráela! —le grité.

Él me dedicó una mirada ceñuda, pero solo durante breves instantes. La serpiente tomó impulso y se preparó para atacar de nuevo. Gio reunió el agua que había a su alrededor y formó un ciclón lleno de piedras y astillas que se elevó entre la serpiente y él. Lanzó ese ciclón contra la serpiente, y yo aproveché para cargar contra ella.

La bestia soltó un chillido cuando chocaron contra ella las piedras y las maderas rotas y se le quedaron incrustadas en la carne, entre las escamas. Antes de que pudiera recuperarse, Thrana la embistió: mi pierna quedó atrapada entre su pelaje y las escamas resbaladizas de la serpiente. Me centré y alargué una mano.

Agarré solamente la gigantesca columna vertebral de la bestia, que se quedó paralizada cuando mi mano se introdujo en su cuerpo. Pero, sin manipulación de las esquirlas, esa inmovilidad duraría muy poco.

Por supuesto, Nisong no disponía de muchas esquirlas ya de entrada, así que seguramente procuró usar las menos posibles. Se encontrarían encajadas cerca de la base del cráneo de la serpiente. Contemplé la terrorífica cabeza que había al final de aquel cuello. Bien. Ya había trepado en otras ocasiones por superficies más resbaladizas. Había lanzas y flechas incrustadas entre las escamas, me servirían como puntos de apoyo. Tan solo se trataba de una pared diferente. Una pared que se movía. Y que tenía dientes.

Había progresado mucho.

Thrana dejó escapar un gemido cuando yo me agarré con las manos al primer punto de apoyo y me icé. Solo llevaba un punto de apoyo cuando la serpiente comenzó a moverse otra vez. Miré hacia abajo y vi a Thrana caminando en círculos y a Gio con las dagas desenvainadas. Parecían ridículamente pequeños en comparación con la serpiente marina. Aquella era la acción más loca que yo había llevado a cabo en mi vida, pero también me parecía la más acertada.

Con todo el cuerpo dolorido, trepé lo más rápido que pude.

Pero no fue lo bastante rápido. Sentí que la serpiente tensaba los músculos. Apreté los dientes y procuré ir metiendo los pies en las heridas que habían abierto las piedras. Me así a un trozo de madera que había más arriba. Los músculos de la serpiente se relajaron. Sentí el estómago en la garganta cuando el monstruo lanzó una dentellada en dirección a Gio y me arrastró consigo. Se me resbalaron los dos pies y acabé suspendida de aquel trozo de madera. Antes de que yo pudiera decidir si me convenía soltarme aprovechando que tenía el suelo cerca, la serpiente volvió a elevar la cabeza hacia lo alto.

Por el mar Infinito, esperé que aquel pedazo de madera estuviera clavado bien hondo.

El trozo de madera permaneció en su sitio, y yo también. Casi deseé que aún fuera de noche para no tener que ver con exactitud desde qué altura me precipitaría.

Solo un poquito más. Ya veía el punto en el que se había sentado el constructo, entre dos lomos provistos de membranas. Obligué a mis doloridos músculos a que se movieran y busqué puntos de apoyo. La serpiente se tensó de nuevo. Respiré hondo, procurando no pensar que esta vez no tenía ningún trozo de madera al que agarrarme, e introduje la mano en el cuello de la criatura.

Esta vez, encontré esquirlas.

Extraje una y, sin siquiera mirarla, volví a meterla dentro, pero en un lugar que no le correspondía.

La serpiente se quedó paralizada, y aproveché para deslizarme cuello abajo. Thrana estaba allí para atraparme al vuelo y me sostuvo con el hombro.

—Va a derrumbarse.

Juntas, nos apartamos de la serpiente marina cojeando. Oí el ruido que hicieron las escamas al raspar contra el suelo cuando la criatura volvió a moverse. Surgieron exclamaciones entre los soldados de alrededor, y sentí que me invadía el pánico. Había recolocado las esquirlas; ¿eso no había interrumpido la secuencia lógica de las órdenes? Me volví rápidamente y vi que la serpiente estaba tomando impulso para atacar.

—¡Thrana!

Mi ossalen tiro de mí hacia un lado lo más rápidamente que pudo. No íbamos a lograr escapar. Sentí una ráfaga de aire en el momento en que la serpiente atacó.

Había hecho lo que había podido. En ese sentido, estaba en paz.

Las fauces de la serpiente marina se cerraron justo por encima de mí y su cabeza se estrelló contra el suelo a mi derecha, levantando nubes de polvo y gravilla. Todo el suelo tembló cuando se desplomó el resto del cuerpo. Por fin, la cabeza quedó inmóvil. Comenzaron a desprenderse escamas de los lados a medida que la carne iba derritiéndose de los huesos. Me pasé una mano por la ropa desgarrada y manchada de barro y me sorprendió descubrir que aún seguía estando de una pieza. La serpiente estaba muerta, y yo no.

En algún momento de mi lucha contra la serpiente marina, había dejado de llover. El fragor de la batalla había disminuido. Vi a algunos soldados todavía en pie más allá del arco de la entrada, siluetas grises en la niebla matinal.

Habíamos vencido. Habíamos… *¿vencido?*

Yo no tenía esa sensación. Yo tenía la sensación de haber escalado durante mucho tiempo una montaña implacable para llegar a la cumbre y encontrarme con que allí no me esperaba ni una buena comida ni un fuego para calentarme. Cerré los ojos y me recosté contra el costado de Thrana en un intento de bloquear el ruido que hacía la serpiente marina al disolverse. Se hizo el silencio.

De pronto, comenzaron a oírse pasos entrando en el patio. Abrí un poco un ojo. Eran ciudadanos que hasta ese momento estaban escondidos el interior del palacio, detrás de columnas o de escombros. Bajo el arco empezaron a pasar soldados y miembros de los pocos sin esquirlas mirando con aprensión los restos de la serpiente marina, como si no estuvieran seguros que de que hubiera muerto del todo. El patio se llenó de gente, aunque nos dejaron un amplio espacio a Thrana y a mí.

Desde algún punto próximo al palacio me llegó la voz de Urame:

—Tú y tú empezad a buscar supervivientes. Tú mira a ver si hay algún médico en el palacio. Sé que más de uno se ha refugiado aquí. Y tú reúne a todos los sirvientes que consigas encontrar. Y empieza a utilizar el vestíbulo de entrada como enfermería.

De modo que Urame había sobrevivido. Pero mi alivio duró solo un momento, porque empecé a oír los murmullos:

—También ella ha hecho moverse el agua con las manos.

—Yo la he visto luchar con el monje.

—La emperatriz también tiene una de esas criaturas.

—Es *alanga*.

Esa palabra se extendió por todos los presentes, y cada vez que se repetía me producía más miedo, más terror, más enfado. Me agarré al pelaje de Thrana e intenté subirme a su lomo. Pero se me resbalaban los dedos, me dolían las manos, tenía los brazos demasiado débiles para soportar mi peso.

—Tengo que irme —dije aun sabiendo que ya era demasiado tarde.

No había una forma fácil de salir del patio, ningún sitio por el que pudiera escabullirme sin que nadie se diera cuenta. La gente que me rodeaba estrechó un poco el círculo.

Sentí la vibración en los huesos, y eso me hizo ver que todavía me quedaba algo de poder mágico. Intenté echar mano de él, pero me detuve.

No había salvado a aquellas personas para poder matarlas.

—¡Loor y honor a la emperatriz Lin Sukai! —exclamó una voz entre los presentes—. Acudió en nuestra ayuda cuando más la necesitábamos. Puso su propia vida en peligro para salvarnos, al igual que Arrimus defendió la ciudad de la serpiente marina Mefisolu.

Yo conocía esa voz. La historia de Arrimus era una de las pocas leyendas positivas que existían de los alanga, y había escogido la comparación perfecta.

—¡Loor y honor a la emperatriz Lin Sukai! —volvió a exclamar.

Muy poco a poco, el estado de ánimo de los presentes fue cambiando. Alguien más repitió la aclamación. Y después lo siguieron varios más. Y llegó un momento en el que me vi rodeada de personas que coreaban mi nombre y alababan mi persona y mis acciones. Todos los elogios que no había recibido de mi padre. Toda la aceptación que no sabía que aún seguía deseando. Que aún seguía necesitando.

Aunque sabían quién era yo.

Yo era Lin. Era una alanga. Había derrotado al ejército de constructos y era la emperatriz.

Jovis salió de entre la multitud. Por un instante simplemente nos miramos el uno al otro, y a continuación él hizo un gesto con la cabeza en dirección al palacio como diciendo: "¿Podemos hablar?".

Busqué los últimos resquicios de fuerza que me quedaban y, con Thrana a mi lado, eché a andar por el patio y fui saludando con la cabeza a las personas que se inclinaban a mi paso. Seguí a Jovis hasta el vestíbulo y después hasta una salita lateral que se hallaba vacía.

—¿Te importa vigilar la puerta? —le dije a Thrana. Ella asintió y se puso firme.

Cerré la puerta y nos quedamos solos, con la tenue luz diurna penetrando por una ventana que tenía los postigos medio cerrados y oyendo de forma amortiguada los sonidos del exterior.

—En fin —me dijo Jovis—, yo creo que después de esto me habré ganado el indulto para no ser ejecutado, ¿no?

Estaba cubierto de barro y sangre a causa de la batalla, y tenía el pelo rizado y mojado por la lluvia y por el sudor, y, sin embargo, se las arregló para sonreír con gracia. Fue una sonrisa un tanto temblorosa en las comisuras, pero una sonrisa, al fin y al cabo.

—Una suspensión de la ejecución —repliqué al tiempo que le devolvía la sonrisa con cierta vacilación.

Había una parte de mi corazón que todavía estaba resentida por su traición. Llevaría tiempo.

Jovis se puso serio.

—¿Habéis visto lo que ha hecho Gio?

¿Para eso deseaba hablar conmigo?

—Lo ha visto todo el mundo. —Mi cabeza ya estaba trabajando a toda velocidad, analizando las implicaciones—. Él también es alanga. No sé dónde está su ossalen, pero posee los mismos poderes que nosotros. ¿Ha estado escondiéndose todo este tiempo?

—Me parece que sí —respondió Jovis con expresión grave—. Ahora se explica lo de Khalute.

—¿El líder de los pocos sin esquirlas, un alanga? Traerá problemas más adelante. —Hice una mueca al sentir una punzada de dolor en las costillas. Todas mis heridas empezaron a dolerme a la vez, para recordarme que estaban ahí.

Jovis alargó una mano hacia mí.

—¿Estáis herida? —Con suavidad, me apartó un poco de tierra que tenía en el hombro y se fijó en el desgarro de la tela y en la sangre seca.

—¿Y tú? —le pregunté intentando tímidamente tocarle la sien con los dedos.

Nos examinamos el uno al otro sin hablar, viendo la gravedad de heridas que ya habían empezado a curarse. En aquel exiguo espacio, tan solo se oía nuestra respiración y el roce de las telas.

—Lin —me dijo.

Me quedé tan inmóvil como si aquella palabra fuese su mano entrando en mi pecho y yo fuera un constructo. No supe qué decir. Lo único que deseaba era que

me abrazase, pero no sabía con certeza cuál era el lugar de cada uno.

—Os amo —dijo impulsivamente Jovis—. Por favor, no me hagáis ejecutar. Dejadlo para más tarde. Ah, mierda. Qué mal se me da esto. Lo que quiero decir es que me permitáis empezar otra vez desde cero. Lo he estropeado todo. Me da igual lo que seáis y lo que os hiciera vuestro padre. Me importa quién sois. Y sois una persona que me importa. —Frunció los labios y arrugó la nariz—. Ni siquiera estoy seguro de que… eso tenga sentido.

Me eché a reír sin pretenderlo.

—Tiene sentido, te lo prometo. —Levanté una mano para tocarle la mejilla y me maravilló el modo en el que se inclinó hacia mi contacto y la sensación que me produjo sentir su calor. Escruté su rostro. Había tensión en las arrugas de los ojos y tenía el mentón firme pero sin dureza—. Pero hay algo más, ¿a que sí?

—Se trata de Mefi.

Se me encogió el corazón. Mefi no estaba con él. Mefi *siempre* estaba con él, era su sombra al igual que Thrana era la mía.

—No estará… —Ni siquiera fui capaz de terminar la frase: ¿*muerto*?

—No —respondió Jovis haciendo un gesto negativo con la cabeza—. No. Yo lo sabría. Creo que lo sabría. Ha sido Kafra. Estaba presente la noche en que vos me salvasteis la vida y escapó. Debería haberlo imaginado. Debería haber estado más atento. A Kafra no le gusta dejar las cosas inacabadas, y cuando quiere algo hace todo lo que puede para conseguirlo. No puedo saberlo con seguridad, pero es lo único que tiene sentido. Ha secuestrado a Mefi. Y sé adónde va a llevárselo.

Me tomó las manos. Tenía los dedos fríos, aunque los míos no estaban mucho más calientes.

—Entonces, tienes que marcharte. —Jovis no podía hacer otra cosa. El solo hecho de pensar que alguien hubiera secuestrado a Thrana, que yo no supiera dónde estaba, de imaginarla en manos de un desconocido… me resultaba insoportable—. Tienes que encontrarlo.

Jovis acarició mis nudillos con los dedos con la mirada fija en nuestras manos entrelazadas.

—No debería dejaros. Soy vuestro capitán de la Guardia Imperial. Me necesitáis, ahora más que nunca.

Ahora que los alanga estaban volviendo. Ahora que sabíamos que sus motivos eran tan variados como peces había en el mar.

—Ambos sabemos que Mefi te necesita más. Toma del barco todo cuanto vaya a hacerte falta: dinero, víveres, rocasabia. Es todo tuyo. —Sentí la atracción que ejercía sobre mí salir al mar abierto, alejarme de las complicaciones de la política y de intentar desenredar los nudos que había tejido mi padre—. Ojalá pudiera ir contigo.

Jovis suspiró.

—Pero no podéis.

Tiré de él para acercarlo a mí y levanté la cara para posar mis labios en los suyos. Sabía a tierra, a barro y agua de lluvia. Tenía la ropa totalmente empapada, igual que yo. Sin embargo, noté el calor que irradiaba su cuerpo, y me caldeó más que el fuego de una hoguera.

—Lin —dijo sin aliento, contra mi boca.

A la porra con el decoro, por mí podía hundirse en las profundidades del mar Infinito. Así el cuello de su casaca con mis manos manchadas de barro y me apreté contra él sabiendo que aquella oportunidad podía ser la última. El último beso, el último abrazo, la última vez que lo viera. Me sentí como si estuviera ahogándome, pero sin tener la necesidad de subir a respirar a la superficie. Jovis me envolvió, me rodeó la cintura con un brazo y con el otro me tomó la cara y hundió los dedos en mi cabello enmarañado.

Deseé quedarme para siempre en aquel momento. Deseé que no terminara nunca.

Pero aquello quedaba para los poetas y los necios. Y yo no era ninguna de esas dos cosas. Me aparté.

—No me importa de dónde hayas venido. No me importa quiénes fueran tus antepasados. Vuelve a mí.

No se lo había pedido, pero él me lo ofreció igualmente:

—Os lo prometo. —Me tomó la mano y se la llevó al corazón. Sentí sus latidos, regulares y fuertes, bajo mi palma—. Y jamás volveré a incumplir ninguna promesa que os haya hecho.

Antes de que yo pudiera reaccionar, ya se había marchado.

Capítulo 55

Nisong

Isla de Gaelung

Nisong debería sentirse agradecida de que Coral pesara tan poco. La encontró entre los matorrales de la ladera, arrojada allí cuando salió despedida del cuello de la serpiente marina. Se echó su brazo al hombro, la levantó tomándola por la cintura y se la llevó del campo de batalla. Todos estaban más concentrados en la serpiente caída que en la mujer que la cabalgaba.

No se lo pudo reprochar. La cola de la serpiente se extendía alrededor de los muros del palacio y sus garras se hundían en el suelo de piedra. La cabeza yacía inerte dentro del patio.

Gaelung había vencido. Lin había vencido. Parecía imposible. Pero es que no había contado con que llegarían los pocos sin esquirlas para ayudar, y eran demasiado numerosos. Su ejército había quedado dispersado, aplastado. En cambio, Coral… Coral aún estaba viva.

El suelo todavía estaba blando a causa de la lluvia, y debió de amortiguar su caída. La arrastró hasta la densa vegetación medio bajando y medio resbalando por la ladera. La hierba le arañaba la piel y le hería la mano que le quedaba libre mientras se esforzaba por ir frenando el descenso.

—Voy a llevarte a casa —prometió.

Coral se removió un poco.

—¿A Maila?

Maila… Aquella isla era para Coral el hogar, y ella la había arrancado de allí. Los había arrancado a todos. ¿Y para qué? Para nada.

Se agachó por debajo de las ramas de un arbusto para ocultarse de unos soldados que corrían por el camino en zigzag y depositó a Coral sobre su regazo. El ejército de Lin estaría persiguiendo a los desperdigados, buscando a soldados suyos

heridos, despejando el campo de batalla. Nisong no tenía intención de convertirse en una prisionera de la emperatriz.

Por lo menos tenía a Coral. Podrían volver a empezar desde cero, hacer planes juntas. Todavía andaban por ahí algunos constructos dispersos que había enviado a causar estragos en el Imperio. Podía reunir de nuevo un ejército. Contando con la magia de las esquirlas, tenía ante sí un mar de posibilidades.

—A algún lugar seguro —rectificó.

Coral la miró. Tenía el cabello pegado a la frente por el sudor y la sangre, y sus suaves ojos castaños estaban muy abiertos y llenos de lágrimas.

—Hemos perdido, ¿verdad?

—No —contestó Nisong—. Jamás.

Algo caliente le goteaba sobre la pierna. Sintió que el corazón le latía en los oídos y que de repente se le secaba la boca. Procurando no dejarse llevar por el pánico, levantó un poco a Coral y le palpó la espalda. Algo afilado le sobresalía entre las costillas. El fuste de una flecha rota.

No lo había visto cuando recogió a Coral del suelo ni cuando se la llevó para apartarla del cuerpo de la serpiente marina. ¿Le habría causado más daño todavía al llevársela a rastras?

—Es necesario que saquemos esto —le dijo, notando la sangre que manaba de la flecha—. Si encontramos una hoguera, podré cauterizar la herida y detener la hemorragia.

—Arena —dijo Coral, y luego parpadeó—. Nisong.

—Puedes llamarme Arena.

Había una parte de ella que sabía cómo iba a terminar aquello, que lo había aceptado en el momento en que llamó a Coral para que acudiera a entrar en la batalla; pero el resto de su persona se rebelaba contra dicho desenlace. Había entregado a aquella causa todo lo que tenía. Aún había un modo de arreglar aquello, siempre lo había.

—Llévame a casa. Por favor —dijo Coral con los labios pálidos.

Nisong intentó levantarla y echársela de nuevo con un brazo al hombro, pero Coral tenía el rostro contraído en una mueca de dolor, así que volvió a dejarla en el suelo. Buscó la flecha; se había roto demasiado cerca de la herida para poder agarrarla bien. En el campamento de los constructos habría herramientas. Claro que en aquellos momentos ya estaría invadido de soldados del Imperio. Si es que conseguían llegar hasta allí. Mirara donde mirase, se topaba con una pared.

—Tenías razón —terminó diciendo—, la prisión no era Maila, sino la niebla mental. Me rindo. Nos volvemos a casa.

La tensión que reflejaba el rostro de Coral desapareció y sus labios se distendieron en una sonrisa apagada.

—Rendirse no siempre es una equivocación.

—Volveremos a Maila —dijo Nisong. Sentía la respiración como algo macizo en la garganta y una opresión en el pecho—. Diré a los constructos que queden que hagan correr la noticia de que esa isla es nuestro hogar. Les diremos cómo superar los arrecifes. Construiremos una vida allí, juntas.

Los dedos de Coral aferraron débilmente el filo de la camisa de Nisong.

—No es necesario que recolectes mangos, ¿sabes? Puedes hacer otra cosa.

Nisong no pudo evitar una risa ahogada.

—Ya lo sé.

Fue lo último que dijo Coral.

El cielo ya estaba claro cuando Nisong dejó que Coral resbalase de su regazo. La cubrió con ramas de los árboles más próximos deseando que al menos uno de ellos fuese un enebro. ¿Las almas de los constructos ascendían al cielo? ¿Tenían alma?

Coral sí que tenía alma.

Ella, no. Se incorporó y emprendió el descenso de la ladera de la colina manteniéndose fuera de la vista de los soldados que estaban en el camino en zigzag. Las lágrimas que le mojaban las mejillas iban secándose a medida que andaba. Estaba sola, pero no tenía por qué. Si algo le había mostrado aquella batalla era que ella no era la única que se oponía a Lin.

Recordó haberse fijado en el monje del enebro de copas redondeadas que huía del campo de batalla. Aquel monje tenía los mismos poderes mágicos que Lin y Jovis, había estado a punto de vencerlos. Trazó mentalmente un mapa de los alrededores intentando extrapolar adónde podría haber ido, dónde podría haber acabado.

Y, acto seguido, orientó sus pies en dicha dirección.

Siempre había un modo de arreglar las cosas. Siempre había un modo de volver.

Capítulo 56

Lin

Isla de Gaelung

Cuando dio media vuelta para irse con sus espadas, intenté impedírselo. Luchamos. Ylan era un erudito, no un guerrero, pero yo jamás he experimentado un dolor tan intenso como el que experimenté cuando una de aquellas hojas me abrió la piel. Me dejó allí, a oscuras, medio ciego.
Y acto seguido partió para destruir a mi gente.
Encontró a otros seis para portar las espadas, y juntos barrieron las islas dando caza a los alanga y causando estragos. ¿Cómo va a perdonarme nadie lo que he hecho? ¿Cómo podré perdonarme yo mismo? Los jóvenes que tenían familias… también ha matado a sus hijos. No piensa dejar vivo a nadie que pueda querer cobrarse venganza.
Algún día volverá a por mí.

Anotaciones de la traducción hecha por Lin de las últimas páginas del diario de Dione.

Jovis se había olvidado otra vez de llevarse el diario al marcharse. O a lo mejor es que no era tan importante para él, teniendo en cuenta todo lo demás. En cualquier caso, los libros y los misterios parecían ser territorio mío. Incluso cuando todo hubo terminado, tras las operaciones de limpieza, los emisarios y las promesas que tuve que hacer, había tiempo, por la noche, de leer un poco.

Para mi sorpresa, los pocos sin esquirlas no exigieron de inmediato que yo abdicase ni que me retirase a Khalute. Se quedaron para ayudar, retirar escombros y aportar sus propios médicos para que atendieran a los heridos. Urame no dejaba de darme las gracias; me habría resultado embarazoso si no hubiera sido exactamente lo que necesitaba: su gratitud. Me cubrió de elogios, insistió en que tomara posesión de su estudio y se aseguró de que sus sirvientes me atendieran como mínimo doce veces al día. Lentamente, en los días que siguieron a la batalla, se fue propagando la noticia de lo que había sucedido. Y empezaron a llegar noticias a su vez. Las otras islas habían decidido unirse a mí. Hasta Iloh rescindió su exigencia de que yo abdicara e hizo todo lo posible por pintarlo como una terrible equivocación que había cometido llevado por el miedo de que su gente sufriera.

Me podía permitir ser magnánima, de modo que lo dejé pasar.

Phalue vino a verme en el estudio de Urame. Por fin se habían retirado los restos de la serpiente marina de los muros del palacio, se había quemado la cabeza y se había atendido a todos los heridos. Thrana estaba recuperando su energía y su buen humor, y pasaba más tiempo del necesario en las cocinas, donde los sirvientes la agasajaban con elogios y montañas de comida.

—Excelencia —me dijo Phalue tras entrar por la puerta—, ha llegado el momento de que regrese a casa.

Había adoptado una postura que me recordaba más a un soldado que a una gobernadora: la mano apoyada en la espada, las piernas separadas, las rodillas flexionadas y listas para saltar a la acción. Su coraza de cuero lucía bastantes más rasguños que cuando llegó y tenía el rostro demacrado y los ojos enrojecidos.

Cerré el diario de los alanga; ya había terminado de leerlo por tercera vez. Por fin había descifrado las últimas palabras que me causaban dificultades.

—No necesitáis mi permiso, sai. Sois libre de ir y venir como os plazca. Puede que no me apoyéis, pero el Imperio está en deuda con vos por la ayuda que le habéis prestado aquí.

—Y yo estoy en deuda con vos. No se me ha olvidado que os he hecho una promesa.

—Hecha con prisas. En un campo de batalla. No pienso exigírosla.

Phalue se limitó a hace un gesto negativo con la cabeza y apretar los labios.

—Tengo asuntos que atender en casa, pero volveré cuando los haya terminado. Y os enseñaré. Ranami puede ocuparse de dirigir Nephilanu durante unos meses.

—¿Unos meses? ¿Tanto tiempo?

Phalue esbozó una sonrisilla satisfecha, y comprendí lo que Ranami había visto en ella: la devoción y el encanto.

—Excelencia, es posible que poseáis inteligencia, y que seáis capaz de trepar como un mono, pero manejar la espada es algo muy distinto. Sois fuerte, y sois alanga, y esas son las únicas razones por las que formaros para que adquiráis competencia me llevará tan poco tiempo. —A continuación, la sonrisa desapareció. Fue solo una breve vislumbre del sol en un día de la estación de lluvias—. Os doy las gracias por organizar un funeral como es debido para Tythus. Su esposa y sus hijos… —Se le quebró la voz al pronunciar las últimas palabras, pero se rehízo—. Lo habrían aprobado.

No hacía falta tener la mente más aguda de todo el Imperio para establecer aquellas conexiones.

—Tythus no era solo vuestro capitán de la guardia, además era vuestro amigo. Lo siento mucho.

Me dedicó una mirada larga y penetrante.

—Una emperatriz que de verdad se preocupa. Vaya —dijo en un tono que no contenía la más mínima traza de burla—, eso sí que es una sorpresa. —Juntó los talones e hizo una venia—. Pues entonces me marcho ya, excelencia. Pero volveré.

En fin, había una isla que yo no estaba segura del todo de que se uniera a mí. Pero el hielo que hubiera existido entre nosotras hasta ese momento parecía estar empezando a derretirse. Y yo pensaba aceptar todas las victorias posibles.

Yo también tenía que marcharme, regresar a Imperial. Ikanuy había cuidado muy bien de la isla y del palacio durante mi ausencia, según pude apreciar. No convenía que se viera obligada a seguir haciéndolo eternamente.

Pero había un asunto más que debía atender. Una cosa más que llevaba un tiempo hormigueándome en el fondo de mi cerebro, un ratón que buscaba la salida del laberinto.

Fui hasta la puerta y encontré a un sirviente que pasaba.

—Manda llamar a Gio. Que venga a verme. —Hice una pausa y reflexioné durante unos momentos—. Pídeselo "por favor".

"Puede que lleves una espada en la mano", me dijo mi padre en una ocasión, "pero ve con cuidado cuando entres en la guarida del tigre."

Regresé al escritorio de Urame, me senté y esperé. Gio llegó, no muy pronto pero tampoco tan tarde como para insultarme. No traía consigo de ninguno de sus pocos sin esquirlas. Vino sin acompañamiento y sin adornos.

—Emperatriz Sukai —dijo al entrar. Advertí que evitaba acertadamente emplear el tratamiento de "excelencia"—. ¿Me habéis mandado llamar?

—Te debo un agradecimiento —respondí—, por haber venido en nuestra ayuda.

Gio me miró fijamente, y no pude evitar mirarlo de igual modo… directamente al ojo velado, el de la cicatriz.

—¿Y para esto me habéis hecho venir aquí? ¿Para esto me habéis hecho dejar de ayudar a los ciudadanos de Gaelung?

Los dos andábamos de puntillas alrededor del tema que flotaba entre ambos. Él era alanga. Y yo también. Pero yo sabía algo más.

—He de admitir que el hecho de que los pocos sin esquirlas hayan prestado ayuda al Imperio me coloca en una posición difícil, Gio. ¿O debería dejar de llamarte así? ¿Debería emplear tu nombre original?

Todo cambió en su actitud, se puso tenso y nervioso. Era un gato callejero con el lomo arqueado y las orejas pegadas a la cabeza.

—¿Qué es lo que queréis decir?

Cerré la trampa.

—Dione.

Se quedó inmóvil como una piedra. Abrió la boca como si fuera a decir algo para disimular, pero luego lo pensó mejor y volvió a cerrarla. Tomé el diario. Él desvió brevemente la mirada hacia el libro y su expresión me indicó que había dado en el blanco.

—Lo habéis traducido.

—Sí. Tú sobreviviste a la masacre de los alanga. —Observé su gesto de resentimiento—. No. Él te perdonó la vida.

Dione retorció la boca.

—Pensaba que estaba siendo misericordioso al dejarme con vida y solo con un ojo dañado. Pero no hay misericordia alguna en continuar viviendo un año tras otro cuando todos tus seres queridos han muerto.

En mi mente se amontonaron un millar de preguntas. No pude evitar que salieran.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué llevas tanto tiempo escondido? ¿Dónde está tu ossalen?

Dione lanzó una risa burlona e hizo un gesto de desprecio.

—No tengo por qué responder a vuestras preguntas. No tengo obligación con ningún emperador.

Adopté un tono de voz grave y suave.

—¿Y con un compañero alanga?

Dejó pasar un largo rato sin decir nada. Me miró fijamente y después volvió el rostro hacia la ventana.

—Me ha llevado años de trabajo. Muchos. Otra identidad, otra vida. Todo para hacerlos volver.

"Otra identidad, otra vida." ¿Estaba hablando de su trabajo con los pocos sin esquirlas? De pronto, en mi interior todo quedó en silencio. Me sentí como si estuviera bajo la superficie del mar Infinito y el agua me llenara los oídos. Levanté una mano hacia un lugar que había visto tocar a los demás. Aquel punto de mi cráneo. Un punto que no tenía marcas. Los Sukai no extraían esquirlas a los suyos. Y Jovis… Jovis me había contado la historia de cuando le tocó a él el Festival del Diezmo, del soldado que se apiadó de su familia y se limitó a hacerle una cicatriz. Ragan… un monje del enebro de copas redondeadas que vivía en un monasterio, unos monasterios que no estaban bajo la jurisdicción de mi padre.

Y los pocos sin esquirlas rescataban a niños del Festival del Diezmo.

Todos aquellos elevados ideales que tenía Gio, su insistencia en que los pocos sin esquirlas pretendían crear una vida mejor para el pueblo; ¿alguna vez se había creído de verdad aquellas cosas? ¿O eran tan solo una tapadera para lo que realmente le importaba a él, a Dione?

—Quienes ha sufrido la extracción de una esquirla no pueden establecer un vínculo con un ossalen —susurré.

Él me sostuvo la mirada.

—Y vos acabáis de abrir las compuertas poniendo fin para siempre al Festival del Diezmo. De modo que yo debo daros las gracias por ello.

No solo estaba flotando por debajo de la superficie del mar Infinito; estaba hundiéndome en él y buscando algo a lo que agarrarme.

—No tenemos por qué ser enemigos. ¿No fue por eso por lo que Ylan Sukai masacró a los alanga? Demasiadas luchas internas y demasiados daños colaterales. Podemos trabajar juntos. Podemos encontrar el modo de entrar en una nueva época, una época de paz.

Yo estaba hablando sin parar y él permanecía allí de pie, con una actitud tan

fría y reprobatoria como la de mi padre. Me dejó terminar, dejó que mi perorata se extinguiera en el silencio que siguió a continuación.

—No me debéis nada. He venido aquí a defender a los habitantes del Imperio de los constructos, otra abominación de los Sukai. No he venido a ayudaros a *vos*. Esta es la última vez que nos veremos pacíficamente. —Acto seguido, giró sobre sus talones sin esperar siquiera a que yo lo despidiese.

—Espera —le dije luchando por encontrar las palabras adecuadas—. ¿Hay algo que…?

Dione abrió la puerta de un tirón.

—Sois una Sukai —dijo sencillamente, dándome la espalda—. De ninguna forma podremos trabajar juntos.

La puerta se cerró con fuerza tras él. Yo me quedé sola con un libro y con el eco de la presencia de Dione, el más grande de los alanga, recién convertido en mi enemigo.

Capítulo 57

Ranami

Isla de Nephilanu

Las noticias procedentes de Gaelung iban llegando fragmentadas. Primero llegaron las más sensacionalistas, repetidas con avidez y rapidez. Ranami no supo muy bien cuáles tomar como ciertas y cuáles desechar como cuentos inventados por quienes buscaban atraer atención. La batalla había estado a punto de perderse, los constructos tenían de su parte a una serpiente marina adulta, Jovis había perdido el favor de la emperatriz, los pocos sin esquirlas habían llegado justo a tiempo para volver las tornas, los muertos caminaban por el campo.

¿Cómo iba a encontrarles sentido a aquellos fragmentos sueltos? En comparación, que un gobernador de Nephilanu viviese o muriese carecía de importancia para la mayoría de la gente. Intentó hacer una criba de los chismorreos igual que una mujer desesperada que busca un pendiente que ha perdido en la playa.

El nerviosismo de Ayesh era casi tan agudo como el suyo, y en ese sentido ambas habían encontrado un terreno común. La pequeña justo acababa de encontrar a una madre, y tenía que preguntarse si dicha relación se había cortado.

Cuando por fin llegó la noticia de que Phalue había sobrevivido a la batalla, Ranami casi enfermó de puro alivio. Ayesh y ella lo celebraron con una magnífica cena en la que comieron hasta no poder más y brindaron con copas de agua como si fueran de vino y hubieran invitado a altos dignatarios como comensales. La espera se le hizo más fácil, pues sabía que su amor iba a volver con ella.

Aquello casi bastó para distraer a Ranami de todo lo demás que se suponía que debía hacer mientras Phalue estuviera ausente.

Casi.

Bajó por la escalera del sótano apoyando una mano en la pared y llevando un

morral de cuero. Ya albergaba sospechas antes, pero no las había expresado en voz alta. Para reducir el número de sospechosos, había tenido que anotar por escrito todas las informaciones que se filtraban y quién podía estar al tanto de ellas. Tras interrogar hábilmente a una sirviente de las cocinas a la que despidió de inmediato, obtuvo la respuesta que andaba buscando.

El trajín de las cocinas dio paso al silencio frío y opresivo del sótano. Tan solo se oía el ruido que hacían las páginas de un libro al pasar y el goteo del agua de lluvia que se filtraba. El padre de Phalue estaba sentado en su celda, leyendo, con sus anchos hombros encorvados sobre el diminuto escritorio. Cuando la oyó llegar, empezó a toser.

—No hay necesidad de eso —le dijo Ranami—. Todavía no ha vuelto Phalue. Soy yo, y sé que no estáis enfermo. —Se acercó a los barrotes.

—¿Hay alguna noticia de mi hija?

Se le ablandó un poco el corazón al percibir la preocupación que reflejaba su voz. La tos no era auténtica, pero la preocupación sí. Phalue estaba en lo cierto: era un padre decente, aunque no bueno.

—Se encuentra a salvo y de vuelta a casa. Ha sido por los pelos, pero no está herida.

El padre se relajó aliviado.

—Por un momento he pensado que… —Luego carraspeó—. Me alegro de que se encuentre a salvo, aunque ya no quiera hablarme. —Sus ojos oscuros la escudriñaron con gesto ceñudo—. ¿Has venido para eso? Y sí que estoy enfermo, no sé quién te habrá dicho que no.

Ranami sostuvo en alto el morral.

—No, no he venido para eso. —Se sacó las llaves del bolsillo—. He venido para dejaros en libertad.

Por un instante, el rostro del padre se llenó de esperanza. Se levantó de la silla con tanto ímpetu que estuvo a punto a de volcarla.

—¿Lo ha ordenado Phalue? ¿Finalmente ha recuperado la cordura?

—No. He sido yo.

Quizás hubiera sentido lástima de él, al ver su gesto de perplejidad, si no supiera lo que había hecho.

—No lo entiendo —dijo—. Tú nunca has querido liberarme.

—Es verdad. No quería. Estaba furiosa, demasiado obsesionada con el deseo de castigaros, de que pagarais por lo que hicisteis a los habitantes de Nephilanu. Tenía mucho por lo que estar enfadada. Pero cuando por fin me liberé de ese sentimiento, comencé a ver las cosas con más claridad. Llegué a comprender que dejaros encerrado en una celda no sirve para nada. No ayuda a los habitantes de Nephilanu y tampoco os ayuda a vos. A vos no os importa lo que habéis hecho, no queréis rectificar nada. En vez de eso, os habéis servido de vuestra situación, de vuestra proximidad a vuestra hija, para pasar información a los pocos sin esquirlas.

El prisionero soltó un bufido de burla.

—Eso es absurdo.

—He despedido a vuestro contacto. Se ha reconocido culpable.

Tal como sospechaba, el prisionero no tardó mucho en derrumbarse.

—Me dijeron que podían sacarme de aquí —dijo—. Tú no sabes lo que es estar

así, enjaulado como un animal.

Ah, sí que lo sabía. Lo llevaba sabiendo durante casi todos los días de su vida.

—Habéis traicionado a vuestra propia hija.

Él aferró los barrotes de la celda.

—No iban a hacerle ningún daño, solo querían expulsarla del sillón de gobernadora.

La gente estaba dispuesta a creerse toda clase de mentiras si dichas mentiras servían a sus intereses.

Ranami no se molestó en contestar; simplemente fue hasta la puerta de la celda, introdujo la llave y la abrió de par en par.

—Aquí tenéis vuestras cosas —le dijo tendiéndole el morral—. He dicho a los sirvientes que metieran algo de ropa, y también hay comida y dinero suficiente para que os instaléis en un piso y paguéis vuestro alojamiento hasta que encontréis un sitio en el que trabajar.

El prisionero se detuvo en la puerta de la celda y no hizo intención de tomar el morral.

—¿Me estás… echando a la calle?

Ranami no había tenido oportunidad de hablar de aquello con su esposa, pero ¿cómo iba a decirle a Phalue quién sospechaba ella que era el espía, sobre todo cuando estaba a punto de partir hacia una batalla? Tal vez Phalue estuviera distanciada de su padre, pero lo amaba. Ranami no había podido convencerla de que quizás Ayesh fuese una espía, así pues, ¿cómo iba a convencerla de que la estaba espiando su propio padre? No la habría creído sin pruebas. Pero cuanto más tiempo permaneciera él en el palacio, más daño podría causar.

¿Quién estaba actuando entonces de forma impulsiva? A lo mejor Phalue le estaba contagiando su modo de ser.

Ranami lanzó un suspiro y le apretó el morral contra el pecho. Él, obedeciendo un reflejo, lo agarró.

—¿Qué pensabais que iba a ocurrir? ¿Que yo iba a dejaros en libertad y que viviríais de nuevo en el palacio? Vuestra antigua esposa vive en la ciudad; podréis arreglároslas con ella. Ya no me preocupa castigaros, eso no es hacer justicia. Lo que me importa es impedir que hagáis daño a los habitantes de Nephilanu. Estando aquí, permanecéis en la sede de vuestro poder; allí, con el resto de los ciudadanos, no tenéis ninguno. Y puede que el hecho de vivir entre ellos os enseñe cosas que Phalue y esta celda no han podido enseñaros.

—No puedo conseguir un empleo. —Lo dijo con tal pánico que Ranami casi sintió lástima de él. Casi.

—Habéis sido lo bastante listo para extraerle secretos a vuestra hija y venderlos; ya se os ocurrirá algo. Ahora, salid de aquí antes de que me vea obligada a ordenar a los guardias que os escolten. Resultaría embarazoso para ambos.

El padre de Phalue tuvo la dignidad suficiente para hacer caso de dicha advertencia. Y Ranami, aunque ya no sentía ninguna satisfacción por tenerlo encerrado en aquella celda, sí que disfrutó un poco al saber que ella, que en otra época había sido una huérfana de las calles, estaba echando del palacio al antiguo gobernador. La vida se las arreglaba muchas veces para equilibrar la balanza.

Contempló cómo se marchaba y se sintió un poquito complacida consigo

misma. El ejército de constructos había sido derrotado, su esposa se dirigía de vuelta a casa, Ayesh se encontraba sana y salva bajo su cuidado y Gio no había intentado tomar Nephilanu. Oh, no era tan necia como para pensar que ella era la responsable de cada una de esas victorias, pero sí que había participado en todas.

Ahora bien, si pudiera encargarse de todos los puntos de la lista…, quizás empezara a creer que efectivamente tenía talento.

Subió la escalera para salir del sótano y se detuvo cuando entró en su campo visual el suelo de la cocina. Ayesh estaba en la despensa, introduciendo alimentos en un saco. Llevaba el escudo amarrado al brazo, a veces a ella le costaba convencerla de que se quitara aquel maldito trasto. La pequeña ya era un elemento fijo del palacio, así que los sirvientes no le prestaban atención. Ranami se pegó a la pared mientras la observaba. Se había prometido a sí misma darle espacio a Ayesh, y el hecho de haber descubierto que el espía era el padre de Phalue había aliviado todas sus preocupaciones respecto de la niña, pero tenía que saber lo que estaba ocurriendo. ¿Habría hecho amigos fuera del palacio? En tal caso, no tenían necesidad de ir por ahí escabulléndose, a la espera de que Ayesh les llevara alimentos. Ella podía organizar un sistema para que los huérfanos tomasen una comida con regularidad. Aquello figuraba en la lista de cosas que tenían intención de hacer.

Esperó hasta que Ayesh hubo terminado de meter cosas en el saco y hubo salido de la cocina, y después la siguió. La vez anterior no había adoptado la suficiente cautela; esta vez hizo uso de todas las habilidades que había adquirido tras pasar años en las calles: avanzar arrimada a las paredes, no hacer ruido al andar, permanecer en las sombras. No se molestó en tomar su capa, colgada junto a la puerta. Ayesh, por su parte, parecía estar mucho más relajada que cuando llegó al palacio por primera vez. El hecho de vivir en él había redondeado todas sus aristas, tanto en el sentido físico como en el emocional. Y la noticia de que Phalue seguía viva la había mejorado todavía más.

Una ligera llovizna repiqueteaba sobre las hojas de las palmeras del patio. Ranami fue detrás de Ayesh hacia las puertas de entrada, aguardó a que ella hubiera empezado a bajar por el camino en zigzag y se escondió entre la maleza circundante. Esta vez no siguió el camino, sino que atajó bajando en línea recta por la ladera, con cuidado de no mover mucho los matorrales. El vestido que llevaba era de color verde y azul y se confundía con la vegetación. Con un poco de suerte…

Ayesh, al parecer, no se percató de que la seguían. Caminaba con aire desenvuelto, con la cabeza alta y el saco echado al hombro. Balanceaba el brazo del escudo con abandono y de tanto en tanto lanzaba un puñetazo como si estuviera luchando contra un enemigo invisible.

—¡Ja!

Ranami comprendió por qué Phalue le había tomado cariño.

Ayesh adoptó una actitud un poco más furtiva cuando llegó a la ciudad: oteaba las calles secundarias antes de cruzarlas, se detenía antes de doblar una esquina. Lo más probable era que en más de una ocasión se hubiera visto asaltada por otros huérfanos. Ranami se acordaba de haber hecho lo mismo.

Sin embargo, Ayesh no se metió por ninguna de las callejuelas, no desapareció

en ningún escondrijo, como esperaba Ranami. Se fue directa hacia el puerto y allí giró hacia el oeste, por la playa. ¿Por qué la playa? ¿Tendría colocadas trampas para cangrejos? ¿Pensaba usar el pescado como cebo para atrapar… más peces? Todas las posibilidades que le cruzaron por la mente se le antojaron igual de absurdas.

Se ocultó entre los árboles y los arbustos y avanzó en paralelo con Ayesh hundiendo los pies en la arena y mojándose el calzado. Phalue la reprendería por haber hecho esto, estaba segura. Pero es que Phalue confiaba con facilidad, completamente. A ella no le vendría mal ser más abierta, pero jamás sería como Phalue. Podía dejar atrás su pasado y seguir adelante, pero siempre llevaría consigo una parte de él. Y descubrió que dicha perspectiva no le desagradaba.

Ayesh se detuvo finalmente cuando la ciudad desapareció detrás de un recodo, y a continuación se internó en el bosque. Ranami tuvo que retroceder unos pasos para no ser vista.

Aguardó a que Ayesh hubiera pasado.

Y de pronto oyó unas voces.

—Lamento haber tardado tanto —decía Ayesh—. Últimamente me resulta difícil escaparme. Voy a tener que inventarme alguna otra cosa.

—Vale, vale —contestó una voz aflautada que Ranami no reconoció. La lluvia le había pegado el pelo a la nuca y la sentía helada. ¿Habría vuelto a equivocarse? ¿Sería verdad que Ayesh era una espía? Ah, eso le partiría el corazón a Phalue. Se arrodilló entre la maleza y, conteniendo el aliento, se acercó un poco más.

—Toma. —Se oyó el roce del saco y después los ruidos de una persona comiendo.

—Yo creo que te caerían bien mis nuevos padres. Phalue es muy buena. A Ranami, me parece que al principio no le gustaba mucho, pero ahora sí.

—¿Puedo ir contigo? —La voz sonó suplicante.

—No lo sé —respondió Ayesh—. No estoy segura de que sea buena idea.

Ranami apartó una rama que le impedía ver y se quedó petrificada.

Ayesh no estaba hablando con una persona.

Frente a ella estaba sentada una criatura de pelaje moteado castaño y gris, con un pez sujeto en una pata. Tenía el tamaño de un gato grande, lucía una cola larga y curva, unas orejas llenas de pelo y unos cuernos incipientes en la cabeza.

Solo había visto dos criaturas que se le pareciesen: Mefi y el animal de compañía de la emperatriz, Thrana. Este era más gris que castaño y tenía los ojos del color de la jungla en la estación de lluvias, pero era igual.

—¿Por qué no? —preguntó la criatura.

Una mascota que hablaba era más de lo que habían negociado Phalue y ella cuando adoptaron a Ayesh, pero Ranami no pudo enfadarse. Por encima de todo, se sintió aliviada al ver que Ayesh no era una espía. ¿Que tenía una mascota peculiar? Bueno, eso era una excentricidad que se podía aceptar.

Imaginó a Phalue a su lado y con una sonrisa irónica en los labios.

—¿Añadimos esto a la lista? —diría Phalue.

Ranami se levantó y salió de su escondite con las manos en alto, para demostrar que no tenía intención alguna de hacerle daño.

—Sí —dijo, y Ayesh se llevó un susto de muerte—. ¿Por qué no?

La pequeña pasó rápidamente de la sorpresa a la contrición. Se frotó el brazo en el que llevaba amarrado el escudo y miró a Ranami con timidez.

—Yo… Esto… —Hizo una mueca—. Me la encontré después de lo de Unta —explicó—. La ayudé a subir al barco en el que yo me había escondido, por la noche. Cuando los marineros me descubrieron, me arrojaron por la borda y ella me ayudó a alcanzar la orilla. Después de eso, yo no… no pude abandonarla.

Ranami esperó.

—¡No sabía en quién confiar! —explotó Ayesh.

Eso sí que lo entendió Ranami. Se le ablandó el corazón.

—Ella no debería estar aquí en bosque, sola, ni tú tampoco. En el palacio hay sitio. ¿Tiene nombre?

La niña esbozó una sonrisa de alivio que podría haber partido las nubes en dos.

—Sí. Tiburón, te presento a Ranami. Ranami, te presento a Tiburón.

—¡Tiburón! —exclamó la criatura enseñando unos dientes blancos y afilados.

Bien. Llevaría un tiempo acostumbrarse a eso, pero ella estaba dispuesta a intentarlo.

Agradecimientos

¡Uf! Se me hace raro estar haciendo esto de nuevo. ¿He escrito otro libro? ¿Cómo y cuándo ha ocurrido? Supongo que la respuesta a esa pregunta es “una palabra tras otra” y “durante una pandemia”. Aunque todos estamos aislados socialmente, por suerte esto no lo he hecho yo sola. Así que, sin más preámbulos, las personas con las cuales he contraído una deuda de gratitud son:

Megan O’Keefe, Marina Lostetter, Tina Gower y Anthea Sharp/Lawson. Gracias por haberme escuchado quejarme de las segundas partes y por haberme ayudado a encontrar soluciones a mis problemas de revisión. De verdad os agradezco el tiempo que habéis dedicado a leer mis anotaciones y a hablar conmigo por Zoom. Sé que para entonces ya estabais bastante hartas de Zoom.

Mi agente, Juliet Mushens, y su (antigua, ahora ascendida) ayudante, Liza DeBlock. Juliet, sinceramente, no sé cómo lo haces. Siempre puedo contar contigo para que me des una respuesta rápida a una pregunta. Liza, tu ayuda con todos esos formularios de impuestos ha sido impagable. Porque, desde luego, yo no habría sabido qué hacer con todos ellos.

Y, una vez más, el equipo de Orbit: James Long, Brit Hvide (y gracias a Priyanka, que se encargó del trabajo de Brit mientras esta estuvo fuera), Joanna Kramer, Ellen Wright, Nazia Khatun, Nadia Saward y Angela Man. James, agradezco mucho que me señalases puntos en los que podía mejorar el argumento y reforzar motivaciones. Joanna, me ha dejado asombrada el buen ojo que tienes para detectar palabras repetidas y errores de coherencia, y también cosas que simplemente no tenían ninguna lógica.

Mi hermana y mi cuñado Lei, que me prestaron un sitio en el que poder trabajar sin que me distrajera constantemente mi hija pequeña (es preciosa, ¿a que sí?).

Mis padres y mi hermano, que me han dado ánimos todo el tiempo, aun cuando mis padres no se creen que esto puede que nunca llegue al cine. Mamá y papá: habéis sido muy buenos al permitirnos vivir con vosotros después de que naciera la niña. Estábamos sobrepasados, y vosotros nos hicisteis las cosas más fáciles.

John, no habría podido hacer esto sin ti. Tras pasar por un embarazo agotador y tener una recién nacida que sufría los cólicos del lactante, tú te aseguraste de que tuviera espacio y tiempo para escribir. Aunque tú también tienes una carrera que te exige mucho, constantemente me preguntabas de qué forma podías aligerarme un poco la carga. Siempre me esforzaré por ser la persona que te mereces.

Sasha Vinogradova y Charis Loke, por haberme proporcionado, respectivamente, una cubierta tan bonita y un mapa tan maravilloso. Y Lauren Panepinto de Orbit, cuyo talento para el diseño de portadas no tiene parangón.

Sería muy descuidada si no mencionase a todas las personas que leyeron el primer libro. Vuestro entusiasmo y vuestras opiniones me han alegrado el día

continuamente. Pasé años y años escribiendo libros y sabiendo que una gran parte de lo que escribía no vería jamás la luz. Vosotros habéis hecho que todo eso haya valido mil veces más. Gracias.

Nuestros autores y libros en Gamon

Fantasía Urbana
Luke Arnold: Los Archivos de Fetch Phillips
La última sonrisa en Sunder City (2021)
Hombre muerto en una zanja (2022)
Con un pie en el abismo (2023)

Fantasía de Aventuras
Christopher Buehlman: Serie El ladrón de lengua negra
El ladrón de lengua negra (2022)

Fantasía Aventuras
Nicholas Eames: Serie La Banda (Historias independientes)
Reyes de la tierra salvaje (2021)
Rosa la Sanguinaria (2021)

Fantasía Oscura
Gareth Hanrahan: Trilogía El Legado del Hierro Negro
La plegaria de la calle (2021)
Los santos de sombra (2022)
El dios caído (2023)

Fantasía Épica
Brian McClellan: Trilogía Los Magos de la Pólvora
Promesa de sangre (2021)
La campaña escarlata (2022)
La república de otoño (2023)

Fantasía Romance
Constance Sayers
Una Bruja en el Tiempo (2021)

Gamon +

Fantasía Steampunk
Robert Jackson Bennett: Trilogía Los Fundadores
Entremuros (2022)
Shorefall (2024)
Lockland (2025)

Fantasía Épica
Andrea Stewart: Trilogía El Imperio Hundido
La hija de los huesos (2022)
La emperatriz de los huesos (2023)
El imperio hundido (2024)

Fantasía Épica
Tasha Suri: Trilogía Reinos en Llamas
El trono de jazmín (2022)
La espada de hiedra (2023)
Reinos en llamas - Libro 3 (2025)

Visita nuestro sitio web para más información
www.gamonfantasy.com

Andrea Stewart es hija de inmigrantes chinos y se crió en varios lugares de los Estados Unidos. Sus padres siempre fomentaron la ciencia y la educación, por lo que pasó su infancia inmersa en *Star Trek* y una biblioteca de libros poco frecuentes. Cuando sus sueños (ciertamente ambiciosos) de convertirse en una cazadora de dragones no dieron resultado, se dedicó a escribir libros.
Ahora vive en la soleada California y, además de escribir, se la puede encontrar rodeada de gatos, observando pájaros o cayendo en una madriguera de conejos.

Su página web es: andreagstewart.com

FANTASÍA ÉPICA

Lin Sukai finalmente alcanza el trono, pero el pueblo no confía en ella y sus alianzas políticas son débiles. Jovis ha sido nombrado General de la guardia imperial a cargo de la seguridad de Lin y cada vez le resulta más difícil continuar como espía para la rebelión. Phalue se ha casado con Ranami y ha derrocado al gobernador, pero no será fácil arreglar los problemas provocados durante el gobierno de su padre.

En el noreste del Imperio se concentra un ejército de constructos cuyo líder está decidido a arrebatarle el trono a Lin. Sin embargo, una amenaza aún mayor acecha en el horizonte: Los Alanga, poderosos magos legendarios, han regresado. Se supone que buscan ayudar a Lin a derrotar a los rebeldes y restablecer la paz. Pero, ¿cómo puede la emperatriz entregar la seguridad de su pueblo?

GAMoN

Creemos que a veces se necesita de un poco de magia para sobrevivir a la realidad.

Somos fans del género y nos encanta sumar fieles a la causa.

Creemos que la clave para un buen libro está en su capacidad de hacernos perder la noción del tiempo y transportarnos a otros mundos.

Las historias que nos gustan son las que permanecen con nosotros mucho tiempo después de haberlas leído.

Nos gustan las novelas de muchas páginas, que cuesten llevar en la mochila o en el bolso.

Sabemos que las sagas deben publicarse hasta el final, y eso haremos. Conocemos la angustia de los finales abiertos, y el horror cuando descubrimos que no hay fecha para el siguiente libro.

Tenemos a los autores que no deberían faltar en tu biblioteca: los que no se publican desde hace mucho tiempo en español y las nuevas voces, que pronto se convertirán en referentes.

¡Te damos la bienvenida!

Únete a la banda escaneando el código QR:

GamonFantasy

www.gamonfantasy.com